

Sergio Rodríguez Gelfenstein

China en el siglo XXI

El despertar de un gigante



停雲館

mileniolibre



MONTE AVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

**CHINA EN EL
SIGLO XXI**
El despertar de un gigante

Sergio Rodríguez Gelfenstein

*milenio***libre**

1ª edición en Monte Ávila Editores, 2019

© Sergio Rodríguez Gelfenstein

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A.,2019

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización el Silencio, Caracas, 1010 Venezuela

Telefax: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

Edición y revisión de textos: Helena González y David Arneaud

Diseño y producción gráfica: Arturo Cazal

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2019000869

ISBN: 978-980-01-2089-7

Las circunstancias me han conducido a llevar una vida errante, siempre vinculada a las luchas por la libertad y la justicia. En el transitar de ese camino he conocido a muchos hombres y mujeres con quienes he tenido la suerte de sentirme acompañado. Algunos de ellos han sacrificado todo en aras de una existencia mejor para la humanidad sin escatimar esfuerzos, sacrificios ni entrega en sus años juveniles, cuando muchos dieron la vida para que otros siguiéramos viviendo.

Este libro —que representa la certeza de una propuesta de mundo que no pudieron ver— pretende mostrar que al final de un largo trayecto todavía sigue siendo probable que la humanidad pueda recuperar el planeta para vivir en un espacio que nos pertenece a todos y en el cual todos cabemos. Así, sabrán que su forja y su entrega valieron la pena y que la semilla hermosa de sus vidas florecerá en las nuevas generaciones para construir un futuro de paz y armonía.

Agradecimientos

Aunque soy el responsable principal de esta investigación, la misma no hubiera sido posible sin el concurso y apoyo de diversas instituciones y personalidades que posibilitaron el éxito de este emprendimiento.

Agradezco la ayuda de directivos y periodistas del *Diario del Pueblo* de China, en especial a sus corresponsales en Caracas, Zhang Weizhou y Xu Fang, así como al Dr. Changgang Guo, director del Centro de Estudios Globales de la Universidad de Shanghái por las invitaciones a China, los recorridos organizados y las entrevistas pautadas con académicos, investigadores y funcionarios gubernamentales que aportaron valiosa información para esta obra.

Debo manifestar especial gratitud a mi amigo Wu Zhihua, excorresponsal del *Diario del Pueblo* de China en Venezuela por sus permanentes consejos y la abundante información proporcionada, también a su esposa Ning por las intensas muestras de aprecio y amistad que allanaron el camino para penetrar mucho más profundamente en el alma y el espíritu del pueblo chino.

Agradezco al Miembro de Honor de la Academia China de Ciencias Sociales, profesor Xu Shicheng, por su constante apoyo y estímulo a la investigación y por sus insustituibles aportes a mi mejor conocimiento de la sociedad y el Estado chino.

También deseo reconocer la invaluable ayuda de los colegas Bian Xiaochun, subdirectora ejecutiva, y Ding Yifan, Miembro Emérito del Instituto de Desarrollo Mundial del Centro de Investigaciones para el desarrollo del Consejo de Estado de la República Popular China, y de Jian Feng, presidente de la Junta, Guo Zhuong, decano de la Escuela de Relaciones Internacionales y Asuntos Públicos y la Dra. Pin Zuo, profesora especialista en América Latina de la Escuela de Asuntos Internacionales y Diplomáticos de la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghái, por su extraordinaria contribución al mejor ordenamiento de la información y la ayuda a puntualizar datos específicos de los temas investigados.

De la misma manera, quiero expresar mi obligado reconocimiento a la candidata a doctora Chen Lan quien funge como traductora en mis viajes a China, no solo por realizar esa brillante labor, también por ayudarme a comprender la cultura, sensibilidad y el pensamiento de otros estamentos de la sociedad china, como su juventud, sus mujeres y académicos y empresarios, entre otros.

Al final, pero no por ello de menor importancia, quiero reconocer al Dr. Vladimir Aguilar quien además de orientar esta investigación me insufló su perseverancia, persistencia y férrea voluntad para seguir adelante en medio de las adversidades que entrañó esta obra a lo largo del recorrido que llevó a su hoy feliz conclusión. También a Rafael Castarlenas por transformarse —a través del entusiasta y desinteresado préstamo de sus libros y de la necesaria apelación a su memoria— en un «sustento bibliográfico» sin el cual este proyecto hubiera sido de mucha más difícil realización; y, por supuesto, a mi esposa Liliana, testigo de mis desvelos y columna fundamental del edificio logístico que debió erigirse para que esta idea se convirtiera en realidad.

Sistema de transcripción fonética y ortografía china

Como en este trabajo se utiliza un sinnúmero de nombres y palabras chinas, hay que resaltar que los métodos de transcripción son convencionalismos que obvian que en la fonética china hay letras o grupos de letras cuyo sonido es diferente en español o que no existen en nuestro idioma. Por ejemplo:

X, como en Xiaoping se pronuncia Shiaoping.

Q, como en Qing que se pronuncia Ching

J, como en Jiang, se pronuncia como Yibuti

Zh, como en Zhuang se pronuncia como chubasco.

C, como en Cai, que se pronuncia Tsai.

Existen dos métodos de transcripción de los caracteres chinos. Se ha optado por el pinyin (Py), que se comenzó a usar oficialmente en China a partir de 1979, cuando también se empezó a generalizar en los estudios realizados en otros países que tienen lenguas e idiomas diferentes al chino, sustituyendo al hasta ese momento tradicional método Wade-Giles (WG). Por ejemplo se escribe Mao Zedong (Py) en vez de Mao Tse-tung (WG) o Beijing (Py) en vez de Pei-Ching (WG).

En casos específicos se mantiene la transcripción más conocida para facilidad del lector, sobre todo en lo referido a nombres, sin embargo, en casi todos los casos se señala.

Prólogo

UN BUEN LIBRO PARA CONOCER CHINA

Tuve el privilegio de ser uno de los primeros lectores del libro de mi gran amigo venezolano Sergio Rodríguez Gelfenstein, titulado *China en el siglo XXI. El despertar de un gigante*.

Sergio Rodríguez Gelfenstein es un activo consultor y analista internacional, exdirector de Relaciones Internacionales del gobierno del presidente Hugo Chávez. Con frecuencia podemos leer sus agudos comentarios sobre los asuntos internacionales publicados en diversos sitios webs. En los últimos años, ha viajado por China en siete ocasiones, llegando hasta las regiones más apartadas como las provincias de Yunnan y Qinghai, las regiones autónomas de Guangxi y Xinjiang. Este libro es el resultado de su asidua lectura de la literatura política, filosófica y literaria de China y sus afanosos estudios sobre ese país, y también del resultado de esas visitas a China y sus contactos directos con los chinos de diversos sectores.

El libro posee los siguientes méritos y características:

Primero, constituye una pequeña enciclopedia de China porque abarca casi todos los aspectos: su milenaria historia, sus variopintos fundamentos filosóficos, su política, su sociedad, su diplomacia, y el proceso de reforma y apertura al exterior iniciado desde 1978. Uno podrá hallar en él todos los aspectos que le interesa conocer sobre China, sobre todo, de su actualidad.

Segundo, destaca por su profundo análisis sobre los fundamentos filosóficos del Estado y la sociedad china. El autor nos remite a Confucio, Mozi, Mencio, al taoísmo, los legalistas, los estrategas como Sun Zi, al budismo, al neoconfucianismo, la introducción del marxismo en China, el pensamiento de Mao Zedong, al aporte filosófico de Deng Xiaoping hasta la nueva concepción, al nuevo pensamiento y la nueva estrategia de Xi Jinping sobre la gobernanza y la administración.

Tercero, el contenido del libro está muy actualizado: posee capítulos referentes a la esencia y los principales rasgos del socialismo con peculiaridades chinas, la realización del «Sueño Chino» y el XIX Congreso Nacional del Partido Comunista de China, la iniciativa formulada por Xi Jinping de «Una Franja y Una Ruta» hasta el exitoso II Foro ministerial China-Celac celebrado en enero de 2018 en Santiago de Chile.

Cuarto, el libro dedica un gran capítulo —el V— para analizar la política exterior de China. Esta sección contiene una breve historia de la diplomacia china. El autor enfatiza que la política exterior se ha fundamentado en la decisión de actuar de manera independiente en el escenario internacional sin formar alianzas ni establecer relaciones estratégicas con ningún otro país, en la oposición a la fuerza y los intentos hegemónicos en las relaciones internacionales y en su defensa de la paz mundial. En este capítulo analiza la evolución de la política exterior de China en distintas etapas hasta los nuevos conceptos de política exterior establecidos por Xi Jinping y la Franja Económica de la Ruta de la Seda, el mayor y más ambicioso proyecto chino de integración prestando especial atención a las relaciones China-América Latina, las que califica como un nuevo tipo de relaciones, destacando que:

Llama la atención que no hay ninguna manifestación de injerencia en los asuntos internos de ningún país, ni mención alguna a instalación de bases militares chinas en la región, tampoco insinuaciones acerca de la necesidad de crear bloques militares agresivos, no se observan condicionantes políticas o de otro tipo, así como imposiciones, a cambio de firmar esta declaración. *Infra*, p. 393.

El autor concluye afirmando que:

Se podrá estar de acuerdo o no con los principios políticos e ideológicos de China, o con su modelo de sociedad y de economía, pero nadie puede poner en duda que está estableciendo un nuevo patrón de conducta para una potencia en el escenario internacional. Ese comportamiento proviene de su historia y de su filosofía milenaria, señala una nueva ruta en su fusión con el marxismo-leninismo que permitió diseñar un modelo de sociedad socialista

con características propias. Los pueblos del planeta deben estudiar y conocer este experimento grandioso realizado en el país más poblado y uno de los más extensos del mundo, con el objetivo de implementar políticas propias para su relacionamiento con China, sobre todo cuando estamos ante el país que —sin duda— será la próxima mayor potencia mundial. *Infra*, p. 393.

Para un extranjero, sobre todo para un latinoamericano, escribir un libro sobre China requiere un ingente esfuerzo y arduo trabajo para analizar su historia milenaria, sus fundamentos filosóficos, su política, cultura, economía, sociedad, su diplomacia y sus recientes acontecimientos, lo que constituye una tarea nada fácil.

Para el autor, sin duda alguna, fue un gran desafío. Sin embargo, el profesor Sergio Rodríguez Gelfenstein asumió con paciencia y perseverancia este reto. Tal como él mismo señala en las conclusiones de su libro:

La larga epopeya que ha significado adentrarme en esta investigación está llegando a su fin. Ha sido un atrevimiento que ha desbordado pasión, emoción, sorpresa y un nuevo caudal de conocimientos que no suponía que habría de adquirir, sobre todo durante los siete viajes realizados a China a fin de obtener información de manera directa, conversando con protagonistas de muchos de los hechos que aquí se registran y constatando en la práctica buena parte las afirmaciones que se hacen en los capítulos conclusivos. *Infra*, p. 384.

El año 2018 fue el del 40° aniversario de la reforma y apertura de China y el año 2019 es el del 70° aniversario de la fundación de la República Popular China. Este trabajo es el mejor regalo que el autor hace llegar al pueblo chino con motivo de estas dos fechas históricas. ¡Muchas gracias y muchas felicitaciones al profesor Sergio Rodríguez Gelfenstein por este buen libro!

PROF. XU SHICHENG

*Investigador Titular Instituto de América Latina
Miembro honorario de la Academia de Ciencias Sociales de China*

Beijing, 20 de noviembre de 2018

Introducción

Encarar desde América Latina un estudio sobre la República Popular China enfrenta el riesgo de repetir opiniones estereotipadas que corean viejas fórmulas establecidas a partir de una visión totalizante y universalizada por la práctica de un período muy importante de la historia en el que se han establecido puntos de vista, parámetros de investigación y paradigmas que responden a una visión hegemónica de Occidente respecto del desarrollo de la historia a partir de la imposición, casi siempre por la fuerza, de modelos de economía y sociedad establecidos sobre la base de una larga tradición que se sustenta en la filosofía, las costumbres y la cultura de los países de este lado del planeta. En este sentido, la idea de hegemonía tiene su soporte en la noción de «aparato» de control, la cual es completada con la de estructura ideológica de clase. Esto nos lleva a aceptar la propuesta de Buci-Glucksmann (1979) cuando plantea que:

El aparato de hegemonía califica y precisa el concepto de hegemonía, entendido como hegemonía política y cultural de las clases dominantes. Conjunto complejo de instituciones, de ideologías, de prácticas y de agentes (entre los que contamos a los ‘intelectuales’), el aparato de hegemonía no encuentra su unificación, sino en una expansión de clase. Una hegemonía no unifica solamente como aparato, por referencia a la clase que se constituye en y por la mediación de múltiples subsistemas: aparato escolar (de la escuela a la universidad), aparato cultural (de los museos a las bibliotecas), organización de la información, del marco de vida, del urbanismo, sin olvidar el peso específico de aquellos aparatos eventualmente heredados de un modo de producción anterior (del tipo Iglesia y sus intelectuales) (p.66).

Desde este punto de vista, se quiere poner el énfasis en el rol que juega el Estado en la imposición de un «consenso» alcanzado a través de la coerción física (de la amenaza de su utilización), para

lo cual el aparato ideológico juega un rol relevante en la creación de «ideas consensuadas» a través de la educación, la justicia, los medios de comunicación, la cultura y el entretenimiento (Boggs, 1978). Así, se fijan opiniones que no necesariamente coinciden con la realidad pero que habilitan la integración de creencias, valores, tradiciones culturales y mitos que funcionan en la masa con el objetivo de perpetuar el orden existente a través de la creación de una idea única y universal. Según Boggs (op. cit.), es necesario conocer «las sutiles, pero penetrantes formas de control ideológico y de la manipulación que servían para perpetuar todas las estructuras represivas» (p. 36). Por ello se hace importante diferenciar dos tipos fundamentales de control político: los de «dominación» (coerción física directa) de los de la «hegemonía» o «dirección» que supone consentimiento y control ideológico.

En ese sentido, esta investigación se propone el reto de desarrollar una propuesta novedosa que se plantea considerar los puntos de vista que se esbozan a partir de una visión en la que predominan estudiosos y pensadores chinos, insertos en centros de investigación y universidades, así como de publicaciones elaboradas por institutos de investigación oficiales e instituciones gubernamentales de ese país, respecto de lo que ha sido su historia¹. Este marco obliga a considerar un análisis retrospectivo de los fundamentos filosóficos que han conducido a la construcción del Estado y la sociedad en China². Desde nuestro punto de vista, es en ese aspecto en el que residen las profundas diferencias de análisis que llevan a conclusiones que no son compartidas por la inmensa mayoría del pueblo chino en el estudio de su historia y de su realidad³.

A partir de 1840, la China feudal se fue convirtiendo gradualmente en un país semicolonial y semifeudal. Por la independencia de su patria, la liberación nacional y las libertades democráticas, el pueblo chino luchó de manera heroica, avanzando en oleadas sucesivas.

No ocultamos que el reto planteado es difícil, pero es precisamente su carácter inédito el que ha motivado el interés por esta investigación que se propone entender la dinámica de la vida política y las decisiones del Estado chino —en particular de sus Relaciones Exteriores— a partir de los sustentos filosóficos y culturales erigidos desde hace alrededor de cinco mil años. En ese sentido Schuster (2004) apunta:

Ninguna investigación comienza si no se detecta alguna dificultad en una situación práctica o teórica. Es esta dificultad o problema quien guía la búsqueda de algún orden entre los hechos o términos del cual la dificultad pueda solucionarse (p. 15).

Cuando este libro se imprima estaremos automáticamente homenajeando —y al mismo tiempo agradeciendo— la sabiduría y el conocimiento del pueblo chino, el que durante la dinastía Han del Oeste, en fechas lejanas que transcurrieron entre el siglo II antes de nuestra era y el siglo I después de Cristo, aprendiera a fabricar el papel (Deng, 2011). En todo el período de la llamada Edad Media de Occidente entre los siglos V y XV de nuestra era, China fue una civilización avanzada, culturalmente rica, tecnológicamente desarrollada y poseedora de una economía boyante abierta al exterior (Mosterín, 2007). A partir del siglo XVII, pero sobre todo durante el siglo XIX, cuando se libraron las Guerras del Opio, el país entró en una situación de estancamiento y retraso del que solo pudo salir cien años después en pleno siglo XX.

Una vez superada esta «larga noche oscura» en el devenir histórico del país, el establecimiento de la república en 1911 y el triunfo de la revolución dirigida por el Partido Comunista en 1949 abrieron una nueva época para el país, que se ha caracterizado por varias etapas de sobresalto hasta que, en 1978, al instaurar la política de «reforma económica y apertura», China comenzó su inserción en un mundo que avanzaba a ritmo acelerado hacia la globalización, sobre todo después de que el sistema internacional superó una larga etapa distinguida por la bipolaridad que presentó durante casi todo el siglo XX. Las transformaciones sufridas en su estructura económica le han permitido a este ‘gigante asiático’ constituirse en un actor notable del siglo XXI⁴. El papel de la República Popular China en el escenario global ha cobrado gran preponderancia, no solo en el plano económico. Su creciente participación en la dinámica política regional y global le ha concedido una relevancia jamás antes vista en su historia.

La creciente presencia de China en América Latina y el Caribe ha conducido a una modificación trascendental en el quehacer político y sobre todo económico de las naciones de esta región. Para varios países del continente, hoy China es ya uno de sus principales socios comerciales. Algunos de ellos se han convertido en aliados políticos

importantes para el despliegue de la diplomacia china. Estamos ante un hecho que configura el quehacer cotidiano. De ahí el carácter relevante que adquiere el conocimiento, estudio e interpretación adecuada de la dinámica política de este país, sus tradiciones, su filosofía y su cultura.

En este sentido, el objeto de esta investigación es el Estado chino, en particular su sistema político que comprende la política exterior como uno de sus componentes. El Estado en China se constituyó bajo la dinastía Qin en el año 221 a.C., dando así paso a un gran imperio unificado que en ese momento gobernaba a una población multiétnica de 20 millones de habitantes. Yingzheng sería el nuevo mandatario y se autodenominó «Shihuang» (el primer emperador). Desarrolló una gran reforma social y tomó medidas encaminadas a intensificar una soberanía centralizada que no había existido antes. Sostenía que el sistema feudal era el origen de las permanentes guerras que desangraban el territorio ocupado por los hasta entonces reinos y para ello creó un ejército al que le asignó la misión de restaurar la paz y unificar el país. El emperador controlaba el poder político y el militar. Construyó un Estado con tres ministros (el primer ministro encargado de los asuntos políticos; el militar y el supervisor) y nueve departamentos que tenían bajo su responsabilidad los asuntos administrativos. El poder imperial era supremo y el primer ministro era el funcionario dirigente del gobierno, pero cada quien era responsable de su área. Así mismo, fueron creadas instituciones locales en dos niveles organizados a través de prefecturas y distritos que estructuraban las entidades del poder local (Cao y Sun, 2011).

Así, hace más de 2200 años se echaron las bases para la construcción de un Estado que aún hoy conserva elementos de la idea original de sus creadores. Desde su más temprana edad, el Estado chino se abocó a la construcción de sólidas y jerarquizadas instituciones, que estipularon la sucesión pacífica del mandato y la búsqueda de alianzas de las naciones que componían el país y que aprovechando las vastas planicies centrales de su territorio desarrollaron una economía agrícola de carácter intensivo. El largo proceso de unificación del Estado que duró más de 1800 años fue testigo de las pugnas por mantener estos valores y avanzar hacia su constitución en todo el país. Esto es lo que permite afirmar que no estamos ante un sistema político que se pueda estudiar exclusivamente a partir de los sucesos nacionales o

mundiales que se han desarrollado en los últimos cien años, a saber: la instauración de la república en 1911, el triunfo de la Revolución de 1949 y la puesta en marcha de la política de apertura y reforma luego de 1978. En esa medida, tampoco es válido utilizar como único soporte de análisis algunos acontecimientos globales, que si bien no fueron relevantes tuvieron cierta influencia al trasluz del intercambio dialéctico con las especificidades de eventos y procesos que han concurrido en la constitución de la política actual de la República Popular China, entre ellos vale mencionar la Revolución Rusa de 1917, la Segunda Guerra Mundial, la desaparición de la Unión Soviética junto al campo socialista y el proceso de globalización. La unilateralidad en el estudio de este objeto de investigación niega características particulares que, como se ha visto, tienen una larga antigüedad y están arraigados en los principios, valores y comportamientos de la sociedad china. Este estudio nos lleva a establecer que el problema a investigar pasa por abordar la interrogante de cómo variables específicas en los ámbitos filosóficos, políticos y culturales erigidos a lo largo de más de 2200 años aportan los elementos básicos para configurar la política en general y la política exterior en particular de la República Popular China en el siglo XXI.

A partir de ello, es válido establecer que me propongo examinar elementos de carácter histórico, filosófico y político que permitan entender el comportamiento de la política en general, y concretamente de la política exterior de la República Popular China en el siglo XXI. Uno de esos aspectos novedosos que pretende asumir esta investigación es la utilización de referentes teóricos de la propia China, evitando en lo general hacer la tradicional mirada de los acontecimientos desde la visión occidental. Para entender la filosofía china hay que regresar al período Pre Qin, es decir, a tiempos anteriores a la unificación del Estado en el año 221 a.C. (Wen, 2011). Para ello es menester consultar el *Libro de los Cambios* (Zhouyi) que está considerado como la guía inicial del pensamiento filosófico chino. Este texto se inspira en el tao o camino de los cambios entre el cielo y la tierra para ordenar las acciones de las personas y cosas. Los filósofos del período Pre Qin establecieron las bases de todo pensamiento filosófico chino en el que el centro de su quehacer estaba en las cuestiones sociales, lo cual constituyó una ideología para la acción, marcando gran diferen-

cia con el pensamiento griego de la época que se implantó como una filosofía para la contemplación.

En el mismo momento (siglos III y IV a.C.) que en Occidente fulguraban Sócrates, Platón y Aristóteles, echando a andar lo que se transformó en fundamentos de la filosofía de esta parte del planeta y del entramado básico de su teoría política así como del funcionamiento del Estado, en China surgían Confucio y Mencio para crear la filosofía china. La teoría de Confucio que consideraba la «piedad filial» (*xiao*) como raíz de la humanidad generó gran polémica entre los filósofos de la época. La propuesta de su sucesor Mencio —quien planteaba la obligación de «gobernar un país con amor humano»— echó las bases para establecer que «la humanidad» debía ser el basamento de la gestión política práctica en China (Cao y Sun, 2011). A partir de ese momento se desarrolla una milenaria continuidad en el pensamiento filosófico chino que no se podría obviar en ningún análisis. Los aspectos prácticos de la conceptualización de la política y de la guerra como expresión de ella, en aspectos que van desde el pacifismo hasta la estrategia militar han estado presentes a lo largo del tiempo. En este marco es importante conocer a filósofos como Mozi, Xunxi y Han Fei, todos del período Pre Qin, que como ya se mencionó, construyeron bases estructurales del pensamiento chino que hoy son consideradas para este trabajo.

Un estudio de estas características enfrentó ciertas dificultades derivadas de limitaciones para la obtención de suficiente bibliografía sobre el tema escrita en castellano u otras lenguas occidentales. Aunque hay autores como el doctor Roger T. Ames, profesor de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres que se han dedicado a establecer estudios comparados entre la filosofía china y la de Occidente, es más factible encontrar académicos chinos que se han adentrado en esa disciplina. Entre ellos destacan Chen Rongjie (1904-1994) doctorado en la Universidad de Harvard, así como Du Weiming, nacido en 1940, y Cheng Zhongying nacido en 1955, quienes también estudiaron en Harvard, considerados representantes fundamentales de la corriente filosófica denominada neoconfucianismo. Sin embargo, ha sido muy difícil acceder a su obra.

Esta investigación ha revelado contradicciones de carácter metodológico así como de alguna manera también en el ámbito teórico, lo que

deja abierta la necesidad de que en el futuro tal vez sea necesario encarar un completo estudio comparado entre las visiones occidental y china sobre el Estado, la sociedad y la política. Sin embargo, ello no estuvo planteado como objetivo de este trabajo. De todas maneras, se hizo inevitable establecer comparaciones a lo largo de toda la exposición. En esa medida la investigación —desde lo que pudiéramos denominar una perspectiva china— se hizo a partir de los acontecimientos centenarios y de los pilares milenarios de la historia, la filosofía y la cultura, con el fin de cumplir con el objetivo principal de esta indagación y que afloraran las necesarias contradicciones desde una perspectiva tradicional de análisis, sobre todo en lo referente a los fundamentos básicos que se han utilizado para formar opinión en torno al estudio de las variables esenciales a partir de las cuales funciona el Estado y se desenvuelve la política.

En tanto este no es un estudio estrictamente comparativo, para cumplir el objetivo general se hizo énfasis en el conocimiento de la perspectiva china respecto del tema. De esta forma se le da un carácter novedoso y actual a la investigación desde lo que hemos denominado «una mirada china o desde China». Sobre este aspecto, vale la pena revisar lo que opinan Franke y Trauzettel (2006) cuando afirman que China desempeñó en dos momentos distintos un papel importante que no se puede menospreciar respecto de «la formación de una conciencia histórica en Europa» (p. 1), señalando que las dos épocas corresponden una al siglo XVIII, cuando en el viejo continente se desarrollaba la Ilustración y hubo un despliegue importante de la historia universal, y un segundo momento en el siglo XX cuando citando a Oswald Spengler⁵ le adjudican a China «una calidad equivalente a la historia europeo-americana». Al respecto Franke y Trauzettel, (2006) afirman que:

La concepción spengleriana sirvió de base teórica para abandonar las posiciones de la Ilustración. Paradójicamente el racionalismo de la Ilustración y la teoría, más bien mítica, de los ciclos culturales llevaban en un punto particular, al mismo resultado, a saber, a representarse la historia china como estática (p. 1).

Finalmente, es válido resaltar la necesidad de recurrir a la investigación participativa como forma de emprender un marco sociológico crítico respecto de una situación objetiva de dominación, frente a la

cual se deben generar acciones que mejoren este escenario. Se trataba entonces de dejar de ser un mero observador de la investigación que se acometía, para poner el pensamiento y la capacidad al servicio de una causa. De esta manera se asumió un proceso de aprendizaje conjunto con aquellos grupos que han servido como objeto de estudio y que en el fondo son los verdaderos protagonistas de la investigación (Savigliano, 1989). En este caso, la indagación en terreno que aportó información fundamental a partir del contacto directo con académicos, políticos y ciudadanos de varias regiones del país, para recolectar no solo ideas o conocimiento científico, sino sobre todo vivencias y una idiosincrasia y una cultura alejada de la que tenemos incorporada al acervo del pensamiento occidental, se transformaron en parte medular de la investigación y en norte para la mirada del autor.

Esta investigación se propone hacer un aporte al conocimiento más profundo de las particularidades del proceso político que ha vivido China desde la Revolución de 1949, pero sobre todo, de su actuación en el escenario global a partir de la última década del siglo pasado. Lo más relevante y novedoso son las contribuciones que se han hecho en la comprensión de los basamentos milenarios de su filosofía y cultura, los que han conducido a determinar una parte sustancial de los comportamientos políticos del Estado y su gobierno. En el período más reciente, ellos se vieron complementados con las doctrinas que tributaron Carlos Marx, Vladimir I. Lenin y sobre todo las ideas y el liderazgo de Mao Zedong y Deng Xiaoping, sin apartar de su rumbo el universo psicológico y sociológico que significa erigir una nueva realidad a partir de una civilización que ha perdurado en el tiempo por más de cinco mil años.

NOTAS

- ¹ Después de revisar 19 libros escritos por autores occidentales cuyo tema es China, pude constatar que salvo en tres casos, la aplastante mayoría de las referencias bibliográficas utilizadas son de autores occidentales. Incluso en cuatro casos no hay una sola cita de algún autor chino, lo cual me pareció cuando menos curioso dada la profusa bibliografía escrita en China y traducida sobre todo al inglés.
- ² El Estado chino unificado se estableció en el año 221 a.C. Antes de ello habían prosperado innumerables formas de organización social. En uno y otro caso, en su construcción —como se verá más adelante— hubo gran influencia de un

pensamiento, una cultura y una filosofía propios que fueron marcando pautas e incidiendo de manera trascendente en las aristas que iban configurando ambos procesos, los cuales siguieron un curso específico e inconfundible que le dio una tipología única. De esta manera, una investigación de estas características obliga a indagar en esas particularidades que desde mi punto de vista están en las raíces de las diferencias de análisis respecto de la sociedad y el Estado en China y en Occidente.

3. La Constitución de la República Popular China aprobada el 4 de diciembre de 1982 expresa que:

«China es uno de los países de más larga historia del mundo. Las diversas nacionalidades del pueblo chino han creado conjuntamente una brillante cultura y poseen una gloriosa tradición revolucionaria.

En el siglo XX China ha experimentado grandes cambios históricos que estremecieron el mundo. La Revolución de 1911, dirigida por el Dr. Sun Yat-Sen abolió el régimen imperial feudal e hizo posible la creación de la República de China; sin embargo, aún quedaba por cumplir la misión histórica de la lucha del pueblo chino contra el imperialismo y el feudalismo.

En 1949, el pueblo chino de las diversas nacionalidades, dirigido por el Partido Comunista de China con el presidente Mao Zedong como líder —después de una prolongada, ardua y sinuosa lucha armada, además de otras formas de lucha— terminó por derrocar la dominación del imperialismo, del feudalismo y del capitalismo burocrático, coronó con una gran victoria la revolución de nueva democracia y proclamó la República Popular China. Desde entonces, el pueblo chino ha tomado el poder estatal en sus manos y se ha erigido en dueño del país» (Constitución de la República Popular China, 1982, Preámbulo).

4. Después de la Guerra de los Treinta Años en Europa (1618-1648) se firmó el Tratado de Westfalia, en el que las potencias vencedoras formularían lo que con el paso del tiempo se denominaría «Orden Internacional», el cual daría paso a la creación del sistema internacional moderno, basado en principios básicos que son aceptados por todos los actores. Estos principios son: 1. Respeto a los límites territoriales de los Estados. 2. Igualdad soberana. 3. No intervención en los asuntos internos de los Estados. 4. Los tratados firmados deben ser aceptados y cumplidos por todos los Estados. 5. Los conflictos deben ser resueltos por medios pacíficos y a través de la negociación. 6. Un Estado que ha sido víctima de la violación de estos principios, puede recurrir a la guerra contra el Estado que los haya transgredido, para lo cual debe contar con el apoyo de otros Estados. 7. Las guerras deben responder a causas justas, caso contrario los Estados que las generen se pondrían al margen del Derecho, por lo que aquellos Estados que hayan firmado tratados de paz deben dar respuesta al perturbador del orden establecido.
5. Spengler fue un filósofo e historiador alemán de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Su principal obra fue *La decadencia de Occidente*.

CAPÍTULO I

Antecedentes históricos de la China del siglo XXI

Origen de la civilización china

Diez mil años es demasiado,
hay que aprehender el día, aprehender el instante.
Los cuatro mares hierven,
se enfurecen las nubes y las aguas
los Cinco Continentes se estremecen,
rugen truenos y huracanes.
Hay que exterminar todas las plagas,
ninguna fuerza es capaz de resistir.

MAO ZEDONG

«A propósito de un poema del camarada Kuo Mo-Jo»

La civilización china ha experimentado más
de cinco mil años de cambios históricos,
pero siempre ha mantenido su continuidad.
Evoca la aspiración individual más profunda de la nación china,
representa el identificador espiritual singular de esta nación
y le proporciona abundantes nutrientes a su existencia y desarrollo.

XI JINPING

Discurso pronunciado en la Unesco
París, 27 de marzo de 2014

Para los historiadores chinos siempre ha sido importante la recolección y el apunte de los eventos notables y para ello han organizado su estudio a partir de las dinastías y los reinados como marco de referencia para su ordenamiento y estudio. Ello tiene que ver con su actitud ante el tiempo y la necesidad de darle una importancia suprema a lo concreto haciendo que el marco cronológico, las fechas y la duración de los eventos y procesos históricos estén en el centro del relato. Los investigadores chinos desde siempre han llevado estricto control de los registros publicando diarios, memorias, comentarios y narraciones, describiendo sucesos y episodios con extrema dedicación (Mosterín, 2007).

En la historia de China se puede encontrar una larga compilación de leyendas y mitos que atribuyen su formación a deidades que separaron el cielo de la tierra y transformaron el universo para crear el sol, los astros, las estrellas, pero también las montañas, los ríos,

las nubes y la naturaleza en general. El transcurso del tiempo les fue dando a determinados personajes el protagonismo en la solución de las dificultades que iba presentando la vida. Así, a Nü Wa se le atribuye la creación de la humanidad modelada desde el barro. Chaoshi les enseñó a construir viviendas para protegerse de las inclemencias del tiempo. Suiren aprendió a desatar el fuego para utilizar las carnes en bien de la alimentación. Fuxi enseñó la domesticación de los animales y convenció a los hombres de la necesidad de vivir en pareja. De esta manera, se fueron construyendo los clanes y tribus que en su proceso de expansión dieron origen a conflictos y guerras, algunas de muy larga duración que condujeron a la desaparición de unas y la fusión de otras (Zhang, 2006).

Hace cerca de diez mil años los antecesores de los chinos entraron en la era neolítica, que en las cuencas de los ríos Huanghue y Changjiang llegó a una situación de prosperidad alrededor de 3000 años después (Cao y Sun, 2011). Miles de restos arqueológicos y ruinas culturales dan cuenta de ello. Los habitantes de estas comunidades utilizaban aperos de piedra tallada, hachas, palas, azadones y cuchillos principalmente para cultivar arroz, maíz y repollo, así como para criar animales domésticos tales como cerdos, perros, ovejas, gallinas y bueyes. Sobresalieron las culturas Yang-shao, Banpo y Jiangzhai de Lintong que desarrollaban actividades de carácter público en establecimientos creados especialmente para ello. En su entorno se construían hornos para fabricar cerámicas. Los descubrimientos acerca de estas culturas evidencian que ya en esta época constituyeron familias que fueron el germen de los clanes, así como estos lo fueron de las tribus. Sus actividades agrícolas y pecuarias, así como el funcionamiento de la familia como núcleo comunitario básico que dio origen a formas superiores de organización, dieron paso a sociedades configuradas por superlativas estructuras de producción que los llevaron a entrar en épocas en las que se manifestó un salto cultural caracterizado por la aparición de invenciones científicas y el desarrollo del talento humano, los que comenzaron a ser considerados como héroes.

Al mismo tiempo que Egipto, China entró en su época civilizada 3 000 años a. C. Al igual que todas las civilizaciones antiguas, esta se desarrolló en las cercanías del agua, a lo largo de los ríos Huang He o Amarillo y Yangtsé¹. El emperador Yandi fue el iniciador de la agricultura, la medicina y la farmacia en China: introdujo los cultivos de hierbas

medicinales, hortalizas y cereales, en particular maíz y arroz de dos variedades. Se le considera el inventor de la cerámica y de los primeros mercados, con lo que se dio origen a las actividades de acopio y comercio. Por su parte, el emperador Huángdi, llamado el Emperador Amarillo que comenzó a gobernar en 2697 (a.C.), incorporó la confección de ropa, la construcción de viviendas, la elaboración de instrumentos de caza y la fabricación de carros y pequeñas embarcaciones. Su esposa Louzou desarrolló la técnica de criar gusanos y alimentarlos con morera para producir seda. En otra de sus facetas, este emperador se preocupó por estimular inventos relacionados con las letras, la aritmética, el calendario y la música (Ob. cit.), y de este modo se fueron echando las bases del sistema productivo, el que a su vez fue conformando una cultura acorde con la actividad que cada clan o tribu desarrollaba.

Es en este momento cuando se comienza a tener una conciencia religiosa, de manera primordial a través del culto al sol y otras deidades. Se ofrecían sacrificios al cielo, la tierra y los antepasados. La gran cantidad de ofrendas descubiertas da cuenta de la existencia de una casta sacerdotal superior (Zhang, ob. cit.). Todo esto configura elementos de existencia de una sociedad comunitaria que durante la dinastía Xia (la primera en la historia de China) va dando paso a la construcción del primer Estado chino, hacia el siglo XXI a.C. Con ello el país inicia su transición de la comunidad primitiva hacia la sociedad esclavista². Las dinastías Shang y Zhou, que gobernaron a continuación desarrollaron la esclavitud en grado superior (Qin S., 1995). Hablar de civilización china da cuenta de una idea que se comienza a estructurar en esta época. En esa medida, se inicia un transcurrir independiente en la historia, que va evolucionando y construyendo su pluralidad al mismo tiempo que ampliaba su espacio, estableciendo un intercambio recíproco y desarrollando procesos de integración con culturas vecinas.

Acerca del Modo de Producción Asiático (MPA)

Las circunstancias del surgimiento del Estado en China en el siglo XXI a.C. y la instauración de una sociedad esclavista fueron motivo de un largo debate no finalizado de los teóricos marxistas a partir de una discusión que abre el propio Carlos Marx, secundado y reforzado

con puntos de vista de Federico Engels en lo que se dio en llamar el Modo de Producción Asiático (MPA). Vale decir que la valoración de este concepto engloba sociedades antiguas que no necesariamente están en Asia —como Egipto— o que se encuentran en el Cercano Oriente como Persia. Así mismo establece diferencias para India, Bali, Java, Indostán y Bengala, entre otros, en los que se centra la mayor parte de los análisis. Sin embargo, para los efectos de este trabajo, China es lo que nos interesa de manera que hablar de Modo de Producción Asiático tiene un carácter genérico, que incluso abarca el estudio del modo de producción existente en territorios adyacentes al mar Mediterráneo o Rusia. Para un estudio de la historia de China, una definición a este respecto es muy importante pues algunos investigadores sugieren la idea de que tomar posición acerca de lo que ocurrió responde al debate originado entre quienes aceptaban los puntos de vista soviéticos y los que asumían el de China, negando que la discusión sobre el tema es mucho más antigua que la confrontación ideológica sino-soviética del siglo XX.

En este sentido, el paradigma chino rompe con la concepción soviética del paso sucesivo de todas las naciones desde la comunidad primitiva al esclavismo, de ahí al feudalismo y posteriormente al capitalismo. Los dirigentes políticos y los teóricos chinos niegan este planteamiento, e incluso rechazan la idea de que haya habido un MPA proponiendo que en China se pasó del esclavismo al feudalismo y nuevamente al esclavismo (Pla, 1979). Sin embargo, como apunta el teórico marxista uruguayo Julio A. Louis, en la Unión Soviética, hasta 1931, se desconocía la idea de existencia de un MPA, por lo que las sociedades de este tipo eran clasificadas como esclavistas o feudales. Según Louis (2008), la concepción soviética despoja al «materialismo de su carácter científico, anula la investigación para convertirlo en una filosofía de la historia, «ordenando» el curso de su devenir, «encajando» los hechos en un esquema predeterminado» (Ob. cit., p. 37).

Para poder entender la relevancia del tema para la investigación presente es menester esbozar y definir algunos elementos de carácter teórico. El modo de producción se constituye cuando la humanidad comienza a producir, es decir cuando cultiva y comienza a domesticar animales. La agricultura crece y con ella la producción de alimentos

y, por ende, la población. Mientras hay igualdad social, la sociedad es comunitaria, se funda en lazos de sangre, lengua y costumbres pero cuando surge la propiedad, aparece el excedente y con ella las clases sociales de los que poseen y los que no. La comunidad primitiva es una condición previa a la apropiación y a la utilización comunal de la tierra, no es el resultado de ella, toda vez que la propiedad de la tierra es de toda la comunidad, que es la condición que debe poseer un individuo para pertenecer a ella, toda vez que aún no existía la propiedad privada. Las comunidades primitivas asumieron diferentes características de acuerdo con las formas de vida y los parentescos (Godelier, Marx y Engels, 1972). En el «Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política», Marx (1969) expone que:

En la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general. (p. 69).

Este texto da una pista en torno a lo que Marx reconocía como modo de producción al referirse a la estructura que soportan todas las sociedades de clase. En ese sentido, acepta cuatro modos de producción: el asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Por lo tanto, según Pla en su debate con Godelier sobre el tema, hay que diferenciar modo de producción de formas de posesión de la tierra «que en el mejor de los casos muestra elementos de desagregación de la comunidad primitiva en la transición a la sociedad de clases» (Pla, ob. cit., p. 17.). Sin embargo, en un manuscrito realizado entre 1857 y 1858 y publicado apenas en 1939, denominado «Formaciones económicas precapitalistas», Marx (2009) describe siete formas de apropiación de la tierra, es decir de la manera como se expresa la dominación en las sociedades preindustriales. Así, hace un boceto de

la evolución de la propiedad a través de la historia y lo establece de carácter sucesivo a través de la comunidad primitiva y los modos de producción asiático, antiguo, esclavista, germánico, feudal y finalmente capitalista. No es objetivo de esta investigación hacer un desarrollo de cada uno, solo abordar el modo de producción asiático por la incidencia que este tiene en la historia de China.

El debate teórico específico sobre el MPA lo habían iniciado los propios Marx y Engels. En *El Capital* Marx enuncia una idea que parece tener una validez que su autor no había previsto cuando ubica el modo de producción antiguo «después de desmoronarse el colectivismo oriental primitivo y antes de que la esclavitud se adueñe de la producción» (Marx, 1959, p. 375). Al estudiar algunas comunidades, particularmente de India, a Marx le llama la atención la ausencia de propiedad privada sobre la tierra. En el *Anti-Dühring* (Engels, 1964) escrito en 1877, Engels explica que en tal contexto carecen de nitidez los límites de acción de la clase dominante que emerge, toda vez que el excedente que se produce le es retribuido al individuo que tiene una función y un poder de explotación, pero plantea que es importante considerar que el mismo excedente regresa a la comunidad y por tanto no hay explotación de esta por aquel.

El MPA es concebido como una forma de despotismo económico que desarrolla un pueblo para enfrentar los desastres naturales, en particular las inundaciones y la sequía, lo cual obliga a una alta disciplina y a un Estado fuerte que establezca necesarios mecanismos de cooperación para los trabajos públicos y el control del funcionamiento de la economía agrícola. Surge así una supra clase dominante que controla el Estado, pero no es propietaria en forma privada de los medios de producción, sin embargo explota el trabajo de las comunidades, en cuyo seno no existen grandes distinciones por una existencia rudimentaria de la propiedad privada (Louis, 2008).

Pla (Pla, ob. cit.), por su parte, recuerda que Marx define el MPA como una unidad autosuficiente de manufactura y agricultura dentro de la aldea, por lo cual contiene intrínsecamente las condiciones para la producción y reproducción de excedentes (Marx, 1972). Godelier (Godelier, Marx y Engels, 1972) establece que es importante hacer la distinción entre modo de producción asiático y modo de producción esclavista, en tanto que Marx se refiere a la esclavitud como la condición

de los individuos sometidos por el poder del Estado. Así mismo, expone que la diferencia fundamental entre el MPA y el modo de producción feudal reside en el «carácter que toma en cada caso la explotación y la dependencia de los campesinos» (Ob. cit., p. 31.). En el MPA, el Estado es el propietario de las tierras, como expresión de las comunidades, y la explotación de los campesinos es colectiva, mientras que en el feudalismo la dependencia del individuo respecto del Estado es indirecta, pasando por el intermediario entre la dependencia donde ubica su comunidad y el Estado. En esa medida, el MPA caracteriza una estructura específica cuyos elementos tomados separadamente pueden encontrarse en otras estructuras, sin que ello signifique que puedan ser confundidas ni igualadas (Ob. cit.).

En general, para Fioravanti lo esencial de la noción de MPA era «indicar la aparición del Estado y la explotación de clase a partir de la comunidad primitiva». En esa medida, cuando Marx y Engels relacionaron el desarrollo de grandes trabajos agrícolas y la realización de importantes obras de riego y almacenamiento de agua con esta aparición tanto del Estado como de la explotación, descubrieron que las mismas resultaban clásicas para estudiar algunas sociedades, en particular aquellas que denominaron de «despotismo oriental» (Fioravanti, 1972, p. 137).

Vistas así las cosas hay tres puntos de vista sobre el tema: el primero, que surge del propio pensamiento de Marx y Engels, asegura que a través de la historia han existido diversos modos de producción, uno de los cuales es el MPA, que presenta particularidades que no lo igualan con ningún otro y en el cual se generan características específicas que tienen que ver con la existencia de explotación y clases sociales sin que la propiedad privada haya sido el eje fundamental de la economía. Señalan que las fases de desarrollo de la sociedad pueden ser acertadas pero no excluidas e igualmente que el MPA se caracteriza por un tipo de despotismo y por la existencia de la propiedad comunal autosuficiente que define el poder del Estado y las relaciones de producción (Pokora, 1980).

Otra concepción, asumida por los estudiosos soviéticos de la época estalinista, plantea la idea de la evolución de la sociedad a partir de una continuidad en el paso de un modo de producción a otro, desconociendo las particularidades que Marx y Engels esbozan en sus

tesis. De esta manera argumentaban a favor de la doctrina del «socialismo en un solo país» cuando estuvieran las condiciones para ello, condiciones que venían dadas por la evolución sucesiva de los modos de producción. Finalmente, hay una tercera posición que es la que manifiestan tanto la dirección política como los académicos chinos que niegan la existencia de un MPA, al mismo tiempo que refutan la idea de desarrollo consecutivo de los modos de producción y establecen que en China se presentó una particularidad caracterizada por el paso del esclavismo al feudalismo y de nuevo al esclavismo. Esta concepción será la utilizada para efectos de este estudio.

En lo que respecta específicamente a China, este debate tiene validez para tratar de determinar las características particulares que asumió la monarquía, las cuales incidieron en la formación del Estado y en la determinación de ciertas condiciones específicas de la sociedad, la política y la economía que las diferenciaron de las que se venían desarrollando en Occidente, produciendo un cisma en su evolución, no permitiendo a futuro análisis universales que tuvieran validez para uno u otro caso. Sin embargo hay que considerar que, como apunta Maurice Godelier: «...el análisis del destino de la noción «Modo de Producción Asiático» pone en evidencia, a nuestro parecer, la inmensa carga de deformaciones teóricas, de ideologías contradictorias de la que esta noción ha llegado a ser vehículo» (p. 45).

La sociedad de clases. Creación de las bases del Estado en China (Siglo XXI a.C.)

En el transcurso de acoplamiento de los pilares de la sociedad de clases y el Estado durante la dinastía Xia, el país se estructuró en nueve regiones administrativas, fueron creadas instituciones y nombrados funcionarios en varios niveles, se formó el ejército, se estableció un sistema de ritos y una ley penal que hizo necesaria la construcción de una cárcel, así mismo se impuso el pago de tributos. Con ello se creó lo que podría llamarse el primer gobierno en el país. Se considera al emperador Yu como el creador del primer Estado chino. La sucesión en el trono se dio a través de la elección por la alianza de tribus y la cesión pacífica del poder, esbozando elementos de una democracia

primitiva. Sin embargo, muy pronto y a partir de intereses creados, la sucesión pacífica cedió paso a violentos enfrentamientos que dieron pie a esta práctica que se mantuvo durante muchos siglos. Dichas confrontaciones pusieron fin a la dinastía Xia que duró más de 470 años en el poder, seguida por la dinastía Shang —que se mantuvo más de 500 años— siendo destituida a su vez por la dinastía Zhou (llamada del Oeste) en alianza con más de 800 tribus y que permaneció en el poder más de 270 años. Se considera que estas tres dinastías que tuvieron en total una duración de casi trece siglos, configuraron y desarrollaron el Estado esclavista en China.

El sistema político que se comenzaba a organizar guardaba profundas diferencias respecto del que surgió en Grecia, considerada la cuna de la civilización occidental, donde las accidentadas características topográficas, los diferentes modos de producción y vida, así como el desarrollo del transporte y el comercio que significó una gran apertura y con ello un intercambio siempre creciente con otros grupos humanos, terminaron desgastando la estructura social surgida de los clanes cohesionados a partir de las relaciones consanguíneas. En Occidente esta situación dio origen a las ciudades-Estado y con ello se ejerció la política basada en los ciudadanos. En China, cuya civilización se desarrolló en un territorio de grandes planicies, la economía se centró en la producción agrícola intensiva cuyo centro era la familia³, esto hizo que a pesar de su entrada en la sociedad de clases, los lazos de sangre no se desintegraran y siguieran cumpliendo su función de eje de la estructura social y económica del país (Cao y Sun, 2011). El olvido o desprecio de esta característica va a tener trascendentes repercusiones en la historia futura de China. La sociedad esclavista no evitó que en la gestión política pública, incluyendo las guerras, se mantuvieran los vínculos entre la natural estructura agrícola dispersa —que se organizaba en familias, en las que predominaba el poder de sus jefes— y los nuevos gobernantes que concentraban el poder político, divino, militar y financiero⁴. Así, la organización sustentada en las relaciones de sangre se imbricó con las nuevas formas estatales creando las bases de una sociedad patriarcal. No obstante, se desplegaron relaciones de jerarquía y subordinación generadas por la introducción de la sociedad de clases, las cuales se manifestaron de manera primordial a través del pago de tributos.

De igual modo se crearon los «fangguos», agrupación de clanes que funcionaban como intermediarios entre el poder central y las familias, creando condiciones para que posteriormente (durante la dinastía Zhou del Oeste) la sociedad esclavista diera paso a la sociedad feudal. Los aristócratas que gozaban de privilegios, habitualmente también realizaban las funciones administrativas en todos los niveles de gobierno y constituían la clase dominante. Por su parte, el pueblo llano prestaba servicios a las familias gobernantes, trabajando sobre todo en la economía agrícola y artesanal. De la misma manera, los monarcas se preocuparon de crear un poderoso ejército. Hacer la guerra tenía gran importancia, porque además de la garantía del poder —junto a la realización de sacrificios a los antepasados— era considerada como un importante rito que permitía salvaguardar la sociedad patriarcal⁵. Esto permitió estabilizar la política, mantener el orden social y productivo y reforzar la fuerza cohesionadora del Estado, estableciendo férreos controles en zonas alejadas del centro del país, lo cual permitió llevar la explotación económica y el desarrollo cultural a regiones muy remotas (Ob.cit.).

Así, China se transformó en esa época de las dinastías Shang y Zhou del Oeste en el país más grande del mundo. Su capital, Haojing (hoy Xi'an), ocupaba un área de 30 kilómetros cuadrados con una población de 140 mil habitantes. La ciudad tenía 9 mercados y un gran comercio. Los súbditos de la dinastía Zhou del Oeste alcanzaban la asombrosa cifra de 3 millones de habitantes. Fue una época en la que hubo gran desarrollo de la escritura a través de las inscripciones en caparazón de tortugas o huesos —denominadas jiauwen— y los caracteres inscritos en objetos de bronce —denominados jinwen— (Ob.cit.), y su amplio uso llevó a la cultura china a un nivel extraordinariamente alto, toda vez que permitió el registro de los pensamientos, las ideas, las experiencias, las vivencias y el intercambio del hombre con la naturaleza (Mosterín, 2007).

Igualmente el desarrollo de la técnica de la minería y fundición en bronce propios de esa época permitieron dar un salto no solo desde el punto de vista productivo, también desde la perspectiva del progreso cultural. Fue un período en el que se inventó un método de fundiciones masivas, a partir de la fabricación de distintos recipientes con el mismo molde. En la historia china se considera que este

avance trascendente en la economía permitió pasar del neolítico a la Edad de Bronce, produciendo gran cantidad de instrumentos de calidad superior, los que se utilizaban para los ceremoniales, la producción agrícola, la guerra y la cultura, en particular la música (Zhang, 2006)⁶.

Este período de la historia china coincide con el auge de las civilizaciones de Egipto, Babilonia e India, pero mientras estas declinaron sucesivamente, en China, las dinastías Xia, Shang y Zhou del Oeste pudieron desafiar el tiempo al promover el desarrollo tecnológico que tuvo en la fundición de objetos de bronce su mayor éxito. A su vez, la utilización de la escritura condujo a un adelantamiento cultural que devino en el fortalecimiento del sistema político y social de un Estado que echaba sus bases. Estas dinastías consideraron como tarea fundamental construir un Estado cohesionado, estableciendo la necesidad de «gobernar con virtud», sin violentar la estructura social, echando bases sólidas y ejerciendo gran influencia para el futuro del país.

Períodos de Primavera y Otoño y de los Estados Combatientes (770-221 a.C.)

El año 770 a.C. da paso a la entronización de la dinastía Zhou del Este en el poder, un período que se divide en dos ciclos: de Primavera y Otoño (entre 770 y 476 a.C.) y de los Estados Combatientes (entre 475 y 221 a.C.). Durante esta época se produce un decaimiento del poder de la monarquía, debilitándose la unidad política del imperio (Mosterín, 2007). En este contexto, los vasallos surgidos en gran medida de territorios periféricos agruparon sus fuerzas, desarrollando centenares de guerras con objetivos de anexión o hegemonía. La historia recoge la existencia de cinco poderosos vasallos durante el período de Primavera y Otoño y —posteriormente— siete potencias destacadas que fueron conocidas como los Estados Combatientes. Estas circunstancias condujeron a la transformación del poder político y militar.

El sistema mediante el cual los nobles accedían a la administración del Estado entró en crisis. Surgieron nuevos jefes que asumieron

la categoría de príncipes o señores. Por su parte, los funcionarios de menor rango que cumplían ocupaciones bajo la dirección de aristócratas, a cargo de ciertas tareas de gobierno, iniciaron un ascenso en la toma de responsabilidades (Cao y Sun, 2011). Los poderes locales también se innovaron bajo el influjo de los príncipes, los cuales, aunque continuaron respetando el dominio del monarca sobre la tierra de los Estados centrales, se expandieron hacia territorios periféricos que conquistaron y colonizaron, ampliando el área de influencia de la cultura china (Mosterín, 2007). En este período las familias nobles tuvieron un ostensible decaimiento ya que los territorios conquistados no eran entregados a estas familias sino subordinados directamente al príncipe, quien los dejaba en manos de los nuevos burócratas para su administración.

La doctrina y práctica de la guerra también sufrió modificaciones, dejando de ser una actividad en la que los jefes eran miembros de la nobleza, mientras que los soldados de infantería eran campesinos que cumplían las misiones más difíciles, sin posibilidad de ascenso. Las nuevas características de los combates que se extendían por períodos muy superiores de tiempo, desplegando además niveles más altos de dureza y crueldad, obligaron a un desarrollo superlativo de la técnica y la táctica militar, lo que condujo a la elevación del número de soldados y al mejoramiento de su armamento y logística. Ello fue la base para la invención de la ballesta y la introducción de la caballería, una técnica aprendida de las tribus nómadas del Norte. Los carros de combate usados por los nobles quedaron obsoletos, perdiendo importancia en la organización de las operaciones bélicas, mientras que la infantería y con ello los campesinos que la conformaban cobraron inusitado y decisivo valor militar. Esto a su vez tuvo una determinante influencia en la mutación de su estatus económico-social, pasando de ser siervos a cultivadores independientes y propietarios de la tierra en la que trabajaban. Fue el primer germen de creación de propiedad privada sobre la tierra, sin estar bajo posesión de la monarquía y la aristocracia.

Desde el punto de vista económico y social este período significó una profunda transformación de la sociedad, articulada a partir de innovaciones técnicas que produjeron el mejoramiento de los instrumentos de producción, en particular con la introducción de herramientas y aparejos de hierro como arados, rastrillos y picos.

La constante lucha por la hegemonía entre los Estados vasallos permitió al rey mantenerse y recibir tributos de los Estados más pequeños. Paradójicamente y a pesar de su debilidad mediaba en las disputas y seguía cobrando tributos. Estas contradicciones permitieron que emergieran victoriosos siete Estados que dominaron el escenario, los que dieron origen al ciclo de los Estados Combatientes, el cual condujo a la destrucción del sistema patriarcal, dando paso a empleados subalternos que se volvieron poderosos al implantar reformas que fueron sustituyendo la posición preeminente de los vasallos.

Durante este ciclo se pasó a labrar grandes extensiones de tierra con arado de hierro tirado por dos bueyes, con lo cual la productividad agrícola alcanzó niveles inéditos dando origen a un tipo de producción privada individual que no se entregaba al monarca. Muchos dueños de estas tierras las comenzaron a entregar en arriendo, despertando la aceptación de muchas familias campesinas. Como apuntan Cao y Sun (2011), «el modo de «tierras públicas» colectivamente cultivadas, de baja eficiencia y atrasado fue objeto de boicot e incluso apareció el fenómeno de dejar baldías las tierras» (p. 41). Esto fue el comienzo del fin del sistema de los nueve cuadrados. En esa medida, la economía basada en los grandes propietarios privados de tierra así como el trabajo agrícola individual crecieron con extrema celeridad. Este nuevo tipo de actividad agrícola comenzó a extenderse por todo el país produciendo una metamorfosis en el paisaje rural: grandes superficies de terreno aparecían cultivadas, se recuperaron zonas pantanosas y se construyeron canales de regadío que hicieron llegar el agua a lugares donde antes no existía. La economía terrateniente se fue imponiendo, produciendo un debilitamiento del Estado en el control de la tierra, lo cual fue permeando el sistema de control político y militar de la aristocracia. De esta manera se produjo una verdadera revuelta que propugnaba reformas destinadas a desarrollar el poder de los terratenientes no solo en el ámbito de la producción y la economía, también en la política y el estamento militar. El Estado comenzó la práctica de cobrar tributos independientemente de que la tierra fuera de propiedad pública o privada. Por primera vez se cobraron los impuestos por el número de mu⁷, con lo cual el Estado legalizó la propiedad privada sobre la tierra.

Durante el ciclo de los Estados Combatientes se realizó la reforma política. Para ello se elaboró el *Libro de Ley* que admitió la consolidación del dominio de la clase terrateniente a nivel jurídico dándole así un golpe a la aristocracia al debilitar el sistema hereditario —aunque creó nuevos títulos de nobleza—, rectificar la administración política y afianzar la monarquía centralizada de los terratenientes. En otros planos se dio inicio a un sistema de premiación a las labores agrícolas y los militares que participaban en campañas bélicas, mientras que se abolía el «sistema de los nueve cuadrados», estableciendo el de distritos, vigente hasta hoy. Esta reforma elevó la moral y capacidad de combate de las tropas, estimuló el entusiasmo en la producción y aumentó el poderío nacional (Ob. cit.).

En otro ámbito, creó un patrón para los pesos y medidas, lo cual fue un elemento integrador que coadyuvó en la creación de bases para la unificación del país, la que sin embargo contó con la importancia que se le dio a la producción agrícola como su más firme impulsor. Durante este ciclo se construyeron algunas obras hidráulicas sin parangón en otro lugar del mundo, entre ellas la de Dujiangyan⁸, en Chengdu y el canal Zhengguo que permitió irrigar 2,8 millones de mu (casi doscientos mil hectáreas), ampliando la frontera agrícola y permitiendo dar un gigantesco salto en la producción de cereales, transformando la región en un importante granero. Se tecnificó la producción agrícola gracias a una mayor selección de semillas, mejor uso de abonos, utilización óptima de los suelos y la selección de cultivos más adecuados de acuerdo a la región y las características de esos suelos. Estas nuevas tierras cultivadas constituyeron xian o distritos administrativos dependientes del poder central del Estado (Mosterín, ob. cit.).

Este período, con sus dos ciclos, se caracterizó por la disputa de la hegemonía por parte de los vasallos y el proceso de cambios sociales. Las contradicciones existentes crearon las circunstancias para llevar adelante la reforma política que condujo a que el surgimiento de varios Estados poderosos deviniera en aspecto positivo de cara a la unificación del país. Lo más importante de esta etapa fue el declive del poder de la aristocracia y el surgimiento de la clase terrateniente que destruyó los viejos y anquilosados sistemas productivos para dar paso al progreso que representaba la posibilidad de una etapa de desarrollo social. En esta fase de la historia de China se produce el despertar del pensamiento

intelectual y filosófico que al romper los estrechos márgenes que imponía el sistema patriarcal, permitió a los filósofos y pensadores viajar por distantes regiones del país, generando discusiones y debates, dictando clases y conferencias que contribuyeron a un trascendente despertar cultural que amplió la visión que se tenía de la sociedad⁹. Se abrieron entonces colegios privados, se incrementó la escritura de libros, muchos intelectuales pasaron a ser asesores de los gobernantes. Esta «explosión cultural» dio origen a un gran número de escuelas filosóficas que colisionaron provocando lo que se denominó «la contienda de las cien escuelas». En este período surgieron, entre otras, las escuelas confuciana, moísta, taoísta, legalista, la del yin-yang, la de los lógicos, estrategas, agrónomos y eclécticos, la de nombres y la militar (Zhang, 2006).

Alrededor del siglo V a.C. tanto China como Occidente alcanzaron altos niveles de desarrollo, marcando en la historia de la humanidad una era nueva signada en una primera etapa por el alejamiento y posteriormente por la mutua influencia. Las ciudades-Estado griegas, establecidas sobre la sociedad esclavista, vieron el surgimiento de grandes pensadores como Sócrates, Platón y Aristóteles. De manera simultánea, en China, las grandes reformas realizadas por los terratenientes y las consiguientes transformaciones sociales producidas durante los períodos de Primavera y Otoño y los Estados Combatientes permitieron la aparición de los grandes maestros que sentaron las bases de la filosofía y el conocimiento chino. Las figuras más trascendentes de esta época fueron Confucio, Laozi y Mencio, aunque también destacaron Xunxi, Mo Zhai, Zhuanghzi, Han Fei, Zhou Yan, Hui Shi, Gongsun Long, Sun Wu y Sin Bi. Unos y otros, junto a pensadores y filósofos de otras civilizaciones, dieron los primeros pasos para la explicación y la concreción de los ideales de la humanidad.

Establecimiento y desarrollo de un gran país unificado (221 a.C.- 220 d.C.)

Las dinastías Qin y Han que gobernaron desde el 221 a.C. hasta el 220 d.C. crearon el primer Estado multiétnico y centralizado en China, sentando las bases de un formidable imperio unificado. A través de una táctica de apertura y un espíritu emprendedor que

aprovechó positivamente los aportes de sus rivales, el reino Qin logró imponerse a los otros seis Estados (Han, Zhao, Wei, Chu, Yan y Qi) que en conjunto jugaron el papel protagónico durante el ciclo de los Estados Combatientes, poniendo bajo su mandato una población de 20 millones de habitantes, avanzando hacia la unificación del país. El monarca se autodenominó Shihuang (el primer emperador), porque determinó que sus méritos eran muy superiores a los de todos sus antecesores. Apoyado en su asesor Li Si, extendió su sistema político a toda China, aboliendo vertiginosamente el milenarismo feudalismo chino que depuso a los reyes y disminuyó a casi nada el poder de las cien mil familias aristocráticas más influyentes, a las que se les confiscaron sus tierras, que pasaron a pertenecer al emperador, quien a su vez se las transfería a los campesinos a cambio de sus tributos y su servicio militar (Mosterín, 2007). Se pasó a un período de poder feudal centralizado y autocrático. Se unificó la moneda y las especificaciones vehiculares, se profundizó el sistema único de medidas con el fin de facilitar el comercio, se adoptó el calendario de Qin en todo el país, se construyó una gran red de caminos que tenían su centro en la capital Xianyang y el canal Lingqu que conectaba el Norte con el Sur. Se estableció la escritura xiaozhuan como pauta para todo el país. Esta decisión se conformó como una de las de mayor trascendencia, toda vez que permitió incrementar el intercambio cultural entre las diferentes naciones, ejecutar con mayor facilidad los decretos de los gobernantes y fortalecer el sentido de identidad y pertenencia de todas las regiones y grupos étnicos a la cultura china. Este tipo de escritura mantuvo su uniformidad por más de dos mil años, lo cual le permitió ejercer una cardinal influencia en la unificación y consolidación del país multiétnico. Del mismo modo, fueron agrupados los sistemas legales, incluyendo los estatutos de derecho penal, civil, de procedimientos, económico y administrativo.

Sin embargo, el mandato del primer emperador estuvo impregnado de fuertes medidas represivas, en particular la persecución a los intelectuales y académicos, lo que derivó en un gran retraso en la cultura y una influencia negativa para la política que se tradujo en grandes revueltas populares que propiciaron el declive de la dinastía Qin y la emergencia de la Han. A pesar su caducidad violenta, la dinastía Qin —que solo se sostuvo 14 años en el poder— hizo una gran con-

tribución al desarrollo de China como país multiétnico unificado que tuvo gran influencia en los más de dos milenios de historia posterior.

La dinastía Han del Oeste asumió la conducción del Estado en condiciones de profundas dificultades económicas que determinaron la necesidad urgente de rehabilitación. Los emperadores Wendi y Jingdi recuperaron y estabilizaron la economía y la sociedad iniciando lo que se considera el primer período de gobierno en un entorno pacífico durante la China antigua. Dando continuidad al proceso de unificación, los gobernantes de esta dinastía hicieron reajustes y renovaciones ineludibles para recuperar y desarrollar la economía, en particular la agricultura. Así mismo, promovieron medidas de carácter político que propiciaron un masivo retorno de la población a la actividad agrícola al reducir los impuestos y premiar el éxito en las labores rurales, sin embargo, estimularon el monopolio de la explotación de la sal y el hierro, así como el cobro de impuestos a los trabajos vinculados a la industria y el comercio, establecieron instituciones encargadas de la regulación de los precios y realizaron otras reformas de carácter financiero, todo lo cual coadyuvó a la unificación del imperio (Zhang, 2006). Estas medidas, sin embargo, condujeron a una duplicidad en el fortalecimiento de los poderes existentes al interior del país que se manifestaba a través de una coexistencia entre los feudos en los que imperaban los vasallos y el poder central. El monarca ejercía un control relativo sobre los vasallos, por lo que decidió enfrentarlos con una mayor enfeudación destinada a reducir su poder. Mientras tanto, fortalecía la autoridad imperial, desplegando una mayor vigilancia sobre las estructuras administrativas del gobierno central y los gobiernos locales. Por primera vez se establecieron medidas de control de los funcionarios con el objetivo de evitar la corrupción. Se aplicó una política de «recomendación de talentos a la corte», nombrados en sus cargos de acuerdo con las capacidades demostradas en exámenes y otras pruebas a las que eran sujetos¹⁰. También se limitaron los años de mandato para los principales funcionarios, evitando además que los nuevos reclutados tuvieran relaciones de consanguinidad con quienes serían sus superiores. Todo ello constituyó una novedosa política de reclutamiento, selección y seguimiento de los funcionarios públicos en el ejercicio de las responsabilidades del gobierno y el Estado.

La estabilidad de este período permitió fortalecer como nunca antes la centralización y el control ideológico. Se estableció una obediencia excepcional al confucianismo y el rechazo a otras escuelas de pensamiento lo cual permitió la propagación del ideario confuciano, que se transformó en ideología oficial del Estado, penetrando en todas las esferas de la vida social y política y convirtiéndose en un vehículo fundamental de la cohesión en torno a la cultura china y el control del Estado por parte de la monarquía. Vale decir, sin embargo, que en este período, durante la dinastía Han, el budismo originario de India penetró en China logrando tornarse a través del tiempo — mediante la fusión con el confucianismo y el taoísmo— en sistema ideológico y religioso a la vez, ejerciendo una profunda influencia en la población (Conocimientos comunes de la cultura china, 2006).

Durante el primer siglo (d.C.) la dinastía Han del Este se preocupó especialmente de consolidar las fronteras del norte y desarrollar las regiones del oeste en un período de constantes confrontaciones en las regiones periféricas del reino que había llegado a una población de 60 millones de habitantes y duplicado su territorio desde el fin de la dinastía Qin. Con el fin de proteger el Estado de la intromisión de los hunos que habían ampliado su influencia desde la meseta de Mongolia en el norte hasta regiones del Asia Central en el oeste, ya en la dinastía Qin el emperador dio órdenes de restaurar y mantener las viejas murallas a lo largo de la frontera septentrional. Tales obras devinieron en la formación de la Gran Muralla¹¹, en la que se establecieron doce prefecturas a las que emigraron gran cantidad de personas con el fin de fortalecer las zonas fronterizas, lo cual cimentó la estabilización de esas regiones del norte. A su vez, del desarrollo de los territorios occidentales sobrevino el impulso a la creación de la Ruta de la Seda, que comenzaba en Chang'an (hoy Xi'an)¹² hacia el oeste, en dirección a Asia Central y finalmente Europa, lo cual permitió el incremento del intercambio comercial y tecnológico como el hierro fundido, la perforación de pozos, el arado de hierro, la crianza de gusanos de seda y el devanado de la seda, instrumentos metálicos y tejidos de seda, así como labranza por bueyes, que fueron parte de los medios de cooperación con estas lejanas regiones del planeta (Cao y Sun, 2011).

Esta ruta sembró las bases para el establecimiento de sólidas relaciones de intercambio entre Asia y Europa, que jugaron un papel

determinante en las interacciones culturales y el desarrollo de las civilizaciones humanas.

La unificación del país ofreció óptimas posibilidades para el desarrollo cultural, científico y tecnológico. En este período se produjo un salto monumental en todos estos aspectos. Aunque la técnica de elaboración de papel es uno de los inventos más conocidos de la China de la antigüedad, también se deben reconocer como adelantos científicos de esa época el templado para la fundición y la producción de acero de baja temperatura, lo que permitió la construcción de barcos, remos más eficientes y timones más ágiles, que junto a las velas de tela y las anclas mejoraron las técnicas de navegación hasta niveles nunca antes alcanzados. También hubo otros inventos relevantes: el emperador Huangdi elaboró un calendario a partir de sus observaciones del cielo; Zhang Heng, un famoso científico de la dinastía Han del Este, diseñó y puso en funcionamiento varios dispositivos astronómicos e inventó el «Hun Xiang», un globo celeste que funcionaba por medio de engranajes que facilitaban su uso, y creó el «Di Dong Yi», un sismógrafo de alta precisión que podía medir sismos ocurridos a miles de kilómetros, 1.700 años antes de que aparatos similares fueran concebidos en Occidente (Cao y Sun, ob. cit.).

El manual de matemáticas de Zhou Bi, escrito durante la dinastía Han registró unos 500 años antes que Occidente lo que se conoce como Teorema de Pitágoras (Zhang, ob. cit.). En el desarrollo de la ciencia de los números, *Los nueve capítulos del arte matemático* fue considerado como el más importante libro de algoritmos, incluyendo problemas prácticos que servían para resolver cuestiones vinculadas a la producción, el comercio, volúmenes de depósitos, desarrollo de terraplenes y caminos y cálculos de impuestos (Cao y Sun, Zhang, ob. cit.). En medicina destacaron Hua Tuo y Zhang Zhongjing, dos médicos que completaron el «Tratado sobre Fiebres» que posteriormente fue editado en dos tomos: *Fiebre Tifoidea* y *Disertaciones sobre anginas de pecho* (Zhang, ob. cit.).

En el ámbito del arte, durante la dinastía Qin se construyó una de las obras colosales de la cultura china: el conjunto monumental que contiene en total más de diez mil guerreros y caballos de terracota de tamaño natural, de diferentes apariencias y en distintas posturas, los

que unidos a los fastuosos carros de combate dan cuenta del ímpetu del ejército de la dinastía Qin en sus batallas para imponerse a los otros seis Estados Combatientes¹³.

El Imperio Han del Este y el Imperio Romano fueron contemporáneos. Entre ellos hay algunas semejanzas y también diferencias. Ambos estuvieron permanentemente amenazados por fuerzas militares extranjeras. Por fueron construidas la Gran Muralla en China y las fortificaciones fronterizas romanas, sobre todo en el Danubio y el Rin. Sin embargo, la cultura china se desarrolló «tierras adentro» en comparación con Roma y Grecia que crecieron a orillas del Mediterráneo. Así mismo, es de destacar que el emperador chino vivía aislado del exterior, enclaustrado en su palacio, rodeado de concubinas y eunucos, a diferencia de Roma, donde incluso la figura del eunuco no existió. Los emperadores chinos se asociaban a personalidades destacadas en el ámbito civil, mientras que los de Roma se vinculaban a lo militar. En China nunca existieron las ciudades-Estado, mientras que Roma no conoció una burocracia profesional, seleccionada mediante rígidos exámenes y preparada permanentemente para ejercer sus cargos, como en China (Mosterín, ob. cit.).

Desintegración política y concentración étnica (220-589)

La consumación del período de afianzamiento del Estado durante las dinastías Qin y Han no representó un curso continuo de estabilidad política y económica. A esta etapa le sobrevino otra de simultáneo decaimiento y prosperidad desde el año 220 hasta el 589 (d.C.), en la que hubo una sucesión muy amplia de gobernantes y dinastías: los tres reinos (Wei, Shu y Wu), Jin del Este, Jin del Oeste y las dinastías del Sur y del Norte. La característica fundamental de la época fue la división, la guerra civil y una tumultuosa situación política sin que pudiera imponerse ninguna hegemonía (Cao y Sun, 2011): los tres reinos coexistieron en territorios diferentes sin que pudiesen ocupar espacios de control de los otros monarcas. Fue una larga fase de desunión y confrontación entre el norte y el sur.

El reino de Wei abarcaba todo el norte de China, la gran llanura central y la península de Shandong que tenía alrededor de 30 millones

de habitantes, más que los otros dos reinos juntos. Su fundador Cao Cao estableció un régimen fuerte que logró reunificar el imperio en el norte, sin poder hacerlo en el sur. Respetó a los sabios y estableció que el talento humano debía ser la única norma de reclutamiento de los funcionarios. Atacó a los que aspiraban a la ganancia de manera ilegal, prohibió la fusión de tierras y constituyó colonias agrícola-militares (tuntian) y un sistema tributario (zudian) (Mosterín, ob. cit.). Todo fue desmantelado por su sucesor al no poder mantener el régimen autoritario que lo sostenía. El reino de Shu se expandió en la zona sudoeste. Tenía aproximadamente ocho millones de habitantes, los cuales en su mayoría no eran de la etnia han¹⁴. Su capital estaba en Chengdu. Acabó siendo conquistado por el reino Wei en el año 263, mientras que el reino Wu ocupaba el sudeste de China, en la cuenca inferior del río Yangtsé. Su población era de 12 millones de habitantes, tampoco de mayoría han, sino de grupos originarios que lentamente iban siendo desplazados por los emigrantes han provenientes del norte. Su capital era Nanjing. Durante la división del país en tres reinos continuaron los procesos de nomadismo y aculturación de los pueblos del norte. La etnia han seguía expandiéndose. En 280 fue absorbida por el reino Wei, que había adoptado el nombre de Jin del Oeste, en 265, lográndose la unificación del país (aunque por poco tiempo). Los próximos tres siglos serían de sucesivas disoluciones y reunificaciones, caracterizadas por crisis económicas y sociales. Los grupos étnicos del norte convergerían gradualmente en medio del conflicto que paradójicamente produjo su integración. Mientras tanto, los pueblos del sur lograron un desarrollo económico sin referencias en la historia, sentando consistentes pilares de reunificación. Durante este período comenzó a cambiar el epicentro del desarrollo económico de China que siempre había estado ubicado en la región central, considerada como la cuna de la civilización china y el eje de su economía. Las regiones al sur del río Yangtsé comenzaron a jugar un rol más relevante en el plano de generación de riqueza y la situación de atraso empezó a quedar en el pasado durante el mandato de la dinastía Jin del Oeste y las del Sur, de modo tal que el sur se transformó paulatinamente en el nuevo centro de la economía nacional (Cao y Sun, ob. cit.). En este período se trasladaron al sur alrededor de 900 mil personas equivalentes a una sexta parte de la población total de esa región.

Esto significó el aumento considerable de la fuerza de trabajo, lo cual en conjunción con la introducción de nuevas técnicas e instrumentos de producción condujeron a un considerable crecimiento económico. En el área agrícola fueron aradas tierras estériles, se construyeron obras hidráulicas, se adoptaron arados de hierro tirados por búfalos y se estableció un mecanismo de sembradíos combinados de arroz y trigo. Se avanzó en la producción de textiles de seda, confección de porcelana y fundición de hierro, todo lo cual llevó a una prosperidad inédita en el sur. Simultáneamente, el norte se estaba unificando a partir de la integración de diversos grupos étnicos que conservaron muchas tradiciones ancestrales (Zhang, 2006). Este proceso fue permeando la cultura y las costumbres de la etnia han, mayoritaria en las planicies del centro del país, enriqueciendo la formación de una cultura china en todos los territorios, lo cual favorecía la creación de condiciones para la reunificación con una proyección más alta.

Durante este período la cultura china amplió sus horizontes no solo en el ámbito artístico, también en los de la ciencia y la tecnología. Desde los tiempos de las dinastías Qin y Han, entre seis y ocho siglos antes, la agronomía, matemáticas, geografía, la caligrafía, pintura, escultura y medicina entre otras ramas del saber y las artes no habían tenido nunca tal grado de esplendor. Se inventó el método de producir acero, se creó una carreta giratoria de agua, se desarrolló un tipo de gusano de seda que podía producir hasta ocho veces al año. Por primera vez se usó petróleo y gas natural para iluminar¹⁵. El libro *Técnicas esenciales de los campesinos*, escrito por Jia Sixie, reunió y sistematizó todos los avances en materia de agricultura, ganadería y pesca, así como los métodos para procesar alimentos. Es la primera obra de su tipo en China y la primera enciclopedia agrícola de la que se tenga conocimiento en el mundo.

En materia científica uno de los lugares más destacados de la época lo ocupan los trabajos, investigaciones e inventos de Zu Chongzhi, quien desarrolló su labor durante el auge de las dinastías del Sur. Este matemático llegó a la conclusión de que el valor de Pi va entre 3,1415926 y 3,1415927, mil años antes que en Occidente. Igualmente elaboró el calendario Daming, según el cual el año tenía una duración de 365,24281481 días, con un error de menos de cincuenta segundos. También se le atribuyen importantes inventos en materia

de navegación, pues creó barcos con gran autonomía de movimiento. En los años sesenta del siglo XX la Unión Astronómica Internacional bautizó una elevación en la Luna como Montaña Zu Chongzhi (Cao y Sun, ob. cit.).

Durante las dinastías Wei, Jin y las del Sur y del Norte se extendió con fuerza el budismo, que había entrado a China en el año 50. La situación caótica del país durante esa época creó las condiciones sociales para su propagación, de la misma manera que las ideas metafísicas (Xuan Xue) que tuvieron gran impacto en el pueblo. El budismo, el taoísmo y la metafísica se impregnaron cada una de las otras, impactando la tradición confucionista de los gobernantes. En esta medida el proceso de expansión del budismo no fue ajeno a altibajos pues algunos emperadores imbuidos de un férreo confucianismo combatieron las «extrañas ideas» que se expandían con gran ímpetu. Incluso algunos filósofos ateos tuvieron cierta presencia en el país. Fan Ye pensaba que el alma de una persona moría con su cuerpo y Fan Shen escribió su libro *La destrucción del alma* (Zhang, ob. cit.). Sin embargo, la influencia del budismo en la cultura, la ideología y las artes chinas fue notable a partir de esa época en la que finalmente estas doctrinas terminaron siendo complementarias, contribuyendo a la creación de un imaginario popular religioso y filosófico propiamente chino, creado a partir de la imbricación de todas estas corrientes del pensamiento.

Las ideas y la cultura desarrolladas durante este período de la historia no fueron interrumpidas a pesar de la confrontación característica de la época, por el contrario, tuvieron un gran desarrollo, avanzando hacia una integración étnica, cultural y religiosa que se nutrió de diferentes paradigmas que habían prosperado en variadas latitudes del país e incluso del extranjero como el budismo proveniente de India. Mientras la extraordinaria cultura de Roma fue barrida por las invasiones de otras civilizaciones y la dinastía arsácida fue eliminada del imperio persa, China continuó su rumbo en medio de múltiples ondulaciones, incorporando nuevos territorios del sur al desarrollo, así como solapando las ancestrales culturas del norte con las tradicionales de las planicies centrales.

Una era de apertura y prosperidad (581-960)

Después de varias centurias de fragmentación desde finales del siglo VI y casi hasta la culminación del siglo IX, China avanzó nuevamente a la unificación y con ello vivió momentos de prosperidad económica conocidos como «Edad de Oro». Esta etapa se inició con el establecimiento en el poder de la dinastía Sui, cuya mayor virtud fue haber incorporado a las minorías después que estas fueran excluidas a lo largo de toda la historia, lo cual significó un gran aliciente al proceso de reunificación tras cuatrocientos años de división y conflicto. La unificación dio paso a procesos de integración productiva, política y cultural, que redundaron en un acelerado crecimiento de la economía. Del mismo modo, la estabilidad que se generó creó condiciones para una profunda reforma encaminada a garantizar y arraigar una soberanía centralizada y una economía orientada hacia el desarrollo social (Cao y Sun, 2011).

La dinastía Sui tuvo dos grandes logros de importancia perenne en el tiempo: uno en materia de infraestructura, la construcción del Gran Canal Jing-Hang de 1 792 km entre el norte y el sur. Esta obra, tan majestuosa pero menos conocida que la Gran Muralla, permitió que se integrara económicamente el nordeste —donde vivía un tercio de la población, 48 millones de habitantes— con el sur —donde solo habitaba el 10%— pero que disponía de grandes espacios, con climas favorables para la absorción de importantes masas de población provenientes del norte¹⁶ (Franke y Trauzettel, 2006). El otro gran hecho trascendente de la dinastía Sui fue el florecimiento del budismo, que se desarrolló abiertamente protegido por el Estado.

Durante el mandato de solo 37 años de esta dinastía se produjeron cuantiosos crecimientos poblacionales y un aumento de las tierras cultivadas que permitió al Estado acumular a nivel nacional hasta 500 mil toneladas de cereales, facultándolo para crear reservas que le dieran capacidad de actuar ante desastres naturales o malas cosechas socorriendo a los afectados, lo cual resultó una política visionaria a la luz de inundaciones, sequías, plagas de langostas y heladas que sobrevendrían en años posteriores. Además, se llegó a tener una capacidad de almacenamiento suficiente como para cubrir las necesidades del pueblo hasta por 50-60 años (Cao y Sun,

ob. cit.). No obstante estos éxitos, la dinastía Sui cometió el error de no dimensionar la carga laboral que significó para el pueblo la construcción permanente de grandes obras de ingeniería y el cobro de tributos para las familias acaudaladas con el fin de financiar las campañas militares que con persistencia devastadora llevaron adelante para expandir su influencia militar, todo lo cual provocó grandes levantamientos populares que dieron al traste con la posibilidad de su continuidad. Sin embargo, las exitosas acciones militares emprendidas en Manchuria, Asia Central y Vietnam hicieron que en el año 608 China se convirtiera en la primera potencia de Asia Oriental (Franke y Trauzettel, ob. cit.).

El emperador Taizong de la dinastía Tang tuvo una especial preocupación por los asuntos administrativos de funcionamiento del Estado, estableció una política de honestidad en las finanzas, disminuyó la burocracia de dos mil a seiscientos funcionarios y se preocupó por reducir ostensiblemente los gastos suntuarios de la Corte. Así mismo, se rodeó de consejeros reclutados por su talento y su prestigio, a quienes escuchaba a pesar de que en algunas ocasiones diferían de sus ideas. Esto condujo a un ambiente político abierto que favoreció el funcionamiento del buen gobierno y la prosperidad del país que fue ganando un lugar preeminente para la dinastía Tang considerada como una de las más esplendorosas incluso por encima de la Han (véase: *Gengis Khan, Historia secreta de los mongoles*, 2004). Los emperadores de la dinastía Tang perfeccionaron el sistema militar de la dinastía Sui, creando hasta 634 campamentos fijos con mil soldados cada uno, lo cual daba a las tropas mayor operatividad y capacidad de despliegue, aunque como se vivieron grandes temporadas de paz, en ese intertanto los soldados desarrollaron labores agrícolas. En otro ámbito, ordenaron la reelaboración de las leyes de Sui para que fueran más benévolas y metódicas. Se publicaron las *Glosas de las Leyes de Tang* que en 30 volúmenes constituyen el más completo código jurídico de la historia de China. Este período fue también de apertura y fomento cultural (Mosterín, 2007). El emperador Taizong tuvo que resistir el hostigamiento de los turcos que atacaban desde el noroeste, a quienes derrotó, ampliando las fronteras del imperio. Así mismo, se empeñó en llevar a cabo acciones bélicas contra Corea, en las que el resultado no fue satisfactorio. Sin embargo, la sociedad gozaba de

gran estabilidad y desarrollo económico. Entre 652 y 705 el número de familias a nivel nacional aumentó de 3,8 millones a 6,15 millones. Tanto este período como el anterior son conocidos como de «Paz y prosperidad de Zhenguan» (Zhang, 2006) y están considerados como momentos cumbres de la historia china, toda vez que las reformas políticas y administrativas y la economía altamente productiva garantizaron gran estabilidad para la sociedad. También hubo una renovación del sistema de organización administrativa, haciéndolo aún más riguroso que en la dinastía anterior al incorporar un sistema de auditorías denominado «Wuhua Panshi» (Cao y Sun, ob. cit.).

En 690 llegó al trono Wu Zetian, la única emperatriz en la historia de China, quien en general mantuvo estabilidad en las políticas de sus antecesores y gobernó hasta la edad de 80 años, durante un período de 15, creando su propia dinastía (Zhou) que desapareció con su muerte. A la emperatriz Wu le sucedió por poco tiempo su hijo, quien a su vez cedió el poder al emperador Tang Xuanzhong que gobernó desde 712 a 756. Es considerado el monarca que generó el mayor período de prosperidad económica de la Antigua China: saneó las finanzas, mandó a reparar el Gran Canal y promovió un gran desarrollo cultural y de las artes (Mosterín, ob. cit.). En el año 843 China se arruinó cuando el emperador desató la guerra contra los uigures¹⁷, y a pesar de que lograron derrotarlos el país quedó en total bancarrota, por lo que el monarca decidió confiscar toda la riqueza de los budistas, demoler monasterios, confiscar propiedades y reprimir brutalmente a sus monjes. Además del problema económico, con estas acciones el monarca debilitaba al budismo a favor de su religión taoísta y a los confucionistas, mientras que persiguió también a otras religiones. Aunque el siguiente emperador revirtió esta política de persecuciones religiosas, el budismo quedó completamente desarticulado y debilitado para siempre. El florecimiento y la expansión de los dos siglos y medio anteriores ya no volverían más (Ob. cit.).

Durante este período, la cultura china ejerció gran influencia en otros países de Asia, en particular Corea y Japón, países que mandaron estudiantes a formarse en China. Estos, al regresar, eran portadores de conocimientos de música, literatura, escultura, budismo y caligrafía, así como de política y cultura general que sirvieron como vehículo de erudición mutua y cooperación (Zhang, ob. cit.).

Como se mencionó anteriormente, este período se caracterizó por la integración que promovió la dinastía Sui y consolidó Tang, bajo cuyo mandato se produjo un acercamiento inédito entre el gobierno central y las etnias que habitaban las regiones fronterizas. El emperador Taizong se esmeró en generar una política de confianza hacia las minorías y tras derrotar a los musulmanes, decretó que todas las tribus podrían seguir manteniendo sus costumbres locales (Cao y Sun, ob. cit.), acatando a las autoridades políticas y militares que estas se habían dado y respetando los modos de vida establecidos. Igualmente, un número considerable de musulmanes se trasladó a vivir a Chang'an influyendo a su vez en las tradiciones y usos de la ciudad capital, hecho que resulta patente aun en la actualidad. Por su parte, las tribus del norte aceptaron el mandato del emperador y le dieron su apoyo, lo cual permitió abrir en el desierto «el camino del khan», que estableció 68 postas a lo largo de la ruta para atender a los viajeros y comerciantes. Así mismo, a través de acuerdos matrimoniales, la monarquía estableció sólidos vínculos con el liderazgo del reino tibetano de Tubo. En 823, la dinastía Tang y Tubo formalizaron una alianza que fue perpetuada con un monumento que aún hoy se puede ver frente al templo Jokhang en Lhasa, capital del Tíbet.

De la misma manera, tribus hishui y sumo del extremo nordeste del país, antecesores de los manchúes, comenzaron pagando tributos a la dinastía Tang pero esta nombró a su cacique como gobernador, estableciéndose una relación diferente. Otro tanto ocurrió con las seis tribus Zhao que se ubicaban en la región meridional del país, cuya unificación con los Zhao del Sur fue apoyada por el emperador, quien nombró a su cacique como rey de Yunnan.

Con la constitución de más de 800 provincias y otras instancias de gobierno local en las regiones fronterizas, el Estado Tang llegó a alcanzar un territorio —desde el océano al este, el extremo septentrional de la actual provincia de Gansu en el noroeste, la cordillera del Pamir en el oeste, la meseta mongola en el norte y el mar meridional en el sur— que se caracterizaba por su prosperidad y poderío, y por un proceso de integración sobre todo entre las culturas del norte, de las estepas centrales, el sur y el oeste (Ob. cit.).

Otro aspecto resaltante de la dinastía Tang es su acción hacia el exterior, en particular las medidas tomadas para crear mecanismos

que facilitaran el transporte y con ello la comunicación, el comercio y el intercambio con otros países. A través de un recorrido terrestre que comenzaba en el norte de la Corea actual, pasando por la Ruta de la Seda, China se comunicaba con India, Pakistán, Irán y los pueblos que habitaban el Golfo Pérsico, y de ahí se extendió a Europa y África. La ruta marítima se iniciaba en el sur de la Corea actual, Japón al este y terminaba en el Golfo Pérsico en el oeste. Japón envió emisarios a la dinastía Tang en trece ocasiones, con cientos de estudiantes que viajaban junto a los enviados; igual cosa hizo el reino Shila de Corea que envió grupos de estudiantes que se impregnaban de las doctrinas políticas y las enseñanzas de la cultura, el derecho, el sistema tributario y el modelo agrícola de la dinastía Tang. Así mismo, el monje superior Xuanzhuang viajó a India a estudiar profundamente el budismo, para después recorrer muchos países antes de retornar a Chang'an donde compiló y tradujo *Los registros budistas del mundo occidental*, obra en la que describió su viaje, enseñanzas y proyecciones del budismo. Los esfuerzos de este sabio promovieron un intercambio chino-indio que ha tenido profundas repercusiones en la historia. La dinastía Tang logró establecer relaciones comerciales con alrededor de 70 países, de Asia Occidental, Europa y África.

La cultura y la educación alcanzaron niveles nunca antes vistos en China. Fueron fundadas escuelas en todas las provincias, incluso en aquellos distritos de raigambre rural, para lo cual se estableció un sistema completo de educación desde el nivel central al local. Los que cursaban con éxito estos estudios podían optar por requerir su admisión a una de las dos universidades existentes, la de Chang'an y la de Lo-yang. Cada una de ellas poseía seis facultades independientes: la Academia de los Príncipes para los hijos de la nobleza y los altos funcionarios; la Escuela Superior con el mismo programa y requisitos de ingreso de la anterior pero apta para otros estudiantes; el Colegio de las Cuatro Puertas, en el que dos tercios del estudiantado eran hijos de funcionarios de nivel inferior y aquellos jóvenes de familias no integrantes de la burocracia; la Sección de Derecho; la Sección de Caligrafía y la Sección de Matemáticas (Franke y Trauzettel, ob. cit.).

La dinastía Tang fue cuna de dos de los más importantes inventos en la historia de la humanidad: la imprenta con bloques de madera¹⁸

y la pólvora¹⁹. La primera apareció cuando Xuang Zang imprimió algunas imágenes budistas (Zhang, ob. cit.), un invento que tras la técnica de elaboración de papel ha significado el instrumento más determinante en el mantenimiento, propagación y progreso de la cultura humana. En cuanto a la pólvora, cuya fórmula se encontró casualmente cuando el farmacólogo Sun Simiao elaboraba medicinas, tuvo inicialmente —además de uso medicinal— manejo bélico, para la caza, la minería y la extracción de piedra para construcción (Cao y Sun, ob. cit.). Así mismo, este período se caracterizó por el desarrollo creciente de diversas y disímiles áreas del saber tales como la construcción, el arte arquitectónico, la astronomía y las matemáticas. Dos científicos, Yi Xong y Liang Lingzan, inventaron un instrumento elíptico del movimiento con el cual descubrieron por primera vez en el mundo el movimiento de las estrellas, mil años antes del descubrimiento del cometa Halley (Zhang, ob. cit.).

La dinastía Tang gobernó China durante 289 años —con la sola interrupción del periodo bajo el mandato de la emperatriz Wu Zetian— y es considerada una de las etapas de mayor esplendor y prosperidad de toda la historia del país. Sus mayores logros fueron la integración entre los pueblos de China, una apertura sin límites al extranjero y la impregnación de valores supremos del espíritu tales como la grandeza, la innovación y el poder de su ciencia y su cultura. Esta etapa fue sustituida por una fase llamada de «cinco dinastías y diez Estados» caracterizados por el caos y la turbulencia. De estas dinastías, la de mayor duración no pasó de veinte años y la más corta existió poco menos de cuatro años (Mosterín, ob. cit.).

Durante el siglo VII, el imperio árabe se extendió por tres continentes: Asia, África y Europa, hasta desaparecer dos centurias después, mientras que Europa se encontraba en la Edad Media, en un período caracterizado por el caos y la fractura. En ese contexto, las dinastías Sui y Tang ejercieron gran influencia sobre países y regiones colindantes, al mismo tiempo que al abrirse al exterior absorbieron culturas extranjeras nutriéndose de sus conocimientos para ampliar y desarrollar la propia, contribuyendo a la creación de un espíritu emprendedor, de apertura y competitividad económica.

Competencia política y desarrollo social (960-1348)

Entre los años 960 y 1368, China vivió tres etapas históricas: la confrontación de la dinastía Song del Norte contra los reinos de Liao y Xixia, la confrontación entre Song del Sur y Jin y la gran reunificación durante la dinastía Yuan. La dinastía Song del Norte asumió el mando del Estado en el año 960, puso fin al separatismo de las «cinco dinastías» y unificó las planicies centrales y el sur. Inmediatamente tomó medidas políticas y militares de control del poder fiscalizando las finanzas, la producción de cereales y las fuerzas militares. En 1004 debió enfrentar la rebelión del reino Liao proveniente del norte que con 200 mil combatientes estuvo a punto de tomar Bianjing (hoy Kaifeng), que había sido designada capital por la nueva monarquía. A pesar de que el ejército del emperador Zhenzong derrotó a los invasores, aceptó negociar bajo condiciones favorables firmándose el Acuerdo de Chanyuan que estableció una alianza entre ambas partes. Del mismo modo, en 1038 el reino de Xixia, originario del noroeste, invadió a la dinastía Song del Norte. Esta vez fueron los invasores los que propusieron un acuerdo que se verificó en 1044 estableciendo una relación de paz y comercio entre ambos pueblos. Sin embargo, la tribu Wanyan instauró el régimen Jin en el nordeste, inició la guerra de invasión y logró la victoria en 1127, poniendo fin a la dinastía Song del Norte.

Franke y Trauzettel consideran que a partir del siglo XI se desarrolló en China una tendencia a la modernidad, entendiendo este concepto desde el punto de vista histórico-concreto como «evolución de las fuerzas productivas a partir de la Revolución Industrial, tal y como se ha desarrollado en Occidente y como ya se ha convertido también, o se convertirá, en el destino de China» (Franke y Trauzettel, 2006, p. 184). En concordancia con esta idea se puede referir que en este período la estructura económica se hizo más compleja, de manera especial en el comercio y las comunicaciones, se crearon nuevas vías fluviales y se desarrolló de manera significativa la industria de la construcción de embarcaciones (Cao y Sun, 2011). La navegación se vio favorecida desde finales del siglo XI con la utilización de una brújula apropiada para el desplazamiento de buques de gran calado, que llevaban entre 500 y 600 hombres y transportaban varias decenas de toneladas de carga. Shen Kuo, uno de los científicos más

destacados de la época, describió con detalles los usos de «un carro dotado de compás magnético», en su obra enciclopédica «Mengxi Bitan» (*Ensayos sobre el estanco de los ensueños*)²⁰.

Otro aspecto en el que hubo un notable desarrollo en la época fue el financiero. En 970 el gobierno creó una oficina de crédito — podría pensarse en el antecesor de un banco— que emitía letras de cambio (documentos de cobro) que podían ser sujeto de transacción en cualquier lugar del país. De esta forma, una clara manifestación de lo que podría considerarse una característica de la modernidad se manifestaba a través del crecimiento de las ciudades. La vida en ellas comenzó una transformación al desaparecer los muros que separaban las secciones en que estaban divididas y podían abrirse talleres, mercados y tiendas en cualquier lugar de la ciudad, lo cual dinamizó el comercio y amplió la actividad económica urbana. La burocracia también sufrió modificaciones, incrementándose los mecanismos de control y auditorías que ahora tenían mayor poder político para ejercer su labor. De igual manera, el sistema de exámenes para ingresar a la carrera pública se hizo más riguroso y centralizado. La dinastía Song ha sido reconocida por llevar adelante a partir de 1069 una de las mayores y más profundas reformas políticas del Estado bajo la conducción de Wang Anshi (1021-1086), con el objetivo de administrar correctamente las finanzas y consolidar el Ejército. Fueron así promulgadas una serie de leyes que cubrían distintos ámbitos de la economía y la política, entre otras, la de conducción y el aprovechamiento del agua, la de subvención con semillas a los campesinos, la de Baojía (sistema de milicias populares), la de Mianyi (pago en metálico a campesinos y funcionarios), la de Shiyi (a fin de que el gobierno comprara los excedentes para venderlos a bajo precio en tiempos de escasez), la de Fangtian (impuestos a la propiedad), la de Jiangbing (para enviar más de cien generales a todo el país con el fin de incrementar los niveles de formación en el ejército) y la ley de Maoma (que permitía criar caballos oficiales con bajos impuestos), todas las cuales posibilitaron dar un salto trascendente en el funcionamiento del Estado, por lo que fueron resistidas férreamente por sectores conservadores que impidieron a largo plazo su plena ejecución pero que tuvieron un impacto que realzó a la dinastía Song en el tiempo (Zhang, 2006).

La aplicación de estas medidas permite afirmar que en la época Song quedaron establecidos algunos fundamentos del Estado que fue adquiriendo características propias de cara a períodos posteriores (Franke y Trauzettel, ob. cit.). Las acentuadas transformaciones en las relaciones de producción y la estructura social durante este período llevaron a la civilización china a un nivel más elevado de organización, mostrando una tendencia evolutiva hacia la construcción de una sociedad moderna.

Centralización del poder y desarrollo social

A finales del siglo XII e inicios del XIII los mongoles fueron conquistando China. Su primer líder fue Genghis Khan²¹ quien estableció el Estado de Mongolia en 1206, a partir del cual dirigió expediciones que lo llevaron a conquistar vastas regiones. Extendió su dominio por Asia y Europa, pero al no tener una base económica y leyes comunes, su sustento político y militar era endeble. En 1279 su nieto Kublai Khan unificó a toda China²² y parte de Asia bajo su autoridad, cambió el nombre del país por el de Yuan y estableció la capital en Beijing, después de haber derrotado a la dinastía Song del Sur. La dinastía Yuan gobernó China hasta 1368, etapa en la que el país quedó nuevamente unificado, por primera vez bajo un dominio extranjero. Los emperadores mongoles de la dinastía Yuan adoptaron varias instituciones chinas de la economía y la política, así como el pensamiento filosófico neoconfuciano (Mosterín, 2007). Hubo una preocupación especial por las condiciones de vida del pueblo y el respeto a sus propiedades y su existencia.

La reunificación lograda por la dinastía Yuan impulsó la integración entre los pueblos del imperio que se fueron amalgamando para construir un país multiétnico que fue logrando gran desarrollo económico y social. Se introdujeron nuevas variedades de arroz que daban el doble y hasta el triple de producción anual. A su vez, la población fue aumentando hasta llegar a cien millones de habitantes. Hubo una gran explosión de la actividad mercantil. Las ciudades crecieron de manera intermitente: Hangzhou que se convirtió en 1138 en un importante centro de comercio tenía medio millón de habitantes, cuando Venecia o París, por ejemplo, apenas superaban los cien mil.

En esa época se incrementaron los contactos con Occidente. Rabban-Sauma, un monje nestoriano²³ convertido en diplomático fue enviado a Europa, estableciendo vínculos con las máximas autoridades católicas de Roma. Marco Polo²⁴, comerciante italiano, llegó a Beijing en 1275 después de transitar la Ruta de la Seda y permaneció 24 años en China donde fue nombrado funcionario por el Kublai Khan (Cao y Sun, 2011). Su libro, conocido por algunos como *Los viajes de Marco Polo* o como *Descripción del mundo* por otros, detalla la experiencia de vida y su conocimiento de la sociedad, la cultura, la economía y la política en China con gran impacto en Occidente, que por primera vez adquiriría una visión pormenorizada del país oriental contada por uno de los suyos. Franke y Trauzettel consideran que «Apenas una obra mundana de la Alta Edad Media tuvo el éxito que cosechó la de Marco Polo» (Franke y Trauzettel, 2006, pp. 228-229). Así mismo, la apertura de la dinastía Yuan permitió que la astronomía, la ciencia médica y las matemáticas de los países árabes llegaran a China.

Durante el período de las dinastías Song y Yuan se produjeron vigorosos avances en ciencia y tecnología, pero también en los planos filosófico y cultural. Se ampliaron los sistemas de educación y se produjeron los más renombrados inventos de la China antigua: la imprenta, la brújula, la pólvora y la técnica de tejido de algodón, los cuales revolucionaron el mundo conocido.

Desde el punto de vista filosófico, destacó el aporte de los hermanos Cheng Hao y Cheng Yi que aislaron los conceptos de tres guías cardinales y cinco virtudes constantes para convertirlas en la «ley» que dio origen al neoconfucianismo de Cheng-Zhu. Plantearon que lo formal, el orden o principio, es la esencia del universo (Mosterín, ob. cit.). El neoconfucianismo estableció un rígido sistema teórico, llegando a transformarse en la principal corriente del confucianismo, que ejerció a partir de entonces una influencia imprescindible en la vida política, educativa y cultural de la sociedad y los ciudadanos chinos, obligando a los intelectuales a prestar mayor atención al cultivo de este pensamiento filosófico.

Desde el punto de vista económico, de la eficiencia de sus instituciones, del refinamiento de su civilización y de los altos grados de desarrollo urbano alcanzados, la China de la época de las dinastías Song y Yuan era superior a Europa, que se encontraba en pleno período

de desintegración feudal. En Europa el progreso de los regímenes de gobierno local y el ascenso de la burguesía como clase transformadora de la realidad feudal le daban una connotación moderna a su sociedad. Sin embargo en China las ciudades eran muy superiores a las occidentales y aunque hubo gran apertura comercial durante la dinastía Yuan, su burguesía no adquirió la conciencia política y social de su par occidental. Es decir que, a pesar de encontrar similitudes en cuanto al desarrollo de la nueva clase social, unas y otras siguieron derroteros distintos. En China, la existencia de un Estado imperial centralizado y burocratizado pesó demasiado en la auto ratificación de la burguesía como portadora de cambios en la sociedad, lo cual condujo a un distanciamiento en el desarrollo político respecto de Europa (Mosterín, ob. cit.). Con todo, la aplicación de los grandes inventos y la prosperidad del desarrollo urbano, así como del comercio exterior colocaron a China, durante este período, en un sitio muy alto en el desarrollo económico, social y tecnológico que la ubicó en el lugar cimero del planeta en estos campos.

Bienestar agrícola, centralización del poder y crisis durante la entrada de China a los tiempos modernos (1368-1840)

Este período correspondió a la autoridad de las dinastías Ming y Qing como conductores del Estado chino, finalizando con la Guerra del Opio. El mandato de la dinastía Yuan concluyó después de grandes revueltas campesinas que instalaron el nuevo poder de la dinastía Ming que situó la capital en Yingtian, hoy Nanjing, aunque en 1421 la trasladaron a Beijing²⁵. Fue la última dinastía étnicamente china, es decir han.

El primer emperador Zhu Yuanzhang y Cheng Zu, el tercero de la dinastía Ming, reforzaron la autoridad del primer ministro (chen-xiang) al crear la figura del Gran Secretariado y establecer además trece oficinas de comisionados administrativos en todo el país. Fueron reforzados los comandos militares, pero el papel principal lo comenzaron a jugar los espías y órganos represivos especialmente creados para el control de los adversarios, en particular de aquellos militares que tenían prestigio y los intelectuales²⁶. En este período los eunucos jugaron un importante papel en el ámbito de la políti-

ca como los encargados de transmitir los decretos gubernamentales, supervisar a los ministros, investigar a los oficiales y emprender misiones diplomáticas. El emperador Cheng Zu (1403-1424), conocido como Yongle, gobernó en condiciones de gran estabilidad política, impulsó la expansión marítima de China y las grandes expediciones náuticas comandadas por Zheng He que llegó a ser almirante de la armada, dirigió la más poderosa flota del mundo jamás conocida que navegó por los océanos Pacífico, Índico y llegó incluso hasta el mar Rojo, lo cual permitió abrir nuevas rutas comerciales y el establecimiento de colonias chinas en Indonesia, Filipinas, Tailandia, Birmania y Malasia que aún hoy existen. Durante su primer viaje, que duró dos años y tres meses, comandó una flota de doscientas naves de las cuales 62 eran barcos grandes de ciento treinta metros de largo con capacidad de transportar hasta mil personas. Posteriormente realizó otros seis viajes por más de treinta países de Asia y África llevando porcelana, productos de seda, instrumentos de bronce, hierro y cobre. En comparación con las travesías de Cristóbal Colón y de Vasco de Gama alrededor de África, las expediciones de Zheng He fueron de mucha mayor dimensión y se hicieron ochenta o noventa años antes (Zhang, ob. cit.).

Este gran movimiento comercial y naviero produjo un nuevo período de auge de la economía, toda vez que además el monarca tuvo especial preocupación por mejorar la recolección de impuestos y estimular una economía mercantil que dio origen al surgimiento de un poderoso movimiento industrial, germen del capitalismo naciente de manera simultánea con el de los países occidentales, los cuales eran expresión de nuevas relaciones de producción.

En esta época, finales del siglo XVI, tuvo lugar la llegada de los jesuitas a China, quienes ejercieron una gran influencia intelectual. Los jesuitas llegaron a Macao²⁷ como parte de las expediciones de comerciantes holandeses, españoles y portugueses que se afincaron en el territorio. El más importante de los misioneros jesuitas fue Matteo Ricci (1552-1610). En 1582 comenzaron su penetración desde Macao hacia las profundidades del territorio hasta que en 1598 Ricci recibió permiso para asentarse en Beijing. Demostraron gran inteligencia y capacidad de adaptación y lograron ganarse el respeto tanto de los funcionarios como de los académicos y científicos chinos, dando

un gran impulso a las matemáticas, la cartografía y la astronomía. Algunos de ellos se convirtieron al cristianismo para intercambiar más de cerca con los jesuitas. Xu Guangqi (1562-1633) hizo de conocimiento público la equivalencia de la trigonometría occidental y china, traduciendo a su idioma los *Elementos* de Euclides, así como un tratado de hidráulica (Mosterín, ob. cit.). Unos años después, en 1620 llegó a China el sacerdote católico alemán Johann Adam Schall von Bell, conocido como Tang Ruowang en chino. Se destacó en las matemáticas y la astronomía. En 1623 calculó un eclipse solar con asombrosa exactitud lo que le llevó a la fama y a ser sujeto de gran respeto por parte del monarca quien le encargó elaborar el calendario de Chongzhen y le valió su designación como jefe de la Oficina Imperial de los Cielos, donde elaboró un calendario exacto que integró el conocimiento astronómico occidental, dándole un gran impulso a la sabiduría china en la materia (*Extractos de la historia china*, ob. cit.).

El ciclo de la dinastía Ming tuvo dos fases: una primera de 67 años fue de reconstrucción de la devastada agricultura, reorganización del imperio, de auge económico y fortaleza política y militar. En la medianía de sus años en el poder, la dinastía Ming se vio obligada a enfrentar la presencia de militares y samuráis japoneses, quienes derrotados en luchas intestinas se refugiaron en islas cercanas a China uniéndose a grupos de piratas de su misma nacionalidad que se dedicaban a atacar, saquear las costas chinas, amenazando y afectando la vida cotidiana de su población hasta que después de muchos años, en 1566, los piratas japoneses que atacaban las áreas costeras del sureste de China fueron eliminados por completo (Zhang, ob. cit.). El segundo ciclo, que duró 70 años, se caracterizó por la inestabilidad política, la decadencia cultural y la preeminencia de los eunucos en las altas esferas imperiales.

Además de los ataques de los piratas japoneses, la dinastía Ming también tuvo que afrontar invasiones de Portugal en 1548, de España en 1598 y de Holanda en 1642 cuando Taiwán fue ocupada por ese país. Las victorias militares de la dinastía Ming sobre las fuerzas colonialistas occidentales impidieron su avance en Asia, garantizando cierta estabilidad para los países de la región (Cao y Sun, ob. cit.). Así mismo, en los años 40 del siglo XVII los rusos invadieron y ocuparon territorio chino. Ya en tiempos de la dinastía Qing el ejército chino

realizó dos contraofensivas exitosas que obligaron a la Rusia Zarista a iniciar negociaciones que culminaron con el Tratado de Nérchinsk, el cual concedió cierta estabilidad a las regiones orientales de los dos países, logrando un aumento considerable en el comercio y el intercambio. Estas victorias militares posibilitaron salvaguardar las zonas fronterizas habitadas por minorías nacionales que pudieron abrir una nueva etapa de consolidación y desarrollo. Sin embargo, se hicieron esfuerzos en la defensa, como alargar la Gran Muralla y fortalecer sus guarniciones militares en previsión del reagrupamiento de las fuerzas militares derrotadas de la dinastía Yuan.

La dinastía Ming hizo que China fuera uno de los grandes centros de la civilización mundial de la época, en la que unos estaban más avanzados que otros en algunos aspectos, pero menos en otros. En este alto nivel de desarrollo tecnológico se consideraba que estaban el imperio otomano, China, el norte de India bajo dominio mongol y Europa. Pero, de todas ellas, la más avanzada era China por su cultura, sus inmensas llanuras fértiles e irrigadas, su extraordinario sistema de canales que comunicaba las zonas más fecundas con las que no lo eran a fin de abastecerlas, una administración unificada y jerarquizada, dirigida por una burocracia bien formada e imbuida de las ideas de Confucio, todo lo cual hacía que China mostrara una coherencia y sofisticación envidiada por sus visitantes (Kennedy, 1994). Este autor afirma que:

Para los lectores educados en el respeto a la ciencia «occidental», la característica más sorprendente de la civilización china debe ser su precocidad tecnológica. En la China del siglo XI ya había aparecido la impresión por tipos móviles y muy pronto aparecieron grandes cantidades de libros. El comercio y la industria, estimulados por la construcción de canales y las presiones de la población eran igualmente sofisticados. Las ciudades chinas eran mucho más grandes que sus equivalentes de la Europa medieval y las rutas chinas eran igualmente extensas. Mucho antes, el papel moneda había dado fluidez al comercio y al crecimiento de mercados. En las últimas décadas del siglo XI existía al norte de China una gran industria del hierro que producía alrededor de 125 mil toneladas anuales, principalmente para uso militar y gubernamental; por ejemplo, el

ejército de más de un millón de hombres era un vasto mercado para las mercancías de hierro. ¡Merece la pena señalar que esta cifra de producción era mucho mayor que la producción británica de hierro en los comienzos de la Revolución Industrial, siete siglos más tarde! Ob. cit., p. 31).

El fin de la dinastía Ming estuvo signado por una profunda crisis financiera, derrotas militares y rebeliones populares que devinieron en una situación de anarquía generalizada. Nuevamente, en lo que ha sido una generalidad de la historia china, un ejército campesino de varios millones de combatientes guerreó por cerca de 20 años hasta que ocupó Beijing donde el emperador se suicidó.

Una conjunción de grupos étnicos con predominio Manchú²⁸ unificó a las tribus y proclamó el reino Jin, el cual posteriormente cambió el nombre por Qing, desatando una política de opresión étnica y represión social que produjo un retroceso en las relaciones de producción y empeoró la situación económica y social. Así mismo se reforzó el proceso de centralización iniciado durante la dinastía Ming, a los militares se les dieron más prerrogativas para involucrarse en asuntos civiles, diplomáticos y de administración del Estado y el gobierno, y se incrementaron los controles sobre los funcionarios del gobierno central y los gobiernos locales, a los que se les exigía absoluta lealtad al monarca. Esta alta centralización unida a la represión generalizada que devino en la entronización de una monarquía absoluta, condujo a que los funcionarios se convirtieran en siervos del emperador, produciéndose un retroceso brutal respecto del desarrollo económico logrado en el pasado reciente (Cao y Sun, ob. cit.). La total centralización del poder en el monarca causó serios problemas en el proceso de modernización de China, al entorpecer el desarrollo de mecanismos de transformación económica y productiva.

Mientras tanto, cuando en Occidente se producía el Renacimiento de las Artes y las Letras, brillaban intelectuales y artistas de la talla de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael Sanzio y un siglo después William Shakespeare y Miguel de Cervantes, en China también se produjo un florecimiento de la pintura y las letras. Durante la dinastía Ming, Shi Nai escribió *A la orilla del agua*, considerada una de las

cuatro novelas clásicas de China. Igualmente, Luo Guanzhong publicó *Sanguo Yanyi* o *Romance de los Tres Reinos*, una novela escrita en capítulos que está calificada como una obra clásica de narrativa histórica tradicional. En la pintura, fue una época de sobresalientes artistas como Tang Bohu, un pintor de la naturaleza y las figuras humanas, Wen Zhengming, fundador de la escuela Wu de pintura, quien además mostró talento en la poesía, la prosa y la caligrafía, y Dong Qichang, quien se inspiraba en la naturaleza así como en el Cielo y la Tierra. Estableció dos escuelas, la del Sur y la del Norte, de acuerdo con la forma del trazo y el estilo del pintor. Todos ellos marcaron época y esbozaron una tradición propia para la pintura china (*Extractos de la historia china*, ob. cit.).

En este contexto las fronteras se siguieron consolidando. Después de largos períodos de conflicto, la minoría uigur y toda la región de Xingjiang comenzaron a vivir una fase de afianzamiento y tranquilidad sin precedentes. Igualmente la región tibetana que había aceptado la autoridad de la dinastía Ming, al caer la dinastía Yuan, estableció una relación de mejor nivel con la dinastía Qing, después de sostener algunos años de conflicto signado por rebeliones desencadenadas por los nobles del Tíbet. El emperador Shunzi concedió oficialmente el título de «Dalai Lama» a Dalai V, en 1653. Así mismo, en 1713, el emperador Kangxi otorgó el título de «Panchen Erdeni» al Panchen V²⁹. En 1727 se creó el cargo de ministro acreditado en el Tíbet. Posteriormente, en 1793, cuando se promulgaron por orden imperial los «Estatutos del Tíbet» se definió de manera muy precisa que los poderes referidos a los aspectos militares, financieros, administrativos y exteriores del Tíbet los fijaba el ministro acreditado en el Tíbet. De la misma manera, hubo un reconocimiento a la forma en que se elegía el «buda viviente de lama reencarnado» bajo la supervisión del ministro, pero usando el método tradicional de sorteo por «Botella de Oro». Desde entonces, ha vivido largos períodos de tranquilidad que han significado un importante desarrollo económico bajo la aceptación de que es territorio inalienable de China (Cao y Sun, ob.cit.).

Las dinastías Ming y Qing fueron testigos de una lucha entre lo viejo y lo nuevo en los terrenos científico, técnico, cultural y religioso. Li Shizhen publicó su:

Compendio de materia médica, que expone amplios conocimientos de farmacológica, botánica, biología, química y mineralogía en favor de la salud. Igualmente, este científico creó un avanzado método de clasificación de los medicamentos. En otra de sus facetas, expuso sobre la cercanía del ser humano y el mono. Algunas de sus obras fueron citadas por Darwin. Siendo además el primero en formular que el cerebro es el hogar del espíritu original (Ob. cit.).

En la época fueron publicadas obras de importancia fundamental para las ciencias como la *Explotación de la obra de la naturaleza* de Song Yingxing, una enciclopedia sobre la ciencia y la técnica de la China del siglo XVII. Zhu Zaiyu formuló la idea de que los principios se reflejan en los números y los números nacen de los principios, desarrollando además su investigación en el campo de la música, obteniendo reconocimiento incluso en Occidente. La *Enciclopedia Agrícola* de Xu Guangqi, considerado como el predecesor de la ciencia moderna de China, sintetizó en su obra la experiencia de la agricultura china y occidental (Ob. cit.).

Todas estas acciones de la dinastía Qing, después de una centuria de invasiones externas y rebeliones internas condujeron a establecer un país unificado, arraigado y solidificado desde el punto de vista de su estructura territorial, su identidad multiétnica y la autoridad indiscutible de la monarquía, produciendo una integración entre los territorios centrales y las zonas fronterizas que posibilitaron la convivencia armoniosa y la integración cultural que llevó a la creación de altos niveles de compatibilidad multiétnica y a la instauración de hábitos, costumbres y una cultura totalizante que incorporaba a todo el extenso país.

Desde el siglo XIV hasta comienzos del XVIII fue el período de mayor bonanza de las dinastías Ming y Qing, caracterizado por una economía que puso el centro en el desarrollo de la actividad agropecuaria. En esa época se ampliaron las tierras cultivadas de arroz de doble cosecha, se incrementaron las siembras de alto rendimiento de maíz y batata y se pasó al cultivo extensivo de algodón, lo cual redundó en un aumento en la producción de vestidos y ropa; pero lo más trascendente fue el aumento en la producción de cereales que no solo solventó las necesidades de la población sino que permitió el desarrollo

de una industria vinculada a la agricultura y que muchos campesinos se transformaran en artesanos, cambiando la estructura tradicional de la producción agrícola. La artesanía privada fue sustituyendo a la oficial, pasando a ocupar el papel predominante en la producción industrial. Así mismo, se amplió la circulación de mercancías mientras que la plata llegó a ser la moneda principal de intercambio en el mercado. Se comenzó a manifestar una división del trabajo muy detallada y a producirse concentraciones de trabajadores dispersos en medio de un proceso de alto grado de socialización de la producción, a partir de la compra de mano de obra por parte de talleres privados lo que constituyó uno de los primeros pasos de la producción capitalista (Franke y Trauzettel, 2006).

Estos cambios, que alteraban profundamente la tradición productiva de origen de la sociedad china basada en la agricultura, crearon condiciones para iniciar un proceso de modernización hacia la civilización industrial. Este proceso tuvo como particular característica su desarrollo interno, mientras el país se cerraba hacia el exterior. Al respecto Cao y Sun apuntan que:

Entre los años 1720 y 1820, la tasa anual de aumento del porcentaje del PIB de China en el PIB mundial fue mucho más alta que la de toda la región europea. A comienzos del siglo XIX eran de China seis de las diez ciudades mundiales con más de quinientos mil habitantes cada una. La mitad de la producción mundial de plata entró en China durante más de doscientos años contados entre mediados y postrimerías de la dinastía Ming y comienzos de la dinastía Qing. En aquel entonces China era uno de los centros económicos y comerciales del mundo. La fuerza integral nacional de los períodos más de las dinastías Ming y Qing, que registró una elevación notable en comparación con la de las dinastías anteriores, siguió llevando delantera en lo fundamental a nivel mundial (Cao y Sun, ob. cit., p. 183).

Todo esto contrastaba con la situación política interna que se comenzaba a vivir. El riguroso control ideológico y cultural que se estableció a finales de la dinastía Ming —pero sobre todo su apogeo durante la dinastía Qing a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII— dieron origen al inicio del rezago de China respecto de

Occidente. Se establecieron medidas de represión cultural y política y una férrea censura literaria que obligó a los intelectuales a limitar su actividad so pena de ser afectados no solo en su capacidad de pensar y crear, también en su integridad física, conduciendo a la asfixia de la ciencia, la investigación y la cultura. Incluso ciertas ideas «extrañas» comenzaron a permear la sociedad china. El confucianismo empezó a ser sujeto de críticas. Surgieron filósofos como Li Zhi a finales de la dinastía Ming que reivindicaba el egoísmo, los placeres naturales y la racionalidad de las emociones como instintos naturales del ser humano. Hong Xiuquan se propuso asociar las ideas cristianas de igualdad y fraternidad con el arquetipo chino de gran armonía y las usó para criticar a la monarquía y provocar revueltas en su contra (Zhang, ob. cit.). Huang Zongxi llegó a decir que el emperador era el peor flagelo del mundo. En general, los pensadores de finales de la dinastía Ming y comienzos de la Qing criticaron el neoconfucianismo en el que se habían refugiado muchos científicos y filósofos, utilizando una afilada prosa sin precedentes en la historia china, dando inicio a una nueva corriente filosófica que asestaba duros golpes a la autocracia.

Por otra parte, la dinastía Qing inició una política de aislamiento de China del exterior, estableciendo restricciones al comercio y limitando en 1757 la actividad portuaria solo al puerto de Guangzhou. Esto condujo al país a una situación de estancamiento y crisis en el siglo XIX que le llevó a alejarse del proceso de modernización que venía desarrollando en los siglos anteriores, desviándose de la corriente mundial en la que estaba jugando un papel cimero. Se impidió así que los conocimientos venidos de Occidente pudieran ser divulgados y se generaron acentuados e innecesarios conflictos diplomáticos con el Vaticano y Gran Bretaña. El atraso se hizo evidente al comparar cifras del pasado con las de 1840 cuando por ejemplo, mientras en China la producción agrícola per capita era de doscientos kilogramos, en Estados Unidos era de mil kilogramos, y la producción anual de hierro de veinte mil toneladas equivalía al 10% de la de Francia y al 2,5% de la de Inglaterra.

La crisis como medio de entrada al capitalismo. Las Guerras del Opio (1840-1860)

Durante el período de las dinastías Ming y Qing se produjeron grandes transformaciones en el mundo. La mayor parte de Europa transitó hacia el capitalismo, después de la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Industrial. A pesar de que en el período previo China y Occidente se encontraban en estadios similares de progreso, los dislates políticos de la dinastía Qing que desconocieron el proceso de desarrollo de la economía mercantil en reemplazo de la economía tradicional, el paso de la producción artesanal a la industrial, el fin de los privilegios de monarcas y nobles y la irrupción de la razón y de la ciencia por sobre la ignorancia, condujeron a China a un franco retroceso y a una profunda crisis que produjo un giro de 180 grados, llevándola de ser una gran potencia a convertirse en un país atrasado.

Desde finales de la dinastía Ming y sobre todo durante la dinastía Qing se comenzó a verificar una transformación de valores que cambió los hábitos tradicionales de comportamiento del pueblo chino. La última dinastía consideraba el comercio como una actividad perturbadora de la cotidianidad agrícola milenaria del país, lo cual redundó en un exceso de mano de obra improductiva en los sectores rurales, paralizando el avance de la ciencia y la tecnología, impidiendo el desarrollo industrial, interrumpiendo el progreso de las fuerzas productivas y aferrándose a la estructura de un Estado centralista y burocratizado. En los hechos, se pretendió llevar a cabo un proceso autárquico en la economía, menospreciando la necesidad del comercio exterior, al mismo tiempo que se magnificaba el potencial productivo endógeno. Con ello se impuso una especie de xenofobia que negaba cualquier aporte venido del exterior, insuflando a la sociedad de una supuesta excepcionalidad de los conocimientos chinos. Incluso la monarquía impuso la idea de que toda la erudición occidental había tenido su origen en China (Cao y Sun, 2011).

Esta fue la base para el desequilibrio que condujo a la inferioridad de China frente a Occidente. En estas condiciones, la Guerra del Opio de 1840 detuvo el milenario proceso de crecimiento y fortalecimiento de China como potencia mundial que —obligada a iniciar una ruta que cuestionaba la monarquía, frenaba el desarrollo

de las fuerzas productivas e impedía la modernización del país— no pudo insertarse en la transformación económica que para entonces vivía el planeta.

El exacerbado comercio del opio³⁰ estuvo encaminado a exterminar los férreos controles establecidos por el sistema feudal chino para impedir la expansión del sistema mercantil capitalista, sin embargo este proceso no tuvo un carácter endógeno, sino que provino del exterior. La Compañía Británica de las Indias Orientales se convirtió a mediados del siglo XVIII en la vía para el fructífero comercio con China. De una parte, el país asiático proveía manufacturas, té, sedas, tejidos de algodón, porcelanas y otros bienes elaborados mientras sus importaciones eran significativamente inferiores: pieles sin curtir, medicinas, productos suntuarios. El emperador Qianlong envió en 1796 un mensaje al rey Jorge III de Inglaterra en el que respondía una carta de este invitándole a ampliar el comercio bilateral: «Tenemos de todo. Yo no doy valor alguno a las cosas raras o ingeniosas y no necesito de las manufacturas de su país» (Epstein, 1958, p. 4). El emperador, en su desconocimiento, se daba el lujo de despreciar a Occidente en términos de intercambio, subestimando el hecho de que la Revolución Industrial estaba produciendo también una transformación en el ámbito militar al modernizar los instrumentos bélicos de los países de Europa.

En el plano interno las cosas no marchaban de mejor manera. La putrefacción de la monarquía Qing fue incubando el descontento y con ello se iba generando un ambiente de hostilidad manifiesta contra el gobierno que devino en manifestaciones y revueltas y la creación de organizaciones secretas anti-Qing. Hong Xiuquan, un académico de origen campesino que había reprobado varias veces el examen para optar al servicio civil, combinó las ideas cristianas con el ideal chino y se propuso derrocar al régimen. En 1850 se desató la Guerra Campesina de Taiping que se extendió rápidamente dando origen a un Estado propio que aspiraba a constituir un paraíso justo en la Tierra. Hong creó la organización «Reino Divino de Taiping», que contó con un programa extraordinariamente revolucionario para la época, extendiendo su acción por 18 provincias y creando un ejército que llegó a estar conformado hasta por un millón de soldados en su mejor momento, combatiendo con temeridad y valentía, lo que le permitió ocasionar importantes derrotas a las tropas del emperador. Sin

embargo, una serie de inconvenientes —desde la traición, el desapego a la búsqueda de soluciones para resolver problemas que enfrentaban los reclutas y oficiales y el nepotismo, hasta una disciplina demasiado laxa— condujeron al debilitamiento de la intentona en 1864 y su total derrota en 1868 (Franke y Trauzettel, 2006). Sin embargo, esta guerra civil tuvo importantes repercusiones pues la economía quedó devastada mientras otros grupos desataron rebeliones similares aunque de menor impacto, pero sobre todo los líderes regionales que aprendieron a conducir ejércitos para enfrentarse a la monarquía adquirieron una fuerza inmensurable.

En paralelo, en el año 1838, el emperador Ming Ning se propuso erradicar el tráfico del opio. Designó a Lin Zehu como comisionado imperial a cargo de tal objetivo. En menos de un mes este capturó e incineró alrededor de mil doscientas toneladas de droga. Con este motivo, Gran Bretaña decidió atacar a China. En junio de 1840, una flota conformada por 48 buques al mando de George Elliot llegó a la costa de Guangdong y bloqueó el río Zhujiang dando inicio a la Guerra del Opio. Después de una serie de operaciones bélicas exitosas y la ocupación de Hong Kong por las fuerzas militares británicas el 25 de enero de 1841 además de otras ciudades importantes, la dinastía Qing fue obligada a pactar y aceptar la Convención de Guangzhou que la obligaba a pagar indemnizaciones y retirarse de la ciudad (Zhang, Y. P., 2006). Las fuerzas militares británicas se dedicaron al saqueo, el pillaje y los asesinatos masivos, poniendo en evidencia la faceta más criminal de la práctica colonialista, pero en la derrota de China se manifestó también la debilidad, la incapacidad y los titubeos de la monarquía Qing. La ofensiva británica continuó desarrollando las operaciones en la profundidad del territorio, obteniendo nuevas victorias frente a un ejército que combatía valientemente pero sucumbía ante la superioridad tecnológica de las tropas enemigas.

El 29 de agosto de 1842 los emisarios de la dinastía Qing negociaron con Gran Bretaña, en un buque, el Tratado de Nanjing —posteriormente ampliado a todos los extranjeros— que incluía el pago de una indemnización en metálico, la entrega del puerto de Hong Kong, la apertura de cinco puertos principales de China al comercio con Gran Bretaña, la exención de los súbditos británicos a someterse a las leyes chinas y, finalmente, la concesión que tuvo mayores reper-

cusiones: China no podría cobrar más del 5% de impuestos de aduanas a las mercancías extranjeras, lo cual fue causa de una acentuada mengua en sus ingresos que impidió el desarrollo y el avance de la industria y la economía (Epstein, ob. cit.).

Aprovechándose de su debilidad, otros países como Estados Unidos y Francia impusieron tratados similares a China que fue humillada en las negociaciones por la imposición colonial y la debilidad de un gobierno que se plegó sin disimulo a la prepotencia colonial. El tratado de Wang-hea suscrito con Estados Unidos y el de Whampoa con Francia consagraron los mismos privilegios que había obtenido Gran Bretaña (Zhang, ob. cit.).

Las ganancias producidas por el comercio del opio continuaron creciendo, llegando hacia 1850 a ser equivalente al 20% de todos los ingresos que el gobierno inglés percibía en India. Gran Bretaña mantuvo esta práctica hasta 1917; el tope de 5% de cobro de derechos de aduana se mantuvo hasta 1928 y la imposibilidad de juzgar a súbditos extranjeros en China hasta 1942 aunque en la práctica solo se abolió en 1949 cuando el Partido Comunista tomó el poder (Epstein, ob. cit.).

La presencia militar extranjera en China fue causa de innumerables roces y enfrentamientos de diversa envergadura. Gran Bretaña y Francia usaban cualquier subterfugio para acentuar la situación colonial, tensando al máximo el escenario. En 1857, con el argumento de la captura por parte de China de una nave británica, la marina de guerra de ese país fue nuevamente enviada al país asiático. Igual cosa hizo Francia utilizando subterfugios propios de las potencias ocupantes. De esa manera se dio origen a la Segunda Guerra del Opio que obligó a China a firmar en 1858 el Tratado de Tianjin con Rusia, Francia e Inglaterra, el cual amplió las potestades de los poderes occidentales para intervenir en la sociedad china. La otrora potencia mundial cayó en el lugar más bajo de su historia, un lugar donde nunca había estado (Zhang, ob. cit.). Así mismo, China fue obligada a firmar otros acuerdos en condiciones de minusvalía con Rusia en 1858 (Tratado de Aihui) y en 1860 nuevamente con Inglaterra, Francia y Rusia (Tratado de Beijing).

Hernert Franke y Rolf Trauzettel mencionan que Carlos Marx, en un artículo publicado el 14 de junio de 1853 en el *New York Daily Tribune* aseguró que «...los ingleses, con el retumbar de sus cañones

en la guerra del opio, habían dado a la vez la señal del estallido de la revolución de los Taiping» (Franke y Trauzettel, ob. cit., p. 305). No obstante, opinan que en realidad el golpe que Gran Bretaña le dio al débil imperio Qing bastó para mostrar la fragilidad de este, haciéndolo además evidente para el pueblo chino, factor que engendró coraje y moral a las fuerzas que se oponían al gobierno.

Las Guerras del Opio permitieron a Gran Bretaña arrancar privilegios comerciales a China, ocupando territorios desde los cuales establecieron bases para operar junto a otras potencias que aprovecharon la debilidad extrema en que quedó el país. En los más de sesenta años que transcurrieron entre la Primera Guerra del Opio hasta el derrocamiento de la monarquía y el establecimiento de la república en 1911, China fue humillada continuamente por las potencias invasoras. Además de la Segunda Guerra del Opio, debieron enfrentar las guerras con Francia y Japón, y la invasión de las ocho potencias aliadas. Gran Bretaña ocupó Hong Kong en 1842; Rusia, un amplio territorio al norte del río Amur, mientras que Francia, Alemania y Estados Unidos obtuvieron extensas concesiones en Shanghai, convirtiendo el país en una zona bajo dominio económico de las potencias occidentales, que incluso instalaron en el territorio sus destacamentos militares y sus propios sistemas judiciales (Tamames, 2008). Con ello, el camino para un desarrollo autónomo de China quedó cancelado, al integrarse al sistema capitalista mundial como un país dependiente convertido en una semicolonía.

El ocaso de la monarquía (1860-1911)

La irrupción y posterior penetración de las potencias occidentales violentó los sistemas políticos y económicos tradicionales de China, en particular su natural economía autosuficiente. La presencia occidental generó las condiciones para el surgimiento de la burguesía nacional y una clase proletaria, al tiempo que se producía una enorme crisis en los sectores rurales que condujo a la transformación de millones de campesinos hambrientos en una masa semiproletaria que se trasladó del campo a las ciudades. Paralelo a ello surgió un fuerte movimiento occidentalizador que proponía imbricar los «códigos étnicos feudales, pero adoptando técnicas extranjeras para enriquecer y fortalecer el

país» (Zhang, 2006, p. 192). La idea se manifestaba sobre todo en el ámbito de fortalecer el componente militar, pero también en áreas como maquinarias, textiles, astilleros, comercio, minería y telégrafos. No obstante, este movimiento fue monopolizado por la burocracia Qing y dependía en gran medida de personal y tecnología extranjera. La escasez de fondos y otros factores de índole organizativo y de supervisión terminaron por hacer fracasar la idea, pero la misma jugó un importante papel dinamizador y de ampliación de conocimientos en varios aspectos de la economía china después de siglos de aislamiento. Todo ello, sin embargo, a costa de la sustitución de la producción nacional y la consiguiente pérdida de competitividad de la producción habitual del país. Los objetivos del comercio exterior en manos de los extranjeros se alejaron de las necesidades de los productores chinos, dando origen a un proceso de desintegración del mercado primigenio. Estas ideas de influencia occidental fueron el prelude para un movimiento reformador que emergió posteriormente liderado por Kang Youwei y Liang Qichao y que tuvo su apogeo en 1898, el cual cuestionaba la monarquía absoluta al mismo tiempo que exigían una Constitución, un parlamento, la implantación de derechos civiles y el establecimiento de una monarquía constitucional. Sin embargo, el movimiento fue duramente reprimido y exterminado por la dinastía Qing.

Después de las Guerras del Opio, Japón —que en 1868 había realizado las reformas Meiji³¹— emergió como una nación poderosa que comenzó a desarrollar una política expansionista. En 1874 entraron a Taiwán, invadieron Corea y ocuparon hasta hoy las islas Ryuku (renombradas como Okinawa). La corrupción de la dinastía Qing y su falta de interés en el fortalecimiento de la Armada estaba en franca contradicción con el proceso inverso que vivía Japón. La manifiesta debilidad militar de China condujo a que finalmente la monarquía Qing tuviera que aceptar el cese de hostilidades en circunstancias humillantes. China y Japón firmaron el Tratado de Shimonoseki que concedía la ocupación nipona de Corea, además de cederle la península de Liadong, Taiwán y las islas bajo su jurisdicción, así como el pago de una indemnización y el derecho de Japón a abrir fábricas en China.

Para la misma época, Francia en 1883, aprovechando la fragilidad de la dinastía Qing, incitó un conflicto en la frontera de China con

Vietnam y el año siguiente atacó en varios frentes desatando la guerra con China. A pesar de que la nación gala fue derrotada militarmente, el gobierno Qing accedió a suscribir un tratado que ponía fin a la guerra y permitía que Francia irrumpiera con comodidad en Yunnan, Guangxi y la Bahía de Guangzhou (*Extractos de la historia china*, 2008).

Así mismo, en los albores del siglo XX, China debió enfrentar una nueva agresión de las fuerzas militares occidentales. La presencia de las potencias imperialistas en China dio origen al surgimiento de varios movimientos de repulsa, rechazo y confrontación con las fuerzas ocupantes. Algunos de ellos, como Yi He Tuan, impregnado de un pensamiento divino e idealista, se expandieron rápidamente cobrando gran apoyo popular. Sin embargo la monarquía tuvo una posición ambigua al respecto. Mientras por un lado apoyaba sus acciones, por otra parte temía un apoyo popular multitudinario que pusiera en entredicho a la dinastía Qing. Las potencias imperiales decidieron reforzar sus contingentes militares y enviar fuerzas que les permitieran contener al movimiento popular rebelde. A principios de 1900 ocho potencias: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Austria, Italia y Rusia, después de intervenir militarmente aplicando la política de tierra arrasada, presentaron a la Corte Qing una propuesta de paz que devino en un Protocolo Internacional firmado en 1901, por el que China tuvo que pagar nuevas indemnizaciones aceptando edificar en Beijing un barrio para los extranjeros al que no tendrían acceso los chinos, además de la imposición de un cerco de 20 li³² en torno a la capital, al que las fuerzas militares chinas no porían acceder. Otras medidas que el gobierno chino debió aceptar fue no permitir y castigar a los militares que se rebelaran contra el poder extranjero, prohibir manifestaciones en su contra y la creación de un nuevo ministerio de Relaciones Exteriores (Zhang, 2006). Todas estas disposiciones consolidaron jurídicamente la situación neocolonial de China.

La situación vivida en China tras la revolución de los Taipings entre 1851 y 1864, las Guerras del Opio entre 1840 y 1860, y todas las consecuencias que trajo la intervención de las potencias occidentales y desde 1899 a 1900 el movimiento Yo He Tuan que organizó una rebelión patriótica de campesinos contra la intervención imperialista, fueron prístina expresión de decadencia de la monarquía y de la sociedad feudal y neocolonial en la China que clausuraba el siglo XIX

y emergía al XX. Todas estas acciones formaron parte de un huracán transformador que se hacía eco del sentimiento popular que se hundía en una situación de sufrimiento y penalidades insoportables (*El Dr. Sun Yat Sen y la revolución de 1911*, 1991). En medio de este torrente revolucionario, la burguesía saltó al tapete del escenario político como una nueva fuerza promotora de los cambios bajo el liderazgo de Sun Yat Sen, quien condujo la unificación de las fuerzas políticas antimonárquicas para conformar en 1905 la Liga Revolucionaria de China (Zhongguo Tong Meng Hui), la cual se proponía «expulsar a los Manchú de China, proclamar la república y redistribuir equitativamente las tierras» (Zhang, ob. cit., p. 208).

Sun Yat Sen creó el *Diario del Pueblo* (Min Bao) y en su primera edición publicó los tres principios que enarbolaba su movimiento: nacionalismo, democracia y bienestar del pueblo, al mismo tiempo que hacía un llamado a luchar para derrocar la dinastía Qing e instaurar una república independiente. Después de varios levantamientos armados, algunos de gran envergadura, se incrementaron las movilizaciones locales en demanda de eliminar los impuestos sobre el arroz y por la recuperación del ferrocarril y el control de las minas. Unos y otros fueron brutalmente reprimidos causando numerosos muertos, heridos y detenidos. El 10 de octubre de 1911 Xiong Bingkun, jefe de una escuadra del VIII Batallón de Ingeniería del VIII Destacamento del Nuevo Ejército acantonado en Wuchang, realizó el disparo que dio inicio al levantamiento final para derribar la monarquía (*El Dr. Sun Yan Sen...*, ob. cit.) A partir de ese momento, las tropas anti Qing realizaron una rápida ofensiva que le permitió cosechar sucesivas victorias en Wuchang, Hankou y Hanyang, instaurando un gobierno militar que declaró independiente la provincia de Hubei. Este movimiento fue conocido como Revolución de Xinhai, por ser este el nombre de ese año en el calendario agrícola tradicional chino. Fue realizada una ronda de consultas hasta que las provincias independientes aprobaron el Programa de Organización del Gobierno Provisional de la República China, estableciendo el sistema republicano como forma de gobierno. Sun Yat Sen regresó del exilio en diciembre de 1911 y el 1° de enero de 1912 juró su cargo e instauró un gobierno provisional y una constitución que establecía que la soberanía residía en los ciudadanos a los que se les consagraban derechos que nunca antes habían tenido. Así mismo, el gobierno provisional firmó decretos para

hacer patente su voluntad de tener relaciones en pie de igualdad con otros países del mundo, bajo las normas del derecho internacional.

El 12 de febrero de 1912 el emperador Qing Aisin Goro Puyi³³ abdicó el trono, culminando la Revolución de 1911 que echó por la borda 200 años de dinastía Qing y más de dos mil años de monarquías autocráticas, instaurando un sistema republicano democrático que creaba condiciones para un significativo progreso en la vida del pueblo chino.

El ansiado cambio.

Los conflictos de los primeros años de la república

La instauración de la república no estuvo exenta de dificultades. En la práctica, la dirección del Estado quedó en manos de Yuan Shikai, quien había sido el jefe de las fuerzas militares y encabezado el gabinete Qing desde el 16 de noviembre de 1911. En nombre de la unidad nacional, Sun Yat Sen se retiró y Yuan fue elegido presidente el 14 de febrero, asumiendo funciones el 10 de marzo. Entre tanto Sun —junto a otros líderes— creó el Partido Nacionalista Chino (Kuomintang) que obtuvo la mayoría en las elecciones de 1913. Yuan disolvió el parlamento, declaró ilegal al Kuomintang e hizo aprobar una nueva Constitución en 1914, todo lo cual fue configurando un gobierno dictatorial con claras pretensiones monárquicas, lo cual se concretó en 1915 cuando Yuan se proclamó emperador, proponiendo la realización de un plebiscito para restablecer el imperio. Occidente se apresuró en reconocer a Yuan a cambio de concesiones para prospecciones petrolíferas y el control de las finanzas del país por la banca extranjera. Una vez más comenzaron a desarrollarse grandes revueltas militares y campesinas que obligaron a renunciar al autoproclamado emperador, quien murió poco después en extrañas circunstancias (Tamames, 2008). Durante este período, varios terratenientes y grandes comerciantes devinieron en caudillos militares (señores de la guerra) que formaron ejércitos y se asociaron con las potencias occidentales para tomar el poder, gobernando desde Beijing pero sumiendo al país nuevamente en una situación de inestabilidad creciente. Sun retornó al poder en 1918 en un marco de anarquía y división, pero en 1921 otra vez debió huir al exterior ante las amenazas

a su integridad. En su exilio en Japón estableció contactos con la Internacional Comunista que le dio su apoyo y lo vinculó con el Partido Comunista chino (PCCh) que había sido fundado ese año.

Antes, el 4 de mayo de 1919, se generó un movimiento patriótico que realizó un gran acto en Beijing en defensa de la soberanía nacional y contra el gobierno de turno en el poder que respondió con una brutal represión, resistida por los estudiantes, muchos de los cuales fueron arrestados, generando un gran movimiento huelguístico de trabajadores en todo el país que asumieron la conducción de la protesta. El gobierno se vio obligado a ceder, liberó a los estudiantes y estos, fortalecidos y en alianza con los obreros, crearon un Nuevo Movimiento Cultural que se apresuró en la formación de cuadros políticos, impregnándose de novedosas ideas hasta entonces desconocidas en China.

Después de la revolución bolchevique en 1917 en Rusia, la ideología marxista —surgida en Occidente— comenzó a permear la sociedad china con el impulso de Li Dazhao y Chen Duxiu. Numerosas publicaciones difundieron los escritos de los principales teóricos de este pensamiento que había nacido en la Europa de mediados del siglo XIX. En agosto de 1920 fue creado el primer grupo comunista en Shanghai, rápidamente imitado en otras ciudades del país. El 23 de julio de 1921, el Partido Comunista de China celebró secretamente su primer Congreso Nacional, declarando su fundación en una barca en el lago Nanhu de la provincia de Zhejiang donde tuvo que culminar la última sesión del Congreso en condiciones de clandestinidad, bajo asedio de la policía francesa (Zhang, 2006).

El Kuomintang (refundado en 1919) y el Partido Comunista de China acordaron cooperar para consolidar un gobierno revolucionario que se instaló en Guangdong. En 1924 Sun aceptó negociar con el gobierno de Beijing con el fin de solucionar las controversias, acabar con el caudillismo, abolir los indignos tratados firmados con potencias extranjeras y crear un gobierno nacional único que enfrentara las presiones de la intervención extranjera.

Lamentablemente, Sun falleció en marzo de 1925, privando al Kuomintang de su líder y a China de la única personalidad capaz de unificar el país tras objetivos nacionales. No obstante, en el segundo trimestre de 1926 se logró consolidar en el sur un ejército nacional que contó con asesoría soviética y llegó a conformar ocho cuerpos de

ejército formados por cien mil hombres cada uno, una fuerza capaz de emprender la reconquista del poder a partir del lanzamiento de una ofensiva hacia el norte del país. Bajo el mando unificado de Chiang Kai-shek se emprendió la campaña del norte (Ob. cit.). Sin embargo, la muerte de Sun Yat Sen arrastró al Kuomintang a una división entre los que aprobaban la alianza con los comunistas y quienes la rechazaban. Estos últimos terminaron imponiéndose en 1927, apostando por un gobierno dictatorial anticomunista bajo conducción de una cúpula de sectores provenientes de la clase pudiente, a cuya cabeza estaba Chiang Kai-shek, quien ordenó la persecución de sus nuevos rivales, produciéndose la muerte de hasta cinco mil dirigentes sindicales y políticos vinculados al Partido Comunista. Sin oposición, Chiang entró victorioso a Beijing en 1928, asumiendo el control del gobierno pero sin tener control absoluto del país (Tamames, ob. cit.).

Buena parte de China todavía se encontraba en manos de los señores de la guerra mientras que los comunistas, después de la matanza de 1927, apostaban por una política de insurrección en las ciudades y rebeliones campesinas, con muy poco impacto al comienzo pero que fueron cobrando importancia hasta reunir cuarenta mil soldados, ya bajo conducción de Mao Zedong, para enfrentarse al gobierno del Kuomintang, y llegar a establecer un Gobierno Central Provisional de la República Soviética China en 1931. Este ejecutivo fue presidido por Mao Zedong³⁴, designando a Zhu De³⁵ como presidente del Comité Popular Revolucionario y nombrar encargados de comisiones de asuntos nacionales e internacionales, finanzas, trabajo, educación y justicia, proponiéndose acabar con el feudalismo y expulsar a las potencias extranjeras, sobre todo después de que en septiembre de ese año Japón invadiera Manchuria, creando un Estado fantoche con Puyi como emperador (Zhang, ob. cit.).

Contando con un poderoso ejército, con un renombrado equipo de asesores extranjeros entre quienes destacaba el general Von Seeckt —exjefe del Estado Mayor alemán—, Chiang dirigió cinco campañas de exterminio contra los soviets chinos, sin embargo, el Ejército Rojo liderado por Mao resistió una y otra vez, y lograron escapar del cerco (Paloczi-Horvath, 1972). No obstante, su todavía escasa capacidad de organización y presencia nacional permitió al gobierno de Chiang ocasionar grandes pérdidas a las fuerzas comunistas que fueron

mergadas y diezmadas en 1934. Unido a ello, Chiang había logrado algunos éxitos económicos en la gestión del Estado que resultaron positivos para la economía y la recuperación de la industria, la agricultura y el comercio.

En esas condiciones, el Ejército Rojo se vio obligado a retirarse en 1934, comenzando la legendaria Larga Marcha que se inició en la meridional provincia de Jiangzi en el mes de octubre y que con la participación de ochenta mil personas en el primer año recorrió 3 500 km transitando por lugares apartados e inhóspitos del país, desplazándose hacia el suroeste, a la provincia de Guizhou, después de que Mao impusiera su opinión en contra de la de otros jefes que consideraban que había que ir al oeste, a la zona occidental de la provincia de Hubei (Zhang, ob. cit.; Tamames, ob. cit.).

En esta operación Mao Zedong comenzó a mostrar grandes dotes como estrategia militar. Los conflictos internos que brotaron en el seno del ejército no impidieron que bajo el liderazgo de Mao y Zhou Enlai³⁶ se continuara desarrollando la marcha y la ofensiva militar contra el ejército gubernamental que los acosaba³⁷. Este hecho está incorporado en los anales de la historia militar de China con carácter épico. Durante dos años los marchistas recorrieron veinticinco mil kilómetros por diez provincias del país, diseminando la teoría y la política del Partido Comunista de China, sentando las bases revolucionarias del proceso que concluiría en 1949. En ese ámbito, los comunistas redistribuyeron tierras a favor de los campesinos después de confiscárselas a terratenientes y funcionarios y equiparon a los trabajadores rurales que se iban incorporando al movimiento con las armas que le quitaban al enemigo, creando así un verdadero ejército popular (Tamames, ob. cit.).

En ese contexto, en 1931 —utilizando pretextos— Japón atacó a China y comenzó a ocupar rápidamente su territorio en el nordeste, estableciendo un Estado títere en Manchuria al que llamaron Manchukuo, extendiendo paulatinamente su dominio hacia el norte. El ejército chino resistió la arremetida japonesa y en particular la ocupación de la Gran Muralla por parte de los militaristas nipones hasta que se firmó el Acuerdo Tanggu mediante el cual el gobierno del Kuomintang aceptó la «legalidad» de la ocupación japonesa. Sin embargo, miles de estudiantes de Beijing se organizaron para repudiar

la presencia extranjera, pero fueron reprimidos por el ejército y la policía aunque recibieron el apoyo de sus pares de otras regiones del país creándose la Organización para la Salvación de la Nación (Jiu Guo Hui) que exigía terminar las guerras intestinas e implantar un mando único para luchar contra los japoneses. Por otra parte, en el seno del ejército también comenzaron a producirse rebeliones de soldados y oficiales que se negaban a recibir órdenes del gobierno para luchar contra el Ejército Rojo y reprimir a los estudiantes. Ellos exigían unir fuerzas en contra de la presencia militar de Japón en el país. Todos estos hechos obligaron a Chiang Kai-shek a finalizar la guerra civil de diez años y negociar con el Partido Comunista para combatir unidos la invasión japonesa. Así se estableció por segunda vez la cooperación entre ambos partidos que emprendieron unidos la lucha antijaponesa que iba a durar ocho años más.

La guerra de resistencia contra Japón comenzó en julio de 1937. Las victorias de Japón se sucedían una tras otra, ocupando incluso Beijing y Tianjin, hasta que a finales de septiembre el ejército chino obtuvo la primera victoria en la batalla del paso Pingxingguan. En diciembre los japoneses ocuparon Nanjing, produciendo una de las peores matanzas de la historia al asesinar a trescientos mil civiles inocentes. Las tropas japonesas continuaron su «paso triunfal» por China tomando Shanghái, Hefei y Wuhan (importantes capitales provinciales) hasta ocupar casi la mitad del país. La incontenible ofensiva japonesa comenzó a producir quiebres entre las fuerzas del Kuomintang. Japón aplicaba la política de «tierra arrasada»: asesinar a los ciudadanos, quemar las aldeas y apoderarse de sus propiedades.

Sin embargo, la resistencia se mantenía y ampliaba, sobre todo en las zonas ocupadas por el Partido Comunista, que se tomó el tiempo para organizar la economía en los territorios bajo su control, generando en ellos cierta prosperidad económica que ayudó a financiar la guerra de liberación antijaponesa, la que también contó con el apoyo de intelectuales, universidades y científicos. En 1941, después del ataque de Japón a Pearl Harbor, la guerra china de resistencia se inscribió en la gran lucha de la humanidad en contra del nazismo, el fascismo y el militarismo. La derrota y rendición de Japón después de recibir en su territorio las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, condujeron tam-

bién a la aceptación de su derrota en China. El 9 de septiembre de ese año, en Nanjing, Okamura Yasuji, comandante en jefe del ejército japonés se rindió oficialmente ante He Yingqin, comandante en jefe del ejército chino, poniendo fin a ocho años de resistencia (Zhang, ob. cit.). Japón perdió un millón quinientos cincuenta y ocho mil soldados durante el período en que ocupó China, mientras que China tuvo que lamentar la muerte de 35 millones de ciudadanos (cifras exhibidas en la Exposición Permanente de la Ruta del Renacimiento chino en el Museo Nacional de China en Beijing).

Después de finalizada la guerra de resistencia, el Kuomintang en el poder pretendió seguir manteniendo unilateralmente el gobierno, desconociendo al Partido Comunista que había sido su aliado en la guerra y había acumulado considerable fuerza política y sobre todo militar, de manera preponderante en las zonas rurales pero también en los sectores obreros de las grandes ciudades. El Ejército Rojo ahora llamado Ejército Popular de Liberación (EPL) había conseguido un alto potencial bélico gracias a armamento obtenido de la Unión Soviética. Mientras tanto el Kuomintang estaba deteriorado por la corrupción, el autoritarismo y su falta de conexión con los intereses populares (Ob. cit.). Con la mediación de Estados Unidos ambos partidos se propusieron negociar en agosto de 1945 aun antes de finalizar formalmente la guerra. En algún momento estuvo planteada la posibilidad de intervención armada de Estados Unidos para evitar el triunfo de los comunistas pero primó la sensatez del general Marshall enviado por su gobierno como negociador a China, quien supo medir el estado de ánimo del pueblo y el desprestigio del Kuomintang (Ob. cit.). Según Paul Kennedy la «pérdida» de China significó un «sobresalto» extraordinario para Estados Unidos. Al respecto refiere que:

...Estados Unidos había invertido enormes cantidades de capital cultural y psicológico (mucho menos financiero) en aquella grande y populosa tierra, y esto había sido elevado a proporciones todavía más grandes por la atención prestada por la prensa al gobierno de Chiang Kai-shek durante la propia guerra. No solo en sentido religioso creían los Estados Unidos que tenían una «misión» en China. Y si los profesionales del Departamento de Estado y los militares se daban cuenta de la corrupción y la ineficacia del

Kuomintang, sus percepciones no eran generalmente compartidas por la opinión pública, especialmente en la derecha republicana que, a finales de los años cuarenta, empezaba a ver la política mundial en términos de un blanco y negro rígidos (Kennedy, 1994, p. 597).

El 10 de octubre de 1945 fue firmado un documento que se dio a conocer como Acuerdo del 10 de Octubre para resolver pacíficamente las diferencias entre ambos partidos, sin embargo el mismo fue inejecutable por lo que se mantuvo la tensión política en el país. Esto empujó de manera forzada a que en junio de 1946 estallara nuevamente la guerra civil: las tropas gubernamentales sufrieron importantes derrotas y se vieron imposibilitadas de producir una merma en el esfuerzo ofensivo del EPL, que en la segunda mitad de 1948 pasó a una arremetida de nivel muy superior en términos bélicos.

En enero de 1949 el EPL entró pacíficamente en Beijing, después de derrotar a las tropas gubernamentales en la ciudad puerto de Tianjin. El 21 de enero Chiang Kai-shek pidió ser sustituido ante un país colapsado económicamente debido al alto gasto militar y al gigantesco déficit financiero, la alta inflación y la disminución de la producción industrial y agrícola como producto de la guerra. La ofensiva del EPL se mantuvo sin pausas, ocupando consecutivamente las principales ciudades del país, mientras el gobierno nacional protegido por Estados Unidos y Occidente huyó a Taiwán, donde se instaló (Zhang, ob. cit.). El 1° de octubre de 1949, en la plaza Tiananmen de Beijing, Mao Zedong proclamó la República Popular China (Zhonghua Renmin Gongheguo). El país quedó unificado con la excepción de Taiwán que subsistió en poder del Kuomintang, y el Tíbet que pasaría a control definitivo del gobierno en 1950. En menos de 30 años el Partido Comunista, asentado en poderosas bases campesinas, había logrado hacerse del poder, finalizando un siglo y medio de convulsiones, 23 años de guerras civiles y ocho años de dura contienda para liberarse del dominio japonés (Tamames, ob. cit.).

La República Popular China

La primera sesión plenaria de la Conferencia Consultiva Popular³⁸ se realizó en diciembre en Beijing. Asistieron dirigentes del Partido

Comunista, de otros partidos, miembros del EPL, organizaciones populares y sociales, asociaciones civiles, representantes de los chinos en el exterior y de las minorías. La conferencia aprobó varias leyes vinculadas a su propio funcionamiento y programa y al funcionamiento del gobierno, y eligió su primer Comité Nacional con Mao Zedong al frente. Decidió que Beijing sería la capital del país, adoptó el calendario gregoriano imperante en Occidente y decretó el nuevo himno y bandera nacional. Declaró que el gobierno de la República Popular China era el único legítimo en el país y proclamó su deseo de establecer relaciones con todos los países del mundo sobre la base del respeto a los principios de igualdad, bienestar social y soberanía nacional (Zhang, 2006).

La situación económica en el país era paupérrima. En 1947 la renta per cápita era de 40 dólares al año según estimaciones de la Organización de Naciones Unidas (ONU). El campo estaba sumido en una realidad de bajas inversiones, trabajo intensivo, semillas de muy baja calidad, atrasados medios de cultivo, carencia de fertilizantes, deficiencias en el control y mantenimiento de los recursos hídricos que producían severas sequías y extensas inundaciones, todo lo cual, en un país de tradición productiva agrícola, era sumamente grave. China carecía de un sistema de transporte adecuado que pudiera trasladar los productos agrícolas a las ciudades, lo cual generaba miserias y hambrunas generalizadas. La situación en las ciudades no era mejor, con extenuantes jornadas de doce horas de trabajo para los obreros y una fuerza laboral compuesta en un 50% por niños y mujeres en tareas no aptas para ellos. No había seguridad social, los niveles de vivienda eran mínimos y el analfabetismo llegaba a 90%.

En el plano internacional el país estaba aislado, lo cual fue difícil de superar toda vez que Estados Unidos bloqueó su ingreso a la ONU (Tamames, 2008). El primer gran reto en materia de política exterior fue asumir una posición respecto del conflicto en la península de Corea a mediados del año 1950. El 27 de junio de ese año, el presidente de Estados Unidos ordenó a la 7.^a Flota ubicarse en el estrecho de Taiwán para impedir el paso de fuerzas del EPL, mientras en la península y sus adyacencias se desplegaban hasta cincuenta mil hombres de quince países. China entendió esta situación como una amenaza para su propia integridad territorial y ante la solicitud de apoyo por parte del Partido Comunista de Corea envió un contingente militar al que se sumaron

decenas de miles de voluntarios. A costa de muchas bajas las tropas sino-coreanas resistieron durante dos años y nueve meses. En junio de 1951 habían obtenido importantes victorias militares que obligaron a Estados Unidos y sus aliados a retroceder hasta el paralelo 38 después de que en octubre de 1950 incluso habían ocupado Pyongyang, la capital coreana. La ofensiva sino-coreana obligó a Estados Unidos a negociar, firmando el 27 de julio de 1953 el Armisticio de Panmunjom. China retiró su ejército, que había sufrido importantes bajas, pero su actuación en el conflicto coreano señaló muy temprano que no iba a aceptar intervenciones militares en su entorno y que pretendía ser un actor importante y protagónico en los asuntos de Asia (Zhang, ob. cit.) (este aspecto se desarrollará más adelante con mayor amplitud). Sin embargo, dado que el centro del problema era la economía, los esfuerzos principales del gobierno debían encaminarse a ello. En junio de 1950 se promulgó el decreto de reforma agraria. El anhelo de resolver el problema de propiedad de la tierra injustamente distribuida ya estaba en las prédicas de Sun Yat Sen, pero el Kuomintang nunca emprendió seriamente tan vital tarea. El Partido Comunista comenzó a ejecutar tal política en los territorios que iba liberando el Ejército Rojo. La problemática agraria involucraba a cuatrocientos millones de ciudadanos, más de 60% de la población del país. Aunque el proceso sufrió limitaciones al comienzo debido a las dificultades creadas por la guerra de Corea y el embargo de Estados Unidos a la economía china, pronto adquirió un fuerte impulso que inicialmente tuvo un marcado carácter individual, pero el gobierno fomentó las prácticas colectivas de producción para conseguir economías de escala que ampliaran la producción. Se avanzó hacia una forma de propiedad cooperativa entre 20 y 50 socios, organización que involucró al 90% de la explotación agrícola. Esto permitió aumentar los rendimientos por trabajador. Sin embargo, la propiedad privada de la tierra siempre fue una preocupación del Partido Comunista en función del ideal de socialismo y comunismo que proclamaban. Así, se dio paso a las unidades de producción que concentraron aún más la propiedad en grandes empresas colectivas todavía formadas por asociados, hasta configurar las comunas que se proponían combinar la actividad agrícola con la industria. En otro ámbito, se hacía un importante esfuerzo por combatir la corrupción, la evasión de impuestos, el robo y la apropiación de bienes del Estado, a

través de campañas masivas con participación popular (Tamames, ob. cit.). Las medidas tomadas comenzaron a tener impacto en la economía, la producción industrial y agrícola aumentó abruptamente entre 1949 y 1952. Las cifras de crecimiento son impresionantes: 753,8% en acero; 665,6% en hierro; 68,4% en electricidad; 105% en carbón; 260,3% en petróleo; 333,3% en cemento; 768,1% en maquinaria; 102,6% en telas; 126,6% en azúcar; 44,8% en cereales y 193,3% en algodón (cifras del Instituto Nacional de Estadísticas de China, exhibidas en la Exposición Permanente de la Ruta del Renacimiento chino en el Museo Nacional de China en Beijing).

Otro ámbito de acción del nuevo gobierno fue la política exterior. Inicialmente se puso el énfasis en establecer sólidas relaciones políticas y de cooperación con los países socialistas, en particular con la Unión Soviética, pero siempre manteniendo una distinción respecto de esta, estableciendo claros principios de independencia, búsqueda de la paz y aprovechamiento de las relaciones para el desarrollo económico y técnico. Se buscó ampliar los vínculos con los países y pueblos de Asia y África, utilizando como consigna principal la lucha contra el colonialismo. China tuvo un papel protagónico en la Conferencia de países de estos dos continentes en la ciudad indonesia de Bandung en abril de 1955, que fue la primera realizada sin la participación de países de Occidente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En esta reunión China expuso por primera vez los cinco principios básicos de su política exterior³⁹. De igual modo, las relaciones con América y Europa se siguieron ampliando, con lo cual el país avanzaba en el proceso de romper su aislamiento. La muerte de Stalin y el consiguiente advenimiento de Nikita Jrushchov como máximo líder soviético en 1956 supuso un distanciamiento de las relaciones con la potencia euroasiática. En 1959 se puso fin al convenio de cooperación vigente y en 1960 el gobierno soviético decidió unilateralmente retirar todos sus técnicos y profesionales de China. A partir de ese momento todos los partidos comunistas y de izquierda bajo égida de la Unión Soviética se alejaron ideológica y políticamente de China. Al finalizar el XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en marzo de 1966 se produjo el fin de cualquier tipo de relación fraterna entre chinos y soviéticos que incluso llegaron al enfrentamiento militar en zonas fronterizas (Zhang, ob. cit.). Lo curioso y paradójico como enseñanza

de la historia es que la versión soviética es expresión de una visión absolutamente antagónica a la china. La opinión del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) se relaciona con la introducción por parte de los dirigentes chinos de métodos y formas que vulneraban las relaciones entre países socialistas, llegando incluso a acusar al PCCh de intentar eliminar a la comunidad socialista afirmando que fue el gobierno chino «el que empezó a cercenar sus vínculos económicos y culturales con la Unión Soviética y otros Estados socialistas» (Alexandrov y otros, 1974, p. 421).

Mientras tanto, no pocas complejidades enfrentaba el proceso interno. En 1952, el Partido Comunista anunció un período de transición al socialismo de diez a quince años a partir de 1953. Al año siguiente, en 1954, se aprobó la primera Constitución de la República Popular China que determinaba que el objetivo del país durante el período de transición sería «...la realización gradual de la industrialización socialista del país y la ejecución gradual de las transformaciones socialistas en la agricultura, en la industria artesanal y en la industria y comercio capitalistas» (Constitución Nacional de la República Popular China de 1954, 2014). A partir de entonces se estructuró el Primer Plan Quinquenal que comenzó en 1955 y significó un poderoso impulso a la agricultura, la industria liviana y la de automóviles, aviones y maquinaria pesada. El proceso de sustitución de la economía capitalista se dio sin grandes contratiempos ni resistencias y la reforma agraria culminó en 1956. Se establecieron formas de propiedad mixta (privada y estatal) hasta la total desaparición de la primera (Zhang, ob. cit.) y al mismo tiempo se incrementaban los estudios de marxismo, leninismo y el pensamiento de Mao Zedong.

Las medidas tomadas comenzaron a dar sus frutos. Desde 1965 China ya no necesitó comprar alimentos, en especial cereales; a la producción comunal se unieron las grandes granjas estatales en las que se hacían cultivos extensivos, especialmente en las regiones fronterizas con menor densidad de población; la inflación fue cediendo basada en una reforma monetaria y el control de precios y salarios, todo lo cual daba la sensación de que las heridas del pasado curaban aceleradamente.

En marzo de 1958 se adoptaron nuevas medidas que fueron la base para el movimiento del «Gran Salto Adelante» hasta 1960 y la Revolución Cultural (1966-1970) expresión de una «metodología»

china de «construcción del socialismo» por oposición al Plan de Recuperación Económica (1949-1952), el Primer Plan Quinquenal (1953-1957)⁴⁰ y el Movimiento de las Cien Flores⁴¹ (1957) con una orientación fundamentalmente soviética (Tamames, ob. cit). No obstante, el éxito en las reformas sociales y en la economía exacerbó un sentimiento triunfalista en el seno de la dirección del Partido Comunista. Supusieron en un lapso muy breve una victoria rápida sobre el capitalismo y la posibilidad de igualdad de condiciones económicas con las mayores potencias occidentales. El voluntarismo copó las decisiones respecto a los objetivos de la economía, tanto en la agricultura como en la industria y especialmente en la siderurgia las metas a obtener eran irrealizables. Aunque las comunas populares como forma de organización agrícola permitieron dar un trascendente paso adelante, su exacerbación supuso un distanciamiento de la realidad en el campo chino, en la medida en que se estimó su generalización como un paso acelerado al socialismo, lo cual devino en banalización, falsificación y frivolidad que —al contrario de lo esperado— marcó un retroceso en los altos índices de producción y productividad obtenidos en el pasado. Así mismo, el utópico Gran Salto Adelante acarrió serias deformaciones en el funcionamiento del partido, eliminando la democracia interna y deificando la figura de Mao Zedong. En 1960 la economía nuevamente entró en crisis, por lo que el gobierno y el Partido Comunista se vieron obligados a sugerir nuevos reajustes para los años siguientes. En el plano internacional, el distanciamiento con la Unión Soviética estableció un nuevo reto para Beijing, que temía que la política de coexistencia pacífica soviética amenazara a China con perpetuar su aislamiento, a pesar de los enconados esfuerzos y los éxitos que se obtenían en sentido inverso (*Guía del Mundo 2008. El presente y sus razones*, 2008). La respuesta fue forzar «la marcha al comunismo» tomando drásticas medidas para la recuperación de la economía, ahora sin el apoyo soviético.

En estas condiciones de retroceso y avances, toda vez que para 1964 la economía se había recuperado nuevamente, comenzaron a germinar contradicciones al interior de la dirección del Partido Comunista. El fracaso del Gran Salto Adelante representó duras críticas a Mao que se vio obligado a abandonar la presidencia de la república, aunque conservó el cargo de secretario general del PCCh. En septiembre de

1965 la polémica se manifestó abiertamente como lucha de facciones. La respuesta de Mao fue lanzar la Revolución Cultural como una vía rápida para llegar al comunismo. Tal como se define en el punto 14 de la Decisión referente a la Gran Revolución Cultural Proletaria, aprobada en la sesión plenaria del Comité Central del 8 de agosto de ese año, tenía como objeto:

...hacer más revolucionaria la conciencia del hombre, lo que permitirá conseguir más rápidos, mejores y más económicos resultados en todos los campos de nuestro trabajo. Si las masas populares son plenamente movilizadas y se hacen arreglos adecuados, es posible llevar a cabo tanto la Revolución Cultural como la producción sin que sea afectada ni la una ni la otra, y garantizar una elevada calidad en todo nuestro trabajo. La gran Revolución Cultural proletaria es una poderosa fuerza motriz para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales en nuestro país. Es incorrecto todo punto de vista que contraponga la gran Revolución Cultural al desarrollo de la producción (Partido Comunista de China, 2007).

La Revolución Cultural entronizó el régimen personalista de Mao Zedong sobre el Comité Central (CC) del partido que fundó una nueva concepción de dirección partidista en la que, en los hechos, el CC se ponía bajo la tutela del Centro de la Revolución Cultural encabezado por Lin Biao y la esposa de Mao, Jiang Qing, quienes orientaron su trabajo al fomento del culto a Mao, contando como principal soporte con los veintidós millones de jóvenes que se convirtieron en Guardias Rojos, la base sobre la cual se debía dar la batalla contra el orden establecido. Los Guardias Rojos se comprometían a defender a Mao durante toda su vida y juraban destruir el viejo mundo para crear uno nuevo en su lugar (Paloczi-Horvath, 1972). Al final, la Revolución Cultural devino un incoherente y desordenado movimiento en el que «todo valía» para destruir el poder burgués, incluyendo la destrucción de templos y monumentos, juicios sumarios contra líderes y funcionarios sospechosos de «intentar la restitución del orden capitalista», todo lo cual generó millones de víctimas. A pesar de que el informe al IX Congreso del PCCh celebrado en abril de 1969 era altamente favorecedor de las políticas impuestas en el marco de la Revolución Cultural, la patente

ambición de Lin Biao por apoderarse del control de la organización hizo que Mao tomara cartas en el asunto, por lo que Lin huyó del país, produciéndose el debilitamiento del Centro de la Revolución Cultural y el declive de la Revolución Cultural que devastó al país y dejó a su liderazgo en condiciones de profundas contradicciones. Los diez años que duró este movimiento dañó la herencia cultural y educativa del país (Zhang, ob. cit.).

El agotamiento de la Revolución Cultural también tuvo causas externas, las que sin ser fundamentales contribuyeron a la merma del impulso extremista que como un paraguas cubría toda la actividad política, social y económica del país. La necesidad de buscar el reconocimiento como Estado miembro de la ONU obligó a cierta moderación que surtiera algún efecto en los países integrantes del organismo. A ello contribuyó en gran medida la perseverancia, habilidad diplomática y el pragmatismo de Zhou Enlai, quien se mantuvo al margen de las disputas internas manifestando su lealtad a Mao sin involucrarse en el apoyo a la Revolución Cultural (Conocimientos comunes de la cultura china, 2006). Al paciente trabajo de Zhou se debe en gran medida la inserción de China en la ONU y el mejoramiento de las relaciones entre su país y Estados Unidos, concretadas con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas el 28 de julio de 1972 y la visita del presidente Richard Nixon a Beijing en febrero de 1973. Estados Unidos y China establecieron relaciones basadas en los cinco principios de coexistencia pacífica esbozados por la política exterior china, el compromiso de no pretender la hegemonía en el Pacífico asiático y el reconocimiento de Estados Unidos de que Taiwán es parte inalienable de China, lo cual es manifestación de un gran triunfo de la diplomacia china. Igualmente, en septiembre de 1972 se restablecieron las relaciones con Japón, después de largas décadas de diferencias y conflictos.

El 25 de octubre de 1971 China había sido admitida en la ONU, asumiendo el puesto de Miembro Permanente del Consejo de Seguridad que hasta ese momento ocupaba Taiwán, lo cual significaba su reconocimiento como potencia mundial y un lugar en el foro más importante donde se deciden los destinos de la humanidad. Paloczi-Horvath expone que a pesar de los trastornos del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural y el esfuerzo de Estados Unidos para mantener a China fuera de la ONU:

En 1971 China era un país relativamente estable en cuanto a la economía. Un país sin desempleo, analfabetismo ni pobreza extrema. En lugar del hedor y la suciedad del campo y los ‘barrios antiguos’ de las ciudades de la China imperial, la campiña pasó a ser extremadamente limpia, sin las epidemias que infectan el resto de Asia y con una población saludable. El tipo de hambre que a lo largo de los siglos solía barrer entre diez y veinte millones de personas de una vez, se ha convertido en recuerdos de los ancianos y se diluyen en el tiempo (Paloczi-Horvath, 1972, p. 400).

La muerte de Mao Zedong en 1976 abrió la posibilidad para grandes cambios en el país. Ese mismo año fallecieron Zhou Enlai y Zhu De, de manera que en el mismo año murieron tres de los más importantes líderes chinos, fundadores de la República Popular en 1949. Tal hecho creaba condiciones para llevar adelante un proceso de transformación, quedando sepultada la influencia de la «Banda de los Cuatro»⁴². Deng Xiaoping, quien había sido purgado durante la Revolución Cultural y más tarde rehabilitado y nuevamente incorporado al Comité Central del partido en el X Congreso realizado en 1973, retomó sus funciones de vicepresidente del CC del PCCh y jefe de Estado Mayor del EPL. En mayo de 1977 Deng exigió la rectificación de los errores de Mao, iniciando un gran debate sobre los alcances que debía tener tal proceso. El Tercer Pleno del CC del PCCh realizado en diciembre de 1978 revisó los hechos acaecidos desde la Revolución de 1949 y se planteó la necesidad de corregir los errores e incorporar a los funcionarios y dirigentes que habían sido injustamente apartados. Así mismo, planteó la necesidad de crear condiciones para renovar la economía (Zhang, ob. cit.). Deng fue capaz de palpar el sentimiento y el pensamiento del pueblo chino, el cansancio por tantos años de barbarie y sus deseos de prosperidad, y en ese Tercer Pleno propuso un cambio político y social para China con base en cuatro modernizaciones: en agricultura, ciencia y tecnología, industria y defensa. El trasfondo de lo que se quería lograr está encerrado en la más simple y paradigmática frase de Deng: «Qué importa si el gato es blanco o negro, con tal que cace ratones». Zhou Enlai, «padre político» de Deng y quien había logrado «reintroducirlo» en 1973 en las altas esferas del partido, fue en realidad —en las postrimerías de

su vida— quien había diseñado esta política. Ahora le correspondía a Deng llevarla adelante. Zhou había pensado en una quinta modernización, que era la de construir un Estado democrático y pluralista de corte occidental, pero Deng no la consideró (Tamames, ob. cit.).

La nueva política diseñada por Deng y aprobada en diciembre de 1978 se denominó de Reforma y Apertura de China e incluía las reformas en el campo y las ciudades; las emprendidas en las diversas áreas de la economía; la agilización de las actividades económicas internas y la apertura al exterior. Con ello se pretendía que China entrara al siglo XXI en una dimensión muy superior con el fin de mejorar de manera significativa las condiciones de vida de los ciudadanos y ser un actor internacional de primer orden en la próxima centuria. En términos ideológicos, Deng estableció la teoría de la construcción del socialismo con características chinas que estaba diseñada a partir del énfasis en la economía, la aplicación de las modernizaciones, los contratos sobre la base del rendimiento de la producción en áreas rurales, el régimen de responsabilidad económica en las ciudades y la economía de mercado socialista basada en la propiedad pública. También, se encaró una reforma de la estructura política y la separación de las funciones del Estado y el partido entre otras medidas dando más poder a los órganos locales, simplificando la función pública y aplicando mayor democracia (Conocimientos comunes de la cultura china, 2006).

Para comenzar a implantar la nueva política fueron fundadas zonas económicas especiales y luego creadas zonas económicas abiertas en ciudades ubicadas en el delta de los grandes ríos, con base en una resolución aprobada en la II sesión plenaria del XIII Comité Central del Partido Comunista que definió que se había entrado en una nueva etapa en la que las ciudades pasaban a ser el epicentro de la reforma (*Reforma, apertura y lesgislación económica*, 1995). Deng supervisó personalmente el desarrollo de la reforma, realizando inspecciones y controles que evaluaban de forma permanente el estado de la economía y los avances logrados, estableciendo un nuevo modelo de trabajo caracterizado por un contacto directo con los ejecutores de las políticas. En particular, puso el énfasis en la ciencia y la tecnología, estipulando el respeto al saber, a las personas que trabajan en la ciencia, la investigación y la educación con el fin de

fomentar en ellos un espíritu socialista de trabajo. Con respecto de Macao y Hong Kong, todavía colonizados por países occidentales, se propuso el retorno pacífico de dichos territorios a China y la posterior aplicación de la política «un país, dos sistemas» tras el retorno de ellos a la soberanía nacional, lo cual se produjo en 1997 y 1999, respectivamente. Todas estas medidas incorporadas en la Política de Reforma y Apertura aplicadas durante veinte años permitieron a China lograr importantes avances en el desarrollo económico, social y cultural, aumentando su poder de acción en el escenario internacional y elevando las condiciones de vida de sus ciudadanos hasta niveles nunca antes alcanzados.

NOTAS

1. China tiene cincuenta mil ríos, la mayoría de los cuales corren de oeste a este hasta desembocar en el océano Pacífico. Los más importantes son el Yangtsé o Río Largo con una longitud de 6.300 km, siendo el tercero en el mundo. Su cuenca es de 1.800 km² y es considerado la cuna de la civilización china. El río Huang He o Amarillo es el segundo más largo de China, con 5.654 km y una cuenca de 750.000 km². Es considerado la cuna de la cultura china.
2. Sobre esta aseveración se desarrolla a continuación un subcapítulo en el que se toma cuenta del debate producido en torno a la existencia de un Modo de Producción Asiático (MPA) que desde la perspectiva de algunos investigadores niega la existencia de una sociedad esclavista en China.
3. El sistema familiar es el centro de la vida social en China. Basada en una tradición que tiene sus raíces en la experiencia ancestral de la vida rural, la totalidad cultural del país tiene su origen y se desarrolla a partir de la vida colectiva en el campo. Tanto los grandes como los pequeños propietarios de la tierra viven en el mismo lugar donde han vivido sus padres y donde seguramente vivirán sus hijos. De esta manera, la familia se desarrolló reunida en torno a sus responsabilidades laborales y económicas, la más importante de las cuales era tener un presupuesto común, por lo que se desarrolló un sistema de vida familiar que solo ha existido y existe en este país (Dañino, 2013).
4. En este período se creó el sistema productivo de propiedad de la tierra denominado «de los nueve cuadrados» que consistía en dividir las tierras cultivables en cuadrados de determinada superficie separados por caminos y acequias entrecruzados parecidos a la figura # que tiene similitud al carácter chino que significa «pozo». Cada uno de los pozos estaba constituido por un cuadrado central de usufructo público mientras que los ocho periféricos eran privados. Los miembros de una comunidad solo podían cultivar las tierras privadas después de labrar la tierra pública que pertenecía a la aristocracia (Cao y Sun, 2011).

5. La dinastía Zhou se destacó por el fortalecimiento del sistema patriarcal de clanes, el sistema de feudos, un sistema de fincas y uno hereditario que servía para desarrollar los ritos y sanciones. Esto coadyuvó a combinar la autoridad de los dioses, la del monarca y las relaciones entre clanes a fin de establecer prácticas políticas que les permitieran sostenerse en el poder a partir de sólidas instituciones protocolarias y ceremoniales (Zhang, 2006).
6. El bronce se crea a partir de la aleación del cobre (muy abundante en China) con plomo, estaño, zinc o latón. Las primeras piezas de bronce en China mantenían las formas de las de cerámica pero para su producción se recurrió al uso de moldes de arcilla en la tradición de los batidos o forjados que fueron usados en culturas anteriores. Esto significó un gran paso adelante en el desarrollo productivo y bélico.
7. La mu es una antigua medida china equivalente a 1/15 de hectárea, o lo que es lo mismo 0,07 Há.
8. El embalse de Dujiangyan es el sistema de irrigación integral más antiguo del mundo y el único de su época, aún preservado y en funcionamiento, cumpliendo un gran papel en la agricultura regional. Se encuentra en el río Min, provincia de Sichuan, muy cerca de su capital Chengdu. Su construcción se inició en el año 256 a.C. durante el período de los Estados Combatientes. La obra impidió que continuaran las inundaciones en la región, además de irrigar 5.300 km² de tierra en la zona agrícola más productiva del país. No utiliza represa, por lo que no tiene problemas de rebose, ni acumulación de tierra, produciéndose una regulación automática del flujo de agua. Su técnica de construcción es admirada por su edificación en época tan lejana. En el año 2000 fue incluido por la Unesco en el registro de Patrimonio de la Humanidad (Deng Y., 2011).
9. Dada la importancia que tiene para la explicación de los fundamentos de la construcción de la sociedad y el Estado en China, este tema se desarrollará en extenso en el próximo capítulo.
10. Aunque esta práctica se inicia en la dinastía Han del Oeste durante el año 165 a.C., su verdadero impulso vino con posterioridad durante la dinastía Sui en 587 durando hasta el año 1904, durante la dinastía Qing. En la China tradicional, participar del servicio público era considerada la más honrosa de las funciones, y en esa medida era remunerada. Los exámenes fueron moldeando de alguna manera a la clase dirigente, a pesar de que a través de los años el ingreso al servicio público no estuvo exento de prácticas corruptas o nepóticas. Bajo la dinastía Song, los exámenes comenzaron a poner el énfasis de manera estricta en los conocimientos y el rendimiento en las pruebas. Fueron el instrumento para el nombramiento en los cargos, de manera que el mérito se transformó en el eje del sistema (Dañino, 2013).
11. La Gran Muralla china que es el símbolo de esta nación es Patrimonio Cultural de la Humanidad desde 1987. Es el mejor testigo de la milenaria historia de este país y de su continuidad en el tiempo. Así mismo, se considera una expresión de la voluntad, la sabiduría y la fortaleza del pueblo chino. Su construcción fue iniciada por el General Meng Tian por orden del Emperador Shihuang de la dinastía Qin y en ella participaron millones de soldados. Originalmente tuvo una extensión de 10.000 li, unidad de longitud china equivalente a medio kilómetro, pero se le hicieron varias ampliaciones hasta alcanzar 6.700 km.

12. Chang'an, que en chino significa «tranquilidad duradera o paz eterna», es el nombre antiguo de la actual Xi'an capital de la provincia de Shaanxi. Fue construida por la dinastía Zhou que la designó su capital. Volvió a ser capital durante la dinastía Han del Oeste, después de haber dejado de ostentar esa condición a favor de Luoyang en 771 a.C. La dinastía Sui la volvió a restituir como capital a finales del siglo VI d.C. Algunos especialistas la consideran la más excepcional ciudad del mundo antiguo y un modelo de urbanismo, con unos 36 km² de extensión, disponía de una muralla de 25 km de longitud, 12 metros de alto y estaba rodeada de un foso de 8 metros de ancho y 3 de profundidad. Poseía 12 puertas de ingreso con puentes de madera y ocho avenidas internas rectas de 45 metros de ancho (Zhang, 2006). Durante la dinastía Tang fue considerada la mayor y más cosmopolita ciudad del mundo, entre otras razones porque en ella se iniciaba la Ruta de la Seda. Pyongyang, capital de Corea, y las ciudades japonesas de Kyoto y Nara se construyeron siguiendo el estilo y diseño de Chang'an.
13. Los Guerreros de Terracota fueron considerados en 1987 como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Está aceptada como una de las 7 maravillas del mundo. Es considerado el paradigma del arte escultórico chino. Esta obra permite comprender el alto grado de desarrollo de la escultura china de hace más de dos mil años, a partir de una visión realista de un ejército estructurado en toda su dimensión.
14. La etnia han es la mayoritaria en China con un 96% de la población del país. Toma su denominación de la dinastía Han que le dio gran esplendor al país.
15. *El Yijing, Libro de los Cambios*, obra filosófica de hace tres mil años, registra que «en el pantano hay fuego». En el libro de *Historia de la Dinastía Han (Han Shu)* se expone que «existe un líquido inflamable en el río Weishui, en el distrito Gaonu». Este distrito se ubicaba en la actual ciudad de Yan'an, en la provincia central de Shaanxi. Es denominado en China como la «Cuna del petróleo». En el siglo XI, el gran científico Shen Kuo, explicó en su libro «Mengxi Bitan» (*Ensayos sobre el estanque de los ensueños*) las propiedades, el uso y las perspectivas del petróleo, señalando que «...Este líquido se utilizará ampliamente en todo el mundo. He sido la primera persona en usarlo. Bajo la tierra hay gran abundancia de este aceite, cuya reserva no se acabará, a diferencia de los árboles que algún día quedarán exhaustos». Shen Kuo denominó a este combustible negro como «líquido de piedra de Yanzhou», por lo que fue el primer científico del mundo en usar la acepción del mismo como petróleo o *shi you*, en chino, que literalmente significa aceite de piedra y predijo con exactitud su extenso uso en el futuro (Deng, Y., 2011).
16. En la construcción del Gran Canal Jing-Hang participaron alrededor de un millón de trabajadores. En sus sectores principales navegaban barcos de hasta cien metros de eslora y 22 metros de alto. Vincula cinco ríos y es la vía fluvial más antigua y más larga del mundo. Más de 500 km. de su recorrido dependen de esclusas para garantizar la navegación, las que se construyeron casi seis siglos antes que las primeras conocidas en Occidente. Así mismo, su navegabilidad depende de una serie de compuertas hidráulicas y cerraduras que controlan el flujo de la corriente y reajustan el nivel del agua, todo lo cual significó una proeza de la ingeniería de su tiempo.

17. En la actualidad, los uigures habitan el extremo noroeste de China, conformando una etnia musulmana que tiene una larga historia. Constituye la población predominante de la región autónoma de Xinjiang, fundada en octubre de 1955. Es la entidad administrativa más extensa de China con 1.600.000 km². Por Urumqi, su capital, Kashgar, Turpan y otras ciudades y pueblos transitaba la Ruta de la Seda conectando Xinjiang con Asia Central y Europa. La lengua uigur es propia y pertenece al grupo turco de lenguas altaicas. Tenían escritura propia adoptada de los mongoles, pero la abandonaron para acoger el árabe al convertirse al islamismo. Utilizan el alfabeto árabe modificado con versión persa (Dañino, 2013).
18. La imprenta es considerada uno de los cuatro grandes inventos de la China antigua. Es el resultado de un complejo proceso milenario que se divide en dos partes: la xilografía y la tipografía. La primera fue creada entre las dinastías Tang y Sui y consistía en el sellado y la copia con tinta en las inscripciones en tablas de piedra inventados en los Períodos de Primavera y Otoño y de los Estados Combatientes (entre el siglo VII y el siglo II a.C.), mientras que la segunda fue inventada por Bi Sheng, técnico y artesano de la dinastía Song del Norte (siglos X y XI d.C.). En el siglo XII la xilografía fue llevada a Egipto y doscientos años después a Europa. Vale decir que en el siglo XV, Johannes Gutenberg inventó la tecnología tipográfica, basándose en los principios de la imprenta creada por Bi Sheng. Los actuales avances tecnológicos en esta materia no se han apartado de los elementos básicos inventados y desarrollados por los chinos en el siglo IX (Deng, Y., 2011).
19. La pólvora es otro de los logros científicos y tecnológicos de China. Fue inventada por alquimistas de la dinastía Tang paradójicamente cuando intentaban crear píldoras para la inmortalidad. Posteriormente su uso se extendió a otras áreas. En Chino pólvora se dice *huo yao*, *huo* significa fuego y «yao» medicina. En la medicina tradicional china, el azufre y el salitre componentes de la pólvora eran considerados elementos medicinales. Tras muchos experimentos, se descubrió que la mezcla en determinadas proporciones de los dos componentes (junto al carbón) producía una explosión. Tras ese hallazgo, la industria militar convirtió la pólvora en un explosivo manejable. En el Compendio Militar escrito en 1044 por Zeng Gongliang, experto en ingeniería, se exponen tres fórmulas de utilización de la pólvora para artillería y otros usos bélicos. El primer registro de producción de pólvora en Europa data de 1327 (Deng, Y., 2011).
20. China fue el primer país en navegar en el mar con brújula. A comienzos del siglo XII, la dinastía Song envió una flotilla de barcos a Corea. Los marineros pudieron navegar de noche amparados en la utilización de la brújula. El uso de este instrumento cambió para siempre la historia de la navegación, toda vez que ya no era necesaria la utilización de la orientación mediante la observación directa de los astros. A través de la Ruta de la Seda, la brújula fue llevada primero a los países árabes y luego a Europa, donde se comenzó a utilizar para la navegación marítima a mediados del siglo XII, convirtiéndose en un instrumento clave para los grandes viajes europeos del siglo XV en adelante (Deng, Y., 2011).
21. Gengis Khan en realidad se llamaba Temutchin. A los 13 años sucedió a su padre como jefe tribal. Muy pronto mostró inusuales capacidades para controlar sublevaciones

tribales y sostener el poder que le había sido conferido. Al inicio del siglo XIII tenía el control absoluto sobre toda Mongolia. En el año 1206 fue proclamado Gengis Khan que significa «Majestad del Universo». Fue un gran hombre de Estado que supo controlar un imperio bien organizado, con total dominio del poder. A través de la historia Gengis Khan supo transformarse de jefe de una pequeña tribu mongola en uno de los estadistas más importantes de la historia. Opiniones tan autorizadas como la de Zbigniew Brzezinski, exconsejero de Seguridad del gobierno de Estados Unidos y relevante profesor de política exterior en varios prestigiosos centros de investigación ha dicho que el imperio mongol fue el mejor organizado a lo largo de toda la historia de la humanidad (Gengis Khan, *Historia secreta de los mongoles*, 2004).

22. El vasto territorio controlado por la dinastía Yuan iba desde las montañas Yinshan en Mongolia interior en el norte, hasta las islas del mar de la China Meridional en el sur, y desde la actual isla rusa de Sakhalin en el noreste hasta las regiones de Xinjiang y Asia Central en el noroeste. Yuan incluyó oficialmente al Tíbet en territorio chino, además de establecer instancias administrativas especiales para varias regiones incluyendo Taiwán con el fin de intensificar su explotación económica. El imperio mongol de los siglos XIII y XIV ha sido el de mayor extensión terrestre que haya existido jamás. En su momento de mayor expansión iba continuamente desde Corea hasta Hungría con excepción de India y el sureste del continente y ocupaba la mayor parte de Asia y una buena área en Europa oriental.
23. Una estela descubierta en la ciudad de Xi'an en 1623 con un texto escrito con mil novecientos caracteres chinos grabados y sesenta palabras en siríaco, da cuenta de que en 781 «el emperador Taizong había autorizado el culto cristiano en el Imperio del Centro». El nestorianismo que toma su nombre de Nestorio (380-451), patriarca de Constantinopla, fue el primero que la difundió, pero fue considerada una herejía que enseñaba la existencia de dos personas separadas en Cristo: una divina y otra humana. Un monje llamado Alopen fue quien introdujo el nestorianismo, y con ello, el cristianismo en China. A solicitud del emperador Taizong, Alopen Abraham expuso los elementos esenciales del cristianismo en una obra titulada *El libro de Jesús Mesías*. El emperador manifestó su satisfacción autorizando al monje a fundar un monasterio en 638, el cual es considerado el primer santuario cristiano en China (Dañino, 2013).
24. Después de la invasión de los mongoles a Europa en 1241, los gobernantes europeos y el Papa decidieron tomar contacto con el Oriente. Enviaron varias misiones que fracasaron en su cometido hasta que en 1260 los comerciantes venecianos Nicolo y Maffeo Polo partieron a China desde Constantinopla, regresando seis años después con resultados muy positivos ante la gran acogida que les dispensara el Khan. El hijo de Nicolo, Marco, viajó a China en 1271 a los diecisiete años, en la segunda visita de su padre y su tío a Oriente. Sus 24 años en China, a la que llamó Cathay, un nombre de origen ruso, le permitieron recorrer el inmenso país en su rol de funcionario imperial y conocer la fascinante historia y cultura del país. En 1295, regresó a Venecia. Murió en 1324 a la edad de 70 años. Su obra causó gran impacto en Europa. Se dice que sus últimas palabras fueron: «No he contado ni la mitad de lo que vi; si lo hubiera hecho, nadie me habría creído» (Dañino, 2013).

25. Antes de trasladar el trono a Beijing, el emperador Zhu Di decidió construir la Ciudad Prohibida como sede de la residencia imperial. Su edificación duró 13 años, desde 1407 hasta 1420. Durante los siguientes 500 años, desde ahí ejercieron el poder 24 emperadores de las dinastías Ming y Qing. La «Ciudad Prohibida» ocupa una extensión total de 7,2 km² de los cuales 1,5 km² son de construcciones. Tiene una distribución simétrica e incluye nueve mil habitaciones y un muro perimetral de 3 km. (*Extractos de la historia china*, 2008).
26. Una característica particular de la dinastía Ming fue la descomunal confianza depositada en eunucos y guardias privados a los que se encargó el *Changwei*, órgano al que se le dio la responsabilidad de controlar los comportamientos del pueblo y de los funcionarios civiles y militares, detener y ejercer castigos contra aquellos a quienes se consideraban sospechosos, incluidas personas pertenecientes a la Corte. Estos eunucos en su calidad de jefes del *Changwei* abusaron de su poder, aceptaron sobornos, perjudicaron inocentes, encarcelaron de manera ilegal y aplicaron torturas, que en algunos casos llevaron a los detenidos a la muerte. Sus acciones sin control afectaron incluso al emperador, lo cual fue una de las causas de la caída de la dinastía Ming (*Extractos de la historia china*, 2008).
27. Los comerciantes portugueses llegaron a las zonas costeras del sur de China en 1553. Con el pretexto de la necesidad de secar las mercancías humedecidas y sobornando a funcionarios locales obtuvieron su residencia en Macao. Construyeron edificios y establecieron mecanismos de seguridad propios. La asiduidad de su operación comercial convirtió a Macao en sede del primer punto fijo de comercio entre China y Occidente. Con ello, los portugueses introdujeron sus costumbres, religión y cultura (*Extractos de la historia china*, 2008).
28. La etnia Manchú es la cultura más antigua del nordeste de China. Sus antepasados habitaron estos territorios desde el siglo XI a.C. Una parte de ellos tomó el nombre de nüzhèn, estableciéndose hasta la actualidad en las provincias septentrionales de Jilin y Heilongjiang, fundando el reino Jin que gobernó gran parte del territorio del nordeste de China, inventó la escritura para su etnia y estableció el «sistema de las Ocho Banderas» una organización social que concentraba actividades administrativas, militares y productivas. En 1616, Nurhachi unificó a todas las tribus del nordeste. Su octavo hijo, Huangtaiji, adoptó el nombre Manchú para su etnia y de Qing para su dinastía y se proclamó emperador. En 1644 los Manchúes ocuparon el poder en Beijing, un año después de la muerte de Huangtaiji, derribando a la dinastía Ming y unificando toda China bajo su autoridad durante 267 años hasta 1911, cuando fue derribada la monarquía y proclamada la república (Dañino, 2013).
29. *Dalai* significa océano en mongol y *Lama* gran profesor en tibetano. Su traducción sería «océano de sabiduría». Mientras que *Panchen* es gran maestro en sánscrito y *Erdeni* tesoro en idioma Manchú (*Extractos de la historia china*, 2008).
30. El opio es una droga conocida en China como *dayan*. A principios de la dinastía Qing, China era importador del producto en una cantidad que no superaba las 12 toneladas, básicamente para uso medicinal, ya que de ella se extrae la morfina, un potente analgésico, sin embargo, Gran Bretaña comenzó a vender desde su colonia en India descomunales cantidades en la búsqueda de incrementar

ganancias que voltearan la balanza comercial que hasta ese momento favorecía a China. Constataron que siendo el opio una mercancía altamente rentable, con un mercado que podía extenderse entre la nobleza, la burocracia, los comerciantes y terratenientes ricos, ese desbalance comercial podía ser equilibrado. Pero, el crecimiento desorbitado del consumo que produjo la introducción de la droga en China provocó graves problemas de índole distinta. Por un lado alteraciones sociales por los altos grados de adicción que se generaron, la corrupción emanada de las elevadas ganancias de un comercio ilegal y el desequilibrio de la balanza comercial china al tener que sufragar los gastos que producía la introducción de la mercancía (La Guerra del Opio, 1980).

31. El emperador Meiji subió al trono en octubre de 1868. Durante su reinado de casi 44 años se restituyó la autoridad imperial, perdida tras los ataques de las fuerzas navales de Estados Unidos que forzaron un acuerdo en 1854 en condiciones aberrantemente desventajosas para Japón y favorables para las potencias occidentales. Durante la Restauración Meiji, Japón inició un proceso de modernización de corte occidental. Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos y Francia jugaron un papel decisivo en la educación, la ciencia y la utilización de los medios de comunicación para influir en la transformación de la cultura nipona (*Guía del Mundo 2008. El presente y sus razones*, 2008).

32. El li es una medida tradicional de longitud china que modernamente se ha estandarizado en quinientos metros.

33. Puyi, el último emperador de la monarquía china nació en 1906. Subió al trono en 1908 a la edad de 2 años y abdicó en 1912. En 1917 fue restablecido en el trono por 12 días. En 1924 le fue retirado el título de emperador y fue expulsado del palacio imperial. En 1932, los japoneses ocupantes de la Manchuria lo nombraron emperador del territorio conquistado. Fue capturado por el ejército soviético al finalizar la Segunda Guerra Mundial y entregado al gobierno chino en 1949. En 1959 fue puesto en libertad. Falleció en 1967. En su lecho de muerte escribió una carta a su esposa en la que le dice:

En mi vida, he sido un emperador y un ciudadano. Afortunadamente, tú me cuidaste en mis últimos años. De lo contrario, habría tenido una vejez llena de sufrimientos. Ahora sé que ha llegado el fin de mi vida. Me gustaría también recordar, primero, que le debo mucho a nuestro Partido. Ha sido precisamente el Partido el que ha convertido a un emperador feudal en un ciudadano auténtico. Han sido muchos años de esfuerzo y no ha sido fácil. Solo el Partido Comunista de China ha tenido la capacidad y el coraje para hacerlo. Sin embargo, he sido yo el que no ha realizado una gran contribución al pueblo.... (Wang Q., 2014).

34. Indistintamente y de acuerdo al contexto se utilizará el nombre de Mao Tse Tung como se le denomina en Occidente y Mao Zedong que es su nombre en chino escrito en alfabeto pinyin.

35. Zhu De es considerado el fundador del Ejército de Liberación Popular (ELP) y el estratega que permitió el triunfo de la revolución china de 1949. Desde 1922 hasta 1925 estudió en Alemania y ahí conoció a Zhou Enlai e ingresó en el Partido

Comunista. En 1928 inicia su relación con Mao Zedong en las montañas de Jinggang donde este había fundado un soviet expandiendo el espacio de acción de control del ejército y adquiriendo gran prestigio entre soldados y campesinos, transformándose en el principal jefe militar. Durante la Larga Marcha dirigió la columna del oeste, una de las más golpeadas por las tropas gubernamentales. Al llegar a Yan'an dirigió la reconstrucción del Ejército Rojo bajo dirección política de Mao. Tuvo enorme éxito en la dirección de las tropas durante la guerra en contra de la invasión japonesa. Después de la instauración de la República Popular, Zhu De fue designado comandante en jefe del ELP, vicepresidente de la República y vicepresidente del Partido Comunista Chino. En 1955 recibió el grado de mariscal. Falleció en 1976.

36. Zhou Enlai había sido desde 1926 director del Departamento Político de la Academia Militar de Whampoa, fundada por Sun Yat Sen en la época en que el Kuomintang y el Partido Comunista colaboraban en la lucha contra los señores de la guerra. Como miembro del Partido Comunista fue organizador en Shanghái de la huelga que estalló durante ese mismo año. Al romperse las relaciones entre ambos partidos, Zhou se unió a Mao en Jiangxi y desde entonces lo acompañó como el «hombre fuerte del partido». Participó en la Larga Marcha y se destacó posteriormente por promover una nueva alianza con el Kuomintang para combatir la invasión japonesa. En 1949, tras la fundación de la República Popular China, Zhou fungió como primer ministro y ministro de Relaciones Exteriores (Dañino, 2013).
37. Otro de los líderes que despunta hacia el futuro durante la Larga Marcha fue Deng Xiaoping quien funge como secretario general del Partido Comunista y posteriormente tiene una destacada participación en las campañas militares contra el ejército japonés. En 1949 dirige la última ofensiva contra el ejército gubernamental que obliga a Chiang Kai-shek a huir a Taiwán (Dañino, 2013). Por su relevancia política y protagonismo principal en el proceso de apertura y reforma que vive China se ampliará información sobre Deng más adelante.
38. A partir de entonces y hasta hoy funciona como «principal forma organizativa de cooperación multipartidista y consulta política» del Estado (Yin, 2011, p. 171). Está conformada por el Partido Comunista y los ocho partidos democráticos que funcionan en China, los demócratas sin partido, las organizaciones populares, representantes de las distintas minorías étnicas, de instituciones sociales y de los chinos de Macao, Hong Kong y Taiwán, así como personalidades especialmente invitadas.
39. Son los siguientes: 1. China decide de manera independiente y por sí misma su actitud y política en cuanto a los problemas internacionales. No forma alianzas ni establece relaciones estratégicas con algún país grande o grupo de países. Se opone al hegemonismo y a la política de fuerza. 2. El objetivo de la diplomacia de China radica en defender la paz mundial y crear un ambiente internacional pacífico para la construcción moderna del país. 3. China quiere desarrollar las relaciones con todos los países basándose en los Cinco Principios, a saber, respeto a la soberanía y la integridad territorial, no agresión, no intervención en los asuntos internos de un país por parte de otro, igualdad y beneficio recíproco, y coexistencia pacífica. 4. Fortalecer la unidad y la cooperación con los países en vías de desarrollo del

tercer mundo y fomentar las relaciones amistosas de buena vecindad con los países de alrededor, constituyen la piedra angular de la política exterior china. 5. China propone que se establezcan las relaciones internacionales y un nuevo orden económico-político internacional sobre la base de los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica (*Reforma, apertura y legislación económica*, 1995, p. 50).

- ^{40.} El Primer Plan Quinquenal de clara orientación soviética emanó de la Comisión Estatal de Planificación presidida por el veterano dirigente Li Fu Chun. Este plan preconizaba poner en marcha casi 700 importantes centros mineros y fabriles que recibían asistencia soviética. Aunque en lo inmediato hubo resultados positivos, pronto emergió el burocratismo, surgido de la propia naturaleza extremadamente centralizada de la planificación. Las críticas surgidas en el marco del Movimiento de las Cien Flores fueron férreamente resistidas por el aparato del Partido Comunista que temía en esas críticas un regreso a formas capitalistas de producción.
- ^{41.} El Movimiento de las Cien Flores surgido en marzo de 1957 fue una propuesta de liberalización ideológica impulsada por Mao Zedong mediante la cual se permitió todo tipo de críticas, invitando a que se emitieran todo tipo de opiniones «como si brotaran cien flores». Este movimiento se encaminó a un ostensible distanciamiento entre las posiciones chinas y soviéticas y al inicio de la enemistad entre ambos países y partidos. Chocaron la idea de Mao de lucha permanente contra la propuesta soviética de socialismo real y coexistencia pacífica con el capitalismo.
- ^{42.} Se conoce con este nombre al grupo conformado por la viuda de Mao, Jiang Qing, y tres de sus colaboradores: Zhang Chunqiao, Yao Wenyuan y Wang Hongwen, quienes habían desempeñado altos cargos en el gobierno de China durante los últimos años de vida de Mao y que fueron declarados culpables de abusos, enriquecimiento ilícito y abuso de cargo durante la Revolución Cultural, expulsados del Partido Comunista y arrestados después de la muerte de Mao.

CAPÍTULO II

Fundamentos filosóficos del Estado y la sociedad china

Antecedentes

Por ello un príncipe debe ante todo vigilar
atentamente su principio racional y moral.
Si posee las virtudes que son la consecuencia de ello,
poseerá el corazón de los hombres;
si posee el corazón de los hombres, poseerá también el territorio;
si posee el territorio, tendrá también las rentas;
si tiene las rentas, podrá usarlas para la administración del Estado.
El principio racional y moral es la base fundamental;
las riquezas no son más que lo accesorio.

CONFUCIO

El gran estudio

En el idioma conocido como mandarín o putonghua, es decir «lengua general» por los chinos, el país se denomina *Zhongguó*, que literalmente se entiende como China y que significa «el país del centro del mundo» (Dañino, 2013). Esta idea da cuenta de un precepto organizativo que entraña una tradición cultural. Desde la perspectiva china, ello no hace referencia de manera exclusiva a la necesidad de mantener una centralización política y económica, sino que ante todo tiene un carácter espiritual que le da consistencia e identidad a su nación. Los factores que dan forma a esa afinidad están vinculados indisolublemente a un centro cuya esencia está en una historia común construida alrededor de hechos y personajes, un idioma, lengua, escritura, tradiciones, desarrollo científico-técnico, un arte y sobre todo un pensamiento y una filosofía. En esta medida, la condición de identidad china es «una manera de ser, sentir y vivir» (Ob. cit.).

Como se ha visto en el capítulo precedente, la civilización china es una de las más antiguas del mundo y la única que no ha tenido interrupciones a través de la historia. La revisión histórica emprendida para realizar este trabajo nos ha permitido conocer que durante todo el período de la Edad Media europea, China tuvo una civilización más rica y más adelantada social y culturalmente que el «viejo continente». A partir del siglo XVII eso comenzó a cambiar y, sobre todo desde el siglo XIX y hasta mediados del XX, China quedó estancada y sumida en la parálisis. A finales del siglo XX inició un proceso de transformación que se manifiesta a través de un denodado esfuerzo de crecimiento

económico, adaptándose a la globalización y volviendo a ocupar un lugar cimero en el planeta, asegurando que volverá a estar en una situación y una dignidad que le corresponde de acuerdo a su historia.

La Revolución China triunfante en 1949 introdujo nuevas variables en la construcción de su pensamiento. No obstante, es imposible hacer un estudio de la China actual sin considerar que su filosofía, a diferencia de lo que comúnmente se supone, tiene un pilar básico en las ideas surgidas a partir de los siglos VI y V a.C. que tuvieron en Confucio y Laozi sus principales aunque no únicos exponentes. Desde ese momento, la larga historia china está preñada de novedosas investigaciones y opiniones en búsqueda de la sabiduría, el valor de la vida en sociedad, la importancia de las relaciones humanas y los valores morales para sostenerla. De ello y de muchos otros elementos se compone el pensamiento filosófico antiguo de China.

Sin embargo, la filosofía china nunca estuvo distanciada de la occidental: transitó por caminos paralelos, a partir de las diferencias que sostuvieron en el largo proceso civilizatorio y de construcción de la sociedad y el Estado que tuvo cada una. En el caso de China, el siglo XX supuso la introducción de la filosofía occidental, en particular de las ideas de Marx, Engels y Lenin, que interpretadas por Mao Zedong de acuerdo con la idiosincrasia propia originó un particular paradigma que dio soporte al inicio de la construcción del socialismo en China. Casi a finales del siglo pasado, el máximo dirigente nacional Deng Ziaoping forjó una fusión del pensamiento tradicional chino con las ideas marxistas leninistas y los aportes de Mao, además de introducir algunas doctrinas arraigadas en Occidente para crear un novedoso cuerpo de conceptos que —sin que tengan parangón con otra creencia o teoría— soportan el ideario actual de China, sobre el cual está edificado el potencial de la sociedad china de cara al futuro.

Por ejemplo, hoy, cuando la preocupación por la paz y el respeto a la naturaleza y a la tierra ocupan parte importante del desvelo de estadistas y académicos, de humanistas y personas de bien, los escritos de Mo Zi y de los taoístas son una base fundamental para construir la política exterior de la República Popular China. Esos filósofos hicieron un aporte fundamental a la China de hoy.

En general, el pensamiento filosófico chino —como el de cualquier otra civilización— se ha preocupado por encontrar respuestas a los pro-

blemas del interés común. En la búsqueda de solución a las interrogantes acerca del origen del hombre, su relación con el mundo y su devenir, los pensadores han desarrollado una «conciencia filosófica china» (Wen, 2011), entendida como un consenso logrado a través de la historia. Esto significa que para entender el comportamiento de los ciudadanos en el desempeño de su función social, así como el de su Estado en el desenvolvimiento político y de manera particular el de sus relaciones internacionales en cuanto a las acciones que adelanta en ese ámbito, hay que entender esa filosofía y para entenderla hay que comprender la conciencia filosófica propia forjada a través de dos milenios y medio.

A ello nos abocamos en este capítulo, tratando de diferenciar el pensamiento chino del occidental pero estableciendo un paralelismo necesario con el fin de descubrir sus particularidades. Un debate tradicional entre filósofos idealistas y realistas apunta a que según los primeros, sus oponentes dan argumentos demasiado objetivos y superficiales que aun siendo positivos marchan por un camino equivocado. Los realistas los refutan diciendo que su contraparte es ilusa, y que su pensamiento es negativo y no tiene utilidad práctica. Desde la perspectiva china, esto es una expresión superficial del asunto. La filosofía china no puede ser percibida desde esta reducción, toda vez que ella no es absolutamente realista ni idealista. Es una y otra cosa simultáneamente, o visto desde otra mirada, es «de este mundo y de otro mundo al mismo tiempo» (Dañino, ob. cit., p. 214).

A diferencia de lo que ocurría en Occidente, la filosofía china antigua tenía en su centro la discusión respecto del sentido de la vida en la relación entre el hombre y el cielo (*tian*), partiendo de la idea de que después del nacimiento la vida transcurre en el marco de mucho desconcierto. Desde el punto de vista chino, esto significa carencia de comprensión del Tao¹. El Tao es el camino, indica la dirección del desarrollo de las personas por la carencia de comprensión de su propia naturaleza. Esto es lo que explica que en la filosofía china, el debate entre la condición y la naturaleza del ser humano (*Xing*) y la dirección en la que se desarrolla (*tao*) ocupa un lugar tan relevante. Visto de otra manera, el ser humano y su transitar en la vida ha ocupado el puesto más importante en la filosofía china, entendiendo que su responsabilidad es ayudar al hombre a entender que la vida ocurre una sola vez y que se debe transitar de la mejor manera.

El concepto «tiempo» en la filosofía china

En el ámbito de la filosofía uno de los aspectos más importantes que tiene incidencia directa en la observación de los fenómenos sociales y políticos es la distinta visión de la categoría «tiempo» o mejor dicho la de «temporalidad» para una y otra civilización. Para los antiguos el tiempo era circular, los cambios a su vez eran cíclicos y la repetición de las guías originales era la base de la vida social. Sin embargo, la Ilustración rompe con esto y establece un vector de sentido y dirección única. Para el ser humano occidental el tiempo de nuestras vidas es individual, le pertenece a cada quien y cada quien decide como vivirlo.

La temporalidad o la percepción del tiempo varían en función de quien la recibe. Morente plantea que el tiempo es independiente de la experiencia, es decir es *a priori* y es además una intuición, es decir «no una cosa entre otras cosas, sino una forma pura de todas las cosas posibles (Morente, 1983, pp. 209-210). Un sinnúmero de variables tales como la cultura y las creencias intervienen en la variación de la temporalidad de las situaciones vividas. Desde este punto de vista se debe considerar que como afirma Antonio Grande:

Partimos de un enfoque socio-cultural de análisis del tiempo, por lo que (...) las prácticas culturales crean el tiempo social y, simultáneamente, en su relación con el tiempo los seres humanos crean cultura y estructuran sus vidas sociales. Por eso, el «cómo» las culturas se relacionan con el tiempo ha cambiado a lo largo de la historia y los específicos y diversos contextos socioculturales. El tiempo en nuestras sociedades «avanzadas» es conceptualizado como lineal, con un principio y un fin, donde un punto móvil es llamado presente, separado del pasado y del futuro. Esta clase de abstracción es una convención cultural (Grande, 2014, p. 58).

Todo esto hace que la percepción del tiempo en Occidente y China sea diferente. A diferencia del «tiempo occidental» que es individual, en China hay una profunda conexión entre los antecesores, es decir el tiempo que pasó y los que nos sucederán o, expresado de otra manera, el tiempo que vendrá. En esa medida, la dimensión del tiempo para los chinos es mucho más extendida, sobre todo cuando se relaciona

con la finitud de la vida de los seres humanos. En Occidente la vida comienza y termina con uno mismo, en China la vida comienza con los antepasados y no tiene un fin conocido porque se proyecta a través de la descendencia. Esto permite establecer una temporalidad diferente de los procesos sociales y políticos. De esta manera, la proyección de las fases y etapas de desarrollo de un proyecto político de transformación estratégica se visualiza con una temporalidad muy extensa, poco comprendida en Occidente, donde el éxito de un plan viene dado por la capacidad que se tenga de vivir lo suficiente para observar los resultados, incluso sabiendo que muchos de ellos son imposibles de obtener en la temporalidad que da la vida de un ser humano.

En la filosofía occidental ha habido un proceso de evolución de la condición humana en función del tiempo. A partir del siglo XIX se comenzó a dejar de ver el ser humano como atemporal, sino adscrito a un lugar y un tiempo determinados. En este sentido, los conceptos de espacio y tiempo en la modernidad han estado unidos a la idea de movimiento. Aunque ya Hegel había sostenido esta noción con anterioridad, es Engels quien considera que ambos (espacio y tiempo) están compuestos de materia, por tanto no puede haber movimiento sin materia y viceversa (Núñez Tenorio, 1975). Lenin absorbe este pensamiento para enunciar que «en el universo no hay más que materia en movimiento y ésta no puede moverse de otro modo que en el espacio y el tiempo» (Lenin, 1948, p. 194).

Visto que las dos categorías son inseparables, es válido resaltar que en Occidente hay una tendencia hacia la estabilidad de la identidad a través del tiempo, lo cual ofrece grandes ventajas en términos administrativos pero no beneficia el derecho al cambio, a la omisión o a un nuevo comienzo. Hay, en general, un apego a lo estático, mientras que el cambio es mal visto.

En ese sentido el *Libro de los Cambios* o *Mutaciones*², también llamado *I Ching*, considerado como el que da origen al pensamiento filosófico chino, da una pista respecto de la importancia que se le ha concedido en ese país al concepto de cambio y con ello también, dado su matrimonio eterno, al concepto de tiempo. Su nombre en chino es *Yiching*, donde *Yi* significa cambio.

Para los chinos el cambio es cíclico pero se muestra en inconmensurables espacios de tiempo, por lo que para un ser humano no se

manifiesta de forma habitual ni previsible. Así, Ritsema y Sabbadini piensan que el cambio es impredecible porque «supone la ruptura de un orden establecido y la introducción momentánea del caos, de la incertidumbre» (citado por Bustamante, 2014, p. 33). Se rechaza el orden perfecto que podría conducir a la rigidez y a una duplicación que cuestione el origen de la tradición, llevando con el paso del tiempo a la pérdida del sentido primigenio. En esta lógica hay una dialéctica de subsistencia de los polos opuestos: cuando hay estabilidad, se presupone el inicio del conflicto y la decadencia: la paz conduce a la guerra y los conflictos dan paso a novedosas formas de actuación que establecen normas para ese momento. Es responsabilidad de los seres humanos conocer esas normas para orientar su comportamiento. En este marco, el cambio es parte de la realidad, mientras que los seres humanos deben convivir en concordia con la naturaleza a partir de un proceder ético en su relación con ella (Varona y Bustamante Donas). Bustamante lo explica diciendo que:

La filosofía práctica china supone enfrentarse al problema del tiempo sin hacer una filosofía de la historia. No es el despliegue hegeliano del ser, ni la virtuosa repetición de los ciclos estacionales los que explican la historia, sino esta danza entrelazada de orden y caos. Aceptar los cambios, fluir en ellos (...) como una serie de procesos que deben ser aceptados y respetados en su ritmo remite a la noción, también típicamente china, de que no vale la pena luchar contra el tiempo y acelerar o ralentizar el ritmo natural de los acontecimientos. Los extremos se tocan, pues un exceso de algo produce el efecto contrario al que se espera (Bustamante, 2017, p. 33).

Esta idea impone la reflexión acerca de la importancia que se le concede, por ejemplo, al manejo de la agricultura a través de la historia china, hasta el siglo XX, cuando irrumpe la industria. En esta lógica, Bauer (citado por Bustamante, 2014) señala que se debe comprender el paso del invierno y el frío al verano y el calor, así como la aceptación de que las siembras deben hacerse en el momento adecuado, pues su anticipación no reviste mejores cosechas, de la misma manera que la irrigación excesiva puede ser contraproducente, toda vez que

mayor cantidad de agua no necesariamente lleva a aumentos en la producción (citado por Bustamante, 2014, p. 33). Es decir, todo se debe hacer en su justa medida y en su justo momento, sin intentar alteraciones que afecten el curso natural de los fenómenos.

Estas ideas son muy difíciles de entender para un ciudadano occidental cuyas percepciones están construidas a partir de un pensamiento filosófico distinto, no aplicable a China. Como recuerda Bustamante, la tercera obra del taoísmo clásico es el *Lie Zi* que:

contiene ejemplos del llamado taoísmo contemplativo, y en algunas de sus partes más brillantes nos muestra con fuerza cómo el ser humano pierde su vida cuando intenta ganarla, y cómo se confunde cuando vive más allá del simple día a día, buscando la fama o la riqueza para perdurar en su propio linaje o en la memoria de los otros (p. 34).

Estas simples verdades configuran un entramado filosófico que acepta que la vida tiene períodos y ritmos propios, que los seres humanos deben aceptarlos, adaptarse y no violentarlos, pues ello sería ir contra la naturaleza, que es la que dicta el tránsito de la vida sin que los seres humanos puedan oponerse a las inevitables transformaciones que ocurren en el universo. Mucho menos intentar conducirlos o torcer su derrotero.

Una filosofía con múltiples orígenes

La filosofía antigua china ha tenido innumerables representantes y muchas escuelas a través de su historia. Todas ejercieron una influencia y cumplieron un papel importante en cada momento histórico concreto. Sin embargo, fue en el Período de los Estados Combatientes (475-221 a.C.) cuando se produjo la mayor expansión del pensamiento filosófico antiguo acompañando los grandes cambios sociales y la extraordinaria extensión cultural de una época que se considera de transformación revolucionaria del esclavismo al feudalismo. Como ya fue mencionado, en el ámbito de la filosofía esta etapa es llamada de la «Contienda de las Cien Escuelas» y se

caracterizó por el surgimiento de un sinnúmero de charlatanes, ortodoxos y libertinos que llegaron incluso a permitirse la apertura de colegios privados, la publicación de libros y actuar como consejeros de los gobernantes. Pero la mirada positiva de este período señala el surgimiento de las escuelas confuciana, moísta, taoísta, legalista y de los estrategas a partir de las corrientes filosóficas más importantes si se contempla la influencia que han mantenido por milenios y hasta nuestros días. Se podría hablar de muchas otras surgidas en esa época y que ejercieron un gran influjo en la vida de su trecho histórico pero, precisamente, se diferencian de las anteriores en que no tuvieron la misma proyección en el tiempo.

Posteriormente, ya en la China unificada se produjo un gran cambio cuando el énfasis del pensamiento transitó de la filosofía política a la búsqueda de respuestas sobre los problemas del universo y en general de la existencia del hombre. Se introdujo el budismo en el país, que ha tenido una impronta trascendente en las ideas y en la sociedad, todo lo cual estuvo asociado a las investigaciones en el campo de la metafísica. En tiempos ulteriores, durante las dinastías Song (960-1279) y Ming (1368-1644), los filósofos chinos desarrollaron una epistemología propia respecto de la comprensión y el discernimiento acerca de la tierra, el espacio y el mundo, lo cual dio origen al movimiento neoconfuciano que comenzó a tener un desarrollo alterno a la filosofía occidental aunque, en fechas más recientes, aparecieran puntos de encuentro entre quienes pugnaron por sostener el pensamiento tradicional chino y aquellos que se abrieron a Occidente, sobre todo después de las Guerras del Opio en el siglo XIX, que supusieron la decadencia de China frente a Occidente (Wen, 2011).

Como se ha dicho, la aparición del *Libro de los Cambios* marca el inicio y el hecho más importante de la filosofía china. En términos históricos, esta obra señala el pensamiento de los filósofos de toda la época denominada Pre-Qin, es decir el período previo a la unificación del Estado. Los filósofos de esta fase marcaron la pauta y crearon las bases de un pensamiento propio para China, en cuyo centro siempre estuvieron los temas del ámbito social.

Las figuras cimeras de esta etapa fueron Confucio y Mencio, quienes dieron origen a la doctrina del Confucianismo, sembrando la

semilla de lo que devendría en un pensamiento particular y propio de China. El concepto de Confucio de «piedad filial» (*xiao*) como origen de la humanidad generó los primeros grandes debates sobre la teoría de la filosofía política y su aplicación práctica a los acontecimientos de la sociedad de su época. Por su parte, la prédica de Mencio acerca de «gobernar un país con amor humano» instituyó el sentido humanista de la filosofía política, dando pautas para su aplicación habitual.

La época de mayor prosperidad de China que como vimos se produjo desde la dinastía Han hasta la Tang —es decir entre los siglos II a.C. y el X d.C— fue también el período de mayor desarrollo de la filosofía china. Durante esta etapa hubo un apogeo de diversas escuelas de pensamiento: el taoísmo, la metafísica y el budismo fueron la manifestación de un alto nivel de reflexión de los chinos sobre los problemas de la vida, la sociedad y la política.

Otros filósofos contemporáneos de Confucio, como Lao Zi y Zhuangzi que vivieron entre los siglos VI y IV a.C. son considerados los padres del taoísmo. El primero planteaba que el agua era el centro de donde tenían que extraerse los conocimientos para tener una filosofía que permitiera practicar exitosamente el arte de gobernar, mientras que su discípulo proponía la idea de que cada persona se desprendiera de sí mismo (Ob. cit.).

El taoísmo o daoismo, como se mencionó anteriormente, es la doctrina de la vía, del camino, las reglas de vida que se consideran como una verdad última, como una ruta que es necesario transitar más allá de todo juicio o antagonismo. Es fuente de toda vida, tiene carácter universal y se considera la única referencia segura porque siempre tiene un carácter positivo. Del principio de los opuestos surgió la doctrina del Yin y el Yang que alcanzó con el taoísmo un desarrollo particular. Los cinco elementos (madera, tierra, fuego, metal y agua) que permiten conocer los acontecimientos inmediatos y actuar de acuerdo con ello, se conciben unos como origen de otros y como fuente de aniquilamiento mutuo, es decir en permanente interacción y contradicción de forma simultánea. Sin embargo la doctrina del Yin y el Yang no pudo mantener la calidad de escuela, toda vez que como apuntaron Franke y Trauzettel «la abstracta intelectualización de sus categorías era común a los diversos sistemas, y lo que en ella había de mágico volvió a formar parte de la magia» (Franke y Trauzettel,

2006, p. 52). En síntesis, el taoísmo cree en una sociedad humana ideal en la que es imposible intervenir y en la que la ley natural actúa de manera espontánea, sin limitaciones, estableciendo la armonía entre los hombres y la naturaleza y en el plano social una anarquía “feliz y armoniosa que sería original”» (Dañino, 2013, p. 541).

En la etapa Pre Qin, la filosofía política debatió profundamente acerca de múltiples temas, entre ellos de la guerra y la paz, así como de las formas de obtener los objetivos estratégicos en el ámbito militar. Mozi, quien vivió entre los siglos IV y V a.C., fue un gran promotor de la paz tanto entre los individuos como entre los pueblos. Por su parte, Han Fei, de la Escuela Legalista, ponía el énfasis en la táctica como forma de gobernar, señalando que esta era la combinación entre el poder, su aplicación y la regulación legal. En la concepción filosófica china se entiende la política como una amalgama entre su práctica y la estrategia militar (Wen, 2011).

La metafísica, que tuvo su glorificación durante las dinastías Wei y Jin, se preocupaba de exponer el pensamiento acerca del ser y la nada. Algunos de sus principales exponentes fueron Wang Bi, Pei Wei, Guo Xiang y posteriormente Zhu Yi. Así mismo, durante las dinastías Sui y Tang el budismo tuvo su época de mayor realce, centrando su preocupación en reflexiones abstractas sobre el pensamiento chino acerca del mundo y su existencia. Durante las dinastías Song y Ming dieron paso a la escuela neoconfuciana que se interesó en la manera cómo el hombre entendía y cómo conocía el mundo, lo que significó un gran aporte al pensamiento universal.

En la etapa más reciente, es decir a partir del siglo XX, la filosofía china y la occidental comenzaron a tener una comunicación más fluida permitiendo dar pasos importantes en un proceso de interacción e influencia mutua. Hu Shih, fallecido en 1962, y Feng Youlan, fallecido en Beijing en 1990, a pesar de estar ubicados en las antípodas ideológicas que provocó la Revolución China de 1949, jugaron un papel fundamental en el proceso de reintroducir en Occidente los estudios sobre la filosofía china. Fueron ellos, junto a Xiong Shili —fallecido en Shanghái en 1968, quien se preocupó de reactivar el pensamiento confuciano en el siglo XX— las figuras cimeras de la filosofía china antigua en el siglo XX. En su defensa de la superioridad de la cultura china frente a la occidental (Prieto

Santana, 2016), Xiong Shili entendía que la confrontación de China con Occidente no solo se manifestaba en los planos económico y militar, también era un conflicto entre valores humanos básicos.

En general se puede afirmar que la filosofía china ha tenido un devenir continuo a través de la historia en el que las expresiones de su «conciencia filosófica», considerada como la que realmente aporta su carácter particular, se han manifestado de modo disímil en cada tiempo y a través de cada cultor del pensamiento, pero siempre teniendo como centro al hombre y su relación armónica con el universo y la naturaleza.

*La filosofía política china. Confucio,
maestro de muchas generaciones*

El ocaso del Período de Primavera y Otoño (770-476 a.C.) se caracterizó por la crisis profunda de las dinastías en el poder, y las luchas fratricidas fueron su característica fundamental. La cultura de la dinastía Zhou declinó de manera considerable, mientras que los filósofos no eran ajenos a esta tormentosa situación. En tales condiciones optaron por preocuparse del restablecimiento del orden social y, en esa medida, la mayor parte de ellos se dedicaron a estudiar e intentar dar respuestas a la vida, el destino y la situación de la sociedad. Esto es lo que permite decir que en este período y hasta el fin del Período de los Reinos Combatientes la principal ocupación de la filosofía fue la política, por lo que se puede considerar que la filosofía política china surge en este momento de la historia (Wen, ob. cit.).

La figura más sobresaliente del antiguo pensamiento chino fue Confucio, quien nació en Zouyi, en el estado de Lu, provincia de Shandong al este de China en el año 551 a.C. (unos 80 años antes de Sócrates que vino al mundo en Atenas entre el 470 y el 469 a.C.). Su verdadero nombre fue Kong Qiu, nombre latinizado por los jesuitas en el siglo XVII, al considerarlo «el maestro Kong» (*Kongfuzi*).

Proveniente de una familia noble que perdió su posición en el siglo VII a.C., sus antepasados se establecieron en Lu. El padre de Confucio falleció cuando él solo tenía 3 años, su madre se casó nuevamente, pero vivieron con muchas limitaciones y en condiciones de pobreza,

lo que según él mismo le ayudó a desarrollar otras habilidades. Cuando tenía 17 años murió su madre, teniendo que enfrentarse solo al mundo. Para sobrevivir realizó disímiles actividades, desde labores de pastoreo hasta contables, pero nunca dejó de estudiar. Los sufrimientos en la vida no le hicieron cesar en su empeño de estudiar, aprender y posteriormente enseñar.

Desde muy joven comenzó a trabajar como funcionario menor del Estado en su provincia natal, dando pruebas de extraordinaria disciplina, eficiencia y capacidad administrativa, al margen de todo tipo de acción ilegal, muy propia de su tiempo. Estas cualidades fueron prestamente detectadas por sus jefes, abriéndose el camino para entrar al servicio de la Corte de Lu y allí acceder a múltiples aprendizajes que le permitieron profundizar sus conocimientos sobre los ritos y las tradiciones, para lo cual aprovechaba las labores que realizaba, interrogando y haciendo entrevistas a dignatarios y autoridades de otros gobiernos que transitaban por su provincia. Después de un período en la Corte, se trasladó por un tiempo a Qi y cuando decidió regresar a Lu ya era un intelectual acreditado y sabio reconocido, por lo que fue invitado con mucha celeridad a aceptar un alto cargo. Fue gobernador de la ciudad de Zhongdu, ministro de obras públicas y de justicia. No estuvo exento de intrigas palaciegas por parte de familias poderosas, por lo que se le cerraron las posibilidades de ascender a responsabilidades cimeras en la administración pública, teniendo que abandonar Lu.

Aproximadamente entre los años 497 y 484 —haciéndose acompañar de sus alumnos y discípulos— viajó por diversos estados, esperando las oportunidades que su provincia le había negado. Su fama y prestigio le concedieron la hospitalidad de los reinos a los que arribaba, pero también infortunios, persecuciones y momentos difíciles. Su desconocimiento de los temas militares y su renuencia a estudiarlos limitaron en gran medida la posibilidad de establecerse en algún lugar, por lo que regresó a Lu donde falleció en 479 (Mosterín, 2007). En sus últimos años de vida se dedicó fundamentalmente a la educación y la formación, enseñando a casi tres mil discípulos, de ellos 72 hombres considerados virtuosos. Además, en ese período ordenó los documentos que dieron origen al *Libro de los Cantos*, *Libro de Historia*, *Libro de Ritos* y *Libro de Música*, considerados

todos obras clásicas de la cultura china y base fundamental de la educación política tradicional china (Wen, ob. cit.).

Uno de los textos clásicos de la China antigua es *Analectas*, escrita por Confucio y considerada durante siglos su creación cimera y la que mayor influencia ha ejercido en la filosofía, la literatura y la política del país. Sobre esta obra Ye y Zhu afirman que «Ningún investigador podrá alcanzar un verdadero conocimiento de la cultura tradicional china, ni comprender el mundo interior de los chinos de la antigüedad sin conocer en profundidad *Analectas*» (p. 3), una recopilación de pensamientos, ideas y acciones de Confucio respecto de su doctrina política. Es considerado como la «fotografía» intelectual y espiritual del hombre. Reafirma su confianza en la ética humanista y la necesidad del ser humano de practicar la fraternidad universal, lo cual ha servido de base espiritual de la civilización, ejerciendo además gran influencia en el resto de países del este de Asia. Su estudio permite entrar en la profundidad del pensamiento chino de todos los tiempos, por ello se considera válida aún, como si fuera un «libro moderno» (Dañino, 2013, p. 16).

Algunas de las ideas fundamentales sembradas por Confucio en *Analectas* tienen relación con el placer de poner en práctica lo que se ha aprendido, así como el deleite que significa recibir a un amigo, la consecución de una superioridad moral cuando el hombre no se siente ofendido si otros no lo aprecian, el rechazo a la zalamería y las actitudes fingidas, la felicidad que se puede tener siendo pobre o la del hombre rico que es educado. Respecto del servicio en el gobierno y su negativa a participar directamente en él, en un momento de su vida expuso que para él la idea fundamental era el amor filial, por tanto su mejor influencia en el gobierno era difundir esta idea, lo cual sí estaba haciendo, de manera que podía decirse que estaba comprometido con la gestión.

Su concepto de piedad filial (Xiao) es interpretado como la relación más importante entre los hombres, es decir el vínculo con los padres y con el lugar donde se nace, toda vez que ellos son inamovibles, en la medida de lo cual solo queda comprender y cultivar estas relaciones como valor supremo. Consideraba que «participar en el gobierno» conducía a involucrarse con él, divulgando virtudes y entendiendo que antes de servir a los espíritus se debe saber

cómo servir al pueblo (Ob. cit.). La doctrina confuciana establece una clase entre los gobernantes y el pueblo, la cual debía asumir una batalla de carácter doble: por un lado, a favor de conducir al gobierno en la dirección y contenido correctos; y por otro, lograr la accesibilidad del pueblo a la educación y la sabiduría (Doebelin, 1983). Confucio extendió el concepto de piedad filial no solo a las relaciones familiares, también a los vínculos sociales, incluyendo a los gobernantes, en esa medida impulsó una idea paradigmática de gobierno según la cual tenían tanto valor las virtudes y los ritos como las leyes. Creía que éstas podían impedir que los ciudadanos hicieran cosas negativas, pero no podían evitar que las personas sintieran vergüenza de hacer cosas malas para la sociedad. En esa medida instauró una teoría según la cual es responsabilidad de cada quien cultivar su propia moralidad, para después llevarla a la familia y la sociedad, a fin de que esta funcione a partir de relaciones humanas armoniosas (Franke y Trauzettel, ob. cit.).

Sin embargo, la noción de Xiao en Confucio está vinculada con otra que se relaciona con el Ren, es decir el «amor a la humanidad», o dicho de otra manera el amor universal, que a su vez comienza a ser efectivo con la aceptación y puesta en práctica del Xiao. Para Confucio, el Xiao y los deberes fraternales configuran la esencia del Ren. Esto conduce a otra idea clave del pensamiento confuciano, cual es el Li, que hace referencia a los ritos, tradiciones y normas de la vida social. A través de estos conceptos el pensamiento confuciano establecía la necesidad fundamental de salvaguardar la estabilidad, el orden social y la armonía, considerada esta última como la principal. Asumida como tal, la armonía y el equilibrio para los chinos es parte fundamental de su quehacer cotidiano, así como de la práctica política de sus gobiernos desde la antigüedad. Por otra parte, las implicaciones filosóficas del Li contrastan con el pensamiento occidental, en tanto establecen que hay continuidad entre la esperanza de vida limitada de los hombres y la eternidad de la naturaleza (Ye y Zhu, 2014). En esa medida, el factor tiempo implica una visión de perpetuidad en tanto que los hombres formamos parte de la naturaleza. Así, los proyectos individuales son siempre realizables, independientemente de cuántos años viva el individuo, toda vez que la perennidad de la naturaleza los puede hacer realidad.

Comprender esta doctrina resulta clave para cualquier estudio que se emprenda sobre China y en particular sobre su proceso político y gestión de gobierno, toda vez que no se ajusta a su análisis la idea occidental de establecer plazos (incluyendo aquellos que tienen los gobiernos para su gestión) como medida de su eficacia. Solo así se puede comprender, por ejemplo, la consecución, durante siglos y milenios de las principales obras de la ingeniería china y su obcecada perseverancia en la construcción de un Estado unificado en el que predominen la estabilidad y la armonía, instaurando el concepto de equilibrio para las relaciones internacionales.

En otro ámbito, Confucio coincidió con Heráclito en la idea de que todo estaba en permanente movimiento y cambio. Sus pensamientos respecto al Cielo y los Hombres están vinculados a valores universales. Su idea del Cielo establece una relación con un «dios antropomórfico» (Ye y Zhu, ob. cit.), más próximo a la noción de naturaleza. Exponía que el Cielo equivalía a la naturaleza, pero no como un fenómeno ajeno a los humanos sino involucrando la vida y la creación, en esa medida, el ser humano es parte de un todo natural. Es decir, se trata de un Cielo sin sentido religioso, lo cual lo diferencia con la filosofía occidental al desarrollar frente al mismo problema una manifestación distinta del pensamiento. En ese sentido, respecto de la realidad humana, desdeñaba la muerte como conflicto al considerarla parte de la vida. Aquí se establece un debate respecto a si el confucianismo es o no una religión, lo cual conduce a afirmar sin ninguna duda que aunque no lo es, ha ejercido como tal una muy potente influencia en la vida cotidiana de los chinos (Wen, ob. cit.).

En términos de la filosofía política, el pensamiento confuciano apunta a cultivar el espíritu humanista a partir de una espiritualidad sagrada en la que sus experiencias de vida fueron puestas a favor de la preocupación por el Estado y el pueblo, lo cual ha convertido esta doctrina en componente inalienable de la cultura y la nación china a través de los siglos.

El énfasis puesto por el gran filósofo chino en el desarrollo de la humanidad tiene su base en el perfeccionamiento de los sentimientos humanos, lo cual se logra a través de los ritos, es decir de las costumbres y tradiciones. Desde esta perspectiva, considera que lo más importante es superar los egoísmos, toda vez que estos pueden afectar a otras personas,

para lo cual es necesario mantener la comunicación con el objetivo de que el mundo llegue a un estado superior de relaciones humanas. Este debería ser el fin supremo, el ideal de humanidad se podrá lograr si la gente lo quiere, porque todos tienen la capacidad de hacerlo.

Desde que el confucianismo se transformó en el pensamiento filosófico fundamental de la China antigua, su influencia se ha extendido a lo largo de varios milenios. En primera instancia por Asia y cuando se comenzó a producir el encuentro entre Occidente y China bajo el ideario del neoconfucianismo, amplió su esfera de irradiación por todo el mundo, generando una idea sincrética entre ambas civilizaciones. Muchos de los problemas actuales —como la crisis espiritual, ecológica, moral y de valores— podrían ser enfrentados exitosamente a partir de las ideas de Confucio.

El pensamiento de Confucio no fue escrito. Su trascendencia es conocida a través de sus discípulos quienes plasmaron en obras las enseñanzas que el Maestro les transmitió oralmente. Para ello utilizaron frases cortas, proverbios y aforismos, sin preocuparse de dar una explicación profunda de los mismos con el fin de que afloraran solo por la fuerza de las ideas que exponían (2007). Su primer y principal heredero fue Mencio (Meng Ke)³, quien nació casi un siglo después de la muerte del Maestro y desarrolló el pensamiento confuciano hasta llevarlo a una filosofía política capaz de expandir su significado y lograr su comprensión por una persona y por el mundo. Mencio logró desarrollar los principios confucianos hasta el nivel «de una teoría que puede operar concretamente» (Wen, ob. cit., p. 26).

Una de las primeras y más trascendentales referencias de Mencio es aquella en la que se enfrenta al monarca por sus errores y por su incapacidad para gobernar. Expuso que antes que el propio gobernante y Dios está el pueblo, que es el componente más importante del Estado. Esta manifestación de una idea muy avanzada para su época es considerada en China como la primera expresión de una teoría del pensamiento democrático para la administración pública (Xu y Zhang, 2010). Cronológicamente, Confucio y Mencio coincidieron en el tiempo con Sócrates y Platón pero mientras los dos griegos, al igual que Confucio, han sido reconocidos universalmente, Mencio es bastante ignorado en Occidente, aun cuando en China goza del mismo respeto y veneración que Confucio.

Mozi y el amor universal. Los moistas

Mozi fue el filósofo más importante después de Confucio y su primer opositor, aunque compartía muchos de sus puntos de vista. Mientras este aceptaba las instituciones tradicionales de la dinastía Zhou y las justificaba en términos éticos, Mozi las criticó y cuestionó su validez, enfrentándose además a la idea confuciana de respeto a las tradiciones. Escribió sus ideas en el libro *Mozi* que, en 71 capítulos⁴ recomendaba el amor y la no agresión universal. Pensaba que de esa manera se produciría un beneficio mutuo que conduciría a la salvación del mundo. Así mismo, proponía al soberano nombrar en cargos públicos a los más talentosos sin importar su origen y llevar una vida sencilla evitando los gastos innecesarios, sobre todo en festines y celebraciones.

Su escuela filosófica, que planteó un sistema ideológico respaldado en una filosofía política sobre la gestión de gobierno y la sociedad, se sustentó en una ética racionalista y en la oposición a toda guerra de agresión, por la cual solo se podía llamar al combate en las contiendas defensivas (Zhang, ob. cit.). Su oposición a la guerra se manifestaba desde dos puntos de vista. Por una parte, trataba de convencer a los soberanos de su carácter desventajoso, toda vez que conducía a la derrota de adversarios que desaparecían como entes políticos afectando a su población, lo que tuvo el rechazo de algunos estadistas que argumentaban a favor de que la guerra precisamente se trataba de eso: conquistar territorio y poder, a lo que Mozi reponía que en el ataque de un Estado grande a uno pequeño, ambos son perjudicados pero el grande siempre sufre por la injusticia cometida. En el otro ámbito, razona que la guerra no es productiva, por el contrario, es un proceso destructivo tanto para los vencedores como para los vencidos. Argüía que los conquistadores eran por lo general delincuentes que roban no porque necesiten territorios sino por un afán cleptómano (Creel, 1976). Ante los escépticos respecto de su teoría, Mozi proponía «el amor universal»⁵ como respuesta, sin embargo, en este aspecto difería de Confucio quien planteaba el «amor filial». Mozi, sin apartarse del amor a la familia —en especial el de padres e hijos, que configura desde siempre una característica identitaria de la cultura china— aportaba a favor del amor a todos los seres humanos. Decía que si el ser humano era capaz de amar a todos sus congéneres como a

su familia, no podía haber ladrones ni delincuentes, ni habría contiendas entre aristócratas. De esa manera en el mundo no habría guerras entre Estados y predominaría la paz y el orden (Mosterín, 2007).

En otro plano, Mozi atacó con mucha fuerza los fundamentos de la sociedad feudal, aunque aceptaba las estructuras estatales y el autoritarismo de los monarcas. Sin embargo, su concepto de «amor universal» trascendió el ámbito privado y se introdujo en la noción de igualdad (Franke y Trauzettel, 2006). Él también expuso que fueron los hombres los que crearon el Estado con el fin de luchar contra la anarquía, para lo cual debía haber un acuerdo con el superior. Según Wen (2011):

Mozi hizo énfasis en el resultado efectivo. En su opinión, cuando los gobernantes delineaban las políticas e investigaban la eficacia de las opiniones sobre asuntos públicos, debían tener en cuenta tres aspectos: en primer lugar, prestar atención a la historia, consultar experiencias y ejemplos de los reyes santos antiguos; en segundo lugar, consultar a la experiencia real de la vida de personas; en tercer lugar, examinar si las políticas eran favorables para la vida del pueblo, si eran razonables y eficaces y luego extenderlas a otros lugares (pp. 51-52).

Parte importante de la propuesta de Mozi se fundamentaba en la necesidad de establecer criterios o estándares de juicio que establecieran parámetros sobre los que se debía sustentar una proposición. Exponía que todos los oficios tenían pautas para desarrollar correctamente su trabajo y lo mismo debía ocurrir para los gobiernos. Aquí se expresa su pensamiento religioso, toda vez que afirmaba que el único criterio válido que debían seguir los gobernantes era el que señalaba el Cielo (Mosterín, 2007). Mozi establece que lo adecuado de un estándar se comprueba a través de exámenes acerca de la fundamentación, la verificabilidad y la aplicabilidad de los mismos.

Como afirma Mosterin (2007): «Esta preocupación metodológica representa una novedad en el pensamiento chino y conducirá en la evolución posterior de la escuela moísta a un notable desarrollo de la lógica y la epistemología» (p. 70). El moísmo tuvo en China una influencia no menor a la de los confucianos, estructurándose

en sociedades secretas que actuaron en defensa de los sectores más pobres de la sociedad (Franke y Trauzettel, 2006).

Mencio y la prioridad en la naturaleza humana

Mencio fue el primer gran promotor de las ideas confucianas, para lo cual realizó numerosos viajes en los que intentaba convencer a los gobernantes de la validez y necesidad de aplicar su teoría. Sin embargo, tales propuestas fueron en su mayoría rechazadas *a priori*. Al final de sus días se dedicó a enseñar, a discutir con sus discípulos y a escribir los siete capítulos de Mengzi que lo llevaron a ser considerado el segundo Confucio. En sus obras impulsó un método concreto para operar la idea confuciana del humanismo como momento sublime de la vida de la comunidad y el Estado, estableciendo un sistema ideológico para la gestión de la sociedad y para el desenvolvimiento de la existencia humana (Wen, 2011).

A Confucio le tocó vivir una época de grandes contradicciones que se manifestaban en la concepción mediante la cual se validaba el principio de que los gobernantes llegaban a su posición gracias a sus virtudes y aptitudes, mientras que en la realidad muchos de ellos eran corruptos y carentes de integridad. No pocos se preguntaban por qué Confucio no llegó a ser un gran gobernante. Según Mencio, esto ocurrió porque además de las características personales debían existir ciertas condiciones objetivas, sobre todo aquellas que tienen que ver con la influencia que ejercen otros gobernantes en las decisiones referentes a nombramientos y promociones. A este respecto, Mencio estableció una nueva escala de valores en la que todos debían tener acceso al gobierno, es decir: estableció una teoría de la igualdad más de 2000 años antes de la Revolución Francesa. En esa medida implantó la idea de la revocación del mandato para aquellos soberanos que se apartan del camino, contra los cuales es incluso válida una sublevación con el fin de exaltar a un nuevo jerarca que sea digno de ello (Franke y Trauzettel, 2006). Estos autores opinan que el fundamento de esta teoría se encuentra en el centro de la doctrina de Mencio que expone «la bondad innata de la naturaleza humana» (p. 55).

No bastaba enunciar la idea de benevolencia tal como lo hizo Confucio, también era necesario esgrimir razones que argumentaran

a favor de su cultivo y práctica, de manera de fortalecer su formulación respecto de la validez de la integridad y la honradez por encima del interés y el provecho personal. Esto fue lo que dio valor a la teoría de Mencio. A través de ella se explicaba que la naturaleza humana estaba conformada por un amplio cúmulo de deseos, deleites y predisposiciones, por tanto el comportamiento natural está encaminado a seguir esos deseos y tendencias. Aunque entendía que finalmente los hombres somos parte de la naturaleza en el reino animal, nos diferenciamos de estos por la capacidad de cultivar conocimientos y evitar la mediocridad. Para ello, el hombre debe pensar y deliberar, a fin de sortear las actuaciones irreflexivas que surgen del deseo y las propensiones (Mosterín, 2007).

Al igual que Confucio, Mencio despreció siempre el provecho y el interés personal; su moral estaba vinculada a los deberes y derechos sin importar las consecuencias. Concebía una vida sin mácula, en la que cumplir con el deber era más importante que la vida misma. Este es el fundamento por el cual Mencio afirmaba que las relaciones humanas están en el origen del Estado y la sociedad, diferenciándose en este aspecto de los moístas para quienes la existencia del Estado tiene validez dada su utilidad. A este respecto Mencio afirmaba que el Estado existía porque debía existir, al tiempo que —desde otra perspectiva— rechazaba esta ética utilitaria. Su argumento se fundamentaba en que la acción que persigue el beneficio material como único objetivo no solo no permitirá lograrlos sino que, además, en el largo plazo conducirá al caos, la anarquía y la guerra civil (Creel, 1976).

Los mayores aportes de Mencio se dieron en el ámbito de la aplicación de su doctrina de la bondad humana a la gestión del Estado. Tal vez haya sido el primer filósofo en la historia de la humanidad que cuestionó el orden que establecía la subordinación ciega de los gobernados al monarca, llegando a afirmar que el pueblo tenía el derecho moral al magnicidio y a una revolución si el gobernante no poseía las cualidades éticas de un buen líder. Aseveraba que el pueblo es el elemento más importante del Estado, después del cual están la tierra y las semillas y que el gobernante es el menos relevante (Dañino, 2013). Estas ideas han tenido gran influencia en China durante más de 2000 años, incluso en el movimiento político que derrumbó la monarquía e instauró la República en 1911.

A Mencio se deben también los aportes que condujeron a la creación del sistema de la tierra-pozo (véase nota 9 en el capítulo anterior), encaminado a lograr una distribución equitativa de la tierra y con ello, un modelo económico de base sólida para conseguir el bienestar del pueblo (Creel, 1976). Así mismo, al considerar que la ética estaba directamente vinculada a la economía, propugnó en las familias la diversificación de cultivos con el objetivo de lograr la autosustentabilidad económica de la familia rural, en una relación de protección y desarrollo armónico con el medio ambiente. Estos principios fueron abandonados en algún momento, con nefastas consecuencias para la economía china. En este ámbito, su máxima era que un pueblo hambriento no podía tener una moral sólida, por lo que un gobernante sabio debía asumir la responsabilidad del manejo de la economía y la instrucción del pueblo, a través de la creación de un sistema de escuelas públicas (Mosterín, 2007).

Mencio abordó igualmente temas referentes a adoptar leyes que establecieran las características y responsabilidades del Estado, creando un programa que concretara las políticas a seguir. En esta esfera propuso la instauración de un modelo sustentado en la virtud, sobre la base de que ella estaba unida directamente al éxito. Planteaba que más importante que la fuerza y la coerción surgidas de un Estado fuerte que posee un gran ejército, el gobierno se impone a través de la benevolencia con el pueblo, disminuyendo las multas y las sanciones, apoyando el trabajo agrícola de los ciudadanos, cultivando la «piedad filial» y valores como el respeto, la sinceridad y la lealtad, todo lo cual conduce a altos niveles de disciplina social y orden, generando condiciones para un buen gobierno. Igualmente aseguraba que la moral de un ejército era más importante que su armamento (Creel, 1976).

El taoísmo, una forma de comunicarse con el mundo

El fundador de la filosofía taoísta o daoísta fue Laozi, sabio contemporáneo de Confucio quien al igual que este propuso un sistema ideológico para explicar la filosofía política. Aunque ambos compartían un mismo origen fundado en el *Libro de los Cambios*, Laozi tenía una comprensión más profunda del Tao, basada en el

objeto más común de la naturaleza: el agua. El fundamento de su escuela está en la virtud (el Tao), a través de la cual explicaba el origen y la evolución del universo, así como de todos los seres vivos y las cosas, afirmando que el respeto a las reglas y propiedad del Tao —tanto en el pensamiento como en la acción, siguiendo las leyes de la naturaleza— conduce al débil a vencer al fuerte (Conocimientos comunes de la cultura china, 2006). El Tao es un camino, una forma que tienen los hombres de comunicarse con el mundo. Si se mira desde la perspectiva occidental es una palabra que permite aglutinar dos acciones: caminar y hablar, por tanto, está cambiando y moviéndose siempre de forma constante (Wen, 2011).

El texto fundacional del daoísmo —se usa de manera indistinta en español los términos daoísmo o taoísmo— es el *Clásico del Dao y la Virtud (Daodejing)*, a través del cual el pensamiento de Laozi se convirtió en una escuela filosófica paralela al confucianismo, siendo el cimiento religioso autóctono «más influyente de China» (Ye y Shu, 2014, p. 11). Así mismo, es considerado la base del taoísmo, con gran ascendiente sobre la formación del pensamiento y la sensibilidad estética de la nación china (Ob. cit.).

La idea de la «no discordia», puntal de la filosofía de Laozi, se sustenta en los preceptos de la «naturalidad» y la «no acción» a partir de los cuales este pensador que vivió en períodos de grandes guerras esboza su pensamiento antibélico sobre la propuesta de que se debe superar la fuerza con la debilidad, con lo cual se acerca a otros pensadores antiguos chinos como Sunzi, que propugnaba ganar la guerra sin librarla, así como Mozi y Mencio. Según Laozi, la guerra surge cuando los hombres tienen intereses superiores, por lo que desatan el conflicto para cumplir esos deseos, de donde muchas veces deriva en la guerra. En este ámbito la «no discordia» propugna no desear nada como forma natural de existir. Contrario a lo que se puede suponer, la filosofía de Laozi no es expresión de debilidad ni fracaso, su soporte viene dado por la acumulación de fuerza desde la naturalidad de la vida y la superación a partir de mantenerse ausente de protagonismo y de cualquier alarde de superioridad. Estos cánones de comportamiento pueden ser fácilmente perceptibles en la China de hoy, tanto en sus ciudadanos como en el gobierno.

Confucio, a través del *Libro de los Cambios* y Laozi con el *Daodejing* establecieron las ideas sobre el movimiento y el intercambio entre el ying y el yang y el retorno cíclico, que sirvió para que los antiguos chinos trataran los asuntos más relevantes referidos al tiempo y el espacio. Esta concepción ha sido utilizada por el pensamiento filosófico chino para sostener que el tiempo y el espacio son cíclicos, contrariamente al pensamiento occidental que sobre el tiempo tiene una concepción lineal. Esta diferencia marca profundas contradicciones en el análisis político y filosófico de prioridades, objetivos y ejes sobre los cuales transcurre la vida. La complementariedad de ambos pensamientos viene dada porque se entiende que el confucianismo enseña qué debe hacerse y cómo, mientras que el taoísmo instruye acerca de pensar y hacer.

La obra de Laozi nos da a entender que hay muchas maneras de comprender el mundo y que el pensamiento filosófico chino es solo una de esas maneras, pero explica que el tao del cielo y la tierra comunican con el tao de la política. En este ámbito Laozi manifestaba que siendo muy difícil gobernar, la eficacia se lograba cuando los que dirigen no interfieren en la vida pacífica de la gente común. Su idea de «no acción» es contraria a la suposición de que ella significa la inacción, sino que manifiesta el concepto de comprender las cosas y dejar que sigan su curso (Wen, 2011).

El gran heredero de Laozi fue Zhuangzi, quien mejoró los puntos de vista de su maestro sobre el Tao. Patrocinó la concepción de unidad de todas las cosas y seres vivos con el hombre y equiparó la vida y la muerte, lo que también es expresión de una visión totalmente opuesta a Occidente donde la muerte es el final de todo. Zhuangzhi propugnaba un mundo espiritual en el que tenían amplia cabida la trascendencia y la libertad, elementos que fueron el fundamento para la lucha contra la esclavitud de la sociedad, marcando una clara diferencia con el pensamiento confuciano —preocupado de que la gente entendiera el mundo— y Zhuangzhi preocupado de cómo liberarse de las ataduras del mundo. Es así como se puede apreciar que confucianismo y tao son complementarios y contradictorios.

El taoísmo logró bosquejar sistemas y pautas que permitieran llevar a buen término los asuntos del Estado, los que han tenido una formidable influencia a través de la historia china. Este sistema fue conocido como «Wu Wei» que significa «sin imposición y sin

resistencia», muy similar a lo que en Occidente se denomina la filosofía del *laissez faire*⁶ en la gestión del Estado. Su fundamento se sostiene sobre la consideración de que la esencia de la condición humana era honesta y verdadera, por tanto es de responsabilidad de los gobernantes que esa naturaleza pudiera ser desplegada a fin de lograr un Estado bien administrado (Xu y Yin, 2010). Desde tiempos inmemoriales, en China se considera que una de sus características invariables es que a cada tiempo de paz le sobreviene inexorablemente uno de caos y desorden, y viceversa, de la misma manera que a un tiempo de unión le sigue uno de división, mientras que la desunión absoluta es seguida por la reunión. A lo largo de la historia, el taoísmo ha jugado un papel decisivo para que se produzcan períodos de paz, reunificación y pacificación como el que hoy viven.

Los legalistas⁷: poder, armonía y leyes

Los antecedentes del pensamiento legalista en la antigua China vienen dados por los estudios del maestro Guan Zhong durante el siglo VII (a.C.) quien formuló soluciones prácticas para la realización de un buen gobierno, temática que se convirtió en eje de las propuestas de subsecuentes seguidores de esta escuela. Algunos exponentes posteriores del legalismo fueron Shen Buhai, considerado el primero en trabajar la idea de ley (*fa*)⁸; Shang Yang, quien centró sus trabajos en las técnicas para un buen gobierno (*shu*), y Shen Dao, cuyo mayor esfuerzo estuvo encaminado a la búsqueda de las tendencias para el uso de la fuerza como fundamento del sostenimiento del poder, todos ellos en el siglo IV, a.C. (Flores, 2012). Pero sin duda el mayor exponente del legalismo fue Han Fei quien se planteó sintetizar y reunir todas las ideas esbozadas por los seguidores de esta escuela, según la cual la ley escrita es lo más importante a fin de que el Estado y el Príncipe adquieran y conserven poder y riqueza (Creel, 1976).

En el *Libro del Maestro Han Fei*, obra cimera de esta escuela, se exponen las ideas políticas de los legalistas a partir de un profundo conocimiento de su época, desprendiéndose de hechos anteriores pues consideran que el incesante cambio de las circunstancias políticas y sociales obliga a análisis puntuales en tiempo y espacio y a

métodos innovadores por parte de los gobernantes. A este respecto, Shan Yang (citado por Mosterin, 2007) escribió que «Cuando los principios que guían a la gente se vuelven inadecuados frente a las nuevas circunstancias, sus estándares valorativos deben cambiar. Cuando cambian las condiciones reales del mundo, también han de ponerse en práctica principios distintos» (p. 151).

Sin embargo, a diferencia de otros planteamientos filosóficos de la antigua China, el legalismo era considerado «contrarrevolucionario» toda vez que argumentaba a favor de la autoridad del monarca, afirmando que el gobierno existe para el príncipe, no para el pueblo. Por supuesto, esta no era una denominación que se daban a sí mismos; por el contrario, rechazaban a confucianos y moístas como retrógrados y apegados a teorías anticuadas. No obstante, es válido acotar que los legalistas propugnaban un control estatal tan rígido que a pesar de ser defensores acérrimos de la propiedad privada, sus puntos de vista dejaban a esta limitada de manera superlativa en sus derechos (Creel, 1976).

La concepción legalista de establecer un cuerpo de leyes explícitas y promulgadas de manera pública a fin de ser conocidas por toda la sociedad, chocaba con la práctica del gobierno basado en ritos y tradiciones. En ese sentido, de forma contradictoria, apuntaban directamente a la organización y dirección del Estado y al éxito político y militar más que a los asuntos jurídicos propiamente dichos. Shang Yang se dedicó de forma especial a estos asuntos cuando desempeñó un importante papel como asesor del monarca a comienzos del siglo IV a.C., elaboró reformas encaminadas a garantizar la supremacía del Estado y a abolir los privilegios de la aristocracia. Así mismo, escribió un código único de cumplimiento para toda la sociedad sin distinciones de clase, organizando el gobierno sobre la base de una cuantiosa burocracia que dependía directamente del monarca (Franke y Trauzettel, 2006).

Por su parte, Han Fei, a través de su notable obra, desarrolló como nunca antes algunas categorías orientadas al mejor control de la sociedad y al alcance de la armonía social. Entre ellas, la más importante es la de la «ley» introducida antes por Shang Yang como las normas y órdenes escritas que usa el gobernante para vigilar e intervenir en la sociedad, el poder de este se mantiene sobre sí mismo

y su efectividad se hace patente a partir de dos instrumentos de poder (*erbing*): la aplicación de castigos y la concesión de premios.

La obra de los legalistas, que emana de sus libros y de las políticas implantadas en aquellos lugares donde fueron acogidos por los monarcas, tuvo gran influencia a través de los siglos y durante dos milenios, constituyéndose en la base ideológica sobre la cual se construyó el gobierno de la dinastía Qin después de la unificación de China en el año 221 a.C. en oposición al pensamiento confuciano preponderante en el pasado, por lo que muchas veces a través de la historia debieron permanecer en un segundo plano, sobreviviendo hasta su desaparición en el siglo XX. Sin embargo, muchos de sus aportes, junto a los de Confucio, amalgaman la doctrina que dio sus características al imperio chino durante dos mil años. Según Flores (2012) la influencia de las propuestas de los legalistas se manifestó en:

La unidad ideológica del pueblo y el gobierno, la unificación política y militar del territorio, la importancia del bienestar económico del pueblo como sustento del gobernante, la importancia de la eficiencia y realismo en el cumplimiento de los objetivos políticos del gobierno, etc. (p. 177).

A pesar de la desaparición formal de la Escuela Legalista, al ser defenestrada la monarquía a comienzos del siglo XX su proyección se ha seguido manifestando en la ejecutoria práctica de la gestión gubernamental de la República Popular China.

Los estrategas, una respuesta a las necesidades de la guerra

En las postrimerías del Período de Primavera y Otoño surgió esta escuela como necesidad de dar respuesta a la creciente conflictividad de una época signada por una permanente situación «de prolongadas, encarnizadas y frecuentes guerras de anexión» (Dañino, 2013, p. 159), por lo que los monarcas prestaban especial atención a los asuntos militares. Sus mayores exponentes fueron Sun Zi⁹ y en fecha posterior (ya en el período de los Estados Combatientes) Sun Bin. Ambos escribieron obras con el mismo nombre: *El arte de la guerra*¹⁰,

teniendo ambas similar relevancia en la China antigua aun cuando fueron escritas en períodos distintos. El libro de Sun Zi se convirtió en un clásico del género, incluso en Occidente, donde aún hoy se estudia en casi todas las academias militares.

Este manual de guerra es considerado el más importante aporte de la Escuela de los Estrategas al pensamiento filosófico chino, toda vez que contribuyó como ninguna otra entre las tres mil obras similares redactadas desde antes de 221 a.C. hasta comienzos del siglo XX. Su contribución se manifiesta en los terrenos de la estrategia, la aplicación táctica y los principios filosóficos. En ese sentido, a través de la historia ha sido considerada como la madre de todos los tratados sobre la guerra.

En términos de la estrategia, Sun Zi destaca la necesidad de planificación de la guerra considerando los aspectos de índole moral, además de los propios del escenario donde se van a librar los combates y la relevancia del factor subjetivo que se expresa en la capacidad de mando de las tropas, todo lo cual debe estar sujeto a normas y reglamentos que regulan el funcionamiento de los ejércitos. Así mismo, el exponente de esta teoría juzga que el conocimiento del enemigo y las acciones de inteligencia y «engaño» son más importantes que el propio uso de la fuerza, pero el principio supremo de esta obra es aquel que enuncia que se debe ganar la guerra, evitándola (Ye y Zhu, 2014).

En otro ámbito, Sun Zi desarrolló un elevado pensamiento dialéctico. Consideraba fundamental la capacidad para adaptarse a los cambios dado que tener esa cualidad podría permitir el logro de la victoria. De la misma manera apreciaba que era primordial el manejo de las contradicciones antagónicas en la dinámica cambiante de la guerra, es decir la posibilidad de transformar los factores opuestos y orientarlos en una dirección determinada con el fin de favorecer los objetivos propios; sin embargo, a pesar de que los estrategas se preocuparon de teorizar sobre la guerra, el espíritu de su pensamiento era contrario al estímulo de la contienda: su obra incita a contenerse y a reflexionar con profundidad antes de involucrarse en un enfrentamiento. Sun Zi (citado por Ye y Zhu, 2014) fue enfático al respecto:

El jefe de Estado (*sic*) no debe lanzarse a la guerra dominado por un ataque de ira momentáneo; el comandante en jefe y los generales no pueden lanzarse a la guerra presas de una cólera transitoria.

Deben tomar en consideración todos los intereses generales de su Estado para declarar la guerra o para desistir de ella. La ira puede transformarse en tranquilidad y la cólera en alegría; sin embargo, la pérdida de un país será permanente y los muertos lo estarán para siempre. Por ello, el sabio gobernante debe tratar la cuestión de la guerra con miramiento extremo y los buenos comandantes y generales deben hacerlo con la mayor de las precauciones. Es el principio cardinal para salvaguardar el reino y el ejército (p. 37).

Otras obras de exponentes de esta Escuela fueron: *El método militar de Wu Qi*, *El método de Si Ma*, *Libro del Maestro Wei Liao*, *Las tres estrategias de Huang Shi Gong*, *Las seis vainas de espadas*, *Preguntas y respuestas entre Tang T'ai Zung y Li Wei Gong*, y *El método militar de Sun Bin* (Flores, 2012, p. 190). Todas ellas son un llamado de atención sobre los peligros de la guerra. En el mundo actual en el que la posibilidad del holocausto nuclear es patente, las advertencias de Sun Zi y Sun Bin son tomadas muy en cuenta por los responsables de la conducción estratégica política y militar de la República Popular China, donde sus enseñanzas son de obligatorio estudio para los altos mandos del Estado y las Fuerzas Armadas.

De la filosofía política antigua a la modernidad

A diferencia de Occidente, en China el gobierno y la filosofía tienen una relación intrínseca. De una u otra forma las Escuelas y los filósofos aquí mencionados cumplieron funciones de gobierno o ejercieron alguna influencia en ellos, sobre todo en los años posteriores a la unificación del Estado. En el corto período en que gobernó la dinastía Qin, después del año 221 a.C., los estudios filosóficos fueron relegados y el confucianismo prohibido: imperaban los legalistas, pero a partir del año 206 a.C., cuando llega al poder la dinastía Han, la situación comenzó a cambiar de manera acelerada en la medida en que se manifestaba el efecto contrario: los legalistas fueron expulsados de las responsabilidades gubernamentales y el confucianismo fue decretado doctrina oficial, en lo que se consideró el triunfo definitivo de este pensamiento.

El emperador Zhang convocó a muchos confucianos en el Templo de Baihú, de donde derivó un memorándum que establecía las tres guías cardinales y los seis principios éticos que ejercieron el predominio sobre la sociedad tradicional china. A partir de ahí y durante dos mil años esta situación marcó el acontecer político del país, sin que los propios investigadores nacionales se hayan podido poner de acuerdo en torno a la interpretación de las causas de este hecho, aduciéndose de manera indistinta las de orden político, económico o las referidas a la subjetividad con que los monarcas tomaban las decisiones.

En este período se fundaron las bases para el estudio del pensamiento tradicional chino. Surgieron la Escuela del Nuevo Texto y la Escuela del Texto Antiguo, que son dos métodos distintos de interpretación de los clásicos confucianos, poniendo el acento en el sentido práctico de este pensamiento. La obra más representativa de la Escuela del Nuevo Texto fue el *Comentario de Gong Yang de Anales de Primavera y Otoño*. Dong Zhongshu (179-104 a.C.) hizo importantes estudios sobre esta obra, pero su gran aporte fue vincular la filosofía política confuciana con la teoría del yin-yang y los cinco elementos más propios del taoísmo para construir un sistema de pensamiento propio que tuvo gran influjo durante la dinastía Han del Oeste y, a partir de entonces, en toda la historia china (Wen, 2011). Dong llegó a convencer al emperador de que con la aplicación del yin-yang y los cinco elementos a la gestión política sería más poderoso, con lo cual estas ideas fusionadas se transformaron en el eje de la política nacional y la razón por la cual el confucianismo se convirtió en dominante, acabando con las otras cien escuelas, que fueron prohibidas al no cumplir con el tao confuciano.

No obstante, esa época estuvo signada por un cambio de gran significación en el tiempo al dejar de lado la filosofía política para dar paso a una preocupación metafísica que centró los estudios en problemas del mundo y la búsqueda de los cimientos de la existencia humana. En el año 249, el filósofo Wang Bi propuso una visión metafísica según la cual la nada (*wu*) era la base del ser (*you*), planteamiento que pasó a ser el centro de la problemática de estudio de los pensadores de la época. De esta manera las investigaciones filosóficas vinculadas a la política y el ejercicio del poder y del gobierno fueron pasando a un segundo plano.

El budismo: una filosofía china de origen «extranjero»

Al comenzar la era cristiana, China todavía era una civilización aislada de influencias filosóficas extranjeras. Aunque hubo contactos con otros pueblos, no pasaron de ser intermitentes. Para aquellos que en Occidente estudian la perspectiva metafísica de la filosofía, apenas van a comenzar a encontrar propuestas contundentes a partir del primer siglo de nuestra era, cuando se priorizan las interrogantes acerca del origen del hombre y el universo; antes de eso la filosofía política llenaba el espacio de los pensadores. Por tal razón, en Occidente hay quienes incluso se inclinan por dudar que el pensamiento antiguo chino tenga carácter filosófico, una idea en el fondo impregnada del desprecio a sus diferencias con el pensamiento occidental y en particular al eurocentrismo que ha caracterizado al mundo de esta parte del planeta.

Es en esta época cuando el budismo oriundo de India penetra a China. En sus primeros años fue una escuela asociada al taoísmo, pero durante las dinastías Han del Oeste y del Este (206 a.C.-220 d.C.), el budismo logra fusionarse con la cultura china resultando de manera simultánea en un sistema ideológico y religioso que habría de tener profunda influencia en la China del futuro. La llegada del budismo coincidió con un período ecléctico en el que se produjeron acercamientos entre el pensamiento taoísta y el confuciano, a los que se vino a agregar el budismo, sobre todo entre los siglos V y VI, período en que junto con los avances en la unificación del Estado y el auge en el desarrollo económico comenzaron los intercambios culturales que permitieron al budismo una extensión geográfica nunca antes vista en su inserción en la sociedad china.

Uno de los iniciadores del pensamiento budista en China fue Seng Chao, fundador del sistema filosófico del budismo chino, y el peregrino Faxian quien visitó India entre los años 375 y 415; pero el papel más relevante lo tuvo el monje budista Xuanzang¹¹ (602-664), traductor y erudito, quien con el apoyo de los monarcas de la dinastía Tang visitó India durante 17 años recorriendo decenas de miles de kilómetros. A su regreso a China escribió el libro *Registros sobre la Región Occidental de la gran dinastía Tang*, en el que recogió las principales características políticas, naturales, históricas, económicas y culturales de cerca de 110 ciudades-Estado, regiones y países, además de otras 28 de las que oyó

hablar. Así mismo, tradujo más de 1.300 tomos de escrituras budistas, lo que correspondería en la actualidad a unos 400 volúmenes (La peregrinación del maestro Xuanzang a la India, 2014). Esta obra fue de gran importancia para el conocimiento de Asia Central e India y aportó ideas fundamentales para la consolidación del budismo en China. Xuanzang fue también fundador de la Escuela de Conciencia-Solo del budismo chino, también conocida como Escuela Wei Shi.

Durante el proceso de fusión, el budismo se impregnó del confucianismo y el taoísmo, lo que dio lugar a innumerables escuelas budistas con características chinas. De este proceso surgió la Escuela Zen, que vino a producir un enriquecimiento de la cultura china (Conocimientos comunes de la cultura china, 2006). En sus primeros años de presencia el budismo despertó resistencia en China dado que sus nociones de iluminación y liberación individual contrastaban con el carácter social y político de los letrados vinculados al confucianismo (Mosterín, 2007), pero pronto el budismo se transformó en una idea que superaba con creces a una religión, comenzando a ser entendido como una nueva forma de vida que obligaba a los chinos (adeptos o no) a mirar el mundo de otra forma y a imaginarlo de un modo diferente del que había sido concebido hasta entonces (Creel, 1976). El proceso gradual en que se fue transformando el pensamiento chino condujo también a la sustitución de la filosofía política por la metafísica.

El Zen —que se convirtió en una de las más importantes escuelas budistas de China— surgió precisamente de la fusión de la vertiente mahayanista¹² del budismo y la escuela taoísta y aunque no tuvo mayor relevancia en términos políticos, ejerció poderosa influencia en la cultura china a partir del segundo milenio de nuestra era (Ye y Shu, 2014).

La filosofía y la literatura fueron sólidamente inducidas de cara al futuro y por un largo período que llega hasta la actualidad, aportando un recurso teórico importante para sus seguidores, aunque lo más trascendente para Occidente sea que el pensamiento Zen ejerció un papel en la comprensión de la filosofía china por sus pares de esta parte del mundo, abriendo paso al neoconfucianismo que permitió establecer canales de conocimiento mutuo y entendimiento entre los filósofos de los dos hemisferios del globo.

*El neoconfucianismo: un método novedoso
para comprender el mundo*

Durante las dinastías Song (960-1279) y Ming (1368-1644) y con el arribo del segundo milenio de nuestra era, los filósofos chinos se dedicaron a desarrollar una epistemología única — acorde con la receptividad china — que permitiera explicar y entender el mundo. La realidad circundante era espectadora de una presencia permanente del pensamiento confuciano como religión, filosofía o ética práctica. Para ellos nunca existió diferencia entre teoría y práctica, su visión holística del mundo les permitía verlo como un todo en contenido y forma.

La dinastía Song fue testigo del surgimiento del neoconfucianismo que aspiraba a tratar de recuperar el espacio perdido a favor del budismo y ofrecer algo más. Para ello se propuso competir con la cosmología budista, explicar metafísicamente el mundo y la ética confuciana y justificar la actividad social y política, así como defender el derecho de la humanidad a encontrar la felicidad en medio de la cotidianidad de la vida (Creel, 1976). Toda vez que las obras de Confucio no presentaban ideas acabadas sobre cosmología o metafísica, algunos de sus seguidores neoconfucianos llegaron a afirmar que las escrituras de Confucio no tenían importancia relevante y necesitaban de interpretaciones.

Los neoconfucianos, además de resguardar los planteamientos típicos del pensamiento del Maestro y sus sucesores en materia política y moral, adoptaron puntos de vista conceptuales del taoísmo y el budismo. Estas ideas fueron asumidas como doctrina oficial de Estado por la dinastía Song y mantenidas como tal hasta el fin de la monarquía en el siglo XX. El estudio de los clásicos confucianos se hizo nuevamente obligatorio, al mismo tiempo que se adquirió como norma el establecimiento de los exámenes de oposición para el ingreso a la carrera pública. En este período se dio en llamar a esta corriente confuciana Escuela de los Letrados. Uno de los elementos más novedosos que introducen los sostenedores de la corriente neoconfuciana es que a las tradicionales preocupaciones morales y al cultivo de las relaciones sociales y familiares, agregan las inquietudes de carácter metafísico y el perfeccionamiento de la espiritualidad interna, evidentemente influidas por el budismo y el taoísmo. Los neo-

confucianos penetraron toda la vida de la sociedad, fueron protagonistas de la política, la economía, la filosofía y la literatura, aunque no se «especializaban» en ninguna de estas áreas, por el contrario, participaban de todas ellas. Chang Tsai (1020-1077) se preocupó de la distribución de tierras y Wang An-shih se dedicó a filosofar sobre la naturaleza humana. El debate sobre este tema fue precisamente el punto de partida del movimiento neoconfuciano que considera a Han Yu (778-824) su precursor (Franke y Trauzettel, 2006).

Vale decir que entre las múltiples corrientes neoconfucianas predominaron dos escuelas, el jefe de una de ellas fue Zhu Xi (1130-1200) considerado el más influyente filósofo chino de los últimos mil años. Su grandeza viene dada por su capacidad de aglutinar las ideas de sus predecesores e incorporarles algunas de creación propia para elaborar un sistema filosófico en cuya médula está la idea de *li*, es decir la idea de los principios. Zhu Xi afirmaba que todas las cosas están compuestas de principios (*li*), que es lo racional, el orden, la ley o regla que regula el devenir universal y de sustancias (*tsi* o *qi*), que es el mundo material, la fuerza física o vital. Según este filósofo, los principios no tienen origen y son indestructibles, los cuales son a su vez parte del *gran li* o «Fundamento Supremo» que Zhu equipara con el tao. Por su parte, el *tsi* —similar a lo que en Occidente se llama materia— era lo que producía las cosas existentes y además el causante excepcional del cambio. En estos aspectos, un especialista en el tema podrá encontrar similitudes entre la obra de Zhu y la doctrina de las «ideas» o «formas» de Platón (Franke y Trauzettel, 2006). El entramado filosófico creado por Zhu Xi ha tenido considerable influencia en la política, toda vez que el *li* establece la norma ideal de comportamiento político, instaurando de esa manera que el tao del buen gobierno se verifica a partir de la efectividad que este tenga. Afirmaba que como el tao era eterno e indestructible, lo que había ocurrido en el milenio y medio transcurrido desde Confucio era que no se le había dejado al tao operar en el mundo. Esto obligaba al gobernante a ampliar su conocimiento hasta convertirse en un sabio.

En oposición a Zhu Xi, Wang Yangming —el filósofo más destacado durante la dinastía Ming— consideraba que cada ser podía tener su propio *li*, que no estaba fuera de la mente, lo cual transformó en el ob-

jeto principal de sus estudios y escritos. En esta perspectiva Wang propuso la unidad del conocimiento y la acción a partir de que lo primero dirige lo segundo y lo transforma en expresión de este, o dicho de otra manera: el conocimiento da origen a las acciones y estas son el cumplimiento del conocimiento, pero uno y otro no pueden existir de manera independiente. Este punto de vista generó un gran debate en China acerca del énfasis de la mente en el entramado general de la filosofía.

Una nueva época: la defensa de la filosofía china ante los embates internos

A pesar de las constantes rivalidades con el budismo y el taoísmo, el neoconfucianismo se nutrió de ellas, aunque asignándole un papel menor, acusando incluso a los budistas de evadir los problemas del mundo, no obstante, este continuó teniendo gran relevancia en la sociedad china hasta la actualidad. Estas contradicciones instalaron un debate entre estas tres corrientes que se impusieron por encima de todas las demás provocando reacciones de diferente magnitud y signo, comprendidas las que emergieron desde el propio movimiento neoconfuciano, a lo que posteriormente se agregó el impacto que comenzó a jugar Occidente en una sociedad china cada vez más abierta.

Durante las dinastías Ming y Qing un grupo de filósofos se dedicó a defender y dar continuidad al tao de la filosofía china, haciendo un gran esfuerzo de elaboración teórica en medio de fuerzas modernizantes y permeables a la influencia occidental, lo cual obligó a una búsqueda para responder a estos desafíos que apremiaban a crear una nueva mirada filosófica. Algunos de estos estudiosos fueron duros críticos del régimen despótico, entre ellos Huang Zonghi (1610-1695) quien escribió un libro *Mingyi daifanglu* que se considera una declaración de los derechos del hombre en la China del siglo XVII, en el cual enalteció la libertad de expresión y expuso la necesidad de tener un espacio de debate de los asuntos públicos, adelantándose de alguna manera a la idea actual de parlamento. Sus obras son consideradas como lecturas básicas del neoconfucianismo de esta época. Por su parte, Fang Yizhi (1611-1671) alternó con el misionero jesuita alemán

Johann Adam Schall Von Bell, quien adoptó el nombre chino de Tang Ruowang, aceptando la ciencia occidental e imbricándola con la epistemología china para esbozar una idea propia que dividía la ciencia occidental en tres partes: filosofía, ciencia natural y ciencia política y economía (Wen, 2011).

Los albores del siglo XVII fueron testigos de la llegada de estos misioneros jesuitas a China. Su mayor interés era convertir a los chinos al cristianismo pero su gran nivel intelectual y la posibilidad de contactar —aunque fuera de manera indirecta— con sus pares chinos contribuyó a recrear la crítica al neoconfucianismo al mismo tiempo que transmitieron en Europa el conocimiento adquirido sobre la filosofía y las instituciones chinas, lo cual influyó en grandes pensadores occidentales como Leibniz, Voltaire, Quesnay, Oliver Goldsmith y otros (Creel, 1976).

Wang Fuzhi (1619-1692) se convirtió en la encarnación de la filosofía clásica china de la época. Creó un sistema filosófico que se expresaba a través de un alto grado de concentración del tao de la filosofía china antigua, protegiendo su epistemología y su concepción del mundo, y llegó a representar el más alto nivel de conciencia y análisis de la filosofía propia de China antes de la introducción de las corrientes filosóficas occidentales. En este período también se destacó el filósofo Tai Chen (1724-1777), quien heredó las técnicas de la Escuela del saber Han caracterizadas por su investigación deductiva y la crítica de textos, sobre todo a través de la filología y la crítica histórica, dándole a estos estudios una mayor preeminencia en los ámbitos político, social y económico. Tai Chen utilizó estas técnicas que habían perdurado mucho más tiempo que cualquier otra para desarrollar una nueva filosofía que permitiera el mejoramiento de la sociedad, yendo más allá de la propia base de conocimientos que le proporcionó la Escuela del saber Han.

Las respuestas a la penetración filosófica de Occidente

La fase que inauguran las Guerras del Opio de mediados del siglo XIX hasta los años posteriores al fin de la monarquía, ya en el siglo XX, fue un período de grandes perturbaciones en el que los

intelectuales y pensadores no fueron ajenos a este ambiente de metamorfosis profunda de la sociedad. Se dice incluso que durante estos años China experimentó un cambio más acentuado que el de los dos mil (Creel, 1976) o tres mil (Wen, 2011) años precedentes. Hasta ese momento China había tenido un contacto bastante limitado con el extranjero, con excepción de los países que la circundaban, entre los cuales ejercía una real preeminencia cultural.

La ocupación occidental que sobrevino a las Guerras del Opio vino a cambiar tal realidad. Para los chinos la pérdida de poder y prestigio era agobiante, el trato dado por las potencias occidentales al país resultaba verdaderamente humillante.

Los chinos comenzaron a comprender que debían aprender algunas cosas de Occidente para poder defenderse, no obstante suponían que este iba a ser un proceso fácil, que además tendría un carácter eminentemente técnico. Durante la segunda mitad del siglo XIX se tomaron medidas en esa dirección, incrementando los intercambios y copiando el modelo occidental de algunas instituciones, pero eso condujo a un fracaso que fue señalando la idea de que se debían hacer modificaciones estructurales en lo político, lo económico y lo social, caso contrario se corría el riesgo de que se erosionara la base de sustentación de la monarquía y de la lealtad de los funcionarios para con ella, que cada vez se mostraba más lejana. La fuerza de la costumbre ocultaba ciertas deformaciones propias de la sociedad china que ponían en el tapete de la discusión el papel del emperador, quien —siendo un déspota— no era capaz de imponer autoridad en el funcionamiento de la sociedad al tiempo que manifestaba también su incapacidad de alterar la tradición imposibilitando romper algunos órdenes que constreñían ciertas relaciones al margen de la ley, pero que se mantenían inmutables por decisión imperial. Se hacía evidente la necesidad de dar un salto productivo que solo era posible lograr con una alta organización y una disciplina laboral superior. La idea de democracia comenzó a rondar en los círculos intelectuales y políticos, intuyendo que era imposible dar el salto de calidad necesario en el desarrollo científico y tecnológico en las condiciones que imponía una monarquía retrógrada y anquilosada. En este marco, el pensamiento tradicional chino, llámese confucionista, taoísta, moísta o budista dejó de despertar el mismo interés que antaño.

Los debates que buscaban explicaciones a este nuevo escenario fueron en general críticos del confucianismo tradicional. Las corrientes emergentes podían agruparse en tres fundamentales: la primera argüía que las normas de vida tradicionales de China eran superiores a todas las demás y que la situación creada se produjo por no vivir de acuerdo con esas normas, lo cual había debilitado a la nación; en segundo lugar estaban los moderados para quienes a pesar de que la cultura china generaba un gran soporte para el desarrollo, debía haber una apertura al extranjero para acoger la tecnología occidental y preparar al país para su modernización; la tercera explicación agrupaba a aquellos que pensaban que la norma tradicional china era extemporánea, anticuada y que el país se debía preparar para cambios revolucionarios (Creel, 1976). Pensadores más destacados de la época como Zhang Zhidong postularon una imbricación de la realidad china con la práctica occidental en la idea de que había que aprender de ellos para superarlos. En el campo de la política, Kan Youwei (1858-1927) propuso la instauración de un sistema de monarquía constitucional a partir de una reinterpretación del pensamiento confuciano, lo cual fue violentamente rechazado por la sociedad. Liang Qichao (1873-1929) suponía que la base para la solución del atraso de China estaba en las limitaciones a la libertad de pensamiento, por lo que debía haber una gran apertura al conocimiento y la enseñanza. Con ese objetivo viajó a Japón y Europa para conocer sus experiencias, pero regresó desilusionado de esos sistemas. Zhang Taiyan (1869-1936) había asimilado enseñanzas del pensamiento occidental, desarrollando una teoría que propugnaba la evolución en «dos vías», a través de las cuales lo positivo y lo negativo marcharían en paralelo. Esta contribución tampoco tuvo mucho éxito. El pensador más destacado de esta generación fue Yan Fu (1854-1921) quien introdujo la filosofía occidental en la era moderna de la historia de China. Wang Guowei (1877-1927) implantó el sistema de pensamiento occidental y su marco filosófico para estudiar la filosofía china. Estuvo influido por Arthur Schopenhauer¹³ y por Immanuel Kant, ordenando la filosofía china a partir del marco filosófico occidental, lo que le permitió explicar el pensamiento confuciano a través de las ideas de «metafísica» y «ética» desde la perspectiva occidental (Wen, 2011).

Yan Fu, quien se formó en la Universidad de Edimburgo y tradujo al chino obras de T. H. Huxley, John Stuart Mill, Herbert Spencer y Adam

Smith entre otros, desempeñó un papel fundamental en la introducción del pensamiento occidental en China, sin embargo su período de admiración por Occidente devino en desilusión tras la Primera Guerra Mundial. Yan (citado por Creel, 1976) apuntó que:

La cultura occidental, después de esta guerra europea, se ha echado a perder por completo... Antes, cuando oía a nuestros intelectuales de la vieja escuela decir que llegaría un día en que las enseñanzas de Confucio serían practicadas por toda la humanidad, pensaba yo que estaban diciendo tonterías. Pero ahora me encuentro con que los hombres más cultos de Europa y América parecen estar llegando poco a poco a una opinión semejante... A mí me parece que en tres siglos de progreso los pueblos de Occidente han logrado imponer cuatro principios: ser egoístas, matar al prójimo, tener escasa probidad y sentir poca vergüenza. Cuán diferentes son los principios de Confucio y Mencio, tan amplios y profundos como el Cielo y la Tierra, concebidos para el bien de todos los hombres donde quiera que sea (p. 274).

Aunque se reconocía el espíritu democrático del confucianismo clásico no hubo fuerza capaz de reivindicarlo como base de una fuerza social y política moderna, terminando por debilitarse y desacreditarse en las dos primeras décadas del siglo XX, cuando se le asociaba a prácticas despóticas en el pasado y a ideas conservadoras que intentaban impedir todo tipo de cambio. Sin embargo, por presencia o ausencia, el confucianismo ha continuado siendo componente principal de la cultura china.

El diálogo filosófico entre China y Occidente

En fechas posteriores al derrocamiento de la monarquía, en 1911, se generó un movimiento llamado del «Renacimiento chino». Uno de sus promotores más conocido fue Hu Shi (1891-1962), estudioso de John Dewey¹⁴ y defensor del pragmatismo. Hu Shi creó la carrera de filosofía en la Universidad de Beijing, como disciplina independiente por primera vez en la historia. Hu, junto con Feng

Youlan (1895-1990), sistematizaron la historia de la filosofía china a partir de métodos occidentales, rompiendo convencionalismos en la academia del país y ejerciendo una influencia de larga data en la investigación contemporánea de la filosofía. Al introducir el pragmatismo de Dewey en sus estudios dio máxima importancia a la tradición racional instrumental de la antigüedad que pasaba por alto la sistematización teórica, dando preeminencia a la praxis. Hu fue el primer filósofo chino que estudió la teoría del conocimiento. Todo su trabajo estaba encaminado a demostrar que podía promover el proceso de modernización de su país.

Por su parte Feng Youlan, después de estudiar en la Universidad de Columbia en Estados Unidos, «descubrió» que en Occidente se tenía un conocimiento ínfimo de la filosofía china. Tras regresar a China creó la Escuela del Nuevo Principio, intentando dar continuidad al neoconfucianismo a partir de la reivindicación del taoísmo primario, la metafísica, el budismo zen, a los que consideraba como el espíritu verdadero de la filosofía china. Estableció su propia filosofía a partir de los documentos históricos del pensamiento chino y su formación occidental, estableciendo un soporte intelectual para la independencia china (Wen, 2011).

Todas estas investigaciones generaron verdadera conmoción en los años previos al fin de la monarquía, y sirvieron como soporte intelectual al movimiento que condujo a la implantación de la república. El estudio de los clásicos se abolió en 1905 y con ello la realización de exámenes para concursar por cargos públicos, al tiempo que el tradicional lenguaje literario de los textos dio paso a uno más coloquial que permitió su acceso a mayor número de ciudadanos. La vida política de estos años se desarrollaba en el marco de un torbellino de ideas, algunas de las cuales postulaban una reforma general, sin embargo el mantenimiento de la cultura tradicional china siempre tuvo defensores, entre ellos el propio presidente Sun Yat Sen, quien propugnó la necesidad de tomar de Europa su ciencia, no su filosofía política. Decía que debía ser Europa la que aprendiera filosofía de China (Creel, 1976).

Otros investigadores de la época ejercieron importante influencia en los primeros años de la república, a partir de sus contactos y estudios en Occidente. En esa medida orientaban e influían en el camino

de China hacia la transformación del sistema político del país en una democracia liberal representativa. Tang Yongtong (1893-1964) estudió su maestría en Harvard y centró sus investigaciones en la historia del budismo en China. Zhan Dainian (1909-2004) fue autor de un libro que describe el desarrollo, origen y curso de la filosofía china. Xiong Shili (1885-1968) es considerado el fundador del neoconfucianismo contemporáneo y uno de los más importantes pensadores del budismo moderno en China, toda vez que entre otras actividades su trabajo permitió que continuara el diálogo y la comunicación entre la filosofía china y la occidental. Liang Shuming (1893-1988) se propuso integrar el pensamiento confuciano con el budismo y la filosofía de Bergson¹⁵. Mou Zongsan (1909-1995) tradujo las tres obras críticas de Kant para combinar su filosofía con el pensamiento confuciano, a fin de establecer la «metafísica moral del confucianismo». Tang Junyi (1909-1978) fue el líder del neoconfucianismo en Taiwán y Hong Kong, sus trabajos estuvieron dedicados a combinar la filosofía china y la occidental, a fin de establecer un mundo humanístico de idealismo moral. Fang Dongmei (1899-1977) intentó hacer un sincretismo entre el pensamiento confuciano y la filosofía china en general en combinación con la filosofía occidental de la vida (Wen, 2011).

En épocas más recientes se han hecho superiores esfuerzos para desarrollar estudios de filosofía comparada entre China y Occidente. Cheng Ronjie (1901-1994), quien estudió en la Universidad de Harvard en 1929, es considerado como el introductor del pensamiento confuciano en Estados Unidos, participando en la creación de la primera cátedra de estudios de la filosofía china en la Universidad de Hawái, que se ha transformado en el principal centro de estudios de filosofía china de Occidente. Cheng abrió el camino que siguieron, entre otros, Du Weiming (1940-) y Cheng Zhongying (1935-). Por su parte, Roger Ames (1947-) catedrático de la Universidad de Hawái, ha traducido algunas de las más importantes obras clásicas de la filosofía china antigua, incluyendo las *Analectas* de Confucio y *El arte de la guerra*. Ames ha jugado un papel transcendente en la comprensión de la filosofía china en Occidente, ayudando a desmontar los prejuicios que sobre ella se tienen. En la misma línea se debe destacar el trabajo del filósofo moderno francés Jacques Derrida (1930-2004) quien ejerció una importante influencia en los filósofos chinos con-

temporáneos a partir del intercambio directo que sostuvo con muchos de ellos.

La visión de Marx y Engels sobre China

Los primeros acercamientos del joven Carlos Marx con China se produjeron en febrero de 1850 como parte de sus debates políticos con Friedrich Engels. Cuando estalló la Primera Guerra del Opio, Marx estaba en Berlín y los acontecimientos en China fueron de su inmediato interés. Durante un viaje a Londres se encontró con el misionero protestante Karl Friedrich August Gützlaff, quien había vivido en China y hablaba y escribía su idioma, lo que le permitió dar a conocer el país en Europa. Marx tuvo de Gützlaff información de primera mano sobre China, lo cual condujo a que el misionero alemán ejerciera gran influencia en sus primeros escritos sobre este tema (Marx, 1850. Marx en la Revista *Neue Rheinische Zeitung* de enero-febrero de 1850 citada por Palme Dutt en *Labour Monthly*, octubre 1959 y julio 1961).

Las opiniones de Marx sobre China reaparecieron en el artículo «La revolución en China y en Europa» (1853) publicado para un periódico de Nueva York, casi al comenzar la Guerra de Crimea. En él esboza algunas ideas acerca de las causas económicas de los conflictos sociales y en específico se refiere a China cuando explica las repercusiones de la fuga de divisas para financiar el comercio de opio. Según Marx, estas son las razones de la rebelión de los taiping, cuando China quedó a merced de la economía capitalista al tener que depender de las importaciones de opio y las exportaciones de té a Inglaterra. Marx veía en la rebelión de los taiping el potencial revolucionario de China e incluso afirmó que podía ser la chispa en el polvorín del presente sistema industrial. Más tarde, en 1859, en la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1980), el filósofo alemán comentaría nuevamente sobre los hábitos y políticas monetarias chinas al estudiar su mercado del opio y otros productos. Sobre este tema, contrariamente a lo esperado, la balanza comercial favoreció a China en su intercambio con Inglaterra y Europa, y Marx predijo que esa tendencia se iba a mantener. En este período sus escritos sobre China se incrementan de manera vertiginosa,

involucrándose incluso en debates parlamentarios, llegando a realizar frontales ataques retóricos y escritos contra el primer ministro inglés Palmerston, denunciando su manifiesta actitud imperialista agresiva que condujo a una represión inusitada y desproporcionada de las tropas británicas en China.

Por su parte, Friedrich Engels también expresó sus deseos de escribir sobre temas chinos, pero específicamente en el ámbito militar. Se lo expone de manera precisa a Marx en carta dirigida a su amigo, fechada en Manchester el 11 de marzo de 1857 (Engels, 1975). Tal idea tuvo concreción en el siguiente mes de abril en un artículo sin firma en el que relataba los pormenores de la primera Guerra del Opio, resaltando el heroísmo de los soldados chinos y prediciendo los acontecimientos venideros sobre la resistencia china a partir de su propia experiencia militar, lo que impediría acciones sorpresivas por parte de las tropas inglesas. En su respuesta desde Londres, una semana después, Marx reitera que las acciones violentas en China son responsabilidad de Palmerston y que la consecuencia de las mismas ha llevado a un fortalecimiento de Rusia (Marx, 1975). Marx vaticinó que la aceptación por parte de los medios de comunicación británicos de la versión gubernamental sobre los hechos ocurridos en China había creado condiciones para imponer una relación basada en el odio entre Inglaterra y China, lo cual iba a ser difícil de revertir.

Engels volvió a escribir sobre China el 22 de mayo. Esta vez hizo un estudio comparado de las guerras populares en China y Persia. Enfatizaba las características del ejército chino en el que los reclutas eran provenientes de los sectores populares de la sociedad, a los que se unían fuerzas irregulares, regulares, una reglamentación moderna, una oficialidad con conocimiento de las técnicas y las tácticas bélicas y una artillería bien entrenada, ingredientes que los conduciría al éxito en la defensa de la nación. Para Engels, el carácter popular del ejército y el gran espíritu de combate de los soldados eran distintivos de una nueva época para China.

Por su parte, a finales del año 1858 Marx continuó sus escritos sobre las relaciones comerciales que comenzaban a desarrollarse entre Gran Bretaña y China en el marco de la segunda Guerra del Opio, en la que el país asiático estaba siendo devastado. Se dedicó a recopilar información estadística sobre las transacciones económicas

entre los dos países para desmontar la idea oficial sobre los efectos económicos de estas guerras (Marx, 20 de septiembre de 1858). Opinaba que este conflicto era la expresión de una confrontación brutal entre el viejo mundo y una sociedad moderna que apuntaba hacia la equidad en el comercio. Profundizó en las causas de la guerra, criticando al gobierno británico al que acusaba de defensor de los monopolios en nombre del libre comercio (Marx, 25 de septiembre de 1858). Así mismo, describió las particularidades del mercado chino señalando que el gobierno británico había sobrevalorado sus características a fin de desatar la guerra con el objetivo de eliminar a sus competidores y que al finalizar la confrontación, la única ganadora había sido Rusia (Marx, 15 de octubre de 1858). En el último trimestre de 1859, ante otro estallido de las hostilidades, nuevamente Marx hace público su interés en China y su denuncia de la política imperialista de Gran Bretaña, que se manifestaba en la continuada tendencia a profundizar la intervención armada, mientras se verificaba el fracaso de su política económica en China. En este ámbito argumentaba que era falso que la apertura del mercado chino produjera por sí misma un auge de la economía norteamericana y británica. De igual forma, revela las maquinaciones diplomáticas del gobierno para encubrir los verdaderos resultados de la guerra (Knauth, 1975).

Unos años después, la situación financiera de Marx no andaba bien. En esa coyuntura elaboró sus últimos escritos sobre China, en 1862, cuando la rebelión taiping se encontraba en franco retroceso. Se dedicó a estudiar las causas de este fracaso y concluyó que al igual que todos los movimientos asiáticos, los rebeldes chinos se distinguían por su orientación religiosa. En esa época fue perdiendo interés en seguir investigando sobre China. A pesar de que seguía confrontando la versión oficial del conflicto, pareció perder fuerza en los debates sobre el tema pues los hechos no se amoldaban al desarrollo de su pensamiento que concretaría al escribir *El Capital*, cinco años después. En esa obra se refiere varias veces a China pero de forma tangencial y para reseñar aspectos específicos en los que la nación asiática fue una referencia lejana, casi siempre enlazada a estudios generales sobre Asia, en los que analizaba a otros países junto a China. Engels, por su parte, hizo su última mención de China en 1894, en una carta dirigida a su amigo, el dirigente comunista

alemán Friedrich Sorge, al hacer mención del tercer volumen de *El Capital*, publicado un mes antes.

Aunque nunca lo dieron por imposible, lejos estaban los padres del socialismo científico de suponer que en China sus teorías serían puestas a prueba, y que sin pasar por el desarrollo capitalista, el pensamiento creado por ellos se haría carne de millones de ciudadanos bajo la tutela del Partido Comunista y el liderazgo de Mao Zedong, para impulsarlo a la toma del poder a mediados del siglo XX. Ya Vladimir I. Lenin había hecho importantes contribuciones al marxismo que también fueron estudiadas por los comunistas chinos. Sin embargo, se ha cumplido la profecía de Marx cuando casi cien años antes, en 1850, en la revista *Neue Rheinische Zeitung*, escribió: «Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su huida muy próxima a través de Asia lleguen al fin de la Muralla China, quién sabe si no leerán en la puerta la inscripción “République Chinoise: Liberté, Egalité, Fraternité”» (Knauth, 1975, pp. 42-43).

La introducción del marxismo en China¹⁶

Como ya fue mencionado, durante la última década del siglo XIX y primera del XX se introducen en China las primeras ideas políticas provenientes de Occidente, sin embargo el pensamiento socialista tiene una tardía aparición en el país. Parte importante de este hecho que contrasta con lo ocurrido en Europa o, incluso en el cercano Japón donde existía un partido socialista desde 1901, se debe a variadas razones, la más poderosa de las cuales es el profundo arraigo de una cultura y una filosofía milenaria propia que sirvió de freno a la «intrusión occidental». Casi en los estertores del siglo XIX, en 1898, tras el inaceptable Tratado de Shimonoseki, algunos pensadores intentaron transcribir ideas políticas occidentales adaptadas a la realidad china. Sin embargo, su pensamiento reformista y pertenencia a sectores sociales que adversaban la monarquía y entendían la necesidad de llevar adelante un proceso de modernización pero visualizándolo a partir de una réplica en China del modelo occidental, los llevó al fracaso, toda vez que el imperialismo europeo pretendía repartirse China para insertarla en la dinámica capitalista, impidiendo con ello el desarrollo autónomo del país.

En este contexto, en Japón fueron traducidas al chino las primeras obras marxistas que sirvieron para producir acalorados debates entre grupos de emigrantes. La primera de estas obras fue *El socialismo moderno* de Fukui Junzo, publicada en 1889 y traducida al chino en 1903 (Guillermaz, 1968). En 1906, el periódico de Sun Yat-sen en Japón publicó el *Manifiesto Comunista*, traducido por Chu Chih-hsin, uno de sus partidarios más radicales. No obstante, estas publicaciones eran escasamente divulgadas en China. Solo después de la caída de la monarquía se pudo llevar adelante una mayor distribución de publicaciones de autores marxistas, que solo alcanzará algún auge a partir de 1919. El anarquismo fue un precursor de las ideas socialistas en China, hasta que Chiang K'ang-hu y el propio Sun Yat-sen con bastante poco rigor metodológico y más basados en sentimientos que en posiciones de principios, asumieron su reivindicación de manera bastante dudosa pero permitiendo generar condiciones para un debate encaminado a la difusión del marxismo auténtico (Ob. cit.). Todo ello fue creando condiciones para el desarrollo de las acciones del 4 de mayo de 1919.

La influencia de la revolución bolchevique en Rusia en 1917 no tardó en hacerse sentir en China. Los elementos progresistas del país comenzaron a explorar un nuevo camino de esperanza en el futuro, es así que el 4 de mayo de 1919, el Movimiento de la Nueva Cultura o del 4 de mayo¹⁷ marcó un momento de auge en las luchas populares en el país. Desde 1915, cuando se había fundado en Shanghái la revista *Nueva Juventud*, se inició un gran debate de ideas y de sobresaliente actividad intelectual que llevó a la fundación de editoriales, asociaciones culturales, revistas¹⁸ y periódicos en casi todas las grandes ciudades del país, las que dieron un gran empuje a la lucha por la democracia y el avance de la ciencia (Martín Rios, 2012). Li Dazhao (1889-1927), oriundo de Hebei, entre los primeros propagadores del marxismo y uno de los fundadores del Partido Comunista de China, tomó como base la Universidad de Beijing para trabajar en el desarrollo del marxismo, por lo que es considerado el primer marxista chino. Todos estos hechos permitieron que esta doctrina, con los aportes leninistas incorporados, empezara a influir en sectores de obreros, lo cual contribuyó a que por primera vez en la historia de China agrupaciones de trabajadores convocaran

a una huelga política desde una perspectiva revolucionaria como parte del movimiento iniciado el 4 de mayo. De la fusión de estos dos componentes: clase obrera e intelectuales revolucionarios que estaban siendo influidos por los recientes sucesos en Rusia se comenzó a propagar la idea de que China debería avanzar hacia el socialismo bajo las banderas del marxismo leninismo. Esta fue la base para el desarrollo de una gran labor de propaganda y organización entre los trabajadores (Chiao-Mu, 1963).

En su libro *Sobre la Nueva Democracia*, Mao Zedong opinó que antes de 1919 la pequeña burguesía y la burguesía a través de los intelectuales ejercían la conducción de la revolución democrático-burguesa en China, toda vez que el proletariado no tenía la fuerza suficiente para ser un actor protagónico, conciente e independiente, pero después del 4 de mayo se produjo un cambio definitivo. A ese respecto Mao (1968) expresó que:

Después del Movimiento del 4 de mayo, la dirección política de la revolución democrático-burguesa de China dejó de pertenecer a la burguesía y pasó a manos del proletariado, aunque la burguesía nacional continuó participando en la revolución. El proletariado chino, gracias a su propio crecimiento y a la influencia de la Revolución Rusa, se convirtió rápidamente en una fuerza política conciente e independiente. Fue el Partido Comunista de China el que lanzó la consigna de «¡Abajo el imperialismo!» y planteó un programa consecuente para toda la revolución democrático-burguesa y él fue el único partido que llevó adelante la revolución agraria (p. 362).

Por supuesto, todo ello ocurrió con posterioridad porque el Partido Comunista de China aún no había sido fundado. No obstante, este artículo de Mao expone la idea leninista de que la cuestión nacional había comenzado a formar parte de la revolución mundial y en esa medida, la revolución china se insertaría en tal lógica, lo cual daba una explicación desde la perspectiva china al planteamiento de Vladimir I. Lenin quien en 1920, durante el II Congreso de la Internacional Comunista, había preparado un programa sobre la cuestión nacional y colonial (Chiao-Mu, 1963).

Esta creciente agitación y esfuerzo organizativo devino en una vertiginosa oleada de fundación de sindicatos y estructuras sociales de base, además de la multiplicación de cursos en escuelas de formación de cuadros de todo tipo, lo cual fue creando condiciones para la estructuración a partir de la primavera de 1920 de un partido marxista, coincidiendo con las intenciones de la III Internacional¹⁹ que en abril de ese año envió a uno de sus cuadros a China con la finalidad de ofrecer ayuda para la fundación del partido. En marzo se había creado la Asociación de Estudios de la Teoría Marxista en la Universidad de Beijing y en mayo la Sociedad de Estudios del Marxismo en Shanghái (Tang, 2012). En agosto, Chen Duxiu²⁰ (1879-1942) originario de Anhui contribuyó a la formación de la primera organización comunista de China, al tiempo que simultáneamente se creaban células comunistas en Shanghái, Beijing, Wuhan, Changsha, Jinan y Guangzhou, mientras se adelantaba el mismo proceso entre los emigrados chinos en Japón y Francia. Sus primeras tareas fueron la organización y el estudio del marxismo, sobre todo entre los obreros y campesinos, lo cual tuvo un efecto retroactivo en los intelectuales que habían asumido las ideas marxistas y las transmitían a los trabajadores²¹.

Finalmente, en julio de 1921 se reunió en la clandestinidad en Shanghái el Primer Congreso del Partido Comunista de China que tuvo carácter fundacional de esa organización, a pesar de que solo participaron trece delegados de los aproximadamente cincuenta miembros que tenía el partido en ese momento en todas las regiones del país y en Japón, mientras que el representante de los emigrados en Francia no pudo llegar. A ellos se agregaron los delegados de la Internacional Comunista, Maring y Nikolsky. Aunque se consideran fundadores del partido, Li Dazhao y Chen Duxiu no estuvieron presentes. La edad promedio de los participantes en el Congreso fue de 28 años (el mayor tenía 45 y el menor, 18). Los participantes presentaron informes de la situación de sus regiones, intercambiaron experiencias y discutieron acerca del programa del partido y un nuevo plan de acción que generaron muchos debates, pero finalmente llegaron a un consenso. El día 30 de julio el Congreso debió cambiar de sede por la llegada al lugar de la policía francesa, por lo que el evento debió concluir en una barca en el lago Nanhu, en la provincia

de Zhejiang. Allí se aprobó el Programa del Partido y se proclamó su fundación.

En los debates se pusieron de manifiesto distintas tendencias que iban desde el liquidacionismo que consideraba prematura la fundación del partido, hasta una corriente extremista que propugnaba la ruptura con el movimiento democrático nacional y la lucha inmediata por la dictadura del proletariado. No obstante, prevaleció la idea de construir el partido, realizar una intensa actividad sindical y colaborar con el gobierno de Sun Yat-sen. También fueron discutidos y aprobados los estatutos, subrayando que a pesar de las diferencias era necesario mantener la unidad de la nueva organización (Academia Político-Militar de Tung-Pei, 1959). Los estatutos establecían que el objetivo del partido era derrocar a la burguesía a partir del papel protagónico de los trabajadores para establecer un Estado de todo el pueblo, eliminando las diferencias de clases hasta su total supresión. Se adoptó como método de organización el centralismo democrático y una férrea disciplina. Se eligió la primera dirección en la que Chen Duxiu fue designado como secretario, Li Da encargado del trabajo de propaganda y Zhang Guotao como encargado de Organización.

La introducción del marxismo-leninismo y la fundación del Partido Comunista de China significaron un momento trascendente en la milenaria historia de este país que vivía rezagado de la dinámica mundial pero que contaba con una gran tradición cultural y un extraordinario arraigo histórico que iban a ser transformados a partir de una idea introducida desde Occidente. Ese era el reto que estaba asumiendo ese pequeño grupo de 50 militantes que se proponían desarrollar el país a partir del marxismo y la comprensión de sus particularidades. Ante todo, en ese momento se debía emprender el camino de la independencia nacional y la liberación del pueblo para mejorar sus condiciones de vida y materializar el bienestar como objetivo supremo. Mucho camino habría de recorrerse aún.

La historia milenaria de China iba a ser testigo a partir del siglo XX de una fusión entre el pensamiento milenario de Confucio y Mencio —quienes siempre denunciaron la explotación económica del pueblo— y el marxismo, una doctrina occidental introducida en China a comienzos de esa centuria. Ambas corrientes filosóficas coinciden en el rechazo a la concentración de la riqueza y al poder

económico en manos privadas, y las dos comparten la idea de que la gran propiedad debe estar en manos del Estado (Creel, 1976).

El pensamiento de Mao Zedong

La etapa que va desde la fundación del Partido Comunista de China (PCCh) hasta la creación de la República Popular en 1949 es conocida como el período de la Revolución de la Nueva Democracia. El PCCh tuvo que enfrentar diversos retos que pusieron en tensión su capacidad de resistir los avatares de las situaciones creadas y avanzar hacia el logro de los objetivos propuestos. Durante estos años se llevó adelante la Guerra de la Revolución Agraria, la Guerra de Resistencia contra la invasión japonesa y la Guerra de Liberación Nacional²².

Esta fue una época de gran crecimiento de las luchas obreras en las que el PCCh promovió asumir la conducción de los grandes movimientos huelguísticos de los años 1922-1923, en cumplimiento de los acuerdos del II Congreso del partido realizado en julio de 1922. Los comunistas se propusieron avanzar hacia su unificación con el partido Kuomintang en el poder con el objetivo de ensanchar la base social de apoyo a la revolución democrática —antiimperialista y antifeudal— buscando alianzas entre la clase obrera y otras fuerzas democráticas, lo cual tenía el visto bueno del expresidente y líder del Kuomintang Sun Yat-sen proclive a este acercamiento. El Tercer Congreso del PCCh se realizó en junio de 1923. Su impronta estuvo marcada por una fuerte lucha ideológica en torno a la defensa de la línea política trazada y en contra de los puntos de vista de quienes por un lado pretendían ceder el protagonismo a los sectores burgueses y, por otro, aquellos que asumían un «purismo ideológico» que rechazaba la alianza con el Kuomintang (Chiao-Mu, 1963).

En julio de 1927 —como consecuencia de presiones de grupos en ambos partidos— se rompió la alianza que exitosamente había hecho avanzar la república en sus primeros años de existencia. Pudo más el empuje de fuerzas reaccionarias que no pudieron ser exitosamente contrarrestadas por la dirección débil del PCCh a cuya cabeza estaba Chen Duxiu. El Kuomintang, dirigido desde el fallecimiento de Sun Yat-sen en 1925 por Chiang Kai-shek, devino en una organización

al servicio de los grandes propietarios agrícolas e industriales y del capital transnacional. En este contexto emergió Mao Zedong como líder del PCCh instando a la profundización del marxismo-leninismo como ideología conductora de los comunistas pero entendiendo que este debía ser adaptado a las condiciones chinas. Este marco posibilitó que Mao propusiera el cambio del epicentro del trabajo del partido de la ciudad al campo, con el fin de «cercar» los espacios urbanos desde las zonas rurales y hacer un trabajo mucho más profundo al interior de las Fuerzas Armadas para atraerlas a la senda de la revolución, para lo cual era necesario construir el gran ejército del pueblo, formado por campesinos y soldados que llevaran al país a la victoria. En agosto de ese año, el Buró Político del Partido aprobó la política de trabajar a favor de la revolución agraria y el levantamiento armado, bajo la consigna «Es el Partido quien manda el fusil», creando el Ejército Rojo de obreros y campesinos. Sin embargo, la guerra se desarrolló en un ámbito crítico al que el PCCh respondió con la realización de un gran movimiento estratégico denominado la Gran Marcha, ya bajo la conducción política y militar de Mao Zedong (Tang, 2012).

Los años que van de 1927 a 1937 fueron complicados en extremo para el PCCh pero de cara al futuro mostraron la consolidación del liderazgo de Mao Zedong a la cabeza del partido. Debieron superar numerosos errores frente a la colosal ofensiva del gobierno dirigido por el Kuomintang que se había propuesto derrotar definitivamente a los comunistas que se encontraban francamente a la defensiva. La Unión Soviética comenzó a ejercer una influencia negativa en las decisiones del PCCh y lo que había sido una amistosa relación de camaradas se convirtió en un problema difícil de resolver. Así mismo, se desarrolló una corriente de ultraizquierda que planteaba la idea de asaltos militares contra las grandes ciudades, basados en un deseo más que en la capacidad real de realizarlos con éxito. Los comunistas debieron pasar a la más absoluta clandestinidad en las ciudades, mientras fortalecían el ejército campesino en el sur del país. El sector prosoviético se apoderó de la dirección del partido y Mao fue destituido de su cargo, acusado de desviaciones; incluso se le amenazó con la expulsión de sus filas (Lew, 1978). La Gran Marcha llevó a la fundación de un pequeño soviét en Shensi en el norte del país, a imagen y semejanza de los que se estaban construyendo por miles en Rusia, que daría origen a

otras organizaciones similares en Ouhan y Kiangsi. Mao logró que la situación de derrota que condujo a la Gran Marcha se transformara en el imaginario popular en una victoria de resonancia mitológica que le dio gran brillo al PCCh después de una etapa verdaderamente difícil (Chiao-Mu, 1963), en la que pasó de alrededor de 300 mil miembros en 1930-1932 a un conglomerado muy reducido en 1934-1935, confinado a un pequeño sector del norte desértico del país.

Se puede decir que es en esta época cuando comienza a surgir el maoísmo (que en China se conoce como «Pensamiento de Mao Zedong») como doctrina política que se arraiga en China y se expande por todo el planeta, dando origen incluso a partidos políticos que asumen esa denominación. En medio de una situación muy crítica, Mao esboza —dentro del pensamiento marxista-leninista tradicional— una teoría original basada en la idea de que en un país atrasado como China, en condiciones de una economía semifeudal, en esta etapa de la lucha, el papel fundamental lo deben jugar los campesinos y los comunistas deben desarrollar su trabajo de manera exclusiva al interior de esa clase, por ello transforma la reforma agraria en su principal bandera permitiendo que el partido pudiera captar millones de nuevos militantes²³.

Durante la guerra de resistencia contra la agresión japonesa, iniciada en 1931, una vez más el PCCh entendió que debía desarrollar una política de frente nacional único contra el invasor y promovió activamente por segunda vez el planteamiento táctico de coordinación con el Kuomintang, llamando a sus combatientes y militantes a transitar de la guerra agraria a la guerra de resistencia, iniciando así una nueva etapa en el país. A partir de 1937 la invasión japonesa a China adquirió un nivel superior que condujo a una respuesta similar de parte de los chinos, desatando la Guerra de Resistencia de toda la nación china en contra del fascismo. El PCCh movilizó a sus bases para atacar al ejército japonés desde la retaguardia mientras el Ejército Rojo en unidad con el ejército nacional golpeaba a las Fuerzas Armadas japonesas. De esa manera los combates fueron evolucionando de la defensa estratégica al equilibrio estratégico y de ahí a la ofensiva estratégica que condujo a la completa derrota del imperialismo japonés. La confrontación contra Japón le permitió al PCCh transformarse en un gran partido de 1,2 millones de militantes, con un ejército popular de 1,32 millones

de soldados y una milicia de 2,6 millones de miembros que además contaban para ese momento con una gran experiencia en la organización y realización multisectorial de la guerra, con la participación de sus tropas, oficiales, estados mayores y sus aseguramientos logísticos y de combate. Luego de la victoria, el pueblo chino suponía que se mantendría la cooperación entre los dos partidos que lucharon juntos contra el invasor, marco en el cual el PCCh aspiraba a la creación de un gobierno de unidad nacional que diera estabilidad, paz y democracia al país. Sin embargo, ya en junio de 1946, menos de un año después de la derrota japonesa, el Kuomintang atacó con un poderoso ejército las bases ocupadas por los comunistas dando fin al segundo período de cooperación, lo que a su vez inició la guerra civil en el país. Como respuesta, el PCCh profundizó la reforma agraria, llevándola a nuevas regiones del país, ensanchando su base social de apoyo y estableciendo alianzas con otros partidos democráticos para el combate contra el gobierno del Kuomintang. En 1948 se produjo un cambio radical en la correlación de fuerzas militares. El Ejército Rojo, contando con la incorporación de unidades militares del gobierno que se sublevaron al Kuomintang, emprendió la batalla decisiva hacia la conquista del poder, hasta que el 23 de abril de 1949 el Ejército Popular de Liberación ocupó Nanjing, capital de la república en ese momento, y proclamó la derrota del Kuomintang que se refugió en la isla de Taiwán. El 1° de octubre de ese año los comunistas asumieron definitivamente el control del Estado y proclamaron en Beijing la República Popular China, procediendo a formar gobierno para dar cumplimiento a los objetivos trazados desde su fundación en 1921 (información obtenida en el Museo de la Revolución de Yan'an). El PCCh supo aplicar de manera creadora los principios marxistas-leninistas sin apearse a ellos como un dogma sino realizando modificaciones de acuerdo con las características propias del país, haciendo un significativo aporte a la teoría revolucionaria de la lucha por el poder, simultaneando diferentes formas de lucha en diversos escenarios y renovando por completo la doctrina marxista que asumía que la clase fundamental para la toma del poder por vía revolucionaria era la clase obrera y que los países debían pasar por una fase de desarrollo capitalista avanzado para generar las condiciones propicias que permitieran obtener ese logro. Deutscher (1971) lo explica de la siguiente forma:

Ningún manual marxista ha podido prever una combinación tan original de factores nacionales e internacionales en una revolución. El maoísmo no se adapta a ningún esquema teórico preconcebido. ¿Refuta esto al marxismo en sus análisis de la sociedad en su concepción de socialismo? Cuando Marx y Engels hablaban de la clase obrera como del agente por excelencia del socialismo, presuponían evidentemente la presencia de esta clase. Su idea no se aplicaba a una sociedad pre-industrial en la que no existiera aquella clase. Hay que recordar que ellos mismos señalaron esto más de una vez y que incluso previeron la posibilidad de una revolución del tipo de la revolución china (p. 43).

Sin duda, los comunistas — con Mao a la cabeza — supieron interpretar la larga tradición filosófica china como fundamento para romper con los credos e innovar de manera relevante en el proceso de construir un basamento teórico para llevar adelante los objetivos propuestos.

Una filosofía para la conducción del Estado

Los años posteriores a 1949 en los que se implementó la construcción de la «Nueva Democracia»²⁴ en China se caracterizaron por la profundización de la reforma agraria como método de incorporación de sectores ajenos a los avatares de los últimos años en un país tan extenso. Los dirigentes chinos sabían que el eje de desarrollo no podía mantenerse eternamente en el campo y que si querían transformar el país debían producir una gran Revolución Industrial en la que el papel principal correspondería a los obreros urbanos. Así mismo se avanzó en la institucionalización del país, creando la Asamblea Política Consultiva de toda China y la Asamblea Popular. Mientras tanto, el país se encontraba en una situación extremadamente crítica en materia económica, al tiempo que sufría un severo aislamiento internacional debido a que las potencias se negaban a reconocer al nuevo gobierno que tomó medidas drásticas en materia de lucha contra los monopolios y los terratenientes. La mayor parte de las empresas fueron estatizadas, lo cual es interpretado como el paso de la «Nueva Democracia» a la «construcción del socialismo» (Lew, 1978). En 1953 se trazó la línea general para el período de transición, concebido como una etapa

prolongada en la que se debía lograr la industrialización socialista y la transformación de la agricultura, la artesanía, el comercio y la industria en general. En lo básico las medidas propuestas fueron culminadas en los albores del año 1956 cuando se realizó el VIII Congreso del PCCh que decidió establecer como tarea fundamental el desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo, lo cual significaba un gran reto en un país tan atrasado como China y con un desequilibrio tan grande entre sus diferentes regiones.

Sin embargo, a partir de 1957 el país se vio estremecido por la instrumentación de medidas erróneas en el manejo de contradicciones internas que condujeron a decisiones voluntaristas y superficiales en la conducción de la economía, produciéndose además excesos y una represión generalizada contra aquellos que se atrevieron a insinuar o hacer público un planteamiento crítico respecto de lo que se dio en llamar la Gran Revolución Cultural Proletaria conducente a un grave retroceso en la economía, la política y la convivencia social, generando un gran revés para el socialismo y un retroceso superlativo en el proceso de desarrollo económico que vivía el país. La Gran Revolución Cultural Proletaria ideada y dirigida personalmente por Mao se concebía como una gran revolución en la superestructura para aplastar el revisionismo, recuperar el poder que se había perdido a favor de la burguesía, ejercer la dictadura del proletariado en la superestructura y fortalecer la base económica del socialismo (Lin, 1971). En 1958, Mao lanza el Gran Salto Adelante como consigna para acelerar la construcción del socialismo a partir del incremento de la industria y la agricultura a partes iguales, acompañándola con la creación de comunas populares con base en la estructura familiar, combinando así ambas esferas de la economía (Martín Rios, 2012). Sin embargo, nuevamente estuvo presente un alto espíritu voluntarista que violentó el exitoso proceso previo, sobre todo en el campo, donde se organizó un modelo propio alejado de la fracasada concepción soviética en esta materia. En China, la política hacia el campo había permitido mejorar las condiciones de vida de millones de campesinos, aumentando la producción agrícola en beneficio de todo el país. Todavía el primer plan quinquenal concebido como una copia del soviético fue exitoso en cuanto a las metas logradas, no obstante, ya en 1956 y en el preludeo del segundo plan quinquenal, Mao anunció la necesidad de romper con las concepciones estalinistas

y en esa medida establecer un modelo propio. Este fue el marco del «Gran Salto Adelante» y la «Gran Revolución Cultural». Solo en 1969 Mao reconoció el fracaso de esas propuestas, ambas plagadas de autoritarismo, imposición, burocracia y el planteamiento de metas imposibles de alcanzar, cuyas consecuencias fueron la persecución y la exclusión. El PCCh se vio obligado a una retirada apresurada que causó un grave retroceso y una pérdida de la autoridad de Mao como líder indiscutido de China, lo cual hizo surgir grupos y corrientes que a futuro auguraban la posibilidad de una gran inestabilidad (Lew, 1978). A pesar de que sobrevino una situación de caos, la aparición de figuras como Liu-Shaoqi —quien fue acusado de revisionista, depuesto de sus cargos, expulsado del partido comunista y acusado de traidor— y sobre todo Deng Xiaoping —que comenzó a imponer el orden en la implantación de las políticas del gobierno y el funcionamiento regular de la burocracia del Estado— permitieron al país a finales de la década de los setenta del siglo pasado comenzar a superar la situación de crisis y prepararse para una transformación profunda.

Con todo, China había logrado grandes éxitos al crear un sistema industrial y un sistema económico independiente que permitió emprender el lento despegue de su condición de país atrasado y pobre. En este período creció la producción industrial, se crearon grandes sectores de empresas emergentes sobre todo en el área industrial donde China creció 25 veces más que en los últimos cien años, mejoró notablemente el riego al construir gigantescas obras hidráulicas que incorporaron a la producción vastos territorios agrícolas, se desarrolló ampliamente el transporte y las comunicaciones llevando por primera vez las vías férreas a zonas remotas de la frontera, se generalizó la educación disminuyendo el analfabetismo a cifras muy inferiores a las que existían solo unos años antes y se crearon cientos de universidades que proveyeron al país de personal técnica y científicamente capacitados para los nuevos retos del desarrollo, se modernizó la defensa nacional y se lanzó al espacio el primer satélite artificial, todos estos logros aunados a la gran experiencia obtenida en el proceso de institucionalización del Estado crearon condiciones que pusieron de manifiesto la necesidad de una reforma y una apertura mayor al exterior (Tang, 2012).

El aporte filosófico de Deng Xiaoping. El socialismo con características chinas

La III sesión plenaria del XI Comité Central celebrada en 1978 acogió la histórica decisión de introducir la construcción socialista, la reforma y la apertura al extranjero como ejes fundamentales del trabajo del Partido y el Estado, dando así inicio al más trascendental viraje de la historia de la República Popular China. Este proceso, dirigido por Deng Xiaoping, se propuso estudiar la experiencia socialista en el país y en el exterior con el fin de elaborar principios básicos encaminados a perfeccionar un sistema de mercado socialista que echaba por la borda fundamentos enarbolados por el PCCh desde su fundación. Tal tarea se debió asumir con gran coraje y valentía política, toda vez que significaba derrumbar sólidos pilares sobre los que se había erigido el soporte político del gobierno y el Estado. La propuesta fundamental era construir el socialismo con peculiaridades chinas, avanzar hacia la modernización del país a partir de la reforma del sistema político y la apertura al exterior de una sociedad que había permanecido bastante cerrada históricamente, en particular en los últimos 30 años. Se trataba también de enmendar errores para superar barreras que permitieran construir un sistema económico abierto al exterior, a fin de que China comenzara una etapa de inserción en el mundo del futuro desde una posición protagónica²⁵. El cambio produjo un resurgir cultural especialmente en el área de la educación, pero lo más importante fue la liberalización de la economía y la aceptación de la inversión extranjera en las empresas del país: se crearon las Zonas Económicas Especiales para competir con los mercados internacionales, se descolectivizó la agricultura y se volvió al tradicional y milenario sistema de organización familiar en las zonas rurales, tomando nuevamente los campesinos el control de sus tierras, todo lo cual impulsó la economía llevándola a un crecimiento continuo a partir de ese momento. En 1981 se estableció la política de planificación familiar, permitiendo solo un hijo por familia, con excepción de las minorías que no estaban comprendidas en esta medida con el fin de garantizar su protección y crecimiento (Martín Ríos, 2012). No obstante, el modelo político no sufrió transformaciones impidiendo así cualquier posibilidad de introducir el sistema político occidental ajeno a la tradición, la cultura y la práctica política de China.

En el discurso de inauguración del XII Congreso Nacional del Partido Comunista de China el 1° de septiembre de 1982, Deng Xiaoping (1984) caracterizó el momento como:

...un importante período de desarrollo de la historia de nuestro Partido y de nuestro país. En este período, nuestro pueblo afronta las siguientes tres grandes tareas: acelerar la modernización socialista, esforzarse por reunificar la patria reincorporando Taiwán a su seno y luchar contra el hegemonismo y en defensa de la paz mundial. El meollo de estas tres tareas es la construcción económica, que constituye la base para resolver los problemas que afrontamos en el ámbito nacional e internacional. Durante un largo período venidero, por lo menos en las dos décadas que restan hasta fines del presente siglo, debemos empeñarnos en las siguientes cuatro tareas: efectuar la reforma de los organismos y de las estructuras orgánicas de la economía, y revolucionar el contingente de cuadros, rejuvenecerlo, dotarlo de conocimientos culturales y capacitarlo profesionalmente; fomentar la civilización socialista en lo espiritual; asestar duros golpes a las actividades delictivas antisocialistas que se cometen en el campo económico y en otros dominios, y rectificar el estilo del Partido, consolidar sus organizaciones sobre la base de un estudio concienzudo de los nuevos Estatutos del Partido. He aquí la garantía más importante para que podamos perseverar en el camino socialista y concentrar nuestras fuerzas en la obra de la modernización (pp. 454-455).

Después de la IV sesión plenaria del XIII Comité Central del PCCh, realizada en 1989, Jiang Zemin —quien fue elegido como presidente de la República Popular China en 1993— dio continuidad al ideario de Deng Xiaoping expandiendo el sistema económico de mercado socialista, ampliando la apertura y creando el principio de «triple representatividad». En el XVI Congreso del PCCh Jiang reiteró la idea de las tres representaciones al decir que «el PCCh debe ser fiel representante de las demandas que plantea el desarrollo de las fuerzas productivas sociales avanzadas de China, del rumbo que ha de tomar su cultura avanzada y de los intereses fundamentales de sus masas populares más amplias» (Jiang, 2002). La triple representatividad,

junto al pensamiento de Mao Zedong y el de Deng Xiaoping, son considerados parte del fundamento ideológico de la República Popular China de cara al siglo XXI.

NOTAS

- ^{1.} El Tao o Dao se define como el camino que debe transitar el ser humano en la vida. Es una acepción acabada, según el filósofo Tang Junyi, exponente del Nuevo Confucianismo, pero que a su vez recibió gran influencia de Platón y Hegel. La palabra Tao tiene seis sentidos principales: 1. Como principio, modelo u orden inherente a una acción. 2. Como realidad que existe en el orden metafísico del ser. 3. Como transición de un concepto filosófico del universo a una expresión religiosa. 4. Como poder activo. 5. Como modelo de acciones y responsabilidad moral, y 6. Como el camino de las cosas y del hombre (Dañino, 2013).
- ^{2.} *El Libro de los Cambios* o *Yiching* es posiblemente la obra que mayor influencia ha tenido no solamente en la filosofía china, también en la literatura, la historia y las ciencias sociales. Su comprensión total y las consecuencias de su contenido ha sido labor de un reducido número de especialistas que hasta el día de hoy tampoco han podido llegar hasta el fondo de su interpretación, teniendo en consideración que es un libro escrito hace 4.000 años con un lenguaje cifrado, para iniciados. Numerosas escuelas de pensamiento se han derivado de su contenido, siendo aceptado como la obra número 1 entre los libros clásicos de la filosofía china. Es considerado un libro de «adivinación» por la complejidad de los ocho trigramas o combinaciones de los ocho elementos: piedra, metal, seda, bambú, madera, piel, calabaza y tierra. Al combinar por parejas estos ocho trigramas, se obtienen los 64 hexagramas del Yiching. El resultado de su lectura va a responder al momento presente en relación con el universo y la conducta que conviene para armonizar con él, de manera tal que la lectura de los mismos hexagramas no necesariamente va a arrojar respuestas similares si las mismas se hacen en momentos distintos, dependiendo a su vez de cómo se manifieste en ese momento su relación armónica. De manera que, a pesar de ser aceptado como un libro de «adivinación», esto no tiene relación con un futuro inmediato sino con la sincronización en sentido filosófico entre el hombre y el universo (Dañino, 2013).
- ^{3.} Mencio nació en el reino de Zhou, actual provincia de Shandong, alrededor del año 371 a.C. y falleció en 289 a.C. (sin que esta fecha haya podido ser verificada). Estudió el confucianismo a través de un discípulo de un nieto del Maestro. Escribió los siete libros de Mencio que es considerada junto a las Analectas de Confucio, *La Gran Sabiduría* y *La Doctrina del Medio*, las cuatro obras fundamentales que durante más de dos mil años han servido de base a la formación en las ideas de Confucio y de la filosofía china. Es considerado un representante del ala «idealista» del confucianismo.
- ^{4.} Algunos autores —como Creel (1976)— afirman que no se sabe con certeza que este libro sea obra de Mozi en su totalidad. Este autor dice que es muy probable

que algunos capítulos fueran escritos por sus discípulos, otros son interpolaciones posteriores al texto y uno de ellos (el 39) es apócrifo y añadido en un momento posterior al de su escritura. De los 71 capítulos iniciales de la obra, 18 se encuentran perdidos en la actualidad.

5. La idea de «amor universal» guarda cierta similitud con el concepto occidental de filantropía.
6. «Dejar hacer» en francés, que significa «dejen hacer, dejen pasar». Modernamente se utiliza para referirse a permitir una total libertad en la economía, es decir libre mercado, libre producción, bajos o nulos impuestos, flexibilización laboral y mínima intervención del Estado en la economía.
7. En los libros traducidos al español, esta escuela es denominada indistintamente como legalista o como legista.
8. Esto da origen a su nombre, que surge de la denominación china «fachia», es decir «Escuela de las Leyes».
9. Indistintamente es conocido como Sun Zi, Sunzi, Sun Tse o Sun Tzu en la traducción de sus obras al español.
10. *El arte de la guerra* es un libro compilado en trece capítulos y considerado el primer tratado militar del mundo antiguo. A su autor le fue concedido el grado de general del ejército del Reino de Wu por conducir las tropas al éxito.
Este manual le otorga a la guerra una importancia de orden supremo. Estudia el desarrollo de la guerra en cinco aspectos: la justicia, las condiciones meteorológicas, el terreno, la capacidad de mando y la organización de las fuerzas militares. Así mismo sintetiza métodos y principios estratégicos de la guerra. La obra permite interpretar la guerra como la unificación y la mutación de las contradicciones, combinando teoría y tácticas militares de manera flexible de acuerdo con cada situación.
Esta obra fue llevada fuera de China entre los siglos VII al X, concretamente a Japón a mediados del siglo VIII y a Corea en el siglo XV. A finales del siglo XVIII fue traducida al francés y publicada en París. En 1860 fue publicada en ruso y posteriormente en decenas de otros idiomas. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el mariscal británico Bernard Law Montgomery opinó que *El arte de la guerra* debía ser estudiado en todas las academias militares del mundo. Es de hacer notar que esta obra ha trascendido el ámbito militar y hoy se estudia en los campos de la política, la economía, la cultura y la diplomacia.
11. La información sobre la vida y la obra de Xuanzang es bastante diversa y difusa. Varios textos consultados difieren en cuanto al año de su nacimiento, entre 599 y 602. De igual forma, no hay una opinión única en cuanto a la duración de su viaje a India, países visitados durante el mismo y la cantidad de obras budistas que trajo de India, así como las escritas y las traducidas.
12. Literalmente «gran vehículo». Es una corriente del budismo que se creó en India en los primeros siglos de nuestra era. Su diferencia más esencial con el budismo primitivo (Hinayana) es el lugar que le concede al «estado de iluminación» (*bodhisattva*) que es un ser que se ha capacitado para entrar en el nirvana (consecución de la dicha que permite la absorción e incorporación del individuo en la esencia divina) y convertirse en Buda, pero que voluntariamente rechaza ese privilegio para continuar entre los

seres del universo no iluminados y trabajar en su salvación. En el Mahayana se va a encontrar un alto grado de especulación metafísica.

13. Filósofo alemán (1788-1860). Sus ideas tienen una profunda influencia kantiana, además sirvió como vínculo entre la filosofía occidental y la oriental, en primera instancia con el budismo y el taoísmo.
14. Fue un filósofo, pedagogo y psicólogo estadounidense (1859-1952), considerado por algunos el más importante de la primera mitad del siglo XX. Fue el fundador de la escuela del pragmatismo y un convencido de que la democracia plena solo se podría alcanzar a través de la educación y la existencia de una sociedad civil activa y pujante.
15. Henry Bergson fue un filósofo francés (1859-1941), ganador del premio Nobel de Literatura 1927. Bergson defendió la independencia de la filosofía respecto de otras ciencias.
16. Algunos de los hechos que se estudiarán a partir de esta sección están expuestos en el capítulo anterior, sin embargo quise volver a ellos porque en el capítulo 1 se presentan en un marco histórico, mientras que ahora se develan con la intención de mostrar el desarrollo continuo del pensamiento filosófico chino.
17. Este nombre fue tomado de la gran manifestación que se realizó ese día y en la que participaron de manera destacada estudiantes de la Universidad de Beijing para protestar por la firma del gobierno chino del *Tratado de Versailles*.
18. Se destacaron las revistas *El crítico semanal*, *El crítico de Chekiang*, *El crítico de Kiang-si* y de Hunan, esta última publicada por Mao Zedong en la provincia del mismo nombre.
19. La Internacional Comunista, también conocida como III Internacional fue una organización fundada en marzo de 1919 por iniciativa de Lenin y el Partido Comunista de Rusia (bolchevique), que agrupaba a los partidos comunistas de distintos países y cuyo objetivo era luchar por la supresión del sistema capitalista, la dictadura del proletariado y la República Internacional de los Soviets, así mismo se proponía la completa abolición de las clases y la realización del socialismo, como primer paso a la sociedad comunista, como fijaban sus estatutos.
20. En el «Movimiento del 4 de mayo» devino dirigente en lo que se denominó Movimiento de la Nueva Cultura. Fue uno de los fundadores del Partido Comunista de China, sin embargo fue excluido del partido en noviembre de 1929.
21. Buena parte de esta información fue obtenida por el autor durante sus visitas a Shanghái en agosto y diciembre de 2016, en ocasión de realizar sendas visitas guiadas a la casa (hoy museo) donde se fundó el Partido Comunista de China en Shanghái, ubicada en la antigua calle Wangzhi N° 106 de la Concesión Francesa de Shanghái (hoy calle Xingye N° 76).
22. Hablar de revolución china es hablar de un fenómeno largo y complejo que podría abarcar un proceso de un siglo de duración. Como todos los fenómenos políticos de la historia china, la «larga duración» es una característica propia y particular, por lo cual es muy difícil establecer cuando dio inicio «la revolución china». En ese sentido, el 1° de octubre de 1949 podría considerarse solo como el día en que se comenzó a establecer de forma institucional un conjunto de transformaciones que se habían gestado muchas décadas atrás. La importancia de este nuevo período fue que China

inició un esfuerzo por tomar conciencia de sus problemas y valorar el largo camino que se iniciaba para convertir las aspiraciones milenarias de su pueblo en hechos concretos (Colloti Pischel, 1966).

23. Esta información fue obtenida por el autor durante un viaje a China en octubre de 2015, visitando durante cuatro días la ciudad de Yan'an, considerada la Cuna de la Revolución China. En esta ciudad con rango de prefectura, ubicada en la central provincia de Shaanxi, se encuentra el Museo de la Revolución China. Entre sus cantones está Zhidan, antes conocido como Bao'an que fue la capital de los comunistas chinos al concluir la Gran Marcha y el lugar donde permaneció el Comité Central del Partido Comunista de China entre 1935 y 1948, cuando iniciaron la ofensiva que lo llevó a la toma del poder político en el país. En los alrededores de la ciudad se establecieron áreas para el entrenamiento militar de los soldados del Ejército Rojo y los militantes del PCCh. Así mismo, Mao Zedong utilizó el territorio agrícola de la ciudad como experiencia piloto de producción agrícola después de realizada la reforma agraria, instruyendo a los campesinos en un modelo novedoso de organización, producción y comercialización de los beneficios del campo, que se habría de poner en funcionamiento en todo el país una vez que tomaran el poder.
24. Solamente a partir de la celebración del VIII Congreso del PCCh en 1956 se comienza a hablar en China de revolución socialista para caracterizar al período iniciado en 1949.
25. Para recrear este período señalo aquí mi especial reconocimiento al invaluable aporte prestado por el profesor Wu Zhihua en Beijing durante largas horas de conversaciones con él en ocasión de mis viajes a China de marzo y octubre de 2015.

CAPÍTULO III

Hacia el siglo XXI. La construcción del socialismo con peculiaridades chinas

Contexto

«La década del 80 constituye un importante período de desarrollo de la historia de nuestro Partido y de nuestro país.

En este período, nuestro pueblo afronta las siguientes tres grandes tareas: acelerar la modernización socialista, esforzarse por reunificar la patria reincorporando a Taiwán a su seno y luchar contra el hegemonismo y la paz mundial. El meollo de estas tres tareas es la construcción económica, que constituye la base para resolver los problemas que afrontamos en el ámbito nacional e internacional.

Durante un largo período venidero, por lo menos en las dos décadas que restan hasta fines del presente siglo, debemos empeñarnos en las siguientes cuatro tareas:

- efectuar la reforma de los organismos y las estructuras orgánicas de la economía y revolucionar el contingente de cuadros, rejuvenecerlo, dotarlo de conocimientos culturales y capacitarlo profesionalmente;
- fomentar la civilización socialista en lo espiritual;
- asestar duros golpes a las actividades delictivas antisocialistas que se cometen en el campo económico y en otros dominios,
- y rectificar el estilo del partido y consolidar sus organizaciones sobre la base de un estudio concienzudo de los nuevos Estatutos del partido.

He aquí la garantía más importante para que podamos perseverar en el camino socialista y concentrar nuestras fuerzas en la obra de la modernización».

DENG XIAOPING

Discurso de apertura del XII Congreso del Partido
Comunista de China, 1° de septiembre de 1982

Entre los años 1966 y 1976 la Gran Revolución Cultural china significó un retroceso de proporciones calamitosas para el país. En octubre de ese último año el grupo que había usurpado el poder fue definitivamente desplazado toda vez que la deformación «izquierdista» en el manejo de la sociedad y el Estado y en particular de la economía destruyó todos los avances alcanzados en materia de desarrollo económico, en especial en el área de modernización industrial¹. Se calcula que las pérdidas de la economía nacional ascendieron a alrededor de 260 mil millones de dólares de Estados Unidos² (Cao y Sun, 2011). No obstante, otro mal de carácter estructural aquejaba al país: la economía fuertemente planificada que, en plena expansión, limitaba el crecimiento de una

población que aspiraba a mejorar sus condiciones de vida, al tiempo que el poder de decisión económica se encontraba centralizado de manera excesiva por lo que las empresas no podían tomar determinaciones respecto de sus planes y proyectos, lo cual además conducía a trabas de carácter burocrático que constreñían el uso de recursos, paralizando el crecimiento de la economía. Todo ello fue mermando la eficiencia en la economía y, como consecuencia, afectando las condiciones de vida de la población en tanto sus ingresos no alcanzaban y fenómenos como la escasez y el racionamiento comenzaron a hacer general el malestar en los ciudadanos. En 1978 25% de la población vivía por debajo de la línea de pobreza, todo lo cual era expresión de que algo no estaba funcionando bien y que la economía planificada —contrariamente a lo que se había pensado— no permitía por sí sola elevar los niveles de vida de la población (Xie, 2012). Expresión clara de esta situación es que ese año el PIB per cápita de China era de solo 127 dólares estadounidenses, en comparación con los 9.687 dólares de ese país, es decir 76 veces el de China, el de Alemania Occidental era 81 veces y el de Japón 66 veces superior al de China que se ubicaba en los últimos puestos mundiales en la lista de 190 países a la par de los más atrasados y los para entonces recién salidos de la situación colonial como Zaire (Ob. cit.).

Ya en 1977 las provincias de Anhui y Sichuan pusieron en práctica una nueva modalidad de producción al ensayar un sistema privado para la responsabilidad y puesta en marcha de la producción agrícola que condujo a un considerable aumento en la producción. En el cuarto Plenario del Comité Central del PCCh se aprobó un documento denominado «Cuestiones relativas al aceleramiento del desarrollo agrícola», el cual se orientaba a apuntalar el novedoso y exitoso sistema de producción rural privado. Para colaborar con el espíritu de apertura que se abría en el país, en mayo de 1978 la Escuela de Cuadros del PCCh publicó en la revista *Tendencias Teóricas*, el artículo «La práctica es el único criterio para descubrir la verdad», reproducido en todo tipo de publicaciones a lo largo y ancho del país, y en el que se invitaba a debatir francamente y sin cortapisas sobre la realidad y los problemas (Dañino, 2013). Estas actividades fueron creando condiciones para la realización de una discusión en el seno del Partido que acogiera las demandas crecientes de la sociedad, las que se habían transformado en una necesidad para la sobrevivencia en lo inmediato pero que debían

proyectar el futuro a través de medidas concretas que dieran cuenta de la difícil realidad y ofrecieran un camino para salir del marasmo y transformar el país desde el punto de vista de los objetivos estratégicos que se habían propuesto al fundar la Nueva China en 1949 y que se encontraban estancados.

A finales del año 1978 el Partido Comunista de China celebró la Tercera Sesión Plenaria de su Comité Central que discutió acerca de la necesidad de corregir en profundidad los errores del izquierdismo, de la Revolución Cultural y del modelo económico, poniendo el énfasis en la modernización socialista de la economía, así como esbozando los pilares sobre los que se habría de construir el socialismo con peculiaridades chinas. Con ello dio inicio a la política de «Reforma y Apertura» basada en las cuatro modernizaciones que había enunciado Zhou Enlai y que Deng Xiaoping adoptó como directrices para el desarrollo de China en agricultura, industria, defensa y en ciencia y tecnología (Tamames, 2008).

Al hacer un análisis de las enseñanzas que su padre había tomado de la Revolución Cultural, Deng Rong (2002) lo explica con minucioso detalle:

Las reformas estructurales económicas instituidas después de la Revolución Cultural estaban en armonía con las fuerzas productivas y las relaciones de producción. A medida que las relaciones de producción se ponían en orden y se ajustaban, y las fuerzas productivas eran valoradas nuevamente, se determinó que la construcción económica era el centro de la etapa inicial del socialismo. La condición precedente a la reestructuración económica era la sobria afirmación de que China solo estaba en una etapa inicial del socialismo. Nuestro nivel de producción era bajo; nuestra ciencia y tecnología se habían estancado. Una mejora en el sustento de las personas se había obstaculizado por un sistema económico anticuado. Nuestra reforma tenía que ser audaz pero gradual, teníamos que blandir una gran hacha pero con sumo cuidado, aprovechar cada oportunidad pero debíamos ser cautelosos en nuestro camino, avanzar contantemente pero mantenernos vigilantes a los cambios de tiempo (p. 510).

Como parte de las variaciones políticas que se avecinaban, en febrero de 1980 el Quinto Plenario del Comité Central del PCCh rehabilitó con carácter póstumo a Liu Shaoqi y a todos aquellos dirigentes que habían sido víctimas inocentes de la «Banda de los Cuatro», dando al país una señal acerca de la dirección que habría de tomar la nueva política.

Según Deng Xiaoping se trataba de corregir los errores «izquierdistas» que se habían cometido, lo cual —reconocía— no fue posible entre 1977 y 1978, hasta que se realizó el tercer Plenario. Deng valoró como muy importante que en ese cónclave se llegaran a sintetizar treinta años de experiencia de la República Popular, lo cual permitió elaborar las políticas de reforma y apertura, entendiendo que la segunda comprendía aspectos de los ámbitos interior y exterior. De la misma forma, este trascendente evento se propuso —como línea fundamental— trasladar el centro de gravedad del trabajo a la modernización socialista sin interferencias, realizar las cuatro modernizaciones y la nueva política, teniendo al país en una situación de estabilidad y unidad y un ambiente internacional de paz, para lo cual se plantearon luchar contra el hegemonismo y coadyuvar en la salvaguarda de la paz mundial (Deng, X., 1987b).

Vistas así las cosas, esta política era la única salida posible ante la situación creada si se querían amparar los principios fundacionales de la Nueva China, por lo que la reforma comenzó expandiendo los derechos de las empresas a tomar sus decisiones. Para ello se tuvo especial cuidado de entender y explicar que economía de mercado y economía planificada no eran conceptos dicotómicos, sino que había que aprovechar los aspectos positivos de cada una a favor del objetivo estratégico y, en particular, aprender de los métodos de operación y gestión que funcionan en el capitalismo sin que ello significara aceptar por completo sus reglas, sino aprovecharlos para desarrollar las fuerzas productivas desde el socialismo, para lo cual la «regla de oro» fue no considerar el capitalismo como un fin sino como un medio que no cambiaría la esencia socialista de China ni la devolvería al capitalismo.

Muchos años después, el 24 de diciembre de 1990, durante una conversación con dirigentes del Comité Central del PCCh, Deng (1994b) lo planteó con esmerada precisión:

En lo teórico debemos llegar a comprender que la diferencia entre capitalismo y socialismo no reside en la disyuntiva planificación o mercado. En el socialismo también hay economía de mercado, igual que existe control planificado en el capitalismo. ¿Acaso en las condiciones del capitalismo ya no hay control alguno y uno puede portarse a su libre voluntad? ¡El trato de nación más favorecida no es otra cosa que control! No se crea que practicar cierta economía de mercado es seguir el camino capitalista. ¡Nada de eso! Tanto la planificación como el mercado son necesarios. Sin desarrollar el mercado, uno no tiene acceso ni siquiera a la información mundial, lo que significa resignarse a quedar a la zaga (p. 375).

Objetivos, tareas y fases de la política de reforma y apertura

El 1° de septiembre de 1982 dio inicio el trascendental XII Congreso Nacional del Partido Comunista de China. La agenda de tres puntos que constaba en el orden del día exponía que el primero y más importante era el examen del Informe del anterior congreso y la definición del programa del PCCh destinado al despliegue de todas las fuerzas encaminadas a trazar nuevas perspectivas para la modernización socialista. Por primera vez —bajo la conducción de Deng Xiaoping— el máximo órgano de dirección política del país se proponía hacer un cambio radical y trazar el rumbo estratégico necesario para sacar a China del marasmo en que se encontraba. Deng consideró que ese Congreso era el más importante de la historia, solo comparado con el VII realizado en 1945 bajo tutela de Mao Zedong en el que se diseñó la política que llevaría al PCCh a la toma del poder en el milenarismo país.

Deng expuso que las tres grandes tareas a enfrentar serían: acelerar la modernización socialista, esforzarse por reunificar el país reincorporando a Taiwán y luchar contra el hegemonismo y en defensa de la paz mundial. Para ello proponía que en los siguientes veinte años, es decir hasta finales del siglo XX, el país debía empeñarse en cuatro grandes tareas:

1. Efectuar la reforma estructural de los organismos y de la administración económica.

2. Revolucionar el contingente de cuadros de dirección del Estado y el Partido, rejuvenecerlo, y dotarlo de conocimientos culturales y profesionales.
3. Fomentar la idea socialista en lo espiritual.
4. Golpear duramente las actividades delictivas en contra del socialismo en el campo económico y en otras áreas, rectificando el estilo de trabajo del PCCh y consolidándolo sobre la base de la aplicación de los nuevos estatutos que se habrían de aprobar (Deng, X., 1984d).

En la práctica se trataba de mejorar los resultados económicos, cuadruplicar el valor global de la producción industrial y agrícola, hacer una adecuada planificación por lo menos hasta 1985, desarrollar la producción de energéticos y encarar la construcción de obras de importancia esencial. La modificación del eje de desarrollo y la puesta del énfasis en estas tareas planteaba la necesidad de reorientar los recursos financieros, incluso extrayéndolos de obras de carácter local que no iban a conducir a resolver el problema fundamental. En lo inmediato se debían comenzar los trabajos preliminares para la fundamentación técnico-económica de las obras así como su prospección y diseño, para lo cual era básico agrupar el recurso humano y avanzar hacia una correcta orientación, concentración y centralización de los científicos en las obras estratégicas, incluso atrayendo profesionales y expertos extranjeros para la mejor conclusión de los proyectos. Esto se debía llevar adelante en la industria, pero sobre todo de manera urgente en los sectores rurales con el fin de fomentar la producción agrícola y piscícola aprovechando las posibilidades ilimitadas de la ciencia y la tecnología, encaminándolas de manera primordial hacia la resolución de los problemas vinculados a la producción y obtención de semillas, fertilizantes y piensos así como a la diversificación de las actividades productivas. El papel de los científicos, académicos, intelectuales y técnicos debía dar un salto gigantesco en cuanto a la organización para lograr su óptimo empleo, por lo que se le atribuyó un valor sustancial pues se consideró que en esta área existían dificultades de carácter apremiante que debían ser enfrentadas y resueltas de manera rápida. La planificación y ejecución de las obras debían contar con una planificación descentralizada bajo responsabilidad de universidades, institutos y centros de en-

señanza superior en determinados casos que así lo ameritaran. Según la idea planteada, esta práctica derivaría en la formación acelerada de cuadros profesionales de dirección en distintas áreas de la economía, lo cual obligaba a un control permanente que condujera a la evaluación y promoción de los mejores y más destacados (Deng, X.,1987g).

Aunque originalmente el plan se diseñó en dos fases de diez años —la primera de carácter preparatorio, en la cual se debían planificar las obras y establecer sus formas de financiamiento—, en los hechos el plan se ejecutó en tres etapas:

- De 1978 a 1984 se llevaron adelante las reformas iniciales, descolectivizando la propiedad agrícola, abriendo el país a la inversión extranjera y admitiendo la creación de empresas privadas. En este período aumentaron los precios de los productos agrícolas, se estimuló el consumo y se desarrolló la industria local, con lo que aumentó la productividad rural, a partir de lo cual se redujeron ostensiblemente la disparidad de ingresos entre la ciudad y el campo, mitigando la polarización entre estas dos áreas. Las reformas de esta etapa, en particular las introducidas en los sectores rurales se basaron en prácticas tradicionales chinas, tendiendo a la aplicación de principios de igualdad (Wang, s.f.).
- De 1984 a 2002 básicamente se realizó el proceso de reforma industrial gradual y la ampliación de la apertura al exterior. A partir de ese momento, se pasó a una fase urbana que se consideró decisiva en el proceso de reforma y apertura. Se descentralizaron los poderes y los intereses, se produjo una redistribución de los logros sociales y económicos a través de transferencias a intereses privados, mientras que el gasto público centralizado se redujo considerablemente, y se dio mayor protagonismo a los gobiernos locales (Wang, s.f.).
- De 2003 a 2012, fase en la que se le dio máximo impulso a la modernización, se hizo un mayor número de privatizaciones, se levantó el control de precios y se limitaron las políticas proteccionistas y reguladoras, pero se consolidó el mantenimiento de los monopolios públicos en las áreas estratégicas de la economía y la defensa y se fortaleció la lucha contra la pobreza apuntando a una disminución de la desigualdad económica.

La reforma económica

La construcción de la nueva economía china a partir del proceso de reforma y apertura, como ya fue mencionado se dividió finalmente en tres etapas de acuerdo con los objetivos estratégicos propuestos: para el primer paso se determinó duplicar el PIB de 1980 y resolver las necesidades básicas del pueblo en materia de alimentos y vestuario; en la segunda, de acuerdo con las metas definidas por el XIV Congreso Nacional del PCCh celebrado en 1992, la economía debía crecer a un ritmo de 8%-9% anual, de manera de poder cuadruplicar al finalizar el siglo la economía de 1980 y alcanzar una sociedad modestamente acomodada, y el tercero —que debía alcanzarse a mediados del siglo XXI— culminar la modernización, elevando el PIB per cápita al nivel de los países desarrollados (Qin, 1995). El primer y segundo paso en lo sustancial ya fueron cumplidos y ahora China está trabajando en el tercero con una meta intermedia en 2020 cuando se tiene previsto erradicar la pobreza.

A partir de 1979, el énfasis de la gestión de gobierno de China se puso en la economía. Como ya se mencionó, los primeros esfuerzos se hicieron en el campo con el fin de crear novedosos modelos de gestión basados en la propiedad familiar de la tierra, estableciendo la posibilidad de firmar contratos con ingresos acordes a su rendimiento y liberando los precios al eliminar las adquisiciones centralizadas. De la misma manera, la economía agrícola tornó hacia la especialización, comercialización y socialización alrededor de empresas de poblados y cantones pero a partir de 1994 el énfasis pasó a las ciudades, donde la reforma se propuso los siguientes objetivos:

- Regular la estructura de la propiedad para promover un desarrollo diversificado basado en la propiedad pública, lo que tuvo como consecuencia que de 1979 a 1992 la propiedad estatal se redujo de 78,5% a 48,1%, mientras que las industrias de propiedad colectiva ascendieron de 21,5% a 38% y las de propiedad individual, privada y de inversión extranjera llegaron a 13,9% después de que en el pasado prácticamente no existían.
- Ampliar la autonomía en la gestión de las empresas estatales y forjar una cultura empresarial más dinámica en el marco de las leyes pero concediendo autonomía en cuanto a planes de producción,

utilización de fondos, compra de insumos, venta de productos, contrato de trabajadores, sueldos e incentivos. Para las empresas estatales se comenzó a utilizar el sistema de responsabilidad por administración contratada, permitiéndose la creación de alianzas de grupos de empresas.

- Llevar adelante la reforma de los precios y preparar al mercado para los cambios que se avecinaban en un país en el que estas prácticas eran ajenas a la economía. El mercado pasó a jugar el papel fundamental en la formación de los precios, lo cual hizo que ya en 1992 fueran fijados por el mercado 85% de los precios de los productos agrícolas y de ocupaciones secundarias, 90% de las ventas al menor de bienes de consumo y 70% de los medios de producción al salir de la fábrica.
- Mejorar paulatinamente la administración macroeconómica al reformar la estructura de la planificación y el manejo de las finanzas y los recursos fiscales, reduciendo la regulación y el control centralizado y dándole mayor relevancia al papel del mercado, pasando del presupuesto único a uno diversificado, descentralizando además las funciones hasta entonces únicas del Banco Central.
- Reformar el sistema de comercio exterior aboliendo subvenciones a las exportaciones e impuestos a las importaciones, además de reducir las trabas burocráticas y crear óptimas condiciones para el comercio.
- Reformar el sistema de distribución a la sociedad con el fin de ampliar sus formas, haciendo real el principio marxista de que cada quien reciba «según su trabajo». En este ámbito fue fundamental la reforma de la política salarial que permitió que los trabajadores recibieran un ingreso acorde a su contribución personal además de beneficios económicos obtenidos por su eficiencia, reconociendo además otras formas de ingreso a través de la realización de «trabajos honrados y gestión legítima» para los que se destacaran. No obstante, el Estado garantizaba la seguridad social para trabajadores y ancianos jubilados (Qin, 1993).

Estas medidas permitieron dar un salto de calidad en la economía china, ostensible ya en 1994: el PIB fue 11,8% superior al de 1993 y 3,2 veces mayor que el de 1978 con un crecimiento anual de 9,5%

entre 1979 y 1994. Ese año, el sector primario creció 3,5%, el sector secundario 17,4% y el terciario 8,7% respecto del año anterior; por su parte el Estado recibió un ingreso financiero que le permitió cumplir su presupuesto al 108,9%, subiendo 1,3% respecto de 1993. Así mismo, en 1993, el comercio exterior tuvo un aumento de 18,2% mayor si se le compara al año precedente. En la práctica, China se transformó para este año en el primer productor mundial de diversos productos tanto agrícolas como alimentos, cereales, aceites, aves, productos del agua y carne en general, pero también en combustibles, materiales de construcción y artículos y artefactos de uso cotidiano en el hogar como textiles, lavadoras, bicicletas y televisores, entre otros (Qin, 1995). Así mismo crecieron a niveles impensables la producción minera, de electricidad y la industria pesada, lo que permitió llegar a una producción propia necesaria para el funcionamiento de minas, centrales eléctricas, siderúrgicas, industrias químicas, a las que sumaron la fabricación de automóviles y barcos. Aunado a esto, el gran impulso a la educación, la ciencia y la cultura sirvió para construir el basamento necesario para dar un salto en el proceso de modernización socialista de acuerdo con las características chinas.

En el XIV Congreso se planteó por primera vez el concepto de economía de mercado socialista, sistematizando de esa manera las experiencias obtenidas desde 1978 en la transformación económica del país. Esta nueva estructura de mercado socialista se propuso el objetivo de que el Estado controlara y regulara macroeconómicamente el mercado, pero que este desempeñara el papel básico en la disposición y distribución de los recursos. A partir de ese momento la economía se orientó a impulsar los éxitos económicos logrados en áreas prioritarias; se profundizaron las medidas tomadas en las áreas financieras, fiscales, de la banca, las inversiones y el comercio exterior y junto a ello se procedió a elaborar una legislación que acompañara y diera soporte jurídico a las reformas y la modernización socialista del Estado, lo cual concluyó en los primeros años de este siglo (Qin, 1995).

La adopción por parte de China de una «economía de mercado socialista» trajo variados problemas, no solo desde el punto de vista estrictamente teórico, sobre todo se manifestó en términos prácticos. Toda la responsabilidad sobre la reestructuración económica fue asumida por Jiang Zemin, quien había sido elegido como sucesor de

Deng Xiaoping en 1989. En abril de 1992, antes del XIV Congreso se realizó una reunión en la que participaron altos funcionarios del Estado y el PCCh para definir la relación entre planificación y mercado. En esa reunión —que fue presidida por Chen Jinhua, director de la Comisión Nacional para la Reforma Estructural— se definió el concepto de economía de mercado socialista. De la misma manera, en días previos, se había realizado el Seminario Internacional sobre la Transformación del Sistema Económico, en el que participaron expertos nacionales y extranjeros y del cual se obtuvieron importantes aportes para fortalecer el debate sobre esta idea. Todos los documentos obtenidos fueron estudiados por el presidente Jiang, quien sistematizó la información elaborando tres categorías probables que debían servir de base para definir el rumbo que tomaría el país a partir de ese momento: la creación de una economía de productos básicos que combinara planificación con mercado, el establecimiento de una economía de mercado planificada y la creación de una economía de mercado socialista. Estos aspectos fueron el fundamento de las deliberaciones durante el Congreso que se celebró en octubre de ese año. Sin embargo, en los meses previos se desarrolló un amplio debate en el que participaron dirigentes con altas responsabilidades en el PCCh, las provincias, regiones autónomas y municipalidades. En 1993, después de la realización del XIV Congreso, la implantación de la economía de mercado socialista adquirió rango constitucional³, a partir de lo cual se le dio todo el soporte legal necesario para su ejecución (Xie, 2012).

La reforma de la estructura económica de mercado socialista se propuso las siguientes tareas:

1. Transformar de manera expedita el mecanismo de gestión de las empresas estatales.
2. Disponer en el menor plazo posible el sistema de mercados.
3. Poner especial énfasis y prestar el mayor interés a la reforma de los precios.
4. Profundizar las medidas encaminadas a garantizar la reforma del sistema salarial, laboral y de seguridad social.
5. Acelerar la transformación de las responsabilidades de las funciones del Estado, separando las obligaciones del gobierno, de las que asumen las empresas, reforzando las estructuras administrativas y las de auditoría y supervisión.

6. Ampliar aún más las medidas orientadas a la apertura de la economía al exterior (Qin, 1993).

Desde ese momento, la discusión se trasladó al escenario internacional, cuando China solicitó su ingreso a la Organización Mundial de Comercio (OMC), toda vez que la inexistencia del concepto de «economía socialista de mercado» demoró seis años la posibilidad de que el país pudiera participar en el organismo internacional. Desde 1980 cuando China había acuñado la idea de implantar un «sistema de economía de productos básicos», el término no fue entendido impidiendo con ello su entrada al —en ese momento vigente— Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) cuando se formalizó la solicitud en 1986, con un sencillo argumento de respuesta: no se conocía el término, por lo cual pidieron a China que lo aclarara. En ese momento, ni los propios representantes chinos fueron capaces de esbozar una explicación sólida. Ahora, después de haber sido transformada en una decisión política y una norma constitucional, se podía fundamentar el basamento de la economía de mercado bajo control socialista, lo cual obligó a retomar el proceso de negociación para el ingreso de China a la organización (Xie, 2012).

La necesidad de un nuevo soporte legal para la reforma y apertura

En el proceso de establecer una legislación acorde a las necesidades de la reforma y apertura, la Asamblea Popular Nacional (APN) de China se dio a la tarea de discutir y aprobar un entramado de leyes que le dieran soporte jurídico a la cooperación económica internacional y los intercambios tecnológicos que colocarían al país en consonancia con la apertura al exterior⁴; a la normalización del comportamiento del mercado⁵; al impulso al desarrollo de las actividades científicas y culturales y protección de la propiedad intelectual⁶; al aseguramiento y consolidación y el desarrollo de economía de propiedad de todo el pueblo⁷; al aprovechamiento razonable de los recursos naturales⁸ y a la protección y mejoramiento del medio ambiente⁹.

En una segunda etapa se aprobó otra legislación encauzada a concebir en el menor tiempo posible el perfeccionamiento de las leyes y normas destinadas a fortalecer el proceso de reforma y apertura, vigorizar las actividades administrativas del Estado y ordenar las acciones económicas de los ciudadanos. Entre las principales leyes creadas en esta fase se encuentran las dirigidas a regularizar la organización y las actividades de los participantes del mercado¹⁰; a normalizar las acciones competitivas del mercado¹¹; a proteger los derechos e intereses de los consumidores¹²; a ordenar las organizaciones intermediarias para los servicios del mercado¹³; a normalizar el control macroeconómico del Gobierno¹⁴ y a regularizar el comercio exterior¹⁵ entre otras¹⁶.

Todo este entramado jurídico perseguía el objetivo de establecer sólidamente en el país la estructura de economía de mercado socialista a partir de la realidad china. Una vez que se consideró que este se había consolidado se trazaron objetivos de más largo plazo encaminados a afianzar el despegue económico de China, para lo cual la legislación en materia económica se propuso instituir jurídicamente los principios de independencia de los participantes en el mercado, de igualdad de posición y competencia equitativa de los protagonistas y de una apropiada intervención del Estado en estos asuntos (*Reforma, apertura y legislación económica*, 1995).

Una nueva estructura tributaria, financiera y para el comercio exterior

En materia de transformación del sistema tributario también fue necesario producir cambios sustanciales para soportar el proceso que se iniciaba. Las tareas fundamentales estuvieron orientadas a unificar las leyes referidas a la política impositiva, a hacer equitativas las cargas tributarias simplificando el sistema haciéndolo más racional desde el punto de vista burocrático de manera de poder garantizar los ingresos fiscales y a establecer una estructura que sirviera de apoyo real a la política de reforma y apertura. Para ello se diseñaron principios generales que debían regir la reforma en materia tributaria: contribuir a movilizar todo tipo de iniciativa que contribuyera

a fortalecer la capacidad de control y regulación macroeconómica de las autoridades centrales; crear condiciones para hacer equitativos los impuestos y para desarrollar la competencia en un contexto de igualdad; ampliar la importancia tanto de los impuestos individuales como de los colectivos, como vehículo de financiamiento del desarrollo; promover el reajuste de la estructura económica y simplificar y unificar el sistema tributario. Se trataba de establecer un sistema en el que el Impuesto al Valor Agregado (IVA) nivelado sirviera de núcleo del sistema tributario pero incorporando impuestos al consumo y a las transacciones con el objetivo de que el IVA tuviera un papel de regulador general y los impuestos al consumo un papel de regulación especial. Así mismo, el 1° de julio de 1991 se aprobó una ley para normar el impuesto a la renta que debían pagar las empresas con inversión foránea y las empresas extranjeras, incluyendo las políticas preferenciales que se habían establecido por ley. La implantación del nuevo sistema tributario produjo no pocas dificultades propias de un cambio tan profundo en las normas impositivas, creando un fuerte impacto en la población, no obstante, la economía superó con éxito el nuevo reto, entrando de la manera prevista en el nuevo marco de ingresos tributarios y control macroeconómico e incrementando los ingresos año a año (c.f.: *Nuevo sistema tributario*). Las autoridades chinas fueron capaces de hacer los reajustes necesarios al sistema para solventar los problemas surgidos, asumiendo los vaivenes emanados de asuntos no previstos en la reforma, generalmente en su condición de excepciones relativas a casos particulares y a las condiciones referidas a las profundas diferencias que aún se mantenían entre distintas regiones del país así como a la desigualdad entre capas y sectores de la sociedad, que de no haber sido atendidos, podrían haber emergido de manera tormentosa y caótica.

Otra área que debió ser reformulada totalmente fue la de la estructura financiera con el fin de crear una que propiciara la economía de mercado socialista. En la práctica eso significaba establecer un sistema bancario central que —subordinado al Estado— aplicara una política monetaria de forma independiente, además se debía estructurar una organización financiera que separara lo que en China se llama «finanzas políticas»¹⁷ de las comerciales, con preeminencia de los bancos comerciales estatales pero garantizando la existencia de diversas instituciones financieras,

todo ello conducente a la creación de un sistema financiero unificado y abierto, pero regulado por una competencia equitativa y rigurosamente administrada. Así mismo se necesitaba de un sistema de control de divisas en el que se fijara una tasa de cambio unificada sobre la base de la oferta y la demanda del mercado, en el camino de transformar al renminbi en moneda de libre convertibilidad. La primera gran decisión fue romper el monopolio del Banco Popular de China (BPCh), para lo cual en marzo de 1979 fueron ampliados los poderes del Banco de China con el objeto de encargarlo de todas las actividades de apoyo al comercio internacional, mientras que en 1984 el BPCh se convirtió en banco central en el país, como eje de un sistema que imbricaba la regulación y los controles macroeconómicos directos e indirectos y la transformación del sistema monetario. Ya en febrero de 1979 había surgido el Banco Agrícola de China; posteriormente vieron a la luz nuevas instituciones financieras especializadas como el Banco Industrial y Comercial de China en 1984, el Banco Popular de Construcción (que se separó del Ministerio de Hacienda) en 1985, además del Banco de Comunicaciones y otros bancos nacionales y regionales, compañías de seguros, corporaciones intermediarias de inversión, compañías de negocios exclusivos de títulos y valores, de contabilidad, de arrendamiento financiero, cooperativas crediticias rurales y urbanas, lo cual aunado a la instalación en el país de centenares de oficinas de representación y sucursales de gestión de bancos extranjeros, crearon una verdadera revolución en el sector financiero. De la misma manera fueron diversificadas las formas crediticias y las posibilidades del servicio bancario, y se creó un mercado de capitales y de bonos estatales y empresariales, así como de acciones, que se han mostrado bastante activos y en constante crecimiento, al igual que las bolsas de valores creadas en Shenzhen y Shanghái (*Reforma de la estructura financiera*, 1994). Sin embargo, una innovación de estas dimensiones no estuvo exenta de múltiples dificultades: el bajo nivel de desarrollo de la conciencia, la práctica financiera y el desarrollo del mercado financiero y la introducción gradual de una nueva legislación financiera produjeron graves desórdenes en el mercado, surgiendo vacíos y desaciertos en la implementación de la reforma.

El ímpetu que se le imprimió a la velocidad de los cambios no fue capaz de sostenerse en el área financiera por lo que se produjeron hechos arbitrarios que en algunos casos —durante los primeros años— empeo-

raron las condiciones para la introducción de la inversión extranjera en el país y agudizó conflictos, sobre todo en el transporte, la energía y el abastecimiento de materias primas y materiales, que tuvo como consecuencia una elevación de los precios. En esa situación se hizo imprescindible la aceleración del establecimiento de la nueva legislación económica y la capacitación de los actores económicos para su implementación urgente. En ese contexto, en junio de 1993 el presidente Jiang Zemin nombró por decreto al viceprimer ministro Zhu Rongji como presidente del Banco Popular de China y le encargó la rectificación de los errores cometidos y el control del desorden que se había creado en el sistema financiero. De inmediato, Zhu tomó catorce medidas de regulación y control, cuya ejecución abrió el camino para que las reformas en materia financiera tomaran el rumbo correcto y de forma ordenada.

El comercio exterior también fue un ámbito de interés para la reforma que debía considerar esta área como prioritaria si se quería desarrollar el país en condiciones de insuficiencias severas en algunos rubros de la economía. Las medidas tomadas permitieron un incremento de 30% anual entre 1980 y 1984. Durante el VII Plan Quinquenal de 1986 a 1990, las importaciones tuvieron un incremento anual de 15%, de las cuales 70% provenía de países occidentales. A partir de ese momento las cifras fueron en constante crecimiento: 20% entre 1991 y 1993, llegando durante ese año al récord de 28,9% de aumento, el más alto desde el inicio de la reforma. Estos éxitos fueron expresión de la correcta aplicación de las decisiones en este ámbito en el que China decidió una política pragmática que considera por igual a todos sus socios comerciales, sin importar la dimensión o tamaño de su economía, solo basándose en los principios de igualdad y búsqueda del beneficio recíproco, apelando al intercambio de mutuo interés. Sin embargo, dadas las condiciones en que se inició el proceso de reforma y apertura, China debió priorizar algunas áreas que tomaran en cuenta las necesidades del desarrollo del país, el ahorro de divisas y las exigencias de mantener una balanza comercial equilibrada que no afectara el estado de sus finanzas. También debía considerar su condición de país subdesarrollado, con grandes desniveles entre diferentes regiones del país, su elevada población y sus bajos niveles de desarrollo tecnológico, todo lo cual ponía de relieve que debían organizar el comercio exterior con una visión de largo plazo que se

orientara a la elevación de las exportaciones para mejorar su balanza comercial (*Reforma, apertura y legislación económica*, 1995).

Como en un círculo vicioso, necesitaba importar pero para ello era imprescindible incrementar las exportaciones que le dieran divisas. Ese era el intrínquilis que debían resolver las autoridades: las obligaciones de adquirir equipamiento y tecnología para el desarrollo de su industria, mientras lograba las capacidades para elaborar la propia, el imperativo de garantizar la materia prima y el abastecimiento para la construcción y la obtención de los materiales e insumos para el consumo básico de la población llenaban durante estos años las preocupaciones del gobierno. Junto a ello, el mejoramiento de las condiciones de vida de la población significaba un incremento en el consumo, lo cual agregaba otro elemento a la ecuación que debía solucionar el comercio exterior del país.

En esta área Deng Xiaoping —quien ideó y bajo cuya conducción se ejecutaba todo el proceso de reforma y apertura— exponía que el proyecto estratégico de China era hacer realidad el comunismo, en el que debía desaparecer la explotación del hombre por el hombre y crear abundancia de productos que debían ser distribuidos de acuerdo al principio «de cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades», por lo que la abundancia de productos era condición material necesaria para cumplir con la segunda parte de ese enunciado, lo que hacía imprescindible solucionar esa carencia construyendo el socialismo, en el que había muchas tareas pero la fundamental era el desarrollo de las fuerzas productivas para echar las bases de la nueva sociedad (Deng, X., 1987i).

El desarrollo de las fuerzas productivas era para Deng la base sobre la cual el socialismo debía mostrarse superior al capitalismo y orientarse hacia el objetivo final, y eso era precisamente lo que se había descuidado. En el caso de su país, el dirigente chino consideraba que para «enderezar lo torcido» se debían desarrollar las fuerzas productivas a partir de cuatro principios fundamentales: de la industria, de la agricultura, de la defensa nacional y de la ciencia y tecnología, los que debían cumplirse persistiendo en el socialismo, a partir de dos facetas: mantener la supremacía de la propiedad social de la economía y no permitir la polarización entre ricos y pobres pero impidiendo la formación de una clase burguesa. Así

mismo, consideraba como crucial el alto papel que le corresponde desempeñar al Estado a fin de que ante cualquier desviación del rumbo socialista este proceda a intervenir y rectificar, toda vez que la política de reforma y apertura estaba exponiendo al país a algunos riesgos de infiltración capitalista (Ob. cit.).

Los primeros años de la reforma fueron los más complicados, pues aún había dudas respecto de si el éxito iba a ser el derrotero que trazaría tal decisión. Era un momento de confianza pero también de incertidumbre. Deng lo explicó de la siguiente forma:

... buscábamos desarrollar las fuerzas productivas sobre la base de persistir en los cuatro principios fundamentales y para ello era necesario reformar la estructura económica del país y aplicar la política de apertura. Al atraer fondos y tecnología de los países capitalistas, lo hacemos para desarrollar las fuerzas productivas socialistas. A partir de la III Sesión Plenaria del XI Comité Central de nuestro Partido, venimos realizando la reforma. La empezamos por el campo, donde ya surtió efectos, que han hecho posible un notable cambio de su fisonomía. Sobre la base de la experiencia de la reforma del agro, hemos pasado a reformar la economía urbana. Se trata de una reforma en toda la línea, que comenzó en la segunda mitad del año pasado, es decir, lleva ya un año. La reforma económica urbana es mucho más complicada que la rural, y esto hace inevitables los errores y los riesgos. De ello estamos conscientes. Sin embargo, la reforma de la estructura económica es el camino que forzosamente debemos emprender si queremos desarrollar las fuerzas productivas. Tenemos plena confianza en nuestro éxito, pero serán necesarios tres o cinco años más para cerciorarnos de si es acertado el camino que hemos tomado en la reforma económica urbana (Deng, X., 1987, p. 146).

La apertura al exterior

El otro gran componente de la evolución estructural de la economía china comenzada en 1978, además de la reforma, fue el de la apertura al exterior. Como se explicó anteriormente, el país necesitaba con

urgencia expandir las exportaciones que le aportaran divisas para estimular el desarrollo industrial y tecnológico; igualmente, aceptó por primera vez la introducción masiva de capitales extranjeros a través de una participación cada vez más activa en la solicitud de créditos a actores externos, sin embargo, el símbolo de los cambios en este ámbito fue la creación de las Zonas Económicas Especiales (ZEE)¹⁸. Las primeras cuatro fueron instaladas en 1980 en Shenzhen (327,5 km²), Zhuhai (121 km²), Shantou (52,6 km² en dos territorios) y Xiamen (131 km²). Las ZEE respondían a una lógica económica y un sistema de administración distinto, caracterizado por la convivencia en su interior de empresas estatales y colectivas con las de capital mixto, de gestión conjunta y de capital extranjero a partir de principios de autonomía amplia y un vasto derecho a tomar decisiones. En particular Shenzhen y Zhuhai, ubicadas frente a Hong Kong y Macao, se proponían atraer a empresarios de esos territorios para invertir en China. Las otras dos dieron facilidades a inversionistas chinos residentes en el extranjero¹⁹, pero también un número importante de empresas de otros países se aproximaron a conocer y paulatinamente irse instalando en estas ZEE (Wu, Sui y Zheng, 2010). Más tarde, en 1984, se abrieron al exterior 14 nuevas ciudades costeras²⁰, iniciando un proceso que incorporó otros territorios del país como la isla de Hainan (34 000 km²), la mayor de un archipiélago que conforma la provincia del mismo nombre, ubicada al frente de las costas de la provincia continental de Guangdong. Este proceso tuvo continuidad a través de la ampliación y apertura de las ZEE ubicadas en las regiones del litoral hasta formar una «cinta económica abierta» configurada por siete zonas económicas abiertas. En 1990 se incorporó a este mecanismo la zona de Pudong en Shanghái²¹, que dio origen a una nueva cinta (Qin, 1995). En 1992 se abrieron 13 ciudades y poblados de las fronteras²² de la misma manera en todas las capitales provinciales y regiones autónomas, además en las principales ciudades portuarias se establecieron 13 zonas de libre arancel aduanero y 32 zonas litorales, se abrieron zonas de desarrollo económico y tecnológico (*Reforma de la estructura financiera*, 1994).

Estas acciones posibilitaron que la inversión extranjera directa en China pasara de 20 mil millones de dólares en 1980 a 200 mil millones de dólares en 2000 y a 618 mil millones de dólares en 2005, lo cual

ha servido de potente estímulo a la economía y como detonante fundamental para la modernización del país. De la misma manera, China absorbió tecnologías avanzadas y experiencias administrativas para su industria y para su desarrollo cibernético (Xie, 2012).

En general, se adoptaron exitosamente varias de formas para la atracción de los recursos financieros necesarios para el desarrollo, aunque aparecieron nuevos problemas y riesgos, lo cual obligó a actuar con cautela y prudencia, y para evitar que el proceso se paralizara o estancara en momentos en que se produjeron algunas circunstancias adversas, el llamado de la dirigencia del país fue hacia la aceleración del ritmo del proceso (Deng, X., 1987f).

La reforma de la estructura política

En 1949 el aparato gubernamental del Estado chino tenía 25 organismos de trabajo. Al comenzar a aplicarse la política de reforma y apertura esa cifra se había incrementado a más de cien, los trabajadores del Estado eran alrededor de 40 millones y seguían aumentando a un ritmo de un millón anual, una pesada carga financiera que conducía a que los gastos administrativos del país significaran más del 40% del ingreso fiscal, todo lo cual derivaba en prácticas burocráticas, baja eficiencia y corrupción (*Reforma de la estructura gubernamental y sistema de funcionarios públicos*, 1994).

El entramado de gobierno había sido creado para desarrollar la economía planificada pero los cambios introducidos con la política de reforma y apertura lo habían dejado obsoleto y convertido en obstáculo para los cambios, toda vez que la nueva situación exigía la separación de las actividades gubernamentales y empresariales así como el fortalecimiento de los departamentos de regulación y control macroeconómicos y de supervisión, disminuyendo su injerencia en los asuntos de administración social y en la dirección inmediata de las empresas, es decir menor protagonismo en el control microeconómico.

Durante la segunda mitad del año 1986 la reforma de la estructura política cobró vital importancia en el proceso de reforma y apertura. Los dirigentes del PCCh y el gobierno llegaron a la conclusión de que no bastaba la transformación de la economía y la creación de un cuer-

po de leyes que la sostuviera si el mismo no estaba acompañado de una metamorfosis profunda de la estructura política. Deng Xiaoping dedicó a este cometido su esfuerzo principal durante este período, refiriéndose a él en reuniones con dirigentes del Partido y del Estado el 10 y 28 de junio, el 3, 13 y 29 de septiembre y el 9 de noviembre. Lo expuso como uno de los tres problemas que podían afectar el desarrollo económico junto a los inconvenientes en la agricultura, en particular la producción de cereales y la carencia de divisas que podría originar un balance desfavorable en el comercio exterior. Deng alertaba que de no realizarse dicha innovación, la estructura política quedaría desfasada con la situación creada tras varios años del inicio de instrumentación de la reforma. Para ello se debía reducir la burocracia, simplificar la estructura administrativa, descentralizar el poder, ampliar la democracia socialista y poner en funcionamiento la iniciativa popular a través de sus órganos de base (Deng, X., 1987h). Desde el comienzo, estaba implícito que el proceso debía incluir la estructura política, sin embargo su lenta implantación estaba entorpeciendo su desarrollo por lo cual la reforma se había convertido en una necesidad imperiosa pues dada su poderosa influencia en otras áreas y temas —además de comprometer intereses particulares— de no consumarse, inevitablemente se crearía un escenario con múltiples obstáculos para el desarrollo de las fuerzas productivas que haría imposible las cuatro modernizaciones. Todo ello obligaba a actuar con mesura y responsabilidad, estableciendo con precisión los parámetros de inicio y las limitaciones, de manera que hubiera una evolución paulatina, a fin de evitar contratiempos. Entre las tareas más complejas estaba la necesidad de fijar con claridad la relación entre Partido y gobierno y las limitaciones de los dirigentes en cuanto a su actuación en los marcos de la ley, de la misma forma que se debían determinar con precisión las responsabilidades de cada instancia en los procesos de descentralización con el objetivo de evitar que aquellas decisiones tendientes a favorecer la iniciativa y obligaciones de los dirigentes intermedios no condujeran a crear nuevas instancias paralelas compitiendo con los entes descentralizados, restándole operatividad a las instancias de base, atrasando la tramitación de acciones y su ejecución; tampoco se había resuelto correctamente el uso óptimo de las capacidades técnicas e intelectuales (Deng X., 1987).

Lo que China estaba llevando a cabo era un gran experimento, que debía hacer de acuerdo a la realidad del país y sus particularidades, sin copiar mecánicamente lo que en este ámbito se estaba haciendo en otras latitudes, entre las que Deng mencionaba a la Unión Soviética avizorando su fracaso pero advirtiéndolo en el sentido de que, incluso si las reformas empleadas en otros países fueran exitosas, tampoco era viable su aplicación en China. A este respecto señalaba:

Y hay tareas que son imposibles de cumplir de un solo golpe, es a veces probable que se produzcan algunos desaciertos. Siempre que tengamos la valentía de hacer exploraciones y procedamos con seriedad y prudencia, los errores serán rectificadas a tiempo. Los pequeños errores son inevitables, pero lo mejor sería evitar los grandes errores. Si logramos esto, no habrá nada que temer (Deng X., 1987, p. 184).

La transformación política devino en una tarea de primer orden, urgiendo a las instancias responsables a tomar decisiones en el más corto plazo, por lo que a ello se debió abocar con celeridad la VI Sesión Plenaria del XII Comité Central que se realizó en 1986 y el XIII Congreso del PCCh que se reunió en 1987, entendiendo que la propuesta no podía ser de corto plazo, por lo que todavía en 1989 se estaban trazando medidas a aplicar en esta área, una vez comprendida la «necesidad y urgencia» de la misma al asumir que se tenía que «avanzar tanteando» (Deng, X., 1987a).

En marzo de 1993, después de varios años de experimentación, el proyecto de reforma estructural del Estado comenzó su discusión y fue aprobado por la I Sesión de la VIII Asamblea Popular Nacional, tras largos debates que agotaron la mayor parte del año. Como resultado, el número de funcionarios del Consejo de Estado disminuyó en 20% y sus organismos pasaron de ser 86 a 59 entre los que había 41 departamentos y 18 organismos auxiliares y de trabajo; así mismo las instituciones no permanentes fueron reducidas de 85 a 26. Esta profunda mutación incluyó la reforma de departamentos económicos generales y especializados, creación de nuevas entidades económicas, algunos ministerios pasaron a ser cámaras para desarrollar políticas sectoriales, se mantuvieron algunos ministerios pero se fusionaron

otros, se establecieron plantillas definidas para el personal de los entes estatales, tendiendo siempre a la simplificación de cargos y reducción de empleados —muchos de los cuales fueron reubicados en instituciones no lucrativas o entidades de base—, se transformó el sistema de personal, cuadros y salarios, legalizándolo a través de un reglamento específico para ese efecto. Este reglamento estableció la transparencia, igualdad, nivel de preparación y selección de los mejores en los procesos de ingreso de nuevos funcionarios, a los que se les exige alta capacitación y honestidad, mientras que el Estado se hacía responsable del mejoramiento de la calidad profesional de sus empleados, se eliminó la distinción entre funcionarios políticos y funcionarios de carrera, estableciendo una sola categoría a los que se les exige además de sus conocimientos culturales y la capacidad profesional, posesión de «virtudes y talento»²³ con el fin de garantizar su ingreso, permanencia y ascenso en el escalafón administrativo público²⁴ que está conformado por quince grados y tres categorías de responsabilidad: alta, media y baja, además de la categoría de cargo no directivo para que trabajadores destacados puedan tener un mayor ingreso sin que necesariamente alcancen un cargo directivo. En el caso de los gobiernos locales de regiones autónomas, en sus exámenes de ingreso están obligados por este reglamento a dar preferencia a las minorías étnicas al admitir nuevos funcionarios públicos. Aun sin estar aprobado el proyecto de reforma estructural del Estado, al finalizar 1992, en 29 provincias y regiones autónomas y en 66 departamentos del Estado para completar las plantillas se habían hecho exámenes a los que se presentaron 470 mil postulantes, de los cuales 71 mil fueron aceptados. Igualmente se establecieron fuertes y exigentes normas para combatir la corrupción administrativa, instituyendo severas sanciones. La reforma también fijó claramente las normas de uniforme relevo en las instituciones gubernamentales, puntualizando lo relacionado con reducciones de responsabilidad como sanciones, destituciones por incompetencia, faltas administrativas o faltas a la disciplina, jubilaciones, renunciaciones y despido de trabajadores de las instituciones del Estado. Todo este proceso iniciado en 1993 en el Consejo de Estado y que ocupó el año 1994 en los gobiernos provinciales fue concluido en su parte medular en 1996, aunque continuó desarrollándose en cantones y poblados después de esa fecha.

Reunificación pacífica. La política de «un país, dos sistemas»

En ocasión del Año Nuevo de 1979, el Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional emitió el «Mensaje a los compatriotas de Taiwán» en el que se enunciaba la política para la reunificación pacífica de China, tal como el PCCh lo venía planteando ya desde 1950. En 1955 el primer ministro Zhou Enlai y en 1956 el presidente Mao Zedong se refirieron al tema y corroboraron la idea de que la reunificación se debería hacer por vía pacífica. Al comenzar la década de 1960 el presidente Mao emitió una serie de opiniones en torno al tema que fueron resumidas por el primer ministro Zhou y escritas por él en un documento titulado «Un programa y cuatro subprogramas». Esta propuesta quedó suspendida tras el inicio de la Revolución Cultural y las fuertes interferencias que comenzaron a hacerse desde el exterior (Xie, 2012) de manera que a partir de ese mensaje del Año Nuevo de 1979 cesó la confrontación entre ambas partes y se anunció la posibilidad de vivir una situación de distensión y cambio. Con ello aumentaron los intercambios familiares, comerciales y turísticos entre ciudadanos de ambos lados del estrecho de Taiwán, lo que se fue ampliando a los sectores universitarios, de ciencia y tecnología, el arte y los deportes entre otros. Sin embargo, el proceso avanzaba con lentitud y no tenía una incidencia profunda en la nueva política que se trataba de implantar.

En la novedosa etapa que se iniciaba en la vida de China, la dirección política del país propuso una solución para el problema de Taiwán a partir del diálogo. En ese marco, el gobierno chino expuso su total rechazo a la idea de una autonomía total de Taiwán, pero aceptó que su gobierno debería ser considerado como una zona administrativa especial, distinta de las demás provincias, municipios y regiones autónomas, es decir que existiría una figura específica para su estatus político, incluso con ciertos poderes especiales que otras instancias administrativas no poseen, pero reclamando China para sí la representación total del país en el escenario político internacional. Sobre esta base, el PCCh le propuso al entonces gobernante Partido Kuomintang de Taiwán construir un lenguaje común que condujera a una reunificación pacífica del país. La propuesta planteaba que una vez lograda la unidad, Taiwán podría disfrutar de cierto grado de independencia ejerciendo su autoridad sobre las instituciones

de partido, gobierno y ejército y aplicar un sistema social distinto al de la parte continental, lo que incluiría un sistema jurídico y un ejército propios que no significaran amenaza para la parte continental, con cierta representación en el gobierno central. De esta manera se rechazaba la idea de anexión que había existido en el pasado y, por el contrario, lo que se comenzó a plantear en el marco de la política de reforma y apertura fue la búsqueda de una vía apropiada para la reunificación, la cual debía comenzar por los partidos en el poder en China y Taiwán, sin interferencias extranjeras de ningún tipo, entendiendo que se trataría de un largo proceso que debería comenzar con contactos de diferentes tipos que no supusieran negociación alguna, solo con el objetivo de comprender a la otra parte, manteniendo la reserva y la seguridad sobre lo conversado (Deng, X., 1987m).

Estas ideas están contenidas en la comunicación que China entregó a las autoridades de Taiwán, y que emergió como una propuesta de nueve puntos a partir del documento anunciado por el presidente del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional Ye Jianying en septiembre de 1981 sobre el cual se pretendía construir las bases para la reunificación pacífica de China. Son ellos:

1. Realizar negociaciones entre el PCCh y el Kuomintang para —a partir de criterios de reciprocidad— llevar adelante la «tercera cooperación»²⁵ entre los dos partidos.
2. Proporcionar facilidades a las familias que residen en las dos partes y que deseen comunicarse y reunirse, además de establecer lazos comerciales.
3. Garantizar que una vez lograda la reunificación, Taiwán goce de un derecho especial de autonomía y conserve sus fuerzas armadas.
4. Garantizar la inmutabilidad del régimen económico y social de Taiwán.
5. Permitir que personalidades y dirigentes de los sectores sociales de Taiwán asuman cargos en el gobierno central y en la administración del Estado.
6. Salvaguardar a Taiwán, a través de subvenciones, si este llegara a pasar por un período de dificultades financieras.
7. Facilitar el establecimiento de habitantes de Taiwán que deseen vivir en la parte continental con plenas garantías para su instalación y libre tránsito.

8. Acoger y garantizar los derechos y ganancias de aquellos empresarios de Taiwán que deseen invertir o establecer activadas económicas en la parte continental.
9. Escuchar y recibir las propuestas que los sectores sociales y las organizaciones de masas de Taiwán quisieran formular y garantizar su participación en las deliberaciones de los asuntos de Estado (Ye, J. 1981).

En relación con la política de «un país, dos sistemas» que China propuso para el retorno de Hong Kong (siglo y medio bajo control colonial británico) y de Macao (cuatro siglos y medio bajo control portugués) a su soberanía, el gobierno chino fue enfático al señalar que no habría variaciones en cuanto a lo que se venía proponiendo con anterioridad, es decir que Hong Kong y Macao permanecerían sin cambios en su sistema político y social después de 1997 y 1999, respectivamente, y que tampoco se harían modificaciones a las leyes, su modo de vida, así como de su estatus como puerto franco y como centro comercial y financiero internacional, ni se alteraría la posibilidad de que pudieran seguir llevando adelante sus relaciones económicas internacionales. Beijing solo enviaría tropas para salvaguardar la soberanía y la integridad territorial de ambos, sin inmiscuirse en temas de carácter local. Estas decisiones quedaron claramente estipuladas en la «Ley Fundamental de la Región Administrativa de Hong Kong de la República Popular China» aprobada el 4 de abril de 1990 en la III Sesión de la VII Asamblea Nacional Popular. Lo mismo operaría para Macao que retornaría a la soberanía china el 20 de diciembre de 1999, tras el acuerdo alcanzado con el gobierno portugués, para lo cual China aprobó una ley Especial el 31 de diciembre de 1993 en la I Sesión de la VIII Asamblea Popular Nacional. Así se mantendría por 50 años —hasta 2047 para Hong Kong y 2049 para Macao— período en el que operaría el modelo administrativo emanado de la política de «un país, dos sistemas» (Zhang, 2011).

El gobierno chino fue enfático al asegurar que esa política no sufriría variaciones de ningún tipo mientras la aplicación de la misma fuera correcta, caso contrario habría que hacer modificaciones pero mostrando seguridad en que al estar inserta en la política más general de reforma y apertura que ya estaba señalando éxitos, difícilmente

podría alterarse respecto de Hong Kong y Macao, por tanto se descartó toda posibilidad de cambio. La determinación de la política de «un país, dos sistemas», así como la propuesta de reunificación pacífica de Taiwán se originaron tras una profunda reflexión acerca de las circunstancias específicas del país con respecto a este último territorio, por lo cual ante las aseveraciones de que China intentaría anexionarse Taiwán por la fuerza, Deng afirmó que:

Ninguna parte se anexionará a la otra. Si resulta imposible una solución pacífica, habrá que apelar a la fuerza de las armas para recuperar el territorio, y esto perjudicará a ambas partes. Hacer realidad la reunificación del país es un anhelo de toda la nación; aunque resulte imposible solucionar el problema dentro de cien años, se resolverá de todos modos a la vuelta de mil años. ¿Cómo solucionar este problema? A mi modo de ver, la única manera es aplicar la fórmula de «un país, dos sistemas». En el mundo hay una serie de problemas a la espera de ser resueltos por la vía pacífica o no pacífica. Al fin y al cabo, habrá que encontrarles una solución. Los problemas nuevos, deben ser resueltos con métodos nuevos. El ejemplo de la solución exitosa del problema de Hong Kong aportará ciertas pistas útiles a la solución de numerosos problemas de orden internacional (Deng, 1987: «Un país, dos sistemas», pp. 61-62).

El socialismo con peculiaridades chinas

La posibilidad de construir un sistema político desconocido hasta ese momento —que se aventuraba a combinar la sociedad socialista con algunas reglas del mercado— despertó muchas inquietudes en algunos sectores, críticas de parte de otros y dudas en la mayoría de las ocasiones por parte de aquellos que observaban de cerca el modelo chino, mucho más al interior de su propia población. Todavía muchos años después, en 1991 durante una visita a China, la primera ministra británica Margaret Thatcher le dijo al presidente Jiang Zemin que era imposible establecer un sistema con estas características porque el socialismo era incompatible con la economía de mercado. Los dirigentes chinos, por el contrario, preconizaban que tal propósito si era posible en los marcos de la teoría marxista, del materialismo histórico

y dialéctico y de la idea de «buscar la verdad en los hechos» que propugnaba Mao Zedong (Deng, X., 1987c).

Deng planteaba que después de la agresión y humillación a las que fue sometido el pueblo chino tras las Guerras del Opio, este solo pudo levantarse tras hacer suyo el marxismo como instrumento de liberación que le permitió construir la Nueva China y el socialismo, lo cual habría sido imposible si hubiera elegido el camino capitalista. La prueba fueron los más de treinta años de gobierno del Kuomintang tras proclamar la república. La integración del marxismo con la realidad china para crear un camino propio permitió la liberación del país en 1949, y esto no solo permitió el logro de la independencia, también la unidad del país que es el bien máspreciado tras milenios de separación, conflicto y guerras intestinas. El marxismo contribuyó no solo como teoría necesaria para vencer en la guerra de liberación, también después de la victoria aportó elementos valiosos para terminar con el caos, controlar la inflación, comenzar a combatir la miseria y el atraso secular y empezar la transformación de la industria y la base material necesaria para la evolución del país, todo lo cual obligaba a persistir en el marxismo y el socialismo de forma creadora (Deng X., 1987: «Construir un socialismo con peculiaridades chinas»).

Para ello se hacía imprescindible desarrollar las fuerzas productivas con el fin de producir una abundancia de bienes materiales, de lo cual se deduce que ésta era la tarea fundamental que debía emprender el sistema político socialista para lograr una superioridad sin la cual era imposible construir la nueva sociedad. El no haber entendido esto desde el principio fue el mayor error de la dirección del país y el Estado tras el año 1949. Sin el desarrollo superior de las fuerzas productivas no hay mejoramiento de las condiciones materiales y culturales de vida del pueblo, y sin esto, no hay socialismo. ¿Cómo hacerlo? fue la pregunta más importante que tuvieron que formularse los dirigentes chinos tras superar la Revolución Cultural y las desviaciones propugnadas por la «Banda de los Cuatro». Nuevamente, la respuesta estaba en permanecer en la ruta del socialismo como única manera de resolver el problema del desarrollo en un país tan extenso, tan poblado y culturalmente tan complejo como China. La aplicación del principio socialista de distribución «a cada cual según su trabajo» permitiría superar las diferencias en un período de entre 20 y 30 años.

Tales aseveraciones obligaban a un gran debate contra aquellos que defendían ideas liberalizadoras por un lado, y por el otro la copia del modelo soviético cuando este comenzaba a «hacer aguas».

La liberalización que proponía tomar un camino capitalista después de la derrota de la «Banda de los Cuatro» en 1980 llevó a la dirección del PCCh a luchar contra esa corriente, incluso en el seno de la Asamblea Nacional, con el fin de combatir tal liberalización considerada una idea burguesa. A ello el PCCh opuso las «cuatro modernizaciones socialistas» expuestas anteriormente (Deng, X., 1987k).

Así mismo, los dirigentes chinos dejaban claro que a pesar de que la estructura política del país después de 1949 se había edificado a partir del modelo soviético, este estaba en crisis en la propia Unión Soviética, y no pudo ajustarse a las condiciones de China porque su realidad era distinta (Deng, X., 1987j).

En estas condiciones, en el XIII Congreso Nacional del PCCh celebrado en octubre de 1987 se propuso que la economía china sería planificada y establecida como pública para los productos básicos, mientras se definía que el Estado debería guiar al mercado y el mercado a las empresas, combinando de esa manera las funciones de planificación y de mercado en la sociedad. Ante las crecientes críticas internas e internacionales sobre tal supuesto, Deng volvió a insistir en la necesidad de «buscar la verdad en los hechos» (Xie, 2012) como forma de comprobar la factibilidad de llevar adelante la política de reforma y apertura, y a ello se abocaron.

Democracia en lo económico y firmeza en lo político

Los procesos de reforma en la Unión Soviética y en China se produjeron casi al mismo tiempo, con menos de diez años de distancia, pero la diferencia fundamental para el fracaso de uno y el éxito del otro es que mientras los soviéticos desarrollaron simultáneamente los aspectos económicos y políticos del proceso, en China comenzaron con la transformación de la economía, desatando una fase de mejoramiento de la situación social, mientras que la agenda política se desarrollaba paulatinamente pero a un ritmo mucho más pausado

a fin de ir midiendo los impactos que iban causando las medidas tomadas y prestando especial atención a que se mantuviera una dialéctica adecuada entre reforma, desarrollo y estabilidad. El PCCh y el gobierno la llamaron una estrategia de «avance paso a paso de manera ordenada» (Xie, 2012). Es decir, la estabilidad política interna era condición *sine qua non* y garantía para la reforma y la apertura, por ello los dirigentes chinos plantearon que los dos puntos más importantes eran desarrollar la democracia en lo político y la reforma en lo económico.

La historia china y la experiencia del último siglo mostraban con creces cuán dolorosa era la pérdida de la estabilidad política y la unidad, las cuales son las dos condiciones de mayor interés para el desarrollo de los procesos vividos en el país en los últimos 2200 años. Esa es la razón por la cual el proceso de reforma y apertura comenzó en el campo donde en ese momento vivía el 80% de los ciudadanos: de ellos dependía la estabilidad, a riesgo de desatarse un clima de movilidad, inquietud e inseguridad que amenazaría a todo el país, por ello también la lucha contra la pobreza adquirió importancia política, toda vez que un manejo insuficiente o equivocado podría conducir a conflictos de carácter impredecible en el ámbito político y social, así la lucha contra la pobreza era un problema económico, pero también político. Deng planteaba que la estabilidad tenía dos aspectos, a saber: uno, la estabilidad de la situación política y el otro, la estabilidad en la elaboración y ejecución de las políticas, considerando que el primero es el «núcleo y la clave» a la vez, mientras que el segundo era la condición y garantía, o dicho en sus propias palabras (1993): «La clave del problema es que no es problema cambiar la actual política de China, sea la interna o la exterior» (p. 217).

En esas condiciones, la aplicación de la política de reforma y apertura no tuvo el correlato en la situación política que tuvo en la Unión Soviética como Occidente esperaba. Las consideraciones acerca de la necesidad de la estabilidad política como soporte de la metamorfosis de la sociedad y el Estado en China pronto tuvieron su prueba de fuego cuando en 1989 estallaron disturbios políticos que tuvieron su epicentro en la plaza Tiananmen en Beijing y otras ciudades, buscando una inserción en el país de reformas de corte occidental, las que pusieron en juego la posibilidad de desarrollo y avance de

las medidas tomadas a partir de 1978. La respuesta contundente del gobierno chino hizo alusión a la necesidad de mantener la estabilidad interna so riesgo de quiebre de la unidad política del país. Así se lo hizo saber Deng Xiaoping en dos ocasiones tanto al presidente George H.W. Bush en febrero de 1989 y en octubre del mismo año, cuando conversó con el expresidente Richard Nixon: «La estabilidad es más importante que cualquier otra cosa» (Xie, 2012, pp. 85-86). De esta manera, se desestimó de forma definitiva la posibilidad de mutaciones políticas similares a las que estaban ocurriendo en la Unión Soviética y Europa oriental que fueron consideradas el preludio del fin de la Guerra Fría.

El trabajo del PCCh para llevar adelante la política de reforma y apertura

El período posterior al fracaso de la política del «Gran Salto Adelante» fue de profundo análisis, discusiones, crítica y autocrítica de los dirigentes, el gobierno y el PCCh. El propio presidente Mao Zedong asumió la responsabilidad ante los errores cometidos. Dijo Mao:

Yo cargo con la responsabilidad por todos los errores directos que cometió el Comité Central y comparto la responsabilidad también por todos los errores indirectos, porque soy el presidente del Comité Central. No quiero que otros eludan sus responsabilidades. Otros camaradas tienen que cargar con la responsabilidad, pero yo seré el primero en hacerlo (Mao, 1999, p. 296).

Otro tanto hizo el presidente Liu Shaoqi durante una conferencia estatal a la que fueron invitados los máximos dirigentes de todas las instancias del país, así como en una reunión sostenida con los otros partidos políticos existentes en China. De la misma manera, Zhou Enlai analizó los problemas y faltas en la gestión gubernamental. Una de las grandes enseñanzas a futuro fue no intentar adelantar subjetivamente ciertas tareas por muy apremiantes que fueran si no existían las condiciones para llevarlas adelante: «No por madrugar, amanece más temprano» dijo Mao, cuando la economía nacional

comenzó a mostrar signos de mejoría en 1965. Sin embargo, parecería que pronto olvidaron esas enseñanzas: la Revolución Cultural vino a ser otra gran catástrofe para el desarrollo económico y la vida política en China. Ya con Mao Zedong fallecido, le correspondió a Deng Xiaoping conducir el proceso de recuperación del país. Ante los brutales ataques que surgieron para criticar a Mao por este desastre, Deng afirmó que: «no tengo la impresión de que solo un individuo en particular haya estado equivocado. Tengo la autoridad como para decir eso, porque yo también cometí errores, (...) fuimos demasiado optimistas, (...) El problema no involucraba a una sola persona» (Deng, X., 1994a, p. 277)

La admisión de los errores cometidos por los dirigentes del PCCh, la corresponsabilidad por ellos y el aprendizaje de lo que cada revés significó se transformó en una práctica cotidiana que reforzó su papel ante el pueblo. Cuando se asumió la política de reforma y apertura, estas enseñanzas estaban presentes ante el vendaval de críticas que surgieron y las voces agoreras que anunciaban el fracaso ante tamaña transformación que se iniciaba. Así, Deng consideró que a pesar de que la Revolución Cultural fue un total desastre, tuvo el mérito de servir como aprendizaje. Los profundos debates que surgieron de la crítica a la Revolución Cultural en distintas vertientes del PCCh y el gobierno, así como las conversaciones en las calles y lugares de trabajo, estudio y recreación, se hacían eco de la necesidad de criticar, pero era necesario extraer las experiencias para el trabajo del partido y mejorar el bienestar del pueblo poniendo en el centro los intereses del país y de los ciudadanos, y Deng salió al frente para conducir correctamente el proceso de autocrítica y colocar a Mao en una justa dimensión que reprobaba sus errores pero le daba amplio reconocimiento como fundador del PCCh y de la República Popular China, otorgándole el mérito de haber salvado muchas veces al país de las crisis:

En muchos campos seguimos necesitando hacer cosas que el Camarada Mao Zedong propuso pero no consiguió, enmendar las cosas a las cuales se opuso equivocadamente y hacer bien las cosas que no hizo bien. Lo haremos durante mucho tiempo en el futuro. Por supuesto, hemos desarrollado el Pensamiento Mao Zedong y seguiremos desarrollándolo (Deng, X., 1994a, p. 300).

En todo este proceso de crítica y autocrítica estuvo presente la formación y la práctica marxista, así como las normas de funcionamiento del partido leninista, pero también se realizó bajo el influjo de las enseñanzas de Confucio que en las *Analectas* recordaba que los errores de una persona de bien son como eclipses de sol y de luna, los que son vistos por todos pero, cuando concluyen, los astros vuelven a la normalidad y el sol y la luna, que durante un momento dejaron de verse, siguen estando ahí, fulgurando el cielo e iluminando la tierra (Xie, 2012).

Con este espíritu el PCCh encaró la política de reforma y apertura, asumiendo que le cabía la mayor responsabilidad en llevar adelante las drásticas medidas transformadoras que se proponían y entendiendo que el éxito o el fracaso dependían de su trabajo. En esta lógica el PCCh se volcó a la selección y preparación de las personas que por virtudes y capacidades debían hacerse cargo de la conducción, partiendo de tres premisas básicas: dar responsabilidades a los más jóvenes, entre ellos elegir a los mejor formados y designar a los más competentes en términos profesionales. Especial atención se prestó a que estos procedimientos se hicieran en un contexto de estabilidad, considerado un bien supremo para el logro del éxito en la tarea planteada, lo cual se encaraba al generar también las mejores designaciones en las responsabilidades de dirección política del proceso de reforma y apertura.

Se trataba de construir un liderazgo colectivo con el fin de evitar el resurgimiento del culto a la personalidad y la acumulación de un exceso de poder del que se acusaba a Mao. Al frente de la secretaría general del PCCh se nombró en 1993 a Jiang Zemin, que provenía de la llamada tercera generación de dirigentes, quien puso el énfasis en el fortalecimiento del Partido y en las medidas necesarias a tomar para ello. Entre las disposiciones asumidas es importante señalar una mayor democracia en el nombramiento de los cuadros de dirección, pero considerando la lucha contra la corrupción y los privilegios como la mayor amenaza para la estabilidad interna del partido y el gobierno; sin embargo, el mandato aprobado en esa época respecto de este asunto no tuvo la fortaleza necesaria para producir cambios radicales sobre estas funestas prácticas, y todavía tendrían que pasar veinte años para que la lucha contra estos flagelos adquiriera un real compromiso en la aplicación de drásticas medidas contra los inculpados.

En otra esfera, la preocupación por la sistematización de la experiencia y el desarrollo teórico que debía acompañar los hechos que se estaban suscitando fueron de especial preocupación del PCCh. En el espacio teórico era menester elaborar los fundamentos de lo que se estaba denominando «socialismo con peculiaridades chinas», de ello dependía que las futuras generaciones y los cuadros que asumirían las nuevas responsabilidades y que vivirían desconociendo los avatares del pasado pudieran imbuirse de la historia de los acontecimientos ocurridos en estas épocas, de los errores y experimentos que habían permitido llegar hasta ahí, todo lo cual contribuiría a adaptarse más rápidamente y mejor a los nuevos tiempos y a los nuevos desafíos.

Algunas reflexiones finales sobre la política de reforma y apertura

El proceso de reforma y apertura significó la mayor transformación y modernización económica del país desde mediados del siglo XIX y aunque no se realizó un proceso de liberalización política de corte occidental como se deseaba en esta parte del planeta, se afianzó la naturaleza del sistema político que tiene en el PCCh su fuerza cardinal. Como consecuencia de esta fase de la vida de la República Popular China, el país ha mutado a potencia²⁶ económica, aumentando su poder e influencia en el mundo. Como es natural, la aplicación de una metamorfosis de esta dimensión no ha estado exenta de errores e insuficiencias, pero no debe verse como un proceso acabado sino en continuo desarrollo, toda vez que las metas estratégicas están todavía por cumplirse en un plazo de aproximadamente 40 años más. Durante una época, lo más importante fue el crecimiento de la economía a cualquier costo, ahora este crecimiento se ha detenido con el objeto de buscar equilibrios perdidos que hacían correr el riesgo de profundización de diferencias regionales y sociales que ya se están subsanando.

En lo fundamental el rumbo está trazado, no parecen vislumbrarse profundos cambios políticos: estos se seguirán haciendo de forma gradual en búsqueda del mantenimiento de la estabilidad y la unidad nacional, el Estado continuará teniendo el control de

los sectores estratégicos de la economía, rechazando el modelo occidental de sistema político, manteniendo el liderazgo del PCCh sobre la sociedad, ampliando el papel de las organizaciones sociales y populares, ejerciendo un control absoluto sobre instrumentos e instancias permeables a la influencia de Occidente y teniendo el manejo total sobre las fuerzas armadas y los órganos de seguridad del Estado (Vargas, 2007). La visión de futuro a mediano y largo plazo señala que de esa manera continuarán avanzando en la solución de los problemas inmediatos, mejorando la vida material del pueblo y luchando por un mundo en paz, condición fundamental para el éxito de su política. Todo este proceso se da en un marco de soberanía y defensa de su cultura, sus tradiciones y su historia, pilar fundamental para construir el porvenir.

En 2010, después de un poco más de treinta años de aplicación de la política de reforma y apertura, el PIB chino aumentó de 67 900 millones de yuanes en 1952 a 34,05 billones de yuanes en 2009 y el per cápita de 118 en 1952 a 25.125 yuanes en 2009, lo que significa a valores de la fecha un aumento de US\$ 3700 per cápita en el período. Así mismo, el crecimiento económico se mantuvo por encima de 10% anual, llegando incluso en 2009 a una cifra récord superior a 16% del PIB. Por otro lado, los precios se mantuvieron relativamente estables a pesar del tránsito de la economía planificada a la economía de mercado produciéndose elevaciones notables de la inflación —por razones atribuidas a los propios ajustes en la aplicación de la reforma— solo en cuatro momentos: a comienzos de los años ochenta del pasado siglo, durante 1984-1985, en 1988 cuando se produjo la más alta cifra de subida de precios (lo que trajo una serie de problemas sociales) y la última vez entre 1993 y 1995, pero desde 1996 la economía se estabilizó manteniendo el crecimiento y una baja inflación. Por su parte, el sector primario de la economía se redujo de 70,5% en 1978 a 36,9% en 2008, mientras el secundario aumentó de 17,3% en 1978 a 27% en 2008, lo mismo que el terciario que pasó de 12,2% en 1958 a 33,2% en 2008. La producción industrial creció de 20% del total de la economía en 1980 a 40% en 2009.

Junto a estas cifras es válido señalar el éxito de las políticas de control de natalidad. No obstante que la población pasó de 540 millones en 1949 a 1.334,74 millones en 2009, el decrecimiento de

la tasa comenzó a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, pasando de 29% de tasa de crecimiento anual en 1957 (la cifra más alta registrada) a 5% en 2009, pero al mejorar las condiciones materiales, la esperanza de vida pasó de 42 años en 1950 a más de 73 años en 2009. Por su parte, la educación que en 1949 mostraba 80% de analfabetos y solo 20% de escolarización de los niños en edad de estudiar, tuvo un avance sostenido desde ese año hasta la Revolución Cultural que hizo retroceder los niveles de educación en términos superlativos, por lo que el esfuerzo posterior en esta área debió ser superior, incrementándose paulatinamente hasta tener 204 estudiantes universitarios, 767 de secundaria y 782 de primaria por cada diez mil habitantes en 2008. En cuanto a la vivienda, de 1990 a 2008 la extensión construida per cápita de la población urbana aumentó de 13,7 m² a 28 m² y entre la población rural el crecimiento pasó de 17,8 m² a 32,4 m², mientras que el nivel de urbanización pasó de 10% en 1949 a 46,6% en 2009 (Wu, Sui, y Zheng, 2010). Todas estas cifras evidencian que China avanza aceleradamente hacia la erradicación de la pobreza.

En 1997 se consideró que la segunda fase del proceso se había cumplido con tres años de antelación, lo cual permitió trazar con mayor precisión las tareas y los objetivos de la tercera etapa y discutirlos en el XV Congreso Nacional del PCCh realizado durante ese año. Se trataba de entrar al nuevo siglo con la perspectiva clara del camino a recorrer. En ese sentido el propósito era finalizar la primera década del siglo XXI duplicando el PIB del año 2000, con lo cual se habría logrado mejorar aún más las condiciones de vida de la población, estabilizando la economía de mercado socialista. A continuación, en la década que culmina en 2020, China se propone tener una economía interna más desarrollada en la que habrá mejorado el funcionamiento del sistema político y económico. De esta manera —en ocasión de celebrar en 2021 el primer centenario de la fundación del PCCh— se plantea dar continuidad a esta política hasta concluirla a mediados de siglo, completando el programa de modernización para convertir a China en un país socialista «próspero, fuerte, democrático y de avanzada cultura» (Deng, 1993, p. 210), con el objetivo de conmemorar por todo lo alto el centenario de la fundación de la República Popular China en octubre de 2049.

NOTAS:

1. Según Deng Rong (2002) hija de Deng Xiaoping en su libro *Deng Xiaoping y la revolución cultural*: «Diez años de Revolución Cultural habían provocado un desastre sin precedentes para China: caos político, agitación social, sabotaje a la producción, privaciones en la vida diaria y la economía al borde del colapso (...) Miles de destruidos o calumniados, incontables individuos en cada etapa de su vida dañados de incontables formas» (p. 499).
2. En el año 1976 el dólar estadounidense se cotizaba aproximadamente a 1,9 yuan/renminbi chino.
3. En marzo de 1993, durante la I Sesión de la VIII Asamblea Popular Nacional fue aprobada la modificación de la Constitución Nacional para establecer que «el Estado practica una economía de mercado socialista».
4. Ley de Empresas Mixtas Chino-Foráneas del 1º de julio de 1979, Ley de Empresas de Inversiones Exclusivamente Externas del 12 de abril de 1986 y Ley de Empresas de Gestión Cooperativa Chino-Foráneas del 13 de abril de 1988.
5. Ley de Contratos Económicos del 13 de diciembre de 1981, Ley de Contratos Económicos con el Exterior del 21 de marzo de 1985 y Ley de Contratos Tecnológicos del 23 de junio de 1987, Reglamentos Generales del Código Civil del 12 de abril de 1986.
6. Ley de Marcas del 23 de agosto de 1982, Ley de Patentes del 12 de marzo de 1984 y Ley de Derechos de Autor del 7 de septiembre de 1990.
7. Ley de Quiebra de Empresas del 6 de diciembre de 1986 y Ley de Empresas Industriales Propiedad de Todo el Pueblo del 13 de abril de 1988.
8. Ley Forestal del 23 de febrero de 1979, Ley de Pradera del 18 de junio de 1985, Ley de Piscicultura del 20 de enero de 1986, Ley de Recursos Minerales del 19 de marzo de 1986 Ley de Administración de la Finca Raíz del 25 de junio de 1986 y Ley de Fauna Silvestre del 8 de noviembre de 1988.
9. Ley de Protección Ambiental, Ley de Protección del Ambiente Marítimo, Ley de Prevención y Tratamiento de la Contaminación Acuática y la Ley de Prevención y Tratamiento de la Contaminación Atmosférica.
10. Ley de Compañías del 29 de diciembre de 1993.
11. Ley de Oposición a la Competencia Injusta del 2 de septiembre de 1993.
12. Ley de Control de Calidad del 22 de febrero de 1993 y Ley de Protección de los Derechos e Intereses del Consumidor del 31 de octubre de 1993.
13. Ley de Registro de Contables del 31 de octubre de 1993.
14. Ley de Presupuestos del 22 de marzo de 1994 y Ley del Banco Popular de China del 18 de marzo de 1995.
15. Ley de Comercio Exterior del 12 de mayo de 1994.
16. Además se promulgaron la Ley de Publicidad, la Ley de Administración de Bienes Inmuebles Urbanos, la Ley de Auditoría, la Ley Laboral, la Ley de Arbitraje, la Ley de Contratos Económicos, la Ley de Contabilidad y la Ley de Impuestos sobre la Renta personal.
17. Los conceptos de «finanzas políticas» y con ello, el de «bancos políticos» fueron creados como instrumentos para dar soporte financiero a aquellas operaciones

que eran de interés político del Estado y que no tenían fines de lucro, de igual forma, se podían financiar y conceder créditos para contribuir a la estabilidad social en distintas regiones donde son utilizados para construir infraestructuras, dar apoyo a zonas pobres, dispensar créditos para el sector agrícola y empresas de funciones secundarias, así como para el combate a desastres naturales o, en algunos casos para inversiones de bajo rendimiento o mínima ganancia.

18. Las ZEE sirvieron como vitrinas de la apertura, jugaron el papel experimental en la introducción de las nuevas políticas orientadas al exterior. En estas Zonas se aplicaron políticas y administraciones especiales para el procesamiento de productos destinados a la exportación, en conjunción con la búsqueda de nuevos métodos del desarrollo científico, industrial y comercial. Se trataba de tener capacidad de recibir inversiones extranjeras, introducir técnicas y métodos administrativos avanzados, conocer el mercado internacional, aumentar el ingreso de divisas y formar nuevos talentos de nivel internacional en las diferentes áreas de la ciencia, la economía y la tecnología.
19. A los chinos del exterior se les dio máxima prioridad para realizar sus inversiones, además ellos tuvieron el importante papel de servir de enlace entre China y los inversionistas extranjeros. En 1990 la inversión proveniente de Taiwán y Hong Kong alcanzó los 12 mil millones de dólares superando a Japón como primer inversionista en el país. Para ello, aprovecharon la familiarización de costumbres, hábitos y el manejo del idioma, todo lo cual les permitió acceso a un trato preferencial a fin de atraer sus inversiones.
20. El objetivo es convertirlas en áreas ricas, abiertas, modernas y conectadas simultáneamente con el interior y el exterior del país, de conexión entre obreros y campesinos y entre las regiones rurales y las urbes.
21. Esta zona de 350 km², en particular por su ubicación tuvo como objetivo aprovechar la base económica, el talento capacitado y el territorio de Shanghái para abrir los territorios aledaños al río Changjiang a fin de convertir en corto plazo a esta gran urbe en un centro mundial de la economía, la banca y el comercio.
22. A estas ciudades fronterizas ubicadas en las provincias de Jilin (con Rusia), Heilongjiang (con Rusia) y Yunnan (con Vietnam y Myanmar) y las regiones autónomas de Mongolia Interior (con Mongolia y Rusia), Xinjiang (con Kazajistán) y Guangxi (con Vietnam) se les concedió la potestad de contar con ventajas para desarrollar el comercio y la cooperación con los países vecinos. Podían establecer sus propias regiones de cooperación económica y aplicar políticas preferenciales similares a las zonas costeras de apertura económica y tecnológica.
23. Los grandes pensadores chinos de la antigüedad cultivaron el talento y la virtud como necesidad de mantener la armonía, tranquilidad, paz interior y justicia, todo lo cual permite aspirar a la forma más elevada de realización del ser humano. Esto fue aceptado con diferentes visiones por taoístas, confucianos y budistas.
24. Se accede por vía de exámenes abiertos y evaluaciones estrictas, lo cual es una práctica tradicional china. Como se mencionó con anterioridad, ya en el año 165

a.C. durante la dinastía Han del Oeste se instituyeron los primeros intentos de exámenes para asegurar la calidad de los funcionarios imperiales, aunque duraron muy poco. Pero en el año 587, durante la dinastía Sun se estableció un sistema de exámenes que duró hasta el año 1904, durante la dinastía Qing, cuando fueron eliminados.

25. La «Tercera Cooperación» solo pudo comenzar a articularse en abril de 2005, después que se dio inicio a un diálogo directo y público entre Hu Jintao, entonces secretario general del PCCh, y Lien Chan, presidente del Kuomintang. Se considera como un tercer momento de acuerdos entre los dos partidos al aceptarse que los dos anteriores fueron a comienzos del siglo XX, cuando el PCCh aceptó que sus militantes ingresaran en las filas del Kuomintang con el objeto de luchar juntos para derrocar a los caudillos militares, pero esta alianza culminó cuando se desató el «terror blanco» dirigido por el líder nacionalista Chiang Kai-shek contra los comunistas en 1927; la segunda, se produjo en 1936, en el momento que ambos partidos tomaron la decisión de luchar unidos contra Japón hasta su derrota y expulsión del territorio chino en 1945, momento en que se reanudaron las hostilidades entre las dos organizaciones políticas.

26. A este respecto se debe señalar que el concepto de potencia está asociado al de polaridad. En este marco, cuando se habla de China como potencia, me hago cargo de la definición establecida en mi libro *La balanza de poder. Las razones del equilibrio del sistema internacional* (2014): «Cuando se habla de estos temas, es evidente que la dinámica gira en torno al problema de la seguridad y de la manera como los Estados construyen una visión determinada de poder que les permita garantizar esa seguridad. Así mismo, el tema está vinculado a la cantidad de actores que puedan ejercer ese poder en el sistema internacional. De esa manera, la polaridad viene dada por las potencias que determinan la política mundial, y su definición, por la cantidad de ellas que están capacitadas para hacerlo. Como señalan Kegley y Raymond “...el término polaridad se refiere a la distribución del poder entre los miembros de un sistema de Estados”, por tanto, “Discutir sobre polaridad es hablar de poder. Dicho de una manera más simple, el poder es la capacidad de controlar el comportamiento de los otros”.

Por otro lado, se maneja cada vez con mayor asiduidad la idea de que estamos ante un cambio o transformación del sistema pero ese concepto tiene diferentes acepciones. Waltz (2005) se refiere a “la inevitable transición de la unipolaridad a la multipolaridad”. Este autor señala que dos guerras mundiales terminaron con la gravitación de Europa como eje de la política internacional y anuncia que el proceso actual está ocurriendo en Asia, afirmado en la conducta exterior de China y Japón» (Rodríguez Gelfenstein, 2014, pp. 203-204).

CAPÍTULO IV

La realización del «Sueño Chino»

Una nueva etapa en la historia de la República Popular China

«Parados en la vasta tierra de 9 600 000 km², absorbiendo los elementos nutritivos culturales acumulados en la prolongada lucha de la nación china, con la fuerte unión de los 1.300 millones de habitantes que conforman el pueblo chino, al seguir nuestro propio camino contamos con un escenario incomparablemente vasto, poseemos un trasfondo histórico incomparablemente profundo y rico y tenemos una determinación incomparablemente poderosa de marchar hacia adelante. El pueblo chino debe tener esa confianza y cada uno de los chinos debe tener esa confianza, sin excepción»

XI JINPING

Discurso en el Foro conmemorativo del 120 aniversario del natalicio de Mao Zedong
26 de diciembre de 2013

La realización del XVIII Congreso del PCCh en 2012 y las sesiones del año 2013 de la Asamblea Popular Nacional (APN) y del Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPCh) —máximos órganos legislativo y consultivo del país, respectivamente— así como la elección de Xi Jinping como secretario general del Comité Central del Partido Comunista de China, presidente de la República y presidente de la Comisión Militar Central del PCCh¹ marcaron un punto de inflexión y la entrada a una nueva etapa en la historia de la República Popular China. Muchas personas de manera legítima se preguntan por qué este momento es considerado como el comienzo de una época distinta o, mirado desde otra perspectiva, cuáles fueron los cambios de tanta trascendencia que permiten hacer una afirmación de tal dimensión. Lo cierto es que a partir de 2012 se forjó un nuevo estilo de trabajo, al que fueron convocados todo el PCCh y las etnias del país para afrontar los retos y desafíos que parecían aletargar el proceso iniciado en 1978. Se trataba de profundizar la apertura y reforma en medio de la crisis económica y financiera mundial, en la que se pondría a prueba la solidez y el robustecimiento del sistema económico chino generando condiciones para avanzar en la modernización del país, lo cual debía

hacerse a partir de la revitalización con el fin de cumplir el «sueño chino» y llevar así al pueblo a un futuro «luminoso». Para ello, el PCCh, el gobierno y el Estado concentraron los esfuerzos en algunas áreas que debían ser revisadas, modificadas y estructuradas bajo la lógica de impulsar el país hacia un nuevo estadio de desarrollo de la sociedad. La conducción encabezada por Xi Jinping se volcó a esa tarea insuflando a los dirigentes, a las estructuras y al pueblo en general un espíritu de trabajo que esbozaba la posibilidad cierta de hacer los cambios imprescindibles para cumplir las metas trazadas. El período 2012-2022 podrá ser evaluado positivamente si se cumplen los objetivos del primer centenario en 2021 y traza de manera firme, paulatina, ininterrumpida y constante el camino para cumplir las metas del segundo centenario en 2049.

El conductor de todo este proceso ha sido Xi Jinping. Nacido en junio de 1953, es el sexto presidente de la República Popular China y el primero nacido después de la Revolución de 1949. Es hijo de un dirigente histórico del PCCh, estudió ingeniería química e hizo un doctorado en teoría marxista, ambos en la Universidad de Tsinghua en Beijing. Ingresó al Partido Comunista en 1974 e hizo carrera política desde la base. En 1999 fue nombrado gobernador de la provincia de Fujian, en 2000 secretario del PCCh de la provincia de Zhejiang y en 2007 de Shanghái, una de las más altas responsabilidades en la nomenclatura china, antes de asumir un cargo de nivel nacional en Beijing. Ese mismo año fue ascendido al Comité Permanente del Buró Político del Comité Central del PCCh. En marzo de 2008 fue elegido vicepresidente de la República Popular China, en noviembre de 2012 secretario general del Comité Central y presidente de la República en marzo de 2013 (Xinhua, 29 de marzo de 2013).

Avanzar en la senda del socialismo con peculiaridades chinas

A través de la historia han existido varios modelos de socialismo, uno de ellos es el socialdemócrata —al que se ha querido asemejar el chino—, también el que emergió en Rusia, vinculado al partido bolchevique y a Lenin, que inicialmente tuvo gran éxito llevando al poder a los obreros y campesinos en ese país y que luego fue

objeto de deformaciones bajo el liderazgo de Stalin. En China, al integrar el marxismo con la realidad, nació el pensamiento de Mao Zedong, que también enfrentó gravísimas aberraciones de carácter estalinista durante la Revolución Cultural hasta que los comunistas chinos conducidos por Deng Xiaoping reflexionaron sobre las experiencias y lecciones históricas y decidieron romper con el pensamiento y con el modelo socialista de la Unión Soviética para formular el socialismo con peculiaridades chinas. En su proceso de construcción también se han cometido diversos errores y han surgido diferentes problemas: corrupción, creciente desigualdad en los ingresos, contaminación medioambiental, declinación moral y otros. Sobre el origen de los mismos y las vías y métodos de solucionarlos existen distintas visiones: algunos —tanto en China como en el exterior— plantean que todo está en la matriz del capitalismo, que las deformaciones están relacionadas con el mercado y el dinero, y que la solución sería disminuir la influencia del mercado, aumentar la práctica socialista, incrementar el control gubernamental y reducir las libertades. De otra parte hay quienes piensan que hay que retornar a la completa economía planificada, así como también están aquellos que piensan que estos problemas tienen su arranque en una fragmentaria función de la economía de mercado y una intervención demasiado amplia del PCCh. En este caso, la solución debería ser la profundización de la reforma y la apertura en todos los ámbitos para realizar cambios en el sistema político que apunten hacia una liberalización capitalista que reduzca o elimine el papel que el PCCh juega en la sociedad. Incluso hay quienes proponen que el partido se haga socialdemócrata, argumentando que las medidas de transformación que se han instrumentado en China en los últimos 40 años no difieren en nada del ideario de esa corriente política. Ante todas estas aseveraciones y propuestas China ha respondido afirmando que su modelo es el «socialismo con peculiaridades chinas», sin volver al pasado ni tomar rutas perniciosas que lo alejen de su objetivo final que es el socialismo (Huang y Luan, 2013).

En el informe político presentado por el secretario general saliente Hu Jintao al XVIII Congreso del PCCh se reiteraba que durante todo el proceso de reforma y apertura que ya rebasaba los 30 años el PCCh había mantenido la bandera del socialismo con peculiaridades chinas

como un objetivo permanente que no debía ser abandonado jamás. Hu planteó que el camino seguido, el sistema teórico que lo sostenía y el modelo socialista que se había construido constituían el logro fundamental del partido y el pueblo en los últimos 90 años, por lo que debían ser cuidados y desarrollados continuamente (Hu J., 2012).

Para muchas personas este planteamiento resulta muy sorprendente. Los discursos más difundidos apuntan a que China abandonó el socialismo desde 1978 y que las medidas tomadas a partir de entonces se orientan al capitalismo y la glorificación del mercado. Me parece que el problema de fondo es diferenciar las afirmaciones que a favor de una y otra posición se mantienen, en términos de temporalidad (corto o largo plazo) e importancia y profundidad de los objetivos (coyuntural y táctico o estructural). En ese sentido, la persistencia de los comunistas chinos en sostener su apego al socialismo y al comunismo tiene que ver con la necesidad de construir una sociedad más desarrollada, con mayor equidad social, en la que los ciudadanos puedan aspirar a una vida mejor, objetivos que el país debe buscar a partir de condiciones propias. Por tanto no se puede relacionar el socialismo con el modelo que imperó en la Unión Soviética, ni tampoco vincularlo solo a las luchas violentas que fueron necesarias para desalojar a los capitalistas del poder. Por otra parte, la idea de comunismo se debe relacionar con la etimología de la palabra que proviene de «comunidad», que a su vez está férreamente vinculado al concepto de «armonía»: una comunidad no puede sobrevivir si no es en un ambiente armónico, por eso el comunismo está ligado intrínsecamente a la idea de armonía social que debió ser alterada en los tiempos de lucha revolucionaria, cuando imperaba la violencia como forma de responder a la violencia del opresor (Huang y Luan, 2013). Pero en la modernidad, el PCCh ha adaptado las concepciones de «mundo armonioso» y «sociedad armoniosa» como un retorno al sentido original del comunismo, como la sociedad que se pretende construir tras un largo camino de luchas llenas de reveses y victorias. Así, la idea de socialismo fue sostenida a partir de la creación de la República Popular en 1949, reafirmada con la política de reforma y apertura comenzada en 1978 —superando grandes errores en los primeros treinta años de revolución— hasta llegar a la conceptualización de «socialismo

con peculiaridades chinas» como definición de la etapa primaria en la construcción de la nueva sociedad, hasta transformarse en el ideal común del PCCh y el pueblo chino, porque dio respuesta —en tanto camino, teoría y régimen— a las necesidades de desarrollo de la mayoría de los ciudadanos. Sobre este aspecto se sostiene la particularidad del socialismo chino a partir de una tesis desarrollada en el XIII Congreso del PCCh celebrado en 1987 sobre la base de dos preceptos: el primero, que China es ya una sociedad socialista, la que debe persistir y no ser abandonada; el segundo, esta sociedad transita por su etapa primaria y hay que cumplir determinadas metas para superarla (Zhao, 1988). Por ello aún debe caracterizarse como un «socialismo no desarrollado». Al respecto, Deng Xiaoping vaticinó que el período básico de la etapa primaria sin duda iba a durar cien años y que la tarea primordial sería promover la reforma y el desarrollo en todos los terrenos (Huang y Luan, 2013). En relación con la habitual crítica respecto de que a pesar de su retórica en la práctica China abandonó el socialismo, las autoridades reconocen que en la etapa primaria no pueden excluir por completo el papel del capital y de la economía de mercado con el fin de desarrollar las fuerzas productivas. Pero el PCCh está atento a la aplicación tanto de la eficacia como de la equidad, del trabajo tanto del capital y del Estado como del mercado, pero sabe que debe poner el énfasis en la equidad, el trabajo y el papel del Estado, lo cual es un reto permanente ante las fuerzas retrógradas que tienden a lo contrario.

En esta etapa el desarrollo sigue siendo clave para la solución de los problemas, en un proceso permanente que debe emancipar y desplegar las fuerzas productivas del socialismo, aprehender la construcción económica, persistir en el pensamiento estratégico, reajustar permanentemente las relaciones de producción y de la superestructura que no se adapten a los objetivos de largo plazo e impulsar de forma perseverante la reforma y la apertura, sin lo cual no será posible construir el socialismo, considerando que este salvó a China del colonialismo y el feudalismo y la sostuvo cuando se desmoronaban los sistemas de la Unión Soviética y el este de Europa. De igual modo se deben materializar la justicia y la equidad social, tomando en cuenta que en esta etapa persisten diferencias individuales en lo físico, lo intelectual, el lugar en la sociedad y las condiciones

familiares que conducen a que los miembros de la sociedad disfruten de diferente calidad de vida, porque aún no es posible lograr la «igualdad absoluta», sin tomar en cuenta que para ello se debe lograr un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, transformar profundamente la estructura económica y crear óptimas condiciones sociales. Todavía ese es el objetivo por lograr.

Los dirigentes chinos han enfatizado que la pobreza y la polarización social no deben ser nunca vinculadas al socialismo, por eso la prosperidad es un objetivo estratégico del «socialismo con peculiaridades chinas», avanzando hacia la eliminación de las diferencias, disminuyendo la brecha social hasta eliminarlas totalmente, optando por la armonía social y por una sociedad que en esta etapa no tenga contradicciones antagónicas entre sus miembros, de manera que aquellos contrastes que subsistan se vayan resolviendo de forma pacífica y paulatina, mediante medidas, reajustes y reformas que deben ser tomadas. El socialismo chino aboga por la combinación de la idea patriótica con el internacionalismo, por ello su práctica a favor de la paz y el desarrollo de todas las naciones y pueblos sobre la base del principio de que «el socialismo es la paz». El socialismo chino no está aún maduro ni vive su etapa superior, seguirá teniendo su dinámica propia, siempre sustentada en los principios del socialismo científico (Huang y Luan, 2013).

Esto obliga a elaborar una teoría alejada de los dogmas y en permanente evolución acorde a los cambios de situación. De no hacerse así se transformará en un freno para el desarrollo. El pensamiento debe ser variado y reajustado cada vez que sea necesario, a riesgo de anquilosamiento, desactualización y enfrentamiento a la posibilidad de cometer errores dogmáticos que lleven al partido nuevamente a situaciones muy graves y lamentables. En China se ha aceptado que el pensamiento de Mao Zedong sirvió para resolver los problemas encaminados a hacer triunfar y sostener la revolución china; la teoría de Deng Xiaoping para librar a China de la pobreza y desarrollarse gradualmente; el pensamiento de la triple representatividad, planteado por Jiang Zemin, permitió esbozar las necesidades del trabajo del PCCh en las nuevas condiciones; la «concepción científica del desarrollo» esbozado por Hu Jintao ayudó a resolver el intrínquilis que presenta

el problema del equilibrio entre el crecimiento temprano, el enriquecimiento común y el desarrollo coordinado; finalmente, hoy se ha incorporado el pensamiento de Xi Jinping del «socialismo con peculiaridades chinas para una nueva era»², como fuente de construcción teórica.

Consolidar y seguir avanzando en la reforma integral

Al entrar al siglo XXI habían pasado ocho años desde que Deng Xiaoping planteó la necesidad de que transcurrieran treinta años antes de que estuvieran formalizados en la práctica el conjunto de sistemas maduros e institucionalizados que permitirían dar paso a las transformaciones ineludibles que propiciarán la irreversibilidad del proceso de reforma que se iniciaba. Veinte años después de esa fecha se vislumbró que junto con el perfeccionamiento del sistema socialista con peculiaridades chinas, era imprescindible que se iniciara una fase de modernización del sistema de gobierno, del Estado y de la capacidad de gobernar si se quería cumplir con el objetivo general de profundizar la reforma. Esto se verifica a partir del autoperfeccionamiento del modelo, inyectándole al mismo mayor vigor y vitalidad, para lo cual resulta esencial una dirección correcta del PCCh, sin apartarse de las metas trazadas. De esta manera, la mejora del socialismo y el perfeccionamiento del sistema se transformaron en las dos caras que debía adquirir este proceso si se le quería dar un rumbo correcto. Para lograr este objetivo, como se mencionó en páginas precedentes, se trataba de incorporar los mecanismos del mercado al sistema económico sin abandonar la planificación, creando de esa manera un sistema dual en el que coexisten mercado y planificación, además de diversas formas de propiedad que configuran un modelo complejo de economía mixta en la que la propiedad estatal sigue teniendo el mayor peso, sobre todo en el caso de las empresas estratégicas. En este marco, la propiedad privada y las actividades económicas individuales han jugado un papel importante que ha hecho surgir una clase media, sobre todo en la zona oriental del país, que compone uno de los mercados más dinámicos del mundo, lo cual incluso ha llevado a la aceptación de empresarios en las filas del PCCh. Sin embargo, aún

la mayor parte de la fuerza laboral urbana sigue estando empleada en las empresas del Estado, mientras que en el campo la tierra continúa siendo propiedad del Estado, bajo el régimen de responsabilidad familiar. Además, hay un gran número de empresas colectivas entre ambas formas de propiedad, con preponderancia de las empresas rurales. A comienzos de siglo, el reto era atacar las deficiencias de los sectores estatal, financiero y fiscal sin sufrir mermas en el crecimiento económico, evitando los estallidos sociales que pudieran poner en peligro la integralidad del proceso (Troncoso, 2002).

A partir de ese instante se trataba de realizar las tareas de manera adecuada para lo cual se debían relacionar correctamente las dos facetas del proceso: por una parte, el socialismo que trazaba el rumbo fundamental, o dicho en términos de la filosofía antigua china — tanto en la taoísta como en la budista y en el confucianismo — se configuraba como el camino a seguir, sin apartarse del mismo, es decir este era el nuevo tao de China. La otra cara es la que presentaba la necesidad de salir del enclaustramiento y el anquilosamiento, sin abandonar el pasado histórico recorrido, sosteniendo las banderas que han permitido llegar hasta este momento.

El mejoramiento del sistema de gobierno del Estado y su capacidad de gobernar son parte trascendente de la reforma en China, toda vez que en él se concentran las características del sistema de un país y su capacidad de ejecutar las políticas. En el caso de China, el sistema de gobierno funciona bajo la dirección del PCCh, incluyendo todo el entramado jurídico que da forma a la dirección de la economía, la política, la sociedad, la cultura, la civilización ecológica y el propio partido, configurando de este modo un conjunto de sistemas interconectados y vinculados entre sí. Al Estado le corresponde gestionar los asuntos sociales, políticos, de control interno, los diplomáticos, los de seguridad y defensa nacional en un conjunto orgánico que necesita completarse a fin de aumentar sus capacidades y desplegar su eficiencia (Xi, J. 2014).

Según Xi Jinping (2014), los problemas y las medidas más importantes para impulsar la reforma son:

1. Hacer que el mercado juegue un papel decisivo en la distribución de los recursos y que el gobierno mejore el desempeño de sus funciones.

2. Mantener y perfeccionar el sistema económico básico.
3. Reestructurar el sistema financiero y tributario.
4. Perfeccionar y reformar los regímenes y mecanismos de integración del desarrollo urbano y rural.
5. Promover el desarrollo sistematizado de la democracia consultiva de manera amplia y en múltiples estratos.
6. Priorizar la reforma judicial y los mecanismos del funcionamiento judicial.
7. Fortalecer la innovación de regímenes, mecanismos y garantías del sistema anticorrupción, intensificando una dirección unificada que fomente el estilo del partido, la moralización administrativa y el trabajo anticorrupción.
8. Persistir en los principios de aprovechamiento activo, desarrollo científico, gestión basada en la ley, garantías de seguridad y mejoramiento del régimen de gestión y dirección de Internet.
9. Crear un Consejo de Seguridad Nacional a fin de fortalecer el trabajo en esta área con una dirección concentrada y unificada.
10. Perfeccionar el régimen de administración de los recursos naturales y mejorar el régimen de supervisión y control de estos recursos.
11. Fundar el Grupo Dirigente de Profundización Integral de la Reforma.

Esto se podría lograr reforzando la confianza en el valor de la reforma, persistiendo en emancipar la mente y buscar la verdad en los hechos —como enseñaba Mao Zedong— y persistiendo en la idea de considerar los problemas partiendo del estudio de la situación en su conjunto. Las medidas tomadas y el trazado de las mismas permiten señalar con absoluta seguridad que China continuará perseverando en el camino de la reforma y mejoramiento de su sistema político a partir de sus propias decisiones, del ritmo y velocidad que ellos mismos le impongan y sin apartarse de los lineamientos estratégicos emanados de su modelo socialista con peculiaridades chinas.

Fortalecer el modelo económico

El establecimiento del modelo definido como de mercado socialista con peculiaridades chinas constituye el objetivo principal del sistema económico y ha sido concebido como el instrumento fundamental para lograr la industrialización, la urbanización y la modernización del país. Las características básicas a partir de las cuales fue diseñado se mantienen vigentes: colaboración del gobierno y el mercado, unidad entre las administraciones regionales y el gobierno central, combinación de los tipos de propiedad pero dando primacía a las de carácter público, sistema de distribución con preocupación similar en la igualdad y la eficiencia, desarrollo coordinado entre las zonas urbanas y rurales, y relaciones económicas exteriores igualitarias y de beneficio recíproco. No obstante, como es natural, la aplicación de dicha política ha traído innumerables efectos positivos pero también contratiempos y dificultades en algunas áreas. Entre los primeros cabe destacar el crecimiento acelerado de la economía, precios relativamente estables para el consumidor, perfeccionamiento continuo de la estructura industrial, ascenso gradual del nivel de empleo, disminución del crecimiento demográfico, elevación de los niveles de educación y salud y mejoramiento continuo de las condiciones de vida del pueblo. Igualmente se pueden observar factores favorables al desempeño de la economía: existencia de un sistema de mercado socialista que garantiza estabilidad al desarrollo, la eficiencia y la igualdad en la distribución por vía de la materialización de la interacción positiva entre reforma, desarrollo y estabilidad; el deseo de construir un país poderoso, democrático, civilizado y armónico, lo cual constituye una fuerza moral que después de cinco mil años de historia conforma un legado espiritual que se transmite de generación en generación; la cada vez mayor capacidad del gobierno y el PCCh de regular y controlar macroeconómicamente la economía; la existencia de abundantes recursos laborales que permiten garantizar el crecimiento de la economía durante un período prolongado y, finalmente, la capacidad que ha ido adquiriendo para contribuir a la creación de un entorno internacional relativamente relajado (Wu, Sui, y Zheng, 2010).

De cara al futuro China enfrentará nuevos retos que emanan de la necesidad de resolver aquellos elementos que restringen el desarrollo

económico. El más importante de todos es su déficit de recursos, y el de energía en particular. Sus reservas en este rubro son muy escasas, además de tener una muy baja utilización de fuentes y de producción y uso de energías alternativas, conservando aún gran dependencia del carbón —que genera baja eficiencia del sistema energético y enorme presión sobre la protección del medio ambiente— lo que hizo que el país se transformara en 1993 en importador neto de petróleo, sometiendo así su economía a las fluctuaciones del mercado y los vaivenes políticos de los países productores. Así mismo, esta subordinación de su economía a la lógica del mercado petrolero agrega nuevos problemas a sus intentos de superación de una dinámica ambiental, ya de por sí complicada. También hay otros factores de tensión económica, uno de ellos tiene que ver con un elevado uso de pesticidas y abonos químicos que degradan y degeneran el ambiente, produciendo deterioro ecológico, contaminación ambiental y por consiguiente daños a la salud y a la economía. Por otra parte, el bajo nivel de urbanización constituye otro factor de riesgo económico. China todavía no se considera un país moderno de acuerdo a los estándares internacionales, precisamente porque su nivel de urbanización es bajo. En ese sentido necesitaría incorporar doscientos millones de ciudadanos a zonas urbanas con la consiguiente presión en materia de infraestructura, educación, salud, cultura y generación de empleos, lo cual significa un reto de dimensiones colosales. Se trata además de dar solución al problema sin caer en los procedimientos capitalistas de acuerdo con los cuales poco importa la condición humana, por lo que se debe recurrir a la innovación para crear oportunidades de trabajo, elevando el potencial de desarrollo económico, ampliando la extensión de la tierra cultivable per cápita y dotando de mayor cantidad de recursos a los campesinos. Resolver el problema del contraste y las diferencias entre zonas urbanas y rurales, distribución e ingresos, así como las diferencias entre las regiones del país en cuanto a niveles de consumo, seguridad social, asistencia médica y educación sigue siendo posiblemente el mayor reto de la economía china. Finalmente, la corrupción y la ineficiencia económica que se origina en las imperfecciones del modelo son otros factores que obstaculizan el desarrollo de la economía, lo cual obliga también al perfeccionamiento del sistema, ampliando mucho más los niveles de democracia, justicia y eficacia en la gestión gubernamental

(Ob. cit.). Con todo, la novedad es que parecería que el gobierno y el PCCh han constatado estas falencias y tomado conciencia del impacto que tienen en la economía y la vida del país, por lo que en los últimos cinco años, bajo la gestión de Xi Jinping, las funciones del sistema político administrativo del Estado, el gobierno y el partido se han ido modificando a favor de encarar estos inconvenientes y trabas para generar condiciones de cumplimiento de las metas estratégicas trazadas.

Desde otra perspectiva, hay otros factores que entrañan problemas para la economía china, entre ellos los privilegios que se ocultan tras la alta rentabilidad de las empresas. Por su parte, el bajo precio de los recursos emanados de los elevados subsidios que reciben los productores chinos —los que habiendo mejorado la competitividad internacional de sus productos, han mermado el ingreso familiar— ha sido imperativo para que el gobierno haya tenido que hacer un esfuerzo en los últimos años a fin de revertir esta tendencia, elevando los salarios de los trabajadores. Todas estas afectaciones generan la pregunta de si el crecimiento de China puede ser alterado por una crisis económica o financiera (López Villafañe, 2012). Los problemas señalados y su probable solución fijarán la pauta de desarrollo del país a futuro.

Tales propósitos exigen desplegar un proceso de transición y perfeccionamiento que conduzca a una nueva etapa de crecimiento económico sostenible, para lo cual es imprescindible seguir la orientación que marca el objetivo general de profundización de la reforma integral y aplicar el principio de hacer que el mercado cumpla el papel más relevante en la asignación de los recursos, innovando en el modelo de desarrollo para conseguir una mayor eficiencia, equidad y sostenibilidad. En este ámbito, los aspectos resaltantes de la transformación de la modalidad de desarrollo son el aumento del consumo de los ciudadanos, el desarrollo de la industria terciaria, llevar adelante grandes esfuerzos para mejorar la capacidad de innovación independiente e intensificar la integración urbano rural (Zheng, X., 2014).

Aunque el período presidencial de Xi Jinping se inició de manera muy promisoría, la crisis económica y financiera global también afectó a China. Los índices económicos comenzaron a mostrar resultados insatisfactorios, lo cual generó especulaciones de carácter

negativo respecto de la economía del país en el exterior. Sin embargo, para el año 2014 se fijó una meta de crecimiento de 7,5%, la misma del año anterior que también había cerrado en 7,7%, lo cual podía ser reflejo de estabilidad y normalidad en el ritmo de crecimiento. No obstante, los especialistas anunciaron que la economía china no iba a seguir creciendo a tasas de dos dígitos y que era de esperar una estabilización que se cifraba en crecimientos de entre 7,5 y 8%, sobre la base de que en el caso de China, la dependencia de la inversión hace que el mayor riesgo para el crecimiento resida en el sector financiero (Li, W., 2014). Desde una perspectiva positiva, la disminución del ritmo de crecimiento de la economía podría concebirse como una oportunidad beneficiosa para que China tomara medidas encaminadas a profundizar la reforma. Desde ese punto de vista se podía evaluar que las grandes inversiones hechas durante la crisis financiera mundial, aun siendo positivas, produjeron efectos perniciosos como sobrecapacidad productiva, contaminación ambiental, presiones inflacionarias y aumento de las deudas de los gobiernos locales, para cuya resolución se debían adoptar medidas que obligatoriamente necesitaban de un giro en el modelo de crecimiento económico.

Con todo, la economía china alcanzó cotas de crecimiento de 7,4% en 2014, 6,9% en 2015 y 6,7% en 2016, lo cual activó las alarmas ya en el primero de esos años, tanto a nivel interno como exterior. Los dos años siguientes vinieron a consolidar la idea de que la tendencia de la economía china era de una caída irremediable. Por el contrario, Hu Jianguo (septiembre 2014) explica que la economía china «...no pierde, en realidad, la fuerza motriz y el potencial para mantener su desarrollo, como por ejemplo, la reestructuración, la competencia por el mercado y otros elementos» (p. 26). Por una parte, la reestructuración comenzó a mostrar sus efectos gracias a la optimización del sector terciario o de servicios que viene subiendo la proporción de valor agregado en el PIB, e incluso superando al sector secundario. Entre las áreas del sector terciario destacan los servicios de producción como el comercio electrónico que crece mucho más rápido que las industrias tradicionales. La reestructuración de la economía también ha permitido que las industrias no contaminantes o que economizan energía hayan logrado un gran desarrollo. En este sentido, la

economía popular ha tenido un desarrollo acelerado y ha mejorado su eficacia mientras que el gobierno ha comenzado a cambiar su función, reduciendo trámites administrativos, facilitando la gestión en el mercado y preservando la competencia equitativa. Todo esto ha contribuido a que la ralentización de la economía no haya afectado el gigantesco mercado interno, garantizando el poder adquisitivo de la clase media, aumentando en general los ingresos de la población, que cada vez destinan mayores recursos al turismo y la inversión, ya no solo al ahorro, lo cual permite que China pueda resistir el ataque de la crisis financiera internacional (Hu, J. junio 2014). En otra perspectiva, se debe considerar que la desaceleración de la economía china, además de ser producto de su propio desarrollo, está bajo incidencia del débil crecimiento de la economía global. En 2015 China conservó un crecimiento cercano al 7%, mientras que Estados Unidos tuvo uno de 3%, considerado «muy significativo», de manera que no hay razones para pensar que se acerca un «colapso» de su economía a pesar de que el comercio exterior se comenzó a contraer junto al del resto del mundo. Ese año, las exportaciones cayeron en China 2,7%, en Estados Unidos 7,1%, en Japón 3,5% y en India 20%, lo cual representa el nivel más bajo desde el inicio de la crisis de 2008. Pero China contaba con un mayor margen de maniobra para mantener el crecimiento y mayor campo de acción para ampliar la inversión (Mei, 2015). Estas se mantuvieron después de que en 2014 alcanzaron los 102900 millones de dólares, superando por primera vez la barrera de los cien mil millones. Así, China continúa su mutación desde su condición de país receptor de inversiones a uno que invierte de manera creciente en el exterior, aumentando desde 2 mil millones de dólares en 2001 cuando adhirió a la OMC hasta esta cifra de 102.900 millones jamás alcanzada con anterioridad. Además, las inversiones chinas están diversificando su presencia, ya no están solo en países en vías de desarrollo, también en los más desarrollados. También varían las áreas, de ir solo dirigidas a la explotación de recursos naturales, hoy también se orientan a la industria, la manufactura, agricultura e infraestructura. Otra característica es que la inversión del sector no estatal ha superado la del capital estatal y finalmente, el proyecto «Una franja y una ruta» se está convirtiendo en la fuerza motriz de la inversión china en el exterior (Lan, 2015). Incluso expertos del

grupo de banca de inversión de valores Goldman Sachs opinaron que «El vaticinio sobre los efectos indirectos que puede crear una desaceleración de la economía china ha sido abrumadoramente exagerado y la economía de China todavía puede mantener una alta tasa de crecimiento» (*Diario del Pueblo*, 2 de febrero de 2016).

China cuenta con la reserva de depósitos bancarios más grande del mundo, teniendo además un nivel más elevado en las tasas de interés que los países occidentales. El Banco Popular de China, al decidir flexibilizar su política monetaria para mantener el crecimiento, no genera presión inflacionaria como ocurre con otros bancos centrales, lo cual le permitirá seguir manteniendo bajos niveles de inflación. Por otra parte, el aumento de la deuda de los gobiernos locales no dará origen a una crisis de deuda del país. A diferencia de Occidente, los gobiernos locales en China orientan sus recursos al progreso de las condiciones de vida y a la consolidación económica más que al consumismo de la población. Además, esta deuda está todavía bastante alejada de los límites de advertencia peligrosa aceptados internacionalmente. De igual forma, el impulso al perfeccionamiento y reforma del sistema administrativo incidirá muy rápidamente en el mejoramiento de los niveles de deuda (Hu, junio 2014). Por su parte, Molina y Regalado (2016) apuntan que a pesar de la situación vulnerable del sistema financiero chino, amenazado por lo que llaman una triple «burbuja» de crédito, inmobiliaria y de inversión a la que se unen otros factores como la situación de la moneda y la desaceleración económica, el país tiene relevantes fortalezas en cuanto a que, a pesar de todo, la economía sigue creciendo; las reservas siguen siendo las mayores del mundo; han aumentado sus reservas en oro; la deuda externa se mantiene en límites manejables; la moneda se conserva estable; los bancos persisten en sostener altos niveles de liquidez y el sistema financiero sigue siendo básicamente estatal, todo lo cual entrega elementos que permiten afirmar que sin saber en cuánto tiempo, China superará sus dificultades en dependencia del desempeño de la economía interna y la evolución de la economía global. Además, aunque el cumplimiento de los objetivos de desarrollo interno y presencia económica exterior del país se retrasen, eso no va a impedir que los mismos sean cumplidos en otros plazos (Molina Díaz y Regalado Florido, 2016).

El año 2016 se caracterizó por un crecimiento que se mantuvo entre la meta trazada de 6,5%-7,0%, mientras el país avanzaba hacia la transformación de la estructura económica, de la fabricación e inversión a servicios y consumo y de la fabricación a bajo costo a la de alta tecnología. Del mismo modo, el consumo se transformó en el motor más poderoso de la economía, aumentando la economía digital que espera en el año 2035 generar 400 millones de empleos. La innovación mostró un sólido progreso hasta recibir 3,3 millones de solicitudes de patentes, 24% más que el año anterior. La tasa de desempleo al finalizar el año se mantuvo estable, llegando a 4,02% por debajo de la meta gubernamental de 4,5%, aumentaron los ingresos en 6,3% y se redujo la pobreza, cumpliendo la meta anual de sacar 10 millones de personas de esa negativa condición. En otro ámbito, logró progresar en la reducción de emisiones y conservación de energía, elevando el uso de energías alternativas y transformándose en el país que cuenta con la mayor capacidad instalada de energía hidráulica, eólica y solar del mundo. En este rubro, el rezago sigue siendo muy alto y el esfuerzo de los próximos años será decisivo para cambiar la matriz negativa que el país carga al respecto. La Inversión Extranjera Directa aumentó en un 4,1%, mientras que la inversión china en el exterior creció 44,1% respecto del año anterior (*Diario del Pueblo* 3 de marzo 2017).

El año 2017 abrió con grandes expectativas para China. La cercanía del Congreso del PCCh que se habría de realizar en octubre obligaba a una profunda reflexión respecto del camino recorrido en los últimos cinco años a fin de visualizar el futuro del país, en el que los éxitos de la economía jugarían un papel relevante si se quería seguir avanzando en la construcción del socialismo con características chinas. En este contexto rebajó su objetivo de crecimiento a 6,5%, el más bajo de las últimas dos décadas, considerado —sin embargo— realista y acorde a los principios económicos, por lo cual no impedirá que continúe la ruta de un crecimiento más lento pero más sostenible para enfrentar con mayor fortaleza los problemas de carácter estructural (*Diario del Pueblo*, 22 de marzo 2017). No obstante, una mirada a la economía mundial arrojaba inquietudes, dada una débil recuperación y un estancamiento generalizado, la economía china seguía teniendo un crecimiento importante, aunque también sufría de

cierto aletargamiento, que no le impedía continuar siendo el motor de la economía mundial. En este marco se propuso cuadruplicar su PIB para el año 2020, que este año ya era 4,22 veces mayor que el del año 2000, destacando que esto se había logrado a través de un «ajuste estructural voluntario» sumado a una decisiva promoción de la reforma estructural orientada a la oferta, lo cual significa que es de una calidad superior, como lo señala Chen Dongqi, economista de la Academia de Investigación Macroeconómica de la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma, quien afirmó que la situación creada conducirá a que en el año 2020, China tenga una sociedad modestamente acomodada integrada por 440 millones de hogares de clase media. En lo inmediato, China se propuso el reajuste de su modelo de comercio exterior para dejar de preocuparse solamente del aumento cuantitativo y pasar a mejorar la calidad estructural, para lo cual el país impulsará sus habilidades crecientes en el comercio después de haber logrado nuevamente la estabilización y regresado al crecimiento después de que durante algún tiempo estuvo sometido a vaivenes (Xinhua, 1° de marzo 2017). No obstante, las autoridades chinas deben estar pendientes del creciente proteccionismo que alienta el gobierno del presidente Trump, lo cual incidirá provocando alguna incertidumbre en los mercados. Por su parte Ugarteche, Sánchez y Bastida (2017) opinan que China no crece más porque que hay un esfuerzo del gobierno en ese sentido, a fin de controlar los riesgos del crecimiento de la deuda y del sector inmobiliario.

Recientemente, el académico canadiense Michael Spence, Premio Nobel de Economía 2001, hizo un breve pero estructurado análisis acerca de la situación actual de la economía china en el que bajo el título de *La nueva potencia de la economía global* (Spence, 2017) expuso que:

Hasta no hace mucho tiempo, varios expertos dudaban de que China pudiera dar el paso de una economía en que predominaban la manufactura con gran uso de mano de obra, la inversión en infraestructuras y la industria pesada a una economía de servicios sostenida por la demanda interna. Incluso si esta transición está lejos de haber acabado, los avances hasta ahora han sido notables. En los últimos años, China ha ido descargando sus sectores

exportadores con alto uso de mano de obra a países menos desarrollados con menores costos laborales. Y en otros sectores ha pasado a usar formas de producción más digitales y para las que se necesita más capital, lo que convierte en insignificantes las desventajas en términos de costos laborales. Son tendencias que implican que el crecimiento del lado de la oferta se ha vuelto menos dependiente de los mercados externos. Como resultado de estos cambios, el poder económico de China está creciendo con rapidez. Su mercado interno aumenta velozmente y puede ser que pronto se convierta en el mayor del mundo. Puesto que el gobierno chino puede controlar el acceso a él, puede ejercer cada vez más su influencia en Asia y el resto del mundo. Al mismo tiempo, la menguante dependencia de China del crecimiento impulsado por las exportaciones reduce su vulnerabilidad a los caprichos de quienes controlan el acceso a los mercados globales.

Durante el primer semestre de 2017 el sector industrial de la producción volvía a mostrar una mejoría notable y sostenida después de una abrupta caída al cerrar 2016, aumentando un 6,9% interanual, el mejor desempeño en los últimos tres años, tasa de crecimiento 0,9% superior a la del mismo período del año anterior, mientras que el desempeño de las empresas continuó su ascenso al llegar el ingreso comercial a 13,5% y a 22,7% las ganancias en los primeros cinco meses de 2017, esperando que este crecimiento se mantenga el resto del año, clara señal de que comienzan a rendir frutos los ajustes hechos a la economía (Fan, 2017).

Un país fortalecido bajo el imperio de la ley

Desde su fundación, la República Popular China ha tenido cuatro constituciones; la de 1954, la de 1975, la de 1978 y la de 1982 que está vigente, aunque ha sido revisada en 1988, 1993, 1999 y 2004, cuando se le hicieron modificaciones y se complementaron algunos acápite. En términos generales la Constitución de China expresa de manera explícita que la tarea fundamental del Estado es la modernización del país, dejando claramente establecidos en forma de ley los cuatro

principios esenciales: persistir en el camino del socialismo, persistir en la dictadura democrática popular, persistir en la dirección del Partido Comunista de China y persistir en el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong, todos como base de la consolidación del Estado. Igualmente estipula principios que regulan el rumbo de la reforma y apertura que deben conducir a hacer de China un país poderoso. También define el régimen, la estructura política y el funcionamiento de los órganos estatales, fijando los derechos de los ciudadanos en materia de subsistencia, condición individual y política, la economía, la cultura y la sociedad. Las modificaciones introducidas en marzo de 1993 perseguían el objetivo de establecer nociones como que «China se encuentra en la primera etapa del socialismo», «persistir en la política de reforma y apertura», «sistema de cooperación pluripartidista y de consulta política», «economía de mercado socialista», entre otros (cf.: *Legalidad*, 1994). Además de la Constitución Nacional, el sistema chino está conformado por seis cuerpos legales: códigos Civil y Mercantil; leyes administrativas; leyes económicas; leyes sociales; Código Penal, y códigos de procesamiento procesal y no procesal. A finales de 2003 las instancias legislativas nacionales y locales habían elaborado casi por completo el entramado jurídico que regula el terreno político, económico y social, por lo que el sistema legal de China ha quedado definitivamente configurado.

Al realizar una evaluación del sistema legal treinta años después de haber sido aprobada la Constitución se detectaron deficiencias que no permiten ejercer en plenitud los objetivos que le dieron origen en 1982: no se habían completado los mecanismos de supervisión que aseguraran el cumplimiento de la Constitución y, peor aún, en algunos lugares e instancias gubernamentales no se aplicaba la ley ni se sancionaba con rigor a los infractores, lo cual es muy grave cuando se trata de intereses vitales del pueblo; de igual forma, había funcionarios públicos que abusaban de su condición, incumpliendo sus deberes y violando la ley, incluso cometiendo infracciones en provecho propio en perjuicio de la autoridad del sistema legal estatal. Esto hacía necesario que se elevara la conciencia constitucional de los ciudadanos y de los cuadros dirigentes para solucionar los problemas detectados. Para ello se debía llevar a un nuevo nivel la implementación integral de la Constitución, siguiendo en el plano

jurídico la construcción del socialismo con peculiaridades chinas; llevar adelante un plan básico de administración con arreglo a la ley para acelerar la conversión del país en un Estado de derecho socialista; mantener a toda costa la condición del pueblo como sujeto, garantizando el cumplimiento de sus deberes favoreciendo el goce de sus derechos y conservar la dirección del PCCh, mejorando su capacidad de dirigir y gobernar (Xi, 2014h, pp. 169-180).

Las medidas fundamentales debían orientarse al perfeccionamiento del plan de legislación en la búsqueda de que fuera más científico y democrático el proceso de legislar, potenciando además el carácter sistemático de las leyes. De la misma manera se hacía perentoria la salvaguarda de la unidad, dignidad y autoridad del sistema legal socialista, haciendo que por una parte los organismos administrativos fueran los primeros en cumplir la ley —y las instancias y cuadros dirigentes los primeros en mejorar su capacidad de reforzar el empleo del pensamiento y las formas legales— y, por otra, que el pueblo pudiera percibir la equidad y la justicia en cada caso (Xi, 2014c, pp. 181-184). Los órganos de justicia, fiscalía y seguridad pública deben por su parte mantener la estabilidad de la sociedad y salvaguardar los intereses y derechos del pueblo, garantizando la paz vital y la satisfacción laboral del pueblo (Xi, 2014m, pp. 185-190).

A partir de estas ideas, en 2013 China emprendió una serie de reformas de primer orden del sistema judicial con el fin de colocarse en una situación cónsona con los tiempos que se viven, y afianzar una base legal que soporte los avances que va teniendo el proceso de reforma y apertura. Entre estos cambios destaca la profundización de la información judicial para garantizar el derecho a estar informado, el desarrollo de la transparencia y el perfeccionamiento del sistema judicial con el objetivo de asegurar la independencia de los órganos procesales y fiscales, la eliminación del añejo sistema de reeducación a través del trabajo perfeccionando las leyes de castigo del delito y respaldando de esa manera el ejercicio de los derechos humanos. La tercera sesión Plenaria del XVIII Comité Central del PCCh, realizada en noviembre de 2013, exigió la reforma del sistema judicial buscando promover una gestión unificada del personal y los recursos financieros de los entes judiciales separado de las instancias administrativas, proponiendo al mismo tiempo mejoras al sistema operativo de estas

instancias y un sistema de rendición de cuentas que deberán asumir las autoridades judiciales (Jiao, 2014). A este respecto, Xi Jinping recalca que la necesidad de la reforma del sistema judicial como parte de la reforma del sistema político es una vía fundamental para impulsar la modernización del país y su capacidad de gobernabilidad, para lo cual este debe estar dotado de imparcialidad, alta eficiencia y autoridad en el despliegue de un complejo jurídico que promueva la equidad y la justicia social (Xi, op. cit.).

Luchar contra la pobreza hasta eliminarla

La decisión del gobierno chino de combatir frontalmente la pobreza se inscribe en sus basamentos ideológicos, en primer lugar en el marxismo que se considera uno de sus sustentos filosóficos. Mao Zedong hizo grandes esfuerzos en el área económica vaticinando en 1956 que China entraría al siglo XXI siendo un poderoso país socialista industrializado. Por su parte, ya los antiguos filósofos chinos esbozaron un avanzado pensamiento económico. Para Confucio existía entre economía y ética una relación directa que debía expresarse en términos armónicos (Zottelle de Vega, 2013, p. 30).

Desde 1978 fueron elaborados planes para erradicar la pobreza rural en el país, los que se desarrollaron en cuatro períodos: 1978-1985, basado en el crecimiento económico; 1986-1993, realización de políticas de desarrollo específico para reducción de la pobreza; 1994-2000, profundización de las políticas y mayor apertura; 2001-2010, programas orientados hacia la consolidación y mejora. Las tareas de este último período se realizaron en dos pasos:

El primero consistió no solo en tratar de reducir la pobreza, sino también asistir a la población vulnerable, garantizando el crecimiento sostenido y mejorando sus condiciones de vida. El segundo paso es enfocar las mejoras en varios niveles (infraestructura, tecnología, educación y salud pública) y generar el desarrollo cultural y económico de los sectores pobres, en armonía con el nivel estándar de la sociedad en general.

Por su parte, la lucha contra la pobreza en zonas urbanas comenzó más tarde y se ha desarrollado en dos fases: la primera desde 1993 hasta 1999 y la segunda desde octubre de ese año hasta la actualidad. Para ello, en 1993 se creó el Sistema de Garantías del Nivel Mínimo de Vida para los Residentes Urbanos (SGNMVRU) con el fin de limitar el crecimiento de la pobreza urbana y como forma de adquisición por parte del gobierno de un compromiso económico con los ciudadanos en este ámbito, permitiendo a los grupos débiles y afectados por la pobreza compartir los resultados exitosos del desarrollo obtenidos en otras regiones del país, buscando construir una sociedad con mayor equilibrio y armonía (Tang, Zhang, Wang y Feng, 2010).

La lucha para erradicar la pobreza, mejorar el nivel de vida del pueblo y alcanzar la prosperidad es considerada un objetivo esencial del socialismo. A pesar de todos los avances concretados, el número de ciudadanos pobres en el país es elevado, sobre todo en las zonas rurales, por lo que resulta imposible hablar de cumplimiento del objetivo de lograr una sociedad modestamente acomodada sin superar ese rezago. En este contexto, el combate por la eliminación de la pobreza se convirtió en objetivo primordial del gobierno, que propuso destinar mayor cantidad de recursos para el desarrollo e introducir en los órganos del partido y los gobiernos central y locales, un sentido de responsabilidad superlativo en esta tarea, para lo cual se debería trabajar sin descanso durante los próximos años, elaborando planes efectivos, asignar fondos, establecer metas, tomar medidas y realizar evaluaciones, dando prioridad a las antiguas zonas revolucionarias y más desfavorecidas e impulsando en ellas el desarrollo (Xi, 2014j, pp. 235-236).

A pesar de este esfuerzo, un balance crítico muestra que subsisten problemas relacionados con la marginación y la desigualdad económica al interior el país, sobre todo en las áreas rurales. Igualmente se afirma que las informaciones oficiales tienden a omitir «el estancamiento económico en que perviven los 800 millones de ciudadanos chinos, cuyo ingreso anual apenas alcanza o rebasa las líneas oficiales de pobreza utilizadas por el propio gobierno central» (Mondragón, 2008, p. 445). Lo curioso es que esta aseveración viene precedida del reconocimiento de que el gobierno chino se encargó con justicia de «la disminución histórica de la miseria en que la mayor parte de la población de la

República Popular China se hallaba sumida hace apenas treinta años». Este autor afirma que las estadísticas chinas «tienden a mostrar importantes lagunas y ambigüedades», y a continuación menciona que «no obstante conviene señalar un dato que ha ocupado el centro de los debates en torno a este tema: el número de ciudadanos chinos que sobrevivían en pobreza extrema disminuyó “posiblemente” pasando de 250 millones de personas a menos de 100 millones durante las últimas tres décadas» (Ob. cit., p. 446). Si de ambigüedad se trata, la aseveración anterior se presta para afirmar cualquier cosa, sobre todo porque el primero en constatar las dificultades y los problemas en este ámbito ha sido el gobierno chino que está haciendo un esfuerzo descomunal para subsanarlo. A este respecto, la ONU ha reconocido que la estrategia china para combatir la pobreza no solo ha permitido sacar a millones de personas de esa situación, también ha proporcionado esperanzas de que este camino es posible para otros países del mundo. El propio Antonio Guterres (citado por Sun Tianren, 2017), secretario general del organismo, afirmó que: «No debemos olvidar que China ha sido la que más ha contribuido durante la última década en la lucha contra la pobreza», agregando que «a la luz del frágil ambiente internacional, trabajar por el desarrollo es un importante canal para prevenir los conflictos», reconociendo así que China resolvió el problema de la falta de alimentos y ropa a más de 1300 millones de personas y sacó de la pobreza a más de setecientos millones, lo que significa una reducción de más del 70% de la población mundial, transformándose en el primer país en cumplir el Objetivo de Desarrollo del Milenio de reducir la pobreza a la mitad. Además, el país ofreció empleo a 770 millones de personas, logró la cobertura total de educación obligatoria para los niños hasta nueve años, ha proporcionado seguridad a 230 millones de ancianos y 85 millones de personas con discapacidad, y ha aumentado la esperanza de vida al nacer de 35 años en 1949 a 76 en la actualidad, por lo que la ONU considera que China es el país con crecimiento más rápido en los últimos 30 años. Según Tom Zwart, director del Instituto de Derechos Humanos de Holanda, es el logro más importante de la historia en materia de derechos humanos (*Diario del Pueblo*, 3 de marzo 2017).

El investigador español David López García, máster en Relaciones Internacionales por el Instituto de Relaciones Internacionales de

Barcelona (España), hizo un estudio comparado de la reducción de la pobreza en China e India a partir de las similitudes de ambos como países más poblados del planeta, con el mayor número de pobres (una cifra similar en 1981: 63,76% en China mientras que en India era de 51,75%), considerando que ambos han logrado un crecimiento elevado de su PIB en los últimos 30 años, que se colocarán en las próximas décadas como las mayores economías mundiales y que pudieron sacar de la pobreza al mayor número de personas en ese lapso (China pasó de 730 millones en 1981 a 106 millones de pobres en 2005, India de 296 a 266 millones a lo largo de ese periodo), pero que —dada la importante mejora demográfica— estas cifras se manifiestan (en términos relativos) como reducciones del 73,5% al 8,1% en China, mientras que India pasó de 42,1% a 24,3%, todo lo cual, sin embargo, le permite a López García concluir que:

En términos generales, la reducción de pobreza en India ha sido menos intensa que la de China, no solo porque el crecimiento económico chino ha sido mayor, sino que además la elasticidad crecimiento-reducción de la pobreza es mucho mayor en China que en India. Esto se debe a la desigualdad de oportunidades, en términos de posesión de tierra y capital humano, la cual es peor en India que en China (López García, 2011, p. 29).

En materia de educación, en 2015 China destinó 12.330 millones de dólares a renovar escuelas de enseñanza primaria y secundaria y 2.058 millones de dólares para la construcción de residencias en áreas rurales remotas para alrededor de 300 mil profesores. En las regiones más atrasadas, los niños en guarderías pasaron de 21,53 millones en 2011 a 27,89 millones en 2015 (un aumento de 30%), y de igual modo un millón de maestros se beneficiaron de subsidios de subsistencia para profesores rurales en zonas con elevados índices de pobreza donde la matrícula escolar dirigida registró 183.00 nuevos estudiantes³. Así mismo, entre 2013 y 2015 la matrícula universitaria en áreas pobres rurales creció anualmente por encima de 10% (*Diario del Pueblo*, 17 de octubre 2016). En general, como ya se mencionó, en los últimos 30 años China rescató de la pobreza a más de 700 millones de personas, mientras que la población rural en esa condición cayó a 55,75 millones

de personas en 2015 y la incidencia de pobreza se redujo hasta 5,7% ese mismo año, mientras que en el país ese indicador llegó a 4,2% (Xinhua, 17 de octubre 2016). Solo en el período 2013-2016, un total de 55,64 millones de personas del área rural salieron de la pobreza (12,4 millones en 2016)⁴, creciendo los ingresos en estas áreas a una tasa más elevada que la media nacional. Al finalizar 2016 quedaban 43,35 millones de ciudadanos en condición de pobreza.

Para combatir este flagelo el gobierno central destinó 28.840 millones de dólares de fondos especiales para el alivio de la pobreza, aumentando en 19,22% los recursos anuales, mientras que los presupuestos regulares del gobierno central y de los gobiernos locales en su conjunto sumaron otros 14.705 millones de dólares y crecían los créditos de las instituciones financieras destinadas a este rubro. Por otra parte, de acuerdo con la especificidad de cada región para combatir la pobreza se establecieron medidas precisas y diferenciadas, entre ellas el apoyo para el desarrollo de negocios, el realojamiento de los ciudadanos, la compensación a personas residentes en áreas ecológicamente frágiles y el mejoramiento de la salud, la educación y la seguridad social. Así, también las regiones desarrolladas del este del país han asumido la responsabilidad de ayudar a las menos desarrolladas del oeste, creando asociaciones mediante las cuales unos 775 mil funcionarios del gobierno y cuadros dirigentes del partido se han desplazado a las regiones pobres para participar en tareas de alivio de la pobreza (*Diario del Pueblo* en español, 25 de junio 2017).

En la medida en que se va produciendo el acercamiento a la meta final de erradicación total, el trabajo se va haciendo más difícil, lo cual obliga a mayor control de las tareas y misiones, mayor asignación de recursos humanos, materiales y financieros y mayor exigencia en la aplicación de las políticas. La ONU ha sabido reconocer este esfuerzo y ha adoptado algunas medidas propuestas por China para desarrollarlo en todo el mundo y avanzar en la lucha contra este mal de la humanidad. China está participando activamente en la cooperación sur-sur para combatir la pobreza, dando asistencia a las naciones más desfavorecidas, donando hasta ahora 58.270 millones de dólares y entregando ayuda a 166 países y organizaciones internacionales (Sun, 2017).

Hacia la construcción de una civilización ecológica socialista

El tema ambiental es posiblemente el que genera mayor crítica internacional hacia la gestión del gobierno chino. López Villafañe (2012) asevera que el daño causado por la contaminación probablemente sea «el problema más grande a resolver para el futuro de China» (p.25) y afirma que es muy difícil que se pueda mantener esa situación por mucho más tiempo, por los evidentes riesgos para la salud que ello implica. El gobierno chino no está ajeno a esta realidad y reconoce que desde los años ochenta del siglo pasado, al iniciarse el proceso que llevó al país a un desarrollo rápido y sostenido de su economía, el medio ambiente y los recursos pasaron a ser los problemas de mayor importancia que han afrontado. Al mismo tiempo, la presión ejercida por la gran población y la escasez de recursos naturales han hecho que la protección del medio ambiente signifique para China el desafío más severo, sobre todo en una etapa como la actual, caracterizada por la industrialización y la urbanización en la que se contraponen el desarrollo económico y la protección del medio ambiente. En algunas zonas de China el volumen de emisión de sustancias contaminantes supera la capacidad de soporte del medio ambiente, lo cual ha llevado a una situación de gravedad la contaminación del agua, la tierra y el aire. También se ha hecho más seria la contaminación por residuos sólidos, gases de vehículos y sustancias orgánicas no degradables (Liu y Wang, 2011).

China se reconoce como un país ecológicamente vulnerable, escaso en recursos forestales, lo cual exige hacer un esfuerzo superior en materia de reforestación y mejoramiento del entorno ecológico (Xi, 2014r, p. 259).

La campaña de reforestación se inició en 1981 y diez años después se habían sembrado 10 millones de árboles con la participación de 2 millones de ciudadanos, lo cual hizo aumentar las áreas verdes públicas en las ciudades de 2,3 m² a 3,9 m² per cápita, haciendo de China el país con la mayor superficie reforestada del mundo. Solo el proyecto principal de la construcción de franjas forestales significó plantar más de 30 millones de árboles, esfuerzo que sin embargo seguía siendo insuficiente, por lo cual se propusieron construir la segunda Gran Muralla a través de franjas forestales protectoras a lo largo y ancho

del país, esta vez para protegerse de las tormentas de viento y arena que afectan a las grandes ciudades desamparadas después de décadas de deforestación (cf.: *Repoblación forestal y protección ambiental en China*, 1992).

Más recientemente fue aprobado el Proyecto para la Protección de los Bosques en el Noreste, Norte y Noroeste de China con el mismo objetivo de defensa ante las tormentas de viento, pero también el de cuidar el agua y el suelo para mejorar las condiciones de producción agrícola y resguardo del ambiente. Este proyecto estratégico ya ha rebasado los límites para los cuales fue diseñado y ha cubierto 551 distritos de 13 provincias y regiones autónomas extendiéndose a lo largo de 4.480 km. de este a oeste y de 560 a 1.460 km. de norte a sur con una superficie total de 4,069 millones de km², lo que equivale al 42,4% del territorio nacional (Zheng, P., 2011). Así mismo, China ha comenzado a desarrollar un nuevo modelo de ciudad-bosque en la región autónoma de Guangxi con el fin de contrarrestar la contaminación e ir construyendo en materia urbanística desde la perspectiva de un paradigma diferente. Esta nueva ciudad-piloto que estará construida en 2020 contribuirá a mejorar la calidad del aire, disminuir su temperatura, crear barreras de ruido y mejorar la biodiversidad, introduciendo hábitats para aves, insectos y pequeños animales de la zona. Toda su infraestructura estará cubierta por plantas y árboles. Está diseñada para treinta mil habitantes y contará con cuarenta mil árboles y casi un millón de plantas de cien especies que absorberán treinta mil toneladas de dióxido de carbono y cincuenta y siete toneladas de contaminantes al año, produciendo novecientas toneladas de oxígeno. Para su comunicación estará conectada a otras ciudades a través de una línea de carril rápido que usará coches eléctricos y dependerá de la energía solar y geotérmica, lo que la hará totalmente autosuficiente (RT, 27 de junio 2017).

A este respecto, Xi Jinping sostiene que la protección del entorno ambiental es apremiante para China, lo que obliga a tomar conciencia de la importancia del fomento a lo que denomina la civilización ecológica, la cual incluye la protección del entorno y la lucha contra la contaminación. Para ello es imprescindible la toma de conciencia sobre la necesidad del respeto a la naturaleza, adaptarse a ella y protegerla, hacer del ahorro de recursos una política nacional, dar

prioridad a la conservación de los recursos y promover la restauración de la naturaleza. De igual forma se deben asumir como imperativos la adquisición de una sólida cultura de protección del ambiente, mejorar los regímenes, defender la seguridad y optimizar el entorno ecológico, configurando espacios, estructuras, modalidades de producción y modos de vida favorables al ahorro de recursos y a la preservación del medio ambiente (Xi, J., 2014q, pp. 260-263).

En este marco China ha avanzado en cuanto a la protección de los ecosistemas y de la biodiversidad, registrando mejoría en cuanto a las condiciones de existencia de especies en peligro de extinción, desacelerando la tendencia de empeoramiento de la contaminación ambiental y el daño ecológico, con algunos resultados preliminares en materia de control de contaminación de cuencas hidrográficas y mejoramiento de la calidad ambiental de las ciudades, reduciendo la intensidad de emisiones contaminantes y productos industriales. China persiste en llevar adelante a gran escala la reintegración de tierras de cultivo a la silvicultura y la repoblación forestal para aumentar los sumideros de carbono. Entre 2003 y 2008 el área forestal registró un aumento de 20,54 millones de hectáreas. El país ha hecho el mayor esfuerzo en el mundo en ahorro energético y reducción de emisiones contaminantes. Hasta mediados de 2009, el consumo energético por unidad de PIB disminuyó 13% respecto de los niveles de 2005, lo que equivale a una reducción de 800 millones de toneladas de dióxido de carbono. China es el país con el crecimiento más rápido en energías nuevas y renovables, desarrollando la energía hidráulica, nuclear, de biomasa, solar, geotérmica y eólica, ubicándose en el primer lugar del mundo en este ámbito. Por otra parte, se han aprobado una serie de leyes y reglamentos vinculados a la protección del medio ambiente, aplicando fuertes sanciones encaminadas a fortalecer la autoridad de la administración ambiental (Liu y Wang, 2011).

Un conjunto de disposiciones se han comenzado a aplicar para retomar el rumbo de la protección real del ambiente. En enero de 2016 el gobierno anunció que para combatir la polución, durante el año cerrarían 2.500 empresas contaminantes solo en Beijing, dando inicio a un proceso que llevará a nuevos cierres en los años siguientes (c.f.: «China cerrará más de 2500 empresas para combatir la contaminación», 9 de enero 2016). En cuanto a contaminación de

las aguas, la grave situación ha llevado al gobierno a poner en marcha ocho mil proyectos de limpieza, para lo cual destinó un monto de cien mil millones de dólares durante el primer semestre de 2017. El Ministerio de Protección del Medio Ambiente definió 343 zonas como altamente contaminadas en las que el agua es inutilizable para uso industrial o de irrigación porque no cumplen los estándares mínimos de calidad a causa de la nula regulación, la expansión de las industrias y el uso excesivo de pesticidas y fertilizantes. Del mismo modo se hizo saber que de los 2.100 sitios apestandos identificados, 44,1% han completado los proyectos de tratamiento durante la primera mitad del año pero hay regiones que no cumplieron la meta, por lo cual seguirán siendo objeto de restricciones. Para combatir este problema el gobierno decretó que 636.000 km² de tierra quedaban exentos de ganado, cerrando además 213 mil granjas en los primeros 6 meses del año 2017, mientras que la capital Beijing se propuso limpiar sus grandes canales y frenar el flujo de aguas residuales desde sectores contaminantes. Igualmente el gobierno designó a doscientos mil «jefes de río» en todo el país, dando paso a un nuevo sistema que obliga a que las autoridades locales se hagan responsables en el mejoramiento de la calidad del agua (RT, 28 de agosto 2017).

En este afán de ir desarrollando tecnología ecológicamente sustentable China ha lanzado el primer barco que funciona totalmente con electricidad, evitando el consumo de combustibles fósiles para su trabajo. Este navío de 70,5 metros de largo tiene un desplazamiento de 2000 toneladas y cuenta con una batería de litio de 2.400 kwh, equivalente a la de cuarenta vehículos y se utilizará para operar en el interior del río de las Perlas para trasladar minerales, no presentando ninguna amenaza para el medio ambiente, por lo que se seguirán produciendo incluso para el transporte de pasajeros (RT, 18 de noviembre 2017).

Aunque todas estas medidas pretenden señalar un rumbo distinto al recorrido en las últimas décadas, el establecimiento de rígidas normas de control medioambiental no necesariamente significan un freno al crecimiento económico que China ha tenido en los últimos treinta años y que es parcialmente responsable del desastre ambiental del país. Incluso las propias autoridades han dicho que el endurecimiento de la supervisión ambiental no ha significado una disminución de los

indicadores económicos, sino que incluso los aumentaron. Basado en estos estudios, desde el mes de abril de 2017 el Ministerio de Protección Ambiental comenzó a desarrollar el control de la supervisión ambiental más fuerte de la historia de China, estableciendo 25 rondas de control, después de haber detectado 8.000 problemas ambientales y 20 mil empresas incursas en irregularidades ambientales. Este plan se propone mejorar la calidad ambiental de 28 ciudades, ejerciendo una mayor presión sobre los negocios relacionados con la transformación y la modernización, cerrando grandes industrias como la Jinan Iron and Steel que producía anualmente 12 millones de toneladas de acero. Del mismo modo han sido reubicadas industrias, eliminando calderas obsoletas generadoras de gran contaminación. Sin embargo, en la ciudad de Jinan donde se ubican estas empresas, la tasa de crecimiento económico fue de 8,3% en el primer semestre del año. De igual forma los ingresos fiscales crecieron 12,4% y el beneficio total de las empresas industriales de gran tamaño aumentó 10,1%. De este modo el PIB de Beijing creció 6,8% en el primer semestre, después de las fuertes medidas de control ambiental, negando con ello que las mismas impliquen una caída de la economía (Telesur, 2017). El Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) instaló una oficina en Beijing en septiembre de 2003 como expresión del interés del organismo internacional en China, después de las directrices del XVIII Congreso del PCCh que llamó a construir «una civilización ecológica y una China hermosa» y la adaptación del modelo de desarrollo a la sostenibilidad del país. La cooperación de China con el PNUMA ha tenido un salto de calidad. Achim Steiner, director ejecutivo del PNUMA (citado por Jiang, 2015), ha reconocido que:

China ha vuelto a pensar en la función del medio ambiente y en su papel en el desarrollo económico sostenible del futuro. Tomemos como ejemplo el concepto de construir una civilización ecológica. A mi juicio la idea central tiene dos aspectos principales: en primer lugar el camino hacia una economía verde no consiste en intentar construir un nuevo modelo de desarrollo totalmente diferente; en segundo lugar, el costo de subsanar las consecuencias de la contaminación afecta cada vez más el desarrollo económico (pp. 38-39).

El gobierno chino está mostrando una fuerte voluntad política para trabajar en la reversión del gran daño causado al ambiente en el país. En ese sentido, el presidente Xi Jinping estableció el compromiso de construir una «China saludable», lo cual incluye el control de la contaminación del aire que es el cuarto factor de riesgo más alto de China, aunque la tasa de mortalidad por contaminación atmosférica se ha reducido en 19,5% entre 2005 y 2016, aún por debajo de la media mundial de 23%. Sin embargo, estas cifras evidencian el esfuerzo por eliminar a los grandes contaminadores industriales e incrementar las sanciones a los violadores de las normas y regulaciones ambientales que se han vuelto cada vez más estrictas en los últimos años. Las decisiones del gobierno chino en materia ambiental se inscriben en un «enfoque holístico» que se propone la conservación del ambiente terrestre, acuífero y aéreo, incluyendo el financiamiento y la planificación de políticas sectoriales, mientras se incrementa la presión orientada a la mutación del comportamiento de las empresas y los ciudadanos con el fin de lograr una mayor conciencia ecológica (Zhao H., 2017). En este marco, en febrero de 2017, las autoridades centrales chinas, en un documento conjunto elaborado por el Comité Central del PCCh y el Consejo de Estado emitieron directrices sobre la denominada «línea roja ecológica» con el objetivo de definir con precisión las regiones que serán objeto de protección «estricta y obligatoria», a fin de que este marco riguroso sirva como «salvavidas» que asegure la ecología nacional mientras el país continúe en una situación de fragilidad y la situación de seguridad ambiental se mantenga en el actual estado de gravedad. Esta «línea roja» incluirá conservación de aguas y suelos, cuidado de la biodiversidad, protección contra tormentas de aire y arena y resguardo especial para regiones ecológicamente frágiles expuestas a la erosión, la desertificación y la salinización. Beijing, Tianjin y Hebei y las zonas económicas a lo largo del río Yangtsé deben establecer la «línea roja» antes de finalizar 2017 y las otras áreas en el resto del país a lo largo de 2018, hasta completar totalmente el sistema en 2020 (Xinhua Español, 7 de febrero 2017).

China observa que en el contexto de la globalización, los asuntos referidos al medio ambiente en el desarrollo de un país y/o de una

región se convierten en problemas para toda la humanidad, por eso entiende que la solución de sus problemas en esta materia —tratándose del país más poblado del planeta, uno de los más extensos y de mayor economía— además de insertarse en la lógica de resolución de sus propios problemas de desarrollo, se inscribe en una concepción y una sensibilidad respecto de sus responsabilidades con los intereses comunes de todos los habitantes de la Tierra.

Garantizar la seguridad cultural para construir un país fuerte

El filósofo antiguo Xun Zi expuso en el siglo III a.C. (citado por Dañino, 2013) que toda cosa buena y valiosa es producto del esfuerzo humano, que el valor viene de la cultura y que la cultura es el mayor logro del hombre. En esa medida le daba al hombre la misma importancia en el universo que al cielo y la tierra, porque así como el cielo tiene sus estaciones y la tierra tiene sus recursos, el hombre tiene su cultura. Para los chinos, la parte más importante de su tradición cultural está formada por los valores que definen la calidad humana y su vigencia en el futuro. La civilización y la tradición cultural china es rica, variada y posee una vitalidad perpetua. Nunca ha sido interrumpida a través de la historia; se caracteriza por su multiplicidad y un desarrollo regional desequilibrado que admite cosas heterogéneas, es decir que tiende a conciliar los contrarios a fin de lograr la cohesión interna y la compatibilidad externa, por lo que no amenaza ni amenazará jamás a otras civilizaciones, por el contrario, siempre estará en la búsqueda de su complementación con ellas (Xu, 2017).

De esta manera se evidencia que la cultura china está asentada sobre valores milenarios que se han ido perfeccionando y ampliando a través de la historia. Desde el siglo pasado —con la incorporación del marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong y la teoría de Deng Xiaoping— China estableció el basamento teórico que sustenta el pensamiento socialista chino. A ello se ha agregado posteriormente el pensamiento de la triple representatividad y la concepción científica del desarrollo. No obstante, la tradición cultural china y las peculiaridades de sus condiciones nacionales

son determinantes en la definición del camino a seguir. En ese marco, la cultura china en su cotejo con las extranjeras pretende salir adelante sin que ello signifique confrontación sino escogencia de lo positivo, «limpieza» de lo falso para retener lo mejor de ellas en provecho propio. Sin embargo, para China es muy importante incrementar lo que denominan «la fuerza blanda de la cultura nacional», que se caracteriza no solo por los valores socialistas con peculiaridades chinas que quieren cimentar desplegando a fondo su estudio, sino también profundizar la reforma del sistema cultural, ampliar la investigación y el aprendizaje sobre la teoría, los ideales y las convicciones, enaltecer el espíritu nacional y promover las actividades culturales y el desarrollo de la industria cultural. Además, en esta ruta se combinará la difusión y explicación del «Sueño Chino» con la concepción de los valores chinos actuales, mostrando el carisma de su cultura milenaria, exhibiendo la imagen de un país grande, civilizado, con profundos sentimientos históricos, que vive en unidad y armonía de todos sus grupos étnicos, respetando su diversidad; que cuenta con una administración política honesta apostando al desarrollo económico, el despertar cultural y la estabilidad social; que persiste en el desarrollo pacífico, defiende la equidad y la justicia internacional y contribuye con la humanidad; en definitiva, un país socialista abierto al exterior, para lo cual cuenta con su afinidad, esperanza y vitalidad (Xi, 2014, pp. 201-204).

Como se puede observar, desde Xun Zi en el siglo III a.C. hasta Xi Jinping en nuestros días, el hilo conductor de la fortaleza china viene dado por su cultura y el eje sobre el cual gira la cultura es el de la construcción de valores que le den fuerza y soporte al funcionamiento de la sociedad y capacidad al Estado para realizar sus metas.

Desde esa perspectiva, se puede entender que para los chinos a cada época le corresponde un espíritu que fija el comportamiento y establece valores determinados a través de los cuales transcurre la vida. La sociedad china siempre se ha estructurado a partir de cuatro pilares: rito, rectitud, honestidad y sentido de la vergüenza. En ellos se descubre la permanencia del pensamiento de Confucio, Mencio, Laozi y los grandes filósofos chinos de la antigüedad. Uno de ellos, Guan Zi (citado por Xi, 2014, p. 212) afirmó que «si los

cuatro pilares no se sostienen, se arruina el país». En el momento actual los valores que configuran el basamento de la sociedad china son prosperidad, democracia, civilidad, armonía, libertad, igualdad, imparcialidad, legalidad, patriotismo, dedicación, credibilidad y amistad. Estos valores constituyen la esencia de la sociedad —y del país que se quiere construir— y el fundamento de los ciudadanos que lo deben integrar. Hoy esto se manifiesta en el deseo de construir el país moderno que se intentó suprimir tras las Guerras del Opio de mediados del siglo XIX. La cultura tradicional china está inserta en los genes de la nación, influyendo en la forma de pensar y de actuar de los chinos: ellos se van a imbricar con los valores socialistas para edificar un mundo espiritual propio y singular que hace que el pueblo se comporte de una manera determinada sin pensar en ello, porque habrán actuado a partir de la incorporación de esos valores a la conducta cotidiana. Los valores socialistas son expresión de la continuidad y la sublimación de la milenaria cultura china. En la práctica, esto significa que en un país tan extenso, con una población tan numerosa que se ha nutrido de la cultura acumulada durante varios milenios, el pueblo chino debe seguir su propio camino a partir de su solidez histórica y su firmeza para avanzar con fe, con la conciencia de tener que aprender de todos los logros de la civilización creados por el hombre, pero sin olvidar jamás el pasado propio, por lo cual no se copiarán modelos extranjeros ni se aceptarán prédicas impositivas de ningún tipo (Xi, 2014).

Avanzar hacia la modernización de las fuerzas armadas y la defensa nacional

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, entre 13,5 y 20,9 millones de chinos habían muerto y de ellos entre 10 y 17,4 millones de civiles y 3,5 millones de soldados en una confrontación que se inició en 1931, mucho antes incluso que en Europa, finalizando también unos meses después de la capitulación nazi en Berlín. La derrota japonesa no significó el fin de las hostilidades en el país, la guerra civil habría de durar hasta 1949, y a la fundación de la República Popular China le sobrevino muy rápidamente el conflicto en Corea, que obligó al nuevo

Ejército Popular de Liberación (EPL) a participar en la contienda para evitar que esta se propagara a territorio chino ante las amenazas fuera de control del General MacArthur que incluso pretendió usar armas nucleares. Antes de comenzar la guerra de Corea, el EPL estaba compuesto por más de 5,5 millones de soldados y 200 divisiones de infantería: su armamento era simple, escaso y anticuado, procedente en su mayoría de Occidente y Japón, y muy escaso el armamento pesado del que disponía. Era evidente que la nueva República Popular necesitaba construir una fuerza armada poderosa que salvaguardara la soberanía y garantizara la defensa del país, sin embargo, la situación indicaba que la prioridad no podía ser esa sino el mejoramiento de la situación política y económica, por lo que se inició la desmovilización de los soldados para reducir el gasto militar.

El inicio de la guerra en la península coreana obligó de manera temprana al nuevo gobierno y al presidente Mao a una difícil decisión: restablecer la vida nacional y revitalizar la industria o enviar tropas a Corea. La decisión final, tomada colectivamente por Mao en consulta con los principales líderes militares fue la segunda, para lo cual fue convocado un gran Ejército Popular de Voluntarios (EPV). La guerra de Corea se transformó en «...la escuela en la que efectuamos simulacros de gran dimensión. Es algo que no se aprende en las escuelas militares» según palabras del presidente Mao Zedong (citado por Wan, 2013, p. 104). A partir de ese momento se inició el período de organización de nuevas fuerzas armadas, que pasó por la creación de academias, establecimiento de una nueva política de rangos y salarios y del servicio militar obligatorio en 1956, un nuevo método de entrenamiento en 1962, el avance hacia la edificación de una industria militar propia utilizando sus propios conocimientos científicos y tecnológicos, lo cual devino en la creación de su armamento nuclear y la realización de su primera prueba exitosa en octubre de 1964. Mao había escuchado al Premio Nobel de Química Frédéric Joliot-Curie (citado por Wan y otros, 2013) quien le había transmitido que «si ustedes quieren decir “no” a las armas nucleares, primero tienen que tenerlas en sus propias manos» (p. 116). En abril de 1970 se lanzó exitosamente el primer satélite chino. El desarrollo de las fuerzas armadas chinas avanzaba progresivamente, sin embargo, en general, China seguía siendo un país pobre y atrasado.

La década de los setenta del siglo pasado dio paso al inicio de la política de reforma y apertura, de la cual el ejército no estuvo ausente. Para entonces, aunque el gasto militar de China era solo el 2% del de Estados Unidos y una fracción del de la Unión Soviética, el tamaño del ejército duplicaba el de las otras dos potencias. Y aunque entre 1975 y 1984 se habían hecho cuatro grandes reducciones de personal, se hacía necesaria una de mayor dimensión. Fue así como en 1985 se inició el desarme de un millón de soldados tras la decisión de Deng Xiaoping, la cual fue rechazada en primera instancia por muchos altos mandos militares, pero que finalmente Deng logró imponer. De 11 fueron reducidas a siete las zonas militares y de 1:2,45 a 1:3,3 la relación de oficiales y soldados hasta que en abril de 1987 se dio por concluido el proceso, quedando tres millones de soldados y oficiales en la plantilla del EPL. Este procedimiento continuó a finales de los años noventa y entre septiembre de 2003 y diciembre de 2005, con lo que el EPL llegó a 2,3 millones de integrantes. Junto a ello empezó un proceso de mecanización que permitió la incorporación de tanques pesados, tanques ligeros, vehículos motorizados anfibios y transportadores blindados para el transporte de la tropa y el combate, y a partir de la década de los ochenta se asumió el reto de la informatización de las fuerzas armadas, todo lo cual tuvo un impacto directo en los gastos de defensa que se redujo hasta 15% en 1981. El gran desafío fue desarrollar la mecanización y la informatización con un presupuesto reducido, poniendo a las fuerzas armadas en la misma tónica que enfrentaba el país en el marco de la reforma. El secreto estuvo en el desarrollo de armas de alta tecnología con gastos militares limitados, una reorganización encaminada a disminuir la estructura burocrática haciéndola más eficiente y sobre todo la creación de una logística integrada disminuyendo los procedimientos y haciendo que el proceso de abastecimiento multilateral de las tropas fuera más eficiente. Esto le proporcionó al EPL una capacidad de respuesta rápida que se puso a prueba exitosamente tras el terrible terremoto del 12 de mayo de 2008 en Wenchuan, en el que las tropas dieron una respuesta rápida actuando de manera unificada. En ese momento ya estaban en marcha al interior del EPL la renovación de procesos de seguridad social, informatización en gran escala y gestión científica de cara a la construcción de un sistema logístico moderno

para 2020, en el marco del Plan de Tres Pasos, el primero de los cuales se cumplió en 2010 y que tuvo como objetivo crear bases sólidas para la modernización. El segundo paso —a cumplirse en 2020— es la mecanización total y un gran avance en el proceso de informatización del EPL para que en 2050 se cumpla el tercer paso que significará la modernización completa del sistema de defensa nacional (Ob. cit.).

Un entorno sumamente complejo —caracterizado por el separatismo étnico, el extremismo religioso y el terrorismo, además de la latente tensión con Taiwán tras la victoria del Partido Democrático Progresista en las elecciones de 2016 y las intenciones de Estados Unidos de mantener una situación conflictiva en los diferendos limítrofes del mar de la China Meridional— obliga al gobierno chino a mantener una alerta permanente en defensa de su soberanía y de su seguridad. En términos geoestratégicos, China se encuentra en una zona de convergencia de intereses de las grandes potencias, por lo que su seguridad se supedita a la rivalidad que generan estos intereses, sobre todo en la medida en que el eje de la economía mundial se está trasladando a Asia y el Océano Pacífico es el espacio fundamental en el que se realiza el comercio mundial. Por otra parte, se debe considerar que esta región es la más poblada del mundo, donde están siete de los diez países con mayor número de habitantes del planeta (todos con una población superior a 100 millones de habitantes), y que el gran continente euroasiático está a la espalda de China mientras esta da la cara al mar, donde convergen los intereses de Estados Unidos, Rusia, Japón y China, cuatro de los cinco centros de poder mundial, tres de ellos miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, poseedores de sendos arsenales nucleares que podrían exterminar a la humanidad varias veces. Por todas estas razones la región circundante a China vive una situación de disputa permanente tanto en los confines oceánicos como en el profundo espacio terrestre de Eurasia, argumentos todos que obligan a China a construir una fuerza de defensa nacional que le permita encarar los grandes riesgos que se asoman en su entorno (Peng, Zhao y Luo, 2010). Desde 2011, cuando Barack Obama afirmó que el siglo XXI sería el siglo asiático de Estados Unidos (Emol.mundo, 2011), la presencia militar y las provocaciones de este país en la región se han incrementado, incluso rompiendo compromisos hechos entre Obama

y Xi Jinping para disminuir la tensión en la zona, militarizando los mares cercanos de China y utilizándolos para medir fuerzas y realizar ejercicios militares, al mismo tiempo que Estados Unidos toma partido en las reclamaciones territoriales de las seis partes implicadas en los diferendos del mar Meridional de China, alentando el conflicto y afectando las negociaciones y el diálogo (Zhu, 2015). En una clara posición intervencionista y de fuerza, Obama (2011) afirmó que:

Estados Unidos es una potencia del Pacífico, y estamos aquí para quedarnos. De hecho, ya estamos modernizando la postura de defensa de Estados Unidos en la región Asia-Pacífico. Se desplegará más ampliamente -manteniendo nuestra fuerte presencia en Japón y la península de Corea, reforzando simultáneamente nuestra presencia en el sureste asiático. Nuestra postura será más flexible- con nuevas capacidades para garantizar que nuestras fuerzas puedan operar libremente.

De la misma manera, Japón ha manifestado su decisión de ampliar su presencia en ese mar para realizar travesías conjuntas con la armada estadounidense, propuesta que argumenta a partir de la realización de «operaciones de libertad de navegación», lo cual imita el léxico estadounidense para justificar su presencia militar en la región, un país que no tiene costas en este mar y que solo puede acreditar su excesivo contingente sobre la base de su tradicional actitud imperial intervencionista, secundada y apoyada por Japón que intenta utilizar este conflicto para adquirir mayor fuerza militar y más poder de negociación a la hora de discutir sobre los diferendos territoriales, antes que buscar la paz y la estabilidad en la región (Qu, 2016). En este sentido, China y la Asean (Asociación de Países del Sudeste Asiático, por sus siglas en inglés) acordaron respecto del diferendo en esta zona marítima dejar de enviar personal a las islas no habitadas para evitar una escalada en las tensiones por las pretensiones territoriales; respetar la libertad de navegación que Washington alega amenazada; resolver las disputas territoriales de manera pacífica y por vía de la negociación; considerar la Convención de la ONU sobre Derecho del Mar y trabajar para desarrollar el Código de Conducta en el Mar de China Meridional que se elaboró a lo largo de años de trabajo. Para

China, este mar reviste carácter estratégico por las rutas que lo surcan, donde pasan la mitad de los barcos comerciales que navegan en el mundo, transportando la tercera parte del petróleo y las dos terceras partes del gas líquido que se comercia en el planeta, lo cual significa 5 billones de dólares en transacciones al año. Además, también transitan por este espacio el derrotero marítimo del Cinturón y la Ruta de la Seda (RT, 31 de julio 2016), proyecto estratégico para Beijing. Global Security, una fuente líder en información de seguridad global (citada por Engdahl, 2012) calcula que el mar de la China meridional puede contener dieciocho mil millones de toneladas de petróleo crudo, que es una cantidad enorme si se compara por ejemplo con las reservas de Kuwait, uno de los mayores productores del mundo que posee trece mil millones de toneladas. Un cálculo más optimista arroja que en los alrededores de las islas Spratly y Paracelso pudiera haber hasta 105 mil millones de barriles de petróleo y que el total del mar de la China Meridional podría llegar a los 213 mil millones de barriles.

En este contexto, las políticas de Defensa Nacional de China están orientadas a salvaguardar la soberanía y unidad del país; realizar el plan coordinado e integral de defensa; avanzar en el mejoramiento de la calidad del EPL, sobre todo en el área de la informatización; poner en práctica los principios estratégicos de defensa activa; persistir en la estrategia de defensa nuclear propia y crear un ambiente de seguridad favorable al desarrollo del país. Se trata de aplicar el «socialismo con peculiaridades chinas» a la defensa, lo cual entre otras cosas significa que en la etapa por venir se debe fortalecer el EPL a partir del impulso a la ciencia y la tecnología, la innovación de la teoría, la técnica, el sistema y la administración militar, acelerando la transformación de las fuerzas de combate y persistiendo en la integración cívico-militar como eje del desarrollo de la defensa.

La doctrina militar china emana de las guerras de independencia y liberación dirigidas por el Partido Comunista. En ese sentido, perdura el pensamiento estratégico de guerra popular para edificar el sistema nacional de defensa. Los principios legados por el presidente Mao (citado por Peng y otros, 2010) de que «el pueblo, solo el pueblo, constituye la fuerza motriz para crear la Historia Universal» y que «el gran poderío para ganar la guerra siempre está arraigado en las masas populares» (p. 88) porque estas suponen la base de la victoria,

están presentes en la edificación y las transformaciones del EPL en el momento actual. Incluso más recientemente el ministro de Defensa de China Chang Wanquan hizo un llamado a prepararse para la «guerra popular en el mar», ante el peligro que significa un ataque desde el exterior por las islas en disputa y la seria preocupación que existe respecto de seguridad nacional en alta mar, por lo que se hace necesario «promover entre la población la educación en materia de defensa civil» (RT, 3 de agosto 2016).

La guerra popular seguirá siendo la base fundamental sobre la cual se erigirá el sistema de defensa nacional chino estructurado a partir del principio de defensa activa que significa, en primer lugar, defender primero y golpear después, no ser jamás el que realice ataques por decisión propia —es decir que China se limitará a una respuesta pasiva en términos estratégicos— y, en segundo lugar, en la realización del combate China será activa y no pasiva, tomando la iniciativa, utilizando con flexibilidad los medios militares antes del estallido de la guerra en combinación con los instrumentos políticos, económicos y diplomáticos con el fin de prevenir que ésta se desate pero, una vez que resulte inevitable, China buscará controlarla y minimizar daños a través de operaciones activas, resueltas y flexibles hasta derrotar al enemigo y restaurar la situación previa a la guerra, actuando de este modo en perfecta coherencia entre la estrategia política y la estrategia militar, en una relación dialéctica entre ellas, exponiendo así la naturaleza de la sociedad socialista que se propone salvaguardar la integridad del país y cooperar con la paz mundial.

Para cumplir estas misiones la Comisión Militar Central del Partido Comunista de China ordenó un reagrupamiento de fuerzas para reajustar la relación entre combate y dirección de las tropas, con el fin de hacerlo coherente y estandarizarlo bajo la idea de un mando conjunto. El EPL cumplirá sus misiones bajo la guía y dirección de la Comisión Militar Central del PCCh, la cual a través de sus comités del partido, comités de base y células en el Ejército constituyen el cuerpo principal del EPL, ejerciendo el núcleo de la dirección unificada y la cohesión combativa de las diversas unidades de combate y entidades adscritas. Los comités del partido se organizan en las unidades de regimiento hacia arriba, mientras que los comités de base y células funcionan en las

unidades del nivel de batallón, compañía y equivalentes hacia abajo. El PCCh organiza el trabajo político dentro del EPL y la administración del trabajo del partido. El Departamento Político General del PCCh en el EPL es el órgano de la Comisión Militar Central que rige el trabajo político en todo el Ejército (Tang, X., 2012).

El coronel mayor Yang Yujun, secretario de la Oficina de Información del Ministerio de Defensa Nacional y portavoz del Ministerio, explicó que a través de la reforma militar que se comenzó a realizar en los últimos años bajo orientación del PCCh y el presidente Xi Jinping:

Se ha ajustado y estandarizado el mando conjunto de la Comisión Militar Central, los servicios armados, el mando conjunto de los comandos y las funciones lucha-comando de los ejércitos, de acuerdo con las exigencias de operación conjunta y comando conjunto, que significa básicamente una división científica de las funciones, reestructuración de las relaciones lucha-mando y estandarización del proceso de mando, formando un sistema de comando fluido y eficiente acorde con la realidad del ejército chino, para adaptarnos mejor a las guerras informáticas modernas y cumplir las misiones de manera más efectiva (*Diario del Pueblo*, 2 de febrero 2016).

Así, China continuará desarrollando sus fuerzas armadas con carácter defensivo de acuerdo con el sistema político, la estrategia de desarrollo, la diplomacia y las tradiciones históricas y culturales de China que no cambiarán, apelando al principio de seguridad común, integral, cooperativa y sostenible a fin de crear un espacio de seguridad favorable a la paz de la región y del mundo.

Construir un armonioso país multiétnico

Aunque las características étnicas de China por sí mismas no significan un problema para el desarrollo de una sociedad armónica, su relacionamiento con otros fenómenos como el fundamentalismo religioso, el terrorismo y el separatismo presentes en el país tienden a hacer más complejo este asunto. Algunos autores señalan que la cuestión étnica es el mayor problema para la seguridad nacional de

China, a partir del descontento que existiría entre las minorías del occidente, suroeste y norte del país, las cuales tendrían el potencial de «desmantelar» la república por estar sometidos a un dominio imperial (López Villafañe, 2012). Pero, precisamente, esa mirada tiende a simplificar el problema y ubicarlo en uno solo de sus planos: el de la seguridad nacional. Al respecto, Haro Navejas (2008) refiere que ya Mao Zedong y Deng Xiaoping habían abordado este asunto y fijado algunos aspectos centrales sobre el tema:

1. La superioridad numérica Han⁵ que corresponde al 91,59% de la población del país, se debe al mestizaje.
2. La paradoja de que las restantes 55 etnias —que representan menos del 9% de la población— estén diseminadas en alrededor del 60% del territorio genera una incongruencia entre población y espacio.
3. El fomento de las buenas relaciones entre las nacionalidades se debe realizar a través de la educación política.
4. Existe necesidad de clasificar la identidad de los ciudadanos, pero es difícil hacerlo.
5. Permea esta situación la ya mencionada relación entre pertenencia étnica y seguridad nacional.
6. La constatación de que China ha unificado a todas las nacionalidades.

Las regiones donde habitan las minorías étnicas se caracterizan por una geografía maravillosa compuesta por bosques, lagos, ríos y montañas poseedoras de grandes riquezas naturales. Desde la perspectiva china, todas ellas —junto al pueblo Han— contribuyeron a desarrollar la civilización china manteniendo sus propias culturas a través de sus 53 lenguas, de las cuales 21 tiene su propio sistema de escritura, lo que hace de China un país multicultural, multidiverso y multinacional (Xu y Wang, 2012).

Estos elementos permiten confirmar la complejidad de un fenómeno que incluso podría tener su origen y su mirada más actual en la definición de si estos pueblos representan nacionalidades o etnias. Es un problema de la modernidad del que China no está exenta, pero al que le ha buscado una solución propia de acuerdo a las características del país. Aunque China tiene una civilización milenaria, no ha sido ajena a la influencia occidental. En un momento de debilidad, cuando fenecía la dinastía Qing a finales del siglo XIX,

algunos conceptos occidentales como nación y nacionalidad entraron a China. El origen del término latino *Natio* que dio origen a la palabra «nación» y su uso en las luchas contra el sistema feudal en Europa está bastante documentado. En 1789, el mismo año de la Revolución Francesa, se comenzó a hablar de nacionalismo, cuando ya habían surgido las palabras nación y Estado, y sobre todo cuando estas se usaban unidas, algo ajeno a China que desde el siglo III a.C. era un país multiétnico unificado, lo cual hacía previsible que el trasplante mecánico de estos conceptos trajera innumerables problemas a la unidad y la estabilidad nacional. Fueron los sectores burgueses que participaron del derrocamiento de la monarquía y asumieron el control del Estado los que introdujeron y usaron ideas nacionalistas occidentales para enfrentar a la nobleza Manchú que gobernaba el país a través del emperador. Sin embargo, cuando llegaron al poder tuvieron que enfrentar la realidad que significaba la existencia de un número de etnias que desconocían y que habitaban el territorio chino desde tiempos inmemoriales, así las comenzaron a llamar «minzu». El Doctor Sun Yat Sen, primer presidente de la República, tuvo ideas preclaras al respecto al afirmar que todas las etnias pertenecían a la república china unificada y que no se permitiría la dominación de una etnia sobre otra, por muy mayoritaria que fuera. El nacimiento de la Unión Soviética y su manejo de la cuestión nacional creó en China no pocos problemas por la visión distinta que tuvo del problema. Dicho de otra manera, aunque los conceptos occidentales de nación y Estado entraron a China, fueron interpretados de manera distinta y acorde a la realidad del país. El uso que se le dio en China a esos términos a través de más de 50 años no tenía nada que ver con la concepción occidental de los mismos, incluso por situaciones de orden lingüístico. Muchas veces los etnólogos chinos que escribían en inglés usaban la palabra «nacionalidad» de forma genérica para referirse a las etnias de la antigua China. Igualmente, las propias etnias cuando traducían sus obras usaban la palabra «nacionalidad» al referirse a sí mismos. El mayor acercamiento a Occidente que propició la política de reforma y apertura en los años ochenta del siglo pasado permitió que las agencias gubernamentales chinas, las organizaciones culturales y los estudiosos comenzaran a utilizar el vocablo «minzu» según el contexto para referirse a cualquier nación,

nacionalidad, grupo étnico o etnia. De este modo, en la traducción al inglés, *zhonghua minzu* es la denominación de nación china. Lo que en Occidente se llama nacionalismo en China se denomina culturalismo, con lo cual los académicos occidentales y chinos se han comenzado a poner de acuerdo. La cultura fue usada en la antigua China para gobernar, no para dividir las etnias. Desde Confucio ha habido precisiones en ese sentido en un país en el cual, aunque las diferencias étnicas son mayores que todas las que posee Europa, ellas son expresión de una gran diversidad cultural cuya joya ha sido mantener la unidad por más de dos milenios. Este concepto de «culturalismo» de China es único por la flexibilidad y dinamismo con que se ha manejado, porque ha permitido lograr la integridad, la solidaridad y la indivisibilidad del país y es la razón por la que la civilización china ha podido desarrollarse sin interrupciones durante cinco mil años y ha logrado sostener el Estado por más de dos mil (Zheng, Q., 2011).

La igualdad entre las 56 etnias es el eje sobre el cual gira la política étnica de China. Esta igualdad significa que sin importar su cantidad, zona de ubicación o residencia, antigüedad histórica, nivel de desarrollo económico, diferencias de sus lenguas habladas o escritas, creencias religiosas o idiosincrasia, todas las etnias tienen la misma importancia política y legal; en segundo lugar todas las etnias chinas poseen similar igualdad económica, cultural y social y, tercero, todos los ciudadanos de cualquier etnia —y por tanto todos los chinos— son iguales ante la ley en cuanto a deberes y derechos. Esta comprensión del fenómeno llevó a China a construir un modelo propio de Diversidad y Unidad de la Nación China, en cuya elaboración, desde 1956, participaron más de mil estudiosos, encabezados por Fei Xiaotong⁶, quien dirigió el equipo que diez años después, en 1966, entregó los primeros 57 documentos que aportaron conocimiento real acerca de las sociedades y la historia de las etnias de China. El «Modelo de Diversidad y Unidad de la Nación China» es considerado la teoría que explica la formación nacional china, incluyendo todas sus etnias.

Con el objetivo de controlar el crecimiento indiscriminado de la población, en los años setenta del siglo pasado el gobierno chino adoptó la planificación familiar que restringió a un solo hijo la

descendencia de las familias, sin embargo esta política solo se aplicó a la etnia Han, mientras que las otras etnias estaban sujetas a una política especial que no limitaba la cantidad de hijos, con el fin de impulsar el crecimiento demográfico de las etnias minoritarias. Un estudio realizado por el investigador Zhang Tianlu en 1989 arrojó que tras 40 años desde la fundación de la república popular, un total de 26 etnias habían superado a la Han en índices como crecimiento vegetativo de la población, fecundidad de las mujeres, disminución de la mortalidad infantil, esperanza media de vida al nacer, alfabetismo, educación general promedio, nivel de urbanización y calidad de vida, rompiendo de esta manera la visión tradicional sobre la sociedad china que señalaba que las minorías étnicas estaban siempre tras la Han en todos los indicadores económicos y sociales. Desde el punto de vista político, al fundarse la República Popular en 1949 se adoptó el sistema de autonomía regional étnica, dejando atrás el federalismo que había sido enarbolado por el PCCh casi desde su fundación, sobre todo influido por el modelo soviético. Pero, tras la llegada al poder y al tener un conocimiento más amplio y acabado del país y de la situación de las etnias, el PCCh decidió adoptar un sistema propio que pasó por varias etapas desde 1952, fecha del primer decreto sobre autonomía regional étnica de la República Popular China. Posteriormente, en 1954, este postulado fue incorporado a la Constitución Nacional, hasta que en 1984 fue promulgada la Ley de Autonomía Regional Étnica de la República Popular China, la que se puso en práctica el 1° de octubre de ese año. En 1997, bajo dirección del PCCh se constituyeron los tres sistemas políticos básicos del país, de forma tal que junto a la Asamblea Nacional Popular y el sistema de cooperación multipartidaria y consulta política, la autonomía regional étnica pasó a formar parte fundamental del sistema político chino, con lo cual se formalizó la existencia de cinco regiones autónomas. Por su parte, la Ley de Autonomía Regional Étnica de la República Popular China estableció a través de siete capítulos y 74 artículos cuáles iban a ser los órganos autónomos de las zonas autónomas étnicas y los derechos de estos entes a partir de los cuales se establecieron poderes legislativos en las zonas autónomas; se aprobó la ejecución flexible de las instrucciones superiores si no se ajustan a las condiciones propias de las etnias; desarrollo y manejo económico independiente, así como un trato preferencial del Estado; autonomía

en la administración financiera; autonomía para establecer con libertad el derecho a la cultura y el uso de lenguas habladas y escritas; derecho a organizar la seguridad pública local en conformidad con el sistema militar nacional del Estado chino y desarrollo independiente de la ciencia, la tecnología y la educación. En particular, en el aspecto cultural, a partir de 1990, estimulado por Fei Xiaotong, fue aceptada su propuesta de establecer el pensamiento en materia étnica a partir de la definición de identidad cultural propia, tolerancia cultural, coexistencia cultural y prosperidad común como reglas de oro de la coexistencia cultural china y como principios de interacción armoniosa de su civilización (Zheng, Q., 2011).

El antropólogo físico y doctor en Biología mexicano Luis Alberto Vargas Guadarrama (citado por Xie, 2012), presidente de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, al referirse a la situación china en esta materia afirmó que:

Como es sabido, vale la pena que el mundo aprenda de la política del Gobierno chino con respecto a las minorías étnicas. En muchos países existe este caso, es decir, varias etnias conviven en un mismo país, pero no todos los países saben tratar adecuadamente esta situación. La política de China es una vía factible, de la cual vale la pena aprender, teniendo en cuenta sus logros (p. 196).

Aunque la crítica al modelo dice que el mismo es «civilizador, paternalista, con una fuerte dosis de pragmatismo», reconoce que la práctica no siempre ha sido la misma. En ese sentido se acepta lo que al respecto argumentó el expresidente Hu Jintao (citado por Haro Navejas, 2008) cuando dijo que el problema étnico en China incorpora una mixtura de temas económicos y políticos de una parte, de asuntos actuales con otros de carácter histórico de otra, de argumentos étnicos y religiosos en otro plano, así como temas internos e internacionales en forma simultánea (p. 531), lo cual coloca el asunto étnico en una perspectiva de extrema complejidad que forma parte de un imperturbable proceso de construcción identitaria, que en todo caso en China parece bastante avanzado.

Avanzar hacia la modernización del sistema político

El sistema político de la República Popular China está constituido por la estructura estatal y los sistemas electoral, de asamblea popular, de la presidencia, administrativo, judicial, militar, de cooperación multipartidista y de consulta política y de la democracia de base.

El Estado se organiza en 23 provincias (incluyendo a Taiwán), cinco regiones autónomas estructuradas en las zonas autónomas de minorías étnicas, cuatro municipios bajo jurisdicción especial: Beijing, Shanghái, Tianjin y Chongqing, y dos regiones administrativas especiales: Hong Kong y Macao. Las provincias y regiones autónomas están a su vez formadas por prefecturas, municipios y prefecturas autónomas. El sistema electoral está fundamentado en la Ley Electoral que ha tenido enmiendas en 1979, 1982, 1986 y 1992 con el fin de simplificar los trámites de censo, disminuir la proporción numérica de habitantes que representa cada diputado y reglamentar el número de diputados en las asambleas populares locales así como estimular a los electores a recomendar candidatos, todo lo cual ha ido configurando un sistema electoral propio que deberá seguir siendo perfeccionado de acuerdo con el desarrollo político, económico y social que se vaya produciendo en el país. El sistema electoral de la República Popular China se construyó sobre la base de los siguientes principios:

1. Tienen derecho a elegir y ser elegidos todos los ciudadanos chinos mayores de 18 años a los que no se les hayan conculcado sus derechos políticos de acuerdo con la ley.
2. Todos los ciudadanos asisten a las elecciones en condiciones de igualdad, es decir que solo se puede votar una vez en cada elección, y cada voto tiene el mismo valor.
3. Existe una combinación de elecciones directas e indirectas en todas las circunscripciones de base. Los diputados son elegidos de manera directa a las asambleas populares de los municipios después de haber sido postulados por los electores, los partidos políticos y organizaciones populares.
4. Las elecciones son competitivas entre todos los candidatos. Los candidatos a ser elegidos de manera directa deben ser aprobados por los grupos de electores después de diversas consultas y de escuchar las opiniones de los electores.

5. El voto es secreto tanto en elecciones directas como en las indirectas (Yin, 2011).

La Constitución de la República Popular China establece que la Asamblea Popular Nacional (APN) es el órgano supremo del poder del Estado, conformado por los diputados elegidos por las provincias, las regiones autónomas, los municipios directamente subordinados al Poder central y el Ejército, así como los representantes de las minorías nacionales. La APN además de ser el poder legislativo del Estado ejerce las funciones electorales del mismo, organizando los procesos comiciales para su renovación y eligiendo a los funcionarios que ejercerán las altas responsabilidades del Estado, incluyendo al presidente y vicepresidente de la República, al primer ministro, al presidente de la Comisión Militar Central, a los consejeros de Estado y los presidentes del Tribunal Popular Supremo y el fiscal general (1982).

La APN y las asambleas populares locales son elegidas democráticamente, responden al pueblo y son sometidas a su control. Como se ve, en China la democracia no solo funciona a través de las elecciones, también los diputados generan y organizan a los otros órganos del Estado que deben rendir cuentas de la administración del país en términos de la democracia y el centralismo. El presidente de la República es el jefe de Estado, elegido por un período de cinco años, pudiendo reelegirse por un período más de igual duración. El sistema administrativo está constituido por el Consejo de Estado que es considerado el gobierno central como órgano ejecutivo supremo del poder del Estado. Los gobiernos locales se constituyen con la misma responsabilidad en sus diferentes instancias. El Consejo de Estado es dirigido por el primer ministro quien cuenta para ejercer sus funciones con viceprimeros ministros, consejeros de Estado, ministros, presidentes de las comisiones, auditor general y secretario general. El primer ministro es propuesto por el presidente de la República y nombrado por este, después de la aprobación de la Asamblea Popular Nacional. El Sistema Judicial está conformado por los órganos judiciales y las fiscalías que tienen en su más alta instancia al Tribunal Popular Supremo, mientras que en los niveles inferiores de la estructura política existen tribunales populares locales. Los órganos fiscalizadores se estructuran de la misma forma a través de la Fiscalía

Popular Suprema y las fiscalías populares locales. El Sistema Militar se rige por la Ley de Defensa Militar y otras cuatro leyes y dos estatutos, además de otros cuarenta reglamentos militares y administrativos elaborados por el Consejo de Estado y la Comisión Militar Central, así como setenta reglamentos militares, todos los cuales han estipulado con precisión aquellos elementos vinculados a la composición de las fuerzas armadas, su estructura de dirección, el servicio militar, el sistema de cuadros, la estrategia militar y las políticas de defensa nacional entre otros asuntos relevantes. El sistema de cooperación multipartidista y de consulta política es una de las novedades más importantes del sistema político chino y es el elemento fundamental que lo diferencia de los sistemas bipartidistas o multipartidistas occidentales. Está basado en el propósito de consolidar el sistema a partir de principios de coexistencia duradera, supervisión recíproca y colaboración mutua entre el PCCh, otros partidos democráticos, las organizaciones populares y personalidades sin filiación política junto con los representantes de las minorías, de las organizaciones sociales, además de los representantes de Hong Kong, Macao, Taiwán y los chinos de ultramar. Este sistema posee características particulares que se resumen en:

1. El papel dirigente del PCCh.
2. La construcción conjunta del país entre el PCCh y los partidos democráticos.
3. La participación de todos en el poder estatal, tanto en las consultas como en la toma de decisiones que orientan los temas fundamentales vinculados a la vida del pueblo, y
4. El respeto y subordinación de todos a la Constitución de la República Popular China⁷ (Yin, 2011). Esta alianza de partidos democráticos con el PCCh es expresión de un sistema político que responde a las características y a las condiciones de China, mediante el cual se le reconoce al PCCh la dirección de la sociedad pero no el monopolio sobre la conducción de la misma. Según estadísticas del propio PCCh, hacia finales del año 2010 había 32000 cuadros que ocupaban responsabilidades en los gobiernos locales a nivel de distrito y municipio que no eran miembros del PCCh. De igual manera, en la alta dirección del Tribunal Popular Supremo, la Fiscalía Popular Suprema, ministerios, dependencias

del Consejo de Estado, comisiones y administraciones centrales había 19 cuadros dirigentes que no militaban en el PCCh, 207 en los consejos consultivos políticos provinciales y de región autónoma y dos ministros que no pertenecen al PCCh (Tang, X., 2012). Los sistemas democráticos de base constituyen otra particularidad del sistema político chino. Están constituidos por el autogobierno de los aldeanos, de zonas rurales, de los habitantes de las ciudades y de representantes de obreros y empleados, todos los cuales están amparados en leyes que los sustentan y que les permiten administrar los asuntos estatales, las actividades económicas sociales y culturales ejerciendo el protagonismo en los ámbitos correspondientes a cada uno (Yin, 2011).

En 2002 se inició un proceso de cambios en el sistema político con la llegada de Hu Jintao al poder. Desde Occidente se supuso que tales transformaciones se orientarían hacia reformas de corte «europeo y americano» del sistema, incluso se auguró que de no producirse de esa reforma sería imposible la evolución hacia un país «cosmopolita, estable y global (Schell, citado por Cornejo, 2006, p. 57). Sin embargo, los hechos se encargaron de constatar que ese no era el camino que se había trazado China. Hu (citado por Cornejo, 2006) definió con precisión — tal como los líderes chinos han repetido hasta la saciedad a través de la historia— que China no iba a copiar otros modelos, que el sistema chino conservaba gran vitalidad y superioridad y que las prácticas políticas occidentales como la separación de poderes y las elecciones nacionales estructuradas a partir de partidos políticos no se utilizarían, toda vez que la historia demostraba fehacientemente que la copia del modelo occidental conducía al fracaso en China. En este ámbito, las elecciones abiertas y competitivas son consideradas la forma institucional de la democracia, sin embargo lo que ocurre en realidad es el control de misma por el capital, de manera que quienes disponen de mayor cantidad de recursos tendrán más opciones de hacerse con el poder, con lo cual en realidad este tipo de sistema debería llamarse «democracia del dinero». Es lo que se ha dado en denominar «pseudovalor». No obstante, el poder económico y político que conserva el capital en el plano global permite que Occidente siga haciendo esfuerzos supremos para que su sistema de valores sea

aceptado en todo el mundo. En esa medida, Occidente se considera a sí mismo como elaborador y juez de las normas que deben regir la democracia, estableciendo la universalización de su modelo y atacando a aquellos que no se identifican con sus reglas y cánones en lo político, lo económico y hasta en lo militar. Así, aquellos que se oponen y que protestan contra tales imposiciones en países llamados democráticos se ven obligados a desarrollar sus actividades en medio de turbulencias políticas que suelen derivar en violencia y peligros para la ciudadanía. Esta situación configura un modelo de democracia que ha logrado expandirse a una parte importante del planeta pero que —por una parte— ha encontrado resistencias que han llevado a las potencias occidentales a destruir el orden original, sumiendo a esos países en largos períodos de violencia y caos, y —de otra parte— su característica de darse valor en tanto esté sostenida por el capital ha restringido sus propias posibilidades de expansión (Liu, J., 2014).

Xi Jinping (citado por Li, J., 2014) ha dado continuidad al pensamiento de quien lo antecedió al afirmar que el camino más conveniente para un país solo lo podrá definir el pueblo de ese país. Las opiniones emitidas desde Occidente respecto de la política china parten de un desconocimiento de la historia y de la realidad política del país y son expresión de experiencias y valores propios para formular opiniones sobre la política y la cultura china, incluso emitiendo calificaciones ligeras respecto de las características de su sistema, lo cual le impide hacer análisis objetivos de la situación. China parte del precepto emanado del pensamiento del presidente Mao de buscar la verdad en los hechos y además enfocar el examen de la realidad desde una perspectiva histórica sin la cual es imposible tener una mirada auténtica. Cada vez que China se apartó de su propia historia para intentar introducir prácticas ajenas a su realidad, los resultados fueron negativos. China transita la etapa primaria del socialismo en la que la construcción de la democracia se concibe como un proceso en construcción y las características que adquiera se deben definir a partir de la consideración de la utilidad para el desarrollo del país. Estamos muy lejos de suponer que los intentos de universalizar el modelo occidental de democracia van a conducir inequívocamente a la modernidad y al abandono del subdesarrollo. La realidad del mundo muestra con extrema crudeza esta aseveración: hambre, miseria,

represión, desigualdad y guerra son expresiones claras de lo que la democracia electoral ofrece. El socialismo debe construir su propio modelo democrático, sin copiar tampoco mecánicamente experiencias de otros países. Si los conflictos inherentes a la democracia electoral occidental se repitiesen en un país tan poblado como China, sería una tragedia de alcance mundial, que se debe evitar. De ahí que el sistema socialista con peculiaridades chinas debe concordar con la realidad nacional y fomentar el desarrollo de una civilización moderna para el país, para ello —además de la democracia electoral— debe contar con una democracia consultiva, he ahí las particularidades del modelo chino (Li, J., 2014).

Xi (2014) define la democracia consultiva china como:

La forma exclusiva y la ventaja singular de la política democrática socialista de nuestro país es una significativa encarnación de la línea de masas del Partido en el campo político. Su promoción ayuda a perfeccionar la participación política ordenada del pueblo, estrechar los lazos de uña y carne del Partido con las masas populares y promover la toma científica y democrática de decisiones (p. 128).

Para China, el modelo de sistema de cooperación multipartidista y de consulta política bajo dirección del PCCh ha garantizado autoridad política y ha promovido la bonanza social y la modernización con miras a consolidar la estabilidad en el futuro. Por otra parte, ofrece a los ciudadanos un canal institucional y fluido para expresar sus inquietudes y salvaguardar sus intereses. Desde otra perspectiva, este sistema ha permitido hacer una reorganización de la sociedad, la coordinación de intereses de los diferentes estamentos sociales y la formación de conciencia política en las distintas capas sociales, promoviendo la supervisión democrática entre los partidos políticos chinos. Al respecto, Zhou Tienong, ex presidente del Comité Revolucionario del partido Kuomintang de China (citado por Huang y Luan, 2013), opinó que:

Partiendo de las prácticas, se puede confirmar que el sistema partidista vigente ha permitido a China mantener una política estable y una economía próspera durante 30 años consecutivos, lo que es

algo conocido. Si lo sustituyeran por otro sistema, no se sabría el resultado. Por supuesto que este sistema tiene problemas, pero por lo general es bueno y aceptable y da una buena impresión (p. 176).

La democracia electoral propia de los países occidentales se manifiesta de otra forma en China donde los ciudadanos ejercen sus derechos no solo a través de los mecanismos electorales. En primera instancia, la consulta antes de la toma de decisiones con el objetivo de buscar consensos sobre los problemas comunes es inherente al sistema democrático chino, de manera que su democracia es electoral y consultiva y está en constante proceso de perfeccionamiento en ambas instancias, poniendo el énfasis en dos aspectos: el mejoramiento y ampliación de la democracia electoral y el desarrollo de la democracia consultiva. Si bien es cierto que los propios ciudadanos criticaban en el pasado este modelo, al que caracterizaban de «sello de goma», hoy esa opinión ha ido variando y son cada vez más quienes se interesan en los debates después de que la reforma ha impulsado la democracia china, que tiene en las sesiones de la APN un avance que marca una tendencia irreversible hacia su mejoramiento y profundización, en un proceso en el que la democracia nace de la práctica, no de lo escrito» (*Global Times*, 5 de marzo 2014).

En la APN los partidos políticos mantienen con el PCCh una relación de partidos participantes a partido gobernante; de la misma manera que en los países occidentales los partidos que participan del parlamento (salvo raras excepciones) aceptan el capitalismo, en China los partidos aceptan el socialismo pero muestran diferencias con la práctica occidental respecto de su forma de participar. A diferencia de Occidente donde los partidos consiguen participar en el parlamento a través de los escaños obtenidos en elecciones para después formar grupos parlamentarios, en China la designación de los candidatos a diputados no la hacen los partidos, sino los electores en sus lugares de origen, rindiendo cuentas ante ellos, no ante su grupo parlamentario.

En otro ámbito, el sistema de asambleas populares como alternativa al sistema occidental de separación de poderes partió también de la experiencia china. Le cupo a Mao Zedong la responsabilidad de responder y solucionar el problema que entrañaba hacer realidad el

papel del pueblo como dueño del Estado. Mao estudió las experiencias de la Comuna de París, la revolución soviética y con base en la teoría marxista del Estado desarrolló un largo proceso de investigación sobre la teoría y la práctica del pueblo chino desde la lucha por la liberación, para diseñar un modelo de poder popular de nuevo tipo y las formas de organización que debía adquirir. Por otra parte, en la tradición china, se le da mayor valor al colectivo que al individuo, y más valor a la cooperación y la unidad que a la competencia y la separación, por lo que el sistema de separación de poderes, que pudiera ser exitoso en algunos países, es ajeno a la estructura de pensamiento del pueblo chino, toda vez que el modelo occidental está orientado a condicionarse mutuamente para evitar el abuso de poderes y la corrupción, por lo cual es necesario separarlos y equilibrarlos. La usanza cultural y la historia china enseñan que esos problemas se enfrentan de manera distinta porque según sus preceptos filosóficos jamás se debe poner en riesgo la unidad del Estado y del país. La separación de poderes produce contradicciones y conflictos que rebajan la efectividad del Estado en el cumplimiento de sus responsabilidades con el pueblo. En China, por el contrario, las asambleas populares, en primera instancia la Asamblea Popular Nacional y su Comité Permanente como órgano estatal supremo de poder, no solo tienen facultades legislativas, también de supervisión del gobierno central y de los gobiernos locales, los tribunales y las fiscalías. La APN tiene además entre sus responsabilidades la de designar a los dirigentes de los órganos administrativos, procesales y fiscales que responden y rinden cuenta a la APN por el cumplimiento de sus funciones. Igualmente, aunque China no ha adoptado el sistema occidental de separación de poderes, sí da suma importancia a la restricción del poder, lo cual parte de la escuela confuciana de gobierno que siempre se propuso condicionar el poder monárquico a través de consejos, críticas y otras formas y para ello estableció el régimen de asesores (Huang y Luan, 2013, pp. 182-183). A partir de ese momento la historia política china recoge un sinnúmero de instrumentos para restringir el poder del monarca. Durante la dinastía Tang (618-907) se llegó incluso a limitar al emperador en su posibilidad de redactar decretos. Esta práctica fue recogida durante el gobierno del Dr. Sun Yat Sen al ser fundada la república y hecha práctica a partir de 1949 cuando se crea la República Popular cuyo funcionamiento comenzó

a regir basándose en el principio del centralismo democrático que —una vez superados exitosamente los años iniciales— condujo a errores que derivaron en «la gran revolución cultural». Pero en 1978, al comenzar a implantar la política de reforma y apertura, se tomó conciencia de que un poder altamente centralizado sin supervisión ni restricción llevaba al abuso en su práctica y a la corrupción, por lo que a partir de entonces se le dio máxima importancia al fortalecimiento de los controles, la limitación del poder y su condicionamiento, lo que llevó en 2002 a avanzar en el diseño de una estructura de poder y un mecanismo para su funcionamiento en los que la capacidad para tomar decisiones, ejecutarlas y supervisarlas se debían condicionar y coordinar mutuamente, permitiendo así un equilibrio que sería una de las bases de la reforma del sistema político al elevar el poder de supervisión de las asambleas populares.

Luchar frontalmente contra la corrupción

La corrupción es un fenómeno social crónico de carácter mundial que afecta la relación entre el pueblo y las autoridades haciendo que estas pierdan credibilidad, debilitando la gestión gubernamental y creando fisuras en las estructuras de poder, las que terminan afectando las condiciones de vida del pueblo al atenuar el peso de la justicia y la equidad perjudicando la seguridad nacional. China no ha estado exenta de esta lacra. En el pasado, a pesar de numerosas declaraciones de principios con el fin de combatir este flagelo y moralizar la administración a través del castigo firme y la prevención efectiva, el fenómeno continuaba galopante en los diferentes estamentos del gobierno, el partido y las empresas. Al comenzar el siglo XXI, el PCCh situó la lucha contra la corrupción y la moralización administrativa en un lugar mucho más relevante con el propósito de combatir la corrupción desde el momento en que se comienzan a manifestar sus síntomas, dando igual importancia a la prevención que al castigo pero centrando los esfuerzos en lo primero, elaborando una serie de estrategias de combate y de castigo a los infractores. Si bien es cierto que durante los treinta años que transcurrieron desde 1982 hasta 2011 fueron sancionadas 4,2 millones de personas vinculadas al PCCh y el Estado, entre ellas 465 de nivel

ministerial y provincial, el problema seguía presente por lo que se evidenció que no bastaba con aplicar medidas de carácter punitivo si no se planteaban los correctivos necesarios con el fin de prevenir los delitos. En los primeros años de este siglo las medidas tomadas comenzaron a surtir un efecto positivo en el sentir de la población. La satisfacción del pueblo por las acciones realizadas en este ámbito pasó de 51,9% en 2003 a 72,7% en 2011 (Tang, X., 2012). No obstante, el problema radicaba en que en ciertos sectores de los órganos superiores del partido había capacidad para bloquear acciones que los ponían en evidencia. Por ejemplo, fue muy difícil avanzar en la declaración de bienes y patrimonio de los altos responsables del PCCh, lo cual afectó a direcciones anteriores, en particular las vinculadas a Jiang Zemin y Hu Jintao, período en el cual los actuales procesados ascendieron en la escala de mando del partido y el Estado (Robaina García, 2016). Sin embargo, la llegada de Xi Jinping a la máxima responsabilidad en el PCCh supuso un salto cualitativo y cuantitativo en este aspecto. Desde su entronización como líder de los comunistas en 2012 y presidente de la república en 2013, Xi propuso incrementar el combate contra la corrupción. Ya en noviembre de 2012 expuso que era necesario dedicar grandes energías a la resolución de los problemas atribuidos a «los desfalcos y la corrupción, el divorcio de las masas y el burocratismo» (Xi, 2016, p. 3).

En esta medida, las acciones emprendidas a partir del XVIII Congreso del PCCh han golpeado como nunca antes puntos sensibles del poder político, empresarial, económico, militar y de seguridad, lo cual ha conducido a que los procesados se cuenten por miles destacando, entre ellos:

Zhou Yongkang, exmiembro del Comité Permanente; los Generales Xu Caihou y Guo Boxiong, exvicepresidentes de la Comisión Militar Central y exmiembros del Buró Político; Bo Xilai, exmiembro del Buró Político, exMinistro de Comercio Exterior y exjefe del Partido en varias regiones, condenado a prisión perpetua; Ling Jihua, exmiembro del Secretariado del Comité Central, exjefe de la Oficina General del Comité Central y exjefe del Departamento de Frente Unido y Su Riong, exvicepresidente nacional de la Conferencia Consultiva Política y exvicerector de la Escuela Superior del Partido (Robaina García, 2016, p. 1).

Así mismo,

Liu Zhijun, exMinistro de Ferrocarriles, condenado a muerte, Jiang Jiemin, exmiembro del CC del PC, expresidente de la Corporación Nacional de Petróleo, la mayor de Asia y extitular de la Comisión de Supervisión y Administración de los Activos Estatales, que atiende las principales corporaciones nacionales, Li Dongseng, exviceministro de la Seguridad y exmiembro del CC, Ma Jian, exviceministro de la Seguridad del Estado, encargado de la contrainteligencia, según fuentes públicas, Liu Tienan, exvicetitular de la Comisión Central de Reforma y exdirector de la Administración Nacional de Energía, miembro del CC del PCCh condenado a prisión perpetua, los principales directores de la industria petrolera de China, Dai Chunning, exvicegerente general de la Corporación de Seguros de China, Tao Liming, expresidente del Banco de Ahorros Postales y Mao Xiaofeng, ex titular del Banco Minsheng, el primero de carácter privado del país, He Jiaoheng, exvicedirector ejecutivo de la Academia de Gobernanza, institución de nivel ministerial formadora de cuadros administrativos de alto nivel, los subsecretarios del partido y vicegobernadores de las provincias de Sichuan, Hainan, Guangdong, Shanxi y Anhui, Jia Qinglin, expresidente de la Conferencia Consultiva Política y miembro del cuarteto clave del Comité Permanente del BP en tiempos de Jiang Zemin, con el que trabajó en el Ministerio de Maquinaria en las décadas del 60 y 70. Desde su época de Secretario del Partido en la provincia de Fujian arrastra denuncias de corrupción y Zheng Qinghong, exmiembro del Comité Permanente, exjefe del Departamento de Organización del CC del PCCh, reconocida mano derecha de Jiang Zemin (ibid., pp. 2-3).

Robaina García afirma que han tenido especial relevancia las medidas aplicadas al interior del sector militar, habiendo ya enjuiciados o bajo investigación 15 generales, algunos incluso descendientes de prominentes dirigentes vinculados a las altas esferas del partido y el gobierno, incluso uno de ellos condenado a muerte. De igual forma, desde 2013 han sido procesados 4.024 oficiales superiores y ha habido sanciones para 82 generales.

Xi encaró el problema con fuerza desde el comienzo. Durante algo más de 40 discursos pronunciados entre noviembre de 2012 y octubre de 2014 enfrentó este asunto de manera directa, sin imprecisiones y frontalmente, sin obviar ninguna arista del problema ni eludir responsabilidades en la solución del mismo. Al referirse a las normas expuso que los reglamentos eran de obligatorio cumplimiento por todos. Sin ambigüedades alertaba que se cumpliría lo que se estaba prometiendo. Los reglamentos debían ponerse en práctica e irlos observando para mejorarlos y perfeccionarlos, pero que no estaba nadie al margen su acatamiento. En particular hizo un llamado a los cuadros de alto rango del PCCh a quienes exigió mantener inquebrantable la fe en el marxismo, en el comunismo y el socialismo con peculiaridades chinas, situando siempre los intereses del pueblo en primer plano, potenciando la firmeza política para confrontar cualquier tipo de riesgos y resistir todas las pruebas. No ocultó que en la medida en que el Ejército es parte de la sociedad y vive dentro de ella, no está ajeno a la corrupción y otros fenómenos negativos, por lo que la Comisión Militar Central debía asumir la delantera en la lucha contra la corrupción, observando la honradez, la autodisciplina, controlando las responsabilidades de los militares, obligándolos también a velar por la disciplina de sus hijos y otros familiares, así como del personal subordinado, prometiendo que serían investigadas las denuncias de los soldados, oficiales y masas sobre el comportamiento del Ejército y sancionados los responsables asegurando que en la instancia que empuña los fusiles para servir al pueblo no puede haber cabida para elementos corruptos (Xi, 2016).

Durante el año 2013 el presidente chino continuó su arremetida contra la corrupción, reconociendo el elevado nivel de incidencia que estaba teniendo en la sociedad, por lo cual apelaba a establecer castigos más duros que ayudaran a prevenirla y eliminarla de forma racional y eficaz. Al respecto, Xi manifestó que: «Estas acciones son, de hecho, abusos de poder en provecho personal, y debemos decidimos a solucionarlas. Esto no solo favorecerá la depuración de los hábitos sociales, sino que también promoverá la lucha contra la corrupción y por la gobernación honrada» (Xi, 2016, pp. 106-107).

Con cada vez más efusividad y contando con un mayor cúmulo de información, el secretario general del PCCh siguió denunciando y poniendo en evidencia las formas y los métodos de las prácticas

corruptas y el daño que estaban haciendo. Dio cuenta del derroche, la suntuosidad, la pompa, el despilfarro, las fiestas, el lujo, la disipación y la ociosidad, hasta el abuso de poder en provecho propio, además de la degeneración y vida disoluta de algunos cuadros que asumieron formas de vida ajenas a la vida cotidiana del pueblo, además de malgastar gran cantidad de recursos materiales y humanos en obras para provecho propio, exigiendo un trato superior al correspondiente a su posición, suponiendo además que su comportamiento no es vergonzoso, sino honorable. Xi, en *La profundización integral de la reforma* (2014), atribuye estas deformaciones al desarrollo de la economía de mercado socialista y a que el intercambio de mercancías se ha reflejado en la vida interna del partido, aunque lo imputa a la condición humana sujeta a todo tipo de tentaciones que han logrado seducir a algunos cuadros y militantes. Expone que luchar contra estas lacras entraña un largo período de tiempo, calificándolo como una «guerra prolongada» en la que es menester enfrentar el problema con tenacidad, constancia, paciencia y rigurosidad hasta encontrar un sistema que proporcione resultados duraderos y consolide las bases para su resolución definitiva. Acepta que el principal enemigo a vencer es «uno mismo», es decir tiene que haber un esfuerzo de autosuperación, pero si esto no funciona hay que recurrir a la ley. Recordaba que los antiguos filósofos chinos esgrimían que para gobernar bien, lo primordial es el cultivo de la moral y la autodisciplina como fundamento del ser y del hacer y de la función pública, rememorando que las *Analectas* de Confucio el maestro recomendaba «Cultivarse y guardar toda seriedad y respeto (...) Cultivarse y prodigar paz y alegría a su entorno (...) Cultivarse y prodigar paz y alegría a todos» (p. 225), de ahí que el autocultivo es la primera virtud en el camino de ordenar tanto los asuntos familiares como para gobernar, lo cual obliga a los comunistas a cultivarse, restringirse y moldearse a sí mismos con fuerza, ejemplo de honradez y disciplina.

Mejorar la capacidad de conducción del Partido Comunista de China

El Partido Comunista de China es la fuerza que dirige el proceso de modernización socialista del país, tal como lo establece el Preámbulo

de la Constitución Nacional de la República Popular China de 1982. Esto implica que de su buen funcionamiento dependerá el éxito en la marcha del país, a través de la conducción del amplio frente patriótico que encausa el PCCh. De cara al futuro y a las tareas que se avizoran, la posibilidad de que pueda mantener su autoridad estriba en gran medida en la posibilidad de conservar su popularidad entre los jóvenes para que ingresen a sus filas y asuman las responsabilidades, para lo que se han establecido estrictos criterios y procedimientos de reclutamiento.

Hoy, el PCCh cuenta con un poco más de 89 millones de miembros, siendo el mayor partido gobernante del mundo. Entre sus integrantes, los obreros y campesinos constituyen 39,65%, los profesionales y personal técnico 25,21%, el resto son funcionarios, estudiantes, jubilados y personas de otras ocupaciones que se organizan a través de 4,5 millones de unidades de base, cada una con alrededor de 20 personas. Hacer realidad el Comunismo es su ideal más elevado y objetivo último, para lo cual deben asumir la construcción del socialismo con peculiaridades chinas como tendencia del desarrollo de las fuerzas productivas. Hasta el XVIII Congreso que se realizó en 2012, las guías para su acción eran el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong, la teoría de Deng Xiaoping, el pensamiento de la triple representatividad y la concepción científica del desarrollo⁸. Su funcionamiento parte del principio del centralismo democrático. La elección de los delegados a los congresos —máxima instancia del PCCh— que se reúnen cada cinco años, convocados por el Comité Central, debe ser reflejo de la voluntad de los miembros. La minoría debe aceptar la decisión de la mayoría en cualquier tema. El Buró Político, su Comité Permanente y el secretario general del Comité Central son elegidos por el Comité Central en las sesiones plenarias (Xinhua español, 17 de octubre 2017).

El PCCh sustenta su quehacer en tres tradiciones: integración de la teoría y la práctica, vínculos cercanos con el pueblo y crítica y autocrítica. Su énfasis está puesto en la formación ideológica, el desarrollo y el perfeccionamiento del pensamiento de los cuadros dirigentes y en la capacidad de llevar adelante ajustes ideológicos e innovaciones teóricas de acuerdo con la realidad de cada época. Por ello se ha preocupado de convertir algunas elevadas y complicadas teorías en conceptos chinos fáciles de comprender por los obreros y

los campesinos, logrando que sus principios rectores sean accesibles al pueblo. De otra parte, el cumplimiento estricto de los estatutos es la base de la organización del partido, que exige máxima rigurosidad disciplinaria a sus miembros. Una de las tareas más difíciles del PCCh ha sido asumir la dirección sobre el gobierno, sin suplir sus responsabilidades, estableciendo claras diferencias entre las funciones de uno y otro, para avanzar en un proceso que ha conducido a la institucionalización de la relación entre ambas instituciones. Así, el gobierno implementa la voluntad y la política del PCCh, solo después de que la APN le otorga validez legal (Xie, 2012).

En la práctica, la relación del PCCh con el Estado y su responsabilidad de dirección se ha ido desarrollando en el tiempo, haciendo ajustes y perfeccionando aquello que no funciona, pero aprendiendo de la praxis sin pensar que todo lo que ha hecho el anterior responsable de un cargo está mal, ni suponer que cada cambio de gobierno inhabilita lo realizado por los antecesores, mucho menos ostentar méritos administrativos propios solo por el afán de conseguir méritos. Se debe tener mucho cuidado con enarbolar consignas falsas: el objetivo es establecer metas con sustento científico, haciendo planes bien elaborados a partir de las nuevas situaciones de la realidad (Xi, 2014f, pp. 493-495).

Ello obliga a conocer y tratar de manera adecuada las nuevas circunstancias y los nuevos problemas en los que China ha ido logrando avances. Por tanto, el estudio del partido en su conjunto y de sus cuadros de dirección es una tarea de primer orden y una experiencia invaluable de cara al futuro, porque la aptitud no es innata y los ciclos de renovación del conocimiento se reducen cada vez más aceleradamente, surgiendo nuevos conocimientos, contextos y novedades. En esa medida, el PCCh —a partir de su XVIII Congreso— se propuso la trascendente tarea de construir el partido marxista basado en el poder del estudio, orientado al servicio y la innovación (Ob. cit., pp. 496-505). Para ello, además de la formación ideológica en la teoría, los cuadros deben adquirir conocimientos de «economía, política, historia, cultura, sociedad, ciencia-tecnología, asuntos militares y diplomacia, a tenor de las necesidades del trabajo, elevando de continuo su nivel de profesionalismo y su dotación de amplios conocimientos» (Ob. cit., p. 501).

Los grandes desafíos que el PCCh y el gobierno chino han asumido hacia el futuro son: generar las condiciones para adaptarse exitosamente al nuevo patrón de crecimiento; conseguir que los logros de la sociedad china (que se han obtenido a costos muy altos) se mantengan en un marco de armonía y estabilidad social; continuar el proceso de auto-renovación del partido atrayendo nuevos miembros que consoliden y cumplan su misión como partido gobernante; impedir que la autocomplacencia y los problemas existentes, así como también las críticas severas que anuncian una y otra vez la caída del sistema chino, impidan el desarrollo pacífico del país y su compomiso con la paz mundial, resistiendo tentaciones guerreristas y ambiciones hegemónicas y seguir luchando por la unidad nacional; no descuidar el problema de Taiwán, salvaguardar a toda costa la soberanía nacional y mantener con plenitud las políticas de autonomía étnica regional, avanzando más en ese ámbito tan sensible para el país (Xie, 2012).

Hacer realidad el «Sueño Chino» de revitalización nacional

Los temas expuestos en este capítulo a lo largo de las páginas precedentes presentan los asuntos más importantes que han encarado el gobierno de la República Popular China y el PCCh desde 2012, cuando Xi Jinping asumió la dirección del partido, y de la Comisión Militar Central en 2013, cuando fue elegido presidente del país. Desde nuestro punto de vista, en estos aspectos se resumen los más importantes retos a futuro que tienen las autoridades chinas para continuar trazando el rumbo del país, su visión de cómo hacerlo y los objetivos que a corto, mediano y largo plazo se proponen. Estos objetivos son los que Xi Jinping ha definido como el «sueño» del pueblo chino. Se trata de agrupar y movilizar a todos los habitantes del país para lograr determinadas metas y, con la conducción del PCCh, avanzar hacia la materialización de un ideal, para lo cual deben determinar el carácter de esta etapa y sus propósitos.

El «sueño chino» se sustenta en una búsqueda científica que ha llevado a puntualizar que su esencia está centrada en la prosperidad, la fortaleza del país y la felicidad del pueblo. Las metas concretas

son duplicar el PIB y la renta per cápita de la población urbana y rural para el año 2020 en comparación con 2010 y culminar para ese año la construcción de la sociedad modestamente acomodada, para que, a mediados de siglo, China se transforme «en un país socialista moderno, próspero, poderoso, democrático, civilizado y armonioso, haciendo con ello el sueño chino de la gran revitalización de la nación china», tal como lo señaló Xi (citado por Li, J., 2014, pp. 201-202). Visto de esta manera, algunas connotaciones básicas del «Sueño Chino» son su mirada del pasado y del presente estrechamente vinculada a su perspectiva de futuro, es decir como expresión de la continuidad histórica y cultural de larga tradición del pueblo chino. Aunque es un planteamiento elaborado por el PCCh, su alcance es mucho más amplio: abarca al Estado, a la nación y al pueblo; es estatal, nacional y de todos los chinos —del pueblo como conjunto y en su calidad de individuos— y, aunque sea el sueño del pueblo chino, es una visión que le permite comunicarse con los sueños y planes de otros pueblos y otras civilizaciones del planeta (Li, J., 2014).

En una mirada retrospectiva del camino recorrido hasta llegar al XVIII Congreso del PCCh en 2012, se concibe la historia como ese camino transitado por el pueblo chino hasta plantearse hoy la revitalización nacional como meta. En ese contexto, la aspiración y el ideal y de cada quien puede ser considerado como su sueño propio, así también el conjunto del pueblo chino tiene su sueño colectivo que es precisamente la revitalización. Esa es la ruta principal que trazó este Congreso del PCCh, por lo que todas las tareas, fines y propósitos se engloban en este rumbo, señalando de forma irreversible la marcha histórica de China hacia su desarrollo y fortalecimiento como nación. Desde esta óptica, se podría afirmar que persistir en el socialismo con peculiaridades chinas es el summum del objetivo estratégico del país. La materialización del sueño en este marco es el espíritu del proceso. Así, el informe al XVIII Congreso fue considerado como un programa de acción para el PCCh, el Estado, el gobierno y el pueblo chino. A pesar de las incomprensiones que pudiera haber sobre este postulado, el PCCh quiso expresar y —en alguna medida— reiterar a través de él que China se propone un desarrollo nacional, no de hegemonía mundial; es un sueño de dignidad nacional, no un sueño imperialista y es un sueño para la felicidad del pueblo que se expresa

en torno a la solución de temas concretos para el mejoramiento de su vida, un sueño en el que el pueblo es sujeto y dueño del país, no es un sueño que pretenda copiar modos y costumbres ajenas que no corresponden a las necesidades nacionales, ni a la psicología y cultura de los chinos. Para la materialización de este sueño se mantendrá el camino del desarrollo pacífico, el enaltecimiento del espíritu patriótico, la política de reforma e innovación, la igualdad y confianza mutua entre las etnias chinas, la inclusión y el aprendizaje recíproco entre ellas y la cooperación sobre la base de una política de ganar-ganar en las relaciones internacionales, con la finalidad no solo de aglutinar al pueblo chino en torno a este objetivo, sino también a las fuerzas mundiales que apoyan y comprenden a China (Huang y Luan, 2013). Así, este sueño se ha concebido como un aporte a la construcción del socialismo y a la teoría de la revolución socialista. Al respecto, Xi (2014) lo ha concretado señalando que:

La práctica ha demostrado a plenitud que el socialismo con peculiaridades chinas constituye la bandera de la unidad, del bravo avance y de la victoria tanto del Partido Comunista de China como del pueblo chino. Si queremos culminar la construcción integral de una sociedad modestamente acomodada, acelerar el impulso de la modernización socialista y materializar la gran revitalización de la nación china, hemos de enarbolar siempre la gran bandera del socialismo con peculiaridades chinas y mantenerlo y desarrollarlo con la mayor firmeza (pp. 28-29).

Para cumplir con el «Sueño Chino» se deberá manejar de forma adecuada la relación dialéctica entre ideal y trabajo, entre reforma y desarrollo y entre oportunidades y desafíos. De la resolución correcta de estas contradicciones dependerá el éxito de su cumplimiento. El sueño es un ideal, no una utopía, por ello es necesario trabajar con firmeza para que prospere su realización y se resuelvan positivamente estas contradicciones. En China la historia enseña que el futuro y el destino de las personas están relacionados de manera firme con el Estado, de manera que si a este le va bien, lo mismo ocurrirá con los individuos, por eso trabajar para la materialización del sueño estará directamente vinculado con su concreción. Es factible proyectar

imágenes positivas del futuro, pero no crear falsas expectativas alejadas de la realidad y mucho menos formular consignas, incluso aquellas que son teóricamente válidas pero que estén fuera del alcance. Solo el trabajo las hará realidad. Por su parte, la relación entre reforma y desarrollo es condición *sine qua non* para lograr el éxito, una relación en la que la reforma es la fuerza motriz y el desarrollo es la meta y la estabilidad, el requisito previo o, dicho de otra manera, la reforma debe servir para solucionar los problemas surgidos en el desarrollo en la búsqueda del mejor modelo económico posible de acuerdo con las condiciones de China. La continuidad en la aplicación de la reforma será también condición para cumplir el «sueño chino». Finalmente, para vincular oportunidades y desafíos se hace necesario analizar con precisión el momento concreto para trazar las metas de cada etapa, considerando la situación nacional e internacional. Resolviendo estas contradicciones, no debe haber obstáculos para el cumplimiento del «sueño chino», avanzando sin soberbia por los éxitos logrados, sin paralizarse por los nuevos desafíos que indudablemente surgirán y aprovechando las posibilidades que se generen. He ahí la posibilidad de que el sueño se haga realidad (Li, J., 2014).

XIX Congreso del Partido Comunista de China: un evento que mira al futuro

El Congreso del Partido Comunista de China es el evento más importante del país. En este momento, cuando Occidente vive una situación que afecta en primer lugar a la economía pero que involucra el funcionamiento de su democracia, el examen quinquenal del sistema político chino reviste gran importancia, sobre todo por la posibilidad de analizar su particular organización socialista que hoy ejerce gran influencia en el comercio y la economía mundial. En este marco fue convocado en octubre de 2017 el XIX Congreso del PCCh. Cada cinco años, el cónclave aprueba el diseño de las tareas del próximo lustro, lo cual en esta ocasión cobró gran relevancia porque en este lapso se cumplirá lo que los chinos denominan *Xiaokang*, es decir la primera meta centenaria trazada en los planes estratégicos del país para conmemorar el centenario de la fundación del PCCh.

Previo a la realización del XIX Congreso, el PCCh se reunió con otros ocho partidos políticos y con destacadas personalidades sin afiliación para escuchar opiniones y recomendaciones que fueron incluidas en el borrador del Informe Central al Congreso leído por Xi Jinping, lo cual forma parte de la práctica institucional de la democracia y la toma de decisiones en China, basada en el sistema de cooperación y consulta entre el PCCh y los partidos democráticos con el objetivo de mantener la armonía y la estabilidad en el país, además de la eficiencia en la gestión gubernamental y la instrumentación correcta de las políticas, tal como lo establece la Constitución Nacional de la República Popular China que exige que el sistema político debe continuar desarrollándose durante un largo tiempo por venir.

En este XIX Congreso participaron 2.200 delegados representando a todos los estamentos de la sociedad, como expresión de un modelo de democracia saludable y vital que ha llevado al país a un crecimiento económico sin precedentes y a logros increíbles, específicamente en la reducción de la pobreza, trayendo una prosperidad y optimismo entre los ciudadanos inimaginables hace cuarenta años, cuando se inició la política de reforma y apertura (Xinhua español, 28 de noviembre 2017).

Por estas y otras razones, tal vez como nunca antes, este acontecimiento despertó máximo interés fuera de sus fronteras. Ello lo atestiguan los más de 1.800 periodistas de todas las regiones del planeta presentes en Beijing entre el 18 y el 24 de octubre de 2017, con el fin de reportar la gran cantidad de acontecimientos realizados durante esos días vinculados a esta magna cita, aunque todavía en muchos casos con una visión despectiva desde Occidente, que sigue intentando observar y evaluar el desarrollo de los hechos ocurridos en China desde una óptica propia y no desde la de un país que ha construido su realidad desde la lógica de una civilización distinta que se ajusta a una cultura, una tradición y unas costumbres milenarias. De este modo, el XIX Congreso del Partido Comunista de China (PCCh) se transformó en suceso de una importancia tal que superó los límites del país para comenzar a ser considerado una circunstancia que interesa a toda la humanidad, lo que tiene que ver con la creciente trascendencia de China en la vida política, económica y social y la influencia que pudieran tener en el transcurrir de cualquier país las decisiones que habrían de tomarse durante el cónclave.

No había pasado un mes desde el 20 de septiembre, cuando durante su comparecencia en la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, se había permitido una altisonante diatriba en la que «decretaba» con cierto dejo de solemnidad el fracaso del socialismo en el mundo (Trump, 20 de septiembre 2017), como opción de futuro distinta para la construcción de una nueva sociedad, más justa, más equitativa, más solidaria y sustentable en el planeta. En su informe al Congreso, el secretario general del PCCh, Xi Jinping, se encargó de desmentir a Trump y confirmar que el proceso que China comenzó a construir tras la revolución de 1949 liderada por Mao Zedong, continuada en 1978 tras la aprobación de la política de reforma y apertura bajo conducción de Deng Xiaoping, tendrá su punto más alto cuando a mediados de este siglo, al conmemorar el primer centenario de la fundación de la República Popular China en 2049, se habrán creado las condiciones para que China sea un «país moderno, próspero, fuerte, democrático, culturalmente avanzado, armonioso y hermoso» (Xi, 3 de noviembre 2017) y que este país y su sociedad serán socialistas.

Sin embargo, previo a ello, China conmemorará otro centenario. En 2021 se cumplirá también la primera centuria de la fundación del Partido Comunista, efeméride que será celebrada haciendo el último esfuerzo para eliminar la pobreza del país asiático, permitiendo que China pueda ser considerada un país de desarrollo medio o como ellos la han calificado: una «sociedad modestamente acomodada». La lucha contra la pobreza ha cubierto parte importante del esfuerzo del gobierno chino desde el año 2013, cuando Xi Jinping accediera a la presidencia. La ambiciosa meta de sacar de la pobreza a 10 millones de ciudadanos por año, para llegar a 2020 con la meta cumplida, se ha ido verificando con suma eficiencia, conjugando los esfuerzos del PCCh con los del Estado y la sociedad, lo cual le permitió a Xi confirmar en su informe al Congreso que sin duda alguna se llegará exitosamente a la meta planteada.

Al respecto cabe destacar dos diferencias significativas entre los procesos de reforma iniciados prácticamente en la misma época en la Unión Soviética y en China. Mientras el país euroasiático comenzó su transformación desde la esfera política, China la comenzó desde la económica. Sus líderes entendieron que sin poseer un potencial

económico, tecnológico y financiero iba a ser imposible producir los necesarios cambios políticos en su sociedad o, dicho en otras palabras, sin construir la base económica, material y tecnológica del socialismo, era inverosímil hablar de socialismo, mucho menos construirlo. Con aciertos y errores, algunos de ellos muy graves — como ellos mismos lo han reconocido — el PCCh se ha dedicado a eso durante los últimos 68 años y los resultados están a la vista. En el informe al XIX Congreso, Xi pudo confirmar que el proceso de transformación estructural de la sociedad podrá comenzar en breve, desmintiendo las opiniones agoreras que afirmaban que China estaba en camino de regresar al capitalismo. Se trataba de crear las condiciones para alcanzar el socialismo, jugando con las reglas capitalistas, por la sencilla razón de que aún son las que imperan en el planeta, pero aprendiendo de ellas, extrayendo lo positivo y desechando la putrefacción que generan, lo cual también ha sido preocupación de primer orden del presidente Xi, tanto en la conducción del Estado como del Partido, al dar una batida contundente y frontal contra las prácticas de corrupción y otras deformaciones que aquejan a todos los gobiernos del mundo y de las que China no ha estado exenta. La otra diferencia entre los procesos socialistas de los dos países ha sido la firmeza y lealtad a los principios de los dirigentes. Mientras en la Unión Soviética Gorbachov y Yeltsin escucharon los «cantos de sirena» que auguraban un gran futuro a su país subordinado a Estados Unidos y a Occidente, los dirigentes chinos fueron capaces de resistir tales tentaciones y persistir en la línea trazada de construir el «socialismo con peculiaridades chinas» hoy confirmadas por Xi, quien además ha aportado sustantivos elementos de carácter teórico que constituirán a partir de ahora — sin duda alguna — fuente importante de estudios de la base teórica para la edificación del socialismo en cualquier país del mundo. En este sentido, Xi ha recurrido al marxismo-leninismo para afirmar que el problema principal que afronta China de cara al futuro es la superación de lo que ha denominado la contradicción fundamental de la época para su país, que ha identificado como la que se produce entre el desarrollo desequilibrado y las necesidades de sus ciudadanos, y ha asegurado que de su superación dependerá en gran medida el cumplimiento de las tareas del PCCh en el porvenir. El objetivo es, ni más ni menos, que China haga los ajustes necesarios para cumplir la máxima marxista de

que la economía en el socialismo debe ser capaz de producir «cada quien según su capacidad», y distribuir «a cada quien según su trabajo».

Al hacer una revisión de la situación económica, Xi expuso que en los últimos cinco años, el PIB creció de 54 a 80 billones de yuanes⁹ a partir de un desarrollo innovador, equilibrado, abierto, verde y compartido, y empezó a promover una reforma integral y profunda. De 2013 a 2016 el promedio de crecimiento anual del PIB ha sido 7,2%, el cual tiene un peso de 15% en la economía mundial. Las previsiones sobre el crecimiento económico de China para el año 2017 por parte del FMI y del Banco Mundial habían sido elevadas al 6,8% del original 6,5%, sin embargo estas expectativas fueron superadas ampliamente al cerrar el año con 6,9% a pesar de que en el transcurso de los 12 meses se desarrolló una gran campaña contra la contaminación y un frontal combate contra el endeudamiento que influyeron en los resultados finales de la actividad económica. También Xi destacó que a diferencia de otros países (en una clara alusión a Estados Unidos) las puertas de China al exterior no se cerrarán, se abrirán cada vez más. Afirmó que las medidas tomadas para dar continuidad a la reforma conducirán al país a materializar la modernización socialista para el año 2035, pero que se deben desarrollar nuevos métodos para mejorar la macrorregulación coordinando mejor las políticas fiscales, monetaria, industrial, regional y otras medidas económicas (Ob. cit.). Habiendo afirmado Xi que la contradicción fundamental de la época es aquella entre desarrollo desequilibrado y necesidades de los ciudadanos, no cabe duda de que el PCCh y el Estado chino, bajo su liderazgo, se abocarán con la mayor energía posible a la resolución de este problema.

Después de finalizado este XIX Congreso y tras conocer el informe de Xi Jinping al mismo, es menester afirmar que los ciudadanos del mundo podemos mirar el futuro desde una perspectiva más promisoría. Cuando ningún analista pone en duda que China será la primera potencia mundial en el futuro y solo hay diferencias en ponerse de acuerdo respecto de cuándo se producirá tal situación que varía al diferir la metodología que se usa, Xi ha venido a decir que China no tiene aspiraciones hegemónicas ni expansionistas, y así ha sido hasta ahora. No hay ningún país en el mundo que pueda afirmar que ha recibido una inversión china o ha establecido acuerdos de cooperación, intercambio en materia comercial, financiera, tecnológica o de otro tipo a cambio

de instalar una base militar en su territorio, subordinar sus fuerzas armadas a la lógica militar de China o formar parte de bloques bélicos bajo mando chino para intervenir en los asuntos internos de otros países, lo cual no deja de ser una novedad trascendente en la historia de la humanidad. Sin embargo, Xi ha afirmado que el Ejército Popular de Liberación (EPL) continuará ampliando y acelerará su proceso de modernización bajo el liderazgo del PCCh, para que a mediados de siglo sea un potente instrumento de defensa y de disuasión ante cualquier intento de torpedear los objetivos del «sueño chino». Para ello, el PCCh trabajará para que el EPL llegue a tener una capacidad y una fortaleza de nivel mundial.

En cuanto a otro gran tema que se debatió de forma destacada y relevante: ¿cuál es el real compromiso del país con el medio ambiente?, en una actividad paralela al Congreso el ministro de Protección Ambiental, Li Granje dio una conferencia de prensa en la cual informó que la búsqueda de un desarrollo que respete el ambiente es una prioridad del gobierno de Xi Jinping, buscando bajar la contaminación y aumentando la superficie de árboles sembrados. También China se ha planteado reducir las partículas finas peligrosas PM2.5 desde el nivel actual de 47 microgramos por m³ a 35 microgramos por m³ en 2035, así como continuar reduciendo esa cifra a fin de llegar a una meta intermedia en el año 2020 con un 80% de días de buena calidad del aire en las 338 ciudades del país que están siendo monitoreadas por ese ministerio (CRIes, 24 de octubre 2017).

Por otra parte, el Congreso acordó introducir el pensamiento de Xi Jinping acerca del «socialismo con características chinas para una nueva era» en los estatutos de la organización (*Diario del Pueblo*, 8 de octubre 2017). En la nomenclatura china, los aportes que cada líder ha hecho tienen diferentes categorías. Los dos antecesores de Xi contribuyeron con «teorías», pero el nivel de «pensamiento» que se le dio a sus postulados tienen un rango superior. Con ello, desde ahora Xi es comparable con Mao Zedong y Deng Xiaoping, después de que —en un acto de carácter simbólico— al ser aprobada esta moción por la máxima instancia de los comunistas chinos, el líder chino ha adquirido mayor poder y prestigio (*Diario del Pueblo*, 20 de octubre 2017). Además, Xi se ha convertido en el primer dirigente chino desde Mao en ver, aún en vida, su nombre inscrito en los estatutos. A través

de catorce principios fundamentales que van desde la perseverancia en la conducción del PCCh hasta la promoción de una comunidad de destino compartido para la humanidad, el nuevo pensamiento es expresión de una visión novedosa que da pautas para entender las leyes del ejercicio del poder por parte del PCCh, el desarrollo del socialismo y la evolución de la sociedad. Además, señala un camino para garantizar la armonía del hombre con la naturaleza. Del mismo modo, los participantes en el Congreso consideran este pensamiento como un nuevo capítulo del marxismo-leninismo en el siglo XXI, vislumbrando que su utilización como guía de acción permitirá dar continuidad al camino trazado, renovándolo mediante la integración de la teoría con las condiciones cambiantes del país y del mundo.

El Congreso finalizó con la elección de un nuevo Comité Central que designó a los miembros del Buró Político, a los integrantes de su Buró Permanente y la Comisión Central de Control, además de reelegir a Xi Jinping como secretario general dando continuidad así a la época nueva y promisoría iniciada en China en 2012 (Rodríguez G., 9 de noviembre 2017).

NOTAS:

- ^{1.} En el año 1982 el PCCh y el gobierno de la República Popular China establecieron la Comisión Militar Central (CMC) para cumplir de manera unificada la dirección militar del país, aunque el poder de dirección militar supremo corresponde al Comité Central del PCCh. La CMC está compuesta por un presidente, varios vicepresidentes y otros miembros. Sus órganos administrativos son el Estado Mayor General, el Departamento Político Central, el Departamento Logístico General y el Departamento General de Equipamientos, a través de los cuales la CMC comanda las operaciones del EPL y dirige su construcción (Peng, Zhao y Luo, 2010).
- ^{2.} Este aspecto se desarrollará ampliamente más adelante.
- ^{3.} Cabe destacar que las instituciones del Estado se dirigían a esas aldeas remotas y aisladas para instar a los jóvenes a que no abandonaran los estudios. Con ese objetivo comenzaron a enviar profesores aun cuando la matrícula fuera ínfima. Incluso hubo casos extremos en los que fue destinado un profesor para atender a un solo estudiante.
- ^{4.} Es decir más de diez millones por año, que es la meta trazada por el gobierno desde 2013 hasta 2020 cuando se debe dar por terminada esta tarea estratégica.
- ^{5.} Se utiliza Han con la letra H en alta, para diferenciarla del verbo haber. En realidad se debe escribir «han» y debe ser pronunciado en español como «jan».

6. Fei Xiaotong (1910-2005). Sociólogo, antropólogo y activista social quien después de haber sobrevivido a la revolución cultural se transformó en el padre de los estudios sobre los grupos étnicos de China. En 1951 fue nombrado vicepresidente del Instituto Central de Nacionalidades en Beijing, y en 1954 asistió a la Primera Asamblea Popular Nacional como miembro de la Comisión de Asuntos de Nacionalidades. Es considerado uno de los más brillantes intelectuales chinos del siglo XX. Falleció en 2005 cuando tenía 94 años de edad y todavía impartía clases en la Universidad de Beijing.
7. Para una idea más amplia de la composición de esta instancia, es válido decir que el XI Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política, conformado por un total de 2.237 personas, estaba integrado por representantes de: Federación Nacional de Fraternalidad de Compatriotas de Taiwán de China (15), círculo de Deportistas (22), Invitados especiales de Macao (29), Zhigongdang de China (30), círculo de bienestar y seguridad social (36), Sociedad Jiusan (45), Asociación de Ciencia y Tecnología de China (44), Federación Nacional de Sindicatos de China (63), Federación Nacional de Industria y Comercio de China (65), Asociación de la Construcción Nacional Democrática de China (65), Federación Nacional de Mujeres de China (67), Agricultura (65), Medicina y sanidad pública (90), minorías étnicas (105), invitados especiales de Hong Kong (126), círculos científicos y tecnológico (112), personalidades especialmente invitadas (166), círculos cultural y artístico (147), círculo económico (145), círculo educacional (107), Partido Comunista (99), Ciencias Sociales (68), círculo religioso (65), Comité Revolucionario del Kuomintang de China (65), Liga Democrática de China (65), personajes demócratas sin filiación partidaria (65), Prensa y edición (46), Asociación para la Promoción de la Democracia de China (45), Partido Democrático Campesino y Obrero de China (45), círculo de Amistad con el Extranjero (39), Federación Nacional de la Juventud China (29), Federación Nacional de Chinos de Ultramar Repatriados a China (30), Liga para la Democracia y la Autonomía de Taiwán (20) y Liga de Juventud Comunista de China (12).
8. En el XIX Congreso realizado en octubre de 2017 se aprobó una importante adición que será examinada con detenimiento más adelante, en una sección dedicada específicamente a este hecho.
9. Un dólar de Estados Unidos era equivalente a 6,69 yuanes en la fecha del XIX Congreso.

CAPÍTULO V

La política exterior china

Antecedentes

La tendencia del mundo es majestuosa, los que sigan la tendencia prosperarán y los que vayan en contra, perecerán. Para seguir el ritmo de la época no se puede vivir en el siglo XXI con el pensamiento todavía detenido en el pasado, en la vieja época de la expansión colonial o en el juego sumo de la Guerra Fría.

Ante los profundos cambios en la situación internacional y la exigencia objetiva del mundo de navegar como los pasajeros de un barco, los países deben aunar fuerzas en el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones internacionales centradas en la cooperación y el beneficio mutuo y todos los pueblos deberán trabajar juntos para salvaguardar la paz mundial y promover el desarrollo común.

XI JINPING

Discurso pronunciado en el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú
23 de marzo de 2013.

Por razones obvias, la política exterior china sufrió un cambio radical tras el triunfo revolucionario de octubre de 1949 y la instauración de la República Popular. El estudio de la política exterior de este país es hoy motivo de interés fundamental en diversas latitudes del planeta, por supuesto en América Latina y el Caribe, región en la que China se ha ido transformando en actor protagónico y primer socio comercial como en países. Más allá de cuáles sean sus planes y proyectos, la concreción de los mismos fuera de sus fronteras tiene particular relevancia en el ámbito internacional, sobre todo si se considera que se está hablando de la segunda potencia económica y comercial del mundo, que además tiene fuertes aspiraciones de conquistar la supremacía.

Las relaciones internacionales de la República Popular China se sustentan en su capacidad de releer, crear e interpretar las enseñanzas de Confucio respecto a la obediencia, a la jerarquía y al colectivo, lo cual le abrió grandes oportunidades en el pasado. Otra influencia recibida por la diplomacia china provino del taoísmo, que le dio el conocimiento del origen del camino trazado y la fortaleza para solidificar elementos raramente utilizados en Occidente, inclinado más a la fragmentación

que a la articulación, de la cual depende en última instancia la idea de consenso que cultiva la política exterior china (Procopio, 2012).

Por otro lado, es imposible diseñar una política exterior para China sin considerar el elemento geográfico. Es un país de 9,6 millones de km², lo que equivale aproximadamente a 6,7% de la superficie emergida total del planeta —una cuarta parte de Asia—, prácticamente todo el territorio de Europa, solo superado por Rusia y Canadá. Su mar territorial alcanza otros 380 mil km². Entre el punto más septentrional y el más meridional del país hay 5.500 km lo cual tiene una influencia directa en el régimen de producción agrícola. Así mismo, entre sus extremos este y oeste hay una distancia de 5.200 km. Su frontera terrestre tiene una longitud de 20.000 km de extensión, limitando con catorce países, además de fronteras marítimas con otros seis Estados, aunque con dos de ellos: Vietnam y la República Democrática Popular de Corea tiene tanto fronteras marítimas como terrestres. Además, en su mar territorial posee 6.961 islas, a las que se deben agregar las 411 que están bajo jurisdicción de Taiwán, Hong Kong y Macao. Su línea costera tiene una extensión de 32000 km, de los cuales 18000 son continentales y 14000 insulares.

Sin embargo, también debe meditar en torno a que siendo parte de la gran masa continental euroasiática, sus posibilidades de comunicación han sido limitadas: por el norte, por el grandioso bosque de la Taiga de Rusia; por el oeste, por un extenso desierto escasamente poblado, y por el sur los imponentes macizos montañosos del Himalaya y la meseta del Qinghai-Tíbet —las más altas del mundo— que forman barreras naturales para sus comunicaciones exteriores (Zheng, P., 2011). Esta condición ha sido causa de la permanente búsqueda —desde la antigüedad— de rutas de comunicación y comercio con otros países. De la misma manera, ha transformado la vía marítima (limitada por el estrecho de la Malaca) en el principal recurso para la interrelación con otros países. Este contexto es el que permite explicar el carácter estratégico de los mares adyacentes como garantes de la sobrevivencia china, sobre todo para paliar sus déficit en materia económica y el gran esfuerzo que se está haciendo para abrir nuevas vías de comunicación, la más importante de las cuales es la Ruta y el Cinturón de la Seda.

Las relaciones de China con Rusia a través de su frontera norte datan de doscientos años antes de las Guerras del Opio. Hubo disputas

comerciales que provocaron enfrentamientos militares hasta que a finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII durante la dinastía Manchú se firmaron tratados que pusieron fin a las confrontaciones. Un siglo antes, cuando Europa verificaba su proceso de acumulación capitalista, mercaderes provenientes de ese continente llegaban a las costas chinas a desarrollar la piratería. Los portugueses se apoderaron de Macao en 1557, posteriormente arribaron españoles en 1575, holandeses en 1601 y británicos en 1637, mientras que los franceses llegaron en 1660. Los holandeses desplazaron a los portugueses en el dominio de los mares en el siglo XVII, hasta que un siglo después Inglaterra, a través de la Compañía Británica de las Indias Occidentales, ocupó el primer puesto en el comercio entre China y Europa. Aún así, mientras Europa intentaba abrir el mercado chino para penetrar con sus productos manufacturados en plena Revolución Industrial, el gobierno chino se cerraba y se aislaba cada vez más, estableciendo medidas que limitaban el comercio e incluso el trato con aquellos que no estaban autorizados para ejercer dichas actividades. Tal conducta respondía a las acciones ilícitas de los mercaderes europeos por una parte, pero en el fondo era una reacción «natural» de la monarquía china ante la tradición histórica que relacionaba la llegada de extranjeros con disturbios internos, de la cual era producto la propia dinastía Manchú, venida del exterior. Para hacerse una idea acerca de la visión que se tenía sobre el «peligro» de los vínculos con el exterior vale mencionar un proyecto de «Reglamento para la Fiscalización de Extranjeros» elaborado por el virrey de Kuangtung y Kuangsi, enviado en 1759 para consideración del emperador, en el que se intenta justificar la necesidad de aprobar dicho documento exponiendo lo siguiente:

Los extranjeros que llegan a China desde muy lejos no conocen la lengua china; tienen que realizar sus transacciones de negocios en Cantón con ayuda de mercaderes chinos conocedores de idiomas extranjeros. Sin embargo, un comerciante extranjero llamado James Flynt entiende tanto los dialectos locales como el de Pekín y hasta está familiarizado con las sutilezas de la escritura china. Hay además unos cuantos mercaderes extranjeros que saben hablar y escribir chino. ¿Cómo hubieran podido aprender el chino

estos extranjeros si no hubiera sido enseñado secretamente por traidores? (...) En mi humilde opinión, los bárbaros incultos que viven muy lejos de las fronteras de China y vienen a nuestro país a comerciar, no tendrían que establecer contactos con la población fuera de sus transacciones comerciales. Por lo tanto, vale tomar medidas de precaución para restringir sus actividades, que castigarlos después de haber transgredido» (Hu, 1957).

Tal mención de los extranjeros como «bárbaros» estuvo presente siempre a lo largo de la historia china, natural en un país que se ha considerado como una civilización más que como una nación o un Estado, tal como se conoce hoy. Pero ha sido una civilización que a pesar de su aislamiento supo absorber a conquistadores e invasores y que en sus primeros siglos de existencia no encontró otras civilizaciones que tuvieran su mismo dinamismo, lo cual explica el propio origen de su nombre y su consideración como «Reino del Medio» alrededor del cual giraba todo el resto del mundo (Pearson y Rochester, 2000).

China apenas creó una instancia para desarrollar sus Relaciones Exteriores en 1861, con el fin de realizar una acción autónoma de gobierno tras las agresivas incursiones europeas de mediados del siglo XIX. Hasta ese momento, China mantenía vínculos positivos con las naciones circundantes basadas en una igualdad e imparcialidad que se sustentaban en formas humanitarias y comprensivas de relacionarse a partir de la aceptación de la cultura china y sus rituales. Los emperadores no habían conseguido sus posiciones en los países vecinos mediante la fuerza sino a través del dominio acabado y exquisito de las artes confucianas, como la caligrafía y la poesía. Utilizando incentivos comerciales y una elevada táctica política, China logró convencer a los pueblos circundantes de la validez de una autoridad central que proyectaba una fuerza que desincentivaba cualquier acción agresiva extranjera, a la vez que jamás se propuso conquistar y subyugar a aquellos pueblos que se le oponían. Su sistema siempre tuvo carácter defensivo, proponiéndose impedir la creación de alianzas en la cercanía de sus fronteras, utilizando la práctica ancestral de dividir a sus enemigos para enfrentarlos entre ellos hasta calmarlos y derrotarlos (Kissinger, 2013). Estos preceptos

conforman el basamento sobre el que se ha construido la diplomacia moderna china.

A partir de entonces, la política exterior de China se ha fundamentado en la decisión de actuar de manera independiente en el escenario internacional, sin formar alianzas ni establecer relaciones estratégicas con ningún otro país, sin importar su dimensión política, militar o económica; en su oposición a la fuerza y los intentos hegemónicos en las relaciones internacionales; en su defensa de la paz mundial a fin de promover condiciones para la construcción de un país moderno y desarrollado; en el establecimiento de relaciones con todos los países a partir de los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica (cf. nota 44); en su afán de fortalecimiento de los vínculos de amistad y cooperación con los países subdesarrollados —en particular con sus vecinos—, y en el esfuerzo por construir un nuevo orden económico y político internacional, también basado en los Cinco Principios antes mencionados (Qin, 1993).

Aunque se pudiera encontrar un hilo conductor en la política exterior china desde 1949, los acontecimientos de esos años marcaron pautas y prioridades que esbozan etapas en su implementación. Las mismas están señaladas por eventos que imprimieron un derrotero particular a cada momento. Estos períodos podrían ordenarse metodológicamente a partir de los hechos más relevantes de la historia china reciente, son ellos: el cambio de gobierno en 1949, el inicio de la apertura y reforma en 1978 y el comienzo en 2012 de la ejecución de la revitalización de la nación china como el sueño más deseado por los ciudadanos en la época moderna¹.

Las dos primeras etapas tuvieron una duración de más o menos 30 años cada una, en las que hubo metas y tareas acordes con la lógica del desarrollo interno pero buscando considerar de la manera más adecuada posible la influencia y perspectivas de la situación internacional en su interacción y ascendente sobre un país que estuvo marginado durante un siglo del sistema internacional, lo cual condujo a que a mediados del siglo XX mantuviera condiciones paupérrimas de vida y desarrollo. El tercer lapso, iniciado en el siglo XXI, cambia por completo el énfasis de los fines que persigue un país ya posicionado firmemente como potencia mundial que se propone tener un rol más protagónico en la lucha por la paz y el desarrollo, con una política

exterior independiente de cualquier otro centro de poder mundial. A favor de su propio futuro, China desarrolla vínculos con el extranjero en ámbitos de cooperación y beneficio mutuo sin inmiscuirse en los asuntos internos de los países, lo cual —como mencionamos— marca una pauta distinta en los anales de la actuación internacional de cualquier potencia a través de la historia.

Durante la primera etapa, la principal misión de la diplomacia china fue combatir la amenaza que se cernía sobre el naciente gobierno por parte de las grandes potencias que se negaban a aceptar a China como parte de la comunidad internacional. Para ello debió establecer firmes propósitos destinados a consolidar la independencia y proteger su soberanía e integridad territorial. Posteriormente, a partir de 1978, la prioridad mutó a la creación de un entorno regional y mundial favorable para su proyección internacional acorde a las circunstancias de la Guerra Fría en un primer momento y el caos que sobrevino tras su culminación, cuando la humanidad debió hacer frente a las ambiciones unipolares de Estados Unidos pero sobre todo se vio obligada a hacer énfasis en lo inmediato en la generación de buenas condiciones de convivencia con sus vecinos asiáticos, todo ello con el objetivo superior de beneficiar el desarrollo económico interno.

La primera década de este siglo fue testigo de la consolidación de China como potencia mundial, culminando con ello la segunda etapa y dando inicio a otra que transcurre en la actualidad, después de haber tenido su comienzo en 2012 y que ha significado una transformación rotunda en términos del accionar diplomático desde una perspectiva integral que se manifiesta en los terrenos de seguridad, economía, cultura y cooperación con todos los países con los que tiene relaciones. Dado su carácter de potencia global, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, China ajusta su accionar internacional al reconocimiento y respeto de todo Estado, por muy diferentes que sean sus sistemas políticos y sociales y la ideología que sustenta a sus gobiernos, buscando siempre aquellos puntos de convergencia en los cuales se puede colaborar para la obtención de ventajas recíprocas. Como principio, China evita toda confrontación, mientras persevera en el diálogo a fin de encontrar puntos comunes que consideren la diversidad de civilizaciones que pueblan el planeta, con quienes promueve la comunicación y el

intercambio a fin de evadir los conflictos y solucionarlos por vía pacífica cuando ellos se producen.

Consolidación de la independencia y defensa de la soberanía

Como se mencionó en páginas precedentes, el período anterior a 1949 estuvo caracterizado, por un lado, por una doble condición de sumisión y subordinación de China a los poderes capitalistas extranjeros desde las Guerras del Opio a mediados del siglo XIX y, por el otro, desde 1912 —una vez eliminada la monarquía y establecida la república— dedicado a contrarrestar los efectos perniciosos de las acciones de los «señores de la guerra» y el gobierno del partido Kuomintang. Los sucesos que mayor influencia tuvieron en el desarrollo de la política internacional durante este período fueron la anexión de Manchuria por Japón en 1931 y la segunda invasión japonesa (1937-1945). Estos acontecimientos, unidos a la guerra civil que se desarrolló en el país hasta 1949, lo sumieron en una situación de debilidad y humillación en el plano internacional. China se vio obligada a suscribir acuerdos lesivos para su soberanía que concedían prerrogativas a países de Europa y a Estados Unidos, lo que les permitió a estos obtener concesiones y capacidad para tomar decisiones en materia de aduanas, tributos, puertos y comercio e incluso emplazar fuerzas militares de ocupación.

En este contexto, las misiones principales de la nueva diplomacia china instaurada en 1949 fueron la lucha por la protección de la independencia nacional, la soberanía y la integridad territorial, trabajando para restablecer por vía pacífica la normalidad en las relaciones con otros países; la denuncia del reconocimiento internacional que se le había concedido al gobierno del Kuomintang refugiado en Taiwán, y sobre todo aplicar un triple objetivo de política exterior que fue conocido como: «hacer la limpieza de la casa para después invitar a los huéspedes extranjeros», «montar otra cocina» y «ponerse de un lado» (Zhang, Q., 2011). El primer objetivo se proponía derogar las leyes lesivas a la soberanía y promulgar un nuevo cuerpo jurídico que permitiera cambiar la situación de dependencia

a fin de generar las condiciones para edificar en los hechos un país independiente en todos los ámbitos. El siguiente propósito tenía el empeño de desbaratar la antigua política de inserción de China en el escenario internacional desde la perspectiva de ubicarse en segundo plano y en condiciones de ignominia a las que había sido llevado el país por las potencias extranjeras, para colocarse en un marco de representación igualitaria entre Estados independientes. En este contexto, China respondió apelando al principio de reciprocidad para no reconocer a aquellos países que no registraran la legalidad y legitimidad de la República Popular China. Así mismo, el nuevo gobierno chino se propuso revisar todos los tratados firmados por el gobierno del Kuomintang a fin de reconocerlos, abrogarlos, modificarlos o firmarlos de acuerdo a cada caso. Por último, «ponerse a un lado» significaba ubicarse junto al campo socialista y la Unión Soviética en la confrontación estratégica con Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría, cumpliendo de esa manera un punto de vista aceptado desde la fundación del PCCh que enunciaba su apego a la paz, la libertad y la democracia y su oposición a la agresión imperialista.

Unión Soviética

A pesar de que la Unión Soviética apostó por sostener especiales vínculos diplomáticos con el gobierno del Kuomintang, eludiendo prestar ayuda a los comunistas chinos durante la guerra civil, una vez en el poder el nuevo gobierno — ante la desastrosa situación económica — se vio obligado a recurrir a Moscú en búsqueda de cooperación para paliar los costos de la recuperación y la reconstrucción. Durante los primeros años de existencia de la Nueva China, las relaciones con la Unión Soviética tuvieron un carácter privilegiado. Ya a finales de 1949 el presidente Mao Zedong realizó su primer viaje a Moscú, firmando el 14 de febrero de 1950 el Tratado sino-soviético de Amistad, Alianza y Ayuda Mutua (de treinta años de duración) a fin de prevenir y actuar de común acuerdo ante una probable agresión exterior, lo cual hizo que la Unión Soviética se transformara en un aliado cercano y una garantía para la seguridad de China (Zhang, Q., 2011). La Unión Soviética se

aseguró el reconocimiento chino de la independencia de Mongolia bajo protección soviética, su participación en la dirección del ferrocarril de Manchuria, la aceptación del control chino sobre el puerto de Dalian y el uso mixto de la base naval de Puerto Arturo (hasta 1952) en el Mar Amarillo. Igualmente, China debió aceptar la explotación conjunta de recursos minerales en Xinjiang y Manchuria, viejo objetivo soviético. A cambio, China recibió una muy menguada ayuda económica de 300 millones de dólares, muy lejana de lo que Mao Zedong y el gobierno chino aspiraban. Sin embargo, el aspecto más notable fue que Moscú no concedió ningún tipo de ayuda militar en momentos en que China era acosada desde el exterior y el problema de la presencia estadounidense en sus mares adyacentes se comenzaba a manifestar en forma creciente (Keylor, 1998). Este acuerdo significó que el resto de países socialistas europeos establecieran relaciones con China, como también lo hicieron otros Estados no vinculados a la órbita socialista como Birmania, India, Pakistán, Ceilán, Afganistán, Gran Bretaña y los países escandinavos. Posteriormente, también Nepal en 1955, Egipto, Siria y Yemen en 1956, Camboya, Irak, Marruecos y Argelia (gobierno provisional en el exilio) en 1958; Sudán y Guinea en 1959 también reconocieron al gobierno de la República Popular China. De igual forma, en los primeros años de la década de los sesenta, quince países africanos que habían obtenido su independencia establecieron relaciones diplomáticas con China (Connelly y Cornejo, 1992).

Desde el comienzo, aun cuando se establecieron vínculos favorables y especiales lazos de cooperación con la Unión Soviética, los dirigentes chinos siempre advirtieron que su camino de desarrollo debía ser independiente de todo poder mundial. Por ello rehusaron copiar modelos de socialismo que se implantaban en otros países, haciendo con esto una clara alusión a la distancia que intentaban instaurar a través del paradigma específico que se proponían construir. Desde el comienzo fue patente su opinión de edificar una sociedad a partir del esfuerzo propio y de características distintivas, lo que se manifestaba en el enunciado de que «estratégicamente somos aliados, tácticamente no debemos renunciar a nuestro derecho de crítica» (Zhang, Q., 2011, p. 24).

Después de poco menos de una década de «luna de miel», las divergencias entre los dos «gigantes» referentes del socialismo mundial

comenzaron a hacerse notorias. Las diferencias emergieron de una visión distinta de las relaciones internacionales, en particular de sus vínculos con Estados Unidos. La Unión Soviética pretendía atraer a China a su alero para incorporarlo en su lógica bipolar en la que el país euroasiático jugaba el papel principal como hegemónico de uno de los dos bloques. China rechazó tal concepción y reafirmó su camino independiente, a través del cual establecía una política exterior propia, en particular en su relación con los otros países socialistas.

En 1955 la Unión Soviética comenzó a proporcionar ingente ayuda a países del tercer mundo como India y Egipto, superando con creces la que enviaba a su «aliado comunista» chino. De la misma manera, la ausencia soviética de apoyo al fortalecimiento militar para la defensa de China era vista con preocupación en Beijing, sobre todo ante el acelerado desarrollo industrial y tecnológico de Japón, su principal rival asiático. El condicionado e injerencista apoyo soviético al desarrollo del programa nuclear chino, que fue rechazado permanentemente por el gobierno de Mao Zedong, condujo a que en 1959 el nuevo mandatario soviético Nikita Khrushchev, tras la muerte de Stalin, cancelara el acuerdo de cooperación en materia de tecnología atómica. En el trasfondo subsistían crecientes diferencias político-ideológicas tras el anuncio soviético de aplicación de su estrategia de coexistencia pacífica con el capitalismo, vista de manera sospechosa por Mao, quien suponía que en realidad se estaba buscando un acuerdo estadounidense-soviético para aislar a China (Tamames, 2008). Las tres reuniones entre los mandatarios soviético y estadounidense en Suiza (Ginebra, 1955), Estados Unidos (1959) y Francia (1960) significó para China un probable acuerdo que legitimara el apoyo de ambas potencias a Taiwán, en un momento en que Estados Unidos incrementaba su dotación militar, incluso proporcionando misiles con ojivas nucleares con un alcance suficiente para impactar en el territorio continental de China. Así mismo, ante los aprestos bélicos en torno a dos pequeñas islas chinas (Quemoy y Matsu) invadidas por Taiwán, el gobierno soviético mantuvo total silencio, aun cuando Estados Unidos profirió fuertes amenazas de intervención militar si China intentaba recuperarlas (Keylor, 1998).

Durante el XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, realizado en Moscú en octubre de 1966, se hizo patente el dis-

tanciamiento mutuo. Aunque Zhou Enlai, en representación del Partido Comunista de China, destacó los logros del pueblo soviético y del socialismo en esa unión de repúblicas, se lamentó de las disputas y el distanciamiento entre los dos partidos y países que consideraba unidos por una amistad fraternal. El conflicto en torno a Albania —que había criticado a la Unión Soviética por el proceso de desestalinización que habían iniciado los nuevos líderes— fue apoyado por China, cuya delegación finalmente optó por retirarse del evento y regresar a Beijing. La discordia se trasladó a todo el movimiento comunista internacional creándose un nuevo cisma ideológico entre los seguidores de la doctrina marxista-leninista en el planeta. Todo ello marcó un punto de inflexión entre los dos países, estableciéndose una clara distancia entre los otrora aliados, la cual comenzó a ampliarse hasta producir un desafecto y una frialdad tal que señaló de forma definitiva el rumbo que adquirirían las relaciones bilaterales.

La escalada en la guerra de Vietnam en los años terminales de la sexta década del siglo XX debilitó el poderío de Estados Unidos, contrario a la expansión e influencia que ganaba la Unión Soviética. Esta discordante situación se exteriorizó en términos prácticos cuando el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, formulara una propuesta de doctrina de actuación exterior de su país que contrastaba con la que expusiera el máximo líder soviético Leonid Brézhnev en fechas cercanas, a través de la cual se justificaba una mayor presencia soviética fuera de sus fronteras, con injerencia incluso en los asuntos internos de otros países. A efectos de China, esta propuesta del gobierno de Estados Unidos obligó a un cambio brusco en su mirada de la situación internacional, toda vez que su aplicación significó una mengua en la actitud agresiva de la potencia norteamericana hacia el país, mientras que la Doctrina Brézhnev supuso la transformación de la Unión Soviética en la mayor amenaza para la seguridad de China.

La tirantez en las relaciones sino-soviéticas fue en ascenso en las postrimerías del año 1966. China expulsó a todos los estudiantes soviéticos de intercambio y Moscú respondió de la misma manera de inmediato. La confrontación se manifestó en el ámbito diplomático, pero incluso llegó al enfrentamiento militar en regiones fronterizas de Xinjiang en el noroeste y en la confluencia de los ríos Amur y

Ussuri, provincia de Heilongjiang al noreste del país, produciéndose en esas regiones un incremento en la movilización y despliegue de tropas de combate de ambas partes. En 1972 la Unión Soviética llegó a desplegar hasta 44 divisiones de sus fuerzas armadas a lo largo de los 7.241 km de frontera común, un aumento significativo si se compara con las 15 que había en 1967 y las 31 que se encontraban en Europa Oriental; también 25% de la fuerza aérea soviética fue trasladada del oeste al este (Kennedy, 1994). Por otra parte, China había logrado desarrollar su propia bomba de hidrógeno. Rusia llegó incluso a evaluar un ataque preventivo contra las instalaciones nucleares de Lop Nor en Xinjiang (Keylor, 1998). Finalmente, hubo negociaciones para dirimir el conflicto fronterizo que finalizó tres meses después en medio de ácidas recriminaciones mutuas.

No obstante, el distanciamiento chino-soviético era creciente, no solo en términos ideológicos. Beijing instaba a los países socialistas de Europa a «liberarse del yugo ruso», al igual que en el tercer mundo donde las ideas maoístas de llevar adelante un levantamiento popular poniendo el énfasis en el campo contradecía el punto de vista soviético que propugnaba la revolución proletaria con la clase obrera como protagonista, y ganaba adeptos en Asia, África y América Latina. Así mismo, China criticó las intervenciones militares soviéticas en Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979) y exhortaba a Japón a evitar una colaboración demasiado estrecha con Moscú. El apoyo soviético a India en el breve conflicto con China en 1962 terminó de crear una brecha ya insondable en las relaciones bilaterales. China buscó una alianza estratégica con Pakistán, enemigo de India, y, ante el escalamiento del conflicto en Vietnam y el incremento del apoyo soviético a ese país, China decidió involucrarse directamente en una confrontación con su vecino del sur que había decidido incursionar en Camboya con el objetivo de poner fin al régimen genocida de los Khmer rojos en ese país. Por su parte, la Unión Soviética comenzó a tener una política de mayor acercamiento a Taiwán, lo que terminó de exasperar el paciente talante chino, que abiertamente comenzó a considerar a la URSS como su enemigo principal (Kennedy, 1994). Con India se abrió una situación de tirantez permanente, estableciendo un marco de relaciones dicotómicas de rivalidad y alianza entre los dos gigantes asiáticos, que aún hoy permanece.

Así mismo, la política internacional del Partido Comunista Chino que orientaba la actuación del Estado se emplazaba a favor de generar condiciones internacionales de apoyo a la revolución china, incluyendo por cierto la justificación de las erróneas políticas del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, buscando generar alianzas en contra de lo que se definía como los tres grandes enemigos: el imperialismo, el revisionismo contemporáneo y la reacción mundial. Desde esta óptica, primaba una visión triunfalista de exuberante optimismo que anunciaba una descomposición generalizada del enemigo y un ascenso en la lucha de los pueblos del mundo. Se estimulaba la lucha armada, sobre todo en los países vecinos y se valoraba con marcada atención el desarrollo de movimientos revolucionarios en el «corazón» del capitalismo en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, lo cual visualizaba a China como el centro sobre el cual recaía el impulso a la revolución mundial, toda vez que la Unión Soviética también estaba empantanada en su crisis económica y política y acosada por dificultades internas sin que se pudiera vislumbrar una salida (Lin, 1971).

En un encendido discurso pronunciado el 1° de abril de 1969, que sirvió como Informe al IX Congreso Nacional del Partido Comunista de China, Lin Piao —quien a la sazón era considerado el más probable sucesor de Mao, aunque muy pronto fue desplazado de esa investidura— la emprendió contra Estados Unidos y en particular contra el nuevo presidente Nixon, cuando Mao, a través de Zhou Enlai buscaba el acercamiento con el gobierno de la potencia norteamericana. Así mismo, realizó un feroz ataque contra la Unión Soviética inspirado en la definición maoísta que señalaba que ambas potencias eran «tigres de papel». Este debate desarrollado en el Congreso del PCCh —la más alta instancia política del país— fue expresión de la problemática interna de cara al futuro, que se manifestaba también a través de diferentes visiones respecto de cómo llevar adelante la política internacional. Sin embargo, Lin resaltó que a través de la negociación y la vía diplomática China había logrado comenzar a solucionar de manera justa y mutuamente favorable sus conflictos fronterizos, quedando por solventar los diferendos con la Unión Soviética e India, culpando a los gobiernos «revisionistas» de Brézhnev y al «reaccionario» de Indira Gandhi

de querer mantener las disputas originadas en tiempos coloniales de la India y de la monarquía zarista de Rusia, reconociendo eso sí la resolución del gobierno bolchevique presidido por Lenin que en 1920 había declarado nulos todos los tratados emanados del Zar, renunciando a los territorios chinos usurpados que fueron devueltos a su soberanía. Este Congreso —el último en que participara Lin Piao y penúltimo de Mao Zedong— expresó su solidaridad con el único gobierno aliado de China, el de la República Socialista Popular de Albania y con las luchas de los pueblos de Laos, Tailandia, Birmania, Malaya, Indonesia, India, Palestina y otros «países y regiones de Asia, África y América Latina» (Ob. cit., p. 135).

Guerra de Corea

Sin embargo, el primer hecho relevante que puso en máxima situación de tensión al naciente gobierno chino fue la guerra de Corea que estalló en junio de 1950, cuando se produjo la intervención militar estadounidense directa en dicha península, produciéndose un despliegue inusitado de las fuerzas navales norteamericanas en Taiwán, Filipinas y en todo el sudeste asiático, así como un incremento del apoyo a las tropas francesas que ocupaban Vietnam, todo ello en regiones vecinas de China, generando una amenaza real a su estabilidad política e integridad territorial desde el momento en que el ejército, la aviación y la marina de Estados Unidos incursionaron en el espacio aéreo chino, en áreas terrestres bajo su soberanía en el borde limítrofe chino-coreano y en altamar donde naves chinas eran acosadas y detenidas, ocasionándoles pérdidas humanas y materiales. En este contexto, Estados Unidos hizo aprobar una resolución en la ONU para imponer un embargo a la República Popular China, cuyo espacio era ocupado ilegítimamente por Taiwán en el seno del Consejo de Seguridad.

Todo esto hizo que China se involucrara en la guerra de Corea, contribuyendo al cese del conflicto y evitando una posible extensión del mismo a territorio propio. Después de que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobara el 4 de julio de 1950 —con la ausencia del representante soviético— una resolución de rechazo a la incursión

armada de Corea del Norte en Corea del Sur, y ante el colapso inminente de ese país, se produjo la intervención militar directa de Estados Unidos en el conflicto con un gran contingente naval, aéreo y terrestre bajo las órdenes del general Douglas MacArthur. Para Estados Unidos este conflicto se producía bajo la lógica de la Guerra Fría, por lo que lo evaluaba como un intento soviético para medir fuerzas en el lejano oriente. La rápida acción militar obligó a Corea del Norte a regresar a sus fronteras internacionales, creando condiciones para una negociación del diferendo. No obstante, una nueva resolución de la Asamblea General de la ONU, el 7 de octubre, dio un aparente visto bueno a las fuerzas armadas estadounidenses para penetrar en territorio de Corea del Norte, realizando una ofensiva que se aprestaba a llegar a la frontera coreano-china en el río Yalu. En ese contexto, Estados Unidos interpuso la Séptima Flota de su fuerza naval en el estrecho que separa China de Taiwán, lo que fue considerado por China como una intervención en sus asuntos internos. Ambos acontecimientos fueron la razón que le impuso participar directamente en la guerra de Corea para lo cual envió doscientos mil soldados al territorio de ese país, los que obligaron a las tropas bajo el mando de Estados Unidos a retroceder, generando un escenario propicio para obligar a una negociación que pusiera fin al conflicto. Sin embargo, MacArthur intentó forzar un ataque a China por lo que fue destituido, dando lugar al cese del fuego y a comenzar las conversaciones para un armisticio que fue firmado en julio de 1953 en el pequeño poblado de Panmunjom cerca del paralelo 38 que fijaba el límite entre las dos Coreas (Keylor, 1998).

Guerra de Indochina

Así mismo, China apoyó las luchas de los pueblos indochinos en contra de la guerra imperialista de exterminio y adoptó una clara posición en los escenarios diplomáticos en este ámbito. En la Conferencia de Ginebra realizada entre abril y julio de 1954, China junto con Vietnam, Laos y Camboya participaron en el cónclave convocado por Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia para dirimir el fin del conflicto, cuando Francia había sido derrotada militarmente después

de una guerra de ocho años, ratificando la independencia del norte de Vietnam bajo control del Partido Comunista y de Ho Chi Minh, quien aceptó la propuesta de chinos y soviéticos de admitir la división temporal del país, en una decisión bastante controvertida que los vietnamitas acataron a pesar de que habían aplastado de manera contundente al aparato militar francés en el terreno bélico. En la Conferencia de Ginebra tuvo especial resonancia la actuación de Zhou Enlai, quien transmitió una imagen conciliadora y paciente de China, que tuvo gran influjo en los países pobres y explotados del llamado Tercer Mundo (Connelly y Cornejo, 1992).

Estados Unidos jamás acató los Acuerdos de Ginebra, especulando acerca del «expansionismo chino», escalando el conflicto e incrementando constantemente sus fuerzas de intervención, por lo que China —junto a la Unión Soviética— comenzó a proporcionar ayuda militar y económica a Vietnam y apoyo a las organizaciones comunistas de Laos y Camboya que hicieron alianzas con otras fuerzas para emprender su propia lucha por el poder. Sin embargo, el interés chino en Vietnam, además de la expulsión de las fuerzas intervencionistas, era competir con la Unión Soviética para ejercer influencia en un país ubicado estratégicamente en su frontera sur con el que tenía ancestrales diferencias étnicas (Keylor, 1998).

A partir de ese momento y hasta hoy las contradicciones entre China y Estados Unidos se han manifestado básicamente en el apoyo de este a Taiwán, así como en su constante involucramiento en los asuntos internos del país asiático y su presencia militar agresiva en el entorno de China, agitando contradicciones y escalando belicosamente los diferendos limítrofes que China pretende resolver en el terreno del diálogo y la negociación.

Países en vías de desarrollo

En abril de 1955 China pudo confirmar su posición de apoyo a la causa de los pueblos de los países subdesarrollados al participar en la Conferencia de Países Africanos y Asiáticos en Bandung (Indonesia), donde reiteró su apego a la paz y su voluntad de discutir el tema de Taiwán con Estados Unidos, reafirmando que no tenía intención de

apoyar movimientos subversivos en otros países y que la revolución «no podía ser exportada». En su discurso ante una conferencia que amenazaba concluir sin resultados trascendentes, el primer ministro Zhou Enlai (citado por Jin, 1998) manifestó:

La delegación china ha venido aquí en busca de unidad, no de pelea, en busca de intereses comunes, no a crear divergencias (...) En nuestra conferencia deberíamos buscar intereses comunes a todos, mientras mantenemos nuestras diferencias (...) Desde que comenzó la era moderna, la mayoría de los países y los pueblos de Asia y África han sufrido o siguen sufriendo los desastres y las agonías que causa el colonialismo (...) Nos resultará fácil lograr la mutua comprensión y respeto, así como la empatía y el apoyo, en lugar de la sospecha, la aprensión, la exclusión y oposición mutuas. Debemos admitir que los países asiáticos y africanos tienen diferentes ideologías y sistemas sociales, pero eso no constituye un obstáculo para que busquemos intereses comunes y unidad (p. 1168).

Este discurso fue inmediatamente replicado por el primer ministro egipcio Gamal Abdel Nasser, quien agradeció a la delegación china por hacer del conocimiento de los 28 países presentes sus puntos de vista políticos, disipando dudas, relajando tensiones y derrotando el clima conspirativo que se había creado y que conducía a un ambiente de disputa y discrepancia. El líder egipcio encomió el discurso de Zhou por permitirles conocer la nueva China (citado por Li y Zhang, 1986).

Zhou fijó una posición doctrinaria respecto de cómo habría de comportarse China en el escenario mundial y logró crear consenso entre los participantes, valiéndose para ello de una actitud de «apoyar a otros, no de esperar que otros nos apoyen» (citado por Jin, 1998). La presencia en esta magna reunión y los contactos establecidos le permitió establecer relaciones de amistad con varios países de África y Asia. Entre 1956 y 1957 Zhou Enlai visitó ocho países asiáticos con lo cual comenzó a romper el anillo de fuerza que le había sido impuesto a China desde el exterior (Connelly y Cornejo, 1992).

Además de ello, a partir de este evento China estableció una nueva forma de relacionarse con África la cual tuvo carácter estratégico. A pesar de las grandes limitaciones financieras del país durante

este período, comenzó a brindar asistencia militar y económica a los países que se iban liberando del colonialismo y comenzaban a abrirse un espacio como Estados independientes en el escenario internacional. Así mismo, proporcionó apoyo a aquellos movimientos y organizaciones que aún luchaban por liberarse del dominio de sus metrópolis.

En 1964, el gobierno chino expuso a través de ocho principios, su política en materia de cooperación internacional, instituyendo como norma no esperar privilegios especiales de aquellos países con los cuales cooperaba. De igual forma, disponía claramente que esta cooperación no sería utilizada para interferir en los asuntos internos, ni significaba condicionantes para los países receptores de ayuda. Entre 1956 y 1977, la cooperación china con África ascendió a 2.476 millones de dólares estadounidenses en 36 países, significando el 58% del total de la ayuda externa de China (Xie, 2012).

El entorno estratégico

Siendo el país con la mayor extensión de fronteras terrestres del mundo, China anticipó desde los primeros años posteriores a 1949 una política hacia los países limítrofes encaminada a solventar ancestrales conflictos de los que emanaban problemas de delimitación y áreas en reclamación. Se sustentaba este precepto en un antiguo dicho popular chino que reza que «un vecino cercano es mejor que un primo lejano». Por ello se propuso resolver tales conflictos por vía pacífica y de negociación, buscando una perspectiva que solventara las aspiraciones de todas las partes (Ob. cit.). Como «telón de fondo» utilizaba siempre los cinco principios de coexistencia pacífica que guiaban su política exterior. Así se fueron resolviendo uno a uno los diferendos con Birmania, Nepal, Afganistán, Mongolia, Pakistán y la República Popular Democrática de Corea.

La Revolución Cultural hizo estragos en el servicio diplomático chino, que asumió posiciones rígidas de fuerte contenido ideológico tensando las relaciones con países que guardaban posiciones filosóficas distantes de China, lo cual contrastaba con la necesidad de apertura y búsqueda de nuevos vínculos en el exterior. La política exterior se

ejecutaba más desde el PCCh que desde el gobierno, aunque al primer ministro Zhou Enlai le cupo el papel más destacado en la realización de las acciones internacionales, asistido por el ministro de Relaciones Exteriores Chen Yi, quien cumplió esa función entre 1958 y 1972. Sin embargo, este y otros relevantes diplomáticos como Ji Pengfei y Quiao Guanhua, así como personal de alto nivel de la Cancillería fueron perseguidos y acosados en el marco del acecho que sufrieron muchos dirigentes del PCCh y el Estado. Durante este oscuro período de la historia china se llegó incluso a retirar a todos los embajadores en el exterior, dejando solo en funciones a Huang Hua (Connelly y Cornejo, 1992), quien estaba destinado en Egipto y después fue designado como el primer ministro de Relaciones Exteriores tras la Revolución Cultural. Esta política radical de apoyo a fuerzas revolucionarias aliadas de Beijing significó el rompimiento de relaciones con Indonesia y una fuerte tirantez en sus vínculos con Birmania en 1967.

Estados Unidos

En este contexto, China buscó un acercamiento con Estados Unidos, país con el cual aún no tenía vínculos diplomáticos y conservaba diferencias antagónicas en términos políticos e ideológicos y una visión incompatible respecto de la filosofía para encarnar la vida en la sociedad, la forma de desarrollar la política y la estructura que debía adquirir el Estado para cumplir sus responsabilidades.

El nuevo gobierno de Estados Unidos presidido por Richard Nixon, que asumió la administración del país a comienzos de 1969 consideró que un acercamiento con China profundizaría la debilidad de la Unión Soviética, por lo que también se mostró interesado en iniciar contactos con el objetivo de establecer un diálogo que había estado ausente durante 20 años. La primera señal estadounidense fue reducir restricciones comerciales y turísticas que fueron respondidas por China reabriendo las conversaciones bilaterales en Varsovia, las cuales habían sido suspendidas en represalia por los bombardeos estadounidenses en Vietnam. Pero fue la invitación de China a un equipo norteamericano de ping-pong el hecho que pavimentó el camino a las conversaciones entre los dos países. Estados Unidos

levantó el bloqueo económico y comercial contra China que había estado vigente durante 21 años y, en julio de 1971 comenzaron las conversaciones secretas entre ambas partes, después de dos viajes del Consejero de Seguridad Nacional Henry Kissinger a Beijing, el segundo de los cuales se produjo en octubre del mismo año, allanando el camino al restablecimiento de relaciones y a la transferencia del puesto de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU de Taiwán a China.

En febrero de 1972 Nixon viajó a China donde se firmó una Declaración Conjunta en la que básicamente se fijaban los puntos de vista contradictorios que cada parte había asumido en años anteriores de acuerdo con sus particulares posiciones políticas e ideológicas en torno a Taiwán, a la guerra de Vietnam y su visión de Japón. Pero ambos renunciaban a la hegemonía en Asia Oriental y respaldaban la ampliación de los lazos comerciales y culturales para complementar los vínculos políticos ya iniciados. Estados Unidos anunció que reduciría su contingente militar en Taiwán y en Indochina para beneplácito de China.

En el contexto del más acendrado pragmatismo político —y como expresión de la diplomacia en su estado más elevado— se elaboró la declaración conjunta que fue difundida al finalizar la visita de Nixon el 28 de febrero de 1972 y que se conoció a partir de entonces como «Comunicado de Shanghái» considerado el acta de nacimiento de las relaciones entre las dos potencias. Kissinger (2013) refiere el contexto en el que se desarrolló la parte final de la negociación en la que participó directamente como contraparte el primer ministro Zhou Enlai, quien —siguiendo las instrucciones del presidente Mao Zedong—:

expuso un proyecto de comunicación en el que constaba la postura china con un lenguaje intransigente. Había en él unas páginas en blanco para que nosotros dejáramos constancia de nuestro punto de vista, que se esperaba fuera tan contundente como el de ellos. Incluía también un apartado final reservado a posturas comunes. Al principio aquello me desconcertó. Pero al reflexionarlo, me di cuenta de que aquella forma no ortodoxa parecía resolver los problemas de las dos partes. Cada cual podía reafirmar sus convicciones básicas, con lo que tranquilizaría a sus respectivos pueblos

y a sus incómodos aliados. Las diferencias se habían hecho patentes durante veinte años. El contraste iba a destacar los acuerdos a los que se había llegado y así serían creíbles las conclusiones positivas (p. 285).

Con este acuerdo la potencia norteamericana suponía la retirada de una importante cantidad de tropas chinas ubicadas hasta entonces en el sur, para estacionarlos en el norte, en la frontera con la Unión Soviética, a fin de «amenazarla» a partir de una fuerza militar no propia que obligara a Moscú a reforzar su región oriental debilitando el número de sus fuerzas acantonadas en Europa. En pocas palabras, era evidente que los dos gobiernos coincidían en la necesidad de contener a la Unión Soviética.

Así mismo, en el trasfondo estaba presente un interés económico de Estados Unidos por penetrar el mercado chino, desconocido e inexplorado, pero cuantitativamente de gran dimensión. Para China era la posibilidad de sustituir el papel que la Unión Soviética había jugado durante la década de los años cincuenta no solo con Estados Unidos, igualmente con Japón y Europa (Keylor, 1998). Al final, fue el incremento del intercambio comercial mutuo el factor que presionó a Estados Unidos a formalizar las relaciones diplomáticas, cuya materialización no se concretaba por los temores norteamericanos respecto de la inminente reacción negativa de su aliado Taiwán ante tal decisión, no obstante, este hecho trascendente para la diplomacia china y para las relaciones internacionales globales se concretó el 1º de enero de 1979. Según Kissinger (2013) el viaje de Nixon a China constituye una de las pocas ocasiones en la historia en las que la visita de un jefe de Estado a otro país produce una transformación sustancial de la dinámica internacional, al lograrse la reincorporación formal de China para jugar un papel trascendente en el escenario global, permitiéndole de esta manera a Estados Unidos incrementar sus opciones y adquirir vitalidad y flexibilidad en la confrontación estratégica. A partir de ese momento China y Estados Unidos podrían colaborar en aquellos temas en que sus intereses eran compatibles y moderarlos en los que hubiera diferencias.

Una política exterior autónoma de cualquier poder mundial

La búsqueda de la autonomía de los dos poderes globales significaba un gran reto para la diplomacia china. Para lograr el éxito en tan difícil emprendimiento —cual era construirse un espacio propio, autónomo de las potencias polares— China formuló una política exterior que intentaría consolidarse al margen de la órbita del mundo bipolar, enfrentando el imperialismo estadounidense y el hegemonismo soviético. Para ello proyectó una dimensión amplia que sin embargo establecía que la Unión Soviética era la amenaza principal contra la estabilidad y la paz en el planeta, haciendo un llamado a todos los países del segundo y tercer mundo a unirse contra ella. Esta idea se sustentaba en la teoría de Mao de que el planeta estaba constituido políticamente por tres mundos, en el primero de los cuales estaban Estados Unidos y la Unión Soviética, el segundo constituido por Europa, Japón y Canadá y el tercero por Asia, excepto Japón, África y América Latina (Redacción de Renmin Ribao, 1977)². Mao (1977) había asegurado que:

Las dos superpotencias imperialistas que conforman el primer mundo —la Unión Soviética y Estados Unidos— han llegado a ser los mayores explotadores, opresores y agresores en el plano internacional y el enemigo común de los pueblos del mundo entero: la disputa entre ellas conducirá inevitablemente a una nueva conflagración mundial. La disputa entre las dos potencias hegemónicas por la dominación del mundo, la amenaza que representan para todos los pueblos y la resistencia que estos le oponen, han entrado a constituir el problema central de la actual política mundial (p. 21).

Para Mao la clave estaba en lograr la unidad del tercer mundo con el segundo, por lo que «ganarse» a esos países se estableció como una de las prioridades de la política exterior china, incluso señalando a Inglaterra, Francia y Alemania, así como Japón, además de los países socialistas europeos como naciones que ya no estaban dispuestos a seguir aceptando los dictados del primer mundo, lo cual se manifestaba en la creación del Mercado Común Europeo, la política

independiente del presidente De Gaulle, la actitud crítica de Europa Occidental respecto de Estados Unidos en la guerra de Indochina por una parte, y por el otro, la imposibilidad de la Unión Soviética de seguir sosteniendo un gran contingente militar en Europa Oriental y en los mares del sur y del norte de ese continente, así como en Asia Oriental, eran expresión de las contradicciones de esos países con las potencias del primer mundo, lo que los hacía susceptibles de avanzar en un proceso de unidad con China y el tercer mundo. La historia demostró ampliamente lo errado de este análisis.

Sobre esta base, la política exterior china se propuso, en primer lugar, advertir a los pueblos de esta situación y del peligro de que se iniciara una nueva conflagración mundial, para lo cual se iban a hacer grandes esfuerzos en la lucha antihegemónica a fin de evitar la guerra reforzando las fuerzas de defensa de los pueblos; así mismo Beijing pensaba que había que rechazar la política de apaciguamiento, que era sostener un espíritu conciliador con la Unión soviética por parte de algunos países europeos. Finalmente, China apostaba por construir un frente único y amplio en la lucha revolucionaria global en contra del hegemonismo de las dos potencias mundiales (Redacción de Renmin Ribao, 1977).

No obstante, ya en los años setenta y siguientes del siglo pasado la Unión Soviética entró en declive, sobre todo después de la invasión a Afganistán que supuso la mayor derrota militar de su historia. Con ello, el mundo comenzaba a abrirse camino para una nueva distribución del poder a partir de un cambio en el sistema internacional en el que China aspiraba a convertirse en un actor mucho más protagónico. De la misma manera, la distensión y la disminución de las posibilidades de un conflicto o guerra que amenazara directamente al país le permitió afrontar su mayor esfuerzo en la cimentación de una sólida economía interna, tarea a la cual entregaría sus mayores energías.

La batalla en la ONU

Otra gran batalla épica que debió librar la diplomacia china en este período fue la cruzada para desbloquear su ingreso a la Organización de Naciones Unidas, que estaba siendo impedido por Estados Unidos

y sus aliados. Durante varios años, una y otra vez se posponía la discusión sobre este asunto. En 1953 hubo 44 votos a favor de que se pospusiera, solo 10 en contra y 2 abstenciones; diez años después, las cosas no eran muy distintas, 45 a favor de no discutir el tema, 7 en contra y 5 abstenciones. En 1956 comenzó una ligera mejoría: cuando países africanos lograron su independencia y empezaron a participar en las deliberaciones de la ONU, la votación de ese año arrojó 45 a favor, 24 en contra y 9 abstenciones (Connelly y Cornejo, 1992). Pero en 1971, cuando se realizó la vigésimo sexta Asamblea General de las Naciones Unidas con la presencia de 128 países, al debatirse el tema de la restauración de los derechos de la República Popular China, el 25 de octubre, una nutrida participación de 28 países, de los cuales once eran africanos, apoyó la propuesta que con 78 votos a favor, 35 en contra y 17 abstenciones, hizo que la Asamblea General (1971) decidiera:

(...) restituir a la República Popular China todos sus derechos y reconocer a los representantes de su Gobierno como únicos representantes legítimos de China en Naciones Unidas, así como expulsar inmediatamente a los representantes de Chiang Kai-shek del puesto que ocupan ilegalmente en las Naciones Unidas y en todos los organismos con ellas (*sic*) relacionados (p. 2).

Hacia la creación de un entorno regional y mundial favorable para la proyección internacional de China

A partir de 1978 China entró en una nueva etapa caracterizada por la reforma y la apertura que obviamente tuvo profundas repercusiones en su política exterior, en la que se reafirmó el carácter independiente que esta habría de tener. Los días tumultuosos que caracterizaron al país entre la III Sesión Plenaria del XI Comité Central del PCCh celebrada en diciembre de 1978 hasta el XII Congreso Nacional de esa organización en septiembre de 1982 fueron el entorno de la transición entre el fin de la etapa iniciada en 1949 y una nueva que comenzaba. En esas condiciones de planificación y diseño de novedosas políticas para el país, el esfuerzo por la transformación de las relaciones

internaciones cobró un impulso superior en el que las energías se volcaron mucho más hacia el desarrollo interno, para lo que se necesitaba una política exterior, sobre en todo en lo relacionado a la apertura, que requería un grado mayor de independencia si se quería colocar a China en un umbral mucho más elevado de desarrollo. Este punto de vista fue planteado por Deng Xiaoping (1984) en el XII Congreso del PCCh de la siguiente manera:

Los asuntos de China deben ser manejados a la luz de sus propias condiciones y con los esfuerzos de su propio pueblo. La independencia y el autosostenimiento han sido, son y serán nuestro punto de apoyo. El pueblo chino aprecia altamente su amistad y cooperación con otros países y pueblos, pero aún en mayor medida valora su independencia y sus derechos soberanos conquistados a través de una prolongada lucha. Ningún país extranjero debe acariciar la ilusión de que China se convierta en un apéndice, ni de que China se trague jamás el fruto amargo de un atentado contra sus intereses (p. 454).

Años después, en 1989, durante el momento más álgido de este período, cuando se produjeron protestas que derivaron en disturbios que pretendían derrocar el gobierno, varios países intervinieron en estos asuntos generando una condena mundial al gobierno chino, tomando medidas, represalias y sanciones económicas y un embargo a la venta de armas. Estados Unidos llegó a decir que China era una amenaza para la paz mundial y para su seguridad, incluso amenazando a la Unión Europea si no secundaba sus acciones, por lo que el Parlamento Europeo decidió plegarse a las mismas. Ante esto, China permaneció inamovible en la decisión de hacer respetar su soberanía y la estabilidad interna y mantuvo inalterables las decisiones tomadas en el XII Congreso, rechazando las disposiciones de Occidente y Japón de intervenir en sus asuntos internos, aplicando invariablemente esa política en sus relaciones internacionales, sosteniendo vínculos con países de diferentes orientaciones ideológicas o sistemas sociales, lo cual es difícilmente comprendido y mucho menos aceptado en ciertos sectores de la opinión pública internacional que objetan tal comportamiento cuando se trata de dictaduras o países donde

abiertamente se violan los derechos humanos. En esta etapa, que se caracterizó por el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética, el mundo experimentó profundos cambios que han tenido una gran incidencia en diferentes ámbitos pero sobre todo en el de la seguridad, el cual ha ampliado su espacio de acción, no limitándose a la defensa de la soberanía y la protección del territorio sino incorporando otras esferas como las de seguridad alimentaria, energética, cultural, económica, cibernética, ambiental y la lucha contra el narcotráfico, la delincuencia organizada, los separatismos, los crímenes transnacionales, el terrorismo o las secuelas de las migraciones y las diferencias étnicas a veces manejadas por oscuros intereses particulares con carácter desestabilizador. China debió adaptarse a las nuevas circunstancias sin modificar las directrices fundamentales de su política exterior. Se vio obligada a hacer modificaciones que le permitieran dar respuesta a estos temas que comenzaron a cubrir la agenda internacional.

Habida cuenta de las grandes dificultades resultantes del período anterior, la diplomacia china se adentraba en la nueva etapa intentando superar el aislamiento que sobrevino a los errores cometidos y a la rivalidad y ambición de otras potencias asiáticas, en particular de Japón. El deshielo en las relaciones con Estados Unidos era prioritario, pero habría de enfrentarse en una relación dicotómica con este país que no pensaba menospreciar su relación estratégica con Taiwán. De la misma manera, China debía encarar el vínculo con India, dada su prioritaria amistad con Pakistán. Así mismo, tuvo que confrontar los peligros que emanaban de la agresividad soviética en la cercanía de sus fronteras. Sin embargo, hasta un analista extremadamente conservador como Jean-Luc Domenach —a pesar de que le atribuye indeterminación y una conducta imprevisible que le generaba un «atractivo estratégico»— reconoció que la diplomacia china obtuvo «una serie de éxitos brillantes», solo comparables a la «gran campaña» desarrollada por Zhou Enlai en los años setenta del siglo pasado, lo que en este nuevo contexto le valió para salir del aislamiento que produjeron los incidentes de la plaza de Tiananmen en 1989 (Domenach, 1992).

En esta medida y dadas sus particulares condiciones de país extenso, densamente poblado, de carácter multiétnico y poseedor de una extensa frontera terrestre y marítima, la seguridad de China

se ha transformado en un tema extremadamente complejo. En este sentido, debió enfrentar en esta etapa complejos asuntos referidos a la «independencia» de Taiwán, la restitución de Hong Kong y Macao a la soberanía nacional, el surgimiento del terrorismo islámico en el occidente del país a través de la creación del «Movimiento Islámico del Turquestán Oriental», así como el movimiento secesionista del Tíbet, exigiendo al Estado desarrollar una intensa actividad diplomática en defensa de su soberanía y la no injerencia en sus asuntos internos (Zhang, Q., 2011). En estas labores le cupo a la diplomacia jugar un papel determinante considerando que actuaba ensanchando el espacio de una potencia de indudable valía de cara al futuro que, sin embargo, mantenía una evidente debilidad en los planos económico y militar.

El historiador Paul Kennedy le asignó a China una acción equilibradora del sistema internacional en esta etapa argumentando su opinión en las fuertes necesidades de modernizarse en términos militares, las reivindicaciones populares en materia social y la exigencia de destinar ingentes recursos en empresas productivas no militares. Pero estas condiciones que la hacían verse en minusvalía respecto de las otras potencias eran suplidas con una visión estratégica de mayor coherencia y previsión de su liderazgo en comparación con la Unión Soviética, Estados Unidos, Japón y sobre todo Europa. Aseveraba Kennedy que: «...si las limitaciones materiales de China son grandes, están siendo mejoradas por una expansión económica que, si puede mantenerse, promete transformar el país en pocas décadas» (Kennedy, 1994, p. 696). A la luz de lo vivido, estas palabras fueron claramente visionarias.

Participación activa en las organizaciones multilaterales

En el plano multilateral, una vez incorporada de lleno a la ONU y restablecido su asiento como miembro permanente del Consejo de Seguridad de ese organismo, China se apegó a la defensa del derecho internacional, la adhesión a la Carta de la ONU, la democratización de las relaciones internacionales, el respeto a todas las naciones independientemente de su dimensión y el tamaño de su economía, la cooperación y complementación en las relaciones económicas, el

respeto a la diversidad del planeta y el esfuerzo por el progreso de la humanidad y la ayuda y apoyo en la lucha por la salvaguarda del ambiente (Zhang, Q., 2011). Además de asumir una política mucho más activa en el seno de la ONU, China incrementó su presencia en otros organismos internacionales. En ese sentido, Kim (citado por Pearson y Rochester, 2000) señala que pasó de 21 organizaciones intergubernamentales a las que estaba afiliado en 1977 a 37 en 1988, incluyendo instituciones financieras globales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Así mismo, después de haber suscrito 15 convenciones internacionales o tratados multilaterales en 1977, dio un importante salto a 103 en 1988, los que incluían siete vinculados al control de armas. Así mismo, elevó su relación con organizaciones no gubernamentales pasando de 71 en 1977 a 574 en 1988, entre ellas 250 del campo de la ciencia y la tecnología.

En el afán de jugar un papel más constructivo al interior de la ONU, China comenzó a tener una mayor disposición a participar en operaciones de mantenimiento de la paz. Desde 1989 hasta 2009 envió más de diez mil militares y policías a cumplir ese tipo de misiones. Así mismo, ha apoyado al organismo en los temas de no proliferación de armas de exterminio masivo, ingresando en las organizaciones internacionales pertinentes y ha firmado los tratados sobre el tema, estableciendo un acabado sistema de control de este tipo de armas, ya sean nucleares, químicas o biológicas. En otro ámbito, ha apoyado la reforma de la ONU dando a conocer su posición sobre este asunto tan complejo y delicado.

Política exterior de paz, amistad y cooperación

De la misma manera, fiel a su filosofía, China abogó por el equilibrio estratégico y la estabilidad en el planeta, la resolución de los conflictos por medios pacíficos, el diálogo y la cooperación, la confianza mutua en los aspectos de seguridad, su antagonismo irrestricto al uso de la fuerza como vía de superación de las confrontaciones, manifestando la oposición a su participación en bloques militares así como al hegemonismo y el expansionismo como formas de desarrollar la política exterior.

La política de paz de China que tuvo su arranque en los propios preceptos filosóficos que le dieron origen, se formalizaron en 2005,

durante el tradicional evento que se realiza en el Balneario de Boao³ en la provincia de Hainan para discutir temas referidos a las relaciones internacionales y la política exterior. La idea de un crecimiento pacífico de China tomó cuerpo a partir de los planteamientos de Zheng Bijian, vicepresidente de la Escuela de Cuadros del PCCh quien, aupado por el secretario general del PCCh y presidente de la República, Hu Jintao, hizo un esbozo de lo que debería ser el desarrollo pacífico de China a partir de cuatro elementos que deberían actuar interconectados:

1. Una industrialización que debía emerger desde la alta tecnología, elevada eficiencia económica, bajo consumo de recursos, reducción de las causas contaminantes y aprovechamiento al máximo del recurso humano.
2. El absoluto compromiso de China de no involucrarse en conflictos ni guerra de carácter internacional, alejándose de cualquier política de carácter belicista y de la competencia por el dominio global.
3. Modernizar los sistemas administrativos, y
4. Lograr equilibrios en el progreso social, con el fin de construir una sociedad socialista armoniosa y estable, sobre la base de la civilización espiritual (Zheng, B., 2006).

Como todo proyecto, este no tuvo consensos absolutos pues hubo resistencia de quienes suponían que no se debería abandonar la modernización militar como en efecto ha ocurrido; sin embargo, los patrones de conducta en el plano político internacional de China han seguido las pautas que marcó esta propuesta, a pesar de que no se ha apaciguado el problema de Taiwán y la conflictividad en su entorno sigue siendo de permanente tensión. Las determinaciones adoptadas a partir de las definiciones de esta política fueron dadas a conocer por el presidente Hu en septiembre de 2005, durante la Cumbre conmemorativa del 60º Aniversario de la ONU, dando garantías al mundo de que el despegue económico de China no estaría asociado a los peligros de la guerra, la agresión y el abandono del respeto al derecho internacional (Tamames, 2008).

La idea confuciana de amistad que se equipara a las relaciones familiares está presente en la tradición diplomática china. Los amigos que vienen desde lejos producen gran alegría según dice el sabio en las

Analectas, así como la concepción mediante la cual se orienta a los ciudadanos a servir de guía a los amigos sin esperar nada a cambio es base fundamental de la práctica de la diplomacia moderna, al igual que tener la suficiente sabiduría para retirarse antes de sufrir un desaire. En otra arista del pensamiento confuciano se desarrolla el concepto según el cual la cultura atrae al hombre honesto y perfecciona la virtud. Por su parte, Mencio subrayaba que la verdadera amistad debía prescindir de la superioridad que pudiera otorgar cualquier condición especial, y que el motivo que debe incitar la amistad es la búsqueda de virtudes y el mutuo perfeccionamiento (Dañino, 2013). Sobre el mismo tema, Mao Zedong (1959) se preguntaba:

¿Quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos? Este problema es de fundamental importancia en la revolución. En China, todas las luchas revolucionarias pasadas consiguieron muy poco, en esencia porque los revolucionarios fueron incapaces de unir a sus verdaderos amigos para atacar a sus verdaderos enemigos (p. 11).

De manera que la idea de amistad en China es mucho más amplia que en Occidente, donde tiene un carácter selectivo. La política exterior china está marcada por este paradigma que no hace distinciones respecto de quién se acerca ni por cuál razón lo hace. Desde la perspectiva occidental, tal comportamiento es expresión de la linealidad de la concepción china de diplomacia, que incluso presenta atisbos de superficialidad y de una supuesta ingenuidad, la que no obstante oculta tras ese manto de amplitud la necesidad de adaptación y entendimiento con civilizaciones distintas y culturas diferentes⁴.

Después de leer mucho y sostener variadas conversaciones con colegas chinos, logré comenzar a comprender la justificación de sus razones para sostener vínculos con personajes y gobiernos de dudosa calidad ética y moral, algunos sencillamente despreciables en términos políticos por sus puntos de vista en relación con la democracia y el respeto a los derechos humanos. Es patente que para China tiene el mismo significado haber sostenido relaciones con el gobierno de Salvador Allende que con el del dictador Augusto Pinochet. Para ella, su vínculo era con el Estado chileno, sin inmiscuirse en la situación interna del país.

De la misma manera, China no aceptaría presiones de ninguna otra nación o grupo de naciones. Su idea de independencia forjada en el período anterior y consolidado en este, cuando su fortaleza económica le permitió consolidar la decisión de mantener una política exterior autónoma, se debía construir de acuerdo con los intereses del pueblo chino y asumiendo como basamento fundamental para erigir el entramado de su acción internacional el mantenimiento de la paz y la estabilidad en el planeta, el desarrollo de la cooperación, la prosperidad y el progreso de la humanidad (Zhang, Q., 2011).

Salvaguarda de la unidad nacional y defensa de la integridad territorial

Tres temas cubrieron durante estos años parte importante de la agenda de política exterior de China, centrada en la salvaguarda de la unidad nacional y la defensa de la integridad de su territorio:

1. La reanudación de su soberanía sobre Hong Kong y Macao.
2. La lucha por la reunificación pacífica de Taiwán, y
3. La lucha contra el separatismo en el Tíbet y Xinjiang y el combate al extremismo y el terrorismo.

En capítulos anteriores se estudiaron los dos primeros desde la perspectiva de su significación en la política interna, ahora se analizarán en el ámbito de las repercusiones e interacciones de los mismos en el escenario internacional.

Como ya fue explicado, el «problema de Taiwán» surgió después del nacimiento de la República Popular China en octubre de 1949. Los principales líderes del Kuomintang se refugiaron en la isla bajo protección de Estados Unidos, interesado —en el marco de la Guerra Fría— en mantener la ficción de un gobierno inexistente que sirviera de obstáculo a la ocupación del puesto que le correspondía a China en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Además, temía que una alianza entre los dos países de orientación socialista ejerciera una influencia alejada de la órbita estadounidense en Asia. La actuación de Estados Unidos significó una clara injerencia en los asuntos internos de China tras la resolución de la guerra civil de ese país que se definió a favor del Partido Comunista chino.

Desde un primer momento China planteó que la vía de solución de este diferendo tenía que ser pacífica, sin embargo, los sucesivos gobiernos estadounidenses obstruyeron esa posibilidad hasta que la visita del presidente Nixon reconoció la existencia de una sola China. Las negociaciones continuaron y previo al restablecimiento de relaciones, Estados Unidos aceptó las tres condiciones que China ponía para dar ese paso: el rompimiento de lazos diplomáticos con Taiwán, la abrogación del Tratado de Defensa Mutua y el retiro de sus tropas de la isla, aceptando sí que Estados Unidos y Taiwán tuvieran relaciones culturales, comerciales y de otro tipo siempre que no fueran oficiales. A su vez, China modificó su postura al alejar la retórica que propugnaba la «liberación de Taiwán» para establecer la política de «un país, dos sistemas», con el fin de fortalecer la idea de reunificación pacífica.

No obstante este compromiso, Estados Unidos no cejó en intervenir. Ya en 1979 aprobó un Acta referida a Taiwán que contradecía el acuerdo conjunto que trazaba el camino para el restablecimiento de relaciones, continuando de manera ininterrumpida la venta de armas a Taipei, tema sobre el que China y Estados Unidos alcanzaron un nuevo acuerdo en 1982, a lo que sobrevino un período de calma que incluso fortaleció la posibilidad de iniciar conversaciones entre las partes a ambos lados del estrecho de Taiwán en 1987.

Este comunicado firmado el 17 de agosto de 1982 significó un respiro en las conflictivas relaciones. Solventaba en lo inmediato un estado de tensión que China vislumbraba como un aspecto no resuelto del proceso de normalización de relaciones, sin embargo, redactado con un lenguaje ambiguo, dejaba espacio a la imaginación guerrerista de Estados Unidos en el plano estratégico, manteniendo la posibilidad de seguir abasteciendo de armas a Taiwán. En su parte sustancial el documento exponía que:

El gobierno de Estados Unidos declara que no pretende seguir con una política de venta de armas a Taiwán a largo plazo, que dicha venta de armas no superará, en términos cualitativos ni cuantitativos, el nivel de las suministradas en los últimos años, desde el establecimiento de relaciones entre Estados Unidos y China, y que tiene intención de reducir en forma gradual las citadas ventas de armas, hasta llegar, en un período de tiempo,

a una resolución final. Con esta declaración, Estados Unidos reconoce la clara postura de China sobre el acuerdo total en esta cuestión (Gobiernos de Estados Unidos y la República Popular China, 2003).

Henry Kissinger reconoció que el documento no definía con precisión los términos «de forma gradual», tampoco «nivel» de suministro de armas que se había alcanzado con anterioridad y que serviría de referencia, como tampoco a cuánto tiempo concernía el «largo plazo» al que se aludía como política a acordar y establecer. China tampoco, a pesar de insistir en un acuerdo definitivo, establecía un tiempo límite ni emitía amenaza alguna (Kissinger, 2013).

Sin embargo, a comienzos de la década de los noventa, estimulado por el fin de la Guerra Fría y el triunfalismo occidental que presagiaba el «fin de la historia» y el establecimiento de un mundo unipolar bajo égida estadounidense, Taiwán rompió su compromiso con la búsqueda de una salida negociada al conflicto trocándola por la búsqueda de la «independencia», lo cual se manifestó en una activa política internacional en cuanto a la realización de sondeos para ampliar sus relaciones bilaterales así como en el espacio multilateral al cual pretendieron volver como Estado nacional. Durante todo ese período Estados Unidos intensificó la venta de armas a Taiwán tanto en cantidad como en el potencial bélico de las mismas, y realizó acciones políticas que perseguían claramente el objetivo de incomodar a China, poniendo nuevamente en el tapete aspectos de su política interna no compartidos por Estados Unidos, lo cual llevó a momentos conflictivos de la relación bilateral entre las dos potencias en 1995-1996, 2001 y 2008. Hechos similares ocurrieron por parte de Holanda y Francia que produjeron igualmente enfriamiento en las relaciones bilaterales (Zhang, Q., 2011).

En el camino de pavimentar una mejoría en las relaciones bilaterales entre las dos partes en conflicto, China ha aceptado la participación de Taiwán en algunos espacios multilaterales globales y regionales, sin embargo no lo puede hacer bajo la denominación de «República de China», tras la aceptación de que hay un solo Estado chino reconocido en el marco del derecho internacional. Para dar solidez jurídica a este precepto, la Asamblea Nacional Popular de

China aprobó el 14 de marzo de 2005 la Ley Antisecesión que, en su contenido, además de confirmar los tradicionales puntos de vista del gobierno chino sobre el tema, estableció en su artículo 8 que:

En el caso de que las fuerzas secesionistas que persiguen la «independencia de Taiwán» actúen bajo cualquier nombre o en cualquier forma para provocar la secesión de Taiwán de China, o que ocurran importantes incidentes que impliquen la secesión de Taiwán de China, o que las posibilidades para una reunificación pacífica hayan sido completamente agotadas, el Estado empleará medios no pacíficos y otras medidas necesarias para proteger la soberanía y la integridad territorial de China. El Consejo de Estado y la Comisión Militar Central decidirán y ejecutarán los medios no pacíficos y otras medidas necesarias como lo señala el párrafo anterior e informarán inmediatamente al Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional (Asamblea Nacional Popular de China, 2005).

La aprobación de esta ley generó la crítica inmediata de los medios de comunicación y la repulsa de Estados Unidos y de la Unión Europea, toda vez que aceptaba la idea de «resolver» el conflicto por una vía distinta a la de la negociación y los medios pacíficos. La Unión Europea emitió el 18 de marzo una declaración pidiendo a las partes que evitaran cualquier acción unilateral y las instaba al diálogo y la comprensión mutua. Rusia, por su parte, reiteró que el tema de Taiwán era un asunto interno de China y que ninguna «fuerza foránea» tenía derecho a intervenir en él. Estados Unidos, a su vez, consideró desafortunada la adopción de la ley, porque no contribuía a los propósitos de paz y estabilidad en el Estrecho de Taiwán. A pesar de que el *statu quo* internacional se ha mantenido, el tema de Taiwán sigue siendo motivo de tirantez en las relaciones de China con Estados Unidos, mientras que desde el punto de vista de los vínculos entre las dos partes chinas se ha mantenido entre vaivenes según los intereses y las decisiones de los diferentes gobiernos que tuvo Taiwán durante este período, en un ámbito de distensión cuando ha sido el Partido Kuomintang el que ha estado en el poder en los últimos años y de zozobra cuando el Partido Democrático Progresista ha dirigido el gobierno de la isla. Esta situación ha repercutido permanentemente

en las relaciones internacionales, toda vez que es tema prioritario de la política exterior china.

Más recientemente se produjo una reunión histórica en Singapur entre el presidente Xi Jinping y el entonces líder de Taiwán Ma Ying-jeou, primera vez que los dirigentes de ambos lados del Estrecho de Taiwán se encontraban oficialmente. Desde 2008 las relaciones entre ambas partes se venían desarrollando en un clima de paz, en el contexto de las llamadas «tres comunicaciones»: correos, comercio y navegación. Así mismo, el comercio bilateral llegó a 170 mil millones de dólares al año, mientras que se han intercambiado 8 millones de turistas y 40 mil estudiantes. Este encuentro marcó un punto de inflexión que auguraba un paulatino mejoramiento de las relaciones bilaterales, una atenuación de la tensión entre ambas partes y una ampliación de la cooperación en múltiples áreas de la economía, la cultura, la educación y las ciencias, en un contexto de paa. Sin embargo, la pérdida del poder por parte del partido Kuomintang en las elecciones de 2016 y su abandono del gobierno ha llevado a un retroceso y a un nuevo estado de desasosiego, volviendo a etapas que parecían superadas.

Por otra parte, también surgieron contratiempos al finalizar la Guerra Fría, cuando después de la cooperación sostenida entre China y Gran Bretaña tras la firma de la Declaración Conjunta de 1984 referente al retorno de Hong Kong a soberanía china, el país europeo intentó hacer «reformas democráticas» de corte occidental durante los años finales de su dominación sobre el territorio, los cuales estaban encaminados a construir ascendientes políticos y económicos que miraran al futuro. Sin embargo, a la medianoche del 30 de junio de 1997 se arrió la bandera británica y se izó la china, asumiendo las fuerzas armadas de este país el control formal de la soberanía sobre la que a partir de entonces se transformó en una Región Administrativa Especial. Mucho más expedita fue la transición de Macao a China, tras la Declaración Conjunta entre los gobiernos de China y Portugal de abril de 1987, la cual consagró que a partir del 19 de diciembre de 1999 este territorio retornaría a soberanía china, como efectivamente ocurrió.

En otro ámbito, un aspecto de la agenda a la que China tuvo que comenzar a prestar mucha mayor atención durante las últimas décadas del siglo pasado fue la del separatismo y la violencia terrorista, que en

el caso de la Región Autónoma Uigur de Xinjiang se comenzaron a mezclar, aunque el epicentro de estos tipos de conflictos en China estuvo ubicado en un primer momento en la Región Autónoma del Tíbet.

El proceso de construcción de la ciudadanía china en un país multiétnico como es hoy⁵ ha debido hacer un largo recorrido en el que se fue produciendo una integración de carácter múltiple, no ajena a permanentes migraciones internas que devinieron zonas concentradas por parte de alguna etnia o desconcentradas en una vasta extensión del territorio nacional. Como ya se mencionó, la etnia Han —mayoritaria en el país— se distribuye a todo lo largo y ancho del mismo. En la búsqueda de una división político administrativa que tome en cuenta estas características, fueron creadas desde 1954, por mandato constitucional, regiones autónomas, prefecturas autónomas, distritos autónomos, zonas autónomas y cantones étnicos en aquellas áreas donde la concentración de la población de una determinada etnia permitía transformar tal hecho en una estructura que protegiera a los pueblos minoritarios y les diera posibilidades de desarrollo económico, cultural y social, manteniendo sus tradiciones y costumbres, protegiendo su religión, lengua y cultura, generando condiciones para una convivencia interétnica que permitiera la estabilidad política y social del país.

En este marco le correspondió a la diplomacia china el papel de coadyuvar a la unidad nacional frente a los conflictos internos a los que se les ha dado carácter internacional con el fin de justificar la injerencia de potencias extranjeras en los mismos. En el caso del Tíbet, durante la era feudal, el 5% de la población dominaba el territorio económica y culturalmente, mientras el Dalai Lama controlaba el poder administrativo y religioso en nombre del budismo tibetano. En 1912, tras el derrocamiento de la monarquía Qing y la creación de la República de China, el gobierno del Tíbet desconoció a la nueva autoridad instalada en Beijing y declaró unilateralmente su independencia, ampliando el territorio bajo su control hasta que en fecha posterior al surgimiento de la República Popular, en 1951, el gobierno chino decidió tomar cartas en el asunto, lo cual fue resistido por la autoridad tibetana hasta que fue derrotada militarmente, firmándose un acuerdo de 17 puntos a través de los cuales fue abolido el sistema feudal despótico, al tiempo que el Dalai Lama XIV partió al exilio donde instaló un gobierno que no tiene reconocimiento internacional alguno. Sin embargo, este ente

que se apoya en una visión religiosa divina con el apoyo de Estados Unidos y organizaciones internacionales europeas, han hecho de este caso un instrumento para involucrarse en una problemática interna que atañe solamente a la República Popular China, utilizando como argumento una supuesta destrucción de la cultura tradicional tibetana y un clima de persecución religiosa que niega los grandes avances que el Tíbet ha tenido durante el último medio siglo en materia de protección y promoción de su cultura, de su ciencia y sus tradiciones, que hoy poseen un resguardo, salvaguardado constitucionalmente como nunca antes en la historia (Zhang, Q., 2011).

El «gobierno» en el exilio del Dalai Lama, que representa a un sector minoritario que defiende intereses feudales reaccionarios y atrasados, ha intentado retrotraer la historia a través de la violencia, buscando apoyo internacional para su reconocimiento, escondiendo tras un manto religioso un asunto que es estrictamente político, lo cual ha sido rechazado en los foros internacionales y en los ámbitos multilaterales, así como en las Relaciones Exteriores bilaterales de China que ha asegurado su disposición a negociar el futuro del Dalai Lama sobre la base del reconocimiento de que en China hay un solo gobierno y que el territorio nacional es único e indivisible.

El «problema del Tíbet» se ha manifestado en los años recientes como un punto de fricción que intentan gobiernos occidentales en contra de la República Popular China, a pesar de que no hay un solo país que haya reconocido la «independencia» del Tíbet ni al Dalai Lama como gobernante. Por ello, una de las prioridades del gobierno chino ha sido oponerse a las actividades secesionistas del Dalai Lama, lo cual se fue transformando en línea de actuación permanente de su diplomacia, en tanto la Guerra Fría primero y los intentos de limitar el desarrollo de China después transformaron este caso en tema permanente de agenda en las relaciones de varios países, en particular de Europa, además de Estados Unidos, en su relación con China.

Por otra parte, el caso de Xinjiang —aunque es similar al del Tíbet— guarda ciertas particularidades que lo hacen diferente del anterior, toda vez que siendo ésta una región autónoma fundada en 1955 —que al igual que el Tíbet tuvo un acelerado desarrollo económico durante los últimos años del siglo XX— el extremismo religioso, el separatismo étnico y el terrorismo internacional han puesto sus ojos en el

territorio, cobrando presencia a través de la instalación en el mismo del «Movimiento Islámico del Turkestán Oriental»(MITO)^{6 7}. Esta organización ha desarrollado tanto en China como en el exterior acciones terroristas a través de métodos violentos como sabotajes y atentados con explosivos, afectando vidas, propiedades y la seguridad de los ciudadanos. Bajo el argumento de lucha en defensa de los derechos humanos y la libertad religiosa de la etnia uigur, las acciones de este grupo han sido rechazadas por China y la comunidad internacional. La diplomacia china ha hecho un gran esfuerzo para conjuntar intereses y agrupar fuerzas y medios de varios países, en particular de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS)⁸ para combatir a esta organización terrorista (Calvo, 2015). En 2002, la ONU incluyó a MITO en su lista de organizaciones terroristas.

La propuesta china de lucha contra el terrorismo se estructura a partir de una visión integral, tanto preventiva como de combate frontal a la eliminación de las causas que producen este flagelo, prescindiendo de aceptar la equiparación de terrorismo con una nación o religión específica y evitando los dobles estándares sobre el tema. Además de firmar las convenciones internacionales en esta materia, China ha mantenido consultas bilaterales con diversos países, entre ellos Estados Unidos, Pakistán, India, Francia y Gran Bretaña y ha hecho un esfuerzo superior en la cooperación y coordinación de esfuerzos en este tema con sus pares de la Organización de Cooperación de Shanghái.

Diplomacia ambiental

Con respecto al cambio climático, China —consciente de ser uno de los mayores emisores de gases de efecto invernadero del mundo— tomó cartas en el asunto para revertir esa situación. Desde que en 2007 aprobó el Plan Nacional de Respuesta al Cambio Climático, comenzó a tomar medidas internas para disminuir las emisiones, incluso al costo de una ralentización de su economía. Hasta el presente ha firmado más de 50 tratados o convenciones internacionales sobre protección del medio ambiente, incluyendo la Convención Marco de la ONU sobre Cambio Climático y el Protocolo de Kioto. En 2008 China había cumplido el registro ante la ONU de 244 proyectos en el marco del Mecanismo de

Desarrollo Limpio (MDL) con la expectativa de evitar la emisión de 213 millones de toneladas anuales de CO₂ (Zhang, Q., 2011).

Unión Soviética/Rusia

En el plano de las relaciones bilaterales es importante destacar que el proceso simultáneo de reformas en China y la Unión Soviética, aunque transitaron por cauces distintos, parecían presagiar un mejoramiento de los lazos de amistad interrumpidos entre los dos países. En el informe sobre la situación internacional y la política exterior de la URSS presentado por el canciller soviético Andrei A. Gromiko en el octavo período de sesiones del Soviet Supremo de ese país en junio de 1983, respecto de los vínculos con China exponía la voluntad de su gobierno a favor de la normalización de las relaciones con Beijing a partir de una política recíproca que se adentrara en la búsqueda de ampliar los lazos y los contactos bilaterales, sobre la base de los intereses de ambos pueblos, evitando de esa manera lo que Gromiko llamaba el interés del enemigo de clase por dividir a la comunidad socialista (Gromiko, 1985).

Los años finales de la Unión Soviética fueron expresión de ciertas manifestaciones en ese sentido, pero Beijing no alteró su punto de vista inicial cuando pasaron a debatirse a la luz de los nuevos acontecimientos. Al respecto, en un artículo publicado en la revista *The Economist* (citado por Kennedy, 1994), se planteaba que los puntos de fricción a mediados de los años ochenta del siglo pasado y las exigencias chinas a favor de un mejoramiento de las relaciones se circunscribían a que la URSS diera señales positivas en tres aspectos: la intervención en Afganistán, el apoyo a Vietnam, así como las fronteras mutuas y la seguridad en Asia Central. La aceleración de la crisis soviética y de los países aliados del este de Europa que concluyó a comienzos de la última década del siglo pasado con la desaparición del gigantesco ente multinacional euroasiático no permitió resolver este problema en su totalidad, aunque en 1989 se habían normalizado las relaciones y aumentado los contactos bilaterales en la búsqueda de solucionar los problemas fronterizos, progresando en los ámbitos diplomáticos y militares. Sin embargo, esta tendencia positiva no pudo ser concluida por la URSS y fue heredada por los nuevos

Estados que surgieron, en particular Rusia que adquirió los derechos fundamentales del fenecido país en materia global y que debió dar continuidad a los esfuerzos para establecer relaciones de buena vecindad a favor de la paz en Asia y en el planeta.

La llegada al poder de Vladimir Putin en Rusia en el año 2000 supuso un mejoramiento acelerado de las relaciones bilaterales. El intercambio mutuo se amplió hasta 20 mil millones de dólares en 2005, con una tendencia que habría de expandirse mucho más con el correr del nuevo siglo. En julio de 2001 los jefes de Estado de ambos países firmaron un Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación que se propuso establecer una asociación de coordinación estratégica en la que los dos países y pueblos se transformaran en «amigos de generación en generación y no convertirse nunca en enemigos» (Zhang, Q., 2011, p. 116). El fin del antiguo contencioso fronterizo y la ratificación de un tratado bilateral que resolvía las diferencias en ese ámbito coadyuvó de manera significativa en la creación de un buen clima en los vínculos entre estos dos gigantes. El 18 de agosto de 2005 dio inicio a un ejercicio militar conjunto de entrenamiento en lucha antiterrorista con participación de las fuerzas armadas de los dos países en el Mar Amarillo, con presencia de tropas terrestres, navales y aéreas, marcando una ruta definitiva en el acercamiento mutuo, enviando una señal al mundo y dando una clara demostración de fuerzas como respuesta a la creciente presencia estadounidense en Asia Central. La consecuencia directa de estas maniobras militares fue la solicitud de Kazajistán primero y de Kirguistán y Uzbekistán posteriormente, para que Estados Unidos fijase una fecha de cierre de sus bases militares y retiro de sus tropas en esos países. Así mismo, el intercambio energético entre Rusia y China ya avizoraba en ese entonces un incremento significativo dada la complementariedad de ambos países: Rusia como gran productor de petróleo, gas y electricidad y China como deficitario en esas materias (Tamames, 2008).

Asia Central, el sudeste asiático y el Pacífico

En el afán de buena vecindad y demanda de paz en la región, un gran paso adelante fue la creación en 1996 —como ya se mencionó— del

Grupo de los Cinco de Shanghái, que en junio de 2001 —con el ingreso de Uzbekistán— pasó a llamarse Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), un mecanismo de cooperación en la lucha contra el terrorismo, el separatismo y el extremismo. La OCS fue ampliando su curso de acción (incluso incorporando la cooperación económica en su Carta, en 2003) y también extendió su membresía hasta transformarse en un verdadero eje contra-hegemónico en materia de defensa y seguridad, sin llegar a ser un bloque militar pero haciendo en los hechos oposición a la OTAN en sus intereses expansivos y agresivos. Los ingresos posteriores de India y Pakistán en 2017, la presencia como observadores de Irán, Bielorrusia, Mongolia y Afganistán, de otros seis países como socios de diálogo, de Turkmenistán y cuatro organizaciones internacionales incluyendo a la ONU como invitados y otras cinco que tienen estatus de «interesadas» —todas las cuales se sumaron a los cinco miembros originales— han configurado una amplia alianza que le concede a la OCS gran poder global con autonomía de Occidente. Un gran golpe a la política de Estados Unidos significó el rechazo de la OCS a su solicitud de ingreso con estatus de observador (Vargas, 2007).

En este ámbito, China se preocupó por consolidar relaciones con sus vecinos asiáticos a partir del establecimiento de la política de apertura y reforma, resolviendo sus conflictos fronterizos salvo con India, con la cual se siguen manteniendo tensiones en esta materia. En el plano económico las relaciones con la región son prioritarias, lo cual se comenzó a manifestar en sus activos vínculos con la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (Asean) y su participación en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), sin plantear ningún tipo de relación dicotómica con Estados Unidos en el marco de estas organizaciones, manteniendo incluso el tema de Taiwán alejado de las deliberaciones y sabiendo que en estos conglomerados participan aliados incondicionales de Estados Unidos como Japón y Australia (Tamames, 2008). Con esto, China pretendía construir un dique de contención a la acción de Estados Unidos, empeñado en la creación de un poderoso triángulo anti-chino con Japón y Australia (Vargas, 2007). Así mismo, a partir de 1996 se establecieron asociaciones estratégicas con India, Pakistán, Nepal y la Asean.

El nuevo siglo para China significaba en gran medida la necesidad de fomentar medidas de confianza, seguridad mutua y amistad con

sus vecinos más inmediatos, con el fin de tenerlos como socios en proyectos que determinen prosperidad para todos. Eso ha significado establecer mecanismos de cooperación pragmática en términos bilaterales y una mayor contribución en los mecanismos multilaterales regionales, buscando atenuar las diferencias y los conflictos que se han arrastrado en el tiempo, actuando con moderación respecto de los diferendos limítrofes. Con ello ha mejorado significativamente el ambiente regional llegando a establecerse una situación positiva de tal dimensión que China no ha dudado en caracterizarla como las mejores relaciones con sus vecinos en toda su historia. En ese marco, China ha ampliado su participación en los foros regionales de la ASEAN firmando en 2002 la «Declaración sobre la Conducta de las Partes en el Mar Meridional de China» y la «Declaración Conjunta sobre la Cooperación en los asuntos de Seguridad no Tradicionales», al mismo tiempo que adhirió en 2003 al «Tratado de Amistad y Cooperación del Sudeste de Asia».

De la misma manera, como parte de su interés por tener una participación más activa en el conflicto en la península coreana, China se abocó a mejorar sus relaciones con la República de Corea, con lo cual consolidó su posición como el interlocutor más importante en la búsqueda de una salida pacífica al diferendo de más de 70 años que enfrenta a los dos entes estatales coreanos.

En el caso específico del asunto nuclear en la península coreana, que ha sido un foco de preocupación internacional desde los años noventa del siglo pasado, China le ha hecho un seguimiento especial dada su vecindad y las implicaciones directas que para su propia seguridad pudiera tener un escalamiento del conflicto, por lo que desde siempre ha insistido en poner el énfasis en los esfuerzos que se puedan hacer desde la diplomacia multilateral para su resolución. China ha servido de sede para las conversaciones a tres partes en 2003 con Estados Unidos y la RPDC y del Grupo de los Seis posteriormente. De esta manera, en 2007 se logró aprobar una serie de documentos agrupados en una Declaración Conjunta que trazaban una ruta para la desnuclearización de la península. China ha rechazado las pruebas nucleares hechas por las RPDC y ha votado consecuentemente con ello en las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU pero, de la misma manera, ha sostenido que se debe respetar la soberanía

y la integridad territorial de la RPDC, así como aceptar su derecho al desarrollo pacífico de la energía nuclear. China ha abogado por la solución pacífica del conflicto coreano a través del diálogo y la consulta (Zhang, Q., 2011).

Otros vecinos como Tailandia y Singapur, con los que hubo continuas tensiones en tiempos de la revolución cultural, optaron por mejorar las relaciones con China. Una situación similar se ha comenzado a desarrollar con Indonesia, Malasia y Vietnam que incuban en su interior grandes comunidades chinas de etnia Han y que mantienen fricciones por la soberanía de algunas islas en el mar de la China Meridional, sobre las cuales se apela a históricos argumentos de posesión por todos estos actores (Pearson y Rochester, 2000).

Por su parte, los vínculos con Japón mantuvieron una espiral de tensión heredada de la brutal intervención nipona en China entre 1931 y 1945 con su secuela de asesinatos, violaciones de derechos humanos y destrucción, que el gobierno de ese país ha reconocido con tibieza, sin pedir disculpas de forma expresa por los daños humanos y materiales causados, los que todavía en 2007 mantenían presencia a través de almacenes de gases letales que aún quedaban en China, constituyendo —sesenta años después del fin del conflicto— una amenaza contra la población civil. A ello se debe agregar que en la memoria del pueblo chino persiste el recuerdo de la masacre de Nanking perpetrada por el ejército imperial japonés que significó tortura, violación y asesinato masivo de trescientos mil ciudadanos chinos en diciembre de 1937. También es imposible olvidar las más de cuatrocientos mil mujeres obligadas a servir como esclavas sexuales para el ejército japonés solo en China, además de las que sufrieron similar desgracia en Corea y otros países de la región, lo cual es insistentemente negado por todos los gobiernos japoneses desde el fin de la guerra. Todo este desagradable contexto ha hecho que las relaciones entre China y Japón se mantengan en un marco de desconfianza mutua permanente. Como prueba de su negación a rechazar las actuaciones de sus soldados en la guerra y enmendar una deplorable acción violatoria de los derechos humanos, los primeros ministros japoneses, burlándose de las víctimas y sus familiares, visitan con regularidad el santuario de Yasukuni donde rinden homenaje a los criminales de guerra que fueron enterrados en dicho

lugar, a pesar de que el propio emperador Hirohito se negó desde 1975 a volver a ese lugar tras el entierro de dichos criminales. Solo en octubre de 2006 los líderes japoneses dejaron de rendir homenaje a los criminales enterrados en Yasukuni, creando mejores condiciones para la convivencia mutua y el mejoramiento de las relaciones. Bajo el influjo de las palabras del primer ministro chino Zhou Enlai, quien en 1972 había dicho que las relaciones entre China y Japón habían transcurrido en «2 mil años de amistad y 50 de confrontación», el gobierno chino aceptó «por la amistad entre los pueblos chino y japonés, renunciar al derecho de demandar indemnizaciones de guerra a Japón» (Zhang, Q., 2011, p. 108). Por su parte, Japón concedió cuatro créditos por alrededor de 28 mil millones de dólares a China entre 1979 y 2000.

Esto muestra que a pesar de las diferencias los lazos económicos con Japón han sido de particular importancia para China, dada la complementariedad de sus economías. China poseía las materias primas estratégicas de las que carecía el país nipón, en especial petróleo y carbón, mientras que este podía proveer a China de tecnología y productos manufacturados en momentos en que su comercio internacional era bastante limitado, al mismo tiempo que las políticas proteccionistas de Estados Unidos (su principal socio comercial) restringían las posibilidades de ampliar las exportaciones de un mercado en plena expansión. Las crecientes necesidades de consumo de China vinieron a llenar ese vacío. Ya en 1985 Japón se había transformado en su segundo mayor socio comercial, mientras que este era el primero para Beijing hasta 1987, cuando fue desplazado por Hong Kong, que diez años más tarde volvería a soberanía china. Así mismo, la mitad de los créditos externos que recibió China entre 1979 y 1983 provinieron de Japón, llegando a cien millones de dólares en 1985 y a 2000 millones en 1987 (Keylor, 1998). En 2008, el comercio bilateral llegó a 267 mil millones de dólares, con lo que Japón pasó a ser el tercer socio comercial más grande y la segunda fuente de inversión extranjera en China, además de que para el país nipón China siguió siendo su principal socio comercial.

El entorno pretérito, basado en la actitud de los gobiernos japoneses respecto de la agresión perpetrada por su país a China, sumado a los conflictos limítrofes marinos no resueltos y la disputa

sobre islas en el Mar de China Meridional, han signado las relaciones entre ambos países, sobre todo tras algunas prospecciones que señalarían la presencia de importantes reservas de hidrocarburos en el suelo marino. Este problema significará de hecho el veto seguro de China a las aspiraciones de Japón por ocupar un lugar como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU ante una eventual ampliación de ese órgano.

Otro tanto ocurrió en las relaciones con India, signadas por un conflicto fronterizo que persiste desde 1962 y que de tanto en tanto llega a niveles máximos de tensión poniendo a los dos países al borde de la guerra. Los poderes globales (Estados Unidos en particular) temen la posibilidad de una alianza entre estos dos gigantes que tienen un poco menos de la mitad de la población mundial y un potencial de desarrollo económico incalculable, por lo que ha atizado y estimulado el conflicto entre ambos firmando un acuerdo sobre armas nucleares por el que Estados Unidos accedió a vender combustible y tecnología nuclear a India (Wallerstein, 2006). Sin embargo, a pesar de las diferencias, ya en el año 2000 el volumen del comercio bilateral ascendió a tres mil millones de dólares, llegando en 2004 a trece mil millones, lo cual representó el 1% del total de China y el 9% de India. Como dice Tamames (2008, citando un artículo de *The Economist*, 2005), el benéfico intercambio comercial mutuo creó condiciones para mejorar el diálogo sobre los diferendos fronterizos, lo cual condujo a que en abril de 2005 llegaran a un acuerdo en el que ambas partes desestimaban ciertas reclamaciones, aceptando hacer algunos ajustes fronterizos y abriendo el paso de Nathu-La Pass en el Himalaya cerrado desde la guerra de 1962 y por donde transitaba el 80% del comercio bilateral.

Medio Oriente

Otro tema que ha acaparado la atención de la diplomacia china ha sido el de las conflictivas acciones de presión de Occidente sobre Irán, uno de los principales y seguros abastecedores de petróleo y gas de China. Beijing dejó claramente establecido que ejercerá su derecho a veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas ante cualquier intento de intervención en el país persa. Aunque China ha

establecido que no acepta el desarrollo de armamento nuclear por parte de Irán, también ha fijado posición en torno a que cualquier decisión en ese sentido se debe tomar en el marco de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) de la ONU.

En general, en los asuntos del Medio Oriente y sobre el conflicto israelí-palestino en particular, China ha manifestado de forma permanente su solidaridad con el pueblo palestino y ha respaldado su lucha para la restitución de sus derechos, en primer lugar el de construir un Estado independiente, pero no apoya la desaparición del Estado de Israel. China designó a un alto funcionario de su cancillería como enviado especial para este asunto, promoviendo la paz y las negociaciones para llegar a acuerdos que incluyan la solución del asunto de Jerusalén en el marco de las resoluciones de la ONU (Zhang, Q., 2011).

África

Con respecto a África, China ha ofrecido una relación ganar-ganar no igualada por ninguna otra potencia mundial: a cambio de recibir una importante dotación de materias primas, sobre todo minerales, ofrece experiencias de desarrollo adaptadas a las condiciones propias de los países de ese continente. Así mismo ha entregado abundante ayuda en forma de inversiones, sin inmiscuirse en sus asuntos internos y sin establecer la tradicional relación colonia/metrópoli ni la actitud imperialista que los países europeos y Estados Unidos se resisten a abandonar a pesar de que la independencia y el surgimiento de la mayoría de los Estados africanos ya ronda entre tres y cuatro décadas de antigüedad, pero también sin opinar respecto de regímenes corruptos, represivos y violadores de los derechos humanos como es usual en la práctica de la política exterior china, práctica habitual de la política exterior de las potencias occidentales que no se miden a sí mismos con similar rasero.

La cooperación china al desarrollo de África se desarrolló desde el año 2000 en el marco del Foro China-África de Cooperación (Focac), el espacio para estrechar sus lazos, desarrollando iniciativas políticas, comerciales y humanitarias con África. A partir de este evento China suprimió mil trescientos millones de dólares de deuda de los países

africanos, dando cumplimiento a los postulados de ayuda al desarrollo incluidos en los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU. En la cumbre de Focac realizada en Beijing en noviembre de 2006, con la presencia de representantes de 48 de las 53 naciones de esa región, fueron ampliados a niveles nunca antes vistos los vínculos en materia de comercio e inversión, sobre todo en infraestructura de comunicaciones terrestres, marítimas y ferroviarias, hidroeléctricas, telecomunicaciones y educación (Vargas, 2007). En ese evento China suprimió otros 1.250 millones de la deuda, prometiendo doblar la ayuda a África para el año 2009; además envió un equipo de cien expertos agrícolas y financió la formación de mil quinientos profesionales; construyó cien escuelas, diez centros de enseñanza agrícola, cien hospitales y treinta clínicas contra la malaria; así mismo eliminó los impuestos de importación de 440 productos africanos y aumentó el número de becas ofrecidas a jóvenes de los países de ese continente para estudiar en China (Cumbre de Beijing y Tercera Conferencia Ministerial de Focac, 2006; Naidu y Burke, 2008). Este ámbito también ha sido utilizado para desatar el proceso inversionista, a partir de lo cual se concluyeron más de una docena de acuerdos en distintas áreas entre compañías chinas y contrapartes africanas del sector privado, al tiempo que China lanzó el China-África Development Fund (CADF) con un monto inicial de cinco mil millones de dólares, además de conceder cinco mil millones más en préstamos y créditos (Naidu y Burke, 2008).

Por supuesto que la creciente presencia china ha causado desazón en las empresas occidentales que consideraban el continente africano como su coto privado de explotación, sobre todo en el área energética, en particular en Nigeria, Angola, Sudán y Guinea Ecuatorial. China se transformó en el tercer socio comercial de África solo detrás de Estados Unidos y Francia (Tamames, 2008), llegando en 2008 a un intercambio de 107 mil millones de dólares. Así mismo, ha iniciado proyectos de inversión en 49 países africanos y una privilegiada relación con las economías más grandes: Egipto, Nigeria y Sudáfrica.

En 2009, China anunció un plan de ocho medidas para consolidar su cooperación con África, entre las que se encuentran acciones dirigidas a hacer frente al cambio climático; incrementar la cooperación en materia de ciencia y tecnología desarrollando cien proyectos de investigación conjunto en esta materia; ayudar a África a aumentar

su capacidad de financiamiento; ampliar la apertura de su mercado a los productos africanos; intensificar la cooperación en materia agropecuaria, entrenando a dos mil agrónomos provenientes de países de este continente; profundizar la asistencia en el ámbito de la salud donando 73,2 millones de dólares para equipamiento y aceptando la formación de hasta tres mil médicos y enfermeros africanos; construir 50 escuelas, entrenar a 1.500 directores de escuela; aumentar a cinco mil el número de becas y entrenar hasta veinte mil profesionales en un plazo de tres años y ampliar los intercambios culturales y humanísticos con el continente africano (Zhang, Q., 2011).

América Latina y el Caribe

Otro tanto pudiera decirse de América Latina y el Caribe, con cuyos países China ha dado un salto cuantitativo y cualitativo en sus relaciones políticas y sobre todo económicas en este período, con un indudable impacto en el mejoramiento de la situación económica de la región durante los primeros años de este siglo.

Ya durante las décadas de los años ochenta y noventa del siglo pasado las relaciones experimentaron un desarrollo acelerado, lo que se manifestó de variadas formas. En primer lugar, ocho países latinoamericanos establecieron relaciones diplomáticas con China (Ecuador, Colombia, Antigua y Barbuda, Bolivia, Uruguay, Bahamas, Santa Lucía y Saint Kitts y Nevis), por lo que, a finales de los noventa se amplió a 19 los países de la región que tenían relaciones diplomáticas con Beijing. El profesor Xu Shicheng (2006) lo refiere resaltando que:

Aumentaron las visitas mutuas de alto rango y los contactos políticos: en mayo de 1990, el entonces presidente chino Yang Shangkun, visitó México, Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, en la primera visita de un presidente chino a la región. El presidente Jiang Zeming visitó Cuba y Brasil en noviembre de 1993 y México en noviembre de 1997. Aumentaron los contactos entre el Partido Comunista Chino y varias fuerzas políticas latinoamericanas. El comercio y la cooperación económica crecieron de manera sostenida. El volumen del comercio

bilateral pasó de 1.363 millones de dólares en 1980 a 2.294 millones de dólares en 1990, y a 8.278 millones de dólares en 1999. A partir de los 80 se realizaron inversiones recíprocas y comenzaron a establecerse empresas mixtas. A finales de los 90, más de 200 empresas mixtas o de capital chino operaban en América Latina (p. 107).

Sin embargo, Xu advierte que la llegada del siglo XXI supuso un cambio en los vínculos, toda vez que China comenzó a desarrollar una diplomacia que el experto chino denomina «omnidireccional y multifacética hacia América Latina», la cual se manifestó por el incremento de los vínculos bilaterales de forma «integral, sana y sostenida», lo cual se hizo práctico a través del aumento de las visitas de altos dirigentes chinos a la región y de mandatarios de casi todos los países de América Latina a China. Así mismo, los lazos no solo se han establecido en el plano económico y de una cooperación que busca beneficios mutuos, también en el ámbito cultural y el diálogo entre civilizaciones que se aceptan en sus diferencias. Dominica en 2004 y Granada en 2005 establecieron relaciones diplomáticas con China, para llegar a 21 países de los 33 de la región que mantenían esa situación (Xu, S., 2006). Todo ello devino en un rápido crecimiento de las relaciones económicas. Las importaciones chinas de soya y mineral de hierro de Brasil, petróleo de Venezuela y México, café de Colombia, cacao de Ecuador, minerales de Perú, fruta y vino de Chile, cereales, carne y soya de Argentina, entre otros, contribuyeron a sostener niveles nunca antes alcanzados en el comercio bilateral, pasando de 12.596 millones de dólares en el año 2000 a 17.826 millones en 2002, 26.800 millones en 2003, cuarenta mil millones en 2004 y 50.457 millones en 2005, lo cual condujo a que China sea hoy el segundo socio comercial de América Latina en general y el primero de varios países. Hasta 2004 China había invertido un poco más de cuatro mil millones de dólares en cooperación económica e inversiones de carácter financiero en la región (Ob. cit.).

En 2008 el Ministerio de Relaciones Exteriores de China publicó el «Documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe» que definió los objetivos, los ámbitos y los principios rectores de la política de China hacia la región. China alcanzó en este período a tener relaciones con 21 países de la región. Ya había establecido

una «asociación estratégica» con Brasil, agregando posteriormente vínculos de esa dimensión con México, Argentina y Perú, además de una «asociación estratégica de desarrollo común hacia el futuro» con Venezuela. Así mismo, China se ha ido incorporando como observador en diferentes mecanismos políticos y económicos multilaterales de la región (Zhang, Q., 2011).

Unión Europea

La relación de China con la Unión Europea (UE) en este período se manejó en términos pragmáticos, buscando aprovechar condiciones favorables para las relaciones bilaterales. La UE apoyó a China en su proceso de incorporación a la OMC y desistió de su política de atacarla en el ámbito de los derechos humanos, marcando distancia con Estados Unidos que estableció un embargo a la venta de armas tras los incidentes de 1989 en la plaza Tiananmen, pero su actitud pusilánime en este tema hizo que China no considerara a la UE como «un socio estratégico serio» en primera instancia (Vargas, 2007). En 1994, sin embargo, la UE desistió de seguir aplicando los embargos a China, salvo el de armas, firmando un acuerdo sobre diálogo político y avanzando en la normalización de relaciones. En 1998 establecieron un acuerdo para realizar cumbres anuales y en 2001 aceptaron instituir una «asociación comprensiva» que fue ascendida a asociación estratégica en 2003, conducente a construir 50 mecanismos de consulta y diálogo (Zhang, Q., 2011). Para darle forma y estructura a sus vínculos con China, la UE diseñó una estrategia que partía del establecimiento de algunas prioridades, tales como la invocación de una responsabilidad compartida en la gobernanza mundial, esperando que China «sea un enlace» válido entre las potencias y los países subdesarrollados y el apoyo a China en su «proceso de transición económica», aspirando a que ésta establezca un modelo de democracia de corte occidental, lo cual orientaría la política europea a China manteniendo en los hechos un elemento conflictivo en sus vínculos.

A pesar de estas diferencias, las relaciones avanzaron positivamente, lo cual tuvo un impacto en las relaciones económicas, llegando a ser la UE en 2004 el mayor socio comercial de China, avanzando hasta

que el comercio bilateral alcanzara los 425,6 mil millones de dólares en 2008, transformando además a la UE en el mayor mercado para sus exportaciones, la mayor fuente de tecnología y la cuarta fuente de inversión extranjera (Ob. cit.).

No obstante, las relaciones se vieron ensombrecidas por la venta de armas de algunos países europeos a Taiwán y el apoyo al Dalai Lama en las pretensiones secesionistas del Tíbet respecto de China, además de conflictos menores en el ámbito económico y la utilización política que se hizo del paso de la antorcha olímpica por los países europeos en los días previos a la Olimpiada de Beijing en 2008.

Especial interés comenzó a cobrar la búsqueda de un acercamiento entre China y el Estado Vaticano, distanciados desde el rompimiento de relaciones en 1951. Tal situación generó la división de los católicos en China: un sector que se agrupa alrededor de la Asociación Católica Patriótica de China (ACPC), desconocida por El Vaticano, que agrupa a alrededor de cinco millones de feligreses, y los que se mantuvieron leales a la Santa Sede que cuenta extraoficialmente con alrededor de ocho millones de seguidores (Tamames, 2008). Ambas cifras unidas significan un crecimiento de más de 300% respecto de los alrededor de 3 millones de católicos que había en el país en 1949. La Asociación Patriótica, sin embargo, mantuvo relaciones con El Vaticano, pero solo de carácter religioso, toda vez que se prohibió por ley sostener vínculos políticos y económicos ese Estado. Sin embargo, los candidatos a obispos propuestos por la ACPC no fueron aprobados por El Vaticano y fueron amenazados de excomunión si ejercían el culto bajo ese estatus (Ob. cit.).

Los primeros acercamientos se dieron tras el envío del pésame oficial de China a El Vaticano tras la muerte de Juan Pablo II en 2005 y la presencia del ministro del interior chino en la misa inaugural de Benedicto XVI, seguido después por la aceptación gubernamental de la presencia de una delegación de jóvenes católicos chinos en el Festival Mundial de la Juventud celebrado en agosto de ese año en Alemania y el nombramiento en junio de Xing Wenzzhi como obispo auxiliar de Shanghái. Todos estos hechos, algunos aprobados oficialmente, otros aceptados de manera tácita han ido trazando un mejoramiento de las relaciones y un avance hacia la unificación de la iglesia católica china (Tamames, 2008).

Estados Unidos

Los últimos años de gobierno de Jiang Zemin en China al inicio del siglo XXI fueron los que marcaron una pauta distinta en las relaciones con Estados Unidos. El ámbito de las relaciones bilaterales dejó de ser un tema principal de la agenda, a partir de lo cual se llegó al convencimiento mutuo de la necesidad de coexistir y colaborar. La desaparición de la Unión Soviética y la inexistencia de un «enemigo» común fueron forjando otro tipo de relación, que sin embargo no se caracterizó por una idea común del orden internacional. Durante algunos años prevaleció la necesidad mutua de poner el énfasis en la utilidad que tenía para uno y otro mantener los mejores vínculos. La llegada al poder en China de Hu Jintao como presidente y de Wen Jiabao como primer ministro en 2003, y la relación con George W. Bush primero y después con Barack Obama, quien llegó a la presidencia de Estados Unidos en 2009, contribuyeron a crear un extraño ambiente de ambigüedad al analizar lo vivido en el pasado (Kissinger, 2013).

A comienzos de este siglo en Estados Unidos predominaba la idea de que China debía ser un aliado en primera instancia en la lucha contra el terrorismo pero también en otros asuntos como la no proliferación de armas nucleares y el mantenimiento de la estabilidad en el Medio Oriente, así como en las finanzas y el comercio bilateral necesario para ambos, lo que los obligaba a conservar una situación de estabilidad en las relaciones a pesar del contexto de tirantez que prevalecía en estos ámbitos. En la «vereda de enfrente» China partía de la aceptación de que Estados Unidos era la primera potencia mundial y lo seguiría siendo por algún tiempo, pero su inevitable declive iba necesariamente a conducir a un mundo multipolar (Wang, J., 2006). En estas condiciones, no obstante que Bush no perdió oportunidad de inmiscuirse en asuntos internos de China, primó nuevamente el pragmatismo que aceptaba las diferencias y buscaba las coincidencias en aquellos campos en que podían colaborar. Para Beijing fue importante que Bush confirmara la aceptación de Estados Unidos de existencia de un solo Estado chino y su confianza en la voluntad del gobierno chino de resolver el problema de la reunificación con Taiwán solo por vías pacíficas. A partir del 11 de septiembre de 2001,

tal como lo señaló Estados Unidos, fijando una pauta unipolar en las relaciones internacionales, la cooperación entre los dos países se orientó hacia el fortalecimiento de la lucha contra el terrorismo, lo cual se manifestó en términos prácticos en la ausencia de una opinión determinante por parte de China en la escalada guerrillera de Estados Unidos en el Medio Oriente y norte de África, en particular ante las invasiones estadounidenses en Afganistán e Irak, respecto a la cual China mantuvo silencio lo que tuvo consecuencias funestas en el caso de Libia, al abstenerse en el Consejo de Seguridad cuando se votó la intervención militar que bajo el alero de la ONU permitió que la OTAN devastara al país árabe. Aparentemente, y de manera errónea, China estimó que el involucramiento de Estados Unidos en el Medio Oriente lo alejaría de su injerencia en Asia Oriental, zona estratégica para sus intereses. En 2011 Barack Obama se encargaría de cambiar esa perspectiva, que además nunca existió.

Es inevitable que en el área Asia-Pacífico se produzca el mayor número de contactos entre China y Estados Unidos durante el presente siglo, habida cuenta del surgimiento de China y el declive de Estados Unidos como primera potencia mundial. La estrategia que China siga en esta región tendrá incidencia directa en su política interna dada su relevancia económica y el papel fundamental que le toca jugar en el mantenimiento de lazos estables y pacíficos con sus vecinos, y en relación a la creciente conflictividad en sus mares adyacentes, evitando conflictos armados pero manteniendo con firmeza la defensa de su territorio y su soberanía, en particular en cuanto al manejo de la situación de Taiwán que —como se ha dicho— es considerado un asunto interno (Li R., 1996). Por el contrario, para Estados Unidos es vital que China se mantenga en una situación de permanente tensión en sus vínculos regionales, en particular con Japón, para ello los principales instrumentos serían una escalada en el conflicto con la República Popular Democrática de Corea (RPDC), el incremento en sus vínculos, sobre todo militares con Taiwán, y una presencia cada vez más activa en el mar de la China Meridional.

Esa ha sido su apuesta permanente: la negociación y el diálogo en cada caso conflictivo en su entorno, haciendo valer su condición de principal potencia regional. Los instrumentos de su diplomacia han sido básicamente los de la cooperación económica y financiera,

la inversión y el comercio, sin abandonar el fortalecimiento de sus fuerzas armadas. En definitiva, como lo señalara Wang (2006):

Las relaciones entre Estados Unidos y China siguen empantanadas por diferencias más profundas que las existentes entre cualquier otra relación bilateral entre grandes potencias en el mundo de hoy. Se trata de una unidad de opuestos extremadamente compleja y altamente paradójica. No es una relación de confrontación y rivalidad por el predominio, como lo fue la de Estados Unidos con la Unión Soviética durante la Guerra Fría, pero sí tiene alguna de sus características. Dado su patrón de interacciones, es una relación entre iguales. Pero la enorme brecha entre los dos países en cuanto a poderío nacional y situación internacional, y las diferencias fundamentales entre sus sistemas políticos y su ideología, han evitado que Estados Unidos considere a China como un par. Las influencias políticas, económicas, sociales y diplomáticas que tiene China en Estados Unidos son de lejos menores que las influencias estadounidenses en China. Por ello es lo más natural que en sus intercambios Estados Unidos ocupe el papel ofensivo y China el defensivo (pp. 141-142).

Como es natural, las relaciones entre ambos países no se pueden desarrollar en un marco amistoso en el plano gubernamental, lo cual sí se ha logrado en otros ámbitos. Las relaciones interestatales responden a intereses, y en esa medida, a pesar de la complejidad de las variables en juego, no existe ninguna duda acerca de que la conexión entre ambos países no permitiría, como en la Guerra Fría, que el fracaso de uno sea el triunfo del otro: esto se manifiesta en el sector financiero, de las inversiones, en que cada vez es más evidente que la prosperidad de uno conduce a una situación similar en el otro, lo cual no deja de ser una paradoja. En este sentido, el ámbito más complejo es sin duda el de la defensa, en el que las tensiones son cada vez más continuas y permanentes y tienen indudable influencia en el crecimiento y la estabilidad económica. Es evidente que la mirada y las decisiones que se toman en este ámbito parten de visiones totalmente antagónicas en los temas de armamentismo, seguridad, estabilidad política y cese de los conflictos. Lo deseable sería que en

este tema tan peligroso para las relaciones bilaterales y la estabilidad global ambas potencias privilegien el diálogo estratégico abierto y de amplio alcance y la transparencia en el intercambio entre las fuerzas armadas. Sin embargo, parece difícil que eso vaya a concretarse en términos beneficiosos, dada la creciente agresividad de Estados Unidos en la problemática mundial.

En términos prácticos vale la pena señalar que a pesar de la profundidad de estas contradicciones, las relaciones entre los dos países han ido en ascenso, el comercio ha tenido un rápido crecimiento: de 2,4 mil millones de dólares en 1979, pasó a 300 mil millones en 2008. Así mismo, se han establecido más de 60 mecanismos de diálogo y cooperación en ámbitos que incluyen la política, la economía, el comercio, los asuntos militares, la diplomacia, la cultura y educación y la ciencia y tecnología. De igual manera, el intercambio de visitantes se ha elevado a 2,1 millones por año y se han establecido acuerdos de hermandad entre 35 pares de provincias/estados y 145 pares de municipios de ambos países. En 2009 los presidentes Hu Jintao y Barack Obama acordaron trabajar juntos por relaciones bilaterales «positivas, cooperativas y comprensivas en el siglo XXI» (Zhang, Q., 2011, p. 102).

Otros aspectos relevantes de este período

Al finalizar este período y de cara al futuro China se propuso buscar más y mejores garantías para la preservación de su sistema, base fundamental que condujo a la decisión de llevar adelante la política de apertura y reforma. Aunque los principios generales de la política exterior china se han mantenido, el pragmatismo y la defensa de los intereses nacionales han ido cobrando mayor preponderancia en la ejecución de esa política. Sus principales instrumentos siguen siendo los económicos, no los militares. De tal manera, la lucha contra el hegemonismo y la apuesta por la multipolaridad se han transformado en base fundamental del accionar exterior de China. En este sentido, incorporó en su léxico y en su quehacer la búsqueda de asociaciones estratégicas con los principales actores internacionales, los cuales deben llenar varios requisitos: visión de largo plazo, decisión de

influir en los ámbitos bilaterales, regionales y globales, una agenda totalizante que incluya aspectos económicos, políticos, de seguridad y cultura. De la misma manera, en este período se amplió el ámbito y el carácter de la política exterior, adquiriendo nuevos espacios de actuación tales como la diplomacia económica, la cultural, la militar, la diplomacia de cumbres, la parlamentaria, la de partidos políticos y la de los pueblos, comenzando además a estructurar un trabajo más acentuado a favor de la protección de los derechos de los ciudadanos y las corporaciones chinas en ultramar, toda vez que ya en 2008 se contabilizaron más de 40 millones de ciudadanos que viajaron al exterior y la existencia de más de 10 mil entidades chinas operando en más de 160 países⁹, lo cual crea un complejo escenario de necesidades, no solo en la salvaguarda de su integridad física sino en el apoyo al cumplimiento de los objetivos de esos ciudadanos, empresas y corporaciones en el exterior. En esa medida, en 2007 el Departamento de asuntos Consulares de la Cancillería fue ascendido a Centro de Protección Consular, con lo que tuvo acceso a mayor cantidad de recursos humanos y financieros para cumplir su labor a través de 240 misiones, de las cuales 70 se especializan en asuntos consulares (Zhang, Q., 2011).

Otra característica de la política exterior china que la diferencia del período anterior es la búsqueda de aquellos aspectos en los que se tienen opiniones coincidentes, mientras se desechan aquellos en los que existen conflictos. Todos estos elementos están coadyuvando a un mayor protagonismo de China en el escenario internacional pero el ámbito económico sigue siendo preponderante en la necesidad de diversificar sus mercados (Ríos, 2007). Los contenidos ideológicos que tuvieron fuerte presencia en el pasado han dejado de tener la más mínima cabida en la diplomacia china del siglo XXI. La búsqueda de una mayor influencia en la construcción de un nuevo orden internacional vendrá dada por su indudable dimensión económica y por la defensa irrestricta que hacen de su soberanía, lo cual le da autonomía en la toma de decisiones ya no tan solo en el aspecto económico, también en el político si así lo resolvieran.

El cumplimiento del «Sueño Chino» en materia de política exterior

Nuevos conceptos de política exterior establecidos por Xi Jinping

La nueva etapa iniciada en 2012 iba a tener también un correlato trascendente en materia de política exterior y relaciones internacionales para China. Se trataba de absorber los cambios que habían ocurrido en la configuración de la estructura política del planeta y su influencia en el desarrollo de la República Popular China para determinar a su vez la incidencia que el país ha tenido y que pueda tener a futuro si se considera que hoy ya es, indudablemente, una gran potencia global. En esa medida China se propuso construir una política exterior que, dando continuidad a las exitosas misiones y tareas del pasado, pudiera cumplir con los objetivos de mediano y largo plazo que el país estaba proyectando. Todo ello requería de una actitud creadora en la teoría y la práctica diplomática, no solo en los aspectos tácticos y coyunturales, sobre todo en aquellos que dicen relación con la estructura, el largo plazo y los objetivos de alcance estratégico, por lo cual era imprescindible comenzar a realizar en el escenario internacional acciones que consolidaran el papel de la República Popular China a partir de decisiones que, basadas en su historia y sus tradiciones, tuvieran seguimiento, además de desplegar capacidad creativa para innovar y seguir desarrollando una diplomacia que emane de las peculiaridades chinas.

Entre algunas de estas particularidades a considerar está la discordancia de un país que, siendo la segunda mayor economía del mundo, si se considera el ingreso per cápita está en el lugar ochenta del planeta, toda vez que en 2014 aún existían alrededor de cien millones de pobres¹⁰. Este es un fenómeno nunca antes visto en la historia, expresión de un desarrollo desigual que debe ser subsanado. La consecuencia más directa que se extrae de esta realidad es que aún China dista de ser un país rico o poderoso, lo cual necesariamente modula su política exterior, orientándola en sus planes de desarrollo con el objetivo más inmediato de extirpar la pobreza en 2020 para construir una «sociedad modestamente acomodada». Por otra parte,

adhiera a las ideas socialistas con peculiaridades chinas, lo cual en la práctica enuncia el imperativo de perseguir los objetivos propuestos en un marco de equidad, justicia, prosperidad común y armonía social que en el escenario internacional le dará herramientas para defender un mundo de justicia, apegado a una actuación de elevado espíritu ético e imparcialidad (Wang, Y., 2014b).

La nueva etapa estratégica estableció pautas renovadoras en la política exterior encaminadas a jugar un papel más determinante en las decisiones que atañen a la paz y la seguridad del planeta. Para ello se establecieron mecanismos acabados y avanzados de consulta con expertos nacionales y extranjeros que aportan ideas y generan propuestas para ser estudiadas en las más altas esferas del Partido y el Estado. El primer elemento por considerar en torno a las orientaciones y sustentos más generales de la política exterior es la reiteración de la validez de la apertura y reforma, iniciada en el ya lejano 1978, así como dar relevancia a la continuidad de la estrategia de desarrollo pacífico y ejecución de una política exterior alineada a la búsqueda del beneficio mutuo con todos los pueblos del mundo, sobre la base de la salvaguarda de los intereses nacionales de la República Popular China. Los contactos con el extranjero se han multiplicado a través de las visitas al exterior de los máximos dirigentes del país, pero también se ha incrementado la presencia de líderes y delegaciones extranjeras en China. De la misma manera, la diplomacia se ha propuesto en esta etapa operar los vínculos con las principales potencias, estabilizar y desarrollar los esfuerzos de relaciones de buena vecindad y amistad, fortalecer la cooperación con los países en vías de desarrollo y tener una presencia más activa en aquellos escenarios donde se realiza la diplomacia multilateral.

En este ámbito el contexto señala que China se ha convertido en el mayor socio comercial de 128 países. Su contribución a la tasa de crecimiento de Asia ha superado el 50%, valiendo mencionar que tras la crisis económica y financiera global de 2008, China estuvo en capacidad no solo de colocar fondos en el FMI, también ayudar a apuntalar la economía de países en problemas (Ob. cit.).

El segundo asunto de carácter estratégico es la aplicación científica de una imbricación adecuada entre la teoría y la práctica, para lo cual se ha empleado la iniciativa creadora de los estudiosos y funcionarios,

generando ideas que uniforman la práctica de la diplomacia a partir de una visión amplia del mundo, alejados de dogmas, afirmados en un pensamiento estratégico y una alta capacidad de gestión que permite eficiencia en el estudio de los tiempos políticos y las oportunidades estratégicas. Estas experiencias han llevado a definiciones básicas respecto de las prioridades de la etapa. Son ellas:

- Plantear en los escenarios internacionales las características y el significado del Sueño Chino, eje sobre el cual el país promoverá los intercambios y la cooperación.
- Forjar una nueva relación con Estados Unidos y al mismo tiempo desarrollar las relaciones con las grandes potencias.
- Establecer una visión correcta que mantenga el equilibrio entre la justicia y el beneficio en las relaciones de intercambio, fortaleciendo los vínculos de todo tipo con los países vecinos y los que están en vías de desarrollo.
- Consolidar a nivel superior la planificación estratégica sobre la base de la defensa de los intereses nacionales.
- Establecer niveles superiores de coordinación de la práctica de la diplomacia con el fin de asegurar la dirección centralizada de las acciones de política exterior.

Todos estos elementos configuran la necesidad de construir una nueva diplomacia, considerando que el país se encuentra en un momento de grandes desafíos, al mismo tiempo que de importantes oportunidades. El presidente Xi Jinping ha hecho un esfuerzo especial para marcar el rumbo de las relaciones internacionales de este país que se ha trazado metas estratégicas para los años 2021 y 2049 y que en su horizonte tiene la construcción de un sistema internacional que se encamine por un rumbo justo y razonable (Yang, 2014).

A diferencia de otros países, en la construcción de la diplomacia china del siglo XXI influyen de manera poderosa elementos culturales de larga data que han contribuido a erigir una civilización firmemente edificada, que construye su quehacer a partir de comportamientos que en Occidente son considerados de segunda importancia. La espiritualidad del pueblo chino que incluye valores como la igualdad y el respeto a toda persona, el amor universal no ofensivo y de buena vecindad, la armonía entre uniformidad y diferencia, la forma de relacionarse con la gente a

partir de las condiciones concretas que tiene, la felicidad por el éxito del otro y la obligación de gobernar con moralidad y moderación, señalan un camino del cual es difícil desprenderse después de cinco milenios de historia (Wang, Y., 2014b). Por eso, a partir de su herencia cultural, la diplomacia china propugna el diálogo entre civilizaciones, la aceptación del pluralismo en la escogencia del sistema político que cada país se ha dado, así como la tolerancia y el aprendizaje mutuo entre los pueblos, todo lo que configura el basamento sobre el cual se erige la diplomacia de un Estado que por primera vez se enfrenta en condición de potencia a un mundo interconectado y amenazado como nunca.

El manejo apropiado de una relación equilibrada entre moralidad y beneficio en las relaciones internacionales forma parte de la tradición cultural china y por ello también lo es de su nueva diplomacia. Sus principales filósofos hicieron mención de estos conceptos. Confucio habló de la necesidad de priorizar la moral, Mozi señaló la unidad de estos dos conceptos y Mencio manifestó la idea de que la moralidad y el beneficio deben ser objetivos de la vida, pero si hubiera que sacrificar uno en provecho del otro, debería declinarse el beneficio en favor de la moral (Wang, Y., 2014a). En el período actual, estos conceptos se han fusionado con los del socialismo con características chinas que preconiza la adhesión al patriotismo, el internacionalismo y la combinación de los intereses de su pueblo con los de todos los pueblos del mundo en una relación de ganar-ganar, creando un entorno pacífico que permita el desarrollo de la sociedad china hacia el socialismo.

En este contexto se hace necesario intentar una sistematización de la política exterior china a partir de 2012, sobre la consideración de que se ha iniciado una nueva etapa que tendrá incidencia en toda la primera mitad del siglo XXI, cuando se habrá de realizar un balance que habrá de proyectar al país hacia el futuro. De esta forma, desde el punto de vista de la creación, montaje y ejecución de la política exterior, se podrían determinar dos líneas de trabajo estratégicas: elaboración de un cuerpo de principios y objetivos estratégicos para la diplomacia, y ordenamiento de la política exterior a partir de nuevos pensamientos y nuevas ideas.

En cuanto a lo primero, China ha establecido que los importantes cambios en la política, las ideas y los estilos diplomáticos hacen necesaria una adaptación desde sus propios principios a los nuevos

fenómenos que generan las actividades desarrolladas en torno a las relaciones internacionales. En este sentido se han establecido tres necesidades estratégicas:

1. Resolver la contradicción entre ser un país potencia pero simultáneamente un país en vías de desarrollo.

Según estadísticas de la ONU, específicamente el Índice de Desarrollo Humano (IDH) elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en 2009 China ocupaba el lugar 92 en el mundo, siendo un «país de desarrollo medio». China reconoció esta realidad y entendió que la superación de este atraso era la tarea fundamental del gobierno pero, a su vez, la condición de segunda potencia económica del mundo obliga a ciertas responsabilidades que ponen a prueba su capacidad de dar respuestas positivas con el fin de resolver esta incompatibilidad. Así mismo, la aceptación de que el país está viviendo un período estratégico de oportunidades obliga a la diplomacia a tomar la iniciativa, actuar ventajosamente y orientarse al futuro en la meta de construir la sociedad acomodada que se proponen para 2020. Para ello es preponderante establecer una buena relación con los países vecinos y aquellos que están en vías de desarrollo. En este marco, Gao y Li (2014), en «La diplomacia china de Xi Jinping: sucesión y renovación», exponen que los «países poderosos son claves, los países vecinos son prioritarios, los que están en vías de desarrollo son básicos y los multilaterales son escenarios». Se parte de la base de que este siglo será un gran período de oportunidades para China por el cambio favorable en las condiciones externas e internas del país, lo que augura excelentes posibilidades para cumplir con las metas trazadas.

2. Desarrollar y renovar la diplomacia china.

La estructura del sistema internacional que tiende a la multipolaridad, mayor democracia y más equilibrio en las relaciones internacionales, así como los cambios acelerados en el entorno geográfico del país y la profundización del proceso de reforma interna que necesariamente ejerce influencia sobre la política exterior obligan a una renovación de la diplomacia.

3. *Establecer con claridad la dirección y las características que adquirirá la diplomacia.*

La diplomacia china debe adaptarse a los cambios en el sistema internacional y a la velocidad que los mismos han adquirido en el mundo. Para ello se hace necesaria una planificación estratégica que se oriente hacia el largo plazo, sin soslayar los necesarios reajustes tácticos de corto plazo, pero considerándolos en su justa medida, por ello se propone dar un tratamiento adecuado a la configuración global, la planificación interna-externa y la combinación de lo «lejano y lo cercano». Desde esta perspectiva, en 2013, Wang Yi (citado por Gao y Li, 2014), quien entonces era asistente del ministro de Relaciones Exteriores, al referirse a las relaciones entre el nuevo orden internacional y la integración en el sistema actual, expuso que:

...planteamos que el nuevo orden no es abandonar ni negar el orden actual sino para hacer cambios y reajustes de aspectos injustos e irrazonables, para que esto refleje el interés común de la mayoría de los países y pueblos y promover la democracia de las relaciones internacionales. Proponer el nuevo orden no consiste en desechar lo de los demás sino para realizar la apertura, la tolerancia y el beneficio mutuo. Prestamos atención a las relaciones con EE. UU., Rusia y países europeos, damos importancia al fomento de diálogos y coordinación sobre problemas de Asia. Queremos ver el constructivo papel que juegan en la paz, estabilidad y desarrollo (pp. 147-148).

La diplomacia china se orientará hacia la búsqueda de la paz y al mantenimiento de relaciones armoniosas con todos los países del mundo. Además, el rumbo que ha tomado el planeta en dirección a la globalización y la multipolaridad obliga a hacer readecuaciones que coloquen a China como protagonista de estas tendencias, proponiéndose ser constructor de un nuevo mundo, libre de guerras y conflictos, por lo que asume la cooperación con criterios de respeto a los derechos de cada país para elegir el sistema político que desee, buscando morigerar las divergencias a través de la tolerancia (Gao y Li, 2014).

Respecto de la segunda línea estratégica de trabajo, que tiene que ver con el ordenamiento de las actividades a partir de las nuevas ideas, se emplaza en la determinación de tareas concretas que fijen las pautas de funcionamiento de la diplomacia. En este sentido, el presidente Xi Jinping ha esbozado una serie de pensamientos e ideas con el objetivo de sistematizar estos nuevos conceptos en la perspectiva de las tendencias de la diplomacia china a futuro:

1. La política exterior china ha tenido una continuidad bajo las ideas de Deng Xiaoping y los presidentes Jiang Zemin y Hu Jintao en lo que la política de paz y desarrollo de Deng se ha dado en llamar versión 1.0, la cooperación, el desarrollo y la paz de Hu, versión 2.0 y la cooperación, el desarrollo pacífico y la política de ganar-ganar de Xi Jinping, la versión 3.0 de la concepción fundamental de la época. Como se observa, la línea conductora de la política exterior de China señala que la paz es la base del bienestar de las naciones. Para lograrla es necesario avanzar en el camino del desarrollo y la cooperación con el objetivo de obtener el beneficio mutuo. Se trata de persistir en ese camino.
2. China ha pasado de tener una posición crítica respecto del viejo orden internacional a la búsqueda de uno nuevo más justo y equitativo que incluya los ámbitos de la política, la economía, la cultura y la sociedad. Para ello se proponen luchar en comunidad por la dignidad, la obtención de frutos del desarrollo, la seguridad, la realización de un esfuerzo y el establecimiento de reglas.
3. Proponer al mundo la aceptación de que el planeta sea una «comunidad de destino de la humanidad», lo cual se verificará a partir de tener disposición histórica, afrontar las mismas tareas de desarrollo, aceptar intereses comunes para todos y establecer medidas para promover una infraestructura que mejore las comunicaciones entre los pueblos a fin de obtener beneficios mutuos.
4. Establecer un nuevo concepto de interés nacional a partir de una combinación de realismo e idealismo que combine justicia con interés en beneficio del pueblo chino y de los otros pueblos del mundo. Para China, este nuevo concepto emanado del presidente Xi Jinping significa usar la cultura nacional en la práctica de la democracia, pero enfatizando que, en ningún caso, China cederá ni negociará su soberanía, su dignidad y su unidad interna. Así

mismo, se ha planteado establecer una relación entre moralidad y beneficio. De esa manera China fijará diferencias en sus relaciones con los países desarrollados, países pobres y países cercanos y en vías de desarrollo a los que aplicará principios de reciprocidad, junto con ciertas preferencias unilaterales. De la misma manera, con los países pobres, sobre todo aquellos considerados como amigos, China tendrá en cuenta sus intereses, alejada de prácticas de egoísmo o intenciones de sacar ventajas. Por otra parte, se aplicará la política de «ayuda al alcance» que consiste en ofrecer ayuda de acuerdo con las posibilidades, sin hacer promesas que no pueden ser cumplidas o realizar acciones a partir de intereses políticos calculados o con objetivos propagandísticos o que estén influidos por intereses nacionales mezquinos. La cooperación se debe basar en la justicia y en la conveniencia del país con que se coopera, por eso la ayuda china al desarrollo no era la misma hace 50 o 30, años atrás que la que se puede entregar ahora cuando existen mayor cantidad de recursos materiales y mayor potencial económico.

5. Instaurar un nuevo concepto de seguridad general, basado en la confianza mutua, el beneficio mutuo, la igualdad y la cooperación, tal como lo establece el «Documento sobre la postura de China en cuanto al nuevo concepto de seguridad», presentado en junio de 2002 en la reunión del Foro de Ministros de Relaciones Exteriores de la Asean. A este respecto, el presidente Xi Jinping (citado por Ye, 2014) propuso un nuevo contenido al concepto de seguridad, aseverando que:

Tenemos que abandonar el pensamiento de la Guerra Fría y promover activamente la idea de la seguridad general, la seguridad común, la seguridad en la cooperación, protegiendo juntos la paz y la estabilidad. Debemos profundizar la cooperación en materia de la prevención y socorro ante catástrofes, la seguridad de internet, golpear los crímenes transnacionales y la aplicación conjunta de la ley con el fin de crear un hogar regional más pacífico, más estable, más cálido para el pueblo (p. 113).

Esta idea contrasta con la de Occidente en la que prevalece el uso de la fuerza como método principal de «resolución» de los conflictos,

mientras que China se inclina por la cooperación que se puede ejecutar por vía de mecanismos y diálogos multilaterales, consultas bilaterales de seguridad y diálogos de seguridad privadas, poniendo en el centro la protección de la vida humana en beneficio de los países y los pueblos. Por ello adquiere tal importancia el concepto de seguridad común, tanto a nivel planetario como regional.

6. Tal como se recoge en el ancestral pensamiento filosófico chino, se debe asumir que la opinión y el interés del pueblo es la esencia de las relaciones internacionales. En la actualidad, el presidente Xi ha planteado fusionar la idea del pueblo con la tradición histórica y cultural del país y el socialismo con peculiaridades chinas para transformarlo en parte importante de la idea diplomática china, de manera que se establezcan relaciones no solo entre los países, también entre los pueblos, por lo que las relaciones internacionales deben perseguir el objetivo primordial de servir a sus intereses. Así China ha incrementado los intercambios para la formación de jóvenes, el número de becas para estudiantes extranjeros y una mayor cantidad de encuentros de carácter cultural, así como el envío de voluntarios a hacer prácticas sociales, de salud, enseñanza y cultura en los países de la Asean.
7. Desarrollar integralmente las relaciones con los países miembros de BRICS¹¹ con el objetivo de tener una posición de conjunto más activa en el sistema de administración económica mundial, pero sin descuidar la ampliación de las relaciones bilaterales con los países miembros, a fin de fortalecer la emergencia y el desarrollo integral de estos países como base fundamental del desarrollo en cada una de las regiones a las que pertenecen, de manera de ir potenciando mercados emergentes, que no solo tengan incidencia en lo económico, también en la salvaguarda de la paz mundial y el progreso común.
8. Fomentar un nuevo espíritu de cooperación regional a partir de la Organización de Cooperación de Shanghái que condense las mejores prácticas en materia de cooperación en seguridad, energía, comunicaciones, agricultura y avancen en la creación de un banco de desarrollo de la OCS en un marco de confianza, beneficio mutuo y respeto a las múltiples civilizaciones, trazando una perspectiva de desarrollo regional común a futuro, surgido de criterios de igualdad y consulta. El respeto a las diferentes civilizaciones ocupa un papel

trascendental en el espíritu de trabajo de la OCS, considerando que en su interior confluyen chinos, musulmanes y rusos, entre otros. Además, si se consideran los países observadores, habría que agregar a mongoles, bielorrusos, persas e indios, civilizaciones que poseen diferentes grados de desarrollo y distintas culturas, religiones y sistemas políticos, lo cual configura un crisol de identidades que, a partir de la cooperación y la amistad, podrían sembrar un ejemplo de convivencia pacífica para todo el planeta.

9. Instrumentar en todo momento la vía de la negociación y el diálogo como método de solución de controversias. La diplomacia china persistirá en estas vías para solucionar los problemas pendientes en materia de diferendos en fronteras. De los 20 países con los que China tiene límites marinos y terrestres, ha resuelto exitosamente sus diferencias con 9 en áreas terrestres pero persisten divergencias con 7, lo cual se ha transformado en uno de los mayores retos para la diplomacia china, sobre todo por su voluntad de resolución amistosa de los mismos. China se siente responsable por la salvaguarda de sus intereses, pero también por mantener la región asiática libre de guerras, por lo que no escatimará esfuerzos en las negociaciones pacíficas de estas controversias sobre la base del conocimiento, la sabiduría y la paciencia que lleve a encontrar soluciones justas y aceptables para ambas partes (Ye, 2014).

El desarrollo pacífico

Desde que se enunciaron los «Cinco Principios de Coexistencia Pacífica», en 1955, China ha adherido invariablemente a este camino de desarrollo en paz. A diferencia de Occidente que basó su crecimiento y desarrollo en la hegemonía sobre otras naciones y la expansión de su poder más allá de las fronteras nacionales, construyendo teorías y conceptos para argumentar en favor de sus acciones agresivas, la ética política de China se sustentaba en el desarrollo endógeno, sin interferir en los asuntos internos de los países vecinos, a los que ni dominó ni saqueó. Esta política se ha mantenido invariable en los últimos años, cuando tras la aplicación de la reforma y apertura dio inicio al gran desarrollo económico que ha hecho de China una

potencia en la actualidad. Para China la experiencia de los fascistas alemanes, italianos y japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, los imperios coloniales europeos y la fallida incursión soviética en Afganistán han sido muestra clara de que el camino expansionista solo conduce al desastre y al sufrimiento de los pueblos. China jamás seguirá el camino de la agresión ni la expansión, porque además de causar dolor y pérdidas a otros pueblos, detendría la realización del «Sueño Chino» que es el objetivo estratégico del pueblo. En esa medida, en su política exterior, China aplicará el «poder blando» para relacionarse con otros países. Así cobran mayor trascendencia sus valores estables, la fortaleza de su sistema político, las ricas tradiciones culturales y su gran potencial comercial que serán utilizados para ejercer una influencia positiva, sin imposiciones económicas o militares (Liu, Zhu y Huang, 2014).

En el siglo XXI China tiene la aspiración de recuperar los valores y la espiritualidad que le dieron fortaleza y prosperidad en el pasado, interrumpidos a mediados del siglo XIX, tras las Guerras del Opio y la debilidad de la dinastía Qing que propiciaron la intervención extranjera y el retroceso más profundo de su historia. La civilización china vivía hasta entonces en una sociedad caracterizada por la grandeza material que había producido su desarrollo científico y tecnológico, pero también por valores de intercambio pacífico y altruismo que le eran propios. Como se ha dicho, heredaron de sus antepasados y del pensamiento de sus antiguos filósofos la necesidad de la vida en armonía, la bondad y el amor universal no ofensivo. Hoy pretenden que la diplomacia reconquiste esos valores y se construya sobre altos preceptos morales, acordes con su tradición y su comportamiento típico. El «Sueño Chino» se sustenta precisamente en un nivel superior basado en una cultura material moderna, la aspiración de armonía en el planeta como producto de una convivencia basada en relaciones ganar-ganar y la prosperidad común. Todo esto resume la ausencia de una política exterior basada en la expansión y el aumento de un poder militar ofensivo que amenace a otros pueblos, para lo cual se construirá una diplomacia que base su potencial en la concordia, su alto nivel cultural y el avance del socialismo con particularidades chinas, lo cual solo se puede llevar adelante a partir de un camino pacífico de desarrollo (Yu, 2014).

El presidente Xi ha señalado que la paz era la expectativa eterna de las personas, sin la cual es imposible vivir. En el ámbito de la política exterior este concepto se puede interpretar como que sin paz no hay desarrollo por ello, sin importar el tamaño, el poder y la riqueza de un país, deberá ser defensor y promotor de la paz. En esa medida, la seguridad vista en su conceptualización amplia tiene que servir para convertir el planeta en un gran escenario de desarrollo común que evite la confrontación y la guerra. El presidente Xi lo puntualizó con extrema precisión durante un discurso pronunciado en marzo de 2014 en la Fundación Körber en Berlín, Alemania:

...la búsqueda de China del desarrollo pacífico no es un acto de conveniencia circunstancial y mucho menos una suerte de retórica diplomática, sino que es una conclusión extraída de la evaluación objetiva de la historia, presente y futuro. Es una unidad orgánica de la confianza en el pensamiento y la conciencia en la práctica. Ya que el camino del desarrollo pacífico beneficia tanto a China como al mundo, no encontramos ninguna razón para no atenernos a este camino que la práctica ha probado ser viable (Xi, 28 de marzo 2014, p. 331).

Para China esto conforma un aspecto primordial de su diplomacia, sobre todo en su entorno del Asia Oriental (Ye, Z., 2014). No obstante, estará atenta a un ambiente exterior preñado de complicaciones y tensiones, que tendrán que seguir siendo resueltas a fin de continuar avanzando en la política de apertura y reforma que tantos éxitos le ha traído al país. Así, por ejemplo, en 2013, visitas del presidente de Vietnam, Truong Tan Sang, a Beijing y del primer ministro chino, Li Keqiang a Hanoi, allanaron el camino para un acuerdo en la disputa sobre el mar de la China Meridional a través de la negociación y el diálogo (Gao y Li, 2014).

El desarrollo pacífico de China tendrá indudables beneficios para toda la humanidad: concederá mayor estabilidad a la situación mundial y podrá dar garantías a la paz global; la milenaria civilización china, al comunicarse con otras civilizaciones, aportará a una diversificación que conduzca a un mundo rico y multicolor; al tener una economía sana y fuerte, China colaborará dando mejores oportunidades y

mayor espacio a la cooperación con la comunidad internacional con la que podrá contribuir al presentarle un nuevo modelo de desarrollo que rompe la tradición de un país grande que tiende a la hegemonía con el fin de marcar la pauta del planeta. Al contrario, lo hará de forma pacífica y paulatina, haciendo uso de las circunstancias para integrarse en la globalización evitando sus desventajas, continuando en la defensa de la independencia a partir de su propia fuerza y ampliando la demanda nacional, contribuyendo con ello a que una quinta parte de la población del planeta salga de la pobreza y emprenda el camino de la prosperidad y la ilustración (Gong, 2014).

Las relaciones con Estados Unidos

En años recientes, China y Estados Unidos llegaron al consenso de la necesidad de construir un nuevo marco de relaciones entre las dos potencias. Desde el punto de vista chino esas relaciones no deben basarse en el conflicto ni en la confrontación, sino en el respeto mutuo y la aceptación de las realidades políticas de cada país sin injerencias de ningún tipo, además, se debe priorizar la cooperación a partir de la fórmula ganar-ganar. Para ello, el presidente Xi Jinping afirmó que para poner en práctica un consenso bilateral era necesario elevar el diálogo y la confianza mutua, hacer práctica la cooperación, controlar las diferencias y establecer un nuevo modelo interactivo para dar seguimiento a los vínculos. Se parte de la base de que no será fácil porque no hay una experiencia en ese ámbito, pero será positivo el aprendizaje hacia un desarrollo sano y estable de los vínculos bilaterales (Yang, 2014). Por supuesto, en el centro de la relación China desea colocar el tema de la paz como eje fundamental de los lazos bilaterales, consintiendo que la paz entre las potencias es la paz del mundo y que no puede haber fatalidades que supongan que el único destino de las relaciones entre las potencias es tener que lidiar con el conflicto y la guerra. En ese ámbito hace patente que la globalización consiente que la interconexión entre los grandes poderes hace más necesarios los lazos constructivos, lo que redundará en una atenuación de los conflictos y las confrontaciones (Wang, Y., 2014b).

Para avanzar en este camino China y Estados Unidos deben resolver cinco problemas difíciles que hoy matizan el contenido de sus relaciones:

1. La falta de confianza mutua estratégica, entendiendo que China no tiene intención de cuestionar el posicionamiento estratégico de Estados Unidos ni intenta competir por la hegemonía. China quiere seguir un camino de desarrollo pacífico y concentrar sus esfuerzos en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, para lo cual necesita un ambiente internacional estable y en paz. La culpabilización que se hace desde Estados Unidos, en el sentido de que sus problemas tienen origen en decisiones políticas o económicas chinas no guardan relación con la realidad y no ayudan a mitigar los conflictos sino que, por el contrario, exasperan los ánimos, contrariando el deseo de avanzar en una relación pragmática que considere los intereses de ambos países. En particular, la decisión de Estados Unidos de tener una presencia militar más activa en los mares cercanos a China ayudan a generar mayores tensiones que no apuntan en la dirección que se han trazado en los discursos y documentos emanados de los encuentros entre los presidentes y otros dirigentes de ambos países.
2. Los intereses mutuos deben ser ampliados, evitando las limitaciones artificiales que se imponen, en particular en lo referido al tema de Taiwán que se considera el «mayor nudo» en los vínculos bilaterales. China considera que una vez se solucione este problema, las relaciones bilaterales tendrán una ampliación significativa. Así mismo, Estados Unidos debe entender que la situación del Tíbet, de Xinjiang o los temas vinculados a los derechos humanos son temas internos de China ante los que Estados Unidos no debe tener ninguna injerencia. El apoyo de Estados Unidos a las «revoluciones de colores» y a la «evolución pacífica» no tendrán eco en China, al contrario, solo servirán para oscurecer las relaciones.
3. Avanzar hacia una igualdad de trato en las relaciones bilaterales. Estados Unidos debe abandonar la idea de que se está vinculando con un país inferior. China no se propone igualar el potencial militar de Estados Unidos para imponer determinadas condiciones al resto del planeta, quiere sostener una relación entre iguales que se maneja

en el marco de los tratados, el derecho internacional y la Carta de la ONU, bajo la aceptación de que cada país tiene una identidad propia y deben aprender a actuar a partir de sus diferencias. Las acusaciones sin fundamento desde Estados Unidos pretendiendo ejercer presión sobre China no tienen asidero y solo sirven para enturbiar las relaciones bilaterales y el ambiente internacional.

4. Aunque existen fricciones en el ámbito económico bilateral, la profundización de los vínculos debe contribuir a encontrar soluciones para la realización de un comercio mutuamente ventajoso. Ambos países han enfrentado ajustes estructurales que buscan estabilidad en el crecimiento y la promoción de empleos, en estas tareas la búsqueda de elementos comunes y la convergencia de estrategias de cooperación sumarán un resultado positivo para ambas partes. En este plano, China ha propuesto ampliar la cooperación en el comercio, las finanzas, la inversión y la construcción de infraestructuras, tendiendo a ampliar el ámbito de la cooperación, la inversión, el desarrollo tecnológico, la protección del medio ambiente y el desarrollo aeroespacial. Una respuesta positiva de Estados Unidos sobre este punto permitiría avanzar en una relación armoniosa y estable.
5. Llevar a la región Asia-Pacífico hacia un clima de paz y estabilidad, toda vez que la tendencia ha marchado en dirección opuesta. China entiende y acepta los intereses de Estados Unidos en la región, pero espera que Estados Unidos tenga la misma percepción respecto de los intereses chinos. China no ha iniciado los conflictos que ocurren en esta área, no acepta que se le considere promotor de la inestabilidad de la región cuando sus vínculos con ella pasan por el mejor momento de la historia, tampoco admite que se pretenda afirmar que está asumiendo una hegemonía regional. En este sentido, toda la política exterior hacia sus vecinos está encaminada a institucionalizar acciones a través de la Asean y otras organizaciones regionales, en cuyo seno ha hecho sus mayores esfuerzos de cooperación rechazando que la política de Estados Unidos en la región obligue a los países a definir una relación prioritaria entre una u otra potencia o, dicho de otra manera, no acepta que las relaciones en esta región se desarrollen con una mentalidad bipolar. En cualquier caso, las declaraciones conjuntas de ambos países sobre

este tema apuntan hacia la realización de esfuerzos para construir una región Asia-Pacífico más estable, próspera y pacífica (Cui y Pang, 2014). En la perspectiva del presidente Xi Jinping, China y Estados Unidos tienen el poder necesario para construir un nuevo modelo de relaciones entre países grandes si se lo propusieran. Se trata de manifestar voluntad política para hacerlo. En los últimos 40 años se sentaron bases para una amplia cooperación bilateral, para lo que cuentan con más de 90 mecanismos para el diálogo sobre estrategia, economía, ciencias y cultura que deberían servir de base para la construcción de ese nuevo tipo de vínculos que ya cuenta con el apoyo de la opinión pública, sobre todo por el gigantesco espacio de oportunidades a futuro favorables para ambos países (Xi, J., 2014k).

Sin embargo, los recientes mensajes que se envían desde Estados Unidos han sido equívocos. Incluso desde antes de la llegada al gobierno de la administración republicana conducida por Donald Trump, se anunciaba una retórica de conflicto. En su comparecencia ante el Senado, previa a su nombramiento como secretario de Estado, Rex Tillerson adelantó que Estados Unidos tendría que enviar una señal clara a China para detener la construcción de islas artificiales, y que si ello siguiera ocurriendo, su país no permitiría el acceso a las mismas (Maturana Torres, 2017) lo cual en la práctica podría entenderse como una virtual declaración de guerra. Así mismo, Trump irritó al gobierno chino antes de tomar posesión de su cargo al hablar vía telefónica con la máxima autoridad de Taiwán, dándole categoría de Presidenta, amenazando además con aumentar los aranceles a las importaciones chinas. Es cierto que, *a posteriori*, las cosas fueron tomando otro curso en la medida en que Trump y sus asesores fueron asumiendo el peso de la responsabilidad que adquirieron, pero tal como ha sido su forma de actuar en todos los asuntos de política exterior, los vaivenes y las contradicciones de su discurso han estado a la orden del día, sobre todo en cuanto al papel que según su parecer debería jugar China en el conflicto en la península coreana. Al llegar al gobierno, Trump, también debió valorar que la relación bilateral con China tiene características de orden estructural que no pueden ser soslayadas:

1) El intercambio comercial bilateral alcanza los 659.400 millones de dólares. 2) Estados Unidos ha invertido 75.000 millones de dólares en China, y emplea a 1,6 millones de trabajadores. 3) La inversión extranjera directa china en Estados Unidos alcanza 15 mil millones y emplea a 100.000 trabajadores estadounidenses. 4) Más del 70% de la reserva de divisas de China (3,1 billones de dólares) está denominada en US\$; de ellos, 1,22 billones en bonos del Tesoro de Estados Unidos. 5) En el año académico 2015-2016, 328.547 estudiantes chinos en instituciones estadounidenses generaron US\$11.430 millones en ingresos. 6) En 2014, los turistas chinos gastaron US\$ 24 mil millones en Estados Unidos. En 2015, 2,6 millones de turistas chinos visitaron Estados Unidos (Centro de Investigaciones de Política Internacional, 7 de febrero 2017).

De la misma manera, China insistirá en promover una diplomacia de pueblo a pueblo con Estados Unidos, conocida por su definición china «*minjian waijiao*» como una forma de cooperar con la diplomacia gubernamental en la valoración del legado histórico de las relaciones bilaterales, la búsqueda de nuevos espacios para desarrollar los vínculos de pueblo a pueblo y optimizar los mecanismos para que esta actividad rinda los mejores frutos a partir de las acciones llevadas a cabo por individuos y organizaciones no gubernamentales realizando intercambios económicos, culturales, académicos, deportivos y de otro tipo, que se podrán seguir ampliando desde los catorce mil visitantes que viajan diariamente entre los dos países (Wan, 26 de julio 2017).

La diplomacia periférica y la unión del destino común de Asia

A finales del siglo XX el auge de Asia comenzó a tener una incidencia superior en los planos político y económico globales. China, como parte de ello, se propuso establecer vínculos estables que significasen avances en las condiciones de vida propia y de sus vecinos, lo cual redundaría en estabilidad para la región. El XVIII Congreso del PCCh tomó la decisión de proponer la construcción de una unión de destino común para toda la humanidad. China pensó que esa magna

obra se debe verificar en primera instancia en sus áreas circundantes y en la relación con sus vecinos. Ese punto se ha transformado en el eje fundamental de la política exterior del país en sus relaciones periféricas.

La idea de la diplomacia china al respecto se sustenta en la práctica de otras regiones del mundo en las que la integración y la aspiración al desarrollo y la seguridad común se convierten en quehacer cotidiano y esencia de esa idea. Para ello es necesario mantener un ambiente de confianza mutua y coordinación de acciones, estableciendo mecanismos de apertura en las relaciones y tolerancia frente a las diferencias, respeto al modo de desarrollo escogido por cada uno y a las instituciones propias de cada país. Esto debe conducir a trabajar unidos en la construcción de consensos que surjan de un aprendizaje mutuo que rescate lo mejor de las culturas de los Estados y las naciones asiáticas para edificar un proyecto de destino común que evolucione a un sistema integral en los campos de la política, la economía, la seguridad, la sociedad y la cultura, con el fin de avanzar en una interacción que potencie a Asia en el mundo. Si se considera que esta región está integrada por culturas y tradiciones milenarias, además de una geografía común que los conecta a través de ríos y montañas y que a pesar de haber vivido conflictos diversos la cooperación entre pueblos nunca ha sido ajena a su convivencia y a su devenir histórico, se puede concluir que —una vez superado el siglo XX, marcado por dos guerras mundiales y la Guerra Fría— los pueblos asiáticos se han beneficiado de la paz, por lo que resulta evidente que la colaboración y el desarrollo endógeno regional son el camino correcto para la superación de los problemas. Esto, además, se inscribe en una tendencia mundial que apunta hacia el desarrollo a partir de la integración regional. Muestra de ello son los avances que se han ido logrando en esta ruta, por lo que China hará sus mayores esfuerzos diplomáticos en la consecución del objetivo supremo de la integración asiática.

Para lograr estos objetivos se hace necesario asumir la responsabilidad que Asia está tomando en la economía mundial y que apunta a transformarla en la región más prominente en el escenario económico global. Por otra parte, el mantenimiento de la paz y la estabilidad es condición *sine qua non* para avanzar en la obtención de un

espacio común asiático. Así mismo, se deben fortalecer los poderosos mecanismos institucionales que ya existen, como el Foro regional de Asean, la Cumbre de Asia Oriental, las conversaciones a seis bandas sobre Corea y la Asociación Sudasiática de Cooperación Regional (SAARC), entre otras. De la misma manera, es imprescindible avanzar hacia la creación de una conciencia asiática que genere pertenencia y reconocimiento propio y de otras naciones y bloques regionales del planeta (Liu, Z., 2014).

Esta conjunción de objetivos y tareas debe ayudar a la superación de los conflictos que aún persisten, varios de los cuales involucran a China pero son estimulados desde fuera de la región. En este sentido China no elude la responsabilidad de ser una fuerza fundamental para la realización de este proyecto vital, por ello se ha propuesto fomentar y elevar las relaciones amistosas con sus vecinos, ampliando los intercambios de todo tipo, entre otros: ha establecido relaciones de sociedad estratégica con Indonesia y Malasia, vínculos amplios de colaboración con Brunei y Sri Lanka y lazos preferenciales con Pakistán e India, países a los que ha ofrecido su experiencia y potencial económico en aras de generar oportunidades de desarrollo, es decir simultanear la cooperación multilateral con la bilateral (Liu, Z., 2014). Sin embargo, India ha manifestado su resistencia al sostenimiento de una relación de buena vecindad y cooperación con China, debido a la persistencia del diferendo limítrofe en los altos del Himalaya —que llevó a un reciente estado de tensión extrema durante dos meses y medio, entre junio y agosto de 2017, en un área que no está territorialmente comprendida en las dos zonas de frontera común, en la que persisten fricciones por la definición de la línea de demarcación y que están ubicadas al este y al oeste de la frontera común (Zhao, 2017)— todo lo cual ha llevado a India a manifestar reticencias respecto del magno proyecto chino de la Ruta y el Cinturón de la Seda.

Igualmente con Rusia se ha creado una asociación estratégica integral, fortaleciendo el comercio bilateral que llegó en 2012 a 88,2 mil millones de dólares, como ya se mencionó en páginas anteriores. Ambos países se han propuesto fortalecer la Organización de Cooperación de Shanghái. El presidente Xi Jinping ha sido particularmente activo en concretar el objetivo chino de fortalecimiento regional. A su encuentro con el presidente Putin en

Rusia en 2013, sumó sendas visitas de Estado a Kirguistán, donde además participó en la XIII Reunión del Consejo de la OCS, y a Turkmenistán, Kazajistán y Uzbekistán, todas ellas con la idea de promover una zona económica en la Ruta de la Seda. Ese mismo año (primero de su mandato), el presidente chino visitó Indonesia y Malasia. Por su parte, el primer ministro Li Keqiang realizó acciones similares durante sus encuentros con los líderes de Pakistán, Brunei, Japón, Corea, Tailandia, Vietnam y Uzbekistán, asistiendo a reuniones multilaterales y bilaterales. Como muestra de su interés en la región, en su primer año de gobierno los jefes de Estado y gobierno de China visitaron doce países vecinos. También el consejero de Estado, Yang Jiechi, visitó Mongolia y Myanmar, al mismo tiempo que varios de estos encuentros fueron correspondidos por los líderes regionales al realizar viajes a China donde afianzaron lazos de cooperación e intercambio con las autoridades del país. Particular interés ha tenido la nueva dirigencia china en allanar el camino para el mejoramiento de las relaciones con Japón, instando a ese país a realizar negociaciones que conduzcan a una solución pacífica del diferendo en las islas del mar de la China Meridional. Así mismo, como vecino de Corea, para China tiene importancia estratégica jugar un papel determinante en la resolución pacífica del conflicto que persiste y ha escalado entre las dos partes de la península, apuntando hacia la desnuclearización y haciendo sus mayores esfuerzos para la salvaguarda de la paz en ese país y en la región. China persiste en su posición contra el desarrollo de armas nucleares por parte de la República Popular Democrática de Corea, pero cree que como Estado soberano este país tiene derecho a ser escuchado y atendido en las legítimas preocupaciones que significan la agresiva presencia militar de Estados Unidos en Corea del Sur, por lo que permanentemente ha hecho un llamado a mantener la calma, al diálogo y la consulta en el marco del mecanismo de las conversaciones a seis bandas (Zhang, Q., 2014).

China también presta particular interés a la situación de seguridad en la región de Asia-Pacífico, su entorno inmediato, por lo cual la cooperación en esta área y en este ámbito se ha transformado en parte sustancial de la política china en general y de su política exterior y de defensa. Aunque en este momento existe una situación de tirantez extrema por la inestabilidad en la península coreana, la creciente presencia militar esta-

dounidense en la región y las pruebas nucleares de la República Popular Democrática de Corea, en general existe un contexto de estabilidad y de confianza política entre los países de la región, manifestando entre ellos la voluntad de resolver los conflictos mediante el diálogo y la negociación. Salvo el problema de Corea, los asuntos candentes intrapaíses del área y las disputas regionales están bajo control, lo cual tiene una influencia de alcance planetario dado el liderazgo de la región en cuanto a crecimiento económico. En ese ámbito, los mecanismos de integración y los acuerdos de libre comercio siguen avanzando a partir de nuevas dinámicas, lo cual no obvia los factores de riesgo como una eventual guerra en Corea y la imposibilidad de detener el conflicto en Afganistán. Igualmente, son de prioritario interés de China la cooperación en la lucha contra el terrorismo, el separatismo y los delitos transnacionales, así como la ayuda mutua en caso de desastres naturales (Oficina de Información del Consejo de Estado, 2014).

Para el presidente Xi Jinping la orientación de la diplomacia periférica de China debe ir encaminada a tener a los vecinos como amigos y socios y tratarlos con buena fe, ayudándolos a prosperar y a que se sientan tranquilos, basados en una política de amistad, sinceridad, reciprocidad e inclusión como principios de trabajo en este ámbito de la política exterior. En los hechos, eso significa «ayudar a los vecinos en tiempos de crisis, tratarlos como iguales, visitarlos con frecuencia y emprender acciones que nos hagan merecedores de su apoyo y aprobación» (Xi, 2014, p. 366).

De la misma manera, China se ha propuesto incrementar su presencia multilateral en el Medio Oriente tratando de jugar el papel de balance en medio de las tensiones existentes, evitando involucrarse en los conflictos políticos internos, optando por la «diplomacia suave» y distanciándose de las diferencias políticas o religiosas entre sus Estados y gobiernos, manteniendo suma precaución respecto de los mismos. Durante el primer viaje de Xi Jinping a la región, en enero de 2016, el presidente chino visitó Arabia Saudita, Egipto e Irán, los tres países musulmanes que ejercen el mayor liderazgo y que poseen rivalidades entre sí. China aspira a que, al igual que en la antigüedad, estas naciones jueguen un papel relevante en la Ruta de la Seda, por lo que con todos ellos se firmaron variados proyectos de cooperación en áreas diversas que van desde la investigación aeroespacial y nuclear,

las finanzas, el transporte, la infraestructura y el comercio. Con Arabia Saudita reforzó su papel como socio comercial de primer orden que es a su vez el mayor suministrador mundial de crudo a China que en 2013 se convirtió en el mayor socio comercial de los saudíes. En ocasión de esta visita se firmaron catorce nuevos acuerdos de cooperación entre las dos naciones. En Irán se rubricaron diecisiete acuerdos bilaterales sobre distintos ámbitos de la actividad económica por valor de seiscientos mil millones de dólares en las áreas energética (gas y petróleo), industrial, comercial, medioambiental, judicial y cultural, a través de los cuales los dos países cooperarán durante un período inicial de diez años. China es el principal socio comercial de Irán y el mayor importador de crudo. En 2015 sus compras de oro negro al país persa ascendieron a cerca del 8% del total de importaciones. El campo de crudo «North Azadega», situado en la frontera entre Irán e Irak es un ejemplo de la cooperación entre Teherán y la Corporación Nacional China de Petróleo. Con Egipto se firmaron 21 acuerdos con la promesa de una inversión de cerca de 13.500 millones de dólares, también le fue concedido un préstamo por mil millones y se abrió una línea de crédito por otros 700 millones de dólares para ejecución de proyectos conjuntos (Martín, 4 de marzo 2016).

En preparación de este viaje, el gobierno chino emitió un documento en el que conscientemente eludía reseñar cualquiera de los conflictos políticos en la región, refiriéndose a ella como si fuera monolítica y absteniéndose de apoyar a cualquier parte en los conflictos sirio y yemení, así como en el enfrentamiento entre Teherán y Riad, poniendo el acento en los probables acuerdos de cooperación que se podrían firmar y sin mencionar siquiera la existencia de la organización terrorista Estado Islámico, a pesar de sus ramificaciones en la occidental región china de Xinjiang («Estrategia de máxima precaución»: ¿Cómo se adentra China en Oriente Medio?», 21 de enero 2016).

Una relación de confianza estratégica con Rusia

Para China, Rusia es una aliada estratégica con la que se debe profundizar una relación de confianza mutua, sobre todo en cuanto a cooperación multidisciplinaria, especialmente en materia energética, en la que la

potencia euroasiática se ha transformado en una vital abastecedora de China. Así mismo, ambos países están coordinando importantes asuntos internacionales y regionales en variados temas de la agenda como la gobernanza económica global (Yang, 2014). Después de convertirse en presidente, Xi Jinping eligió Rusia como destino de su primera visita oficial al exterior. Desde entonces, la asociación estratégica integral entre los dos países ha ido cobrando cada vez mas fuerza, elevando la cooperación bilateral y llevando a niveles más altos otros campos como la cultura y los asuntos militares (Ob. cit.). Al igual que China, Rusia se ha propuesto alcanzar importantes objetivos estratégicos en 2020, lo cual no solo forja logros trascendentes para sus pueblos, sino que sobre todo ayuda a crear una importante garantía de mantenimiento del equilibrio estratégico global y una gran contribución a la paz en el planeta. Para ello se proponen desarrollar con firmeza las relaciones a futuro, en la meta de conseguir una amistad que se mantenga de generación en generación por lo que ambas partes deberán subir al punto más alto de los vínculos internacionales y planear en conjunto el desarrollo de los dos países, sabiendo que uno necesita al otro en condiciones de prosperidad y viceversa (Xi, 2014). El hecho de que ambos países tengan un vínculo creciente a desarrollar en el largo plazo genera mucho impacto en la región y en el mundo.

Participación activa en escenarios multilaterales

En la nueva etapa, China se propone tener una participación más activa en el manejo de los problemas internacionales y regionales y asumir mayor responsabilidad en el mantenimiento de la paz y la estabilidad en el planeta, sobre todo cumpliendo sus compromisos como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. El «Sueño Chino» necesita de un ambiente internacional pacífico, en el que China aspira a jugar un papel significativo (Liu, Zhu y Huang, 2014). En este ámbito es de principal preocupación la situación en la península coreana para lo que hará un esfuerzo superior con el fin de lograr la desnuclearización de ese territorio. De la misma manera, tendrá una presencia más diligente y directa en la lucha contra la piratería en el Golfo de Adén para asegurar las vías marítimas internacionales, y se propondrá

asumir una mejor y más elevada representación en las fuerzas de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas, para lo cual por primera vez envió un contingente a Mali a fin de contribuir a la pacificación de ese país (Wang, Y., 2014). En particular en este tema, hasta 2012 China había participado en 22 operaciones de mantenimiento de la paz, enviando más de veinte mil soldados, de los cuales nueve fallecieron en el cumplimiento de la misión. En 2014 China participó en diez eventos de este tipo, con 1.851 soldados, siendo el mayor contingente entre países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU (Zhou, 2014).

Respecto de la situación en Palestina, seguirá promoviendo los esfuerzos para buscar una salida negociada al conflicto con Israel, rechazando y condenando con firmeza al terrorismo. China considera necesarias una reforma y mejoras al sistema internacional, siempre apegado su actuación a la Carta de la ONU, al derecho internacional, defendiendo inequívocamente la soberanía nacional, oponiéndose a la interferencia en los asuntos internos de los países y a la búsqueda de la hegemonismo por cualquier actor internacional.

Como firme defensor de los principios fundamentales del derecho internacional y las normas que rigen las relaciones internacionales, China ha concertado más de 23 mil tratados bilaterales, ha participado de más de 400 tratados multilaterales y ha adherido a todos los organismos especializados de la ONU y a la mayoría de las organizaciones intergubernamentales. Así mismo ha establecido diversas formas de asociación con 75 países y cinco organizaciones regionales (Hou, 2015). En particular, China ha establecido altos niveles de participación y cooperación con Unesco, FAO, PNUMA, Unicef y OMS. Además de la ONU, la diplomacia china presta particular atención a su participación en organismos multilaterales como el G-20, APEC y sobre todo ASEAN, BRICS y OCS contribuyendo al proceso de multipolarización del sistema internacional y mejora de la gobernanza mundial (Wang, Y., 2014).

China le concede máxima importancia al grupo BRICS en razón de que está formado por países que apuntan a una corriente de desarrollo pacífico para el beneficio mutuo y provecho común sobre la base de la creación de un nuevo modelo de relaciones internacionales. Como se mencionó con anterioridad, China considera que los BRICS deben asumir una posición integracionista orientada a crear un novedoso

sistema de administración económica mundial. Para Xi Jinping, los BRICS deben fomentar la construcción de una asociación de desarrollo global que promueva la prosperidad conjunta de todos los países en una época de globalización económica en la que este conglomerado de países emergentes debería trabajar a favor de toda la humanidad. La consolidación de la cooperación entre los países miembros de BRICS será una prioridad de la diplomacia china, trabajando para inyectar mayor vitalidad a su crecimiento económico, incrementando sus logros, haciendo mayores contribuciones a la paz del planeta.

Igualmente, para China la OCS es parte importante de sus prioridades en materia internacional, toda vez que esta organización está encaminada a establecer mecanismos de cooperación en materia de seguridad, cooperación y beneficio mutuo (Ye, Z., 2014). Para Xi, la OCS se enfrentará a las «tres fuerzas» que amenazan la paz: el terrorismo, el separatismo y el extremismo, además del tráfico de drogas y el crimen transnacional, que son retos que se deben afrontar en conjunto para lo cual propuso: mantener el «Espíritu de Shanghái»¹², luchar en conjunto por la estabilidad y la seguridad regionales prestando especial interés a la situación de Afganistán, país al que se debe apoyar en su proceso de reconciliación nacional. De igual manera, desarrollar la cooperación pragmática, sobre todo considerando que los países miembros se ubican a lo largo de la Ruta de la Seda, que debería servir de eje en la cooperación entre ellos. La OCS se propondrá también coordinar la cooperación en materia energética, estableciendo una relación oferta/demanda estable orientada a garantizar la seguridad energética de los países miembros, mecanismo que igualmente debe operar en lo referido a la seguridad alimentaria. Finalmente, la OCS debe trabajar para intensificar los vínculos entre los pueblos y las culturas de sus integrantes, ampliando la cooperación en materia de turismo, cultura, educación, cine, televisión, salud y deportes (Xi, 2014, pp 418-422).

Reforzar los vínculos con los países en desarrollo

China se asume a sí mismo como país en desarrollo, por lo tanto entiende que su vínculo con las naciones con similar condición es una relación natural entre iguales, lo cual orienta su política exterior

hacia la amistad y el apoyo mutuo en la lucha por la independencia nacional y la liberación social de esos países. En este ámbito, China se propone establecer vínculos basados en los conceptos de «moralidad y beneficio», lo que significa que sin importar el potencial de su economía o las dimensiones de su población y superficie, va a actuar con el mismo espíritu de unidad y cooperación para salvaguardar la voz de los países en vías de desarrollo en los escenarios internacionales, actuando con ellos como un amigo confiable y un socio sincero. En este sentido, la diplomacia china desplegará todo su potencial para jugar un papel de importancia en escenarios multilaterales como G-20, G77+China, en sus negociaciones con países desarrollados en ocasiones particulares como la reunión de Doha de la OMC y la Conferencia de Cambio Climático de la ONU (Liu, Zhu y Huang, 2014). En particular en la relación con África, Xi Jinping (citado por Yu, 2014) ha planteado que la cooperación se realizará en un marco de «franqueza, práctica [*sic*], intimidad y sinceridad». Por ello se firmaron más de 40 documentos de cooperación. En 2009, con un volumen de negocios con África de más de 91 mil millones de dólares, China sobrepasó a Estados Unidos como mayor socio comercial del continente; en 2013, esa cifra alcanzó los 210 mil millones de dólares y la inversión directa llegó a 25 mil millones de dólares. Del mismo modo, China está financiando la construcción de la línea férrea que va desde Kenia a Sudán del Sur, pasando por Ruanda, con un valor de 13,8 mil millones de dólares. En otro ámbito, China ha enviado en los últimos 50 años 18 mil médicos que han atendido a más de 250 millones de pacientes africanos, todo ello sin ningún tipo de condicionamiento de carácter político («¿Qué lleva China a África?», septiembre 2014).

De la misma manera con los países latinoamericanos. En su primera visita a la región después de haber sido elegido presidente, Xi estuvo en Trinidad y Tobago, Costa Rica y México en junio de 2013, donde suscribió otros 24 convenios de cooperación económica y social, especialmente con los países del Caribe cuyos mandatarios acudieron a Puerto España, capital de Trinidad y Tobago, para sostener un encuentro con el presidente chino.

China ha dejado claro que en sus relaciones con los países en vías de desarrollo se propone adelantar una cooperación pragmática

destinada a desplegar las ventajas comparativas desde una visión holística de la colaboración, sin añadir ningún tipo de exigencia de carácter político. Su objetivo es que estos países puedan mejorar su nivel de progreso industrial de forma constante (Yang, 2014). Con esto quiere refutar de manera tajante la funesta idea sembrada por ciertos intereses de que China pretende establecer vínculos «neocoloniales» con estos países (Yu, 2014).

Diseñar una diplomacia de nivel superior, elevando la calidad de la planificación estratégica

La diplomacia china se ha propuesto elaborar una planificación estratégica de largo plazo capaz de prever la situación general, detectar los asuntos más trascendentes para fortalecer el diseño de prácticas que permitan desarrollar acciones que combinen de manera integral las formas de relacionarse con las grandes potencias, los países en vías de desarrollo y los vecinos. Para ello ha promovido la realización de un trabajo en paralelo y simultáneo en las diferentes áreas, alcanzando en primera instancia objetivos tácticos que permiten trazar tareas de largo plazo que se orienten hacia la obtención de logros en el plano estratégico (Yang, 2014). Esto obliga a una planificación que tenga en cuenta los probables cambios de la situación internacional y el ambiente externo para ser capaces de ajustar políticas y acciones que conduzcan a que China no sea solo observador de los acontecimientos, sino un protagonista de los mismos que genere capacidad para responder de forma correcta a las nuevas situaciones y los nuevos problemas, aplicando respuestas específicas a situaciones específicas lo cual requiere de un alto nivel de profesionalismo y formación política.

En tanto el prestigio de China ha crecido en la arena internacional, sus intereses siguen ampliándose y los espacios de su participación son cada vez más diversos, al mismo tiempo que las condiciones en las que se desarrolla la dinámica internacional se hacen más complejas. El PCCh y el gobierno chino han entendido que solo con una dirección unificada y con coordinación de esfuerzos se puede tener la iniciativa en la actividad diplomática (Zhang, Q., 2014). China debe avanzar mucho en este ámbito porque en ocasiones se ha puesto de

mafiesto un esfuerzo disímil en las acciones que se llevan adelante por distintas agencias del Estado y/o el PCCh. En la dirección política del país hay conciencia de esta limitación, lo cual ha derivado en instrucciones para la coordinación de las acciones exteriores dentro y fuera del país, poniendo en primer lugar de importancia la diplomacia periférica. Por supuesto, la ejecución de la diplomacia dependerá sobre todo de la planificación y del desenvolvimiento de la política interna, lo cual implica una permanente renovación de las ideas en esta esfera para que exista un equilibrio entre la inversión que se hace y los frutos que se obtienen de la acción diplomática, todo ello encaminado a la obtención del objetivo estratégico fundamental de la política exterior china que es el mantenimiento de la paz y la estabilidad en Asia y en el planeta, dejando establecida la imagen de que China es un país comprometido con sus responsabilidades diplomáticas (Gao y Li, 2014).

Activar un control superior sobre la diplomacia

La exigencia de mayor coordinación entre las agencias de ejecución de la política exterior demanda a su vez hacer mayor hincapié en la planificación de las formas en que se establece una conexión práctica entre las instancias actuantes. Pero sobre todo requiere del cumplimiento eficiente de las tareas de los diferentes niveles de gobierno, las organizaciones de la sociedad y los órganos de política exterior, para lo cual no basta el esfuerzo de concertación en sí mismo, también es fundamental la creatividad, iniciativa y entusiasmo con que se asumen las tareas y, sobre todo, una dirección centralizada que asegure que las acciones y decisiones del gobierno en esta materia puedan orientarse hacia el cumplimiento del objetivo estratégico. Para ello ya se ha comenzado un proceso de racionalización gradual de las instituciones, estableciendo reglamentos claros encaminados a fortalecer y estandarizar las gestiones con el fin de mejorar de manera efectiva el liderazgo de los cuadros de dirección del gobierno central en los asuntos exteriores (Yang, 2014).

Ahondando en el tema, es válido decir que este objetivo conlleva la necesidad de un diseño de nivel superior, para lo cual debe haber

un grupo de liderazgo encabezado por el PCCh, que tiene como tarea central abordar los problemas desde una altura estratégica que solo se logra aumentando las capacidades de control y planificación centralizada a fin de administrar y gestionar, sin desviaciones, el trabajo en el exterior (Zhang, Q., 2014). Para entender cómo se debe dirigir la política exterior, China utiliza la figura del «juego de ajedrez» en el que todas las piezas se mueven en un mismo escenario, con un mismo objetivo y una dirección única.

Cooperación con justicia y beneficio mutuo

La promoción de la concepción de justicia y beneficio mutuo que en lo político se expresa como defender la equidad y la moralidad y en lo económico alcanzar provecho recíproco y un desarrollo común con el fin de construir una comunidad de destino colectivo se sustenta en la esencia de la cultura tradicional china heredada de la antigüedad, que ha servido como guía tanto para los individuos en su vida personal como al país en las relaciones internacionales. Entre otras cosas esto implica entender a aquellos países que tienen complejas dinámicas internas y que aun teniendo una relación de amistad con China, no pueden manejar el vínculo bilateral con una reciprocidad de la misma intensidad, lo cual obliga a China a considerar los intereses de la otra parte sin hacerles daño (Yang, 2014).

No se trata de manejarse en extremos que de forma persistente resultan falsos. Casi siempre eso deriva en el abandono del interés a favor de la justicia, o viceversa: la exacerbación de una supuesta moralidad, abandonando los necesarios beneficios. Ambos extremos deben ser rechazados. Esto también exige determinar los diferentes tipos de moralidad y beneficio, porque existe una moralidad general y otra específica. De la misma manera, hay beneficios de largo y corto plazo, pequeños y grandes. Existen los que pueden ser abandonados y los que se sustentan en principios a los que no se puede renunciar. De lo que se trata es de lograr un equilibrio, y en el caso de que surjan complicaciones, tratar cada caso con la especificidad requerida. Aquí debe imperar la teoría de la medianía¹³ de Confucio que implica la dejación de beneficios para lograr moralidad y la adquisición de

justicia mediante sacrificios personales o, en el caso de un país, un gobierno jamás puede abandonar la búsqueda de logros para su pueblo, todo lo cual está imbricado en el pensamiento confuciano (Wang, 2014).

Para cumplir con estos preceptos es necesario acatar las normas básicas del derecho internacional, oponerse al hegemonismo y a las políticas de fuerza, contrarrestar los intentos de los que pretenden socavar la paz y la estabilidad a partir de intereses propios de países o grupos de países o por visiones egoístas de las relaciones internacionales. China rechaza el robo de información a líderes de otros países, arrestar narcotraficantes y asesinar terroristas a través de acciones militares que violan la soberanía de otros Estados, lo cual es una forma típica de obtener un beneficio actuando al margen de la justicia y también de la ética y la moral internacional, porque se actúa sin cumplir con la Carta de la ONU. Por ejemplo, en la guerra de Irak, China se opuso a desatar las acciones bélicas sin la autorización del Consejo de Seguridad o a las acusaciones de proliferación de armas nucleares, radiológicas, químicas o biológicas sin tener pruebas de ello (Ye Z., 2014).

*La «Franja Económica de la Ruta de la Seda»:
el mayor y más ambicioso proyecto chino de integración*

Durante el año 138 (siglo II a.C.), el emperador Wudi de la dinastía Han envió a Zhang Qian en misión diplomática a reconocer las zonas occidentales del imperio y Asia Central. Fue el primer agente en proporcionar información confiable sobre esos territorios a la corte imperial china, ubicada en Chang'an (cf. nota 17 en páginas precedentes). En el año 119 a.C., Zhang realizó un nuevo viaje, llevando esta vez 300 acompañantes, miles de cabezas de ganado vacuno y ovino así como ingentes cantidades de seda y otros obsequios que inauguraron una práctica de intercambio de enviados diplomáticos y viajes comerciales entre los gobernantes chinos y los de Asia Central. Esto condujo a los emperadores de la dinastía Han a construir caminos, albergues y postas a lo largo de esta vía, con el fin de ofrecer alimentos, alojamiento y seguridad a los viajeros y

comerciantes (Cao y Sun, 2011). Este fue el origen de la Ruta de la Seda, que comunicó el este y el oeste y a China con Asia Central y Europa, la cual, saliendo de la capital imperial, atravesaba la actual provincia noroccidental china de Gansu y la región autónoma uigur de Xinjiang, así como la parte central y occidental de Asia, culminando en el Mediterráneo. En este sentido la Ruta de la Seda es considerada patrimonio de la humanidad; su creación, existencia y funcionamiento durante tantos siglos en la antigüedad es un testimonio de que los seres humanos pueden vivir en armonía aun perteneciendo a diferentes civilizaciones y que la guerra puede evitarse a favor de la paz. Diversas reliquias encontradas a través de su recorrido dan cuenta de cómo las civilizaciones árabes y europeas vivieron en armonía con la cultura china, a la vez que protegían sus características propias, sin perder su patrimonio por la comunicación establecida. También demuestra que las economías de los pueblos se pudieron complementar de manera beneficiosa para todos a través del intercambio y el comercio (Wang y Zang, 2017).

El gobierno chino, 2100 años después, ha retomado con nuevas formas la idea de reformular este proyecto. Se trata de recuperar esos valores del pasado y transformarlos en código de conducta para las relaciones internacionales modernas. La vía terrestre de la Ruta de la Seda tendría uno de sus puntos neurálgicos más importantes en Urumqi, capital de la región autónoma uigur de Xinjiang, en el noroeste de China, convirtiéndose en el centro de transporte, finanzas y logística de la Ruta de la Seda, continuando hacia Asia Central y Europa (Colomo Ugarte, 2014). Desde hace 20 años los países de Asia Central han revitalizado sus relaciones, lo que les ha permitido fomentar altos niveles de cooperación y amistad. Desde una perspectiva distinta a la que primó cuando varios de estos países pertenecían a la Unión Soviética, se han impulsado vínculos en un marco de respeto y no injerencia en los asuntos internos, incluyendo a Rusia en esta perspectiva. Su pertenencia a la OCS ha permitido reforzar la confianza mutua entre sus miembros. Este contexto ha hecho posible pensar en la creación de un enfoque innovador en materia de integración que conduzca a construir conjuntamente la «Franja Económica de la Ruta de la Seda», una magna obra que pretende generar bienestar a los pueblos que habitan a lo largo de su recorrido. Su proceso de

edificación se vislumbra como el desarrollo de áreas específicas que se irán interconectando paulatinamente con el paso del tiempo. Ello permitirá acceder a la comunicación política en materias estratégicas y de desarrollo económico; mejorar la conexión vial para facilitar el transporte desde el Pacífico hasta el Báltico, ampliando la infraestructura de transporte intrafronterizo que enlace las diferentes regiones de Asia; hacer más evidente el comercio, explotando la magnitud y el potencial de mercados que sirven a cerca de tres mil millones de habitantes y cincuenta millones de kilómetros cuadrados a lo largo de su trayecto; reforzar la circulación monetaria para hacer transacciones comerciales en moneda local, con el fin de reducir los costos de circulación, aumentar la capacidad para eludir riesgos financieros, elevar la competitividad de la región en el escenario internacional y reforzar la comunicación entre los pueblos, fortaleciendo vínculos de amistad, intensificando los intercambios y solidificando el apoyo social a la cooperación regional¹⁴ (Xi, J., 2014d, pp. 353-358).

Así mismo, en los últimos años China ha hecho esfuerzos especiales para vigorizar sus relaciones con los países de la Asean, con los que desde 2003 se estableció una asociación estratégica, haciendo patente el interés de Beijing en edificar con estos países vínculos de confianza y buena vecindad, sobre todo por los conflictos aún pendientes en materia de delimitación marítima que China pretende resolver en la mesa de negociaciones. En el marco de la búsqueda de extender los espacios de colaboración, China ha considerado necesario ampliar su apertura a los países de la Asean. Además, elevó el nivel de zona de libre comercio China-Asean para que el intercambio bilateral alcanzara un billón de dólares en 2010 y apoyar el desarrollo de infraestructuras en la región a través de las acciones del Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (BAII)¹⁵. Igualmente ha propuesto construir un componente marítimo de la Franja Económica de la Ruta de la Seda, imitando el comercio que por esa vía se hizo en el sudeste asiático desde la antigüedad. La ruta marítima actual seguiría el itinerario utilizado en la antigüedad que conectaba los puertos del sur de China con el sudeste de Asia, India, Arabia y África para comerciar con seda, porcelana, té y especias desde Guangzhou a los países del Golfo Pérsico, la cual también fue transitada en el siglo XV por el almirante Zheng He (ver en el capítulo I el párrafo

titulado: Bienestar agrícola, centralización del poder y crisis durante la entrada de China a los tiempos modernos 1368-1840). Ahora China propone reconstruir esta vía en una nueva Ruta de la Seda Marítima del siglo XXI. El puerto de Kuantan —en la costa oriental de Malasia peninsular— sería uno de los puntos estratégicos, por ser el centro económico de la costa este de ese país y la ciudad más moderna de su litoral (Colomo Ugarte, 2014).

Es menester señalar que la respuesta de Estados Unidos no se hizo esperar, proyectando el «Corredor Económico Indo-Pacífico (IPEC) en 2013, con objetivos similares y en clara competencia con China, lo cual plantea un nuevo escenario de confrontación. Desde la perspectiva de Manuel Guerrero Cruz (2016):

La visión de un corredor indo-pacífico seduce a muchos implicados y no es solo por las perspectivas económicas que ofrece. Por un lado, parte de los actores ya mencionados han visto con preocupación el ascenso chino durante la última década. Al menos cuatro de ellos —India, Filipinas, Vietnam y Japón— mantienen diferendos territoriales de mayor o menor envergadura con Pekín. No es despreciable tampoco la influencia de las peculiares filosofías y corrientes asiáticas de pensamiento en la forma de conducir la política exterior, y en ello, valorar acertadamente el desequilibrio regional que crea una China convertida en potencia sin rivales incontestados, también los impulsa a buscar aliados extrarregionales que sirvan de contrapeso a la influencia china (pp. 1-2).

La réplica estadounidense da cuenta de la importancia que ese país le concede a la iniciativa china, que es expresión de un mecanismo de integración que servirá para promover una civilización sustentada en una filosofía ecológica con el objetivo de alcanzar un desarrollo sostenible. Ambas rutas (la terrestre y la marítima) denominadas también «un cinturón, un camino» incluyen más de 70 países, costarán alrededor de un trillón de dólares financiados básicamente por el BAI y se ejecutarán en un plazo de tres o cuatro décadas (Garzón, 2017). También actuará como financista el Fondo Económico de Inversión de la Ruta de la Seda, patrocinado por Beijing con un aporte de cincuenta mil millones de dólares.

Desde la perspectiva europea, Alemania parece mostrar el mayor interés en el proyecto de la Ruta. La línea férrea internacional entre Chongqing-Xinjiang en China y Duisburgo —el principal puerto fluvial y mayor centro siderúrgico de Europa, ubicado en la gran zona industrial donde confluyen los ríos Ruhr y Rin, en el país germánico— podría considerarse un adelanto de la nueva ruta. Alemania también está mirando hacia el este en una zona que conforma su «*hinterland* geográfico natural oriental», entre los que se encuentra de manera especial Rusia. Colomo Ugarte (2014), que analiza el proyecto desde la mirada europea, opina que:

El reto de establecer un área de integración económica desde Lisboa hasta Vladivostok se sitúa dentro del objetivo estratégico tanto de la UE como de Rusia y está en sintonía con el concepto de China del cinturón económico de la Nueva Ruta de la Seda. En 2012, la inversión de China en los países europeos superó la inversión de la UE en China, y en 2013, los bancos centrales de Europa y China firmaron un acuerdo de intercambio monetario de 45.000 millones de euros. Las relaciones económicas entre China y la UE son cada vez más estables y recíprocas. China contribuye a la economía global con cerca del 30% del crecimiento económico mundial, y la UE, con un PIB de 16,7 billones de dólares estadounidenses, representa la asociación económica mundial más importante.

Con respecto a Europa, hay que agregar que el proyecto presenta dos corredores terrestres fundamentales. Por una parte, la red de ferrocarril norte, la más extensa del mundo, que parte de China y pasa por Kazajistán, Rusia, Bielorrusia, Polonia y Alemania, de donde se distribuye hacia otros puntos en toda Europa; por otra parte la sur, que atraviesa Asia Central y entra en Irán para dirigirse hacia Europa, pasando por Turquía (Vigo Pastur, 2017).

Para comenzar a hacer operativo este proyecto, durante los días 14 y 15 de mayo de 2017 se realizó en Beijing un foro con participación de gobiernos de 29 países además de China y la presencia de delegaciones de más de un centenar de naciones y entidades internacionales interesadas en el asunto. El evento permitió mostrar que desde el lanzamiento del proyecto por el presidente Xi en 2013, ya China

había invertido más de 50 mil millones de dólares en los países de la Franja y la Ruta; se habían creado 56 zonas de cooperación económica comercial, lo cual ha generado 1.100 millones de dólares de ingreso fiscal y creado 180 mil empleos, mientras que el comercio entre China y los países a lo largo de la Franja y la Ruta totalizó 913 mil millones de dólares en 2016. Este proyecto permitirá reducir la pobreza, asunto específico en el que China propondrá cien proyectos de inversión. En el área marítima, China firmó acuerdos de cooperación con Tailandia, Malasia, Camboya, India, Pakistán, Maldivas y Sudáfrica, llevando a cabo una conexión estratégica con muchos de los países a lo largo de la Ruta, estableciendo así una amplia asociación cooperativa alrededor del océano. En este evento, el canciller chino Wang Yi mencionó que este proyecto se ha convertido en el bien público más importante que China ha aportado al mundo, sin que eso le permitiera considerarlo una obra filantrópica, sino que se está haciendo a partir de la idea de ganar-ganar (Marín, 2017).

En el ámbito global, el proyecto chino se expone como un intento novedoso de llenar el vacío que deja Estados Unidos al abandonar el acuerdo de asociación transpacífico y el trasatlántico rechazado por Europa, y después de haberse aprobado el Brexit en Gran Bretaña, países que en su conjunto tendían al aislamiento de China en un contexto en el que Estados Unidos — tras acuerdos firmados al finalizar la Segunda Guerra Mundial en el mar de China, el sudeste de Asia, el Estrecho de Ormuz y el mar Rojo — tiene gran dominio de las vías marítimas por las que transita la mayor parte de las mercancías en el globo. El proyecto de la Ruta vendría a ser una respuesta a la necesidad de China de superar su déficit de materias primas y energía para cumplir con sus planes de desarrollo, en los que ha conseguido a Rusia como gran aliada tras los intentos occidentales de bloquearla y sancionarla, país con el que podría complementarse en los ámbitos militar, económico, energético, financiero y de transporte (Rodríguez-Rata, 2017). Desde otro ámbito, China aparece como una de las grandes beneficiadas por la globalización, por lo que comienza una proyección al exterior desde otra dimensión, en primera instancia estimulando el crecimiento de sus áreas menos desarrolladas y buscando mercados para colocar sus productos excedentarios. Uno de los países priorizados es Pakistán, donde China está ampliando y

modernizando el puerto de Gwadar, que vendría a funcionar como «su puerto principal» para el intercambio comercial de Xinjiang y el oeste del país en general, alejado por decenas de miles de kilómetros de las terminales marítimas chinas, evitando además el paso de estas mercancías por el Estrecho de Malaca, punto neurálgico del comercio marítimo en Asia y donde China no tiene ninguna capacidad de control. Además, el proyecto contempla ampliar la carretera del Karakoru que une ambos países (Vigo Pastur, 2017). En este sentido, los países de la Asean han valorado altamente este proyecto por los grandes beneficios que el mismo traerá para los 10 miembros de esta asociación de países, especialmente en el terreno de la infraestructura, sobre todo para cumplir con el Plan Maestro de Conectividad de la Asean que está necesitado de una cantidad enorme de capitales que la Conferencia de Naciones Unidas para Comercio y Desarrollo (UNCTAD) ha cifrado entre 60 mil y 146 mil millones de dólares anuales hasta 2025. Con esta iniciativa China se vincula al plan maestro de la Asean y reitera su voluntad de jugar un papel activo en la construcción y actualización de infraestructura física en la subregión, especialmente a partir de la iniciativa de la Ruta y el Cinturón de la Seda, lo cual redundará en un motor de desarrollo y prosperidad, como señalaron diferentes funcionarios, académicos y especialistas en un evento sobre el tema realizado en Phnom Penh, capital de Camboya, durante el mes de noviembre de 2017 (Xinhua, 1° de noviembre 2017).

Si a la llegada de la Ruta de la Seda a Rusia y Mongolia y la declaración conjunta de los presidentes de China y Rusia orientada a impulsar proyectos de infraestructura en países de la Unión Económica Euroasiática se añan los proyectos realizados en Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Pakistán y Camboya, se puede afirmar que se ha iniciado una dinámica que va a cambiar una parte importante del mundo, toda vez que la conexión de China con Asia Central y del Sur, con Medio Oriente y Europa creará un flamante mecanismo de cara al futuro, acercando dos continentes y zonas urbanas muy amplias que desempeñan un papel relevante en China y pronto lo harán en otras zonas del planeta (Polo, 2015).

En opinión de Victoria Kwakwa (2017), vicepresidente del Banco Mundial para la región de Asia Oriental y el Pacífico:

Con la Iniciativa del Cinturón y la Ruta, China ha introducido una nueva forma de cooperación multilateral para el mundo. Esta prometedora iniciativa tiene como objetivo profundizar la integración económica mejorando el comercio, la infraestructura, la inversión y la conectividad entre personas, no solo a través de las fronteras, sino también a escala transcontinental (p. 9).

Las implicaciones del «Sueño Chino» en el plano internacional

El proyecto estratégico de mayor alcance para el devenir del país ha sido denominado «Sueño Chino», el cual todavía transita una fase de ajustes en la definición de tendencias en la diplomacia china, a fin de que esta asuma la responsabilidad de que la propuesta sea conocida y comprendida al exterior de las fronteras. Se trata de explicar la relación entre las implicaciones que tiene para China y para el mundo. Los dirigentes han querido hacer énfasis en este aspecto, es decir, mostrar que su proyecto de desarrollo y futuro también tendrá repercusiones positivas para el resto de la humanidad, sobre la base de una perspectiva que promueve un potencial de avance creciente basado en preceptos y tradiciones chinas que se sustentaron a través de la historia en el intercambio pacífico y el altruismo, lo que lleva a que en la circunstancia actual, los preceptos tradicionales sean aplicados también a este proyecto. Como ha quedado claramente expuesto en el XIX Congreso del PCC celebrado en octubre de 2017, China reiteró que no aspira a ninguna hegemonía, tampoco a recorrer un camino expansionista ni de aumento excesivo de su poder militar. De esta manera se habrán de crear condiciones para un mundo multipolar, globalizado económicamente, con una sociedad de la información profundamente desplegada y mayor intimidad en la integración de la sociedad humana. Todo esto contribuirá a aislar las motivaciones belicistas, avanzando un futuro pacífico para el planeta. En los hechos esto implica un equilibrio entre derechos y deberes que para China adquiere un carácter distinto al que tiene en Occidente, donde las sociedades hacen más énfasis en derechos, diluyendo las responsabilidades. Para los chinos, por el contrario, su filosofía enuncia que «lo que se quiere para uno, no se le debe imponer a los demás». Según la perspectiva china, en el

mundo de hoy se tendría que establecer la lógica del derecho sumada a la lógica de las responsabilidades en la comunidad internacional, lo cual redundará en el equilibrio y en un crecimiento inclusivo de la civilización mundial. China respeta el derecho de cada nación a elegir su propio modelo de desarrollo y rechaza las ideas que pretenden universalizar un camino determinado. El «Sueño Chino» pretende lograr un desarrollo coordinado, equilibrado, sostenible, equitativo y justo de su sociedad, esperando que ello ayude a lo propio en la sociedad mundial, contribuyendo a reducir la brecha entre los países del norte y del sur y a que los países en desarrollo puedan fortalecer su capacidad de progreso independiente, facilitando la coordinación de políticas macroeconómicas en cooperación con otras economías fuertes, promoviendo nuevos vínculos con las otras potencias mundiales a fin de establecer relaciones equilibradas y estables (Yu, 2014).

La percepción de las autoridades chinas es que este proyecto ayudará a garantizar y promover un sano desarrollo de la economía mundial sobre la base de su condición de tercer mayor importador del planeta, poseedor del mercado interno más grande y generador de exportaciones de productos de buena calidad y bajo precio. Así mismo, China está aumentando su capacidad inversionista, proporcionando apoyo al despegue de la economía de los países en vías de desarrollo, todo lo cual traerá oportunidades a la economía mundial. En términos políticos, el país actuará como motor del desarrollo económico, pero levantará las banderas de la justicia, rechazando las políticas de fuerza, saqueo y explotación, promoviendo un nuevo orden internacional pacífico en el que tengan espacio los países menos desarrollados con los cuales China fortalecerá su amistad y el intercambio (Liu, Zhuy Huang, 2014).

Para la aplicación del «Sueño Chino» en el escenario internacional se ubica en el centro de la atención la persistencia en el desarrollo pacífico del país, la instrumentación de una estrategia de apertura basada en el logro del beneficio mutuo, asumiendo responsabilidades con el planeta y contribuyendo con la comunidad internacional, a fin de obtener provechos y ganancias no solo para China, también para los pueblos del mundo, trayendo «al mundo paz, no conflictos; oportunidades no amenazas» (Xi, 2014i).

China-América Latina: relaciones de nuevo tipo

Las relaciones entre China y América Latina se remontan al siglo XVI, cuando en 1565 se verifica la entrada de los primeros inmigrantes chinos al puerto de Acapulco, en México. Posteriormente, a comienzos del siglo XVII llegaron de forma aislada a Perú y a mediados del XVIII a Brasil, pero fue en el siglo XIX cuando se configura un flujo estable de población china a esta región. A inicios de esa centuria un contingente de 200 trabajadores chinos llega a Trinidad y unos años después otro grupo de 400 se presenta en Brasil para trabajar en las plantaciones de té, estableciéndose un comercio de trabajadores chinos que se extiende entre 1847 y 1874, hasta que 250 mil chinos fueron a sustituir la mano de obra esclava proveniente de África. También fueron utilizados para adelantar proyectos que necesitaban trabajo intensivo de bajo costo. Ante la creciente presencia de sus ciudadanos en la región, muchos de los cuales eran sometidos a malos tratos, China se vio obligada a abrir relaciones con algunos países, todavía antes de ser derrocada la monarquía, en 1912. Estas primeras migraciones fraguaron efectos que aún hoy perduran en las relaciones de los países de la región con China. En general, en América Latina se creó rechazo hacia la presencia de trabajadores chinos. Influyó en ello el racismo propio de la sociedad y la competencia que significó la llegada de estos trabajadores con una cultura laboral más acendrada que los hacía ser mejor recibidos por los patrones en fincas rurales y empresas. Otro tipo de vínculo era escaso, las relaciones comerciales eran prácticamente inexistentes y los exiguos convenios firmados fueron claramente favorables a las naciones latinoamericanas que se aprovecharon de la condición de dependencia y subordinación al poder europeo que trascendió en China tras las Guerras del Opio (Connelly y Cornejo, 1992)

Este estado de cosas se mantuvo prácticamente inalterable hasta la creación de la República Popular China en 1949. Los vínculos diplomáticos que ya se habían comenzado a establecer desde 1912 se configuran en un marco de Guerra Fría e instalación del derrocado partido Kuomintang en Taiwán (ver en el capítulo V el párrafo titulado: Hacia la creación de un entorno regional y mundial favorable para la proyección internacional de China). Como ya fue mencionado, en la década de los

años setenta del siglo pasado 12 países de la región normalizaron sus relaciones con China (ya lo había hecho Cuba con anterioridad). A partir de ello, durante los siguientes veinte años se comenzaron a desarrollar vínculos comerciales entre China y la región, pero nunca tuvieron un dinamismo que pudiera ser destacado (Ríos, 2007).

El siglo XXI trajo una nueva relación de China con América Latina, sin embargo en muchos sectores sigue primando una visión despreciativa respecto de tales vínculos. Por ejemplo, Diego Guelar, quien paradójicamente es el actual embajador de Argentina en China, antes de su nombramiento —en un libro de su autoría— caracterizó el ascenso de los lazos de China con América Latina como «invasión silenciosa»; otro tanto hizo Julio Sevares, quien publicó una obra sobre las relaciones entre el gigante asiático y la región latinoamericana en la que le dio a China connotación de «socio imperial» para Argentina (su país) y para América Latina. No obstante, desde una perspectiva estrictamente sudamericana, Guelar (2013) expone que el comercio entre China y esa subregión creció de 10.342 millones de dólares en 2002 a 167.162 millones en dólares en 2012, mientras que el monto de la inversión china entre 2005 y 2012 superó los 100 mil millones de dólares, incluyendo préstamos, llevando a que en este período el país asiático se convirtiera en el mayor inversor externo de la región y el primer socio comercial de Brasil, Chile y Perú y segundo de Colombia, Venezuela, Ecuador, Uruguay y Argentina, concluyendo que no se puede acusar a China de actuar bajo un esquema imperialista pero sí que desarrolla un modelo de «relación unilateral desde las necesidades de una de las dos partes, con el “consentimiento entusiasta” de la otra que no tiene la lucidez para vertebrarse hacia adentro de tal forma de introducir una propuesta equilibrante» (p. 79). Así mismo, el actual embajador de Argentina en China plantea que la etapa que se inició en 2005 estableció un cambio fundamental en las relaciones de China con la región, toda vez que el comercio se decuplicó con saldo favorable al país asiático, que incrementó sus inversiones, sobre todo en petróleo, gas, soya, hierro, cobre y bauxita, además de poner especial interés en infraestructuras de transporte, en rutas, ferrocarriles, puertos, gasoductos y líneas eléctricas. De la misma manera, resalta el incremento de los Institutos Confucio para la enseñanza del chino-

mandarán en casi todos los países de la región, aunándolos a los crecientes intercambios académicos y de estudiantes, lo cual vaticina que la asociación estratégica entre ambas partes se convertirá en un actor fundamental para las próximas décadas (Guelar, 2013). En lo inmediato, todo este intercambio económico bilateral ha significado —sin duda alguna— importantes beneficios, crecimiento económico, mejora del sector externo y mayores ingresos fiscales para la región, haciendo la salvedad de que en la medida en que los gobiernos de la región no hagan un esfuerzo principal para aprovechar el vínculo con China a favor de la industrialización, el desarrollo tecnológico y científico, se seguirá estimulando la especialización de la economía en la producción primaria al mantener esquemas diferenciados de dotación de recursos y competitividad que refuerzan la producción de materias primas y la importación de productos que sustituyen la producción local, lo cual —como señala Sebares (2015)— «configura un conjunto de oportunidades inéditas para la región, pero también de enormes desafíos para su estructura productiva y su inserción internacional» (p. 57). Con respecto a la Inversión Extranjera Directa (IED) o de ultramar (OFDI, por sus siglas en inglés) de China en ALC, se puede decir que existe cierta coherencia y vinculación, dentro de sus múltiples contradicciones, es decir en lo que respecta a una región donde existen innumerables instrumentos tales como, financiamientos especializados, reducciones arancelarias y sobrevaluación del tipo de cambio que sirven de aliciente a las importaciones, mientras China busca resolver aspectos estratégicos de largo plazo, como por ejemplo crecimiento económico para lograr un incremento del empleo y del nivel de vida y una mayor eficiencia en el uso de las materias primas (Napoleón, citado por Dussel, 2013).

La inserción china se produce desde una lógica de complementariedad de su economía con la de los países de ALC, destacando la posibilidad de convergencia en varias áreas sobre la base de establecer un tipo de relación sur-sur que ayude a paliar las insuficiencias de cada parte, sobre todo en el contexto del fracaso de las Rondas de Doha sobre liberalización del comercio (Ríos, 2007). Los lazos de China con América Latina están basados en una estrategia orientada por su política de desarrollo e inserción internacional que fue expuesta en el *Libro Blanco para América Latina* dado a conocer en 2008, en el

que se presenta la decisión del gobierno chino de estimular y apoyar a sus empresas con «capacidad y buena reputación» para desplegar la cooperación e inversión en América Latina y el Caribe en materia de manufactura, agricultura, silvicultura, pesquería, energía, explotación de recursos mineros, construcción de infraestructuras, servicios, y otros. Así mismo, el gobierno chino respalda una mayor comunicación e intercambio entre las autoridades financieras y monetarias de ambas partes, a fin de coordinar acciones en materia macroeconómica y políticas económicas y financieras, promoviendo acuerdos de supervisión bancaria, desplegando la cooperación destinada a combatir el lavado de dinero y el financiamiento del terrorismo. De la misma manera, China manifestó su voluntad de explorar las formas de condonar o reducir las deudas de los países latinoamericanos y caribeños con China (Texto íntegro del Documento sobre la Política de China hacia América Latina y el Caribe, 2008). Acorde con esta decisión, en los últimos años China firmó, en 2012, tratados de libre comercio con Chile, Perú y Costa Rica y mantuvo un sistema de consultas con la Comunidad Andina de Naciones (CAN) y el Mercosur. En 2013, durante una gira por América Latina, el primer ministro Wen Jiabao anunció la creación de un Fondo de Cooperación China-América Latina y el Caribe (Fondo China-ALC), con un monto inicial de 5 mil millones de dólares aportados por China. Así mismo, el Banco de Desarrollo de China dispuso de una línea de crédito por 10 mil millones de dólares para financiar obras de infraestructura y crear una reserva de 500 mil toneladas de alimentos. Ese mismo año 2013 se realizó el foro de ministros China-ALC con el objetivo de promover de manera integral el intercambio en ese ámbito. La llegada a la presidencia de Xi Jinping trajo un nuevo aliento a las relaciones de China con Latinoamérica y el Caribe: solo en su primer año de gobierno, Xi visitó siete países y se entrevistó con los mandatarios de casi todos los Estados de la región que tienen relaciones con China. En su primer viaje, en 2013, se reunió con 11 jefes de Estado y estuvo en tres países; en el segundo, en 2014, tuvo intercambios con 8 líderes y visitó cuatro países (Wu H., 2014). En enero de 2014 se creó el Foro China-Celac durante la II Cumbre de esta última instancia celebrada en La Habana, lo que llevó a que en julio de ese año el presidente Xi Jinping —durante una visita a Brasil— anunciara la creación de

un fondo de 35 mil millones de dólares para financiar proyectos de infraestructura, lo cual se sumó a la creación del banco de fomento de los BRICS, que con cincuenta mil millones de dólares financiaría también proyectos en países de desarrollo, incluyendo a los países de ALC. En enero de 2015 se realizó la 1.^a Reunión Ministerial del Foro China-Celac en Beijing, donde se aprobó un plan quinquenal de cooperación que incluiría objetivos en los campos de la economía, la política y la seguridad. De la misma manera, el presidente chino informó que su país invertiría 250 mil millones de dólares en ALC durante la próxima década (Sevares, 2015). Este creciente intercambio hizo prender las alarmas en Washington, que ha ido perdiendo poder económico en su «traspatio», sobre todo en la primera década y media del presente siglo, cuando un grupo de países con gobiernos democráticos y cercanos a la izquierda política iniciaron un proceso de «rebelión» frente a las políticas de Estados Unidos que se venían implantando tras el Consenso de Washington y que tuvieron como resultado más relevante el rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) propuesta por el presidente de Estados Unidos George W. Bush, todo lo cual —aunado al crecimiento del intercambio económico y comercial con China— apuntaba a producir una transformación total de la región frente a la absoluta hegemonía y control estadounidense (Tamames, 2008).

En 2013 el comercio entre China y América Latina se estancó, después que desde 2003 hasta 2008 había tenido un crecimiento acelerado que llevó a una tasa de incremento de 41,8%, 14,9% más que el crecimiento del comercio exterior de China y 31,7% mayor que su PIB. Así mismo, desde 2003 hasta 2013 el comercio bilateral mantuvo un incremento del 29,2% anual. Todo este proceso fue ralentizado por la crisis económica que estalló en 2008 y que significó en 2009 un crecimiento negativo en el comercio bilateral, sin embargo, en corto plazo tuvo un nuevo repunte para caer otra vez en 2013, cuando quedó solo en 0,1%, mientras que el comercio exterior de China solo creció al 7% anual. Esta situación tuvo un origen multifactorial. Aunque la crisis es el principal detonante, otras causas influyeron en tal desenlace, entre ellas hay que considerar variados elementos de carácter interno de China por despilfarro de recursos, excesiva capacidad productiva, deterioro del medio

ambiente, polución, disparidad en la distribución de ingresos y corrupción, entre otros, lo cual obligó a un reajuste interno de la estructura económica y del modelo de desarrollo que condujo a la ralentización de la economía mientras los ajustes tenían efecto, hecho que perturbó el comercio con América Latina. Sin embargo, visto en contexto, tales secuelas no necesariamente deben ser negativas. Por una parte, es normal un período de reajustes después de uno de veloz crecimiento, que además en China duró treinta años. Con relación a América Latina, el resultado total de la relación comercial durante casi todo este siglo es alentador. Incluso a pesar de la crisis de los últimos años, las cifras siguen siendo positivas y volverán a tomar el camino del crecimiento una vez que el propio comercio bilateral supere estos años de necesario reajuste y China vuelva a ser la «locomotora» del crecimiento latinoamericano y caribeño, lo cual resultará mutuamente ventajoso.

Según Ríos (2007), las motivaciones de China en la región son de diferente índole a las que mueven a Estados Unidos. En primer lugar son económicas y comerciales, se manifiestan como oportunidades para su comercio exterior y sus inversiones y por las posibilidades de acceso a recursos energéticos y materias primas necesarias para sostener su crecimiento económico. En segundo lugar son también de orden político, con el objetivo de ganar influencia en la región a través de los intercambios de visitas de alto nivel que han institucionalizado una serie de mecanismos bilaterales y multilaterales que han ido permitiendo la integración de China a los foros y organizaciones regionales. Finalmente, es además un escenario importante en su conflicto con Taiwán, toda vez que de los 20 países con los que tiene relaciones en el mundo, 10 pertenecen a la región latinoamericana y caribeña, lo cual configura un reto para la diplomacia china (Ríos, 2007). En el ámbito político, además de las asociaciones estratégicas establecidas, el fortalecimiento de la «tradicional» amistad con Cuba y la inserción en las organizaciones regionales, China ha manifestado su apoyo a la intención brasileña de ser miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU ante una virtual ampliación de sus miembros (Ríos, 2007). Sin embargo, hasta el momento no se ha producido una manifestación similar de reciprocidad. El sistema político chino no despierta mayor interés en los países de ALC si se

compara con los vínculos económicos y comerciales que ofrece. Así mismo, los vínculos del PCCh con su par gobernante en Cuba o con partidos de izquierda en el poder en ALC, como Venezuela o Bolivia son esporádicos e intermitentes. Con Nicaragua ni siquiera hay relaciones políticas, tampoco con San Vicente y las Granadinas, San Cristóbal y Nieves y Santa Lucía, miembros de la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), coalición de países latinoamericanos y caribeños creada por Cuba y Venezuela en 2005; tampoco con Haití, observador en dicha alianza. Sin embargo, las particularidades de la diplomacia china —que no se caracteriza por intentos de imposición hegemónica— recoge opiniones favorables en la región, de la misma manera que la política de «múltiples rayos» que significa favorecer por igual los vínculos con gobiernos, empresarios y partidos políticos considerados amigos ha surtido un efecto favorable hacia China. En este marco, el «modelo chino» ha ganado prestigio y reconocimiento en círculos intelectuales y de planificación de políticas en la región latinoamericana y caribeña, sobre todo en momentos de crisis económica global, ante la cual este modelo ha salido adelante frente a la incertidumbre generalizada que permea al planeta, lo que le ha dado a China una credibilidad demostrada por el valor empírico de su experiencia autónoma de desarrollo (Cesarín, 2006). Por su parte, para ALC una proyección de largo plazo en sus relaciones con China es sustentada por variadas razones: el avance logrado por China en su penetración económica en la región ha obtenido éxitos indudables; los avances en la institucionalidad de orden integracionista que han alcanzado los países de ALC posibilitan dar contenidos unificadores, dinamizadores y definidos; la voluntad política expresada por ambas partes y el entrapamiento económico de las economías occidentales, sobre todo de Europa, que no logran salir de la crisis que las aqueja desde 2008 (Retana Yarto, 2013).

Aunque también en los temas de seguridad y defensa ha habido un salto importante —sobre todo en cuanto a venta de armamento, cooperación en el ámbito aeroespacial, capacitación y entrenamiento e intercambio de funcionarios de alto nivel— ello dista mucho de ser tan relevante como para inquietar a Washington que, sin embargo, hace grandes aspavientos propagandísticos respecto del supuesto incremento de la presencia militar china en la región (Ríos, 2007). Los

intereses chinos en esta materia se circunscriben a su participación en el contingente militar de la ONU en Haití, la presencia de empresas de su complejo militar en Panamá (zona sensible para el tráfico comercial marítimo global a través del Canal) y la aparición de mafias chinas en la Triple Frontera (Argentina, Brasil, Paraguay) vinculadas con la comunidad musulmana asentada en ese territorio que pudieran derivar en apoyos a grupos islámicos fundamentalistas relacionados con grupos terroristas que operan en las regiones occidentales de China.

Para China, América Latina representa una región de importancia estratégica. Desde su primera visita a la región como presidente de China, Xi Jinping se propuso aumentar la confianza mutua y elevar la cooperación pragmática, incursionando con mayor fuerza en Centroamérica y el Caribe, subregión de tradicional influencia de Taiwán, estableciendo para los pequeños países insulares y los del istmo préstamos preferenciales, sobre todo para el desarrollo de infraestructura, firmando 24 instrumentos de cooperación. Así mismo se propuso salvaguardar los intereses comunes, potenciando la representatividad y la voz de estos países en los asuntos internacionales. Durante esa visita Xi expresó que China está dispuesta a plegarse estrechamente al fomento de un apoyo recíproco y una cooperación sincera entre ambas partes y manifestó su beneplácito por los avances integracionistas de la región «llevando adelante con dinamismo el sueño de solidaridad, colaboración y desarrollo conjunto preconizado por los precursores del movimiento de independencia de América Latina» (Xi, 2014i, pp. 70-77).

Tal vez sea la primera ocasión en la historia en que el líder de una potencia global se congratula por los avances integracionistas de la región, sin buscar torpedearlos o hegemonizarlos como ha sido la tradición en los 200 años de vida independiente de los países latinoamericanos y caribeños. China visualiza los vínculos con América Latina y el Caribe a partir de una mirada múltiple de largo alcance, que permita realizar intercambios en variados ámbitos: en el terreno político, buscando la comprensión y el apoyo mutuo en temas vinculados a los respectivos intereses; en el plano económico, explorando potencialidades de cooperación a partir de las realidades propias concretas, avanzando hacia una convergencia de intereses con miras a crear una asociación mutuamente ventajosa, y en el

terreno de la cultura, intensificando el intercambio y el diálogo entre civilizaciones hacia la construcción de una convivencia en armonía y una emulación pacífica entre ambas partes. El objetivo supremo debería ser el esfuerzo conjunto para establecer de forma permanente el foro de cooperación entre América Latina y China que comenzó a funcionar en enero de 2015. Así mismo, avanzar hacia la construcción de una plataforma que impulse una asociación de cooperación integral bilateral (Xi, 2014ñ, pp. 383-384).

Un informe del Centro de Documentación e Información de Bolivia (Cedib) citado por Raúl Zibechi señala que en 2016 China había desplazado muchos de los roles que históricamente había tenido Estados Unidos en América Latina, consiguiendo establecerse e incidir en las condiciones geopolíticas regionales a partir, por una parte, de las exportaciones de *commodities*, y de otra, de los préstamos a cambio de petróleo, superando a cualquier otro país o agencia internacional de cooperación. Además, en un marco distinto al pasado, que no reproduce ninguno de los patrones imperialistas que han caracterizado las relaciones de la región con Estados Unidos o Europa, contrariamente a lo que se divulga en cierta prensa internacional. Las aseveraciones en ese sentido no resisten el menor análisis en cuanto a las consecuencias del dominio del capital financiero sobre el capital productivo como consecuencia de la concentración y formación de monopolios al tiempo que se asistió a la sustitución de la exportación de mercancías por la exportación de capitales, eliminando la libre competencia y haciendo predominar la especulación por encima de la producción, todo lo cual devino en el reparto del mundo y la intervención política y/o militar en otros países. Este no es el caso de lo que está ocurriendo en las relaciones entre China y América Latina: la hegemonía del capital productivo se mantiene en relación al capital financiero, entre otras razones porque este no es el que maneja al gobierno chino, ni imparte directrices de comportamiento como sí sucede en Occidente. Por otra parte, los monopolios y las grandes empresas chinas, e incluso los bancos que operan en la región son de carácter estatal, no están controlados por oligarquía financiera alguna. Finalmente, China no propugna interferencias ni injerencias en asuntos internos de los países donde participa económicamente, no ha favorecido golpes de Estado ni

anexiones, tampoco ha ejercido presiones políticas o de otra índole sobre gobierno alguno, independientemente de cuál sea la orientación ideológica que tenga. De la misma manera, no ha instalado bases militares ni tiene presencia de sus fuerzas armadas en ningún país de la región. No hay tradición histórica alguna de intervenciones militares chinas en otros países. Al contrario, fue invadida y ocupada tres veces en los últimos dos siglos. Las relaciones de China con los países de la región se desarrollan en un marco de respeto y aceptación de las características propias de la otra parte (Zibechi, 2017).

Conclusiones

La larga epopeya que ha significado adentrarme en esta investigación está llegando a su fin. Ha sido un atrevimiento que ha desbordado pasión, emoción, sorpresa y un nuevo caudal de conocimientos que no suponía que habría de adquirir, sobre todo durante los ocho viajes realizados a China con el objetivo de obtener información de manera directa, conversando con protagonistas de muchos de los hechos que aquí se afirman y constatando en la práctica buena parte las afirmaciones que se hacen en los capítulos conclusivos.

Cuando los padres fundadores de Estados Unidos declararon la independencia de ese país, ya China tenía más de 5.000 años de historia y 2.000 años de ser un país unificado. Este es un dato que no puede obviarse a la luz de los acontecimientos actuales. Por otra parte, se debe además poner de relieve que la mitad de la población del planeta está conformada por los habitantes de India, Indonesia y China, países que no profesan en su mayoría la religión cristiana en ninguna de sus versiones —absolutamente minoritaria en términos cuantitativos—, y tampoco dichas naciones configuran histórica, filosófica y culturalmente la tradición occidental. Así también vale decir que el sistema internacional tal cual está plasmado en tiempos recientes, fue diseñado por las potencias triunfantes en la Segunda Guerra Mundial y sus líderes —De Gaulle, Churchill, Stalin, Roosevelt y Truman, cuyos países hicieron gala a partir de entonces de prácticas expansionistas— no podrían presumir de un comportamiento apegado a los derechos humanos ni ser defensores de una democracia por cuya salvaguarda fueron a la guerra. Difícilmente entonces pueden estos países endosar su patrón político —este o el que hayan asumido con posterioridad— a otros Estados y naciones que soberanamente se han propuesto construir modelos diferentes como resultado de decisiones exclusivas de sus pueblos. El mundo está constituido por una diversidad extraordinaria que lejos de ser un problema, debería entenderse como parte de su magnificencia. ¿Por qué entonces Occidente pretende universalizar sus comportamientos, conducta, costumbres y su

modelo político, imponiéndolos como verdad absoluta al mundo? Es una pregunta que esta investigación no se propuso responder pero sí mostrar que la República Popular China ha desarrollado un exitoso experimento propio, sustentado en peculiaridades generadas a lo largo de su transcurrir milenario, el cual se ha ido adaptando a las características y las condiciones de la modernidad.

Cuando absorto en la indagación de los acontecimientos escribía el primer capítulo de este texto, me sentí abrumado al darme cuenta que intentaba condensar cinco mil años de historia, y que a veces relataba lo ocurrido en cinco, seis o siete siglos en tan solo un párrafo de tres a cuatro líneas. Esta constatación da una dimensión del tamaño de lo que somos ante la majestad de la historia universal finalmente, esa media de 80 años que vivimos solo nos permite transitar por el mundo el tiempo que dura un suspiro si lo medimos con relación al acontecer de la humanidad en el planeta.

¿Por qué universalizar un modelo basado en el lucro, el afán de ganancia y la obtención de ella por cualquier método, incluyendo la guerra y la expoliación? Es otra pregunta sin responder, pero una vez más, se trata de exponer los elementos que permiten vislumbrar que China apunta a una construcción de liderazgo inédita en la historia, aunque ella misma afirme reiteradamente que no se propone ese objetivo.

La historia y el acervo filosófico chino aportan infinito conocimiento para quien decida transitar el camino de conocer el país, un recorrido más o menos pormenorizado dará pautas que nos harán pasar del asombro a la sorpresa y a la incredulidad en algunos casos. En lo personal, después de haber intentado cruzar esta —para mí— escabrosa ruta, durante tres años de marcha continua puedo afirmar con absoluto convencimiento que es imposible conocer y mucho menos entender este país sin adentrarse en los vericuetos de su historia, su pensamiento filosófico diverso y ancestral y su magnífica cultura milenaria. Como dijo Kissinger (2013), la sobrevivencia de China en el tiempo se debe sobre todo al entramado de valores que ha alimentado a su población. En ese sentido, los chinos construyeron un sistema de pensamiento a partir de la creación propia, que a pesar de haber sido declarado universal, se concibió desde el comienzo como chino. De una manera distinta a Occidente donde la política se centra en las intrigas, Confucio introdujo la armonía social como base

del poder. Como se mencionó, el estudio del ideario confuciano se convirtió en elemento básico para ingresar en la carrera de la burocracia, aunque los aspirantes a integrar el gobierno también debían dar muestras de una erudición que era puesta a prueba en espinosos exámenes que debían rendir aquellos que pretendían entrar al servicio del emperador, a fin de imponer la armonía en sus territorios. Esto creó una tradición de servicio para los funcionarios públicos que aún hoy se mantiene. Con relación a los pueblos vecinos también se construyó una usanza basada en la práctica: a los vecinos no se les ofrecía igualdad sino imparcialidad (lo que podría ser considerado un antecedente muy antiguo del precepto moderno de «no inmiscuirse en los asuntos internos de otros países» que China practica hoy como principio de su política exterior). No fue la guerra lo que permitió a China vencer a sus oponentes, sino lo que Kissinger (2013) denomina «el dominio de las clásicas y refinadas artes confucianas, como la caligrafía y la poesía» (p. 39). Usando incentivos comerciales, China convenció a los pueblos vecinos de aceptar su centralidad, sin proponerse conquistarlos y subyugarlos sino gobernarlos sin ejercer presión, con el objetivo de evitar la formación de coaliciones contrarias en las cercanías de su territorio.

Pero no solo Confucio está presente en el quehacer cotidiano de la sociedad, el Estado y el gobierno chino. Otros filósofos antiguos poco conocidos en Occidente ejercieron gran influencia política en la sociedad que les tocó vivir. Guan Zhong, nacido en 725 a.C. hizo importantes aportes en materia de gobierno aconsejando generar gobernabilidad a partir de el mantenimiento del equilibrio del mercado; afirmaba que en sus relaciones con otros pueblos, la economía debería jugar un papel determinante. Sus ideas en torno a la relación mercado y Estado son consideradas paradigmáticas en la actualidad: creó un estatuto para el cobro de impuestos, originado en un código impositivo uniforme, igualmente modernizó el Estado y elaboró un método avanzado para la realización de elecciones de gobernadores. Cuatro siglos después, Xunzi, nacido en 313 a.C. fue dueño de una visión materialista de la historia y la filosofía, adelantándose más de 20 siglos a algunas corrientes de la filosofía clásica alemana y a Carlos Marx. Xunzi no creía en la existencia de un Dios y opinaba que el pensamiento tiene un origen en lo material.

También estableció que la educación era la base a partir de la cual debía mejorarse el comportamiento humano¹⁶.

En este ámbito uno de los papeles más relevantes le correspondió a Mo Zi, nacido en el año 468 a.C., quien defendió una sociedad sin clases sociales, casi 23 siglos antes del surgimiento del pensamiento marxista-leninista en Occidente. Mo Zi postulaba el amor universal y el beneficio mutuo, lo que incluía las relaciones entre países que —según él— no deberían dañarse. En ese marco consideraba que el crimen y la guerra eran producto del desamor entre seres humanos, por lo que para lograr una buena gobernabilidad y estabilidad se debía considerar el país como una casa en la que sus miembros debían mantener el respeto y el amor. Así, Mo Zi —que propugnaba la igualdad entre países sin importar sus dimensiones o poder— hizo especial hincapié en la necesidad de mantener las relaciones sociales de forma tal que los poderosos no maltraten a los débiles, ni los nobles a los humildes ni los inteligentes aprovecharse de los inocentes, todo lo cual debía superar lo retórico y transformarse en práctica. Estas ideas —basadas en la total igualdad entre hombres, independientemente de su clase social— se comenzaron a manifestar como praxis de gobierno en China veintidos siglos antes de la Revolución Francesa. Tales preceptos, considerados paradigmáticos en China, conservan plena vigencia en el mundo del siglo XXI, siendo inspiración del gobierno, que apela al beneficio mutuo en las relaciones internacionales, sociales y económicas, incluyendo las de las empresas, en las que los principios emitidos por Mo Zi son una referencia ética a ser aplicados en el comercio y los intercambios, con la perspectiva de crear un orden económico mundial mucho más racional y moderno y de características globales (Yang y Chu, 2015).

Estas alusiones al pasado histórico y a los fundamentos filosóficos desmontan una visión actual de China y de su comportamiento internacional basada en una observación inmóvil en el tiempo, o que recrea la era del mundo bipolar pretendiendo exponer de forma negativa algunas acciones realizadas por la República Popular China desde 1949 cuando irrumpió como actor establecido del escenario internacional bajo una orientación distinta, generada en fundamentos de conducción del Estado bajo orientación del Partido Comunista de China. Tal como se plantea a lo largo de estas páginas, la efeméride del 1° de octubre

de 1949 y el nuevo liderazgo surgido en las primeras décadas del siglo XX son parte de la continuidad de un transitar histórico que sufrió una interrupción de alrededor de una centuria, tras las Guerras del Opio de mediados del siglo XIX. La terminación de ese oprobioso período de la historia, el fin de la monarquía y el establecimiento de la república en 1912 bajo conducción de Sun Yat Sen, la lucha antijaponesa que devino en victoria china contra el imperio nipón y el triunfo del PCCh en la guerra civil, marcaron 89 años de luchas continuas del pueblo chino contra el neocolonialismo y el imperialismo, tras los cuales irrumpió como un país atrasado, pobre, y marginado del sistema internacional. Sin embargo, si algo caracterizó a la dirección política china a partir de ese momento fue la búsqueda de soluciones a partir de sus propios valores pagando un precio muy alto por el alejamiento de la construcción de un nuevo país al margen de su identidad, costumbres y tradiciones. La fusión de su filosofía antigua con el marxismo leninismo hizo germinar la idea de socialismo con características chinas, pero antes de eso el país fue sometido a una serie de experimentos, algunos de los cuales no fueron exitosos —como el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural— que significaron un retroceso respecto de los logros obtenidos. La superación de esta etapa también tenebrosa y lúgubre de la historia china admitió la necesidad de la superación, a partir de reformas profundas a la política y la economía desde 1978. Una vez más, el país tuvo que ser sometido a un profundo cambio no solo de estructuras sino sobre todo de mentalidad para lograr la apertura hacia lo nuevo, proceso que de nuevo debió hacerse a partir de sus propias peculiaridades y desde una visión estratégica que no se modificó: se seguiría avanzando hacia el socialismo, incluso cuando la Unión Soviética tomaba otro rumbo que la llevó a su claudicación y desaparición definitiva.

El mejoramiento paulatino de la situación económica permitió ir consolidando su modelo político, y esto comenzó a tener repercusiones en el escenario internacional: China fue construyendo un espacio independiente y una forma muy particular de relacionarse que comenzó a marcar pautas en el comportamiento internacional, sobre todo desde que en 1971 pudo nuevamente ocupar el lugar que le correspondía como único representante legítimo de China en la ONU. Pollack (citado por Kennedy, 1994) lo expone con precisión:

Las armas, la fuerza económica y el potencial de poder no explican por sí solos la significación atribuida a China en una ecuación de poder mundial. Si su importancia estratégica es considerada modesta y si su situación económica ha sido confusa en el mejor de los casos, esto no puede explicar la considerable importancia otorgada a China en los cálculos de Washington y de Moscú ni la cuidadosa atención prestada a ella en otras capitales clave del mundo. La respuesta está en el hecho de que, a pesar de su caracterización como Estado amenazado y agraviado, China ha empleado con mucha astucia e incluso con descaro sus recursos políticos, económicos y militares disponibles. (...) Como resultado de ello, China se convierte en toda clase de cosas para todas las naciones, dejando muchas de ellas inseguras e incluso ansiosas en lo referente a sus intenciones y direcciones a largo plazo. (...) Resulta claro que, en cierto sentido, China debe ser juzgada como candidata a superpotencia por derecho propio, no emulando o imitando a la Unión Soviética o a los Estados Unidos, sino como reflejo de la posición única de Pekín en la política mundial. Considerada a largo plazo, China representa una fuerza política y estratégica demasiado significativa para ser temida como adjunta de Moscú o de Washington o, simplemente, como una potencia intermedia (pp. 712-713).

Pollack, quien es uno de los mayores expertos en seguridad nacional de China, política internacional asiática y relaciones entre Estados Unidos y China en algunas de las más importantes instituciones de estudios internacionales de Estados Unidos, emitió la anterior opinión en fecha tan temprana como enero de 1984, cuando la política de reforma y apertura desarrollada en China bajo conducción de Deng Xiaoping recién se comenzaba a ejecutar. Ahora, más de treinta años después su éxito ha sido manifiesto: China es ya la segunda economía global y se prepara para celebrar en el año 2021 el centenario de la fundación del PCCh en un país en el que la pobreza será solo un recuerdo del pasado, acercando el ingreso per cápita a más de 12.000 dólares anuales lo cual es considerado por el Banco Mundial como el umbral para un país de altos ingresos, y todo ello en un marco de democracia autóctona, muy difícil de comprender en Occidente.

En el plano exterior, ante una situación actual caracterizada por grados extremos de volatilidad, complicación y confusión, China

ha apostado por buscar alternativas de largo plazo a partir de una visión estratégica global que emana de la innovación de la teoría y la práctica de las relaciones internacionales a partir de la idea de que «la diplomacia de la zona periférica es la prioridad, la de las grandes potencias es la clave, la de los países en desarrollo es la base, [y] la del ámbito multilateral es un escenario importante» (Prefacio), todo con el objetivo de trazar una perspectiva de la política exterior china para los años próximos, sobre todo después del XVIII Congreso Nacional del PCCh, celebrado en 2012. En su proyección al futuro, desde ese momento y en el lustro que concluyó en octubre de 2017 con la realización del XIX Congreso del PCCh, el líder chino Xi Jinping se vio obligado a enfrentar algunas fisuras en el modelo heredado de Deng Xiaoping, debido a que el acelerado crecimiento económico hizo surgir nuevos problemas: corrupción creciente, aumento de la desigualdad y acrecentamiento de los niveles de polución y contaminación ambiental. En sus primeros cinco años de gobierno, Xi priorizó precisamente esos temas: lucha contra la corrupción, reformas para reequilibrar la economía y búsqueda de un desarrollo sostenible. Como se dijo, el nuevo plan se propone hacer de China un país que tras su rejuvenecimiento pueda cumplir su sueño de establecerse como líder mundial al igual que Estados Unidos y otras potencias. Su cumplimiento no se hará bajo los cánones de la democracia occidental, sino bajo el liderazgo de «un PCCh transparente, responsable, empoderado y socialmente responsable, que actuará como guardián de esta transición» según la opinión de los destacados académicos de Hong Kong Andrew Sheng y Xiao Geng (2017), quienes plantean que:

Para un país tan grande y diverso como China, este enfoque tiene sentido ya que equilibra la estabilidad con la flexibilidad. El desarrollo del país no se guía por los resultados en los mercados descentralizados sino por las elecciones de un gobierno central, que preside la provisión de bienes públicos, establece reglas y administra las instituciones. A fin de evitar los tipos de perturbación social que la competencia política podría implicar, el gobierno central también designa a funcionarios provinciales y municipales clave y resuelve las disputas entre las regiones (Sheng y Xiao, 2017, p. 9).

El XIX Congreso dio continuidad a la etapa iniciada en 2012, solo que ahora no se trazaron metas únicamente para los próximos cinco años, también se aprobaron las medidas a tomar para que en 2049, China sea un moderno país socialista para lo cual se deberá reformar la Constitución. Ello significa que bajo conducción de Xi se ha consolidado la idea de que China construirá una sociedad socialista con sus propias peculiaridades a partir de la profundización del pensamiento de Xi, como continuidad de Mao Zedong y Deng Xiaoping. El elemento central de la reforma será la idea de inicio de una «Nueva Era» diseñada para transformar el socialismo a partir de conceptos, estrategias y visiones emanadas del pensamiento de Xi Jinping. La Nueva Era señala en primer lugar el camino a tomar: el socialismo con características chinas; de la misma manera esboza el país que se ha de construir: un país moderadamente próspero en 2021 y un país socialista moderno en 2049; también define el tipo de desarrollo: mejor vida y prosperidad común para todos; fija el objetivo a lograr: el gran rejuvenecimiento de la nación china, y —finalmente— da a conocer cuál será la contribución de China al mundo: facilitar la paz y la prosperidad, teniendo como centro el proyecto magno del «Cinturón y la Ruta de la Seda» (Kuhn, 2017).

De la misma forma, la reforma constitucional incluirá la creación de un órgano centralizado y eficaz de lucha contra la corrupción y el abuso de poder, que no será subordinado al Gobierno, tampoco al Tribunal Supremo Popular ni a la Fiscalía Popular Suprema de China sino al Consejo de Estado, con el fin de que este tenga total derecho de control, inspección, detenciones y arrestos a los funcionarios del Estado y del partido comunista, así como a los empresarios. Es así como en noviembre de 2017 esta nueva instancia fue fundada como Comisión Nacional Controladora, y en marzo de 2018 la Asamblea Popular Nacional confirmó la validez legal de esta institución al enmendar la Constitución y aprobar la ley que regula su funcionamiento.

Según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas de China, en los cinco años que van de 2012 a 2016, el país aumentó su PIB de 8,67 billones de dólares en 2012 a 10.826 billones en 2016, con un crecimiento anual de 7,3%. Vale decir que en los países emergentes el crecimiento fue de 4,7%, el de los países desarrollados 1,7% y el promedio mundial de 3,4% en el mismo período. Por su parte, el PIB per

cápita anual pasó de 5.940 dólares en 2012 a 8.260 en 2016. La contribución del consumo al crecimiento económico aumentó de 54,9% el primer año a 64,6% el segundo. El porcentaje de los servicios como parte del PIB creció del 45% en 2012 al 51,6% en 2016. La inversión en alta tecnología en la industria pasó de un 9,4% a 12,4% de la inversión total del período. Mientras tanto, la contribución de China a la economía mundial fue del 30,2%, la de Japón fue 3,8%, la de Estados Unidos 17,8% y la de Europa 5,3%. En 2013 China se transformó en el primer país del mundo en comercio, en importaciones y exportaciones, representando estas últimas el 13% del comercio mundial. En 2012, de los mil bancos más grandes del mundo, 110 eran chinos, y en 2017 pasaron a ser 126. En este marco de crecimiento económico, el incremento excesivo de la oferta en relación con la demanda —que también aumentó, pero no al mismo ritmo— se transformó en el problema principal de China, porque se creó un peligroso desequilibrio. Eso obligó a tomar medidas para ralentizar el crecimiento con el fin de favorecer el mercado interno y las inversiones de alta tecnología, limitando el crecimiento de menor calidad de años anteriores. La reforma de la oferta significó la reducción de la capacidad de producción de algunas ramas industriales, principalmente las de baja tecnología y aquellas que producen niveles inaceptables de contaminación; descenso de los costos de producción, haciendo que estos sean más competitivos; eliminación de fábricas ineficientes, para lo cual se elaboraron planes para absorción de trabajadores en otras empresas para no elevar los niveles de desempleo, así mismo se ofreció financiamiento y reubicación en otros empleos. De igual manera, se aprobó la reducción de impuestos y de los costos del transporte, gas, electricidad, lo cual significó aproximadamente 170 mil millones de dólares de reducción de gastos en 2016. En ese contexto, 105 empresas estatales de áreas estratégicas bajo control directo del Consejo de Estado se transformaron en empresas mixtas. El plan nacional de reforestación hizo que se recuperaran 41 millones de hectáreas de bosques con un crecimiento de 4,4% de la superficie de bosques de todo el país, similar a la superficie total de Paraguay y un poco mayor que la de Japón o Alemania. El gasto de energía se redujo de 0,82% de toneladas de carbón para producir 10 mil yuanes de PIB en 2012 a 0,63% en 2016. Estos indicadores, (entre muchos otros) por si solos

bastan para mostrar el desarrollo acelerado de la economía china que ha ido traduciéndose en mejores condiciones de vida para los ciudadanos, en una tendencia de avance sostenido por darle un carácter sustentable al desarrollo¹⁷.

Con relación a América Latina y el Caribe, el año 2018 se inició con la realización en Santiago de Chile en el mes de enero del II Foro ministerial China-Celac, con muy buenos augurios para la región tras la oferta de China de construir cinco grandes áreas de trabajo conjunto: interconectividad aérea y marítima entre las dos partes; cultivar un mercado de beneficio mutuo; crear una industria mixta independiente y avanzada; aprovechar las oportunidades de innovación en los terrenos aeroespacial, energías renovables, inteligencia artificial, grandes datos, internet y medicina biológica, buscando un acoplamiento del Plan de Innovación Científica «la Franja y La Ruta» con América Latina con el fin de fundar una Ruta de la Seda de internet y la Ruta de la Seda digital entre ambas partes y, finalmente, desarrollar un intercambio de igualdad y confianza mutua, para lo cual China invitará a más de seiscientos líderes de partidos políticos de América Latina y el Caribe a visitar el país en los próximos tres años, además de ofrecer seis mil becas gubernamentales (Rodríguez Gelfenstein, 2018). Lamentablemente, están pudiendo más las fuerzas centrípetas de la región que actuando bajo orientación de Estados Unidos tratan de renovar el fracasado panamericanismo bajo hegemonía estadounidense, que no permite desarrollar con plenitud las potencialidades de la región en un actuar conjunto con China, como sí lo hacen África, Asia Oriental y Central y Europa. América Latina se encuentra hoy plagada de gobiernos oligárquicos, conservadores y neoliberales que visualizan su relación con China impelidos a desenvolverse en un ámbito de circunstancias generadas por la crisis global que afecta al capitalismo, lo que los conduce necesariamente a recurrir a la potencia asiática con el objeto de atraer inversiones e incrementar el comercio bilateral, únicamente en la búsqueda de ganancias para sus empresarios. Como afirmé en el artículo citado más arriba: «Llama la atención que no hay ninguna manifestación de injerencia en los asuntos internos de ningún país, ni mención alguna a instalación de bases militares chinas en la región, tampoco insinuaciones acerca de la necesidad de crear bloques militares agresivos, no se observan con-

dicionantes políticas o de otro tipo, así como imposiciones, a cambio de firmar esta declaración» (Rodríguez Gelfenstein, 2018).

Se podrá estar de acuerdo o no con los principios políticos e ideológicos de China, o con su modelo de sociedad y de economía, pero nadie puede poner en duda que está estableciendo un nuevo patrón de conducta para una potencia en el escenario internacional. Ese comportamiento proviene de su historia y de su filosofía milenaria, y señala una nueva ruta en su fusión con el marxismo-leninismo que permitió diseñar un modelo de sociedad socialista con características propias. Los pueblos del planeta deben estudiar y conocer este experimento grandioso, realizado en el país más poblado del mundo y uno de los más extensos, para instrumentar políticas propias para su relacionamiento con China, sobre todo cuando estamos ante el país que —sin ninguna duda— será la próxima mayor potencia mundial.

NOTAS:

1. Para definir las etapas de la política exterior china fueron extremadamente valiosas las indagaciones y consultas realizadas a colegas especialistas de relaciones internacionales en mis distintos viajes a China, en particular una larga conversación sostenida el 24 de julio de 2017, en la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghái, con el Dr. Jiang Feng, presidente del Consejo, el Dr. Guo Zhuyong, decano de la Escuela de Relaciones Internacionales y Asuntos Públicos y la Dra. Pin Zuo, profesora de la Escuela de Asuntos Internacionales y Diplomacia de dicha universidad.
2. En febrero de 1974, en conversación sostenida con un dirigente de un país del tercer mundo, el presidente Mao Zedong esbozó por primera vez esta idea, la cual contrastaba con la de Lenin que en 1921 había planteado que había dos mundos: el viejo, el capitalismo...y el nuevo mundo en ascenso, y la de Stalin quien en 1929 dijo que el mundo estaba dividido en dos campos: el del imperialismo y el del socialismo.
3. El Foro de Boao para Asia (BFA por sus siglas en inglés) es una organización sin fines de lucro que coordina la realización de eventos para altos funcionarios de gobierno, empresarios y académicos de Asia y otras regiones del mundo para debatir sobre diferentes asuntos de Asia y del mundo, en particular sobre integración económica y desarrollo. Toma su nombre del lugar donde se reúne, en Boao, provincia de Hainán, China.
4. Sobre este tema y la diferencia de miradas y perspectivas sobre el mismo sostuve un largo debate con los colegas de la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghái.
5. Una visión más amplia de este asunto pudo verse en el capítulo IV, en la sección: *Construir un hermoso país multiétnico*. Aquí solo se estudiará su incidencia como

fenómeno de política internacional y por tanto de incidencia en la elaboración y ejecución de la política exterior de la República Popular China.

6. Turkestán es una región de Asia Central que se sitúa entre el mar Caspio y el desierto de Gobi, y que está poblada mayoritariamente por pueblos túrquicos. Se denomina Turkestán Oriental a la parte del Turkestán que se encuentra entre la región de Xinjiang, en la República Popular China, y el extremo este de Asia Central. El área se encuentra poblada principalmente por uigures, pueblo de origen túrquico, que comparte varios rasgos históricos y culturales en diferentes grados con estos, pero no tienen nada que ver con los turcos, que es como se conoce a los ciudadanos de la República de Turquía.
7. «Fundado en 1993, el Movimiento Islámico del Turkestán Oriental (MITO) figura en distintas listas de grupos terroristas desde 2002. Su objetivo es independizarse de China y establecer un Estado Islámico. Se ha sabido de muchos militantes de MITO que juraron lealtad a al-Qaeda combatiendo en Siria entre 2012 y 2013. Este grupo ha protagonizado sangrientos atentados no solo en la capital de Xinjiang, Urumqi, sino en la mismísima plaza de Tiananmen, en el centro de Beijing» (Calvo, 2015).
8. La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) es una organización intergubernamental fundada el 8 de abril de 1996 por los líderes de la República Popular China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán, estructura que previamente fue conocida como los Cinco de Shanghái, y a la que con posterioridad se incorporaron Uzbekistán (en 2001), India y Pakistán (en junio de 2017).
9. La cifra de viajeros llegó a 80 millones en 2013 y se estima que será de 150 millones o más en 2020, mientras que las empresas en el exterior aumentaron a 20.000 instaladas en casi todos los países del mundo, según información entregada por el Canciller chino Wang Yi en una intervención en el Foro Mundial de la Paz, el 27 de junio de 2013.
10. En el periodo 2013-2016 un total de 55,64 millones de ciudadanos que habitan zonas rurales, es decir más de 10 millones cada año, salieron de la pobreza en China, cumpliendo de esa manera la meta anual. En el mismo periodo los ingresos de los residentes rurales en las áreas pobres crecieron a una tasa más elevada que la media nacional. Solo en 2016 China logró que 12,4 millones de personas que habitan en el campo se situasen por encima del umbral de la pobreza. Al cierre de 2016 había 43,35 millones de personas viviendo en condiciones de pobreza, en el nivel fijado de 2.300 yuanes (unos 334 dólares) de ingresos anuales a precios constantes de 2010 (Xinhua español, 2017).
11. Grupo de países creado originalmente por Brasil, Rusia, India y China en 2006 y al que se agregó en fecha posterior Sudáfrica, en 2011, constituyendo una asociación económica-comercial de las cinco economías nacionales emergentes más importantes del mundo, cuya cooperación en este marco se considera un paradigma novedoso en las relaciones sur-sur.
12. La esencia del «Espíritu de Shanghái» se manifiesta a través de la confianza recíproca, el beneficio mutuo, la igualdad, la cooperación, el respeto a las diversas civilizaciones y la búsqueda del desarrollo común. Fue formulado por el presidente Jiang Zemin (1993-2003) en la Cumbre fundacional de la OCS en junio de 2001 e incorporada

a la declaración sobre el establecimiento de la Organización de Cooperación de Shanghái.

13. La teoría de la medianía dorada de Confucio expone que el estado de equilibrio es la raíz de la que proceden todos los actos humanos, mientras que el estado de armonía es la senda universal que deben seguir todos los hombres. Si existieran en su perfección los estados de equilibrio y armonía prevalecería un orden de felicidad en la tierra y todas las cosas florecerían y serían estimuladas. En un verso de las *Analectas* se lee que Confucio dijo «Perfecta es la virtud que está de acuerdo con el Medio. ¡Entre el pueblo han sido muy pocos los que han podido practicarlas!» (citado por Doeblin, 1983, p. 54).
14. El anuncio sobre la intención china de reabrir la Ruta de la Seda fue hecho por primera vez por el presidente chino Xi Jinping durante una visita a Kazajistán, donde impartió una conferencia en la Universidad de Nazarbayev en Astaná, el 7 de septiembre de 2013.
15. El BAI es una institución financiera intergubernamental de desarrollo regional ideada por China con el objetivo de financiar proyectos de infraestructura en Asia. Su origen se remonta a octubre de 2013 cuando la iniciativa fue lanzada por el presidente Xi Jinping durante un viaje a Indonesia. Fue creado formalmente en octubre de 2014, cuenta con 57 países miembros, fundamentalmente de Asia y Europa, y en el que China, India y Rusia —en este orden— son los mayores accionistas. En este banco, en el que están incluso países como Inglaterra e Israel, fueron vetados dos países: Estados Unidos y Japón.
16. Esta información, acerca del aporte de la filosofía antigua china y su validez actual, de manera mucho más amplia y detallada, fue transmitida al autor en una larga conversación sostenida el 29 de octubre de 2017 en Beijing por Ding Yifan, Miembro Senior del Instituto de Desarrollo del Mundo perteneciente al Centro de Investigaciones del Desarrollo del Consejo de Estado de la República Popular China.
17. Esta información y mucha más fue obtenida en la «Exposición sobre los resultados conseguidos en los cinco últimos años» exhibida en el Palacio de Exposiciones de Beijing, como actividad paralela a la celebración del XIX Congreso del PCCh, y que fue visitada por el autor el 29 de octubre de 2017. En la Exposición, las cifras referidas a monedas se mostraban en yuanes. El autor utilizó el cambio de divisa oficial en cada fecha para expresarlo en dólares de Estados Unidos.

Referencias Bibliográficas

- Academia Político-Militar de Tung-Pei. (1959). *Historia de China Contemporánea*, Buenos Aires, Platina.
- ALEXANDROV, A.; BLATOV, A.; DOBRYNIN, A. et al (1974). *Historia de la Política Exterior de la URSS 1945-1970* (M. Kuznetsov, trad.) Moscú, Editorial Progreso.
- Asamblea General de las Naciones Unidas (25 de octubre 1971). *Resoluciones aprobadas por la Asamblea General durante el 26° período de sesiones*. Recuperado: [http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/2758\(XXVI\)&Lang=S&Area=RESOLUTION](http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/2758(XXVI)&Lang=S&Area=RESOLUTION)
- América Latina y El Caribe-China. Economía, comercio e Inversiones*. Dussel Peters, Enrique (coord.) (2013). Red ALC-China, Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, México, D.F.
- Atención al inmenso mercado chino* (1994). Beijing, Nueva Estrella.
- «Barack Obama proclama el poder de EE.UU. la región Asia-Pacífico» (17 de noviembre 2011). Emol.mundo, Recuperado: <http://www.emol.com/noticias/internacional/2011/11/17/513093/barack-obama-proclama-el-poder-de-eeuu-en-el-pacifico.html>
- BELTRÁN, M. (1991). *La realidad social*, Madrid, Tecnos.
- BOGGS, C. (1978). *El marxismo de Gramsci* (J. C. Lorente, trad.) México, D.F., Premia.
- BUCI-GLUCKSMANN, C. (1979). *Gramsci y el Estado. (Hacia una teoría materialista de la filosofía)* (3^{era} edición). México. D.F., Siglo XXI Editores.
- BUSTAMENTE DONAS, J. (marzo-abril 2014). «El tiempo en la antigüedad clásica y en la filosofía china», en *Crítica* (990), 30-35, Recuperado: https://www.academia.edu/6868929/El_tiempo_en_la_antig%C3%BCedad_cl%C3%A1sica_y_en_la_filosof%C3%ADa_china_2014_
- CALVO, G. (7 de octubre 2015). «El Movimiento Islámico del Turkestán Oriental, los primos lejanos de la Yihad», en *Resumen Medio Oriente*, Recuperado: <http://www.resumenmediooriente.org/2015/10/07/el-movimiento-islamico-del-turkestan-oriental-los-primos-lejanos-de-la-yihad/>

- CAO, D. y SUN, Y. (2011). *Historia de China* (H. Wang y M. Fan, trads.) Beijing, China Intercontinental Press.
- CESARIN, S. (2006). «China y el espejo latinoamericano», *Foreign Affairs* en español, 6 (1), pp. 116-125.
- CHIAO-MU, J. (1963). *Treinta años del Partido Comunista de China*, (3^{era} edición). Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- «China cerrará más de 2500 empresas para combatir la contaminación» (9 de enero 2016) *Cubadebate*, Recuperado: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/01/09/china-cerrara-mas-de-dos-mil-empresas-para-combatir-contaminacion/#.Wh1I41XiZ0w>
- China promete reducir aún más densidad de partículas PM2,5 (24 de octubre 2017). CRIes, Recuperado: <http://espanol.cri.cn/news/report/1017/20171024/43577.html>
- «China fomenta diversas formas democráticas», (5 de marzo 2014). GlobalTimes, en *China Hoy*, 17 de abril 2014, Recuperado: http://www.chinatoday.mx/pol/content/2014-04/17/content_614009.htm.
- COLLOTI PISCHEL, E. (1976). *La revolución china* (A. M. Palos, trad.) Era.
- COLOMO UGARTE, J. (abril 2014). «La nueva ruta de la seda del Siglo XXI», en *JC.com*, Recuperado: http://www.javiercolomo.com/index_archivos/Ruta_seda.htm
- Confucius Institute Headquarters, H. (2014). *La peregrinación del maestro Xuanzang a la India*. Beijing, Beijing Language and Culture. University Press.
- CONNELLY, M. y Cornejo Bustamante, R. (1992). *China- América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*. México, D.F., El Colegio de México.
- CORNEJO, R. (2006). «Las tendencias del cambio en el sistema político de China», en J. L. Estrada, J. L. León y R. Buzo, *China en el siglo XXI. Economía, política y sociedad de una potencia emergente* (pp. 57-73). México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa.
- Confucio. (2007). *Filosofía moral y política de la China*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana.
- Conocimientos comunes de la cultura china* (2006). Oficina de Asuntos de Chinos de Ultramar del Consejo de Estado de la República Popular China, Beijing, Sinolingua.

- Constitución de la República Popular China* (4 de diciembre 1982),
Recuperado: http://www.javiercolomo.com/index_archivos/Const/Cons_Ch.htm
- Constitución Nacional de 1954. Cultura Proletaria* (8 de febrero 2014),
Recuperado: <https://culturaproletaria.wordpress.com/2014/02/08/constitucion-de-la-republica-popular-china-1954/>.
- CREEL, H. G. (1976). *El pensamiento chino desde Confucio hasta Mao Tse Tung*. Madrid, Alianza Editorial.
- China promete reducir aún más densidad de partículas PM2,5 (24 de octubre 2017). CRIes, Recuperado: <http://espanol.cri.cn/news/report/1017/20171024/43577.html>
- CUI, T. y H. PANG, (2014). «Relaciones entre China y EE. UU. en la configuración de la diplomacia china en la nueva época», en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 58-77. Beijing, China Intercontinental Press.
- Cumbre de Beijing y Tercera Conferencia Ministerial de Focac (20 de septiembre 2006).
- DAÑINO, G. (2013). *Enciclopedia de la cultura china*. Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- «Democracia china pone a Occidente en la sombra» (17 de octubre 2017). Xinhua español, en www.news.cn, Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-10/17/c_136686726.htm
- Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria (Documento de los «16 Puntos») (1º de junio 2007), Partido Comunista de China, Recuperado: <https://www.marxists.org/espanol/tematica/china/documentos/com.htm>
- DENG, R. (2002). *Deng Xiaoping y la Revolución Cultural. Su hija recuerda los años críticos* (N. Cabrera, trad.). Madrid, Popular.
- DENG, X. (1984). «Discurso de apertura del XII Congreso del Partido Comunista de China», *Textos escogidos de Deng Xiaoping* (Vol. II, 1975-1982, pp. 452-455). Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987a). «Algunas ideas tentativas sobre la reforma de la estructura política», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 185-187, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

- DENG, X. (1987b). «Asimilar las experiencias históricas y prevenir las tendencias erróneas», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 209-215, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987c). «Construir un socialismo con peculiaridades chinas», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 65-71, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987d). «Discurso de apertura del XII Congreso Nacional del Partido Comunista de China», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 1-6, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987e). «El desarrollo de las fuerzas productivas se verá entorpecido sin la reforma política de la estructura económica», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 175-177, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987f). «Es necesario acelerar la reforma», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 216-228, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987g). «Garantizar concretamente el cumplimiento de los proyectos de construcción de gran importancia y emplear el personal científico y técnico en forma racional», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 7-12, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987h). «Intervención en una reunión de informes sobre situación económica», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 167-174.
- DENG, X. (1987i). «La reforma, camino imprescindible para el desarrollo de las fuerzas productivas en China», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 143-149, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987j). «Llevar a cabo la reforma de la estructura política de acuerdo con la propia realidad de cada país», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 183-184, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987k). «Palabras pronunciadas en la VI sesión plenaria del XII Comité Central del Partido», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 180-182, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1987l). «Un país, dos sistemas», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 59-64, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

- DENG, X. (1987m). «Una hipótesis sobre la reunificación pacífica de la parte continental de China y Taiwán», *Problemas fundamentales de la China de hoy*, pp. 24-27, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, X. (1993). *Obras escogidas* (Vol. 3.), Beijing, Popular.
- _____ (1994a). *Obras Escogidas* (Vol. 2), Beijing, Popular.
- _____ (1994b). «Saber aprovechar la oportunidad para resolver el problema del desarrollo», en *Textos escogidos de Deng Xiaoping* (Vol. III, 1982-1992: pp. 374-376), Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- DENG, Y. (2011). *Inventos de la antigua China*. (Y. Sun, trad.) Beijing, China.
- DEUTSCHER, I. (1971). «Maoísmo: génesis y perspectivas», en Deutscher, I.; Bettelheim, C. y Lin, P., *Sobre la Revolución China* (B. d. Nalda, trad., pp. 11-56), Medellín, La Oveja Negra.
- Diario del Pueblo* (17 de octubre 2016). «China intensifica esfuerzos por reducir pobreza a través de la educación», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2016/1017/c31621-9128461.html>
- Diario del Pueblo* (2 de febrero 2016). «La política de defensa y estrategia militar de China no cambiará», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2016/0202/c31621-9012823.html>
- Diario del Pueblo* (2 de febrero 2016). «Los efectos indirectos de la desaceleración de la economía china han sido abrumadoramente exagerados, afirma Goldman Sachs», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2016/0202/c31619-9012776.html>
- Diario del Pueblo* (3 de marzo 2017). «Expertos internacionales opinan que la reducción de la pobreza en China es “el logro más importante en el desarrollo de los derechos humanos”», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/0303/c31621-9185232.html>
- Diario del Pueblo* (3 de marzo 2017). «Los diez puntos brillantes en la economía china en 2016», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/0303/c31620-9185216.html>
- Diario del Pueblo* (22 de marzo 2017). «¿Por qué una economía china más lenta ayudará a anclar el crecimiento global?», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/0322/c31620-9193487.html>
- Diario del Pueblo* (25 de junio 2017). Hechos y cifras: la lucha de China contra la pobreza, Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/0525/c31621-9220068.html>

- Diario del Pueblo* (8 de octubre 2017). «PCCh introduce “pensamiento sobre socialismo con peculiaridades chinas de la nueva época”», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/1018/c31621-9281724.html>
- Diario del Pueblo* (20 de octubre 2017). «Pensamiento de Xi Jinping señala nuevo capítulo del marxismo en siglo XXI», Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/1020/c31621-9282819.html>
- DOEBLIN, A. (1983). *El pensamiento vivo de Confucio*, Buenos Aires, Editorial Losada, S.A.
- DOMENACH, J. L. (1992). «El relajamiento de China», en Z. Laïdi. *Pensar el mundo después de la Guerra Fría* (pp. 159-177), México, D.F., Publicaciones Cruz O.S.A.
- DUSSEL PETERS, ENRIQUE (2013) «Características de la inversión extranjera directa en América Latina (2000-2011)» en Enrique Dussel Peters (coord.), 2013. pp. 171-202.
- El Dr. Sun Yat Sen y la revolución de 1911* (1991). Beijing, Nueva Estrella.
- «El presente y sus razones», en *Guía del Mundo 2008*. Instituto del Tercer Mundo, México, D.F., Signo Editorial.
- «“Estrategia de máxima precaución”: ¿Cómo se adentra China en Oriente Medio?» (21 de enero 2016) en RT, Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/197423-china-oriente-medio-estrategia>
- ENGDAHL, F. W. (23 de agosto 2012). «China en la mira del Pentágono», Red Voltaire, Recuperado: <http://www.voltairenet.org/article175708.html>
- ENGELS, F. (1964). *Anti-Dühring*, México, D.F., Grijalbo.
- ENGELS, F. (1975). «Carta de Engels a Marx», en C. Marx y F. Engels, *China, ¿Fósil viviente o trasmisor revolucionario?* (Vol. XXIX). México, D.F., UNAM. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- EPSTEIN, I. (1958). *Desde la guerra del opio hasta la liberación de China*. Beijing, Editorial Nuevo Mundo.
- Extractos de la historia china* (2008) (Z. Li y K. Hu, edits, Y. Ouyan y J. L. López López, trads.) Primera edición. Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- FAN, F. (26 de julio de 2017). «Ministry: Industry sees best growth in three years». *China Daily*, Recuperado: http://www.chinadaily.com.cn/business/2017-07/26/content_30247262.htm
- FIORAVANTI, E. (1972). *El concepto de modo de producción*. Barcelona, España, Ediciones Península.

- FLORES, R. A. (2012). El pensamiento (1). Los fundamentos, En G. García-Noblejas (ed.), *China. pasado y presente de una gran civilización* (pp. 155-193). Madrid, Alianza Editorial.
- FRANKE, H. y TRAUZETTEL, R. (2006). *El imperio chino* (15ª edición en español). México, D.F., Siglo XXI Editores.
- GAO, F. y LI, J. (2014). «La diplomacia china de Xi Jinping, sucesión y renovación», en O. d. China y Li H (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 128-153, Beijing, China Intercontinental Press.
- GARZÓN, P. (5 de septiembre 2017). «Atención, La ruta de la seda china está cada vez más cerca de América Latina», en *América Latina en movimiento*, Recuperado: <https://www.alainet.org/es/articulo/187865>
- Gengis Khan, Historia secreta de los mongoles* (2004). (J. B. Martínez, ed. y U. G. Tumurchuluun, trad.) Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- GODELIER, M.; MARX, C. y ENGELS, F. (1972). *Sobre el Modo de Producción Asiático* (2ª edición) Barcelona, España, Ediciones Martínez Roca S.A.
- GONG, L. (2014). *El desarrollo pacífico de China. Beijing*, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- GRANDE, A. (marzo abril 2014). «Por qué si perdemos el reloj, no perdemos el tiempo», Crítica [Revista en línea], (990), Recuperado: http://www.revistacritica.com/administrator/components/com_avzrevistas/pdfs/110c15ee361184ce31203bd8e1d28d08-990-El-tiempo--una-cuesti--n-siempre-abierta.pdfpp.57-61.
- GROMIKO, A. A. (1985). *Mis escritos y pensamientos* (E. E. VAAP, trad.) Barcelona, España, Plaza&Janes Editores, S.A.
- GUELAR, D. (2013). *La invasión silenciosa. El desembarco chino en América del Sur*, Buenos Aires, Debate.
- GUERRERO CRUZ, M. A. (2016). *El corredor económico indo-pacífico y la estrategia de rebalance en el sur de Asia*, La Habana, Centro de Estudios de Política Internacional.
- Guía del Mundo 2008*. ITEM-Instituto del Tercer Mundo, México, D.F., Signo Editorial.
- GUILLERMAZ, J. (1968). *Historia del Partido Comunista Chino*. Barcelona, España, Ediciones Península.

- HARO NAVEJAS, F. J. (2008). «Beijing frente a las «minorías nacionales», la Fe grande y las Fes pequeñas», en, R. Cornejo, *China. Radiografía de una potencia en ascenso* (pp. 527-595), México, D.F., El Colegio de México.
- HOU, R. (22 de octubre 2015) «70 años después, el compromiso se mantiene», *China Hoy*, Recuperado: http://www.chinatoday.mx/pol/content/2015-10/22/content_706687.htm
- HU, J. (2012). *Informe presentado ante el XVIII Congreso Nacional del Partido Comunista de China*, Beijing.
- HU, J. (20 de junio 2014). «¿Tendrá china crisis de deuda?», *China Hoy*, LV (6), Recuperado: http://www.chinatoday.mx/eco/analys/content/2014-06/20/content_625218.htm
- HU, J. (26 de septiembre 2014). «La fuerza motriz del crecimiento de China», *China Hoy*, LV(9), Recuperado: http://www.chinatoday.mx/eco/analys/content/2014-09/26/content_641997.htm
- HU, S. (1957). *Historia de las relaciones entre China y las potencias imperialistas 1840-1925*, Montevideo, Pueblos Unidos S.A.
- HUANG, H., y Luan, J. (2013), *El sueño chino y el mundo*, Beijing, Ediciones en lenguas Extranjeras Cía.Ltda.
- Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china*, (2014). Oficina de Información del Consejo de Estado (Li H., ed.) (Tan X. & X. Yin, trads.), Beijing, China Intercontinental Press.
- JASON, L. (22 de enero 2018). «¿Por qué China va a enmendar su Constitución?», en *RT*, Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/260535-constitucion-china-enmiendas-xi-jinping>
- JIANG, N. (22 de octubre 2015). «Medio ambiente y desarrollo van de la mano», *China Hoy*, LVI(10), 38-40, Recuperado: http://www.chinatoday.mx/soc/societ/content/2015-10/22/content_706714.htm
- JIANG, Z. (8 de noviembre 2002). *Texto íntegro del informe de Jiang Zemin en XVI Congreso del PCCh*, Recuperado: <http://spanish.china.org.cn/spanish/50593.htm>
- JIAO, F. (16 de abril 2014). «Nuevos avances en la reforma judicial», *China Hoy*, LV(4), 14-17, Recuperado: http://www.chinatoday.mx/soc/law/content/2014-04/16/content_613896.htm
- JIN, C. (1998). *Biografía de Zhou Enlai* (vol. 3), Beijing, Prensa Central de Literatura del Partido Comunista de China.

- KAROL, K. (1973). *La segunda revolución china*. (C. Manzano, trad.), Barcelona. España, Seix Barral.
- KENNEDY, P. (1994). *Auge y caída de las grandes potencias* (1^{era} edición). (J. F. Aleu, trad.) Barcelona, España, Plaza y Janés Editores.
- KEYLOR, W. R. (1998). *El mundo del siglo XX. La Guerra Fría entre las superpotencias* (1^{era} edición en español), Buenos Aires, Docencia.
- KIM, S. S. (27 de mayo de 1990). «Thinking Globally en Pos-Mao China», *Journal of Peace Research*, Recuperado: <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0022343390027002008>
- KISSINGER, H. (2013). *China* (C. Geronès & C. Urritz, trads.) México, D.F., Random House Mondadori, S.A de C.V.
- KNAUTH, L. (1975). «Ideas nuevas y problemas perennes», en C. Marx y F. Engels, 1975.
- KUHN, R. L. (28-29 de octubre 2017). «New era on the road to 2050», *China Daily*, Recuperado: http://www.chinadaily.com.cn/cndy/2017-10/28/content_33802063.htm
- KWAKWA, V. (1^o de noviembre 2017). «Multilateralism for an inclusive world», *China Daily*, Recuperado: http://www.chinadaily.com.cn/opinion/2017-11/01/content_33966075.htm
- La guerra del Opio*. (1980). Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- «Las relaciones sino-estadounidenses bajo el mandato de Donald Trump» (7 de febrero de 2017). Centro de Investigaciones de Política Internacional. Papel de trabajo, Equipo de Estudios sobre Asia y Oceanía, La Habana, Cuba, Ministerio de Relaciones Exteriores.
- LAN, X. (2 de junio 2015). La aceleración de la inversión china. *China Hoy*, LVI(5), Recuperado: http://spanish.chinatoday.com.cn/eco/analys/content/2015-06/02/content_690562.htm
- Legalidad* (1994), Beijing, Nueva Estrella.
- Ley Antisecesión* (14 de marzo de 2005). Asamblea Popular Nacional, China, en Pueblo en línea, Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/31621/3243614.html>
- LENIN, V. (1948). *Materialismo y empiriocriticismo*, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras.
- LEW, R. (1978). *La trayectoria del maoísmo. China y la crisis del mundo capitalista*, México, D.F., El Caballito.

- LI, J. (2014). *El camino chino y el sueño chino*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía.Ltda.
- LI, R. (1996). China y la seguridad regional después de la Guerra Fría. *Diálogo y Seguridad* n° 3, noviembre 1996, pp. 203-217.
- LI, S. y ZHANG, Y. (1986). *Diary of Asian-African Conference*. Beijing, China New Press.
- LI, W. (2014). «Una economía más estable y una reforma más profunda», *China Hoy*, Recuperado: http://www.chinatoday.mx/eco/analysis/content/2014-04/16/content_613919.htm
- LIN, P. (1971). «Informe ante el IX Congreso Nacional del Partido Comunista Chino», en Deutscher, I.; Bettelheim, C. y Lin, P., *Sobre la Revolución China* (B. d. Nalda, trad., pp. 11-56), Medellín, La Oveja Negra.
- LIU, D.; ZHU, Y. y HUANG, R. (2014). «La realización del Sueño Chino es una nueva contribución a la sociedad humana», en O. d. China, & Li H. (ed.), *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (X. Tan, & X. Yin, trads., pp. 154-184), Beijing, China Intercontinental Press.
- LIU, J. (26 de septiembre 2014). «“Pseudovalor” impide expansión de la democracia occidental», *China Hoy*, LV(9), Recuperado: http://www.chinatoday.mx/soc/law/content/2014-09/26/content_642067.htm
- LIU, J., y WANG, J. (2011). *Medio ambiente de China*. (Y. Li, & C. Zhu, trads.) Beijing, China Intercontinental Press.
- LIU, Z. (2014). «Persistir en la cooperación de beneficio mutuo y construir la unión de destino común de Asia», en O. d. China, & Li H. (ed.), *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (X. Tan, & X. Yin, trads., pp. 39-57), Beijing, China Intercontinental Press.
- LÓPEZ GARCÍA, D. F. (junio 2011). «¿Por qué ha sido mayor la reducción de la pobreza en China que en India en las últimas tres décadas?», en *Observatorio de la Economía y la Sociedad China*, Revista de la Universidad de Málaga, n° 15, junio 2011, Recuperado: <http://www.eumed.net/rev/china/15/dflg.htm>
- LÓPEZ VILLAFANE, V. (2012). *La modernidad de China. Fin del socialismo y desafíos de la sociedad de mercado*, México, D.F., Siglo XXI Editores.
- LOUIS, J. A. (2008). *Marxismo ese ocultado*, Montevideo, Editorial Arca.
- MAO, TSE-TUNG (1968) *Obras Escogidas* (vol. II), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968.

- MAO, Z. (1959). «Análisis de las clases en la sociedad china», en Z. Mao, *Obras Escogidas* (vol. 1, pp. 11-17), Buenos Aires, Platina.
- MAO, Z. (1999). *Obras* (Vol. 8), Beijing, Popular.
- MARÍN, E. (26 de junio 2017). «Beijing avanza con su estratégica propuesta de Ruta de la Seda», en *América Latina en movimiento*, Recuperado: <https://www.alainet.org/es/articulo/186404>.
- MARTIN, F. (4 de marzo 2016). «China e India: diplomacia económica en Oriente Medio» en *Resumen latinoamericano*, Recuperado: <http://www.resumenlatinoamericano.org/2016/03/04/china-e-india-diplomacia-economica-en-orient-medio/>
- MARTÍN RIOS, J. (2012). «La Historia (2). Historia Moderna y contemporánea», en Gabriel García Noblejas (coord.), *China, pasado y presente de una gran civilización* (pp. 194-215), Madrid, Alianza Editorial, Colección Libros Singulares (Ls).
- MARX, C. (enero-febrero de 1850). «Republique chinoise: liberté, égalité, fraternité», en *Neue Rheinische Zeitung*, pp. 221-222, citado por Palme Dutt en *Labour Monthly*, octubre 1959 y julio 1961, nota 18, cap. II.
- MARX, C. (14 de junio 1853). «La revolucion en China y en Europa», *New York Daily Tribune*, pág. S.I.
- MARX, C. (20 de septiembre 1858). «La historia del comercio del opio», *New York Daily*, pág. S.I.
- MARX, C. (25 de septiembre de 1858). «Libre comercio y monopolio», *New York Daily Tribune*, pág. S.I.
- MARX, C. (15 de octubre de 1858). «El tratado chino-británico», *New York Daily Tribune*, p. S.I.
- MARX, C. (1959). *El Capital* (Segunda edición, Tomo II). (W.Roces, trad.) México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- MARX, C. (1969). *Prólogo a la Crítica de la economía política*. Buenos Aires, Pasado y presente.
- MARX, C. (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (1857-1858)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MARX, C. (1975). «Carta de Marx a Engels», en C. Marx y F. Engels, *China, ¿Fósil viviente o trasmisor revolucionario?* México, D.F., UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

- MARX, C. (1980). *Contribución a la crítica de la economía política*, México, D.F., Siglo XXI.
- MARX, C. (2009). *Formaciones económicas precapitalistas* (Segunda edición corregida), México, D.F., Siglo XXI Editores.
- MATURANA TORRES, F. (14 de enero 2017). «Medios chinos advierten a EE. UU. del peligro de un “enfrentamiento militar” entre ambos». Santiago de Chile, www.elmercurio.com
- MEL, X. (2015). ¿Se acabó el «milagro chino»? *China Hoy*, LVI(12), 24-26.
- MOLINA DÍAZ, E., y REGALADO FLORIDO, E. (2016). «Finanzas internas de China. Situación actual y perspectivas», en *Revista Cubana de Economía Internacional*, n° 1, 2016, Recuperado: <http://www.rcei.uh.cu/index.php/RCEI/article/view/59>
- MONDRAGÓN, C. (2008). «El combate a la pobreza y la iniciativa de desarrollo de la región occidental», en R. Cornejo, *China, radiografía de una potencia en ascenso*, 2010, pp. 443-525, México, D.F., El Colegio de México.
- MORENTE, A. (1983). *Lecciones preliminares de filosofía*. México, D.F., Editores Unidos Mexicanos.
- MOSTERÍN, J. (2007). *China. Historia del pensamiento*, Madrid, Alianza Editorial, S.A.
- NAIDU, S. y BURKE, C. (2008). *La ayuda de China a África*. Centro de Estudios Chinos de la Universidad de Stellenbosch en Sudáfrica, Recuperado: https://www.casaasia.es/governasia/boletin6/pdf/2008_gov_naidu.pdf.
- Nuevo sistema tributario (s.f.), Beijing, Nueva Estrella.
- NÚÑEZ TENORIO, J. R. (1975). *Introducción a la filosofía marxista* (2^{da} ed., vol. I: La teoría materialista). Caracas: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. División de Publicaciones.
- OBAMA, B. (17 de noviembre 2011). «Obama to the Australian Parliament», Recuperado: <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2011/11/17/remarks-president-obama-australian-parliament>.
- PALOCZI-HORVATH, G. (1972). *Mao Tse-Tung* (J. J. Permanyer, & J. Barnat, trans.) Barcelona, España, Editorial Noguer S.A.
- PCCh introduce «pensamiento sobre socialismo con peculiaridades chinas de la nueva época» (18 de octubre de 2017). CRIes, Recuperado: <http://espanol.cri.cn/focus-pic/1037/20171018/40889.html>

- PEARSON, F. S. y ROCHESTER, J. M. (2000). *Relaciones internacionales. Situación global en el siglo XXI* (4ª ed.), Bogotá, McGraw-Hill.
- PENG, G.; ZHAO, Z. y LUO, Y. (2010). *Defensa nacional de China* (X. Sun, & X. Chen, trads.), Beijing, China Intercontinental Press.
- PEREIRA, JUAN C. (Coord.) (2001). *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Barcelona, España, Ariel.
- PIAO, L. (1971). «Informe ante el IX Congreso Nacional del Partido Comunista Chino», en I. Deutscher; C. Bettelheim y Lin, P., *Sobre la Revolución China* (pp. 85-138), Medellín, Colombia, Cuadernos la Oveja Negra.
- PLA, A. J. (1979). *Modo de producción asiático y las formaciones económico sociales inca y azteca*, México, D.F., Ediciones el Caballito, S.A.
- POKORA, T. (1980). «¿Hubo en China una sociedad esclavista?», en R. Bartra, *El modo de producción asiático. Problemas de la historia de los países coloniales*, México, D.F., Ediciones Era.
- POLO, H. (2015). «Construyendo la nueva Ruta de la Seda», *El Viejo Topo*, n° 329, junio, Barcelona, España, pp.17-21.
- PRIETO SANTANA, M. D. (16 de febrero 2016). «El confucianismo podría enriquecer la tradición religiosa cristiana», en *Tendencias 21 de las religiones*, Recuperado: http://www.tendencias21.net/El-confucianismo-podria-enriquecer-la-tradicion-religiosa-cristiana_a42034.html
- PROCOPIO, A. (2012). *O capitalismo amarelo. Relações internacionais da China*, Curitiba, Brasil, Jurúa Editora.
- Público.es (9 de enero 2016). «China cerrará más de 2500 empresas para combatir la contaminación», *Cubadebate*, Recuperado: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/01/09/china-cerrara-mas-de-dos-mil-empresas-para-combatir-contaminacion/#.Wh1I41XiZ0w>
- QIN, S. (1993), *China*. Beijing, Nueva Estrella.
- QIN, S. (1995), *China*. Beijing, Nueva Estrella.
- QU, J. (17 de septiembre 2016). «Lo que de verdad se esconde tras la presencia militar japonesa en el Mar Meridional de China», en *Xinhua español*, Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2016-09/17/c_135692740.htm
- «¿Qué lleva China a África?» (septiembre 2014). Editorial, *China Hoy*, vol. LV. N°9, Recuperado: https://issuu.com/chinahoymx/docs/2014_____df8eb562b12c82

- Redacción de Renmin Ribao (1977). *La teoría del presidente Mao sobre los tres mundos constituye una gran contribución al marxismo-leninismo*. Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Reforma de la estructura financiera (1994), Beijing, Nueva Estrella.
- Reforma de la estructura gubernamental y sistema de funcionarios públicos (1994), Beijing, Nueva Estrella.
- Reforma, apertura y legislación económica (1995), Beijing, Nueva Estrella.
- Repoblación forestal y protección ambiental en China (1992), Beijing, Nueva Estrella.
- RETANA YARTO, J. (2013) «China y América Latina, un subsistema internacional con mirada estratégica por el desarrollo del siglo XXI», en Enrique Dussel Peters (coord.), 2013. pp. 65-82.
- REYES, R. (2009). *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología científico-social*. Madrid, España y México. D.F., Plaza y Valdés.
- RÍOS, X. (2007). *Mercado y control político en China. La transición hacia un nuevo sistema*. Madrid, Los libros de la Catarata.
- RITSEMA Y SABBADINI (marzo-abril 2014) Citado en Bustamente Donas, J. «El tiempo en la antigüedad clásica y en la filosofía china», *Revista Crítica* n° 990, pp.30-35.
- ROBAINA GARCÍA, J. L. (2016). *Lucha contra la corrupción en China*. La Habana, Centro de Investigaciones de Política Internacional.
- RODRÍGUEZ GELFENSTEIN, S. (2014). *La balanza de poder. Las razones del equilibrio del sistema internacional*. Buenos Aires, Biblos.
- _____ (6 de febrero 2018). «China, ¿otro Estados Unidos para América Latina?», en *Nodal*, Recuperado: <https://www.nodal.am/2018/02/china-estados-unidos-america-latina-sergio-rodriguez-gelfenstein/>
- _____ (9 de noviembre 2017). «XIX Congreso del Partido Comunista de China, un evento que mira al futuro», www.sergioro07.blogspot.com
- RODRÍGUEZ-RATA, A. (19 de junio 2017). «La Ruta de la Seda, la brújula china para ser el Imperio del Centro global», en *La Vanguardia*, Recuperado: <http://www.lavanguardia.com/economia/20170619/423355535498/ruta-de-la-seda-china-imperio-del-centro-global.html>

- ROMBERG, A. D. (2003) *Rein In at the brink of the precipice, American Policy Toward Taiwan and U.S.-PRC Relations*. The Henry Stimson Center, Washington D.C.
- RT (27 de junio 2017). «China “plantará” una ciudad-bosque para combatir la contaminación», Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/242653-china-ciudad-bosque-contaminacion>
- RT (18 de noviembre 2017). «China lanza el primer buque de carga 100% eléctrico del mundo», Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/255510-china-lanzar-primer-buque-carga-electrico>.
- RT (28 de agosto 2017). «China pone en marcha un proyecto millonario para limpiar las aguas altamente contaminadas del país», Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/248274-inversion-millones-dolares-china-agua>.
- RT (3 de agosto 2016). «China pide a sus ciudadanos que se preparen para una «guerra popular en el mar»», Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/214967-china-preparaciones-guerra-popular-mar>.
- RT (31 de julio 2016). «¿Es inevitable la guerra en el mar de la China Meridional?», Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/214717-inevitable-guerra-mar-china-meridional->.
- SANUSHA, N. y Burke, C. (20 de septiembre de 2006). «Cumbre de Beijing y Tercera Conferencia Ministerial de Focac», en *La ayuda de China a Asia*, Recuperado: https://www.casaasia.es/governasia/boletin6/pdf/2008_gov_naidu.pdf
- SAVIGLIANO, M. (1989). «Investigación participativa» , en Di Tella, T.; Gajardo, P.; Gamba, S. y Chumbita, H., *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas* (pp. 338-339). Buenos Aires, Puntosur.
- SCHUSTER, F. G. (2004). *El método en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Editores de América Latina.
- SEVARES, JULIO (2015). *China. Un socio imperial para Argentina y América Latina*. Edhasa, Buenos Aires.
- SHENG, A. y XIAO, G. (30 de octubre 2017). «Modernity with chinese characteristics», *China Daily*, p. 9.
- SHI, Q. (1993). *China*. Beijing, Nueva Estrella.
- SPENCE, M. (29 de agosto 2017). «La nueva potencia reguladora de la economía global», en *Project Syndicate*, Recuperado: <https://www>.

project-syndicate.org/commentary/china-in-the-global-economy-by-michael-spence-2017-08/spanish.

- SUN, T. (28 de febrero 2017). «La estrategia china para aliviar la pobreza esperanza al mundo», en *Diario del Pueblo*, Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/n3/2017/0228/c31619-9183642.html>
- TAMAMES, R. (2008). *El siglo de China. De Mao a primera potencia mundial*. Barcelona. España, Planeta.
- TANG, J.; ZHANG, Y.; WANG, C.; FENG, L. (2010). *El desarrollo social de China*. (W. Xu, ed., K. Wu, y W. Cheng, trads.) Beijing, China Intercontinental Press.
- TANG, X. (2012). *Conocimientos sobre el Partido Comunista de China*. Beijing, Central Party Literature Press/China Intercontinental Press.
- Telesur (20 de octubre 2017). «La supervisión de la protección medioambiental en China obliga a la optimización de la estructura económica local», Recuperado: <https://www.telesurtv.net/news/La-supervision-de-la-proteccion-medioambiental-en-China-obliga-a-la-optimizacion-de-la-estructura-economica-local-20171020-0020.html>
- “Texto íntegro del Documento sobre la Política de China hacia América Latina y el Caribe” (5 de noviembre de 2008). Libro Blanco para América Latina, Gobierno de la República Popular China, en Pueblo en Línea, Recuperado: <http://spanish.peopledaily.com.cn/31621/6527840.html>. [Consulta: 05-11-2008]
- The Economist (14 de abril 2005). «Too early to tell China -India. A much-vaunted Sino-Indian “strategic partnership” is only in its infancy», Recuperado: <https://www.economist.com/asia/2005/04/14/too-early-to-tell.a>
- The Economist (29 de marzo de 1986). «Rusia y China», *The Economist*, 34-35.
- TRONCOSO, O. (2002). *China. Manual del exportador 2002*. Santiago de Chile, Gobierno de Chile. Ministerio de Agricultura. Oficina Agrícola de Chile en China.
- TRUMP, D. (20 de septiembre 2017). Intervención del presidente Trump ante el 72° período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Recuperado: <http://www.granma.cu/mundo/2017-09-20/intervencion-del-presidente-trump-ante-el-72o-periodo-de-sesiones-de-la-asamblea-general-de-las-naciones-unidas-20-09-2017-01-09-04>.

- UGARTECHE, O.; SÁNCHEZ GOICOCHEA, M.; BASTIDA HERNÁNDEZ, E. (21 de noviembre 2017). «¿Cómo va el 2017?», en *América Latina en Movimiento*, Recuperado: <https://www.alainet.org/es/articulo/189367>.
- Un billón de dólares de importaciones.* (1995). Beijing, Nueva Estrella.
- VARGAS, O. R. (2007). *Geopolítica en el siglo XXI*. Managua, Nicaragua, Centro de Estudios de la Realidad Nacional (Ceren).
- VARONA, J.L. y BUSTAMANTE DONAS, J. (2014). «Dos polaridades en la racionalidad práctica de la antigua China, confucianismo y taoísmo», en Graciano González R. Arnaiz, *Razones para (con)vivir. Perspectivas de racionalidad práctica* (pp. 163-190). Madrid, Editorial Biblioteca Nueva. S.L.
- VIGO PASTUR, M. J. (17 de mayo 2017). «La Nueva Ruta de la Seda, “China será la potencia hegemónica mundial que sustituya a EE. UU.”», en *RT en español*, Recuperado: <https://actualidad.rt.com/actualidad/238719-china-sera-nueva-potencia-hegemonica-mundial>.
- WALLERSTEIN, I. (26 de marzo 2006). «EE. UU. e India ¿Los nuevos mejores amigos?», *La Jornada*, México, Recuperado: <https://www.jornada.com.mx/2006/03/26/index.php?section=opinion&article=032a1mun>.
- WAN, L. (26 de julio 2017) «Forum explores role of people to people diplomacy in promoting Sino-US relations», *Shanghái Daily*, Recuperado: <https://archive.shine.cn/opinion/shanghai-daily-columnists/Forum-explores-role-of-peopletopeople-diplomacy-in-promoting-SinoUS-relations/shdaily.shtml>
- WAN, W.; XU, D.; ZHANG, Z. (2013). *El Ejército Popular de Liberación de China*. Beijing, China Intercontinental Press.
- WANG, H. (s.f.). «De la rebelión al imperio del mercado», en *Explorador. China, la dueña del futuro. Le Monde Diplomatique* (1), pp. 21-25.
- WANG, H. y ZHANG D. (2017) *La nueva ruta de la seda. La leyenda de la tierra y el mar*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cia. Ltda.
- WANG, JISI (2006). «China y su búsqueda de estabilidad con Estados Unidos», *Foreign Affairs* en español, enero-marzo 2006, vol. 6, n°1, pp. 133-144.
- WANG, Q. (2014). *Mi marido Puyi, el último emperador de China* (1ª edición en español). La Habana, Arte y Literatura.
- WANG, Y. (2014). «Cumplir con el concepto correcto de la moral, el beneficio y desempeñar un papel positivo de una potencia responsable», en O. d. Chi-

- na y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp.29-38. Beijing, China Intercontinental Press.
- WANG, Y. (2014). «Explorar el camino diplomático de gran poder con peculiaridades chinas», en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 15-28. Beijing, China Intercontinental Press.
- WEN, H. (2011). *El pensamiento filosófico chino*. (Z. Yang, trad.) Beijing, China International Press.
- WU, H. (septiembre 2014). «Nueva era de cooperación China-América Latina», *China Hoy*. Vol. LV. N°9, pp.14-17, Recuperado: https://issuu.com/chinahoymx/docs/2014_____df8eb562b12c82
- WU, L.; SUI, F. y Zheng, L. (2010). *Economía china*. Beijing, China Intercontinental Press.
- XI, J. (2014a). «Apoyarse en los estudios y marchar al futuro», *La gobernación y administración de China*, pp. 496-505 , Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014b). «Aunemos esfuerzos en la cooperación por alcanzar el desarrollo común», *La gobernación y administración de China*, pp. 397-401, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014c). «Construyamos la “Franja Económica de la Ruta de la Seda”», en Xi, J. *La gobernación y administración de China*, pp. 353-358, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014d). «Construyamos la “Franja Económica de la Ruta de la Seda”», en Xi, J. *La gobernación y administración de China*, pp. 353-358, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014e). «Corresponder a la tendencia de la época, promover el desarrollo pacífico del mundo», *La gobernación y administración de China*, pp. 335-344 , Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014f). «Desarrollar el espíritu de “clavar el clavo” y llevar hasta el final un plan bien hecho», *La gobernación y administración de China*, pp. 493-495, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014g). «Diplomacia con los países vecinos sobre la base de la amistad, sinceridad, reciprocidad e inclusividad», *La gobernación y administración de China*, 2014, pp. 364-369, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.

- _____ (2014h). «Discurso pronunciado en la reunión celebrada por los diversos círculos sociales de la capital en ocasión del XXX aniversario de la promulgación y aplicación de la Constitución vigente», *La gobernación y administración de China*, pp. 169-180, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014i). «El cumplimiento del sueño chino beneficiará no solo al pueblo chino, sino también a los demás pueblos del mundo», *La gobernación y administración de China*, pp.70-77, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014j). «Eliminar la pobreza y acelerar el desarrollo en las áreas más empobrecidas», *La gobernación y administración de China*, pp. 235-236, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014k). «Estructurar un nuevo modelo de relaciones de países grandes entre China y Estados Unidos», *La gobernación y administración de China*, pp. 345-347, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014l). «Explicaciones sobre las Resoluciones del Comité Central del Partido Comunista de China acerca de algunos problemas importantes relativos a la profundización integral de la reforma», *La gobernación y administración de China*, pp. 86-114 , Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014m). «Fomentar la equidad y la justicia sociales y garantizar la paz vital y la satisfacción laboral del pueblo», *La gobernación y administración de China*, pp. 185-190, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014n). «Fomentemos “el espíritu de Shanghái” y el desarrollo conjunto», *La gobernación y administración de China*, pp 418-422, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014ñ). «Impulsar la realización de un nuevo y mayor desarrollo de las relaciones entre China y América Latina», *La gobernación y administración de China*, pp. 383-384, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014o). «Incrementar la fuerza blanda de la cultura nacional», *La gobernación y administración de China*, pp. 201-204, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014p). «Los jóvenes deben practicar concienzudamente los valores socialistas clave», *La gobernación y administración de China*, pp. 209-224, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.

- _____ (2014q). «Recibamos la nueva era de la civilización ecológica socialista», *La gobernación y administración de China*, pp.260-263, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014r). «Un mejor ambiente para una hermosa China», *La gobernación y administración de China*, p. 259 , Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2014s) *Xi Jinping, la gobernación y administración de China*, Oficina de Información del Consejo de Estado/Oficina de Investigación de la Literatura del Partido Comunista de China y Ediciones en Lenguas Extranjeras (comps.).
- _____ (2014t). *El sueño chino de la gran revitalización de la nación china*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía.Ltda.
- _____ (2014u). *La profundización integral de la reforma*. (B. d. PCCh, trad.) Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía.Ltda.
- _____ (28 de marzo 2014) Discurso pronunciado en la Fundación Körber, Berlín, Alemania, Recuperado: <https://www.fmprc.gov.cn/mfaeng/wjdt665385/zyjh665391/t1148640.shtml>.
- _____ (2014). «Construcción simultánea de un país, un gobierno y una sociedad regidos por la ley», *La gobernación y administración de China*, pp. 181-184, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras Cía. Ltda.
- _____ (2016). *La construcción del estilo del partido y de la gobernación honrada, y la lucha contra la corrupción*. Beijing, Central Compilation & Translation Press.
- _____ (3 de noviembre 2017). *Texto íntegro del informe presentado por Xi Jinping ante XIX Congreso Nacional del PCCh*, Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-11/03/c_136726335.
- XIE, C. (ed.). (2012). *¿Por qué y cómo funciona el Partido Comunista de China?* (G. Merlino, e I. Estrada, trads.) Beijing, Nuevo Mundo.
- XINHUA (1° de noviembre 2017) «Initiative will “enormously benefit Asean”», China Daily.com, Recuperado: http://www.chinadaily.com.cn/newsrepublic/2017-11/01/content_34005742.htm
- XINHUA (17 de octubre 2016). «China emite libro blanco sobre la reducción de pobreza y los derechos humanos», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2016-10/17/c_135760162.htm

- XINHUA (29 de marzo 2013). «Xi Jinping, General Secretary of CPC Central Committee», Recuperado: <http://english.cpc.people.com.cn/206972/206976/8188031.html>
- XINHUA español (25 de mayo 2017). «“Economía política de Xi Jinping” renueva campaña de modernización de China», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-05/24/c_136311357.htm
- XINHUA español (3 de marzo 2017). «Ministro de Comercio afirma que China reajustará modelo de crecimiento comercial», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-03/03/c_136099726.htm
- XINHUA español (7 de febrero de 2017). «China definirá “línea roja” ecológica antes de 2020», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-02/07/c_136038717.htm
- XINHUA español. (17 de octubre 2017). «Datos, El PCCh, el partido gobernante más grande del mundo», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2017-10/17/c_136685700.htm
- XU SHICHENG (2006). «Las diferentes etapas de las relaciones sino-latinoamericanas», *Nueva Sociedad* 203, pp. 102-113, Recuperado: <http://nuso.org/articulo/las-diferentes-etapas-de-la-relacion-sino-latinoamericanas>.
- XU, S. (2017). *Intercambio y aprendizaje recíproco entre la civilización china y civilización latinoamericana: pasado, presente y futuro*. Beijing, Instituto de América Latina. Academia de Ciencias Sociales de China.
- XU, Y. y Wang, B. (2012). *Minorías étnicas de China*. Beijing, China Intercontinental Press.
- XU, Y. y Yin, Y. (2010). *Lao Zi. El Tao Tè Ching eterno*. (N. P. Ledesma, trad.) Beijing, China Intercontinental Press.
- XU, Y. y Zhang, B. (2010). *Mencio. Un santo para la eternidad*. (N. P. Ledesma, trad.) Beijing, China Intercontinental Press.
- YANG, J. (2014). «Innovaciones de la teoría y la práctica diplomática china en la nueva situación», en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 2-14. Beijing, China Intercontinental Press.
- YANG, W. y Chu, L. (Diciembre 2015). El pensamiento de Mo Zi y su valor contemporáneo. *China Hoy*, LVI(12), 52.

- YE, Jianying (30 de septiembre 1981). «Ye Jianying on return to motherland and peacefull reunification», Speeches and Documents, Recuperado: <http://www.china.org.cn/english/7945.htm>
- YE, L. y Zhu, L. (2014). *Miradas sobre la cultura china*. (A. Relinque Eleta, & L. Xu, trads.) Beijing, Editorial de Enseñanza e Investigación de Lenguas Extranjeras.
- YE, Z. (2014). «Nueve nuevos conceptos diplomáticos de Xi Jinping en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 96-127. Beijing, China Intercontinental Press.
- YIANG, Z. (8 de noviembre 2002). *Texto íntegro del informe de Jiang Zemin en XVI Congreso del PCCh*, Recuperado: <http://spanish.china.org.cn/spanish/50593.htm>
- YIN, Z. (2011). *El sistema político de China*. (B. Tang, C. Huang, & Y. Bian, trads.) Beijing, China Intercontinental Press.
- YU, H. (2014). «El Sueño Chino y la diplomacia china en la idea del desarrollo pacífico», en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 78-93. Beijing, China Intercontinental Press.
- ZHANG, Q. (2011). *La diplomacia de China* (B. Tang, & W. Cui, trads.) Beijing, China Intercontinental Press.
- _____ (2014). «Nuevos conceptos de diplomacia y nueva situación de la diplomacia periférica china», en O. d. China y Li H. (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 185-204. Beijing, China Intercontinental Press.
- ZHANG, Y. P. (2006). *Historia y civilización china*. Beijing, Editora Literaria Central.
- ZHAO, H. (26 de octubre 2017). «China knows the importance of pollution control», *China Daily*, Recuperado: http://www.chinadaily.com.cn/opinion/2017-10/26/content_33718620.htm
- ZHAO, Z. (1988). *Informe político al XIII Congreso del Partido Comunista de China*. Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- ZHENG, B. (2006). «El “ascenso pacífico” de China a la condición de superpotencia», *Foreign Affairs* en español, vol. 6, n° 1, enero-febrero 2006, pp. 126-132.

- ZHENG, P. (2011). *Geografía de China*. (X. Yin, trad.) Beijing, China Intercontinental Press Cía.Ltda.
- ZHENG, Q. (2011). *Etnias y religiones de China*. (L. Yang, trad.) Beijing, China Intercontinental Press.
- ZHENG, X. (2014). *Transición. La economía china busca el desarrollo sostenible*. Beijing, Ediciones en lenguas Extranjeras Cía.Ltda.
- ZHOU, Y. (2014). «Nuevo concepto de la diplomacia, la China en renacimiento transmite la energía positiva al mundo», en O. d. China y Li. H (ed.) *Interpretación de la nueva filosofía de la diplomacia china* (Tan. X & X. Yin, trads.), pp. 221-234. Beijing, China Intercontinental Press.
- ZHU, J. (27 de octubre 2015). «Acción provocadora de EE. UU. en Mar Meridional de China rompe compromiso pacífico», Recuperado: http://spanish.xinhuanet.com/2015-10/27/c_134754706.htm
- ZIBECHI, R. (21 de septiembre 2017). «China en América Latina, ¿un nuevo imperialismo?», *Sputnik Mundo*, Recuperado, Recuperado: <https://mundo.sputniknews.com/firmas/201709211072543143-politica-latinoamerica-asia-pekín-relaciones/>.
- ZOTELLE DE VEGA, E. (2013). «China: 30 años de reformas y disminución de la pobreza. Políticas especiales y base ideológica». *Orientando-Temas de Asia Oriental, Sociedad, Cultura y Economía*. Universidad Veracruzana en Beijing, China, Recuperado: <https://www.uv.mx/chinaveracruz/files/2013/02/2-china-30-anos-de-reformas-y-disminucion-de-la-pobreza.pdf>

Índice

Agradecimientos	VII
Sistema de transcripción fonética y ortografía china	IX
Prólogo	XI
Introducción	XV

Capítulo I

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE CHINA

Origen de la civilización china.....	3
Acerca del Modo de Producción Asiático (MPA).....	5
La sociedad de clases. Creación de las bases del Estado en China (siglo XXI a.C.).....	10
Períodos de Primavera y Otoño y de los Estados Combatientes (770-221 a.C.).....	13
Establecimiento y desarrollo de un gran país unificado (221 a.C.-220 d.C.).....	17
Desintegración política y concentración étnica (220-589).....	22
Una era de apertura y prosperidad (581-960).....	26
Competencia política y desarrollo social (960-1348).....	32
Centralización del poder y desarrollo social.....	34
Bienestar agrícola, centralización del poder y crisis durante la entrada de China a los tiempos modernos (1368 -1840)	36
La crisis como medio de entrada al capitalismo. Las Guerras del Opio (1840-1860).....	45
El ocaso de la monarquía (1860-1911).....	49
El ansiado cambio. Los conflictos de los primeros años de la república.....	53
La República Popular China.....	59

Capítulo II

FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS DEL ESTADO

Y LA SOCIEDAD CHINA

Antecedentes.....	81
El concepto «tiempo» en la filosofía china.....	84
Una filosofía con múltiples orígenes.....	87
<i>La filosofía política china. Confucio, maestro de muchas generaciones.....</i>	91
<i>Mozi y el amor universal. Los moistas.....</i>	97
<i>Mencio y la prioridad en la naturaleza humana.....</i>	99
<i>El taoísmo, una forma de comunicarse con el mundo.....</i>	101
<i>Los legalistas: poder, armonía y leyes.....</i>	104
<i>Los estrategas, una respuesta a las necesidades de la guerra.....</i>	106
De la filosofía política antigua a la modernidad.....	108
<i>El budismo: una filosofía china de origen «extranjero».....</i>	110
<i>El neoconfucianismo: un método novedoso para comprender el mundo.....</i>	112
<i>Una nueva época: la defensa de la filosofía china ante los embates internos.....</i>	114
<i>Las respuestas a la penetración filosófica de Occidente.....</i>	115
<i>El diálogo filosófico entre China y Occidente.....</i>	118
La visión de Marx y Engels sobre China.....	121
La introducción del marxismo en China.....	124
El pensamiento de Mao Zedong.....	129
Una filosofía para la conducción del Estado.....	133
El aporte filosófico de Deng Xiaoping.....	
El socialismo con características chinas.....	136

Capítulo III

HACIA EL SIGLO XXI. LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO

CON PECULIARIDADES CHINAS

Contexto.....	145
Objetivos, tareas y fases de la política de reforma y apertura.....	149
La reforma económica.....	152

La necesidad de un nuevo soporte legal para la reforma y apertura.....	156
Una nueva estructura tributaria, financiera y para el comercio exterior.....	157
La apertura al exterior.....	162
La reforma de la estructura política.....	164
Reunificación pacífica. La política de «un país, dos sistemas».....	168
El socialismo con peculiaridades chinas.....	171
Democracia en lo económico y firmeza en lo político.....	173
El trabajo del PCCh para llevar adelante la política de reforma y apertura.....	175
Algunas reflexiones finales sobre la política de reforma y apertura.....	178

Capítulo IV

LA REALIZACIÓN DEL SUEÑO CHINO

Una nueva etapa en la historia de la República Popular China.....	187
Avanzar en la senda del socialismo con peculiaridades chinas.....	188
Consolidar y seguir avanzando en la reforma integral.....	193
Fortalecer el modelo económico.....	196
Un país fortalecido bajo el imperio de la ley.....	204
Luchar contra la pobreza hasta eliminarla.....	207
Hacia la construcción de una civilización ecológica socialista.....	212
Garantizar la seguridad cultural para construir un país fuerte.....	218
Avanzar hacia la modernización de las fuerzas armadas y la defensa nacional.....	220
Construir un armonioso país multiétnico.....	227
Avanzar hacia la modernización del sistema político.....	233
Luchar frontalmente contra la corrupción.....	241
Mejorar la capacidad de conducción del Partido Comunista de China.....	245
Hacer realidad el «sueño chino» de revitalización nacional.....	248
XIX Congreso del Partido Comunista de China: un evento que mira al futuro.....	251

Capítulo V

LA REALIZACIÓN DEL SUEÑO CHINO

Antecedentes.....	261
Consolidación de la independencia y defensa de la soberanía.....	267
<i>Unión Soviética</i>	268
<i>Guerra de Corea</i>	274
<i>Guerra de Indochina</i>	275
<i>Países en vías de desarrollo</i>	276
<i>El entorno estratégico</i>	278
<i>Estados Unidos</i>	279
<i>Una política exterior autónoma de cualquier poder mundial</i>	282
<i>La batalla en la ONU</i>	283
Hacia la creación de un entorno regional y mundial favorable para la proyección internacional de China.....	284
<i>Participación activa en las organizaciones multilaterales</i>	287
<i>Política exterior de paz, amistad y cooperación</i>	288
<i>Salvaguarda de la unidad nacional y defensa de la integridad territorial</i>	291
<i>Diplomacia ambiental</i>	298
<i>Unión Soviética/Rusia</i>	299
<i>Asia Central, el sudeste asiático y el Pacífico</i>	300
<i>Medio Oriente</i>	305
<i>África</i>	306
<i>América Latina y el Caribe</i>	308
<i>Unión Europea</i>	310
<i>Estados Unidos</i>	312
<i>Otros aspectos relevantes de este período</i>	315
El cumplimiento del «Sueño Chino» en materia de política exterior.....	317
<i>Nuevos conceptos de política exterior establecidos por Xi Jinping</i>	317
<i>El desarrollo pacífico</i>	326
<i>Las relaciones con Estados Unidos</i>	329
<i>La diplomacia periférica y la unión del destino común de Asia</i>	333
<i>Una relación de confianza estratégica con Rusia</i>	338
<i>Participación activa en escenarios multilaterales</i>	339

<i>Reforzar los vínculos con los países en desarrollo</i>	341
<i>Diseñar una diplomacia de nivel superior, elevando la calidad de la planificación estratégica</i>	343
<i>Activar un control superior sobre la diplomacia</i>	344
<i>Cooperación con justicia y beneficio mutuo</i>	345
<i>La «Franja Económica de la Ruta de la Seda»: el mayor y más ambicioso proyecto chino de integración</i>	346
<i>Las implicaciones del «Sueño Chino» en el plano internacional</i>	353
<i>China-América Latina: relaciones de nuevo tipo</i>	355
Conclusiones	365
Referencias bibliográficas	379

China en el siglo XXI
se imprimió en octubre de 2019 en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
Guarenas, Venezuela
Son 5000 ejemplares

Sergio Rodríguez Gelfenstein

China en el siglo XXI. El despertar de un gigante

El desconocimiento de un país que se encuentra geográficamente muy distante y que está construyendo un Estado y una sociedad con particularidades propias, coadyuvan a la creación de fábulas y mitos al respecto. En el ámbito específico de sus relaciones internacionales y su política exterior, China ha ido ocupando un espacio cada vez más determinante, no solo en lo económico y comercial, también en lo político. En este contexto, un acelerado desarrollo la llevó a convertirse en la segunda potencia mundial, lo que ha hecho que Estados Unidos sienta amenazada su hegemonía, despertando interrogantes y dudas acerca de cómo China se propone encarar su devenir en el siglo XXI. Este libro intentará aclarar esos enigmas y dilemas, a través de una pormenorizada exposición acerca de la historia, la filosofía y la política de China, en especial de aquella que se desarrolla más allá de sus fronteras.

Sergio Rodríguez Gelfenstein es consultor y analista internacional venezolano, licenciado en Estudios Internacionales y magíster en Relaciones Internacionales por la Universidad Central de Venezuela. Doctor en Estudios Políticos de la Universidad de los Andes, Mérida. Ha publicado artículos en revistas especializadas de Puerto Rico, Bolivia, Perú, Brasil, Venezuela, México, Argentina y España.

Desde marzo de 2016 es investigador invitado del Centro de Estudios Globales de la Universidad de Shanghái, China. Tiene en su haber la autoría de varios libros tales como: «¿Y cuando Fidel no esté?», «Plan Colombia, globalización e intereses hegemónicos de Estados Unidos en América Latina», «Puerto Rico, un caso de colonialismo en un mundo global», «Se ha prendido la hierba en todo el continente. Relatos de Nuestra América», «El tiempo de los intentos. De la crisis mundial a la cumbre de la Celac», «La balanza de poder, las razones del equilibrio del sistema internacional», «Colombia, pintando adioses a la guerra» y «La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional».

ISBN: 978-980-01-2089-7



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura